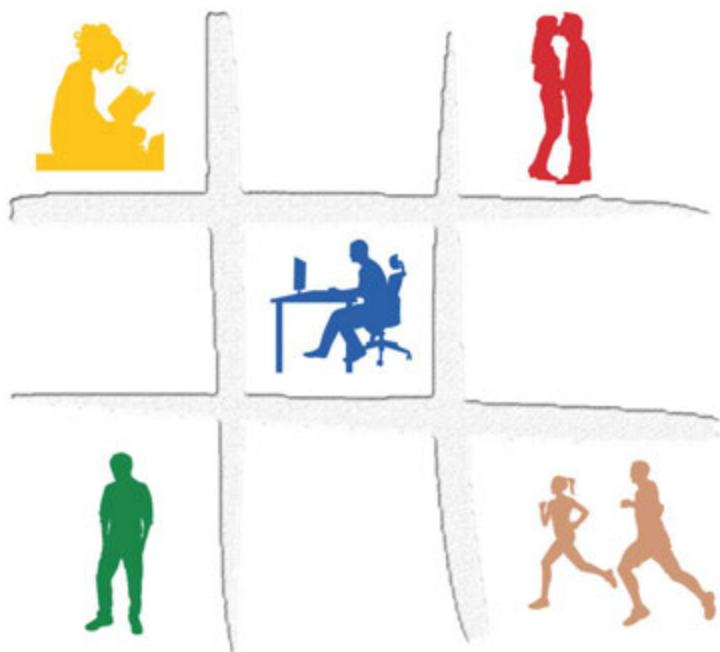




Estudios
en población

Los jóvenes mexicanos en la encrucijada de 2010



Ana María Chávez Galindo
Rodolfo Corona Vázquez
Carlos Javier Echarri Cánovas

Editores

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers
Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez
Directora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM)

COMITÉ EDITORIAL

CRIM

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez
PRESIDENTA

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez
Secretaria Técnica del CRIM
SECRETARIA

Dra. Adriana Ortiz Ortega
Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Dra. Verónica Vázquez García
*Profesora-investigadora del Programa de Postgrado en Desarrollo Rural,
Colegio de Postgraduados*

Dra. Elsa María Cross y Anzaldúa
Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Dr. Carlos Javier Echarri Cánovas
*Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos,
Urbanos y Ambientales, El Colegio de México*

Dra. Maribel Ríos Everardo
Secretaria Académica del CRIM

INVITADA PERMANENTE

Mtra. Yuriria Sánchez Castañeda
Jefa del Departamento de Publicaciones del CRIM

INVITADA PERMANENTE

Los jóvenes mexicanos

en la encrucijada de 2010



Los jóvenes mexicanos en la encrucijada de 2010

Ana María Chávez Galindo
Rodolfo Corona Vázquez
Carlos Javier Echarri Cánovas
(Editores)



Cuernavaca, 2016

Los jóvenes mexicanos en la encrucijada de 2010 / Ana María Chávez Galindo, Rodolfo Corona Vázquez, Carlos Javier Echarri Cánovas (editores). -- Primera edición. -- Cuernavaca, Morelos : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 2016

463 páginas

ISBN: 978-607-02-8759-6

I. Juventud -- México. I. Chávez Galindo, Ana María, editor. II. Corona V., Rodolfo, editor. III. Echarri Cánovas, Carlos Javier, editor.

HQ799.M4.J69 2016

LIBRUNAM 1923658

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por pares académicos externos al CRIM, de acuerdo con las normas establecidas en los Lineamientos Generales de la Política Editorial del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México

Diseño de forros: Daniel Domínguez Michael

Primera edición: 19 de noviembre de 2016

D.R. © 2016 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Av. Universidad s/n, Circuito 2, colonia Chamilpa
62210, Cuernavaca, Morelos
www.crim.unam.mx

ISBN: 978-607-02-8759-6

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

Contenido

Introducción	15
<i>María Eugenia Anguiano Téllez</i>	
Referencias bibliográficas	29
1 Dejando atrás la juventud en México: cambios y continuidades	31
<i>Carlos Javier Echarri Cánovas</i> <i>Julieta Pérez Amador</i>	
Introducción	31
La transición a la adultez: un panorama	32
Aspectos metodológicos	38
Resultados: características recientes del paso a la adultez	41
Número de transiciones y la primera transición	43
Calendario e intensidad	46
Salida de la escuela	50
Primer empleo	51
Primera unión	52
Entrada en la paternidad o maternidad	53
Factores asociados al calendario de las transiciones a la adultez	54
Conclusiones: cambios y continuidades en la transición a la adultez 2000-2010	58
Referencias bibliográficas	60

2 Trayectorias hacia la adultez en México: un acercamiento desde la perspectiva del análisis de secuencias	67
<i>Gabriela Mejía Paillés</i>	
Introducción	67
Antecedentes	69
Fuente de datos y métodos	73
Las trayectorias a la adultez en México: resultados del análisis	78
Las trayectorias de los hombres jóvenes	78
Las trayectorias de las mujeres jóvenes	81
Prevalencia de acuerdo con zonas de residencia	83
Discusión de los resultados	87
Referencias bibliográficas	89
3 Panorama educativo de los jóvenes en México, 2010	95
<i>José Alfredo Jáuregui Díaz</i>	
<i>María de Jesús Ávila Sánchez</i>	
Introducción	95
Antecedentes: los jóvenes en México	96
Metodología	97
Resultados	100
Educación formal	100
Asistencia escolar	100
Elección de escuela	104
Nivel de estudios	106
Promedio de años estudiados	109
Realización de estudios según sistema escolar	111
Motivos para dejar los estudios	113
Expectativas educativas a futuro	116
Deseos de continuar los estudios	116
Expectativas de estudio	119

La escuela, un lugar donde los jóvenes sufren actos de discriminación, abusos, violencia e ilícitos	122
Ocurrencia de ilícitos dentro de la escuela	125
Efecto del sexo, contexto de residencia, condición étnica, edad y estrato socioeconómico sobre algunas características educativas de los jóvenes. Modelos de regresión logística	128
Reflexiones finales	133
Bibliografía	134
4 El rezago educativo y las razones por las que los jóvenes abandonan los estudios	137
<i>Héctor Hernández Bringas</i>	
<i>René Flores Arenales</i>	
Antecedentes	139
La población joven y su distribución nacional por tipo de localidad	142
El rezago educativo	144
Los jóvenes y la asistencia a la escuela	150
Los motivos de los jóvenes para abandonar sus estudios	155
Razones para dejar los estudios agrupadas por factores	160
Factores de índole económica	161
Factor de la terminación de los estudios	162
Factores conductuales	166
Factores de nupcialidad y maternidad o paternidad	168
Comentarios finales y conclusiones	170
Referencias bibliográficas	171
5 El trabajo y los jóvenes	173
<i>Edith Pacheco</i>	
Introducción	173
Antecedentes de investigación sobre el trabajo de los jóvenes	175

Evaluación de la información	184
Expectativas escuela-trabajo	189
Condiciones laborales (experiencia, “precariedad”, insatisfacción en el trabajo y acoso laboral)	191
Reflexiones finales	199
Referencias bibliográficas	201
6 Los jóvenes que no estudian ni trabajan en México, 1960-2010	207
<i>Rodolfo Corona Vázquez</i>	
Cantidades de ninis de 1950 a 2010	208
El perfil de los ninis de 1970 a 2010	221
Referencias bibliográficas	234
7 Trabajo doméstico e inactividad juvenil: un análisis de las experiencias vividas desde la perspectiva de género	237
<i>Liliana Huerta Rodríguez</i>	
Introducción	237
El estudio de los jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral	240
Un acercamiento a los ninis desde la perspectiva de género	244
Definición y operacionalización de las categorías	248
Actividades que realizan las y los jóvenes mexicanos	249
Jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral	254
Jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad: distintas experiencias de análisis	260
Experiencia relacionada con el matrimonio y la procreación	260
Experiencia educativa	264
Experiencia laboral	267
Conclusiones	273
Referencias bibliográficas	274

8 Inserción laboral de los jóvenes migrantes de retorno de Estados Unidos a México	279
<i>Ana Elizabeth Jardón Hernández</i>	
<i>Zoraida Ronzón Hernández</i>	
Introducción	279
Fuente y universos de población	280
Interpretaciones sobre la inserción laboral de los jóvenes	280
Dinámica de la migración de retorno de los jóvenes mexicanos	283
Perfil sociodemográfico de los jóvenes migrantes de retorno	285
Procesos de inserción laboral de los jóvenes migrantes de retorno	291
Primer empleo	291
Empleo actual	293
Búsqueda de empleo	298
Conclusiones	302
Referencias bibliográficas	303
9 Patrones de salud en la población joven de México, 2010	305
<i>Giovanni Macías Suárez</i>	
Introducción	305
Características sociodemográficas de los(as) jóvenes	306
Problemas de salud y acceso a servicios médicos	310
Problemas de salud	310
Condición de acceso a servicios médicos	311
Conformidad con el peso, hábitos alimenticios y actividad física	316
Autopercepción del peso	316
Tipo de alimentos consumidos	318
Uso de dietas y consumo de productos para adelgazar	322
Jóvenes que se provocan el vómito	324

Actividad física	328
Adicciones	331
Consumo de tabaco	331
Consumo de bebidas alcohólicas	336
Consumo de drogas ilícitas	340
Conclusiones	346
Referencias bibliográficas	349
10 Prácticas sexuales y uso de métodos anticonceptivos de los jóvenes mexicanos desde la perspectiva de género	351
<i>Catherine Menkes</i>	
<i>David de Jesús Reyes</i>	
Introducción	351
Resultados	357
Iniciación sexual	357
Uso de métodos anticonceptivos en la primera relación sexual	365
Uso de condón en el inicio sexual	369
A manera de conclusión	371
Limitaciones metodológicas del estudio	373
Anexo metodológico: índice de género	375
Referencias bibliográficas	378
11 Iniciación sexual, unión en pareja y nacimiento del primer hijo de las y los jóvenes en Chiapas, 2010	381
<i>María de Jesús Ávila Sánchez</i>	
<i>José Alfredo Jáuregui Díaz</i>	
Marco de referencia para el estudio de la transición sexual, matrimonial y reproductiva	383
Relación entre iniciación sexual, matrimonio y primer hijo	385
Características sociales y culturales	386

Modelo para el análisis de la transición a la iniciación sexual, el matrimonio y el nacimiento del primer hijo	389
Resultados	392
Tablas de vida de la primera relación sexual, el matrimonio y el primer nacimiento	392
Secuencia de calendarios de los eventos	398
Riesgos proporcionales con el modelo de Cox	400
Conclusión	405
Referencias bibliográficas	407
12 ¿Qué tan diferentes son los jóvenes urbanos de los no urbanos en el trabajo y en la vida sexual?	411
<i>Ana María Chávez Galindo</i> <i>Teresita Ruiz Pantoja</i>	
Introducción	411
Algunas características generales	418
Efecto de las condiciones sociales y demográficas de los jóvenes en el inicio de su vida sexual, uso de anticonceptivos y condición de trabajo actual	425
Efecto en el inicio de la vida sexual de los jóvenes	426
Efecto en el uso de algún método anticonceptivo en su primera relación sexual	428
Efecto en el uso de algún método anticonceptivo en su última relación sexual	431
Efecto en la condición de trabajo actual	434
A manera de conclusiones	437
Anexo estadístico	440
Referencias bibliográficas	441

Anexo metodológico	445
<i>Carlos Javier Echarri Cánovas</i>	
I. Diseño metodológico	
de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010	445
II. Construcción del indicador de estratos socioeconómicos	447
Índices	451
Índice de cuadros	451
Índice de gráficas	457
Índice de mapas	463

Introducción

*María Eugenia Anguiano Téllez**

anguiano@colef.mx

Los capítulos de este libro muestran la situación actual de los jóvenes mexicanos en diversas temáticas socioeconómicas, demográficas y culturales, a partir de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010¹ y de otras fuentes de información, para tratar de observar posibles cambios o continuidades en los patrones de vida de los jóvenes y aportar elementos de apoyo a las propuestas de acciones tendientes a afrontar algunas de las problemáticas que les afectan.

Los temas tratados se enfocan en la transición y trayectorias que siguen los jóvenes en su paso hacia la adultez, el panorama educativo y el problema del rezago, las condiciones laborales de los jóvenes, el problema de los jóvenes que no trabajan y no estudian, las características del trabajo doméstico y la inactividad juvenil, la situación laboral que enfrentan los jóvenes migrantes a su retorno de Estados Unidos, los patrones de salud en general, y en particular las prácticas sexuales y anticonceptivas que adoptan los jóvenes.

Cada autora o autor adoptó la metodología que consideró pertinente para su investigación y algunos trabajos son descriptivos mientras que otros son de corte analítico. Casi todos abordan lo que ocurre a nivel nacional, por entidad federativa o bien según el tamaño de las localidades: urbanas, no urbanas o rurales.² Así, uno de los trabajos contempla la sexualidad y la formación de pareja en el estado de Chiapas, el de mayor pobreza del país, mientras que otro estudia las diferencias en la vida sexual

* El Colegio de la Frontera Norte.

¹ El último apartado de este libro contiene un anexo metodológico sobre aspectos básicos de esta encuesta. Véase p. 445.

² Las localidades urbanas tienen 15 000 o más habitantes; las no urbanas, de 2 500 a menos de 15 000 habitantes, y las rurales, menos de 2 500 habitantes.

y laboral de los jóvenes en las tres principales metrópolis de México, en localidades urbanas y no urbanas. En todos los trabajos se utiliza la ENJ 2010 como fuente de información, aunque en ocasiones se ha recurrido a otras fuentes para complementar el análisis.

Debido a que lo que ocurre para la población en su conjunto es diferente según su situación socioeconómica, cada autor procedió a realizar un análisis particular considerando lo que acontece en el estrato socioeconómico del joven o del hogar. Para tal efecto se construyó un índice de estrato socioeconómico³ que conjuga algunas características de los hogares: escolaridad de todos los miembros del hogar, escolaridad del integrante con mayor ingreso y características de la vivienda. Algunos autores optaron por otra estratificación, como lo indican en su texto.

Este libro inicia con dos capítulos que examinan las trayectorias de los jóvenes hacia la vida adulta. Posteriormente, los capítulos tres y cuatro proporcionan un panorama de la situación educativa y analizan el rezago escolar así como los motivos del abandono de los estudios. Los capítulos cinco, seis, siete y ocho se enfocan en la situación laboral de los jóvenes, destacando la relevancia de introducir la perspectiva de género. En particular, el capítulo seis versa sobre el tema actual y polémico de los denominados *ninis*. El capítulo siete contempla el trabajo doméstico, y el capítulo ocho aborda la incorporación laboral de los jóvenes emigrantes retornados de Estados Unidos. En los últimos capítulos se abordan los patrones de salud, las prácticas sexuales y el uso de métodos anticonceptivos, la iniciación a la vida sexual, la unión de pareja y el nacimiento del primer hijo o hija. En las siguientes páginas, se presentarán con más detalle los enfoques de los autores y sus hallazgos.

En el año 2010, la población joven en México, integrada por adolescentes y adultos jóvenes en edades comprendidas entre los 15 y 24 años, sumaba 20.2 millones de personas, cifra que representó poco menos de la quinta parte de la población total del país (18.6%); esto es, uno de cada cinco mexicanos se encontraba en ese grupo de edad (Conapo,

³ Véase la nota metodológica sobre la construcción del indicador de estratos socioeconómicos, p. 447.

2010, p. 13). Si ampliamos el rango de edad y consideramos jóvenes a quienes entonces tenían entre 12 y 29 años, su proporción abarcaba a casi un tercio de la población total mexicana y alcanzaba los 36.2 millones de personas (Imjuve-CRIM, 2011, p. 2).

Como otros grupos de población, este subconjunto es heterogéneo y presenta retos para el análisis demográfico y desafíos para las políticas de población en los ámbitos educativo, laboral y de salud —particularmente, sexual y reproductiva—, con especial énfasis entre los sectores poblacionales menos favorecidos por las condiciones de desigualdad económica y social que imperan en el país; en concreto, entre las poblaciones rurales y en condiciones de pobreza, los grupos étnicos y, aun en el siglo XXI, las mujeres. Los trabajos incluidos en este libro dan cuenta de la heterogeneidad de ese subconjunto poblacional y de la diversidad de situaciones que los jóvenes enfrentan en el México actual.

Desde distintas perspectivas analíticas y enfoques temáticos, los autores de los doce capítulos que conforman este volumen nos presentan propuestas sugerentes para examinar un conjunto poblacional que sigue siendo relevante para el presente y el futuro del país. En sus trabajos, todos los autores hacen uso de la información que proporcionó la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010; encuesta representativa a nivel nacional, estatal y para seis zonas metropolitanas, cuyo levantamiento se realizó entre el 19 de noviembre y el 9 de diciembre del año de referencia (Imjuve-CRIM, 2011, p. 5).

A partir de dos perspectivas analíticas complementarias, los capítulos uno y dos examinan las transiciones y las trayectorias que experimentan los jóvenes en sus itinerarios hacia la adultez. En el primer capítulo, utilizando la información de la ENJ 2010, Carlos Javier Echarri y Julieta Pérez Amador examinan la transición de la juventud a la edad adulta en México, focalizando cuatro eventos: la salida de la escuela, inicio de la vida laboral, primera unión y primer hijo nacido vivo. El capítulo inicia con una revisión crítica de la bibliografía sobre el tema en distintos contextos geográficos y culturales, para centrarse en un examen de las diferencias marcadas por el género, los entornos urbanos y rurales, el estrato socioeconómico de los hogares y el nivel educativo de los jóvenes, con

la finalidad de dar cuenta de “la intensidad, el calendario y la secuencia de los diferentes eventos en la transición de la juventud a la edad adulta”.

Como los autores afirman, la transición de la juventud a la adultez se considera una etapa de cambio en los roles sociales y de la adscripción de los individuos en los ámbitos público y privado, y a la vez representa una transición “de una situación de dependencia económica y participación en la familia de origen, a otra de independencia económica y formación de una nueva familia”.

En su análisis, Echarri y Pérez Amador encontraron que “los eventos en la transición a la adultez ocurren sistemáticamente más tarde a medida que se incrementa el estrato socioeconómico, independientemente del ámbito de residencia y del sexo del joven”. Coinciden con Coubès y Zenteno en que en el curso de vida de los jóvenes mexicanos se observa una creciente desigualdad, y corroboran un hallazgo que habían destacado en sus trabajos anteriores: “los mexicanos efectúan relativamente temprano la transición de la juventud a la adultez, observándose —al igual que en otros contextos— una mayor precocidad en las mujeres respecto a los hombres y en ámbitos rurales respecto a los urbanos” (Echarri y Pérez Amador, 2001, 2007).

Con otra metodología, Gabriela Mejía Paillés desarrolla, en el capítulo dos, un examen de las trayectorias hacia la adultez en México, utilizando el enfoque de curso de vida y el análisis secuencial de eventos, centrándose en los ámbitos educativo, laboral y familiar. Como la autora señala, el análisis secuencial permite proponer tipologías en la secuencia de eventos al añadir el calendario y la temporalidad en que ocurren. Al igual que en el capítulo anterior, la revisión de la investigación sobre el tema en distintos contextos, y las perspectivas aportadas por diversos autores en países desarrollados, en desarrollo y en México, le permiten destacar la relevancia del tema y situar el enfoque propuesto en el conjunto del conocimiento, aún incipiente en México.

Con base en la información de la ENJ 2010, la autora construye una submuestra de jóvenes nacidos entre 1980 y 1984, que entonces tenían entre 25 y 29 años de edad, con la finalidad de “incluir a individuos que a la fecha de la entrevista hubieran experimentado la mayor cantidad de

transiciones a la vida adulta”. Analíticamente, construyó seis conglomerados que le permitieron proponer tipologías “para describir al grupo de secuencias en cada conglomerado”.

Entre sus hallazgos destaca las desigualdades de género que aún prevalecen en el país, pues, a pesar de las similitudes en los logros educativos entre hombres y mujeres, ellos se orientan con más frecuencia hacia los ámbitos escolar y laboral, y ellas hacia “la combinación del ámbito laboral y el de formación de familias a edades tempranas”. En ambos grupos, las y los jóvenes mexicanos se incorporaron a la vida laboral “en empleos de mala calidad y mal remunerados, a menudo en la economía informal” o bien se sumaron a los desempleados. Las diferencias también se manifestaron entre jóvenes residentes en áreas urbanas y rurales, donde los segundos presentaron secuencias de carácter más tradicional y calendarios más tempranos tanto en la incorporación laboral como en la formación de familias.

Los capítulos tres y cuatro se enfocan en el análisis del ámbito educativo asociado a la escolarización formal. Como afirman José Alfredo Jáuregui y María de Jesús Ávila: “la educación es una herramienta indispensable para potenciar las capacidades humanas” y mejorar la calidad de vida. En su trabajo presentan el panorama educativo de los jóvenes en México, elaborando comparaciones de residencia a nivel nacional y por entidad federativa, y diferenciando las características demográficas según el estrato socioeconómico. En primer término, destacan que tres entidades del centro del país (Estado de México, Ciudad de México y Puebla), dos del centro occidente (Jalisco y Guanajuato) y Veracruz aglutinaban a casi la mitad de los jóvenes del país (45%); situación que corresponde con la concentración poblacional que caracteriza a esos estados en el conjunto del país.

Hay tres temas centrales que guían el capítulo de Jáuregui y Ávila. El primero es el análisis de la escolarización formal a través de indicadores de asistencia escolar, nivel y promedio de años de estudios, características del sistema escolar, elección de escuela y abandono escolar. El segundo, las perspectivas educativas referidas a los deseos y expectativas de continuar estudios interrumpidos. Finalmente, los problemas asocia-

dos a la discriminación, abusos y ocurrencia de actos ilícitos en el espacio escolar. A la par, las categorías que utilizaron les permitieron realizar comparaciones según el sexo, edad, residencia urbana y no urbana, condición étnica —manifiesta si se es hablante de lengua indígena—, y así se diferenciaron cuatro estratos socioeconómicos.

Un primer hallazgo de los autores es que, en el grupo de jóvenes entre 12 y 14 años, la tasa de asistencia escolar mostró niveles altos en casi todo el país. A partir de los 15 años, en entidades como Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Aguascalientes se presentó un notorio descenso en el valor de dicha tasa, posiblemente asociado a la emigración internacional que ha caracterizado a las tres primeras entidades. Conforme se avanza en edad, se reduce la asistencia escolar: entre los 20 y 24 años de edad, solamente tres de cada diez jóvenes continuaba estudiando, y a partir de los 25, la gran mayoría había abandonado el sistema escolar.

Los autores también encontraron que en las áreas urbanas, además de contar con mayor concentración de infraestructura educativa, sus residentes presentaron el nivel de estudios más alto, en contraste con los no urbanos y con los hablantes de lengua indígena; estos últimos mostraron los menores niveles, especialmente en Chiapas y Oaxaca, donde se registraron las mayores proporciones de jóvenes sin estudios. De manera similar, a mayor estrato socioeconómico, mayor nivel de escolaridad acumulada. Los principales motivos del abandono escolar fueron económicos (falta de dinero y necesidad de trabajar), seguidos por factores relacionados con la formación de una nueva estructura familiar (matrimonio o unión en pareja y maternidad o paternidad).

A continuación, Héctor Hernández Bringas y René Flores Arenales profundizan en el análisis del rezago educativo y los motivos que llevaron a las y los jóvenes a abandonar sus estudios. Además de utilizar información de la ENJ 2010, recurrieron al XIII Censo de Población y Vivienda 2010 para información sobre los jóvenes entre 12 y 29 años. En su capítulo destacan que “el rezago educativo es una característica generacional que afecta a todas las edades y que, *a posteriori*, tiene efectos sobre los hábitos de salud, alimenticios e higiénicos y, por ende, sobre la calidad de vida individual y de las familias”.

Un primer señalamiento de Hernández y Flores se refiere a que, en 2010, 40% de la población mayor de 15 años se encontraba en situación de rezago educativo, por ser analfabetas o por no haber concluido estudios de primaria o secundaria; la mayor parte de ellos eran mayores de 30 años, y las mujeres superaban a los varones. Si se considera a la población de 12 a 29 años, la cifra se eleva, pues la mitad había dejado de estudiar.

Al igual que Jáuregui y Ávila, Hernández y Flores destacan que en las localidades urbanas había proporciones mayores de jóvenes de todas las edades que continuaban estudiando y que las localidades y regiones más pobres presentaban proporciones mayores de abandono escolar. Las diferencias entre estratos socioeconómicos también favorecían a los jóvenes con más recursos, pues una razón determinante del abandono escolar fue la falta de recursos económicos y la necesidad de conseguirlos a través de un trabajo remunerado. Respecto al matrimonio y la paternidad o maternidad, éstos pesaron cuatro veces más para las mujeres que para los hombres como motivo para decidir dejar la escuela.

Los cuatro capítulos siguientes se adentran en el ámbito laboral en el que se insertan los jóvenes, en un contexto actualmente crítico para la generación de empleo en México, Latinoamérica y el mundo, en el que las actividades ocupacionales se desarrollan en condiciones cada vez más precarias, bajo creciente flexibilidad o incluso en la informalidad.

En el capítulo cinco, Edith Pacheco presenta una interesante discusión en torno a las temáticas y enfoques que diversos autores han priorizado en los estudios sobre la juventud, y destaca la propuesta de Rossana Reguillo sobre los circuitos que vinculan a los jóvenes “con la cercanía o lejanía de los procesos de incorporación social”, así como sus argumentos en torno a “la crisis del empleo juvenil” que ha dificultado la inserción laboral de este sector poblacional, confinándolo a empleos temporales o de tiempo parcial realizados en condiciones cada vez más precarias. Pacheco también realiza una revisión detallada de la investigación previa reciente sobre la incorporación de los jóvenes al mercado laboral en México y una evaluación de la calidad de la información proporcionada por la ENJ 2010 respecto al tema laboral, comparándola con la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2010. Ello le

permite señalar similitudes y diferencias relevantes entre ambas fuentes de información.

Desde la perspectiva de la precariedad laboral, la autora enfoca su análisis en la inestabilidad laboral asociada a la falta de contratación escrita y permanente, en la inseguridad laboral referida a la falta de protección, y en la vulnerabilidad social y económica que enfrentan los jóvenes mexicanos en su acceso al mercado de trabajo. Concluye que la mayoría de los jóvenes que trabajaban, en general, se encontraba en situaciones vulnerables, no sólo por la desventaja que representa incorporarse a la vida laboral a edades tempranas y vincularse a mercados flexibles, sino también porque una proporción amplia de los jóvenes en edades entre 12 y 17 años laboraban sin contrato escrito, y 40% de los entrevistados en la ENJ 2010 que contaban con experiencia laboral, habían tenido cuatro o más trabajos, situación que refleja inestabilidad laboral y posiblemente que los jóvenes reconocen que la calidad de la formación escolar tiene limitaciones para conseguir trabajo o mejorar laboralmente.

De manera similar a lo que acontece en otros países del mundo, una preocupación y discusión reciente en el ámbito académico sobre la población joven en México, así como en el terreno de las políticas públicas —y hasta en la vida cotidiana del país— ha girado en torno a los denominados *ninis*. El término hace referencia a aquellos jóvenes que no estudian y no trabajan en actividades socialmente establecidas para este conjunto de población como su contribución a la reproducción de la sociedad.⁴ En el capítulo seis, Rodolfo Corona hace un recuento del comportamiento y evolución de este subconjunto poblacional, utilizando información censal disponible desde 1950 hasta 2010, con la finalidad de analizar sus características familiares, sociales, económicas y de distribución espacial, y dimensionar las variaciones ocurridas por más de medio siglo. Además de la información censal, Corona apoya su

⁴ Para una discusión sobre el tema y el término en México, véase Tuirán y Ávila (2012) y Leyva y Negrete (2014).

revisión con la ENJ 2010 y con otras fuentes que han generado estadísticas sobre población, jóvenes y empleo a nivel nacional.⁵

El autor encuentra que entre los jóvenes se reproducen las profundas desigualdades que caracterizan a la sociedad mexicana, entre ellas, las desigualdades de género, pues como él afirma: “la cantidad de mujeres que no asisten a la escuela ni realizan actividades económicas supera notoriamente [en poco más del triple en cada fecha censal] al número de hombres en las mismas condiciones”, y “desde 1970 la existencia del fenómeno es aproximadamente cuatro veces mayor entre las mujeres que entre los hombres”, brecha que se acrecienta en el caso de las mujeres indígenas.

En el análisis de la estructura por edades también se manifiestan las desigualdades: a mayor edad, mayor presencia de jóvenes que no estudian ni trabajan. La perspectiva histórica que construye el autor a través de un detallado análisis estadístico, permite apreciar que “el número de ninis aumentó sistemática y considerablemente entre 1950 y 1990”, casi duplicando su tamaño, “de 4.24 millones a 8.51 millones”, alcanzando en esa última fecha censal “su máximo histórico”, para descender a 8.33 millones en 2010.

La distribución geográfica de esa población también presentó desigualdades relevantes —como muestra Corona— pues existía menor concentración de ninis en áreas urbanas de entidades con amplios núcleos de población y estructuras de oportunidades laborales y educativas más diversificadas, como la Ciudad de México y Nuevo León, además de Baja California, en contraste con estados que presentaron mayor concentración de ninis y se caracterizan por contar con amplias poblaciones rurales e indígenas así como mayores índices de marginalidad y pobreza, como Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Puebla. De igual forma, en áreas rurales y localidades pequeñas donde las oportunidades laborales y educativas son limitadas, y en los estratos sociales de menor desarrollo económico,

⁵ La Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 2009 y la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2010.

menores ingresos, menor escolaridad, y que cuentan con servicios públicos limitados y peores condiciones de vida, se intensificaba el fenómeno.

En el capítulo siete, Liliana Huerta Rodríguez introduce las perspectivas de género y de curso de vida para analizar las experiencias educativas y laborales de las y los jóvenes en edades de 14 a 29 años que se encontraban en inactividad educativa y laboral, pero que se dedicaban al trabajo doméstico en sus hogares o a otras actividades no remuneradas. Además de realizar la revisión de la bibliografía sobre el tema, Huerta cuestiona la inclusión de quienes se dedican a los quehaceres domésticos no remunerados en la categoría de inactividad, pues, por una parte, considerar de esta forma ese tipo de trabajo incrementa la magnitud de los denominados *ninis* y, por otra, esas actividades —que son desempeñadas mayoritariamente por mujeres— son fundamentales para la reproducción social, aunque se desarrollen en el ámbito privado, vinculado a la división intrafamiliar del trabajo, y a pesar de su estigmatización como actividades no productivas.

Como afirma la autora, refiriendo otras investigaciones: “la segregación de las mujeres al espacio de lo privado y su mayor dedicación a las actividades domésticas son consideradas como formas de exclusión social” [pues] “la división sexual del trabajo restringe las oportunidades laborales de la población femenina mexicana”; además, “cuando las mujeres participan en el trabajo extradoméstico” deben acudir a diversas estrategias para “cumplir con sus obligaciones domésticas”. En estas condiciones, las alternativas laborales disponibles para ellas “están restringidas por la segregación ocupacional por género”, que las coloca en empleos “de menor prestigio social, con escasa movilidad laboral y alta inestabilidad”.

Uno de los hallazgos del análisis que Huerta realiza con información de las ENJ 2000 y 2010 es que en las localidades urbanas existía mayor proporción de jóvenes en inactividad educativa y laboral, pero residían en hogares con bajo nivel socioeconómico. En las localidades rurales, la proporción de jóvenes que realizaba actividades domésticas en sus hogares fue mayor. Finaliza postulando que el trabajo doméstico no remunerado y el cuidado de la familia siguen siendo actividades

desarrolladas mayoritariamente por mujeres, y su falta de valoración económica y social es aun más adversa en el caso de las jóvenes.

En el capítulo ocho, Ana Jardón y Zoraida Ronzón analizan la inserción en los mercados de trabajo locales de los jóvenes migrantes que retornaron a México desde Estados Unidos, identificados en la ENJ 2010 y cuyo universo ascendió a 55 403 personas. Dos de cada tres eran varones y casi la mitad ocupaba la posición de hijo en sus estructuras familiares. La mayoría tenía niveles educativos básicos (primaria) y se insertaba laboralmente en los sectores comercial y de servicios, con mayor precariedad salarial en las zonas rurales.

Respecto a la trayectoria laboral, la tercera parte obtuvo su primer empleo con apoyo de amigos y familiares; en localidades urbanas, con mayor injerencia de los primeros, y en áreas no urbanas, con mayor participación de los segundos. Al momento de la encuesta, la gran mayoría (85.2%) no contaba con un contrato laboral escrito, situación que expone a este grupo a un alto nivel de inseguridad laboral, aun mayor (91.2%) en localidades no urbanas. Para obtener el empleo en que se desempeñaban, también fue significativo el apoyo de los familiares y amigos.

Uno de los aspectos menos satisfactorios de su empleo actual fue el ingreso percibido, seguido por la imposibilidad de continuar ascendiendo laboralmente. Finalmente, los jóvenes trabajadores entrevistados consideraron, en mayor proporción, que la formación escolar era significativa para obtener empleo; en segundo término, la experiencia laboral, y en menor proporción, los contactos personales.

Los siguientes cuatro capítulos se enfocan en el análisis de las cuestiones de salud y salud reproductiva. En el capítulo nueve, Giovanni Macías Suárez examina los patrones de salud en la población joven de México, explorando tres aspectos: el acceso a los servicios de salud, los hábitos de alimentación y actividad física, y las adicciones. Las desigualdades sociales también se reflejan en los aspectos vinculados con la salud. Macías constata que “a medida que aumenta el grado de estudios, se incrementa la proporción de jóvenes con acceso a servicios médicos”. La gran mayoría de los jóvenes acuden a los servicios públicos de salud y los jóvenes urbanos tienen acceso a los servicios que ofrece el Instituto

Mexicano del Seguro Social (IMSS), mientras que en las localidades rurales predomina el acceso al Seguro Popular. Al igual que ocurre en otros grupos de la población mexicana, a los jóvenes también les afectan los estilos de vida poco saludables en los que concurren: limitado ejercicio físico y hábitos de alimentación inadecuados que ocasionan sobrepeso y obesidad o bien, lo contrario (anorexia y bulimia), así como consumo temprano de tabaco, alcohol o drogas ilícitas. Pero todo ello también presenta diferencias entre los jóvenes de acuerdo con el estrato social, que de alguna manera determina el poder adquisitivo, así como con los roles de género.

Otro aspecto relacionado con la salud, y en general con el desarrollo personal de los jóvenes, se refiere a las prácticas sexuales y el uso de métodos anticonceptivos en previsión de embarazos adolescentes y enfermedades de transmisión sexual, temas que desarrollan Catherine Menkes y David de Jesús Reyes en el capítulo diez. Una primera observación que los autores destacan es el aumento —aunque ligero— que muestra en años recientes la ocurrencia de embarazos en la adolescencia, situación vinculada con el uso reducido de métodos anticonceptivos y una demanda insatisfecha de los mismos para ese grupo de población, pues alrededor de la mitad no utilizó método alguno de protección o control natal —proporción que se incrementa en 10 puntos porcentuales entre las jóvenes—, con los riesgos adicionales vinculados a las enfermedades de transmisión sexual.

Las prácticas sexuales también muestran diferencias asociadas a los roles de género y a las expectativas sociales creadas en torno a la masculinidad y feminidad, normadas por creencias, prejuicios y tabúes distantes de una educación sexual eficaz. La autora destaca, por ejemplo, que la mayoría de las mujeres manifestó haber tenido su primera relación sexual motivadas por amor, mientras que a los varones los motivaron mayormente la curiosidad y la voluntad. Las desigualdades socioeconómicas también marcaron diferencias en las prácticas sexuales y el uso de métodos anticonceptivos: un mayor nivel de escolaridad se relaciona con un inicio más tardío de la vida sexual; hombres y mujeres indígenas inician más tempranamente su vida sexual; una mejor condición

socioeconómica del hogar incrementa la probabilidad de usar condón en la primera relación sexual.

En el capítulo once, María de Jesús Ávila y José Alfredo Jáuregui examinan el inicio de la vida conyugal entre las y los jóvenes chiapanecos, analizando la influencia que tienen el contexto de residencia urbana y no urbana y el estrato socioeconómico (considerando calidad de la vivienda, tipo de actividad económica y escolaridad de los miembros del hogar) en el inicio a la vida sexual, la unión en pareja y el nacimiento del primer descendiente.

Para proceder al análisis, los autores crearon dos cohortes de jóvenes: la primera se refiere a los que nacieron entre 1987 y 1998, y que al momento de la encuesta tenían entre 18 y 23 años, y la segunda corresponde a los que nacieron entre 1981 y 1986, y tenían entre 24 y 29 años de edad.

En un primer señalamiento, los autores destacan que, a pesar de haberse incrementado tanto la escolaridad como la participación laboral de las mujeres jóvenes en Chiapas, en la entidad prevalece “una clara diferenciación sexual del trabajo y un fuerte control familiar y social”. Los autores muestran respecto a la edad a la que los jóvenes tuvieron su primera relación sexual, que parece haber aumentado un año entre los más jóvenes, y el evento se produjo a los 19 años, frente a los 18 años para los jóvenes de la cohorte 1981-1986. Sus resultados permitieron observar un calendario más tardío para la cohorte más joven.

Los autores indican que, por la cercanía del calendario entre la primera unión en pareja y el primer hijo en ambas cohortes, es posible que ocurriese antes el nacimiento del primer hijo que el matrimonio o unión en pareja, patrón vigente en todas las edades. Además señalan que hay una clara diferencia por sexo en la secuencia del calendario entre el inicio de la actividad sexual, el matrimonio y el primer hijo. Mientras que para los hombres la primera relación sexual está desconectada del matrimonio y el inicio de la paternidad, se observa que para las mujeres los tres eventos ocurren en un lapso menor. Esta secuencia responde a un patrón normalizado en el que existe mayor permisividad e incluso obligatoriedad hacia la sexualidad temprana para los hombres que para las mujeres.

En el último capítulo, Ana María Chávez y Teresita Ruiz Pantoja analizan el efecto que tienen las principales características sociales y demográficas en la vida sexual y en la inserción laboral de los jóvenes que viven en las tres principales zonas metropolitanas de México: la Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey; en localidades urbanas y en localidades no urbanas. Las autoras postulan que “vivir en una metrópoli o en un medio urbano proporciona a los jóvenes una visión distinta de la vida y mejores opciones de estudio y trabajo”, y “propicia comportamientos diferentes respecto a la permanencia en el hogar paterno/materno, la sexualidad y la anticoncepción”. Para proceder al análisis aplican cuatro modelos de regresión logística distinguiendo por lugar de residencia.

Entre sus hallazgos destacan diferencias importantes en las características de los jóvenes de acuerdo con el lugar donde viven. En las metrópolis y en el medio urbano hay una mayor independencia de los jóvenes, que los lleva a dejar el hogar paterno; y posiblemente por las separaciones que ocurren en las parejas en las ciudades, los jóvenes viven sólo con alguno de sus padres, comportamiento que todavía no se hace extensivo en el medio no urbano. Hay mayor actividad sexual entre los jóvenes del medio urbano, y una gran diferencia con los patrones sexuales que siguen los chicos de áreas no urbanas, pero los jóvenes urbanos adoptan medidas de prevención de embarazos así como una percepción distinta de la vida; de ahí que sea menor el porcentaje de mujeres embarazadas en las ciudades.

Chávez y Ruiz encuentran que, entre los jóvenes metropolitanos, el sexo, la edad y el vivir fuera del hogar paterno tienen un efecto mayor en el inicio de su vida sexual, en tanto que la escolaridad y el estrato socio-económico no tienen influencia en este inicio, situación que sí afecta en localidades de menor tamaño. En cuanto al uso de métodos anticonceptivos en la primera y la última relación sexual, el sexo de los jóvenes y el pertenecer a estratos económicos mejores propicia su adopción, sobre todo en las metrópolis, en tanto que la escolaridad no tiene influencia en ese medio. Por último, la condición laboral de los jóvenes se asocia fuertemente al hecho de ya no vivir con los padres, así como a la paternidad para el caso de los varones.

En todos los trabajos incluidos en este libro se destacan las profundas desigualdades que permean a la sociedad mexicana y que prevalecen entre su población joven: las desigualdades de género, que colocan a las mujeres en condiciones de persistente desventaja en los ámbitos escolar, laboral y de salud sexual, aun en el ámbito familiar, donde se menosprecia socialmente su innegable aportación al trabajo doméstico en los hogares; las desigualdades entre los residentes de localidades rurales, urbanas y metropolitanas, que ofrecen mayores oportunidades de desarrollo a los jóvenes en aquéllas de mayor tamaño con alternativas y posibilidades más diversificadas en recursos educativos, de empleo y de acceso a los sistemas de salud público y privado; las desigualdades marcadas por los estratos socioeconómicos y por la condición étnica, en un país donde ser indígena continúa siendo un motivo de discriminación económica, social y cultural.

Si los jóvenes son el futuro de un país, en México queda mucho camino por andar para mejorar sus condiciones generales de vida, particularmente en los ámbitos educativo, laboral y de salud, como lo muestran todos y cada uno de los autores que participan en este libro con sus acuciosos análisis y valiosas aportaciones.

Referencias bibliográficas

- Consejo Nacional de Población [Conapo] (2010), *La situación actual de los jóvenes en México, Serie de Documentos Técnicos*, México, Conapo, <http://www.unfpa.org.mx/publicaciones/cuadro_3.pdf>.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2001), “Becoming Adults: Life Course Transitions in Mexican Young People”, ponencia presentada en la xxiv Conferencia General de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP), Salvador de Bahía, Brasil, del 18 al 24 de agosto, y en Annual Meeting, Population Association of America, Boston, 2004.

- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2007), “En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, enero-abril, pp. 43-77.
- Instituto Mexicano de la Juventud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias [Imjuve-CRIM] (2011), *Encuesta Nacional de Juventud. Resultados generales 2010*, México, Imjuve, CRIM, <http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/Encuesta_Nacional_de_Juventud_2010_-_Resultados_Generales_18nov11.pdf>.
- Leyva, Gerardo y Rodrigo Negrete (2014), “NiNi: un término Ni pertinente Ni útil”, *Coyuntura Demográfica*, vol. 5, pp. 15-20, <http://www.somede.org/coyuntura-demografica/index.php/numero-5/item/nini-un-termino-ni-pertinente-ni-util>.
- Tuirán, Rodolfo y José Luis Ávila (2012), “Jóvenes que no estudian ni trabajan: ¿Cuántos son?, ¿quiénes son?, ¿qué hacer?”, *Este País*, núm. 251, marzo, <<http://estepais.com/site/?p=37606>>.

Capítulo 1

Dejando atrás la juventud en México: cambios y continuidades

*Carlos Javier Echarri Cánovas**

cecha@colmex.mx

*Julieta Pérez Amador**

jpa@colmex.mx

Introducción

En un contexto de profundos cambios socioeconómicos, hoy somos testigos de un fenómeno nunca antes visto en México: la evolución demográfica, producto del descenso de la fecundidad y la reducción de la mortalidad, que hace que el grupo de los jóvenes —entendidos como aquéllos que tienen entre 12 y 29 años de edad— haya alcanzado una magnitud sólo superada por los adultos. Según los datos del Censo de Población y Vivienda 2010, los jóvenes representan casi la tercera parte de la población, contra 23.3% de los niños menores de 12 años, 9.4% de los adultos mayores y 34.9% del grupo de 30 a 59 años. Esto, además de la presión que impone sobre el sistema educativo y la capacidad de la economía para ofrecer puestos de trabajo de calidad, supone la urgencia de conocer la evolución reciente y las perspectivas de estas dos esferas de la vida de los jóvenes; también, las de la esfera de la vida familiar, especialmente en lo que concierne a la edad de la primera unión conyugal y su impacto en la formación de nuevos hogares.

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) considera que estamos en un momento auspicioso para la relación juventud–desarrollo; sin embargo, reconoce también que “entre los jóvenes el desarrollo de capacidades, el acceso a oportunidades y la exposición a

* Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA), El Colegio de México.

riesgos están muy segmentados por niveles de ingreso, distribución geográfica y racial y género” (Hopenhayn, 2008, p. 6). Si bien se trata de un tema relativamente nuevo, cada vez hay más investigaciones sobre el tránsito a la adultez, tanto en nuestro país¹ como en otros contextos. Los resultados de estos estudios ponen en evidencia las fuertes interrelaciones de la dinámica demográfica con la transición de la juventud a la edad adulta.

Este trabajo tiene como objetivo continuar con el examen de la transición de la juventud a la edad adulta en México. Desde una perspectiva sociodemográfica, consideramos el proceso de convertirse en adulto como la ocurrencia o la ausencia de ciertos eventos en torno a los cuales hay un consenso en la literatura especializada en el sentido que forman parte de la transición a la edad adulta (Corijn, 1996; Shanahan, 2000). Para ello, analizaremos la intensidad y el calendario de los siguientes eventos: salida de la escuela, inicio de la vida laboral, primera unión y primer hijo nacido vivo.² Asimismo, nos enfocaremos en los factores que puedan acelerar o retardar su ocurrencia. Como fuente de información se utiliza la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010, levantada por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la UNAM y el Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve).

La transición a la adultez: un panorama

Las ciencias sociales han abordado el estudio del paso de la etapa de la juventud a la adultez desde hace varias décadas. Uno de los primeros artículos de Parsons (1942) en la *American Sociological Review* inauguró, junto con otras contribuciones, una tradición de investigación sobre cuestiones de edad y el ciclo de vida; en otro estudio pionero, Coleman (1972) se preguntaba cómo los jóvenes se vuelven adultos, en el con-

¹ Incluyendo un número creciente de tesis de grado que abordan la temática. Véase, por ejemplo, Castro (2003), Giorguli (2004), Llanes (2010), Martínez (2003), Martínez (2010), Pérez (2004), Pérez Amador (1999), Pérez Baleón (2006) o Polo (1999).

² Desafortunadamente, los cambios en el cuestionario entre las encuestas de 2000 y 2010 nos impiden analizar la salida del hogar paterno.

texto de profundos cambios de tres instituciones: la escuela, la familia y el lugar de trabajo. Este autor considera el estatus de adulto relacionado con la autosuficiencia económica y con alcanzar el rol de jefe de hogar, con un enfoque que hoy consideraríamos carente de perspectiva de género, pues parece centrarse en los varones. Por otra parte, considera que el lugar de trabajo se ha vuelto cada vez menos accesible y menos útil para los jóvenes, aun cuando se integran como empleados de tiempo completo al finalizar un periodo cada vez más extenso de escolarización de tiempo completo.

En la literatura contemporánea, la transición de la juventud a la edad adulta ha sido considerada como una serie de eventos independientes que ocurren en una secuencia normativa; explícitamente, la salida de escuela, el primer empleo, la salida del hogar, la primera unión y el nacimiento del primer hijo, y en sus inicios se centró en la experiencia de los varones (Hogan, 1978, 1980; Hogan y Astone, 1986; Marini, 1984). La ocurrencia de estos eventos representa la transición de una situación de dependencia económica y participación en la familia de origen, a otra de independencia económica y formación de una nueva familia (Marini, 1984). Puede considerarse como una etapa de cambio en los roles sociales y en la adscripción de los individuos a los ámbitos público y privado (Mier y Terán, 2004). Sin embargo, la transición de la juventud a la edad adulta, más que un conjunto de eventos que ocurren de manera ordenada a lo largo del curso de vida de los jóvenes, es un proceso en el cual cada joven sigue una trayectoria que finalmente lo convierte en adulto (Hogan y Astone, 1986). Por ello y dado que las connotaciones de joven y adulto divergen entre sociedades a través del tiempo y el espacio, la investigación sobre el tema ha encontrado dificultades para definir cómo y cuándo un evento es experimentado (Goldscheider *et al.*, 1993; Baizán, 1998; Casal *et al.*, 2006). Una crítica recurrente a esta secuencia normativa de eventos es que el paso a la adultez en distintos contextos no incluye los mismos componentes, no sigue la misma secuencia y no ocurre con el mismo calendario (Corijn, 1996; Hogan y Astone, 1986). Los trabajos de comparación internacional, que se han multiplicado recientemente, muestran que en cada país, en función de sus tradiciones culturales y sus

dispositivos institucionales, se adoptan formas específicas de organizar el paso de la adolescencia a la edad adulta (Galland, 2001; Shanahan, 2000).

Una primera etapa de estudios sobre el tema, principalmente en Estados Unidos durante la década de los setenta, se caracterizó por la medición de la intensidad y el calendario de los eventos; posteriormente, el énfasis se puso en los aspectos individuales y familiares que pudieran acelerar o retrasar el calendario, revelando en principio la existencia de grandes patrones regionales, los cuales generalmente se asociaron a diferencias socioeconómicas y socioculturales. Por ejemplo, el nivel socioeconómico de la familia se ha asociado con la ocurrencia de algunos de estos eventos. Musick y Bumpass (1999) presentan una revisión de la literatura norteamericana en la cual afirman que un menor nivel socioeconómico acelera la salida de la escuela, a la vez que aumenta la probabilidad de que las mujeres se conviertan en madres sin haberse casado.

Asimismo, la estructura familiar, por ejemplo, se ha relacionado con una salida prematura de la escuela y del hogar paterno, con una temprana iniciación de la vida sexual, con la precocidad de las uniones libres, con una edad menor al nacimiento del primer hijo y con que éste ocurra antes del matrimonio (Musick y Bumpass, 1999). También se han estudiado las relaciones entre padres e hijos y su efecto en las transiciones de estos últimos hacia la adultez; Aquilino (1997) destaca que la salida del hogar paterno es un evento clave tanto en la vida de los jóvenes como en el futuro de las relaciones con sus padres, pues reduce la intensidad del vínculo entre padres e hijos.

Así, la investigación sobre el tema del paso a la adultez ha mostrado cómo la transición está influenciada por factores económicos, culturales y demográficos, los cuales actúan a nivel macrosocial, familiar e individual. Por otro lado, también se ha encontrado que los eventos que conforman esta transición están interrelacionados y es claro que la ocurrencia de uno puede acelerar o retrasar la ocurrencia de otro (Hogan y Astone, 1986). Por ejemplo, Marini (1984) encuentra que la mayor escolarización de las mujeres está relacionada con un retraso en las transiciones familiares hasta después de concluir sus estudios. Pero al mismo tiempo encuentra que una proporción importante tanto de hombres como de

mujeres inicia su vida laboral, marital, e incluso se convierten en padres, antes de dejar la escuela.

Otra vertiente prometedora es el estudio de los aspectos subjetivos del paso a la adultez (Benson y Furstenberg, 2003; Furstenberg *et al.*, 2003; Hartmann y Toguchi Swartz, 2006). Por ejemplo, criticando el uso del término emancipación sin considerar sus especificidades temporales y su contenido, ya sea económico o residencial, López Blasco (2005) resalta aspectos de la nueva realidad en la que viven las y los jóvenes españoles. Destaca que la reversibilidad de las transiciones a la vida familiar y al mercado laboral, por un lado, obliga a los jóvenes a elegir los aspectos que configuran sus proyectos de transición a la adultez (carrera, formación profesional, estilo de vida, pareja, etc.), y por otro, los somete a determinadas condiciones de vida y a determinadas instancias sociales. De esta manera, considera que la permanencia prolongada en casa de los padres debe ser entendida como una estrategia, con lo que se le restaría importancia a conocer solamente el porcentaje de jóvenes que abandonan o permanecen en casa de los padres, sin analizar las diferencias por sexo, edad, educación, profesión e ingresos de los padres, situación laboral de los jóvenes o relaciones de pareja. Así, para el autor lo importante es analizar y mostrar los factores que hacen que las y los jóvenes tomen unas u otras decisiones.

En el contexto mexicano, los inicios de la investigación relativa a la transición de la juventud a la edad adulta privilegiaron al sexo femenino, básicamente debido a la escasez de información sobre los varones en las encuestas de fecundidad y salud reproductiva que recolectan edades a la ocurrencia de los eventos en cuestión. Dentro de los primeros resultados de investigación, destaca el estudio de Tuirán (1999) con datos de la Encuesta sobre Determinantes de la Práctica Anticonceptiva en México (Edepam) 1988, donde observa cambios importantes entre generaciones anteriores y recientes —mujeres nacidas entre 1937 y 1971— en cuanto a las edades medianas que corresponden a la ocurrencia de las transiciones no familiares (salida de la escuela y primer empleo), pero no así en las familiares (salida del hogar paterno, primera unión y primer hijo[a]). Específicamente, documenta un retraso en la salida

de la escuela y un rejuvenecimiento en la entrada al mercado laboral. En contraste, las edades medianas a la salida del hogar paterno permanecen constantes, aunque particularmente las mujeres de cohortes más recientes que residen en localidades urbanas presentan un comportamiento ligeramente más precoz. El autor tampoco encuentra cambios relevantes en cuanto a la edad de la primera unión ni en el inicio de la maternidad entre las generaciones estudiadas. Finalmente, Tuirán resalta que sólo un grupo minoritario de mujeres vive la secuencia normativa de transiciones.

Con datos más recientes, recolectados en 1998, Coubès y Zenteno (2005) analizan la salida de la escuela, el inicio de la vida laboral y la entrada a la unión en tres cohortes de hombres y mujeres, y encuentran también que el modelo normativo no es el más frecuente; aunque no deja de ser importante en México, en especial entre los varones: 44% de los varones y 29% de las mujeres en la cohorte más joven (nacidos en 1966-1968) sigue el modelo normativo. Resaltan la expansión del sistema educativo y la cada vez mayor participación femenina en la actividad económica como factores que influyen en el cambio de las trayectorias a la adultez en el siglo xx. Específicamente, ambos factores influyen en el calendario y en la consecución de la independencia de residencia, en el inicio de la vida conyugal y de la maternidad (Echarri, 2004); por ejemplo, los jóvenes con mayores niveles educativos retrasan estos eventos, mientras los que han iniciado su vida laboral los aceleran (Pérez Amador, 2006). Asimismo, Tuirán (1996) sugiere que los cambios en la mortalidad y fecundidad ocurridos durante la segunda mitad del siglo xx tuvieron marcadas consecuencias en las trayectorias de vida de los mexicanos y, por ende, en el curso de vida de sus familias. Además, este autor señala que la transición de la adolescencia a la vida adulta ha sido particularmente sensible a dichos cambios, principalmente porque al aumentar la esperanza de vida, las mujeres pueden retrasar el nacimiento de sus hijos.

Por otro lado, la literatura sobre el tema ha mostrado la heterogeneidad tanto en el momento en el curso de vida que ocurren los eventos marcadores del paso a la adultez, como en las trayectorias seguidas por los jóvenes de diferentes sectores sociales. Se ha encontrado, por ejemplo, que en los sectores menos favorecidos, la salida de la escuela

y el inicio de la vida laboral ocurren antes que en los estratos socioeconómicos más altos (Conapo, 2000; Echarri y Pérez Amador, 2001, 2007; Oliveira y Mora, 2008). Además, es más frecuente que los sectores más pobres combinen el estudio con la actividad económica (Giorguli, 2011); este inicio de la actividad laboral previo a la finalización de los estudios se asocia con mayores niveles de deserción escolar (Hobart, 2004). Por su parte, en los sectores de menores recursos las transiciones en el ámbito familiar también son más precoces y el inicio de la vida conyugal se da más frecuentemente por la vía de la unión libre, en vez del matrimonio (Solís, 2004; Pérez Amador, 2008, 2014).

En relación con las trayectorias seguidas en el paso a la adultez, la primera transición suele ser el inicio de la vida laboral (Echarri y Pérez Amador, 2001, 2007), si bien lo primero que hacen las mujeres más pobres es dejar de estudiar y son ellas quienes presentan menores probabilidades de empezar a trabajar, lo cual es una manifestación de una doble desigualdad, de género y socioeconómica, que limita sus oportunidades de movilidad social (Oliveira y Mora, 2008). Se ha encontrado también una mayor diferencia de género en la salida de la escuela —más intensa y temprana en las mujeres—, el primer empleo —menos intensa en las mujeres— y en las transiciones en la esfera familiar —mucho más tempranas en las mujeres— en los sectores de bajo nivel socioeconómico (Conapo, 2000).

La desigualdad socioeconómica también se manifiesta en la simultaneidad y la distancia entre los eventos que componen las trayectorias hacia la vida adulta: entre los más pobres es más probable que los hombres dejen la escuela una vez que empiezan a trabajar (Hobart, 2004), y que coincida o difiera en poco tiempo el que las mujeres entren en unión y se conviertan en madres (Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Estas heterogeneidades en el calendario y tipo de trayectorias hacia la adultez han llevado a Coubès y Zenteno (2005) a afirmar que en vez de una estandarización del curso de vida de los jóvenes mexicanos, se observa una creciente desigualdad entre ellos. Cabe señalar que el incremento de la desigualdad entre los jóvenes ha ocurrido a pesar de la expansión educativa y otras ganancias sociales. En resumen, el estatus

socioeconómico de los jóvenes mexicanos marca las posibilidades que tienen de seguir distintos trayectos en el paso hacia la adultez.

Los resultados de la primera ENJ (2000) señalaban que, entre los 23 y 26 años de edad, la mitad de las mujeres y hombres, respectivamente, ya ha experimentado los cinco eventos típicos de la transición a la adultez. Si comparamos esta edad mediana con la observada en otros contextos, tanto de países industrializados como de otros en vías de desarrollo, podemos decir que los mexicanos efectúan relativamente temprano la transición de la juventud a la adultez, observándose —al igual que en otros contextos— una mayor precocidad en las mujeres respecto a los hombres y en ámbitos rurales respecto a los urbanos (Echarri y Pérez Amador, 2001, 2007).

Frente a este panorama, el objetivo del presente trabajo es analizar cuatro de los eventos que conforman la transición de la juventud a la edad adulta en México.³ Pretendemos con ello dar cierta continuidad a nuestro trabajo realizado con datos de la ENJ 2000, que fue la primera en su tipo.⁴ Para ello, primordialmente destacaremos las diferencias urbano-rurales y entre hombres y mujeres, aunque también incluiremos en el análisis el estrato socioeconómico del hogar y el nivel educativo de los jóvenes. Estos factores, entre otros, han sido relacionados con la intensidad, el calendario y la secuencia de los diferentes eventos en la transición de la juventud a la edad adulta, como lo muestran numerosos estudios que hemos revisado en este apartado.

Aspectos metodológicos

La fuente de datos utilizada es la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010, que fue realizada por el CRIM-UNAM y el Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve). Esta encuesta es representativa a nivel nacional,

³ Los cambios introducidos en el cuestionario de la ENJ 2010 nos impiden analizar la salida del hogar paterno.

⁴ El lector interesado puede consultar Echarri y Pérez Amador (2007).

estatal, por tamaño de la localidad de residencia (con corte urbano/rural en los 15 000 habitantes), y para tres zonas metropolitanas y tres ciudades del país.⁵ Si bien se trata de una fuente de información de tipo transversal, la inclusión de preguntas retrospectivas relativas a la ocurrencia y, en su caso, la edad a la que ocurrieron los eventos nos permite analizarlos de manera longitudinal. El instrumento nos permitió identificar cuatro transiciones de curso de vida en la transición a la adultez: la salida de la escuela, el primer trabajo, la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo. Trabajaremos con una muestra analítica de 22921 jóvenes de 15 a 29 años de edad, que contaban con información completa sobre la ocurrencia de los eventos (97.92% de los jóvenes entrevistados de 15-29 años). Algunas características sociodemográficas de esta población se presentan en el cuadro 1.1.

Comenzaremos con un análisis descriptivo de la ocurrencia y número de eventos experimentados por las y los jóvenes. Acto seguido, utilizando técnicas descriptivas de análisis de historia de eventos o sobrevivencia, estudiaremos el calendario y la intensidad de los cuatro eventos. Posteriormente, y con el objetivo de observar la manera en que ciertas características demográficas y socioeconómicas se relacionan con el calendario de los eventos (es decir, si aceleran o retardan su ocurrencia), utilizamos modelos de análisis de historia de eventos en tiempo discreto (Allison, 1982). Para el análisis de cada transición, la variable dependiente es la probabilidad de ocurrencia del evento en cada intervalo de tiempo o duración (en nuestro caso la edad del individuo), dado que no ocurrió en el intervalo inmediato anterior. En un primer modelo incluiremos el tamaño de la localidad de residencia (urbano >15 000 habitantes o rural <15 000 habitantes), el sexo (hombre o mujer) y el estrato socioeconómico (muy bajo, bajo, medio o alto)⁶ como variables explicativas

⁵ Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVVM), Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG), Zona Metropolitana de Monterrey (ZMM) y las ciudades de Puebla, Tijuana y Tapachula.

⁶ Esta variable se construyó sobre la base de tres dimensiones: las características de la vivienda, que toman en cuenta si se tiene piso de tierra, conexión de agua, o si se tienen todos los servicios, lo que nos acerca a las condiciones materiales de vida. La

Cuadro 1.1
México: características sociodemográficas de las y los jóvenes¹
según sexo y ámbito de residencia, 2010

Característica	Mujeres			Hombres		
	RURAL	URBANO	TOTAL	RURAL	URBANO	TOTAL
Edad	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
15-19	44.4	38.3	40.4	46.6	42.3	43.8
20-24	29.3	33.4	31.9	29.5	30.9	30.4
25-29	26.4	28.4	27.7	23.9	26.8	25.8
Parentesco	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Jefa(e)	3.6	6.3	5.4	20.3	18.9	19.4
Pareja	26.1	25.5	25.7	1.8	0.9	1.2
Hija(o)	64.7	61.9	62.9	72.4	72.9	72.8
Nieta(o)	3.5	3.4	3.5	3.6	3.6	3.6
Otro	2.1	2.9	2.6	1.9	3.6	3.0
Estado conyugal	99.9	99.9	99.9	100.0	100.0	100.0
Soltera(o)	61.1	61.5	61.4	73.9	80.3	78.1
Unión libre	13.7	14.7	14.4	11.6	8.3	9.4
Casada(o)	21.1	19.1	19.8	12.5	9.2	10.3
Sep. Div. Viu.	3.9	4.6	4.3	2.1	2.2	2.2
Nivel de instrucción	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Primaria o menos	16.2	6.9	10.2	13.3	5.1	7.9
Secundaria	38.6	31.6	34.1	40.5	29.1	33.0
Preparatoria	33.6	35.5	34.8	33.6	37.7	36.3
Universidad	11.6	26.0	20.9	12.6	28.0	22.7
Estrato socio-económico del hogar	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Muy bajo	27.5	7.7	14.7	25.3	6.9	13.2
Bajo	40.6	30.0	33.8	39.8	25.8	30.6
Medio	21.3	30.6	27.3	23.0	31.9	28.8
Alto	10.6	31.8	24.3	12.0	35.4	27.4
Total de casos	4658	7611	12269	3895	6757	10652

¹ Jóvenes de 15 a 29 años de edad (N = 22912).

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

segunda dimensión se refiere a la escolaridad relativa promedio de los miembros del hogar. Para cada persona mayor de seis años, se calculó el número de años de escolaridad respecto al estándar nacional según su edad y sexo, y se obtuvo el promedio en cada hogar. Esta medida nos acerca al concepto de capacidades y nos ofrece una idea tanto de las potencialidades como de la inversión que esa familia ha hecho en la educación de todos sus miembros. La tercera dimensión toma en cuenta la actividad mejor remunerada del hogar. Se trata de un índice comparable con otras encuestas y los censos de población recientes (Echarri, 2008).

de cada una de las cuatro transiciones o eventos.⁷ Un segundo modelo incluirá también el nivel educativo (al menos un grado aprobado en primaria, secundaria, preparatoria o universidad) como factor asociado a las transiciones al primer empleo, la primera unión y el nacimiento del primer hijo.

Resultados: características recientes del paso a la adultez

En esta sección comenzamos con una descripción de la ocurrencia y el calendario de transiciones. En la gráfica 1.1 presentamos el porcentaje de jóvenes que al momento de la encuesta ya había experimentado cada uno de los eventos en cuestión, distinguiendo por sexo y localidad de residencia. Observamos, en primer lugar, que la mayoría de los jóvenes ha experimentado dos transiciones: la salida de la escuela y el primer empleo. Respecto a la primera, claramente las y los jóvenes residentes en localidades de tipo rural han salido de la escuela en mayor medida que sus símiles urbanos; pero en ambos contextos, las mujeres muestran mayor ocurrencia que los hombres. Así, mientras dos de cada tres mujeres rurales ya no asistían a la escuela, un poco menos de la mitad de los hombres urbanos aún se encontraba estudiando al momento de la encuesta. Por su parte, la transición al primer empleo se dibuja como el evento mayormente experimentado por las y los jóvenes: al menos tres cuartas partes de los varones (urbanos y rurales) y dos terceras partes de

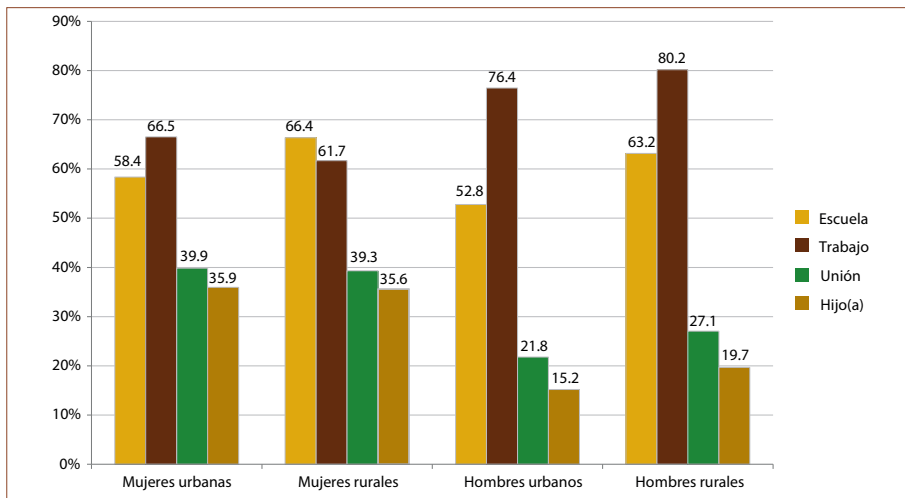
⁷ Si bien en un inicio deseábamos hacer un estudio comparativo de nuestro análisis con la Encuesta Nacional de Juventud 2000 (Echarri y Pérez Amador, 2007), los cambios introducidos en el cuestionario de la versión 2010 nos impidieron hacerlo estrictamente. Además de no poder analizar la salida del hogar paterno, de los factores asociados al calendario de los eventos que estudiamos antes, solamente podemos incluir el ámbito de residencia y el estrato socioeconómico de los hogares, ya que la referencia temporal de otras características relacionadas con la dinámica familiar (comunicación, contexto prohibitivo, toma de decisiones y actividades compartidas) se hizo al momento de la encuesta, sin hacer referencia al periodo de coresidencia con los padres en el caso de jóvenes que ya habían dejado el hogar paterno al momento de la encuesta.

las mujeres urbanas ya habían transitado al primer empleo. La excepción son las mujeres rurales, para las cuales el primer empleo ocupa el segundo lugar en ocurrencia después de la salida de la escuela.

En lo concerniente a las transiciones familiares, se observa una asombrosa similitud entre las mujeres urbanas y las rurales: entre 35 y 40% de ellas ya experimentó la primera unión y la llegada del primer hijo. Por su parte, en los varones ambos eventos han ocurrido con menor intensidad y con marcadas diferencias entre los urbanos y los rurales. Observamos una diferencia cercana a los cinco puntos porcentuales entre los porcentajes de ocurrencia de ambos eventos (véase gráfica 1.1).

De este modo, observamos que el porcentaje de jóvenes que han experimentado los eventos de transición a la edad adulta difiere entre los dos ámbitos de lugar de residencia considerados y entre hombres y mujeres. Las mujeres rurales han experimentado en una proporción más alta la salida de la escuela y en una más baja el inicio de la vida laboral respecto a sus símiles urbanas. Estas dos transiciones han ocurrido en proporciones ligeramente mayores en los hombres rurales en compa-

Gráfica 1.1
México: porcentaje de jóvenes que han experimentado
los eventos en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010



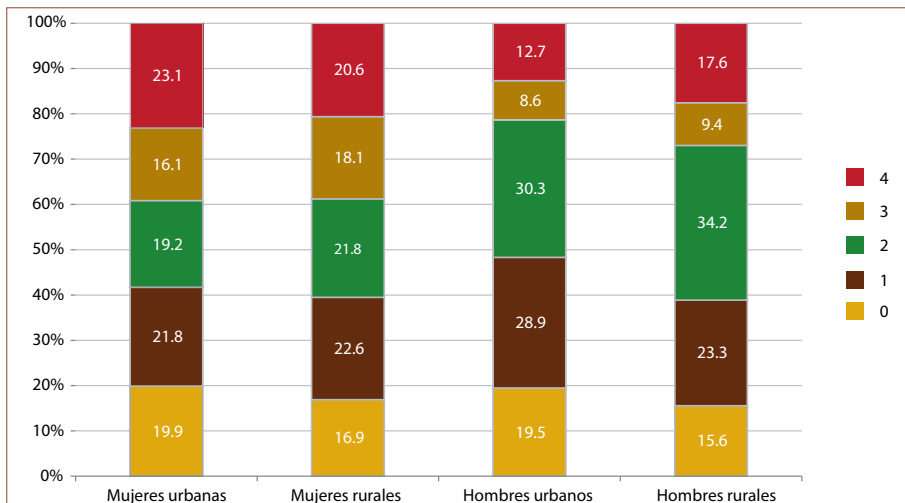
Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

ración con los urbanos, mientras que las familiares ocurren en proporciones considerablemente mayores entre los varones rurales que entre los urbanos. Como mencionamos, uno de los aspectos que más llama la atención es la similitud entre mujeres urbanas y rurales en cuanto a la proporción de ocurrencia en las transiciones familiares.

Número de transiciones y la primera transición

En la gráfica 1.2 presentamos la distribución porcentual de las y los jóvenes según el número de transiciones que habían experimentado al momento de la encuesta, por sexo y ámbito de residencia. En primera instancia, observamos que el porcentaje de jóvenes con cero transiciones, es decir, que no han comenzado su camino hacia la adultez, es mayor en el ámbito urbano que en el rural. De hecho, se observa cierta similitud entre hombres y mujeres al interior del ámbito de residencia. En contraste, al otro extremo, el porcentaje de jóvenes que ya experimentó las

Gráfica 1.2
México: distribución porcentual de los jóvenes según el número de eventos experimentados en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010



Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

cuatro transiciones, muestra una marcada diferencia por sexo; siendo las mujeres las que presentan las mayores proporciones, y al interior de ellas, las urbanas tienen un porcentaje ligeramente mayor (23.1% contra 20.6%) que las rurales. Los hombres urbanos son los que se caracterizan por tener la menor proporción de jóvenes con cuatro transiciones, lo que nos sugiere o bien un inicio tardío o un periodo de tránsito hacia la adultez más prolongado.

Cuadro 1.2
México: distribución porcentual de los jóvenes¹ según el número de eventos experimentados en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010

Sexo y edad	Número de transiciones				
	0	1	2	3	4
Mujeres rurales					
15-19	33.4	34.7	19.7	9.0	3.2
20-24	5.6	17.9	27.5	20.8	28.2
25-29	1.7	7.5	18.7	30.5	41.6
Total	16.9	22.6	21.8	18.1	20.6
Mujeres urbanas					
15-19	39.1	34.5	15.2	7.1	4.1
20-24	12.7	20.2	22.2	19.2	25.7
25-29	2.5	6.5	20.8	24.5	45.7
Total	19.9	21.8	19.2	16.1	23.1
Hombres rurales					
15-19	27.4	38.2	29.4	3.1	2.0
20-24	7.5	13.5	44.9	11.7	22.4
25-29	2.5	6.4	30.2	18.9	42.0
Total	15.6	23.3	34.2	9.4	17.6
Hombres urbanos					
15-19	33.8	41.5	20.8	2.5	1.4
20-24	13.0	26.4	37.9	10.1	12.5
25-29	4.3	11.7	36.7	16.6	30.7
Total	19.5	28.9	30.3	8.6	12.7

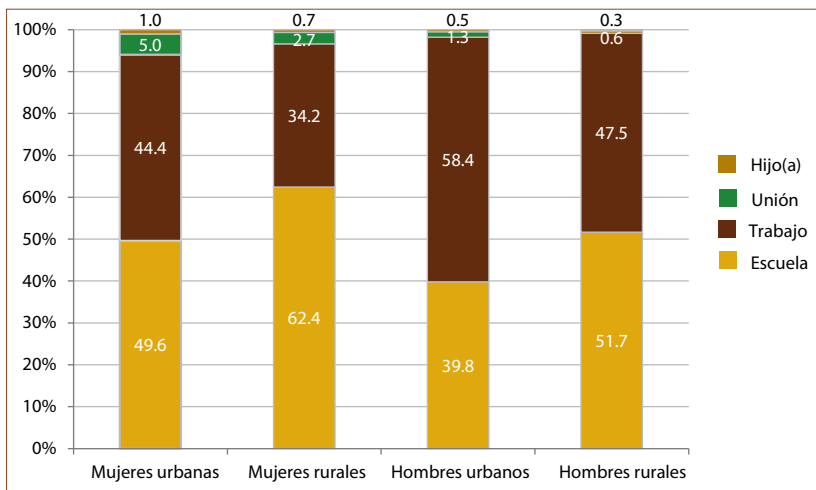
¹ Jóvenes de 15 a 29 años de edad (N = 22912).

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud, 2010.

Evidentemente, conforme avanza la edad, el número de transiciones experimentadas se incrementa (véase cuadro 1.2). De modo que para el grupo de edad de 25 a 29 años, 46% de las mujeres urbanas ha completado las cuatro transiciones aquí consideradas. A ellas les siguen en intensidad, con 42%, las y los jóvenes rurales, quienes no muestran diferencias por sexo. Nuevamente son los hombres urbanos los que presentan el menor porcentaje, con 31%, quienes parecen tener una transición a la adultez más tardía o más lenta en comparación tanto con sus similares rurales como con las mujeres de ambos ámbitos de residencia.

Entre las y los jóvenes que han experimentado al menos uno de los eventos en la transición de la juventud a la edad adulta,⁸ la salida de la escuela figura, en mayor medida, como el primer evento que les ocurre a las y los jóvenes rurales y a las mujeres urbanas (véase gráfica 1.3).

Gráfica 1.3
México: distribución porcentual de los jóvenes según el primer evento experimentado en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010



Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

⁸ De acuerdo con los datos presentados en la gráfica 1.2 y el cuadro 1.2, el porcentaje de varones urbanos con al menos una transición es de 80.5%; el de mujeres urbanas, 80.1%; el de hombres rurales, 84.4%, y 83.1% el de mujeres rurales.

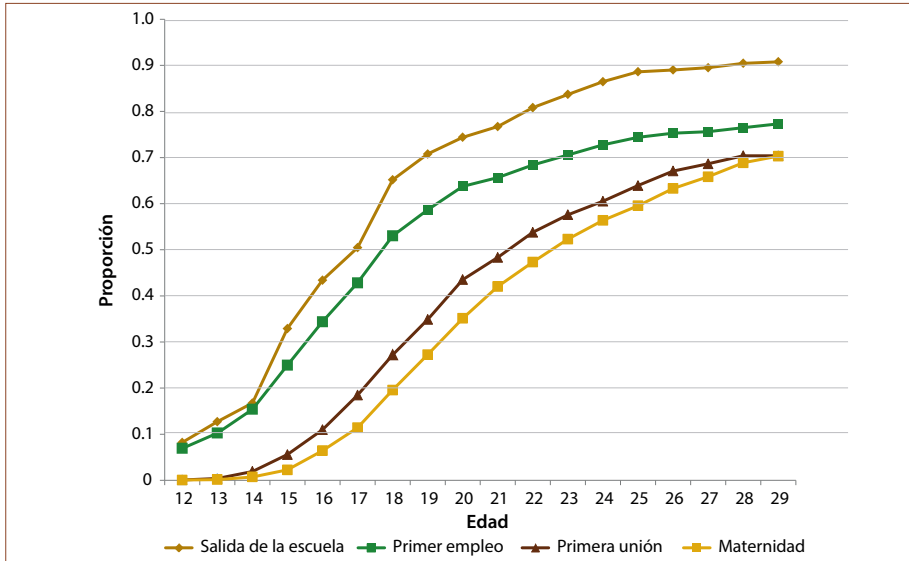
Los hombres urbanos, por su parte, inician el paso a la adultez en mayor medida con el primer empleo: cerca de 60% de ellos lo hace de esta manera, mientras que cerca de 40% inicia al término o por abandono de la educación formal. También un porcentaje considerable de las y los jóvenes rurales y las mujeres urbanas inician su tránsito a la adultez con el primer empleo, de modo que su proporción como primer evento ocupa el segundo lugar. Sin embargo, las diferencias entre mujeres según su ámbito de residencia alcanza los 10 puntos porcentuales. Es decir, aun cuando la mayoría de las jóvenes urbanas y rurales inicia la transición a la adultez con la salida de la escuela, la proporción de las que inician con el primer empleo es considerablemente mayor (44.4% contra 34.2%) en las urbanas.

Calendario e intensidad

En esta sección estimamos, mediante técnicas de análisis de sobrevivencia o tabla de vida, las proporciones acumuladas de la ocurrencia de cada evento en la transición a la adultez, mismas que presentamos en las gráficas 1.4 a 1.7. En cada gráfica figura el comportamiento de los cuatro eventos para un grupo poblacional diferenciado por el sexo y el ámbito de residencia. En éstas podemos observar la edad a la que 25% de las y los jóvenes ha experimentado los eventos (Q1 o primer cuartil), así como la edad mediana a su ocurrencia, es decir, la edad a la que 50% de las y los jóvenes ha experimentado el evento (cuadro 1.3). Nótese que únicamente para las transiciones no familiares (salida de la escuela y primer empleo) obtuvimos estimaciones del tercer cuartil (Q3) o edad a la que 75% ha experimentado dichos eventos.⁹ Esto nos da cierto indicio de un prolongamiento de la transición de la juventud a la edad adulta respecto a lo observado hace diez años, cuando se levantó la primera encuesta de juventud (véase, por ejemplo, Echarri y Pérez Amador, 2007; Oliveira y Mora, 2008).

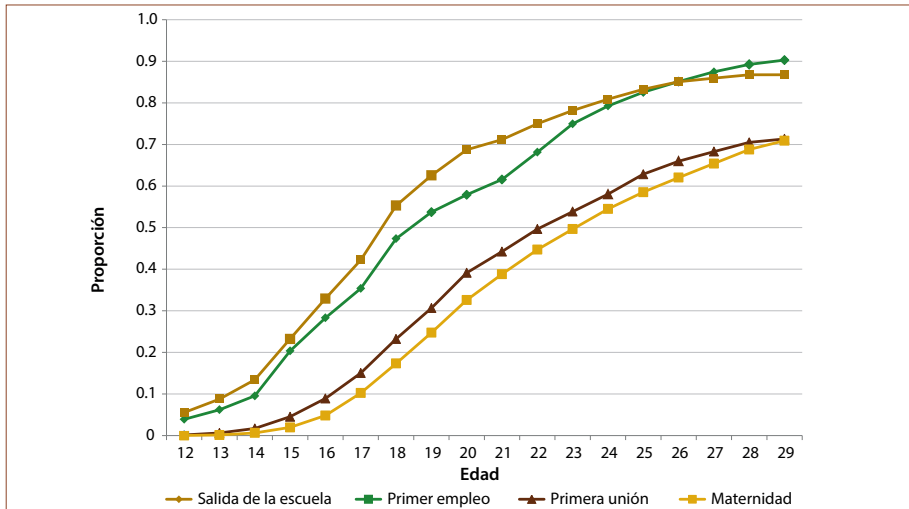
⁹ Los valores puntuales de los cuartiles de edad a los eventos se presentan en el cuadro 1.3, más adelante.

Gráfica 1.4
México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de mujeres jóvenes rurales que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010



Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

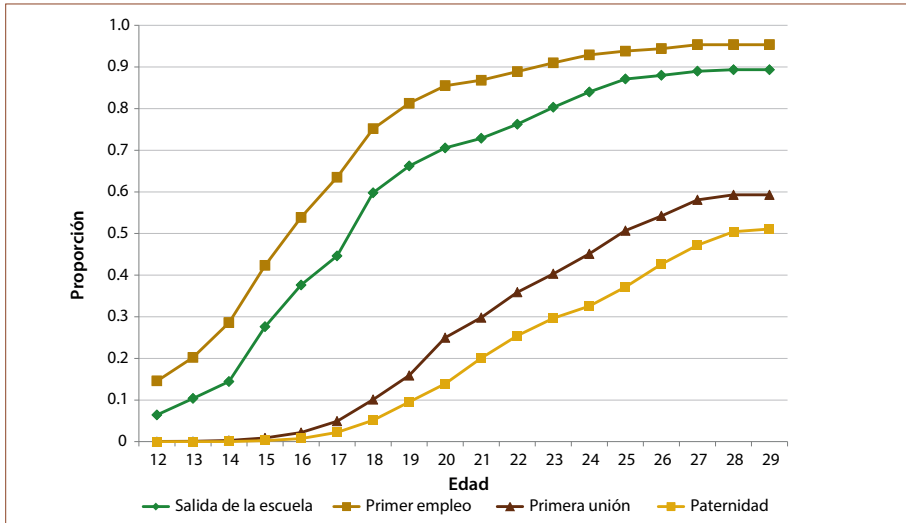
Gráfica 1.5
México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de mujeres jóvenes urbanas que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010



Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 1.6

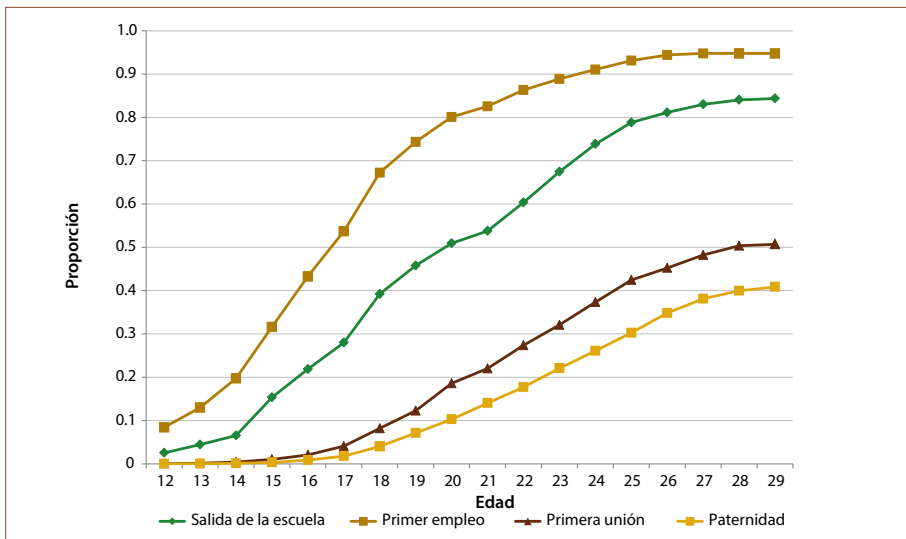
México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de varones jóvenes rurales que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010



Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 1.7

México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de varones jóvenes urbanos que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010



Fuente: calculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 1.3

México: estimaciones de tabla de vida de los cuartiles y rango intercuartil de edad a la ocurrencia de los eventos en la transición a la adultez por sexo y ámbito de residencia, 2010¹

Transición	Rurales		Urbanos	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
PRIMER CUARTIL (Q1)				
Salida de la escuela	14.8	14.5	16.5	15.6
Primer empleo	13.6	15.0	14.4	15.2
Primera unión	20.0	17.7	21.6	18.2
Paternidad/maternidad	21.9	18.7	23.7	19.0
EDAD MEDIANA				
Salida de la escuela	17.4	16.9	19.8	18.4
Primer empleo	15.7	17.7	16.6	17.6
Primera unión	24.9	21.3	27.8	22.1
Paternidad/maternidad	27.9	22.5	--	23.1
TERCER CUARTIL (Q3)				
Salida de la escuela	21.6	20.3	24.2	23.0
Primer empleo	18.0	25.7	18.0	22.0
Primera unión	--	--	--	--
Paternidad/maternidad	--	--	--	--
RANGO INTERCUARTIL (Q3-Q1)				
Salida de la escuela	6.8	5.8	7.7	7.4
Primer empleo	4.4	10.7	3.5	6.8
Primera unión	--	--	--	--
Paternidad/maternidad	--	--	--	--

¹ Jóvenes de 15 a 29 años de edad (N = 22 912).

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Al comparar las gráficas 1.4 a 1.7, observamos que las y los jóvenes de ambos ámbitos de residencia han experimentado las transiciones no familiares con una intensidad considerablemente mayor que las familiares. También notamos que, con excepción de las mujeres rurales, el primer empleo es el evento más experimentado de los cuatro que consideramos. Asimismo, es notoria la diferencia entre hombres y mujeres en cuanto a la distancia de las curvas que representan la ocurrencia de los eventos. En las mujeres éstas son más cercanas, mientras que en los hombres se observa gran distancia no sólo entre las transiciones no familiares y las familiares, sino también al interior de estos dos bloques. Es decir, la salida de la escuela parece no ocurrir de manera simultánea con el primer empleo, y la entrada en unión conyugal no parece ocurrir

simultáneamente con el nacimiento del primer hijo. De este modo, y en general, pareciera que las diferencias por sexo son más relevantes que las diferencias por ámbito de residencia. En seguida analizaremos cada evento por separado, profundizando en las diferencias urbano-rurales y entre hombres y mujeres.

Salida de la escuela

La salida de la escuela ocurre más temprano entre los jóvenes residentes de localidades de tipo rural en comparación con sus similares urbanos. Según las edades medianas a la ocurrencia de este evento, la diferencia entre mujeres es de año y medio (16.9 contra 18.4 años); mientras que en los varones ésta es de casi dos años y medio (16.9 contra 19.8 años). En cuanto a las diferencias por sexo, observamos que las edades medias a la salida de la escuela difieren en menos de medio año entre las y los jóvenes rurales, pero son cercanas al año y medio entre los residentes de localidades urbanas. Es decir, parece que la brecha educacional por género ha disminuido más en las localidades rurales que en las urbanas, al menos respecto a la edad mediana a la que los jóvenes terminan la educación formal.

Basados en el valor de Q1, parece que los varones rurales inician la salida de la escuela casi dos años más temprano que sus similares urbanos, y este patrón se presenta también para las mujeres. En las zonas rurales, las diferencias por sexo en este indicador son nulas, pero en las urbanas se nota una ligera diferencia, ya que las mujeres inician la salida de la escuela cerca de un año antes que los varones. En contraste, los valores de Q3 muestran grandes disparidades en términos de ámbito de residencia, puesto que las diferencias entre los residentes rurales y urbanos son de alrededor de tres años, tanto en varones como en mujeres, lo cual muestra que las y los jóvenes urbanos realizan esta transición más tarde que sus similares rurales. Como consecuencia de esa divergencia rural-urbana, el rango intercuartil (Q3-Q1) es considerablemente más alto en localidades urbanas, siendo cercano a siete años y medio en éstas (sin

mayores diferencias por sexo) y menor a los siete años en las rurales (con un año de diferencia por sexo). Esto significa que los jóvenes urbanos, en comparación con los rurales, experimentan la transición de salida de la escuela no sólo más tarde, sino también más expandida a lo largo de la etapa escolar.

Primer empleo

La incorporación al mercado laboral es generalmente la primera transición experimentada por los jóvenes en México, como pudimos notar antes. Según las edades medianas, varones y mujeres inician su vida laboral con una diferencia de un año en el contexto urbano y dos en el rural, siendo las mujeres las que inician la vida laboral más tarde. Respecto a las diferencias por ámbito de residencia, observamos que la edad mediana al primer empleo es un año menor en los hombres rurales, comparados con los urbanos; pero en las mujeres no existe tal diferencia, de modo que la edad a la que 50% de ellas ha iniciado la vida laboral es prácticamente la misma.

La edad a la que 25% de las y los jóvenes ha experimentado esta transición (Q1) muestra diferencias de año y medio por sexo en localidades rurales, pero menores al año en localidades urbanas. De nuevo, son los varones los que presentan una edad más temprana a la de las mujeres. Asimismo, las diferencias por ámbito de residencia son someras entre los hombres e inapreciables entre las mujeres. Es decir, el inicio temprano de la vida laboral se caracteriza más por sus diferencias por sexo que por ámbito de residencia. A los 18 años, 75% de los varones urbanos y rurales se ha insertado al mercado laboral (Q3). No es sino hasta los 22 años que las mujeres urbanas alcanzan el Q3, y a las rurales todavía les toma 3.7 años más. De este modo, el rango intercuartil más amplio en la transición al primer empleo lo presentan estas últimas (10.7 años), siendo cuatro años más grande que el de sus similares urbanas y al menos seis años mayor que el de los varones urbanos o rurales. El rango intercuartil más corto es el de los varones urbanos, quienes inician más tarde que sus

similares rurales (Q1 = 14.4 contra 13.6 años), pero aceleran el paso de tal manera que 75% de ellos obtiene el primer empleo a la misma edad que los rurales (Q3=18). En resumen, parece que los varones entran al mercado de trabajo antes que las mujeres, pero su paso es más acelerado, tomándoles menos de cuatro años y medio en completar la transición. Por su parte, las mujeres rurales comienzan a la misma edad que sus símiles urbanas, pero les toma mucho más tiempo completar la transición.

Primera unión

En general, las mujeres establecen una unión conyugal a una edad más temprana que los hombres. Esto es evidente al observar tanto la edad mediana, que es menor en 3.6 años en ámbitos rurales y 5.7 en urbanos, como al observar la edad al primer cuartil, que es 2.3 años menor en zonas rurales y 3.3 en zonas urbanas. Siguiendo el patrón rural de nupcialidad temprana, los varones y las mujeres experimentan esta transición familiar antes que los urbanos. La edad media a la unión ocurre cerca de un año antes en el caso de las mujeres y tres en el de los varones. La edad al primer cuartil, sin embargo, no muestra contrastes tan marcados, ya que la diferencia es únicamente medio año entre mujeres urbanas y rurales, y año y medio entre los hombres. Es así que para las mujeres, las diferencias urbano-rurales en la edad a la que una cuarta parte o la mitad de ellas ha entrado en unión conyugal no rebasan el año. Esto nos sugiere una convergencia en los calendarios rural y urbano de formación de uniones entre las mujeres.

Esto no sucede así en los hombres, quienes guardan diferencias de 1.6 y 3.0 años en las edades al primer cuartil y mediana, respectivamente, a la transición. Sin duda, el tiempo que les toma a las y los jóvenes urbanos y rurales para completar la transición a la primera unión se está prolongando respecto a lo observado hace 10 años, ya que no nos fue posible obtener estimadores de la edad a la que 75% ha entrado en unión conyugal.

Entrada en la paternidad o maternidad

El nacimiento del primer hijo ocurre más tarde que los otros eventos en la transición de la juventud a la edad adulta. Este evento se experimenta con un calendario diferente entre mujeres y hombres y, en el caso sólo de ellos, con marcadas diferencias urbano-rurales. Es así que la edad mediana de las mujeres al inicio de la maternidad es 5.3 años menor que la de los varones en contextos rurales. En los urbanos, los hombres han retrasado tanto el inicio de la paternidad, que no nos fue posible estimar la edad mediana. Si nos referimos a la edad a la que 25% de las y los jóvenes urbanos ya han tenido su primer hijo, la diferencia entre hombres y mujeres es de casi cinco años. Las diferencias urbano-rurales en la edad media a la maternidad que se observaron en otros tiempos se están desvaneciendo, y también respecto a la edad a la que 25% de las mujeres rurales y urbanas completan la transición. No así en el caso de los varones, quienes conservan el patrón de paternidad rural más temprana que la urbana. Esto de acuerdo tanto a la edad al primer cuartil (21.9 contra 23.7 años), como al hecho de que no tenemos estimación de la mediana a la paternidad para los urbanos (en los rurales es de 27.9 años). Así, y al igual que en la transición a la primera unión, los datos sugieren una convergencia en los calendarios rurales y urbanos de la maternidad y una divergencia o polarización entre los calendarios rurales y urbanos de la paternidad. Por consiguiente, esto sugiere también una mayor divergencia en los calendarios entre hombres y mujeres, de modo que ellos están retrasando considerablemente el nacimiento de su primer hijo.

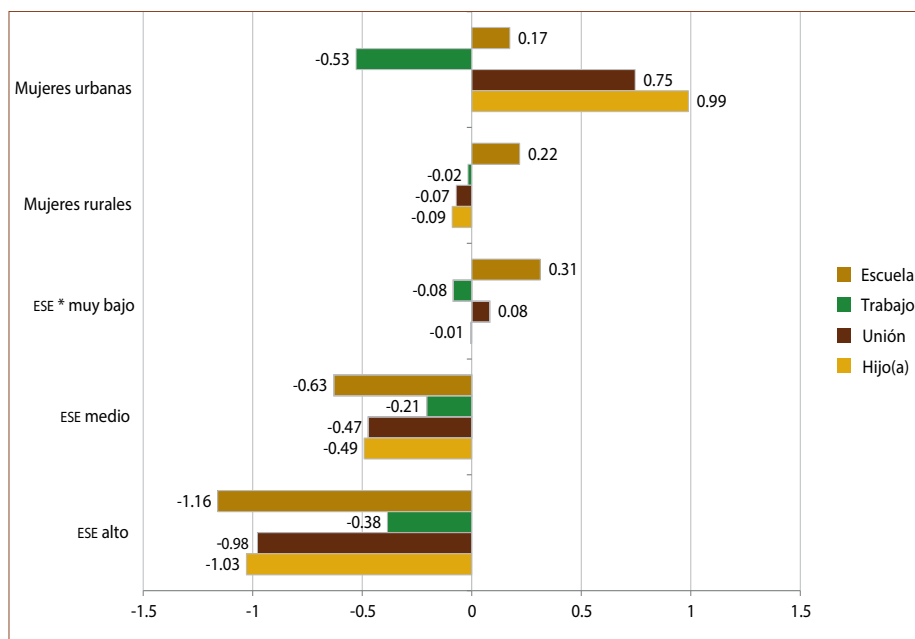
Para concluir esta parte del análisis, es importante notar que éste confirma que las y los jóvenes urbanos y las y los jóvenes rurales no necesariamente comienzan su transición hacia la adultez con la salida de la escuela, toda vez que el evento experimentado más tempranamente es el primer empleo. Únicamente las mujeres rurales parecen seguir la secuencia normativa escuela-trabajo-unión-hijo en su paso a la adultez. Además, las gráficas 1.5 a 1.7 muestran claramente la cercanía en las transiciones no familiares por un lado, y la cercanía de las familiares por el otro, de modo que la distancia entre ambos grupos se está abriendo, siendo esto

mucho más notorio en los hombres. De nuevo, las mujeres rurales no se apegan tanto a este comportamiento (véase gráfica 1.4), lo que nos invita a explorar a esta población con más detalle en esfuerzos futuros.

Factores asociados al calendario de las transiciones a la adultez

En la gráfica 1.8 ilustramos los efectos estimados de las variables seleccionadas sobre la ocurrencia de los cuatro eventos en la transición a la adultez que hemos estudiado, resultantes de la aplicación de modelos de sobrevivencia en tiempo discreto. Los resultados completos los presentamos en los cuadros 1.4 y 1.5. En primer lugar observamos que,

Gráfica 1.8
México: efectos de variables seleccionadas sobre la ocurrencia de cuatro de los eventos en la transición a la adultez, 2010



* ESE: estrato socioeconómico.

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 1.4
México: efectos estimados de las características sociodemográficas seleccionadas
en la ocurrencia de los eventos en la transición a la adultez,
resultantes del modelo 1 de análisis de historias de eventos en tiempo discreto, 2010

Característica/evento	Salida de la escuela	Primer empleo	Primera unión ¹	Primer hijo(a)
Sexo (referencia: hombre)				
Mujer	0.17*	-0.53*	0.75*	0.99*
Ámbito de residencia (referencia: urbano)				
Rural	0.22*	-0.02	-0.07*	-0.09*
Estrato socioeconómico (referencia: bajo)				
Muy bajo	0.31*	-0.08*	0.08*	-0.01
Medio	-0.63*	-0.21*	-0.47*	-0.49*
Alto	-1.16*	-0.38*	-0.98*	-1.03*
Nivel educativo (referencia: secundaria)				
Primaria o menos	--	--	--	--
Preparatoria	--	--	--	--
Universidad	--	--	--	--
Edad	1.26*	1.27*	1.87*	1.89*
Edad al cuadrado	-0.03*	-0.03*	-0.04*	-0.04*
Constante	-14.47*	-13.42*	-22.64*	-23.90*
Años persona vividos	406 025	398 912	459 155	469 490
Número de eventos	13 780	16 428	7 664	6 492
Grados de libertad	8	8	8	8
Logaritmo de la verosimilitud	-44 505	-52 605	-28 885	-25 051
BIC (Bayesian Information Criterion)	89 112	105 312	57 874	50 206

¹ La primera unión incluye, indistintamente, unión libre y matrimonio.

* $p < 0.05$.

Jóvenes de 15 a 29 años de edad (N = 22 912).

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

independientemente del ámbito de residencia y del estrato socioeconómico, las mujeres experimentan más temprano que los hombres las transiciones familiares y la salida de la escuela, es decir, a cada edad, su riesgo de ocurrencia de estos eventos es mayor al de los hombres. Por lo contrario, ellas tienen menor riesgo de iniciar su vida laboral. Así, los resultados sugieren que el ser mujer (contra ser hombre) acelera las transiciones familiares y la salida de la escuela, al tiempo que retrasa la ocurrencia del primer empleo.

Cuadro 1.5
México: efectos estimados de las características sociodemográficas seleccionadas
en la ocurrencia de los eventos en la transición a la adultez,
resultantes del modelo 2 de análisis de historias de eventos en tiempo discreto, 2010

Característica/evento	Primer empleo	Primera unión ¹	Primer hijo(a)
Sexo (referencia: hombre)			
Mujer	-0.57*	0.77*	1.01*
Ámbito de residencia (referencia: urbano)			
Rural	-0.05*	-0.14*	-0.15*
Estrato socioeconómico (referencia: bajo)			
Muy bajo	-0.18*	-0.11*	-0.18*
Medio	-0.05*	-0.17*	-0.18*
Alto	-0.09*	-0.41*	-0.42*
Nivel educativo (referencia: secundaria)			
Primaria o menos	0.15*	0.32*	0.27*
Preparatoria	-0.32*	-0.61*	-0.58*
Universidad	-0.66*	-1.19*	-1.24*
Edad	1.30*	1.94*	1.95*
Edad al cuadrado	-0.03*	-0.04*	-0.04*
Constante	-13.52*	-23.11*	-24.33*
Años persona vividos	398 912	459 155	469 490
Número de eventos	16 428	7 664	6 492
Grados de libertad	11	11	11
Logaritmo de verosimilitud	-52203	-28204	-24474
BIC (Bayesian Information Criterion)	104 547	56 551	49 091

¹ La primera unión incluye, indistintamente, unión libre y matrimonio.

* $p < 0.05$.

Jóvenes de 15 a 29 años de edad (N = 22 912).

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

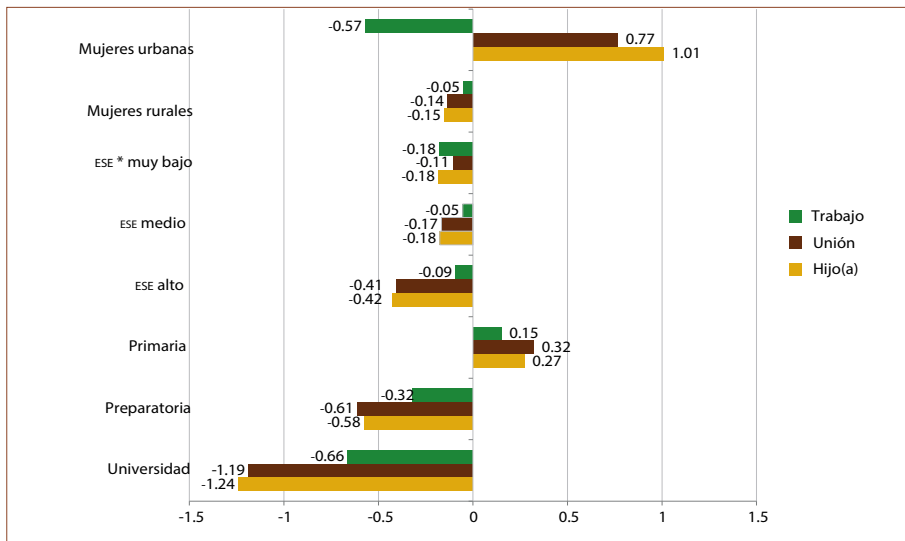
Respecto al ámbito de residencia, los resultados sugieren que los y las jóvenes rurales tienen una transición más temprana a la salida de la escuela respecto a sus similares urbanos. En la muestra analizada no encontramos suficiente evidencia estadística para descartar la similitud urbana-rural en la transición al primer empleo y eso se debe a que el efecto del ámbito de residencia es positivo para los varones y negativo para las mujeres (datos no mostrados), es decir, las mujeres rurales tienen menor riesgo que las urbanas de iniciar su vida laboral, mientras que lo opuesto ocurre con los varones. Respecto a las transiciones familiares, observamos que al controlar por el sexo y el estrato socioeconómico, los

residentes en zonas rurales tienen ligeramente menor riesgo de transitar a la primera unión y a la maternidad/paternidad que los urbanos. Este resultado, que ya habíamos observado cuando analizamos la ENJ 2000, sugiere que parte de las diferencias urbano-rurales en estas transiciones se debe, entre otros aspectos, a las diferencias urbano-rurales en el estrato socioeconómico.

Por lo que toca a éste, observamos que mientras más alto es el nivel socioeconómico, menor el riesgo de ocurrencia de los cuatro eventos analizados. Es decir, los eventos en la transición a la adultez ocurren sistemáticamente más tarde a medida que se incrementa el estrato socioeconómico, independientemente del ámbito de residencia y del sexo del joven.

Al incluir el nivel educativo alcanzado por las y los jóvenes en el análisis (véase gráfica 1.9 y cuadro 1.4), observamos que respecto a las y los jóvenes con educación secundaria, los que sólo cursaron primaria

Gráfica 1.9
México: efectos de variables seleccionadas sobre la ocurrencia de tres de los eventos en la transición a la adultez, 2010



* Estrato socioeconómico.

Fuente: cálculos propios a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

experimentan el primer empleo, la primera unión y el nacimiento del primer hijo más temprano. Mientras que los que alcanzan estudios de preparatoria y universitarios los experimentan de manera más tardía. Es así que nuestros resultados confirman el gradiente negativo, previamente documentado, entre el nivel educativo y los diferentes eventos en la transición de la juventud a la edad adulta. Este gradiente negativo se observa independientemente del sexo, el ámbito de residencia y el nivel socioeconómico de los jóvenes. De este modo, los resultados de este análisis, aunque de ninguna manera exhaustiva, nos sugieren, en general, continuidad en los factores asociados a la ocurrencia de los eventos analizados.

Conclusiones: cambios y continuidades en la transición a la adultez 2000-2010

Los análisis realizados con los datos más recientes muestran cambios con la situación que encontramos en el año 2000, así como permanencias en la forma en que los jóvenes transitan a la adultez en México. De esta manera, en los jóvenes rurales se da una separación del calendario entre la salida de la escuela y el inicio de la vida laboral, es decir, si bien la primera transición sigue siendo el primer empleo, se observa una mayor permanencia en el sistema escolar, respecto a diez años antes. Por lo que se refiere a las transiciones en el ámbito familiar, a inicios del siglo XXI observábamos que a los 22 años se aceleraba tanto la entrada en unión como la llegada del primer hijo, mientras que ahora ese cambio se ha suavizado. Esto hace que la convergencia de las curvas de estas dos transiciones, que se daba a los 24 años de edad, ya no se observe; lo anterior está relacionado con un importante retraso de la entrada en la paternidad. Respecto a las edades medianas de ocurrencia de los eventos, existen dos años de diferencia en la salida de la escuela, uno en la primera unión y tres y medio en la paternidad primer hijo, que es el cambio más importante. Cabe resaltar la ausencia de cambios en la edad mediana al primer empleo.

Por lo que toca a las mujeres rurales, hay una continuidad en el calendario de la salida de la escuela en los últimos diez años. Con los

datos más recientes observamos que la salida de la escuela y el inicio de la vida laboral se acercan antes de los 18 años, para después seguir senderos que corren paralelos, mientras que en el año 2000 este paralelismo se observaba a lo largo de toda la curva. Si nos referimos al ámbito familiar, encontramos una ligera separación de los calendarios de entrada en unión y maternidad respecto a la situación diez años antes. Respecto a las edades medianas a la ocurrencia de los eventos, esta última década ha sido una de continuidad; en el paso a la adultez de las mujeres rurales únicamente encontramos un año de diferencia en la edad mediana a la salida de la escuela, en tanto que en el resto de los eventos no se observan cambios.

Al considerar los cambios observados entre los años 2000 y 2010, en los hombres urbanos encontramos que la convergencia entre el calendario de la salida de la escuela y el de la entrada al trabajo ocurre ahora a edades más tempranas. En cambio, se da una divergencia creciente entre la entrada en unión y la paternidad. Por lo que toca a las edades medianas a las que ocurren los eventos, podemos reportar retrasos de un año en la salida de la escuela y de dos años en la entrada en unión; pero no hallamos diferencias en el inicio de la vida laboral. Lo más importante es el postergamiento de la entrada en paternidad, cuya magnitud nos impide calcular la edad mediana, que hace una década fue de 26.7 años.

Finalmente, para las mujeres urbanas observamos que en 2010 se da una convergencia, casi coincidencia, en los calendarios de salida de la escuela y el primer empleo, pero éste es el único cambio apreciable, pues hay una continuidad en los calendarios familiares y, sorprendentemente, no hay ningún cambio en las edades medianas a la ocurrencia de los cuatro eventos considerados. Lo anterior nos lleva a preguntarnos si este grupo ha alcanzado un umbral en el paso a la adultez, o bien sólo se están dando cambios en la últimas etapas de su juventud.

En general, podemos rescatar que ninguno de los cuatro grupos contrastados tiene cambios en la edad mediana al primer empleo; solamente encontramos un ligero incremento en la permanencia escolar, el cual, sin embargo, no se observa en las mujeres urbanas. Llama la atención que para las mujeres el ámbito de residencia está dejando de tener

importancia como factor diferenciador de los trayectos hacia la adultez. Donde el cambio es importante es en las transiciones familiares masculinas, sobre todo por un importante retraso en la entrada a la paternidad.

A pesar de las restricciones impuestas por la fuente de datos, se encontró una serie de resultados importantes, los cuales deberán ser complementados por otros estudios que profundicen más en los factores que explican las trayectorias que siguen los jóvenes mexicanos en su paso a la adultez, así como los significados y valores que asignan a estos cambios, en particular para ayudar a responder la pregunta de si dichos cambios son producto de una toma de decisiones personal (o familiar) o bien de un abanico de posibilidades muy estrecho, determinado por la estructura socioeconómica.

Referencias bibliográficas

- Allison, Paul D. (1982), *Event History Analysis. Regression for Longitudinal Data*, Beverly Hills, SAGE.
- Aquilino, William S. (1997), "From Adolescent to Young Adulthood: A Prospective Study of Parent-Child Relations during the Transition to Adulthood", *Journal of Marriage and Family*, vol. 59, núm. 3, pp. 670-686.
- Baizán, Pau (1998), "Transitions vers l'âge adulte des générations espagnoles nées en 1940, 1950 et 1960", *Genus*, vol. 44, núms. 3-4, julio-diciembre, pp. 233-263.
- Benson, Janel y Frank Furstenberg, Jr. (2003), "Subjective Perceptions of Adulthood among Urban Youth: Are Demographic Transitions Still Relevant?", *The Network on Transitions to Adulthood, Research Network Working Paper*, núm. 3, <http://transitions.s410.sureserver.com/wp-content/uploads/2011/08/Subjective-Perceptions-of-Adulthood.pdf>.
- Casal, Joaquim, Maribel Garcia, Rafael Merino y Miguel Quesada (2006), "Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de

- la juventud desde la perspectiva de la transición”, *Papers, Revista de Sociología*, núm. 79, pp. 21-48.
- Castro Méndez, Nina (2003), “Temporalidades reproductivo-laborales de las mujeres mexicanas de tres cohortes”, tesis de maestría en Población, dirigida por María Edith Pacheco Gómez Muñoz, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México).
- Coleman, James Samuel (1972), “How Do the Young Become Adults?”, *The Phi Delta Kappan*, vol. 54, núm. 4, diciembre, pp. 226-230.
- Consejo Nacional de Población [Conapo] (2000), *Situación actual de las y los jóvenes en México. Diagnóstico sociodemográfico*, México, Conapo.
- Corijn, Martine (1996), *Transition into Adulthood in Flanders. Results from the Fertility and Family Survey 1991-92*, Netherlands Interuniversity Demographic Institute (NIDI)/Population and Family Study Centre (CBGS) Publications, núm. 32.
- Coubès, Marie-Laure y René Zenteno (2005), “Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo”, en Coubès, Marie-Laure, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx: una perspectiva de historias de vida*, México, Cámara de Diputados, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, El Colegio de la Frontera Norte, Miguel Ángel Porrúa, pp. 331-353.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier (2004), “La casada casa quiere. Un análisis de los patrones de residencia posterior a la unión de las mujeres mexicanas”, en Lozano, Fernando (ed.), *El amanecer del siglo y la población mexicana*, vol. 1, Memorias de la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, México, CRIM-UNAM, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede), pp. 325-349.
- (2008), “Desigualdad socioeconómica y salud reproductiva: una propuesta de estratificación social aplicable a encuestas”, en Lerner, Susana e Ivonne Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, México, El Colegio de México, pp. 59-113.

- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2001), "Becoming Adults: Life Course Transitions in Mexican Young People", ponencia presentada en la xxiv Conferencia General de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP), Salvador de Bahía, Brasil, del 18 al 24 de agosto, y en Annual Meeting, Population Association of America (PAA), Boston, 2004.
- (2007), "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, enero-abril, pp. 43-77.
- Furstenberg, Frank F., Sheela Kennedy, Vonnie C. McCloyd, Rubén G. Rumbaut y Richard A. Settersten, Jr. (2003), "Between Adolescence and Adulthood: Expectations about the Timing of Adulthood", *The Network on Transitions to Adulthood, Research Network Working Paper*, núm. 1, <<http://transitions.s410.sureserver.com/wp-content/uploads/2011/08/between.pdf>>.
- Galland, Olivier (2001), "Adolescence, post-adolescence, jeunesse: retour sur quelques interprétations", *Revue Française de Sociologie*, vol. 42, núm. 4, pp. 611-640.
- Galland, Olivier (1991), *Sociologie de la jeunesse: l'entrée dans la vie*, París, Armand Colin.
- Giorguli Saucedo, Silvia Elena (2004), "Transitions from School to Work: Educational Outcomes, Adolescent Labor and Families in Mexico", tesis de doctorado en Sociología, dirigida por David P. Lindstrom, Universidad de Brown.
- (2011), "Caminos divergentes hacia la adultez en México", en Binstock, Georgina y Joice Melo Vieira (coords.), *Nupcialidad y familia en la América Latina actual*, Campinas, Universidade Estadual de Campinas (Unicamp), Asociación Latinoamericana de Población (Alap), pp. 123-163.
- Goldscheider, Frances K., Arland Thornton y Linda Young-DeMarco (1993), "A Portrait of the Nest-Leaving Process in Early Adulthood", *Demography*, vol. 30, núm. 4, pp. 683-699.
- Hartmann, Douglas y Teresa Toguchi Swartz (2006), "The New Adulthood? The Transition to Adulthood from the Perspective of Tran-

- sitioning Young Adults”, *Advances in Life Course Research*, vol. 11, pp. 253-286.
- Horbath, Jorge Enrique (2004), “Primer empleo de los jóvenes en México”, *Papeles de Población*, vol. 10, núm. 42, octubre-diciembre, pp. 199-248.
- Hogan, Dennis P. (1978), “The Variable Order of Events in the Life Course”, *American Sociological Review*, vol. 43, núm. 4, agosto, pp. 573-586.
- (1980), “The Transition to Adulthood as Career Continuity”, *American Sociological Review*, vol. 45, núm. 2, abril, pp. 261-276.
- Hogan, Dennis P. y Nan Marie Astone (1986), “The Transition to Adulthood”, *Annual Review of Sociology*, vol. 12, pp. 109-130.
- Hopenhayn, Martín (2008), *Juventud y cohesión social en Iberoamérica: un modelo para armar*, Santiago, Comisión Económica para América Latina (Cepal), Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), Secretaría General Iberoamericana (Segib), Organismo Internacional de Juventud para Iberoamérica (OIJ).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [Inegi] (2010), *Censo de Población y Vivienda 2010*, Aguascalientes, Inegi.
- López Blasco, Andréu (2005), “Familia y transiciones: individualización y pluralización de formas de vida”, en López Blasco, Andréu, Lorenzo Cachón, Domingo Comas, Jaime Andreu, Josune Aguinaga, Lorenzo Navarrete, *Informe 2004, Juventud en España*, Madrid, Instituto Nacional de la Juventud (Injuve), pp. 21-131.
- Llanes Díaz, Nathaly (2010), “La maternidad adolescente y su efecto sobre la salida de la escuela entre mujeres mexicanas: replanteamientos y consideraciones”, tesis de maestría en Población y Desarrollo, dirigida por Cecilia Gayet, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México).
- Marini, Margaret Mooney (1984), “Age and Sequencing Norms in the Transition to Adulthood”, *Social Forces*, vol. 63, núm. 1, pp. 229-244.

- Martínez Salgado, Mario (2010), “Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo xx”, tesis de doctorado en Estudios de Población, dirigida por Olga Lorena Rojas, El Colegio de México.
- Martínez Salgado, Mario (2003), “Inicio de las trayectorias reproductivas de los hombres mexicanos a través de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva”, tesis de maestría en Demografía, dirigida por Olga Lorena Rojas, El Colegio de México.
- Mier y Terán, Marta (2004), “Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de la península de Yucatán”, *Población y Salud en Mesoamérica*, vol. 2, núm. 1, consultado el 29 de octubre de 2014, doi: 10.15517/psm.v2i1.13953.
- Musick, Kelly y Larry Bumpass (1999), “How Do Prior Experiences in the Family Affect Transitions to Adulthood?”, en Booth, Alan, Ann C. Crouter y Michael J. Shanahan (eds.), *Transitions to Adulthood in a Changing Economy. No Work, No Family, No Future*, Westport, Praeger Publishers, pp. 69-288.
- Oliveira, Orlandina de y Minor Mora Salas (2008), “Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo”, *Papeles de Población*, vol. 14, núm. 57, julio-septiembre, pp. 117-152.
- Parsons, Talcott (1942), “Age and Sex in the Social Structure of the United States”, *American Sociological Review*, vol. 7, núm. 5, pp. 604-616.
- Pérez Amador, Adriana (2004), “La disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México: dos aproximaciones metodológicas”, tesis de maestría en Demografía, dirigida por Julieta Quilodrán Salgado, El Colegio de México.
- Pérez Amador, Julieta (1999), “Diferencias en el curso de vida de madres e hijas: cambio intergeneracional en la salida del hogar”, tesis de maestría en Demografía, dirigida por Carlos Javier Echarri Cánovas, México, El Colegio de México.
- (2002), “Diferencias en el curso de vida de madres e hijas: cambio intergeneracional en la salida del hogar”, tesis de maestría en Demografía, dirigida por Carlos Javier Echarri Cánovas, El Colegio de México.

- Pérez Amador, Julieta (2006), “El inicio de la vida laboral como detonador de la independencia residencial de los jóvenes en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 21, núm. 1 (61), pp. 7-47.
- (2008), “Análisis multiestado multivariado de la formación y disolución de las parejas conyugales en México”, *Estudios Demográficos*, vol. 23, núm. 3 (69), pp. 481-511.
- (2014), “Cambios y permanencias en la dinámica de las uniones libres en México”, *Coyuntura Demográfica*, núm. 5, pp. 47-55, <http://www.somede.org/coyuntura-demografica/numero5/#/46/>.
- Pérez Baleón, Guadalupe Fabiola (2006), “Mujeres mexicanas transitando hacia la adultez. Una mirada a través de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003”, tesis de maestría en Demografía, dirigida por Olga Lorena Rojas Martínez, México, El Colegio de México.
- Polo Arnejo, Rita Elena (1999), “La transición a la edad adulta entre los jóvenes del México urbano”, tesis de maestría en Población, dirigida por Marta Mier y Terán, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México).
- Shanahan, Michael J. (2000), “Pathways to Adulthood in Changing Societies: Variability and Mechanisms in Life Course Perspective”, *Annual Review of Sociology*, vol. 26, pp. 667-692.
- Solís, Patricio (2004), “Cambios recientes en la formación de uniones consensuales en México”, en Lozano, Fernando (coord.), *El amanecer del siglo y la población mexicana. Memorias de la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, vol. 1, México, CRIM-UNAM, Somede, pp. 351-370.
- Solís, Patricio, Cecilia Gayet y Fátima Juárez (2008), “Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social”, en Susana Lerner e Ivonne Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, México, El Colegio de México, 397-428.
- Tuirán, Rodolfo (1996), “Las trayectorias de la vida familiar en México: una perspectiva histórica”, en López Barajas, María de la Paz

(coord.), *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*, México, Somede, pp. 7-14.

————— (1999), “Dominios institucionales y trayectorias de vida en México”, en Figueroa, Beatriz (coord.), *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos*, México, El Colegio de México, pp. 207-241.

Capítulo 2

Trayectorias hacia la adultez en México: un acercamiento desde la perspectiva del análisis de secuencias

Gabriela Mejía Paillés*

g.mejia-pailles@soton.ac.uk

Introducción

El proceso mediante el cual un individuo se convierte en adulto puede tener varios significados. En la literatura sociodemográfica, este proceso se define por una serie de transiciones interrelacionadas, que van desde la independencia económica hasta la formación de una familia. Sin embargo, no todas las personas experimentan todos estos procesos hacia la edad adulta, y los individuos que los experimentan tienden a seguir trayectorias con diferentes secuencias en el orden de los eventos.

La importancia de centrarse en el curso de vida¹ de los adolescentes y jóvenes a través del estudio de sus transiciones a la vida adulta reside en el hecho de que es durante este periodo de vida que se toman decisiones fundamentales; es decir, la adolescencia es un periodo crucial porque se toman decisiones que afectarán el curso de vida futuro; por ejemplo: seguir estudiando o entrar en la fuerza de trabajo, casarse o posponer el matrimonio.

Desde una perspectiva macro, los cambios en las trayectorias de los jóvenes son de gran importancia para el país, debido a que los jóvenes de hoy representan la fuerza de trabajo del mañana. Las trayectorias hacia la edad adulta elegidas en este proceso de desarrollo son determinantes

* Economic and Social Research Council (ESRC) Centre for Population Change, University of Southampton.

¹ Como concepto, el *curso de vida* de un individuo se ha definido como “la secuencia de eventos y roles definidos socialmente” experimentados durante el periodo de vida (Giele y Elder, 1998, p. 22).

para toda la vida. Sin embargo, en algunos casos ni siquiera existe una opción debido a condiciones económicas precarias o la incapacidad de tomar decisiones.

Los dos conceptos centrales en el estudio contemporáneo del proceso que involucra convertirse en adulto son *transiciones* y *trayectorias*. Éstos representan dos posibles enfoques de análisis: el corto y el largo plazo, respectivamente. Las transiciones hacia la adultez se encuentran insertas dentro de las trayectorias (Elder, 1985) y, al mismo tiempo, moldean la forma de esas trayectorias. Es por ello que las trayectorias dan lugar a una serie de secuencias de diferentes eventos que generan “trayectorias desordenadas” hacia la adultez. Una trayectoria desordenada implica la experiencia de las transiciones a la edad adulta fuera de la “secuencia normativa socialmente esperada” (Elder, 1974; Hogan, 1978, 1980).

En la actualidad, la investigación en el campo que involucra la transición hacia la adultez se ha trasladado a la importancia de las secuencias de eventos (Aassve, Billari y Piccarreta, 2007; Robette, 2010), tomando en cuenta una perspectiva holística (Billari, 2001b, 2004; Aassve, Billari y Piccarreta, 2007) que ayuda a integrar y comprender el ciclo de vida de los adultos jóvenes de una forma integral.

Aunque existen importantes contribuciones en el estudio del tránsito hacia la vida adulta en México (Fussell, 2004; Echarri y Pérez Amador, 2007; Fussell, 2006), pocos son los estudios que se centran en la relación entre las transiciones y su secuencia de eventos a la vida adulta (Mejía-Paillés, 2012). En la mayoría de los estudios demográficos y de salud reproductiva en México, las mujeres han sido la unidad de análisis. Los estudios que han considerado las relaciones entre las transiciones han utilizado información disponible solamente sobre mujeres (Tuirán, 1998; Lindstrom y Brambila, 2001). Una comprensión completa de las trayectorias a la vida adulta de los jóvenes mexicanos requiere del análisis de la relación entre las distintas transiciones a la vida adulta y, en particular, la inclusión de hombres y mujeres jóvenes.

El objetivo de este análisis, basado en la recolección de historias de eventos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010, es integrar en trayectorias la secuencia de eventos agrupando su grado de similitud y

empleando técnicas de análisis secuencial, considerando cuatro eventos importantes hacia la vida adulta. En la esfera educativa y laboral, se incluyó la salida de la escuela y el primer empleo, y en el ámbito familiar, la primera unión y el nacimiento del primer hijo.

Antecedentes

El *curso de vida* se desarrolló bajo el supuesto de una “secuencia predefinida” de eventos; una idea que en su época fue original y adecuada para analizar el cambio social que acontecía en la sociedad americana de la posguerra (Elder, 1974). Los primeros estudios en la transición a la edad adulta que incorporaron un enfoque de curso de vida también prestaron especial atención al momento de la aparición de la serie de eventos que integraban el camino de las personas durante toda su vida. Para ser más precisos, este tipo de estudios analizó la edad “adecuada” y socialmente esperada de la aparición de una serie de transiciones (Neugarten *et al.*, 1965; Neugarten y Datan, 1973). Este enfoque se debió al hecho de que uno de los factores clave que debían ser analizados en el estudio del ciclo de vida de los individuos era la edad en la que la transición a la edad adulta se llevaba a cabo. Sin embargo, estos estudios trataban las transiciones a la edad adulta como una secuencia fija de procesos (Marini, 1984); se centraban en una secuencia predeterminada en la ocurrencia de las transiciones que participan en todo el ciclo de vida de los individuos. Por ejemplo, se esperaba que las personas completaran sus estudios antes de entrar en la fuerza laboral; la salida del hogar paterno se asociaba con la entrada en la primera unión; la consecuencia inevitable de la primera unión era la paternidad o maternidad, y con los años, llegaría la jubilación de la fuerza de trabajo (Coleman, 1974).

Fue hasta finales de la década de los setenta que los investigadores comenzaron a estudiar las transiciones del curso de vida de aquellas personas cuyas trayectorias a través de la vida estaban teniendo lugar *fuera de tiempo y fuera de secuencia*. El primer concepto se refiere a los individuos que experimentaban las transiciones antes o después de la

edad media del resto de la población. El segundo, a las personas que no seguían el orden esperado o “establecido” de los acontecimientos.

Hogan (1978) argumentó que el paso a la edad adulta en la sociedad estadounidense se producía en un orden prescrito de eventos “óptimo”, lo que era una función de experiencias históricas y educativas de la cohorte. El autor hizo referencia a un patrón normativo hipotético, que en muchos casos se distanciaba de los fenómenos de la vida real. Años más tarde, Hogan (1980) estudió el patrón normativo esperado en el curso de la vida en la sociedad estadounidense. Algunos de sus hallazgos probaron la hipótesis de que los individuos que seguían un patrón diferente al resto de la población en su transición a la edad adulta tenían puestos de trabajo inferiores y ganancias menores en el ámbito laboral en comparación con el resto de los individuos.

Aunque existió cierto interés en el orden cambiante en la secuencia de los eventos a la edad adulta, Marini (1984) argumentó que en ese tiempo casi todos los estudios sobre transiciones a la vida adulta se basaban en el estudio de dos eventos a la vez. Debido a la complejidad implícita del enfoque en el curso de vida, los estudios se centraban en dos eventos, por ejemplo, la entrada en la paternidad antes de la entrada a la primera unión. Dichos estudios no trataban de explorar toda la influencia en el resto de la trayectoria, o la influencia de las transiciones que se estaban produciendo al mismo tiempo y que podían tener un efecto importante en las otras transiciones de la adolescencia a la edad adulta. En el contexto de la sociedad americana, la autora examinó el orden de salida de la escuela, la entrada a la fuerza de trabajo, la entrada al primer matrimonio y el nacimiento del primer hijo. Marini encontró que aproximadamente la mitad de los encuestados había experimentado la salida de la escuela como primer evento, seguida por la entrada a la fuerza de trabajo, la primera unión y la entrada a la paternidad/maternidad; mientras tanto, la otra mitad había experimentado diferentes secuencias de eventos. Marini también encontró diferencias de género significativas en el efecto de las variables causales. Los varones eran más propensos a entrar en la fuerza laboral antes de terminar la escolaridad de tiempo completo, así como a experimentar roles familiares (matrimonio y paternidad) siendo

estudiantes, comparado con las mujeres. Por otro lado, las mujeres que alcanzaban altos niveles de escolaridad eran más propensas a retrasar la entrada a los roles de familia hasta finalizar sus estudios.

Aun cuando el enfoque de curso de vida tuvo su origen al considerarse una secuencia de eventos que tienen lugar en un orden predeterminado, la investigación ha demostrado que no todos los individuos siguen las trayectorias “normativamente” esperadas en sus vidas. Rindfuss, Swicegood y Rosenfeld (1987) argumentaron que el contexto histórico era un factor determinante en los patrones de vida de hombres y mujeres. Los autores analizaron el orden de los acontecimientos en el curso de la vida hasta la edad adulta en el ámbito familiar (matrimonio, maternidad/paternidad) y no familiar (escolaridad, ingreso laboral) en Estados Unidos, y encontraron que más de la mitad de los hombres y mujeres incluidos en el estudio siguieron una secuencia desordenada en sus transiciones en comparación con lo que se suele suponer como patrón “normativo”.

En los últimos años, se ha propuesto el uso de análisis de secuencias para estudiar trayectorias hasta la edad adulta adoptando un enfoque integral para hacer frente a la complejidad del análisis del ciclo de vida de las distintas transiciones a la vida adulta (Billari, 2001a). Con base en el análisis de secuencias, Aassve, Billari y Piccarreta (2007) investigaron las trayectorias profesionales y familiares de las mujeres en Gran Bretaña, y Robette (2010) analizó el surgimiento de una “vía moderna” a la edad adulta seguida por los hombres y mujeres en Francia. Ambos estudios analizan la experiencia de trayectorias heterogéneas hasta la edad adulta. Sin embargo, cada sociedad presenta diferentes patrones en la experiencia de las transiciones a la vida adulta. En Gran Bretaña, las mujeres tienden a seguir trayectorias orientadas principalmente al trabajo y no a la formación de familias (Aassve, Billari y Piccarreta, 2007). En Francia, los jóvenes frecuentemente se caracterizan por formar uniones consensuales y por retrasar el nacimiento del primer hijo (Robette, 2010). En el caso francés, la gran diversidad de tipologías de trayectorias han sido en su mayoría vinculadas a la preferencia entre el trabajo y la familia para las mujeres, y a un retraso en la entrada a las funciones de adulto para los hombres (Robette, 2010).

Los estudios realizados sobre los países en desarrollo y que han considerado las trayectorias de los jóvenes a la edad adulta son escasos (Mejía-Paillés, 2012). Sin embargo, la investigación sobre las transiciones a la adultez indica que las transiciones individuales a la edad adulta varían por sexo (Lloyd y Grant, 2004; Echarri y Pérez Amador, 2001) y residencia (Echarri y Pérez Amador, 2006), entre otros. Por ejemplo, en el contexto de México, Echarri y Pérez Amador (2006) encontraron que las mujeres jóvenes experimentaron sus transiciones a la vida adulta con un calendario más temprano que los hombres jóvenes, y que los jóvenes en zonas rurales comienzan su transición a la edad adulta en una edad más temprana que los jóvenes en zonas urbanas. También en el contexto de México, Mejía-Paillés (2012) encontró que los hombres y las mujeres jóvenes experimentaron diferentes patrones de trayectorias en su tránsito a la vida adulta marcados por un fuerte componente de género. Mientras que los hombres jóvenes se caracterizan por trayectorias orientadas al trabajo, las mujeres jóvenes experimentan con frecuencia trayectorias orientadas a la formación familiar. En un artículo de Lloyd y Grant (2004) se examinaron las diferencias de género en las transiciones a la vida adulta en Pakistán. Las autoras encontraron que los jóvenes con algún grado de escolaridad también tendieron a asumir los roles estereotípicos de género, pero con un calendario más tardío que los jóvenes sin escolaridad. Tanto para los hombres y las mujeres jóvenes pakistaníes, pareció haber un desfase de algunos años entre el asumir el papel social de trabajadores y asumir los roles familiares. Sin embargo, mientras que para los varones jóvenes este retraso se encontró entre su incorporación a la fuerza laboral y el matrimonio, para las mujeres jóvenes el desfase fue entre la conclusión de sus estudios y el matrimonio, y en el caso de las mujeres sin escolaridad, entre asumir responsabilidades domésticas y el matrimonio.

La escolaridad es uno de los componentes clave para la construcción de una sociedad más equitativa, pues propicia las mismas oportunidades tanto para hombres como para mujeres (Parker y Pederzini, 2000). A pesar de que en la mayoría de los países en desarrollo existe una tendencia generalizada que desfavorece las tasas de asistencia escolar de

niñas y jóvenes, Latinoamérica tiene una de las brechas de género más pequeñas en cuanto a asistencia escolar, comparada con otras regiones conformadas por países en desarrollo (Lloyd, 2005). Durante las últimas décadas, en México las diferencias de género en cuanto a logros educativos se han estrechado; sin embargo, las jóvenes en zonas rurales siguen presentando tasas importantes de deserción escolar cuando alcanzan los niveles medios de escolaridad (Parker y Pederzini, 2000).

Los estudios sobre México muestran que las tasas de participación laboral de las mujeres se han incrementado como consecuencia del aumento de los logros educativos; sin embargo, las tasas de participación femenina en México son más bajas en comparación con los patrones observados en los países desarrollados (Cerrutti y Zenteno, 2000). A pesar de los aumentos en la participación laboral en México, siguen siendo importantes las diferencias de género en este ámbito. La participación femenina en la fuerza de trabajo no ha igualado a la tasa de actividad de los varones (Brown, Pagán y Rodríguez-Oreggia, 1999), por lo que se siguen observando diferencias de género importantes en el mercado laboral, particularmente en las zonas rurales de México (Pagan y Sánchez, 2000).

Por lo anterior, una perspectiva de género se considera de vital importancia en el estudio de las trayectorias hacia la adultez. De esta forma, aunque existen contribuciones importantes hechas en el estudio de las trayectorias en el curso de vida en los países desarrollados, todavía se sabe poco acerca de los patrones seguidos por los jóvenes hombres y las mujeres jóvenes en los países en desarrollo, particularmente en México.

Fuente de datos y métodos

Esta investigación utiliza información proveniente de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010. La ENJ 2010 es una encuesta con enfoque longitudinal retrospectivo, de una sola ronda. La cobertura de la ENJ 2010 tuvo un carácter representativo a nivel nacional. La unidad de selección fueron los hogares, y la unidad de análisis fueron los jóvenes entre 12 y

29 años de edad. La muestra nacional fue de 29 787 cuestionarios individuales. El diseño de la muestra fue probabilístico, polietápico, estratificado y por conglomerados.

Debido a que el principal objetivo de este análisis es hacer una descripción de las principales trayectorias hacia la edad adulta, se seleccionó una submuestra de 2 939 hombres y 3 548 mujeres nacidos entre 1980 y 1984, y que entonces tenían entre 25 y 29 años de edad. El propósito de utilizar esta submuestra fue incluir a individuos que a la fecha de la entrevista hubieran experimentado la mayor cantidad de transiciones a la vida adulta. En el análisis se consideran las secuencias comprendidas por cuatro eventos que son clave en la transición hacia la vida adulta y que comprenden procesos en el ámbito escolar, laboral, conyugal y de reproducción. Los eventos son:

- a) La salida de la escuela. En este análisis la salida de la escuela se define como la interrupción o conclusión de los estudios. Por un lado, la interrupción de la educación se refiere al abandono de los estudios. Por otro, la conclusión de los estudios se produce después de lograr niveles superiores de instrucción. En este análisis no se hace distinción entre una y otra forma, y ambas se definen como la “salida de la escuela”.
- b) Primer empleo. Se define como la entrada a la fuerza de trabajo, que incluye tanto el empleo de tiempo parcial como el de tiempo completo. La entrada a la fuerza de trabajo implica la transición al mercado laboral por primera vez, tanto en empleo remunerado como no remunerado.
- c) La primera unión. Debido a que la ENJ 2010 no permite diferenciar las formas de unión conyugal, incluye tanto uniones consensuales como matrimonios. En el caso de la primera unión, se utilizó un marcador para medir el calendario en el cual los entrevistados entraron en cohabitación o directamente a un matrimonio por primera vez.
- d) El nacimiento del primer hijo. Este evento constituye la transición a la maternidad/paternidad por primera vez. En otras palabras, la entrada en la maternidad/paternidad se refiere también como el pri-

mer nacimiento, e implica el nacimiento del primer hijo, independientemente del estado civil de los encuestados.

La investigación tiene como objetivo estudiar las transiciones a la vida adulta mediante la investigación de la sincronización y la secuencia de los indicadores clave que ocurren por primera vez. Por lo tanto, este trabajo no analiza la reversibilidad de las primeras transiciones o transiciones repetidas, tales como la disolución de las uniones, los periodos de desempleo, etc. Es por ello que el análisis trata a las transiciones como procesos irreversibles. Para cada año de vida, los individuos pueden estar en alguno de los dieciséis estados definidos a continuación (cuadro 2.1).

La información con la que se cuenta es anual, esto es, la ocurrencia de eventos es recolectada en edades cumplidas a las cuales se experimentaron las diferentes transiciones. Como la descripción de tal número de estados posibles en cada año de vida de cada trayectoria individual

Cuadro 2.1
México: estados posibles durante cada año de edad, 2010

Estado	Salida de la escuela	Primer empleo	Primera unión	Nacimiento del primer hijo
	1 = Sí; 0 = NO	1 = Sí; 0 = NO	1 = Sí; 0 = NO	1 = Sí; 0 = NO
1	0	0	0	0
2	1	0	0	0
3	0	1	0	0
4	0	0	1	0
5	0	0	0	1
6	1	1	0	0
7	1	0	1	0
8	1	0	0	1
9	0	1	1	0
10	0	1	0	1
11	0	0	1	1
12	1	1	1	0
13	1	1	0	1
14	1	0	1	1
15	0	1	1	1
16	1	1	1	1

Fuente: cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

se convierte en una tarea abrumadora sin algún método para resumir dichas secuencias, se optó por utilizar un método de síntesis para encontrar relaciones en común entre las secuencias que experimentaron los hombres y mujeres jóvenes en México de la cohorte 1980-1984.

En los últimos años, se ha propuesto el uso del *análisis de secuencias* para estudiar las trayectorias hacia la edad adulta, adoptando un enfoque completo e integral para hacer frente a la complejidad del análisis del ciclo de vida de las distintas transiciones a la vida adulta (Billari, 2001b). Este enfoque fue introducido al campo de las ciencias sociales por Abbott y Forrest (1986) en la década de los ochenta. Dentro del análisis de secuencias se han propuesto diferentes estrategias para analizar este tipo de arreglo de datos, siendo el *análisis de emparejamiento óptimo* un enfoque que se utiliza ampliamente en el estudio de trayectorias hacia la adultez (Aassve, Billari y Piccarreta, 2007; Robette, 2010). El método se basa en un conjunto de algoritmos dinámicos utilizado principalmente en la biología molecular para analizar las similitudes de las cadenas de ADN y tiene como objetivo estimar una matriz de distancias que mide la similitud entre pares de secuencias. La idea principal del análisis de emparejamiento óptimo consiste en medir la disimilitud entre dos secuencias calculando el costo de la transformación de una secuencia a la otra (Robette, 2010). Dicha transformación se lleva a cabo por medio de tres operaciones elementales: inserción (se inserta un elemento en la secuencia), eliminación (un elemento se descarta de la secuencia) y sustitución (un elemento es reemplazado por otro). A cada operación primaria se le puede asignar un costo específico.

Un paso crucial en el análisis de emparejamiento óptimo es la elección de los costos de sustitución, inserción y eliminación. La mejor manera de asignar los costos de las operaciones no es muy clara y se han propuesto varias opciones. En muchos casos se decide asignar un valor unitario por operación, esto es, un costo de una unidad por eliminación, una por inserción y dos por sustitución (una unidad por eliminación y una unidad por inserción). En este análisis utilizamos el enfoque empleado por Robette (2010), en el cual se toma en cuenta la multidimensionalidad de las secuencias: el costo de sustitución entre dos estados es igual

al número de dimensiones en las que la situación difiere entre los estados. Entre más sustituciones se hagan, mayor será el costo de ésta. Por ejemplo, la sustitución entre ser un *estudiante, soltero, nunca en unión y sin hijos*, a ser un *trabajador, en unión y haber experimentado el primer nacimiento* es de cuatro; esto es, una unidad por la dimensión escolar, una unidad por la dimensión laboral, una por la dimensión conyugal y una por la dimensión de reproducción. La inserción de un elemento en una secuencia tiene el mismo costo que la eliminación de un elemento de otra secuencia, esto es conocido como el costo *indel*. El costo *indel*² se fija con un costo un poco mayor a la mitad del costo máximo por sustitución para mantener la información sobre el calendario de las transiciones (Robette, 2010).

Uno de los puntos fuertes del análisis de la secuencia es la estimación de las secuencias de las transiciones basadas en información detallada. En el análisis de emparejamiento óptimo, cada par de secuencias conduce a la creación de una matriz de distancia, que posteriormente se utiliza para clasificar las secuencias de acuerdo con su grado de similitud, siendo el análisis de conglomerados la herramienta más comúnmente empleada para obtener tipologías (Aassve, Billari y Piccarreta, 2007; Robette, 2010). Para el análisis se optó por usar el criterio de Ward, conocido por producir grupos homogéneos y compactos (Robette, 2010).

Como proponen Aassve, Billari y Piccarreta (2007), se decidió emplear la trayectoria *medoid* para describir a cada conglomerado o *cluster* de trayectorias individuales, es decir, aquella secuencia que es menos distante del resto de las secuencias individuales incluidas en el conglomerado. En otras palabras, la secuencia *medoid* representa a un individuo real, el cual es utilizado como “tipología” para describir al grupo de secuencias en cada conglomerado (Aassve, Billari y Piccarreta, 2007).

Como toda investigación, el análisis tiene sus limitaciones, las cuales se describen a continuación.

2 Los costos por sustitución van de cero a cuatro, siendo el máximo costo por sustitución el de cuatro. Se decidió emplear un costo *indel* de 2.125.

El INEGI define a la población ocupada como aquella que ha trabajado al menos una hora o un día, en una determinada semana de referencia, en la producción de bienes y servicios. Esta definición incluye tanto al empleo remunerado directamente, como al no remunerado (INEGI, 2007). Debido a las limitaciones de los datos, no fue posible diferenciar entre el empleo de tiempo completo y el de tiempo parcial, y si éste era remunerado o no remunerado. Por lo tanto, la definición de la transición al primer empleo utilizada en el análisis incluye tanto al empleo remunerado como al no remunerado, y al de tiempo parcial como de tiempo completo, sin poder hacer la distinción entre ellos. Algo similar sucede con la primera unión: los datos utilizados en el análisis no distinguen entre las distintas formas de uniones conyugales. Por lo tanto, la primera unión considera tanto matrimonios como uniones consensuales.

Una de las principales limitantes en el análisis es el no poder diferenciar la ocurrencia entre eventos que tienen lugar el mismo año de edad declarado por las y los jóvenes, con el fin de construir tipologías más exactas de la secuencia de eventos en las trayectorias individuales.

Debido a que las mujeres presentan un calendario más temprano en su transición a la adultez, el análisis se llevó a cabo por separado entre hombres y mujeres. A continuación, se presentan los resultados del análisis.

Las trayectorias a la adultez en México: resultados del análisis

Las trayectorias de los hombres jóvenes

Los resultados del análisis mostraron que los jóvenes en México de la cohorte 1980-1984 siguieron una serie de secuencias en su trayectoria hacia la edad adulta que se pudieron agrupar en seis conglomerados o grupos.

El grupo de secuencias predominante entre los jóvenes de esta cohorte está caracterizado por seguir trayectorias enfocadas al ámbito

profesional (escolar y laboral). Los resultados mostraron que a nivel nacional, 36% de las secuencias individuales de los jóvenes se agruparon en este conglomerado (uno). La trayectoria *medoid* mostró una secuencia de eventos caracterizada por un retraso en la salida de la escuela y una incorporación casi inmediata a la fuerza laboral reflejada en la temporalidad entre los eventos. A nivel nacional, la trayectoria *medoid* reflejó que la salida escolar ocurrió a los 24 años y el ingreso a la fuerza laboral un año después. Cabe señalar que este grupo es uno de los más heterogéneos, por lo que es razonable suponer que algunas de las secuencias individuales agrupadas en este conglomerado sean un tanto disímiles a la trayectoria *medoid* presentada en este análisis.

El segundo grupo de secuencias más común entre los jóvenes se caracterizó por trayectorias completas, donde los jóvenes habían experimentado todos los procesos incluidos en el análisis siguiendo una secuencia de eventos considerada “ordenada” y con un calendario relativamente temprano (conglomerado cinco). En este grupo, el primer evento fue la salida de la escuela seguida por el primer empleo. Las transiciones a la primera unión ocurren poco tiempo después del primer empleo, seguidas al poco tiempo por el nacimiento del primer hijo. Dada la distancia media y máxima, este conglomerado destaca por ser uno de los más homogéneos entre las secuencias individuales. Casi uno de cada cinco jóvenes se caracterizó por seguir este patrón en la trayectoria hacia la adultez.

Los dos grupos de trayectorias siguientes mostraron la misma proporción (14%) en su prevalencia; sin embargo, los tipos de secuencias agrupadas en cada conglomerado mostraron claras diferencias. Aunque ambos se caracterizaron por trayectorias individuales cuya primera transición a la vida adulta fue el primer empleo, los individuos en el primer grupo de secuencias (conglomerado cuatro) lograron posponer la salida de la escuela, y alcanzaron niveles altos de escolaridad. No obstante, la primera unión precedió a la transición educativa. Esta secuencia implicó que estos jóvenes combinaran los roles de estudiante con el de trabajador. Los individuos en el primer grupo se caracterizaron por no haber experimentado la transición a la paternidad. En cuanto al tipo de

trayectorias incluidas en este grupo, este conglomerado agrupó secuencias con un grado alto de heterogeneidad entre ellas. En el otro grupo de secuencias (conglomerado seis), los jóvenes experimentaron trayectorias completas, donde, como ya se mencionó, el primer empleo precedió a la salida de la escuela; sin embargo, ésta fue casi inmediata al primer empleo. Las transiciones a la formación de familias ocurrieron con un ligero retraso después de la salida de la escuela. El nacimiento del primer hijo ocurre poco tiempo después de la primera unión. En general, se trata de un grupo con un grado relativo de homogeneidad en las secuencias individuales a la adultez. Los valores de la distancia media entre secuencias individuales, así como la distancia máxima, hacen pensar que este conglomerado es bastante similar en sus trayectorias individuales.

El siguiente grupo de trayectorias (conglomerado dos) agrupó 10% de las secuencias individuales seguidas por los jóvenes. Resulta notable el intervalo considerable de tiempo que existe entre la salida de la escuela y el primer empleo. Estos resultados muestran un periodo importante de tiempo en el cual los jóvenes no se encontraban estudiando ni tampoco trabajando. Esta secuencia y temporalidad entre eventos hacen suponer que la transición hacia el primer empleo suele ser larga y posiblemente difícil de definir debido a la precariedad del empleo en México, afectando particularmente a los jóvenes. En el ámbito de formación de familias, los jóvenes habían experimentado la primera unión años después de su primer empleo, pero no así el nacimiento del primer hijo. Sin embargo, la heterogeneidad de este grupo es considerable, lo cual hace pensar en diferencias importantes entre las secuencias aglomeradas en este grupo con respecto a la trayectoria *medoid*.

El grupo de secuencias menos predominante (conglomerado tres) fue experimentado por menos del 10% de los jóvenes. Se trata de un grupo relativamente homogéneo de secuencias caracterizado por la ocurrencia del primer empleo antes de la salida de la escuela y del nacimiento del primer hijo antes de la primera unión. A pesar de la ocurrencia de eventos de manera “desordenada”, este grupo de secuencias se caracterizó por una entrada temprana a la fuerza laboral como primera transición a la adultez y el retraso de formación de familias, particularmente de la primera unión.

Cuadro 2.2
México: secuencia *medoid* de los conglomerados
de trayectorias de los hombres jóvenes, 2010

Conglomerado	Porcentaje	d*	d max	Salida de la escuela	Primer empleo	Primera unión	Primer nacimiento
				AÑOS CUMPLIDOS			
1	36	57.263	74	24	25	-	-
2	10	36.137	49	14	19	22	-
3	9	11.328	32	19	14	28	26
4	14	32.288	43	25	13	19	-
5	17	9.436	27	17	19	20	22
6	14	9.475	28	17	16	21	22
N = 2939							

d* = es la distancia media a la trayectoria *medoid* del conglomerado. Cuanto menor sea la distancia media d, el conglomerado será más homogéneo.

d max = es la distancia máxima encontrada en el conglomerado entre la secuencia *medoid* y la secuencia más alejada de éste. Cuanto menor sea la distancia máxima, más homogéneo es el conglomerado.

Fuente: cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Las trayectorias de las mujeres jóvenes

En cuanto a las trayectorias seguidas por las jóvenes en México, el análisis de emparejamiento óptimo arrojó que las trayectorias hacia la adultez experimentadas por las jóvenes nacidas entre 1980 y 1984 se pudieron agrupar en seis conglomerados o grupos de secuencias.

A nivel nacional, el grupo predominante de secuencias fue experimentado por casi una cuarta parte de las jóvenes (conglomerado cinco). En general, se trata de un conjunto que agrupó a una serie de secuencias homogéneas, donde el arreglo de eventos fue de forma “ordenada”. A pesar de haber logrado niveles medios de escolaridad, este conglomerado se caracterizó por un calendario relativamente temprano tanto en los ámbitos educativo y laboral, como en el de formación de familias. La trayectoria *medoid* reveló que la primera transición en la secuencia de eventos fue la salida de la escuela, seguida por el primer empleo, un año después. A los 20 años de edad ocurre la primera unión, y el nacimiento del primer hijo al siguiente año.

El segundo grupo más común de secuencias a la edad adulta (conglomerado cuatro) agrupó a casi una de cada cinco jóvenes. Este

conglomerado se caracterizó por jóvenes que siguieron trayectorias predominantemente orientadas al ámbito familiar, experimentando una salida temprana de la escuela así como a la primera unión, con la ocurrencia casi inmediata del primer nacimiento. A la fecha de la encuesta, las jóvenes no habían experimentado la transición al primer empleo, por lo que se trató de mujeres con una preferencia hacia la formación de familias. La trayectoria *medoid* indicó una salida de la escuela después de concluir un grado bajo de escolaridad (escuela primaria), y por la ocurrencia de la primera unión y el primer nacimiento en el mismo año de vida. Se trata de un conglomerado relativamente heterogéneo entre las secuencias que lo conforman, lo que hace suponer la disimilitud de las trayectorias contenidas en él con respecto a la trayectoria *medoid*.

En el siguiente grupo de secuencias (conglomerado uno) las jóvenes se caracterizaron por un retraso en el calendario de los eventos. Se trata de un grupo de trayectorias relativamente homogéneo, donde la trayectoria *medoid* inició con la salida de la escuela, la cual ocurrió a los 20 años de edad, y el primer empleo a los 25, seguido casi inmediatamente por la primera unión, la cual ocurre un año más tarde, y el nacimiento del primer hijo poco tiempo después. Este conglomerado agrupó 17% de las secuencias seguidas por las jóvenes. En cuanto a la dispersión de las secuencias en este conglomerado, se trata de un grupo relativamente homogéneo.

El siguiente grupo de secuencias presentó la misma prevalencia entre las jóvenes; sin embargo, este grupo (conglomerado dos) se trata de jóvenes con una preferencia hacia el ámbito laboral. La trayectoria *medoid* reflejó que la primera transición que estas jóvenes experimentaron fue el primer empleo, logrando retrasar su salida de la escuela.

Los dos conglomerados menos predominantes entre las jóvenes presentaron arreglos diferentes en sus respectivas secuencias de eventos, con prevalencias de 13 y 12%, respectivamente. El primero de ellos (conglomerado seis) se caracterizó por una trayectoria temprana a la adultez, siendo el primer evento la salida de la escuela a una edad temprana. A diferencia del conglomerado cuatro, las jóvenes en este grupo experimentaron su primer empleo años después de la salida de la escuela, suponiendo un tiempo en el cual no se encontraban estudiando ni trabajando.

Cuadro 2.3
México: secuencia *medoid* de los conglomerados de las mujeres jóvenes, 2010

Conglomerado	Porcentaje	d*	d max	Salida de la escuela	Primer empleo	Primera unión	Primer nacimiento
				AÑOS CUMPLIDOS			
1	17	14.667	35	20	25	26	28
2	17	62.517	72	24	18	-	-
3	12	11.977	28	24	15	25	20
4	18	33.370	46	12	-	19	19
5	24	8.924	25	17	18	20	21
6	13	15.553	34	12	17	20	21
N = 3548							

d* = es la distancia media a la trayectoria *medoid* del conglomerado. Cuanto menor sea la distancia media d, el conglomerado será más homogéneo.

d max = es la distancia máxima encontrada en el conglomerado entre la secuencia *medoid* y la secuencia más alejada de éste. Cuanto menor sea la distancia máxima, más homogéneo es el conglomerado.

Fuente: cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Los procesos que llevaron a la formación de familias ocurrieron unos años después con la primera unión, y un año más tarde con el nacimiento del primer hijo. Este conglomerado estuvo conformado por secuencias relativamente homogéneas con respecto a la secuencia *medoid*.

Finalmente, el grupo menos predominante entre las jóvenes se caracterizó por una secuencia “desordenada” en su secuencia de eventos (conglomerado tres). El primer empleo ocurrió antes de la salida de la escuela, y el primer nacimiento, antes de la primera unión. Se trata de un grupo relativamente homogéneo con respecto a la trayectoria *medoid*, la cual mostró que el primer evento en la secuencia fue el primer empleo, con un retraso de la salida de la escuela, logrando la combinación de los roles de estudiante y trabajadora por un tiempo considerable. Los siguientes eventos en la secuencia fueron el primer nacimiento, y el último evento fue la primera unión poco después de la salida de la escuela.

Prevalencia de acuerdo con zonas de residencia

En cuanto a las diferencias entre zonas de residencia, se observa que los diferentes conglomerados presentaron diferentes niveles de prevalencia

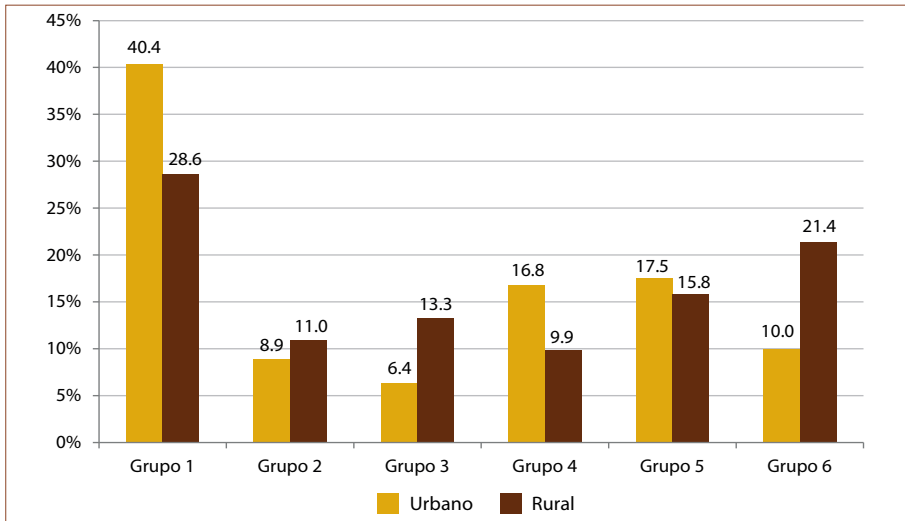
entre los jóvenes que habitaban en zonas urbanas y zonas rurales a la fecha de la entrevista (gráfica 2.1). Para comenzar, los hombres que habitaban en zonas urbanas se caracterizan por un retraso de las transiciones que los llevan a la formación de familias, ya que 40% se concentró en el primer grupo de secuencias (conglomerado uno). En comparación, cerca de una tercera parte de los jóvenes en zonas rurales también experimentó este grupo de trayectorias. El conglomerado cuatro presentó una prevalencia más alta entre los jóvenes en zonas urbanas, lo cual hace suponer que estos jóvenes pospusieron algunos de los procesos en la formación de familias, como es el nacimiento del primer hijo. En contraste, este grupo de trayectorias fue el menos predominante entre los jóvenes de zonas rurales, ya que 10% de ellos experimentó una secuencia de eventos contenida en este conglomerado.

Los datos del análisis arrojaron que entre los jóvenes de zonas rurales, el segundo patrón más común fue el conglomerado seis, caracterizado por una experiencia temprana en la secuencia de eventos, la cual comienza por el primer empleo. Más de 20% de los jóvenes en zonas rurales se agrupó en este conglomerado, mientras que 10% de los jóvenes en zonas urbanas se caracterizó por seguir su trayectoria hacia la edad adulta en este orden de eventos.

Los dos únicos conglomerados que presentaron proporciones similares entre ambas zonas de residencia fueron el conglomerado dos y cinco. El conglomerado dos, caracterizado por una salida temprana de la escuela pero un retraso del primer empleo, fue ligeramente más común entre los jóvenes en zonas rurales. Ligeramente más de 10 y 9% de los jóvenes en zonas rurales y urbanas siguieron una trayectoria contenida en este grupo de secuencias, respectivamente. El patrón se invierte en el conglomerado cinco, el cual, en general, presenta una prevalencia más alta entre los jóvenes de zonas urbanas. Este conglomerado, caracterizado por una trayectoria temprana hacia la edad adulta, fue experimentado por 18% de los jóvenes en zonas urbanas y 16% de los jóvenes en zonas rurales.

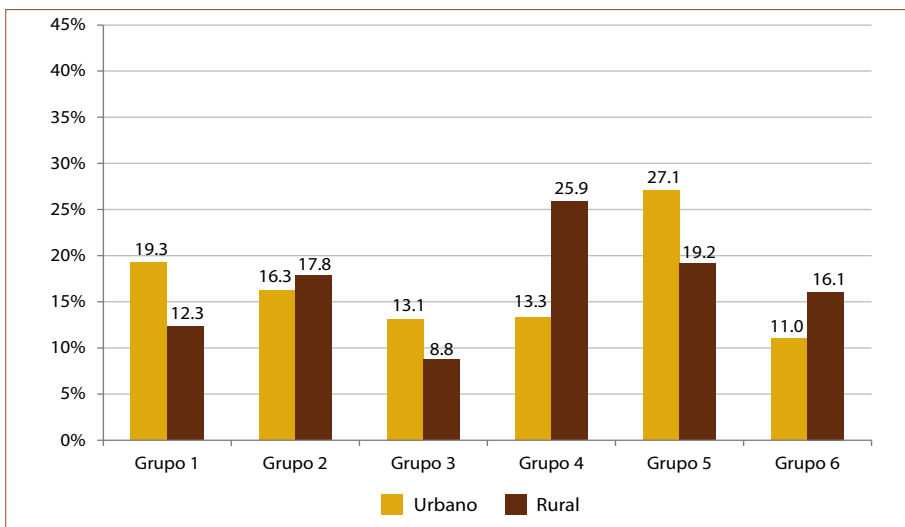
El conglomerado menos común entre los jóvenes de zonas urbanas resultó ser el caracterizado por una trayectoria desordenada en la secuencia de eventos (conglomerado tres), lo cual resulta sorprendente, ya

Gráfica 2.1
México: prevalencia de conglomerados por zona de residencia,
hombres jóvenes de la cohorte 1980-1984, 2010



Fuente: cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 2.2
México: prevalencia de conglomerados por zona de residencia,
mujeres jóvenes de la cohorte 1980-1984, 2010



Fuente: cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

que se esperaba que los jóvenes en zonas rurales mostraran una secuencia más normativa que los jóvenes en zonas urbanas, particularmente en el ámbito familiar. Sin embargo, los resultados hacen pensar que el calendario en las zonas rurales es más temprano que en las zonas urbanas (Echarri y Pérez Amador, 2001, 2007).

En cuanto a la prevalencia de los conglomerados de las jóvenes por zona de residencia (gráfica 2.2), los resultados mostraron que mientras que más de una cuarta parte de las mujeres que habitaban en zonas urbanas se concentró en el conglomerado cinco, caracterizado por una secuencia de eventos con un calendario temprano, el patrón más predominante entre las jóvenes en zonas rurales fue el enfocado a la formación de familias con un calendario temprano (conglomerado cuatro). Más de una cuarta parte de las jóvenes en zonas rurales siguió este patrón que se podría denominar “tradicional”, ya que a la fecha de la entrevista no habían experimentado la transición al primer empleo, pero ya habían experimentado los procesos que llevaban a la formación de familias. En cambio, un poco más de 10% de las jóvenes en zonas urbanas se agrupó en este grupo de trayectorias.

No sorprende que el segundo conglomerado más común entre las jóvenes de zonas urbanas estuviera caracterizado por una secuencia de eventos con un calendario tardío. Cerca de 20% de las jóvenes en zonas urbanas experimentó una trayectoria que se agrupó en este conglomerado, mientras que 12% de las jóvenes en zonas rurales experimentó una secuencia en este conglomerado.

Destaca que el grupo de trayectorias caracterizado por una preferencia laboral (conglomerado dos) tenga una proporción ligeramente mayor entre las mujeres en zonas rurales comparado con las mujeres en zonas urbanas, 18 y 16%, respectivamente. Sin embargo, se trata del conglomerado más heterogéneo del análisis, que implica que las secuencias contenidas en él distaron significativamente de la trayectoria *medoid*. Sin embargo, se supone un calendario más tardío para las jóvenes que residían en zonas urbanas con respecto a las jóvenes residentes en zonas rurales.

El grupo tres presenta proporciones mayores entre las jóvenes de zonas urbanas, por tratarse de un grupo de secuencias donde cabe la

posibilidad de la fecundidad preunión o prematrimonial. Cerca de 13% de las jóvenes en zonas urbanas experimentó una secuencia de eventos contenida en este conglomerado, comparado con 9% de las jóvenes en zonas rurales.

Finalmente, el grupo de trayectorias menos común entre las jóvenes de zonas urbanas fue caracterizado por jóvenes que salieron tempranamente de la escuela, pero cuya transición al primer empleo se retrasa, no así la primera unión ni el primer hijo. Mientras que cerca de 16% de las jóvenes en zonas rurales se agrupó en este conglomerado, 11% de las jóvenes en zonas urbanas experimentó una trayectoria con estas características en su secuencia y calendario temprano de eventos.

Discusión de los resultados

La ventaja del análisis de secuencias reside en que permite analizar las tipologías en la secuencia de eventos añadiendo el calendario y la temporalidad. A pesar de que el análisis se realizó por separado para hombres y mujeres, algunos grupos de secuencias presentaron arreglos similares entre varones y mujeres. Sin embargo, se observan importantes diferencias en sus prevalencias y en el calendario de los eventos. Con la expansión educativa a la cual han tenido acceso estas cohortes de jóvenes, se esperaría que la brecha de género comenzara a disminuir y revelar patrones más similares entre hombres y mujeres; sin embargo, éste no ha sido el caso. Este estudio muestra que, aunque la ENJ 2010 no incluyó un módulo de desigualdad de género, las trayectorias hacia la vida adulta en México siguen marcadas por un fuerte componente de género, consistente con las diferencias observadas en América Latina (De Vos, 1989; Urquiola y Calderón, 2006).

A pesar de las similitudes de género en los logros educativos (Echarri y Pérez Amador, 2007; Urquiola y Calderón, 2006), los resultados del análisis mostraron que las y los jóvenes mexicanos han generado diferentes modelos de trayectorias en su tránsito a la vida adulta.

Destaca que el patrón más predominante entre los varones jóvenes es la preferencia por el ámbito escolar o el laboral (Mejía-Paillés, 2012),

mientras que para las mujeres jóvenes es la combinación del ámbito laboral y el de formación de familias a edades tempranas. Mientras que los varones jóvenes mostraron un retraso entre la experiencia de las transiciones sociales y las de formación de familias —principalmente en el nacimiento del primer hijo—, sus trayectorias se orientaron principalmente al ámbito laboral. En contraste, las mujeres jóvenes experimentaron de manera casi simultánea las transiciones en el ámbito laboral y familiar, que llevaron a secuencias predominantemente orientadas a la formación de familias en la edad adulta. Sin embargo, dentro de las secuencias de las jóvenes destaca el desplazamiento en los eventos relacionados con la formación de familias de aquellas jóvenes que comenzaron sus transiciones hacia la adultez incorporándose a la fuerza laboral.

A pesar de la asociación asumida en la literatura entre la salida de la escuela y la incorporación inmediata a la fuerza de trabajo (Lloyd, 2005; Lloyd *et al.*, 2005), muchos jóvenes combinaron el rol de estudiante con el de trabajador. Una importante proporción de jóvenes se caracterizó por presentar una secuencia cuyo primer evento fue la inserción a la fuerza laboral; sin embargo, el análisis no permitió distinguir si el primer empleo se trató de un trabajo de tiempo completo o de medio tiempo. Debido a la precariedad del empleo, en particular entre los jóvenes, definir la transición al primer empleo representa un reto importante para la investigación, fuera del alcance de este análisis. Los patrones reflejados en este estudio sugieren que un gran número de jóvenes mexicanos se incorpora a la fuerza de trabajo en empleos de mala calidad y mal remunerados, a menudo en la economía informal (Portes y Schauffler, 1993). Por el contrario, para muchos de las y los jóvenes la salida de la escuela no ocurre simultáneamente a la entrada al primer empleo. En consecuencia, muchos de ellos se sumaron al número de jóvenes desempleados, dada la dificultad para encontrar el primer empleo después de dejar la educación. Como es sabido, la tasa de desempleo tiende a ser mayor entre los jóvenes comparada con las del resto de la población (Eurostat, 2011). Este fenómeno trajo consigo periodos donde los jóvenes no se encontraban ni en la escuela ni en la fuerza laboral. Por lo tanto, la secuencia de estas dos transiciones constituye un factor importante para determinar

los resultados futuros que determinan el resto de la trayectoria a la edad adulta, los cuales se reflejan en la experiencia de las transiciones de la formación familiar.

Más allá de la igualdad de género en términos de los logros educativos entre los varones y mujeres jóvenes en México, los resultados muestran que los patrones de género en la entrada a la fuerza de trabajo difieren significativamente, particularmente entre las áreas de residencia. La participación femenina en la fuerza de trabajo es significativamente menor, ya que ésta corresponde con la desigualdad de género encontrada en la formación de familias. Los jóvenes varones en zonas rurales se convirtieron en proveedores y jefes económicos de los hogares, dado que muchas mujeres jóvenes en zonas rurales siguieron roles convencionales de género para convertirse en amas de casa y madres inmediatamente después de salir de la escuela sin incorporarse a la fuerza laboral. Debido a las fuertes preferencias en gran parte de los países en desarrollo por roles de formación de familias a edades tempranas (Lloyd, 2005; Lloyd *et al.*, 2007), las trayectorias experimentadas por los jóvenes mostraron el enlace tradicional entre las transiciones de formación de familias, especialmente entre las mujeres jóvenes.

Finalmente, mediante la comprensión de la dimensión sociodemográfica de las transiciones a la vida adulta, se pueden desarrollar acciones concretas para superar las diferencias de género y las desigualdades socioeconómicas entre las y los jóvenes mexicanos. Es por ello que existe la necesidad de centrarse en las trayectorias de vida de los jóvenes para hacer frente de la mejor manera a los futuros desafíos demográficos, sociales y económicos que enfrenta la población joven de México.

Referencias bibliográficas

- Aassve, Arnstein, Franceso Billari y Raffaella Piccarreta (2007), "Strings of Adulthood: A Sequence Analysis of Young British Women's Work-Family Trajectories", *European Journal of Population*, vol. 23, pp. 369-388.

- Abbott, Andrew y John Forrest (1986), "Optimal Matching Methods for Historical Sequences", *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. XVI, núm. 3, pp. 471-494.
- Billari, Francesco (2001a), "The Analysis of Early Life Courses: Complex Descriptions of the Transition to Adulthood", *Journal of Population Research*, vol. 18, núm. 2, pp. 119-142.
- (2001b), "Sequence Analysis in Demographic Research", *Canadian Studies in Population*, vol. 28, núm. 2, pp. 439-458.
- (2004), "Becoming an Adult in Europe: A Macro (/Micro)-Demographic Perspective", *Demographic Research*, colección especial 3, art. 2, pp. 15-44, doi: 10.4054/DemRes.2004.S3.2.
- Brown, Cynthia J., José A. Pagán y Eduardo Rodríguez-Oreggia (1999), "Occupational Attainment and Gender Earnings Differentials in Mexico", *Industrial and Labor Relations (ILR) Review*, vol. 53, núm. 1, pp. 123-135.
- Cerrutti, Marcela y René Zenteno (2000), "Cambios en el papel económico de las mujeres entre las parejas mexicanas", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1 (43), pp. 65-95 .
- Coleman, James Samuel (1974), "Youth: Transition to Adulthood", *NASSP Bulletin*, vol. 58, núm. 385, pp. 4-11.
- De Vos, Susan (1989), "Leaving the Parental Home: Patterns in Six Latin American Countries", *Journal of Marriage and Family*, vol. 51, núm. 3, pp. 615-626.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2001), "Becoming Adults: Life Course Transitions in Mexican Young People", ponencia presentada en la xxiv Conferencia General de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP), Salvador de Bahía, Brasil, del 18 al 24 de agosto.
- (2007), "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1 (64), pp. 43-77.
- Elder, Glen H., Jr. (1974), *Children of the Great Depression: Social Change in Life Experience*, Chicago, University of Chicago Press.

- Elder, Glen H., Jr. (1985), *Life Course Dynamics: Trajectories and Transitions, 1968-1980*, Ithaca, Cornell University Press.
- Eurostat, Statistics Explained (2011), *Unemployment Statistics*, consultado el 20 de diciembre de 2011, <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/statistics_explained/index.php/Unemployment_statistics>.
- Fussell, Elizabeth (2004), "No Time for Youth: Transitions to Adulthood in Mexico 1970-2000", ponencia presentada en Annual Meeting, Population Association of America (PAA), Boston, del 1 al 3 de abril.
- (2006), "Comparative Adolescence: The Transition to Adulthood in Brazil, Kenya, Mexico, the U.S. and Vietnam", ponencia presentada en Annual Meeting, American Sociological Association (ASA), Montreal, 11 de agosto.
- Giele, Janet y Glen H. Elder, Jr. (1998), "Life Course Research: Development of a Field", en Giele, Janet y Glen H. Elder, Jr. (eds.), *Methods of Life Course Research: Qualitative and Quantitative Approaches*, Thousand Oaks, SAGE, pp. 5-27.
- Hogan, Dennis P. (1978), "The Variable Order of Events in the Life Course", *American Sociological Review*, vol. 43, núm. 4, pp. 573-586.
- (1980), "The Transition to Adulthood as a Career Continuity", *American Sociological Review*, vol. 45, núm. 2, pp. 261-276.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática [INEGI] (2007), *Cómo se hace la ENOE. Métodos y procedimientos*, Aguascalientes, INEGI.
- Lindstrom, David y Carlos Brambila Paz (2001), "Alternative Theories of the Relationship of Schooling and Work to Family Formation: Evidence from Mexico", *Social Biology*, vol. 48, núms. 3-4, pp. 278-297, doi: 10.1080/19485565.2001.9989039.
- Lloyd, Cynthia B. (ed.) (2005), *Growing Up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries*, Washington, D.C., The National Academies Press.
- y Monica J. Grant (2004), "Growing Up in Pakistan: The Separate Experiences of Males and Females", *Policy Research Division Working Papers*, núm. 188, pp. 320-366.

- Lloyd, Cynthia B., Jere R. Behrman, Nelly P. Stromquist y Barney Cohen (eds.) (2005), *The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries: Selected Studies*, Washington, D.C., The National Academies Press.
- Marini, Margaret Mooney (1984), "The Order of Events in the Transition to Adulthood", *Sociology of Education*, vol. 57, núm. 2, pp. 63-84.
- Mejía-Paillés, Gabriela (2012), "A Life Course Perspective on Social and Family Formation Transitions to Adulthood of Young Men and Women in Mexico", tesis de doctorado, The London School of Economics and Political Science.
- Neugarten, Bernice L., Joan W. Moore y John C. Lowe (1965), "Age of Norms, Age Constraints, and Adult Socialization", *American Journal of Sociology*, vol. 70, núm. 6, pp. 710-17.
- y Nancy Datan (1973), "Sociological Perspective on the Life Cycle", en Baltes, Paul B. y Klaus Warene Schaie (eds.), *Life-Span Developmental Psychology: Personality and Socialization*, Nueva York, Academic Press, pp. 53-71.
- Pagan, José A. y Susana M. Sánchez (2000), "Gender Differences in Labor Market Decisions: Evidence from Rural Mexico", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 48, núm. 3, pp. 619-637.
- Parker, Susan y Carla Pederzini (2000), "Género y educación en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1 (43), pp. 97-122.
- Portes, Alejandro y Richard Schauffler (1993), "Competing Perspectives on the Latin American Informal Sector", *Population and Development Review*, vol. 19, núm. 1, pp. 33-60.
- Rindfuss, Ronald R., C. Gray Swicegood y Rachel A. Rosenfeld (1987), "Disorder in the Life Course: How Common and Does It Matter?", *American Sociological Review*, vol. 52, núm. 6, pp. 785-801.
- Robette, Nicolas (2010), "The Diversity of Pathways to Adulthood in France: Evidence from a Holistic Approach", *Advances in Life Course Research*, vol. 15, núm. 2, pp. 89-96.
- Tuirán, Rodolfo (1998), "Demographic Transitions, Life Course and Poverty in Mexico", ponencia presentada en el seminario Poverty, Fertility and Family Planning, organizado por el Committee for

International Cooperation in National Research in Demography (CICRED), el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS-UNAM), Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), Ciudad de México, del 2 al 4 de junio.

Urquiola, Miguel y Valentina Calderón (2006), “Apples and Oranges: Educational Enrollment and Attainment across Countries in Latin America and the Caribbean”, *International Journal of Educational Development*, vol. 26, núm. 6, pp. 572-590.

Capítulo 3

Panorama educativo de los jóvenes en México, 2010

*José Alfredo Jáuregui Díaz**

alfjadi@yahoo.com.mx

*María de Jesús Ávila Sánchez***

mjavila@corre.uaa.mx

Introducción

La educación es una herramienta indispensable para potenciar las capacidades humanas que permitirán a las nuevas generaciones tener las oportunidades necesarias para mejorar su calidad de vida. Por lo tanto, la educación debe ser integral y estar orientada a formar hombres y mujeres con competencias reflexivas y críticas sobre la vida humana, conscientes de problemas sociales como la desigualdad, la pobreza, la malnutrición, la violencia y la corrupción; hombres y mujeres comprometidos con la sustentabilidad de la vida en la Tierra (Marchesi, 2008).

En este sentido, la población joven —de 12 a 29 años de edad— constituye un segmento prioritario al que se le debe garantizar el acceso a la educación. Para ello es necesario conocer sus carencias, y sólo así se podrán diseñar e implementar políticas públicas dirigidas a mejorar aquellos aspectos donde se suscita algún tipo de problemática.

Empleando como fuente primaria de información la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010, esta investigación tiene como objetivo presentar un panorama educativo de los jóvenes en México, a partir de la descripción de diez temáticas: asistencia escolar; elección de escuela; nivel de estudios; promedio de años estudiados; realización de estudios según el sistema escolar; motivos para dejar los estudios; deseos de continuar con los estudios; expectativas de estudio; la escuela, un lugar donde los jóvenes sufren de discriminación y diferentes tipos de abuso, y ocurrencia de ilícitos dentro de la escuela.

* Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

** Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Las temáticas mencionadas se describen en el ámbito nacional y por entidad federativa de residencia, realizando comparaciones de la cohorte de jóvenes empleando seis categorías analíticas: sexo, entidad, contexto de residencia, condición étnica, edad y estrato socioeconómico.¹

El capítulo se estructura en cuatro apartados:

- Antecedentes. En él se abordan algunas características relevantes de los jóvenes en México en 2010, como son: cuantía, espacio geográfico de residencia, ritmo de crecimiento medio anual en el decenio 2000-2010, distribución espacial por entidad federativa de residencia y composición por sexo.
- En el segundo apartado se describen los aspectos metodológicos de la investigación.
- En el tercero se presentan los resultados organizados en cuatro grandes secciones; las tres primeras son: la educación formal, las expectativas educativas a futuro, y la escuela, un lugar donde los jóvenes sufren actos de discriminación, abusos, violencia e ilícitos.
- En la cuarta sección, mediante siete modelos de regresión logística, se examina el efecto de las cinco categorías de análisis: sexo, contexto de residencia, condición étnica, edad y estrato socioeconómico, sobre algunas características educativas de los jóvenes.

Antecedentes: los jóvenes en México

En el decenio de 2010, la población joven (entre 12 y 29 años) en México ascendió a 36.2 millones, de los cuales 64.2% reside en alguna localidad urbana, y el 35.8% restante vive en espacios no urbanos.² Los jóvenes hablantes de alguna lengua indígena representan 5% del total, al contabilizarse 1.8 millones.

¹ Indicador elaborado por Carlos Javier Echarri Cánovas. Véase anexo metodológico, p. 445.

² Urbanas: 15 000 habitantes o más; rurales: menor de 15 000 habitantes.

Con un crecimiento medio anual de 0.7% en el periodo de 2000 a 2010, en treinta y un entidades del país aumentó la población joven, siendo Quintana Roo el lugar donde se registró la mayor inercia de crecimiento, con un 3.7% anual. Otros espacios geográficos con tasas de crecimiento elevadas son Baja California Sur (2.9% anual) y Chiapas (2.1% anual). La Ciudad de México fue la única entidad del país donde disminuyó el número de jóvenes, ya que en el periodo referido tuvo menos de 1.4% de crecimiento medio anual.

Entre los lugares de mayor concentración de jóvenes destacan seis entidades: el Estado de México (14.0%), Ciudad de México (7.2%), Jalisco (6.7%), Veracruz (6.4%), Puebla (5.2%) y Guanajuato (5.1%), donde viven en su conjunto 45 de cada 100 jóvenes (mapa 3.1). Se observa una correspondencia entre el número de jóvenes y el tamaño de la población; entre más poblada está una entidad, se concentra un mayor número de residentes entre 12 y 29 años.

La composición por sexo de la población joven en el año 2010 registra pequeños desequilibrios en el país, pues hay más jóvenes de sexo femenino que masculino: 96 hombres por cada 100 mujeres. Esta tendencia difiere según la entidad federativa de residencia en once estados: Colima, Nayarit, Sinaloa, Nuevo León, Baja California, Morelos, Quintana Roo, Baja California Sur, Tamaulipas, Coahuila y Chihuahua, donde la proporción de hombres es mayor que la de mujeres. En las veintiún entidades restantes, la relación es inversa, siendo Puebla, Guanajuato y Veracruz casos extremos, con un índice de masculinidad menor a noventa.

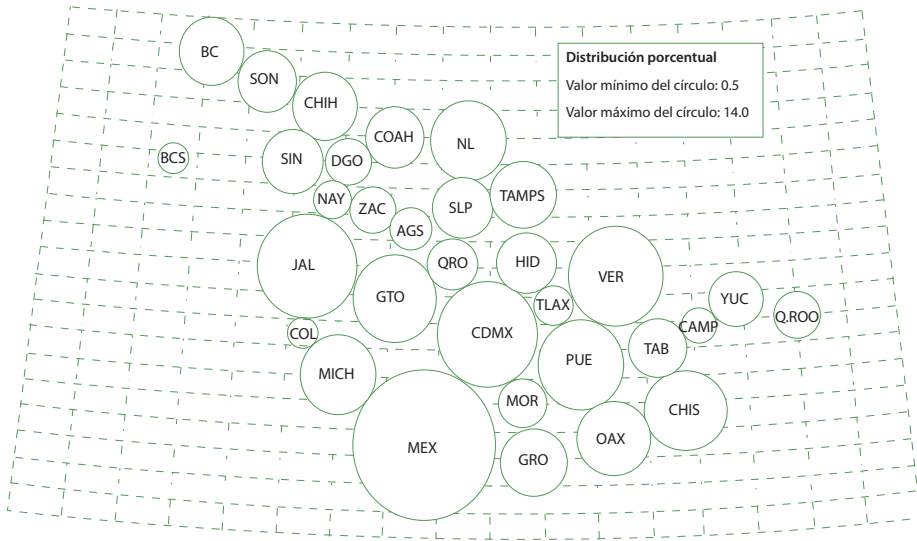
La población total en hogares con jóvenes ascendió en el año 2010 a 87.7 millones, de los cuales 41.3% pertenece al grupo etario de 12 a 29 años, 22% son menores de 12 años, 33.6% se encuentra en edades productivas, entre 30 y 64 años, y 3.1% tiene 65 años y más.

Metodología

Este estudio, “Panorama educativo de los jóvenes en México, 2010”, fue realizado a partir de diez temáticas vinculadas al contexto educativo en

Mapa 3.1

México: distribución porcentual de jóvenes según la entidad federativa de residencia, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

el que estuvieron o se encuentran insertos los jóvenes de la cohorte etaria de 12 a 29 años, las cuales son medidas en la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010, fuente primaria en la elaboración de esta investigación.

Los jóvenes constituyen un grupo heterogéneo al interior, razón por la cual fue muy reveladora la diferenciación efectuada por las categorías de sexo, entidad y contexto de residencia (urbana y no urbana); condición étnica,³ edad y estratos socioeconómicos (muy bajo, bajo, medio y alto).⁴

³ La condición étnica se elaboró usando la pregunta sobre si se es hablante de lengua indígena.

⁴ La variable fue elaborada por el doctor Carlos Javier Echarri Cánovas, con base en tres índices: *a*) calidad de la vivienda, *b*) escolaridad media relativa a todos los miembros del hogar, y *c*) la ocupación mejor remunerada de los miembros del hogar. De manera específica, el índice de calidad de la vivienda se construyó a partir de las variables: tamaño del hogar, materiales de los pisos, cuarto exclusivo para cocinar, agua entubada, excusado dentro de la vivienda, drenaje, luz eléctrica y hacinamiento (2.5 personas por dormitorio). Para elaborar el índice de actividad

Los resultados de la investigación se estructuran en cuatro grandes secciones: 1) educación formal; está integrada por seis temáticas: asistencia escolar, elección de escuela, nivel de estudios, promedio de años estudiados, realización de estudios según sistema escolar, motivos para dejar los estudios; 2) expectativas educativas a futuro; trata dos temas: deseos de continuar los estudios y expectativas de estudio; 3) la escuela, un lugar donde los jóvenes sufren actos de discriminación, abusos, violencia e ilícitos; está integrada por dos tópicos: la escuela, donde los jóvenes sufren discriminación y diferentes tipos de abuso, y ocurrencia de ilícitos dentro de la escuela, y 4) efecto del sexo, contexto de residencia, condición étnica, edad y estrato socioeconómico sobre algunas características educativas de los jóvenes; tiene como objetivo validar la información del análisis descriptivo presentado en las tres primeras secciones de los resultados. En ella se estima, por medio de siete modelos de regresión logística binomiales, el efecto de cinco variables analíticas de los jóvenes: el sexo, la edad, el contexto de residencia, condición étnica y el estrato socioeconómico, a la vez divididas en siete temáticas relevantes en la educación de los jóvenes: la asistencia escolar, las principales razones para elegir la escuela donde cursaron el último año aprobado, las razones para abandonar los estudios, las razones para seguir estudiando, las razones por las que no seguirían estudiando, los abusos principales dentro de la escuela y la ocurrencia de algún acto ilícito dentro de la escuela.

Estas siete temáticas consideraron como variables dependientes con valor 1 si al joven le ocurrió el suceso, y 0 si no lo experimentó; además, se tomaron como variables independientes las cinco categorías analíticas, las cuales se recodificaron de la siguiente forma:

económica se seleccionó la actividad de mayor remuneración por hogar, después se agruparon las actividades económicas en doce categorías: estudiante, trabajador sin pago, buscador de empleo, quehaceres del hogar, incapacitado, no trabaja, jornalero o peón, trabajador a destajo, cuenta propia, jubilado o pensionado, empleado u obrero y patrón o empresario. En el caso del índice de escolaridad, se elaboró con base en un indicador compuesto por el indicador de escolaridad acumulada según sexo y edad, y por la escolaridad relativa por edad y sexo.

- El sexo adquiere el valor 1 si es mujer y 0 si es hombre;
- la condición de hablante de lengua indígena se transformó con los valores 0 cuando no habla una lengua indígena y 1 si habla una lengua indígena;
- el contexto de residencia fue codificado con 0 para las localidades urbanas y 1 para las no urbanas;
- la edad es una variable continua que se mide en años;
- el estrato socioeconómico tiene cuatro categorías: muy bajo, bajo, medio y alto, y se omitió la categoría muy alto.

Los modelos de regresión logística se estimaron con la siguiente ecuación general: $P(y = 1) = 1 / (1 + \text{Exp}(-\beta_0 - \beta_1 \chi_{1i} - \beta_2 \chi_{2i} \dots - \beta_p \chi_{pi}))$

Donde $P(y = 1)$ es la probabilidad de ocurrencia del acontecimiento ($y = 1$); dados determinados valores de las variables explicativas $\chi_{1i}, \chi_{2i} \dots \chi_{pi}$; Exp denota la función exponencial; β_0 es un parámetro constante, y $\beta_1, \beta_2 \dots \beta_p$ son coeficientes o parámetros desconocidos del modelo, que corresponden a las variables independientes.

Resultados

Educación formal

En esta investigación se entiende por educación formal el proceso de enseñanza-aprendizaje ofertado por centros de educación o cualquier otra instancia de formación, ya sea de manera presencial o a distancia, que cumpla con ciertos requisitos mínimos, objetivos y metodología específicos, duración establecida e implique la obtención de un título o certificación al finalizar (Cardarelli y Waldman, 2009).

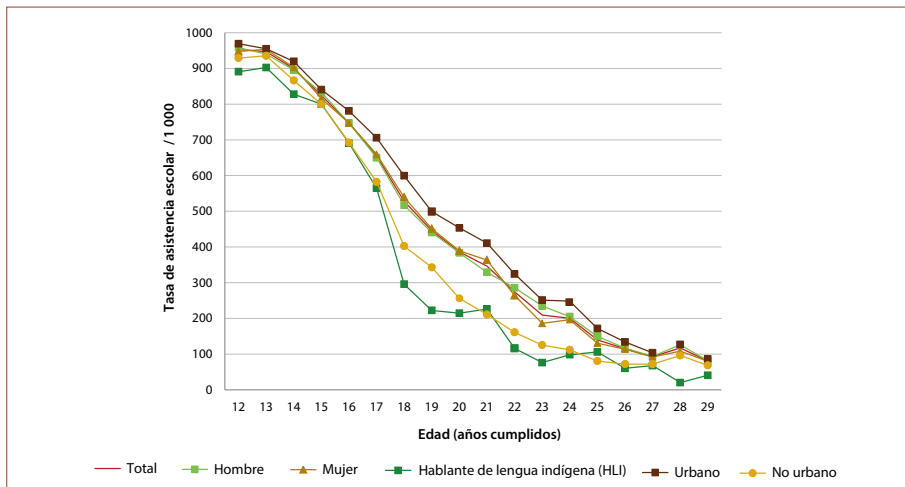
Asistencia escolar

La tasa de asistencia escolar a nivel nacional muestra que existen puntos de inflexión en la edad de los jóvenes, ligados al cambio en sus trayecto-

rias familiares, reproductivas y laborales. A partir de los datos es posible identificar tres momentos (gráfica 3.1). El primero inicia a los 12 años de edad, cuando el joven se encuentra terminando la primaria o está por entrar a secundaria, y se registra el nivel más alto en la tasa de asistencia escolar (953 por cada 1 000), para terminar entre los 15 y 16 años, al finalizar la secundaria, con un descenso en la tasa de asistencia escolar (824 y 747 por cada 1 000), variación que incrementa o disminuye algunos puntos dependiendo del sexo, contexto geográfico de residencia y condición étnica, como se observa en la gráfica 3.1.

El segundo punto identificado inicia a los 17 años, cuando los jóvenes están finalizando los estudios de bachillerato e inician estudios universitarios; en este tramo siguen insertos en el sistema educativo poco más de la mitad de los jóvenes de 18 años (528 por cada 1 000), cuando la asistencia escolar desciende abruptamente para todos los grupos sociales. El tercer momento ocurre a los 24 años, cuando sólo continúan realizando estudios 200 jóvenes por cada 1 000.⁵

Gráfica 3.1
México: tasa de asistencia escolar por edad y algunas categorías seleccionadas, 2010



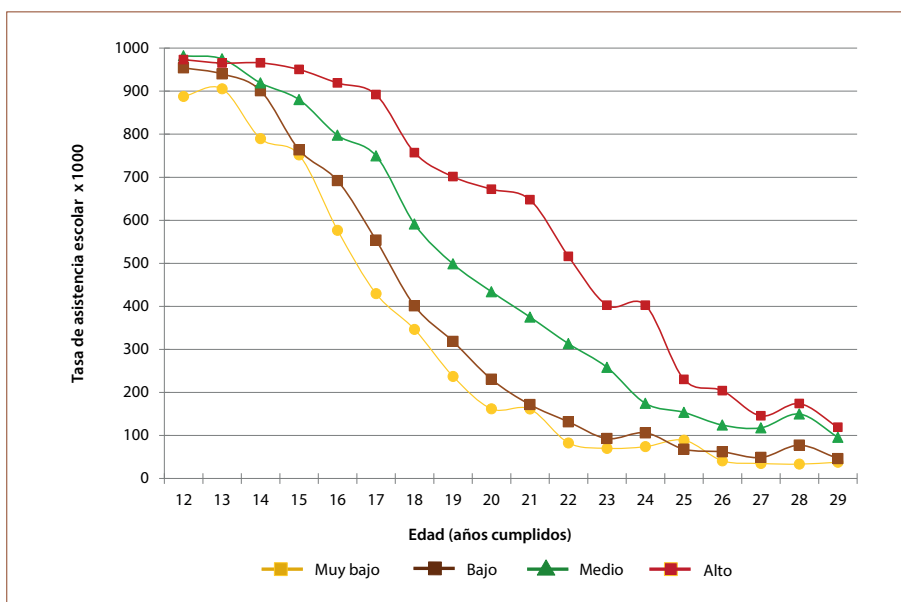
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

⁵ A los 29 años casi todos los jóvenes habrán dejado de estudiar, ya que sólo asisten a la escuela 81 de cada 1 000 jóvenes.

Existe una marcada jerarquización social en cuanto a la permanencia en el sistema escolar, que se expresa en los diferentes estratos socioeconómicos (gráfica 3.2); los jóvenes que pertenecen a un sector alto registran los niveles de asistencia escolar más elevados, tendencia que se mantiene en todas las edades, aunque con diferentes intensidades. Así, la menor brecha entre los jóvenes de estrato muy bajo y alto se observa entre los 12 y 13 años (85-60 puntos); en contraste, en el grupo etario de 16 a 20 años se registran los niveles de desigualdad más elevados (entre 342 y 510 puntos).

Las tasas de asistencia escolar a nivel estatal según los grupos etarios seleccionados confirman las tendencias observadas a nivel nacional: “la tasa de asistencia escolar disminuye conforme se incrementa la edad”. Sin embargo, se aprecian disparidades entre los jóvenes residentes en diferentes espacios geográficos (gráfica 3.3), que probablemente estén

Gráfica 3.2
México: tasa de asistencia escolar por edad y estratos socioeconómicos, 2010



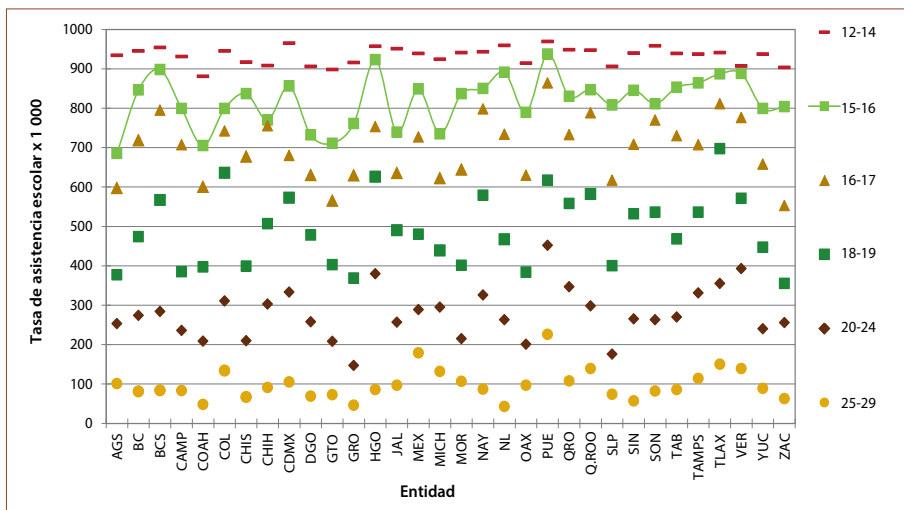
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

relacionadas con factores sociales y estructurales, como la marginación, la pobreza, la dispersión poblacional, entre otros.

Resulta evidente que en el grupo etario de 12 a 14 años se han logrado alcanzar niveles de asistencia escolar altos en casi todo el país; sólo en Coahuila y Guanajuato la tasa es menor a 900 por cada 1 000 jóvenes. El primer descenso abrupto en la asistencia escolar ocurre a los 15 años, siendo más pronunciado en Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Aguascalientes (entre 187 y 249 puntos respecto al grupo de 12 a 14 años). Cabe señalar que se trata de entidades ubicadas en la zona tradicional de migración internacional.

Entre los 18 y 19 años, la tasa de asistencia escolar disminuyó en promedio casi 50% en relación con el nivel observado en el grupo de 12 a 14 años; para este momento, la brecha en la tasa de asistencia escolar entre las entidades con el valor máximo y mínimo son: Tlaxcala (697 por cada 1 000) y Zacatecas (355 por cada 1 000) con una diferencia superior a 300 puntos.

Gráfica 3.3
México: tasa de asistencia escolar por edad y entidad de residencia, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Entre 20 y 24 años, sólo permanecen estudiando tres de cada diez jóvenes; el resto abandonó los estudios y es probable que se encuentren insertos en el mercado laboral, hayan formado una familia, se dediquen a las actividades del hogar o hayan culminado sus estudios. Las disparidades en la asistencia escolar entre los jóvenes de las distintas entidades se acrecientan en esta cohorte etaria; por ejemplo, la tasa de asistencia escolar en Puebla (452 por cada 1 000) triplica a la registrada en Guerrero (147 por cada 1 000).

Entre los 25 y 29 años ya no asisten a la escuela la mayoría de los jóvenes; así, sólo quedan insertos en el sistema educativo 110 jóvenes por cada 1 000 como media nacional. Las entidades con mayor asistencia escolar son Puebla y el Estado de México, con una tasa que oscila entre 179 y 226 por cada 1 000. La tendencia referida es probable que esté relacionada con una extensa oferta de servicios educativos y la captación de estudiantes de otras entidades del país.

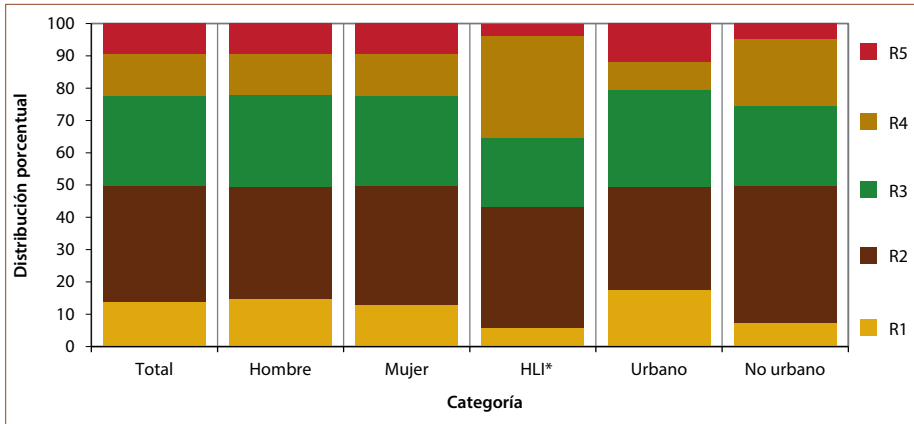
Elección de escuela

Los jóvenes mexicanos eligen el plantel educativo donde van a realizar sus estudios por cuatro motivos presentados aquí en orden de importancia: la cercanía geográfica (35.8%), porque les gusta (28.2%), por el prestigio de la institución (13.8%) y porque era la única opción (12.8%) (gráfica 3.4). El último motivo registra una relevancia especial entre los jóvenes residentes en localidades no urbanas y hablantes de alguna lengua indígena, pues es la segunda razón para elegir la escuela.

Por entidad federativa, los motivos principales que manifestaron los jóvenes para elegir la escuela a la que asistirán son: cercanía geográfica y gusto por la institución (gráfica 3.5). Las diferencias entre los jóvenes en las entidades se encuentran en el tercer motivo (porque era la única opción), puesto que es relevante para los jóvenes de veinte entidades (Campeche, Zacatecas, Guerrero, Chiapas, Yucatán, San Luis Potosí, Oaxaca, Nayarit, Sonora, Jalisco, Sinaloa, Tamaulipas, Hidalgo, Michoacán, Quintana Roo, Tabasco, Chihuahua, Coahuila, Querétaro y Veracruz), mientras que en

Gráfica 3.4

México: distribución porcentual de las principales razones que manifestaron los jóvenes para elegir la escuela donde cursaron el último año, según las categorías seleccionadas, 2010



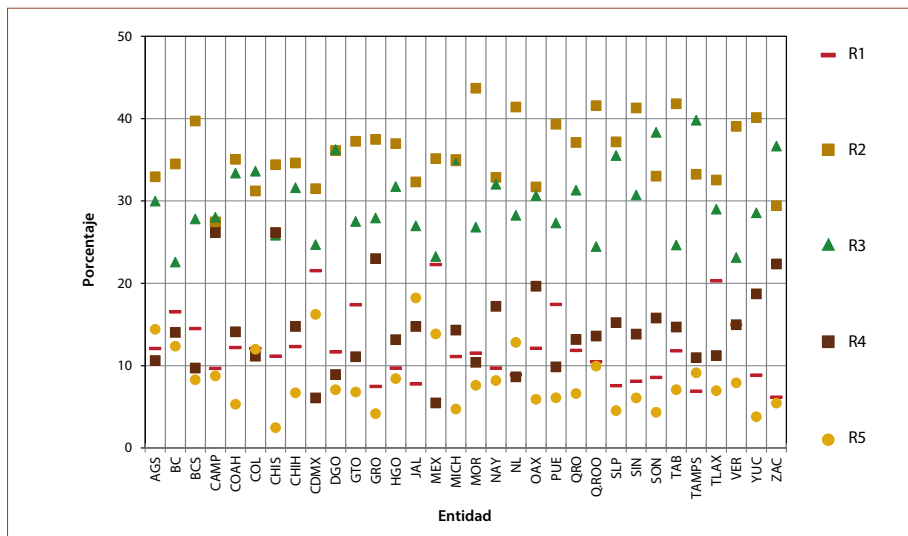
R1 Por el prestigio de la institución / R2 Me quedaba cerca / R3 Me gustó / R4 Era la única opción / R5 Otras.

* Hablante de lengua indígena.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 3.5

México: principal razón que motivó a los jóvenes a elegir la escuela donde cursaron el último año aprobado, según la entidad de residencia, 2010



R1 Por el prestigio de la institución / R2 Me quedaba cerca / R3 Me gustó / R4 Era la única opción / R5 Otras.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

las doce restantes (Nuevo León, Colima, Morelos, Aguascalientes, Baja California, Durango, Baja California Sur, Guanajuato, Puebla, Tlaxcala, Ciudad de México y Estado de México), el prestigio del centro de estudios tiene mayor peso en esa decisión. Cabe señalar que en cuatro entidades del país —Guerrero, Chiapas, Campeche y Zacatecas—, uno cada cuatro jóvenes no tiene opciones para elegir la escuela donde desea estudiar por la falta de oferta educativa, en cambio, en la Ciudad de México, el Estado de México y Tlaxcala, uno de cada cuatro jóvenes seleccionó la escuela donde estudia por el prestigio de la institución.

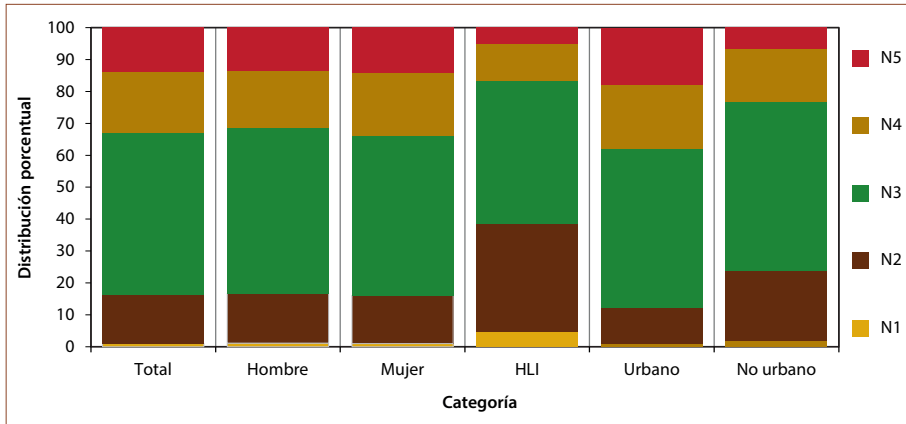
El estrato socioeconómico es una variable diferencial al momento de elegir escuela. Los jóvenes de estrato socioeconómico alto manifestaron como el criterio más importante de selección: porque me gustó (33.7%), y como segunda opción, el prestigio de la institución (24.4%). En contraste, para los jóvenes de estrato socioeconómico muy bajo es más relevante la cercanía del centro de estudio (42.6%), y en segundo lugar, con proporciones muy similares, se encuentran dos criterios: porque me gustó, y era la única opción (23.2 y 22.9% respectivamente).

En cuanto al nivel educativo, sobresalen algunas diferencias en los criterios que tienen los jóvenes para elegir escuela. En primaria, la razón más importante es la cercanía geográfica del plantel; le siguen en orden de importancia el gusto y no tener otra opción; entre los jóvenes de secundaria, el gusto comienza a adquirir importancia, ubicándose en segunda posición sólo después de la cercanía geográfica; en bachillerato, el criterio de elección más relevante es el gusto, sin embargo, cuando se realizan estudios de licenciatura, profesional o posgrado es más importante el prestigio de la institución.

Nivel de estudios

Considerando el máximo nivel de estudios cursados por los jóvenes (gráfica 3.6), el más recurrente es algún grado de secundaria en 50.9% de los casos, seguido en orden de importancia por algún grado de bachillerato o equivalente (18.8%), algún grado de primaria (15.4%), algún grado de

Gráfica 3.6
México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios alcanzado
por la población joven, según algunas categorías seleccionadas, 2010



N1 Ninguno / N2 Algún grado de primaria / N3 Algún grado de secundaria o equivalente / N4 Algún grado de bachillerato o equivalente / N5 Algún grado de licenciatura, profesional o más.
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

licenciatura o profesional (13.5%), y (0.4%) algún grado de maestría o doctorado.⁶

Los jóvenes hablantes de lengua indígena presentan los menores niveles de estudio en comparación con otras categorías analizadas; 78.8% tiene algún grado estudios de primaria o secundaria, y sólo 16.5% estudió algún grado de bachillerato o más, un nivel muy bajo considerando que la media nacional es casi del doble (32.7%). Constituyen un grupo vulnerable y con altos niveles de exclusión social que requiere atención especial para disminuir la brecha educativa.

Según el contexto de residencia, los jóvenes urbanos, en comparación con los no urbanos, tienen mayores niveles de estudio, sobre todo en los grados de escolaridad más altos, situación relacionada con la concentración de infraestructura educativa en el medio urbano. Respecto al sexo, las brechas educativas entre hombres y mujeres jóvenes tienden a diluirse, incluso se han revertido en algunos niveles educativos, ya que

⁶ Según datos de la ENJ 2010, la mayoría de los jóvenes del país (99.2%) ha estado insertada en el sistema educativo, es decir, ha realizado algún tipo de estudio formal.

los hombres abandonan la escuela antes que las mujeres, sobre todo después de finalizar la educación básica.

Una variable diferencial al comparar el nivel de estudios entre los jóvenes es el estrato socioeconómico: cuanto mayor es, se observan niveles de estudio más altos. De los jóvenes de estrato alto, tienen licenciatura 34.4%, en contraste con 2.2% de los jóvenes en el estrato socioeconómico bajo (cuadro 3.1).

Diversos estudios han mostrado que existe, entre otras desigualdades, una marcada diferenciación en los perfiles educativos en las entidades federativas determinados por el grado de marginación (Ávila y Tuirán, 2001), pobreza (Coneval, 2008) y presencia de población indígena (Jassen y Martínez, 2006), todo esto aunado a la estructura de la edad, la infraestructura educativa, los apoyos o subsidios a la educación, accesibilidad. En este sentido, Chiapas y Oaxaca registraron las mayores proporciones de jóvenes sin estudios (4.5 y 1.6%); mientras que las menores proporciones de jóvenes con algún grado de estudios de licenciatura o profesional se registraron en San Luis Potosí y Guerrero (gráfica 3.7).

El nivel de estudios más recurrente entre los jóvenes fue algún grado de secundaria,⁷ lo cual destaca en la Ciudad de México, Nuevo León, Morelos, San Luis Potosí y Aguascalientes, por tratarse de los espacios geográficos donde se concentra más de 55% del total en este nivel. Hidalgo, Chihuahua, Veracruz, Sonora, Tlaxcala, Puebla y el Estado de México son los estados que presentan las proporciones más elevadas de jóvenes con algún grado de estudios de licenciatura o profesional y más.

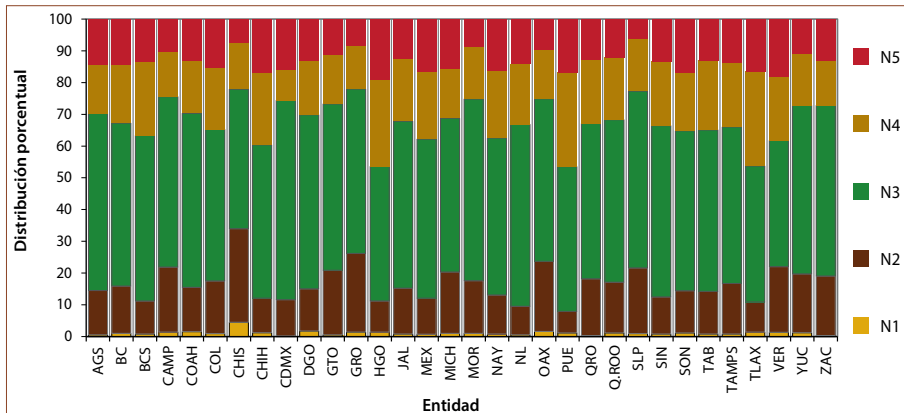
⁷ Los jóvenes han sido impactados de manera positiva por la universalización y obligatoriedad de la educación básica (primaria-secundaria), aplicada desde el año 2002 con la reforma al Artículo 3 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, legislación vigente.

Cuadro 3.1
México: distribución porcentual del nivel de estudios de los jóvenes,
según estrato socioeconómico, 2010

Nivel de estudios: algún grado de...	Estrato socioeconómico				Tendencia
	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	
Primaria	38.0	18.5	9.4	4.4	
Secundaria	50.1	62.4	50.9	35.9	
Bachillerato	9.8	14.6	24.1	25.2	
Licenciatura, profesional y más	2.2	4.5	15.6	34.4	

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 3.7
México: distribución porcentual del nivel de estudios máximo alcanzado
por la población joven, según entidad federativa de residencia, 2010



Con algún grado: N1 Sin escolaridad / N2 Primaria / N2 Secundaria / N3 Bachillerato / N4 Licenciatura o profesional / N5 Posgrado.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Promedio de años estudiados

La medición del tiempo en que un individuo está inserto en el sistema educativo es otra manera de conocer su nivel de estudios. Los jóvenes tienen en promedio una escolaridad acumulada de 10.1 años, 1.6 años más que en la población de 30 años y más, residente en los mismos hogares donde viven los jóvenes, lo que muestra la magnitud de la brecha


educativa generacional, que es más amplia entre los hablantes de lengua indígena (cuadro 3.2).

A la par que aumenta el estrato socioeconómico se incrementa la escolaridad acumulada (cuadro 3.3). Los jóvenes de estrato socioeconómico alto tienen en promedio 5 años más de estudio que los jóvenes de estrato muy bajo (12.5 años y 7.5 años en promedio, respectivamente).

Según la entidad federativa de residencia, los mayores niveles de escolaridad acumulada en los jóvenes entre 11.4 y 10.7 años se registran en las entidades del centro del país: Hidalgo, Puebla y Tlaxcala, además de Chihuahua (véase mapa 3.2). En cambio, los menores niveles se concentran principalmente en el sur del país, en Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Campeche y en San Luis Potosí, espacios geográficos donde los jóvenes tienen en promedio entre 8.5 y 9.4 años de estudio.

Cuadro 3.2





México: promedio de años estudiados de la población joven y residentes de 30 años y más de edad en hogares con jóvenes, según algunas categorías seleccionadas, 2010

Categorías seleccionadas	JÓVENES (12-29)	NO JÓVENES (30 y +)	Tendencia	Diferencia
Total	10.1	8.5		1.6
Hombre	10.0	8.7		1.3
Mujer	10.1	8.2		1.9
HLI	8.0	4.6		3.4
Urbano	10.6	9.5		1.1
No urbano	9.1	6.3		2.8

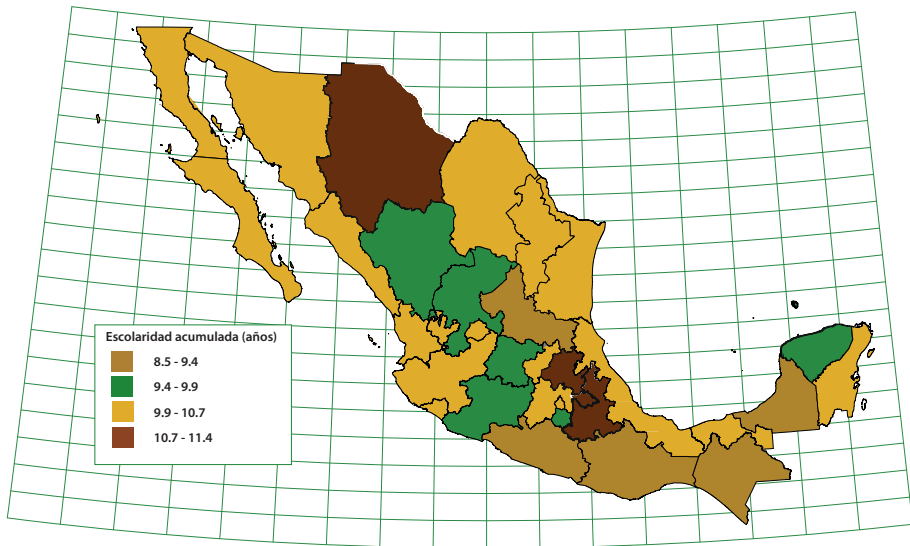
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 3.3

México: promedio de años estudiados de la población joven, según estrato socioeconómico, 2010

Estrato socioeconómico	Promedio de años estudiados	Tendencia
Muy bajo	7.5	
Bajo	9.0	
Medio	10.7	
Alto	12.5	

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Mapa 3.2**México: promedio de años de estudio de la población joven, según la entidad federativa, 2010**

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Realización de estudios según sistema escolar

La educación pública es el principal proveedor educativo en el país, sin embargo, conforme los jóvenes avanzan de nivel educativo, cobran importancia los estudios en instituciones privadas. De tal manera que sólo 5.9% de los jóvenes estudió la primaria en una escuela privada; sin embargo, uno de cada cuatro (24.7%) cursó la licenciatura o estudios profesionales en una institución de este tipo (cuadro 3.4).

El punto donde comienza a incrementarse la educación privada es en el nivel medio superior, y alcanza su máximo valor en el nivel superior, lo que refleja su expansión, sobre todo en las universidades y tecnológicos del sistema educativo nacional.

Es en espacios urbanos donde se registra una mayor proporción de jóvenes que realizan estudios en instituciones privadas. Esto no es un problema social siempre que esta práctica no esté relacionada con la falta de espacios educativos en las instituciones públicas, como pareciera que

Cuadro 3.4
México: distribución porcentual de la población joven,
según tipo de escuela donde realizaron estudios, 2010

Nivel de estudios	Total			Urbano			No urbano		
	PÚBLICO	PRIVADA	SISTEMA ABIERTO	PÚBLICO	PRIVADA	SISTEMA ABIERTO	PÚBLICO	PRIVADA	SISTEMA ABIERTO
Primaria	88.9	5.9	5.2	87.2	8.1	4.7	92.2	1.8	6.0
Secundaria	87.6	6.1	6.3	85.8	8.2	6.0	91.4	1.8	6.8
Bachillerato	79.3	14.0	6.4	76.2	17.0	6.7	87.0	7.5	5.5
Licenciatura, profesional y más	69.8	25.0	5.5	69.6	26.0	4.7	70.8	19.8	9.4

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

ocurre desde el bachillerato, por lo que el Sistema Educativo Nacional no estaría creando los espacios en las instituciones públicas para atender la demanda de estudio del nivel medio superior y superior de los jóvenes mexicanos.

Como era de esperarse, la proporción de jóvenes que cursaron estudios en escuelas privadas predomina en el estrato socioeconómico alto en todos los niveles de estudio (cuadro 3.5), sin embargo, en bachillerato y estudios de licenciatura o profesionales se eleva de forma drástica la proporción de jóvenes de estrato muy bajo, bajo y medio que realizan estudios en escuelas privadas.

Cuadro 3.5
México: proporción de jóvenes que estudiaron en escuelas privadas,
según estrato socioeconómico, 2010

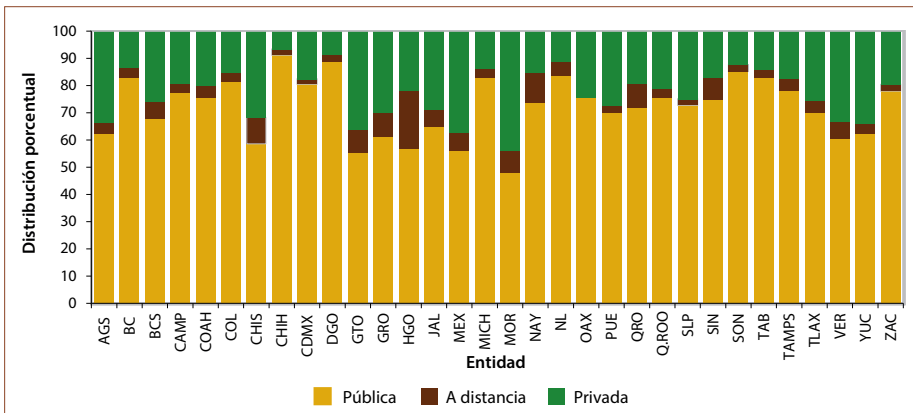
Nivel de estudios	Estrato socioeconómico				Tendencia
	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	
Primaria	1.1	2.6	5.3	13.9	
Secundaria	1.5	2.8	5.1	13.0	
Bachillerato	6.9	10.7	15.0	24.0	
Licenciatura, profesional y más	11.9	24.9	30.2	36.8	

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

A nivel de entidad federativa, la distribución muestra que la mayoría de los jóvenes con algún grado de estudios universitarios realiza éstos en escuelas públicas, pero hay gran variabilidad dependiendo del espacio geográfico de residencia (gráfica 3. 8); los niveles más elevados, con proporciones superiores a 83%, se ubicaron entre jóvenes residentes en entidades del norte del país como Chihuahua, Durango y Nuevo León.

En contraste, los jóvenes residentes en cuatro entidades: Estado de México, Guanajuato, Yucatán y Aguascalientes (44.0 y 33.7%) registraron las mayores proporciones con estudios universitarios en instituciones privadas.

Gráfica 3.8
México: distribución porcentual de jóvenes con algún grado de estudios universitarios, según sistema escolar y entidad de residencia, 2010



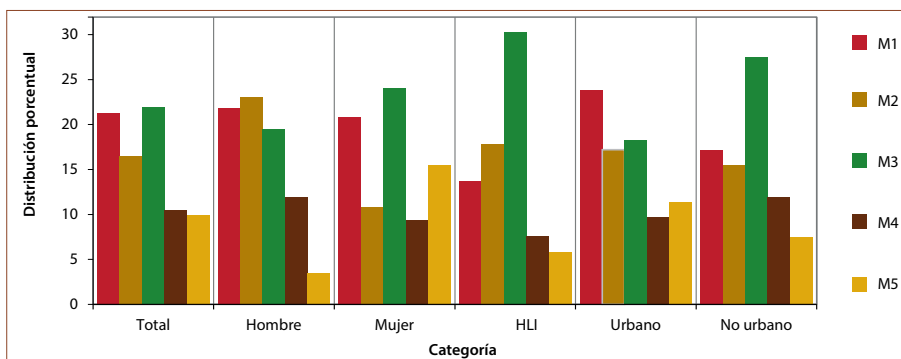
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Motivos para dejar los estudios

Los principales motivos que orillan a los jóvenes mexicanos a dejar los estudios en orden de importancia son: falta de dinero para pagar los estudios, tener que trabajar, aburrimiento, matrimonio o unión en pareja y paternidad o maternidad (gráfica 3.9).

Al comparar las distintas categorías analizadas sobresalen algunas particularidades:

Gráfica 3.9
México: distribución porcentual de los principales motivos que tiene la población joven para dejar la escuela, según las categorías seleccionadas, 2010



M1 Terminé mis estudios / M2 Tenía que trabajar / M3 No tenía dinero - No podía pagar la escuela / M4 Me aburría / M5 Por matrimonio, unión, maternidad o paternidad.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

- Entre los hombres jóvenes (19.5%), el principal motivo para dejar de estudiar es la necesidad de trabajar, en cambio, entre las mujeres (24%) es la falta de recursos económicos.
- El mayor diferencial entre las causas para dejar la escuela, entre sexos, se presenta en el motivo unirse en pareja o haber tenido un hijo(a), al ubicarse en las mujeres como la segunda causa (15.5%), en cambio, entre los varones (3.5%) tiene la menor incidencia.
- Los jóvenes hablantes de lengua indígena dejan la escuela en mayor proporción por cuestiones económicas.
- En los espacios urbanos el principal motivo por el que los jóvenes dejaron la escuela es el haber finalizado sus estudios (23.8%), en tanto que en el ámbito no urbano (27.5%) es la falta de dinero.

A medida que se incrementa el estrato socioeconómico de los jóvenes, las causas económicas para dejar los estudios tienen un menor peso y adquieren mayor importancia otros motivos, como el haber terminado los estudios (cuadro 3.6). Así, los jóvenes de un estrato socioeconómico muy bajo (31.8%) abandonaron los estudios porque no tenían dinero o no podían pagar la escuela; en contraposición, sólo 12.3% de los jóvenes de estrato socioeconómico alto manifestaron esta misma razón.

Cuadro 3.6
México: distribución porcentual de los principales motivos que tiene la población joven para dejar la escuela, según algunas categorías seleccionadas, 2010

Motivos para dejar la escuela	Estrato socioeconómico				Tendencia
	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	
Terminé mis estudios	9.9	14.5	22.8	41.9	
Tenía que trabajar	15.9	16.7	17.9	14.8	
No tenía dinero/ No podía pagar	31.8	25.2	17.8	12.3	
Me aburría	12.2	13.8	8.6	5.6	
Por unión, maternidad o paternidad	7.7	10.8	11.0	8.8	
Otro	22.4	18.9	21.9	16.6	

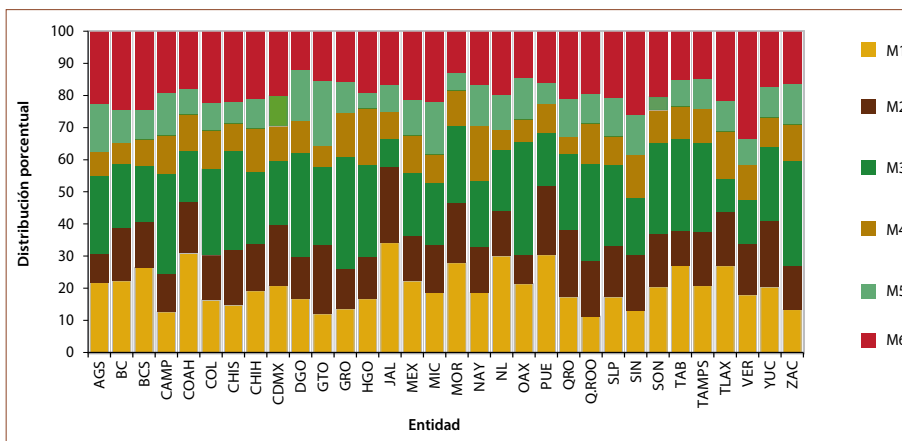
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Entre las entidades federativas que destacan por registrar las mayores proporciones de jóvenes que dejaron la escuela al término de sus estudios están Jalisco, Coahuila, Puebla, Nuevo León y Morelos (entre 27.9 y 34.2%); en sentido contrario, en las restantes 27 predominan razones económicas, como tener que trabajar y falta de recursos monetarios (gráfica 3.10). Cabe señalar que la falta de recursos económicos ha sido causa de más de 35% del abandono escolar en Oaxaca.

Que los jóvenes tengan que interrumpir los estudios por haber formado una unión en pareja o procrear un hijo(a) es tan grave como hacerlo por carecer de recursos económicos. Hidalgo, Nayarit, Tlaxcala y Guerrero son las cuatro entidades del país donde se alcanzaron los mayores niveles de abandono escolar por este motivo; no obstante, es todavía más grave dejar la escuela por aburrimiento, como sucede entre el 20.5 y 15.0% de los jóvenes de Guanajuato, Michoacán, Durango y Aguascalientes.⁸

⁸ Las cuatro entidades referidas se encuentran ubicadas geográficamente en la región tradicional de migración, por esta razón es probable que los jóvenes estén más interesados en migrar a Estados Unidos para forjarse un destino y cumplir con el rito comunitario antes de formar una familia, que en continuar estudiando (Giorguli y Serratos, 2004).

Gráfica 3.10
México: distribución porcentual de los principales motivos que tiene la población joven para dejar la escuela, según la entidad federativa de residencia, 2010



M1 Terminé mis estudios / M2 Tenía que trabajar / M3 No tenía dinero - No podía pagar la escuela / M4 Por matrimonio, unión, maternidad o paternidad / M5 Me aburría / M6 Otro.
 Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Expectativas educativas a futuro

Las expectativas de estudio que tienen los jóvenes son en realidad aspiraciones o intenciones que se generan a partir de la trayectoria de vida: no existe seguridad de alcanzar la meta planteada.

Deseos de continuar los estudios

Continuar los estudios si existiera una oportunidad es el deseo de la mayoría (72.8%) de la población joven que no asiste a la escuela. Comparando las categorías analíticas, los jóvenes hablantes de lengua indígena, los residentes en localidades no urbanas y las mujeres registran las menores intenciones de volver a la escuela aun si se les presentaran las condiciones adecuadas para su reinserción educativa (cuadro 3.7).

En nueve entidades federativas: Aguascalientes, Quintana Roo, Tabasco, Campeche, Estado de México, Durango, Colima, Morelos y

Cuadro 3.7

México: distribución porcentual de los jóvenes que no asisten a la escuela con intenciones de retomar los estudios, según algunas categorías seleccionadas, 2010

Posibilidad de continuar los estudios	Distribución porcentual					
	TOTAL	HOMBRE	MUJER	HLI	URBANO	NO URBANO
No seguiría estudiando	27.2	30.3	24.4	45.0	24.3	31.7
Seguiría estudiando	72.8	69.7	75.6	55.0	75.7	68.3

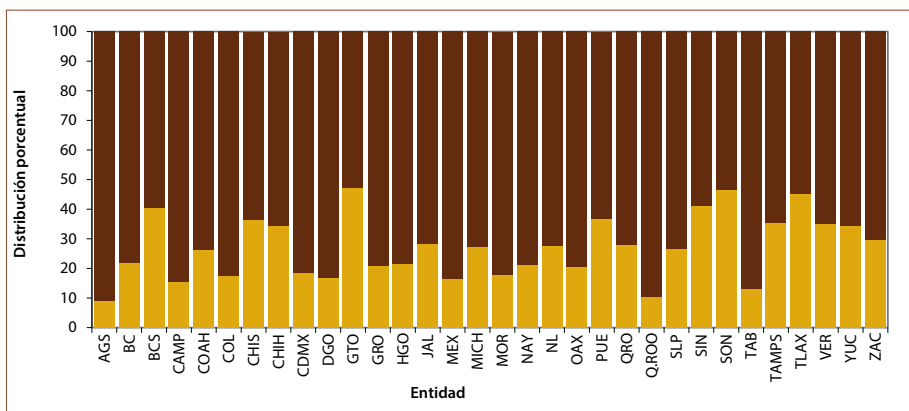
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Ciudad de México se registraron las proporciones más elevadas de jóvenes que retomarían sus estudios, las cuales fluctúan en un rango entre 90.9 y 81.6% (gráfica 3.11). En contraparte, los niveles más bajos se presentan en Guanajuato, Sonora, Tlaxcala, Sinaloa y Baja California Sur, lugares donde la proporción de 50% apenas se rebasa.

Regresar a la escuela es visto entre los jóvenes como la clave para mejorar el nivel de vida (41.1%) y conseguir o tener un mejor empleo (29.6%); en cambio, quienes no se plantean esta posibilidad son los jóvenes que tienen responsabilidades económicas con la familia (25.9%), deben trabajar (27.1%) o no les gusta estudiar (28.2%). Destaca la alta

Gráfica 3.11

México: distribución porcentual de jóvenes que no asisten a la escuela, según la intención de retomar los estudios y la entidad federativa de residencia, 2010



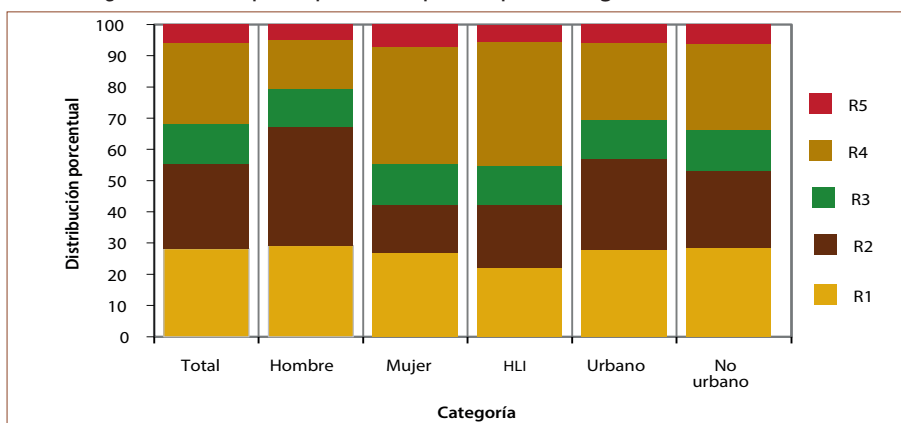
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

proporción de jóvenes hablantes de lengua indígena que retomaría los estudios sólo por el hecho de obtener conocimientos o aprender más (26.1%) (gráfica 3.12).

Gráfica 3.12

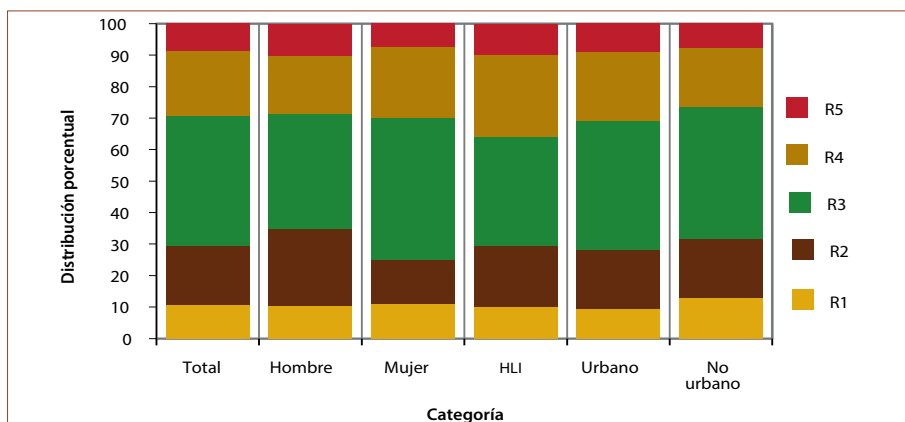
México: distribución porcentual de las principales razones que manifiestan los jóvenes para no seguir estudiando o continuar los estudios, según las categorías seleccionadas, 2010

¿Cuál sería la principal razón por la que no seguirías estudiando?



R1 No me gusta / R2 Tengo que trabajar / R3 No tengo tiempo / R4 Por mis responsabilidades / R5 Otra.
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

¿Cuál sería la principal razón por la que seguirías estudiando?



R1 Conseguir trabajo / R2 Tener un mejor empleo / R3 Mejorar mi nivel de vida / R4 Obtener conocimientos / R5 Otra.
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

La edad es un factor determinante al momento de pensar en retomar los estudios; después de cumplir 17 años, la proporción de jóvenes con pretensiones de retornar al sistema educativo comienza a descender, hasta ubicarse en su nivel más bajo entre los 26 y 29 años de edad.

Expectativas de estudio

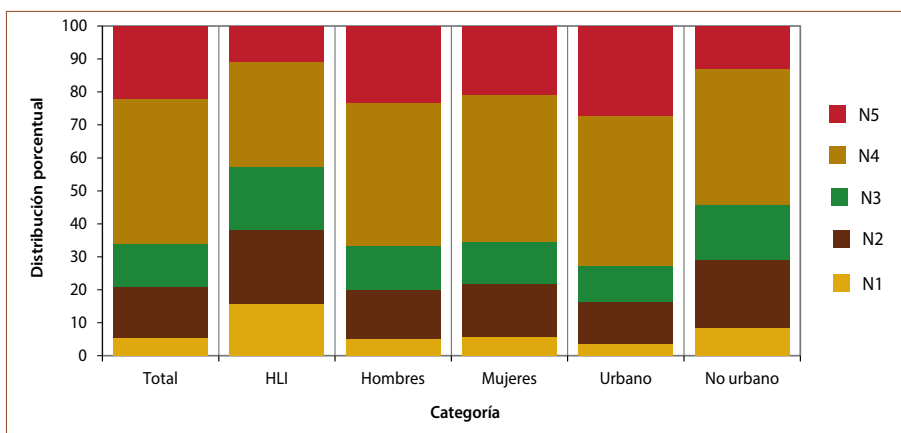
Las expectativas de estudio que tienen los jóvenes son en realidad aspiraciones que se construyen por influencia de los padres (Hao y Bonstead-Bruns, 1998), por las condiciones económicas (Laurea, 1987) o son un reflejo del capital social de la familia (Bempechat, 1990). En ese sentido, no existe seguridad de alcanzar la meta planteada o de ambicionar el máximo nivel de estudios.

A los jóvenes en México les gustaría lograr, en orden de importancia: estudios de licenciatura 43.9%, posgrado 22.1%, preparatoria o bachillerato 15.6%, estudios de normal 13% y secundaria o primaria 5.4% (gráfica 3.13). Al diferenciar por categorías, hombres y mujeres tienen más o menos las mismas expectativas de estudio; los jóvenes residentes en localidades no urbanas y hablantes de lengua indígena tienen menores aspiraciones educativas, y la proporción que desea lograr estudios a nivel de primaria o secundaria en el medio no urbano, es más del doble de lo manifestado por los jóvenes urbanos.⁹

El nivel de bienestar social de los jóvenes es una variable que incide de forma positiva en las expectativas de estudio. El caso más extremo se observa en el estrato alto, donde 41.9% aspira a realizar estudios de posgrado en comparación con 7% de los jóvenes que se ubican en un estrato socioeconómico muy bajo (cuadro 3.8).

⁹ Las condiciones de vida adversas y el bajo nivel educativo de los padres entre los hablantes de lengua indígena podrían ser explicaciones posibles de las bajas expectativas de estudio de los jóvenes hablantes de lengua indígena. Soñar, en estas circunstancias, es difícil.

Gráfica 3.13
México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios que le gustaría alcanzar a la población joven, según categorías seleccionadas, 2010



N1 Primaria - secundaria / N2 Preparatoria- bachillerato o carrera técnica de nivel medio superior/ N3 Estudios de normal, carrera técnica o comercial de nivel superior / N4 Licenciatura o profesional / N5 Posgrado.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 3.8
México: distribución porcentual de la población joven, según nivel de estudios que le gustaría alcanzar y estrato socioeconómico, 2010

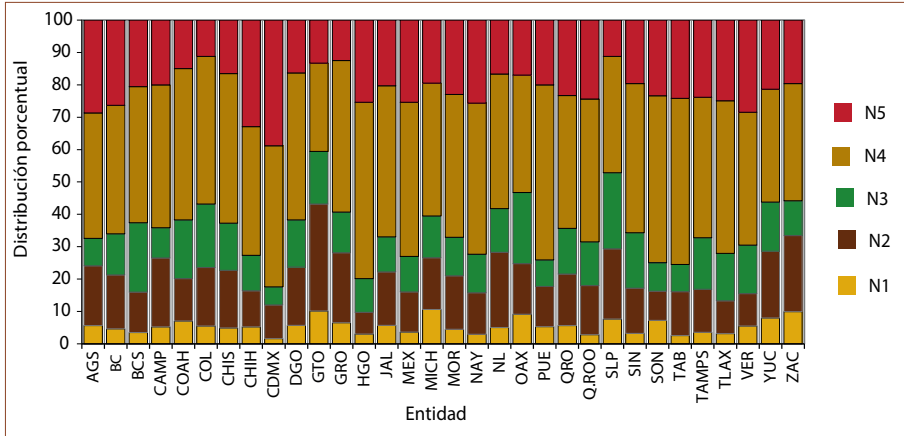
Expectativas de estudio	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	Tendencia
	Primaria o secundaria	14.2	6.7	2.5	
Preparatoria-bachillerato	24.5	21.6	12.7	5.3	
Normal, carrera técnica-comercial	18.8	15.9	11.9	6.9	
Licenciatura o profesional	35.4	44.3	47.6	44.3	
Posgrado	7.0	11.6	25.2	41.9	

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

El nivel de estudio al que aspiran los jóvenes de forma más recurrente en las treinta y dos entidades federativas es licenciatura, siendo en los estados de Hidalgo, Puebla, Sonora y Tabasco donde se registran las proporciones más elevadas de jóvenes que aspiran a este nivel educativo, las cuales sobrepasan 50% (gráfica 3.14).

Gráfica 3.14

México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios que le gustaría alcanzar a la población joven, según la entidad federativa de residencia, 2010



N1 Primaria - secundaria / N2 Preparatoria - bachillerato o carrera técnica de nivel medio superior/ N3 Estudios de normal, carrera técnica o comercial de nivel superior / N4 Licenciatura o profesional / N5 Posgrado. Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Realizar algún estudio de posgrado es una aspiración cercana a 40% entre los jóvenes residentes en la Ciudad de México; otras entidades con proporciones elevadas de jóvenes que desearían realizar estudios de posgrado son Chihuahua (32.9%), Aguascalientes (28.7%) y Veracruz (28.5%). La entidad federativa donde se registra el porcentaje mayor de jóvenes que aspiran al nivel educativo más bajo es Guanajuato, donde 43.2% del total de jóvenes sólo se plantea realizar algún estudio del nivel de primaria o secundaria.

Relacionando el nivel de estudios realizado y las expectativas a futuro, se observa cómo a mayor nivel de escolaridad entre los jóvenes, mayores aspiraciones de estudio en el futuro. Así, entre los jóvenes con primaria, sólo 6.8% desea cursar algún posgrado, proporción que se eleva hasta 73.9% entre los jóvenes con algún grado de licenciatura (cuadro 3.9).

La edad es una variable determinante en las expectativas de estudio: a menor edad, mayores aspiraciones. Un punto decisivo se registra al cumplir la mayoría de edad (18 años), a partir de este momento desciende de manera vertiginosa la tendencia, tal vez porque los jóvenes a esa edad

Cuadro 3.9
México: distribución porcentual de los jóvenes, según el nivel de estudios alcanzado y que les gustaría alcanzar, por nivel de escolaridad, 2010

Estudios realizados Algún grado de...	Expectativa de estudios						
	PRIMARIA	SECUNDARIA	PREPARATORIA, BACHILLERATO O CARRERA TÉCNICA DE NIVEL MEDIO SUPERIOR	NORMAL	CARRERA TÉCNICA O COMERCIAL DE NIVEL SUPERIOR	LICENCIATURA O PROFESIONAL	POSGRADO
Primaria	4.6	16.7	24.0	4.5	9.2	34.2	6.8
Secundaria o equivalente		4.5	24.1	4.2	12.9	43.4	10.8
Preparatoria o equivalente			7.1	2.8	10.1	60.1	20.0
Licenciatura				0.4	0.6	23.8	73.9

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

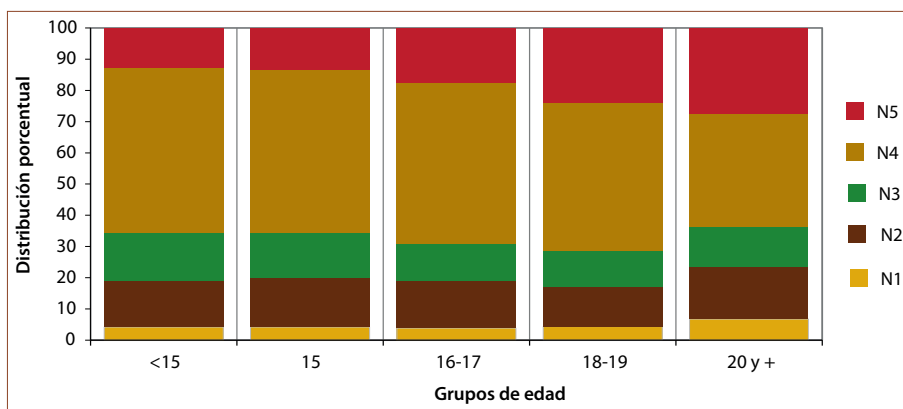
suelen tener más obligaciones económicas y familiares que les impiden pensar en regresar a la escuela (gráfica 3.15).

La escuela, un lugar donde los jóvenes sufren actos de discriminación, abusos, violencia e ilícitos

La escuela es el lugar donde los jóvenes adquieren los conocimientos y herramientas que los ayudarán a lo largo de la vida. No obstante, en este espacio se presentan situaciones como discriminación, abusos, violencia y ocurrencia de ilícitos como venta de drogas, existencia de armas y asaltos.

El hostigamiento por parte de los compañeros es el principal tipo de abuso sufrido por los jóvenes en la escuela (5.5%), siendo los hablantes de lengua indígena quienes sufrieron con mayor frecuencia esta situación (6.0%). Le siguen, en orden de importancia, la discriminación con 4.3% y la violencia física 3.4%, sucesos que afectan más a jóvenes del género masculino (4.4%), y a hablantes de lengua indígena (4.1%). Otro tipo de abuso presente, aunque con menor incidencia, es el acoso sexual y el abuso sexual por parte de algún(a) profesor(a) o compañero(a) (véase cuadro 3.10).

Gráfica 3.15
México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios que le gustaría alcanzar a la población joven, según grupos de edad, 2010



N1 Primaria – secundaria / N2 Bachillerato / N3 Estudios de normal, carrera técnica o comercial de nivel superior / N4 Licenciatura o profesional / N5 Posgrado.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 3.10
México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber sufrido algún abuso durante el último año de estudios, según el tipo y categorías seleccionadas, 2010

Tipo de abuso	Distribución porcentual					
	TOTAL	HLI	HOMBRE	MUJER	URBANO	NO URBANO
Discriminación	4.3	4.6	4.5	4.2	4.2	4.7
Violencia física	3.4	4.1	4.4	2.4	3.5	3.3
Hostigamiento por parte de tus compañeros(as)	5.5	6.0	5.6	5.5	5.9	4.9
Acoso sexual	1.0	1.2	0.9	1.1	1.0	1.0
Abuso sexual por un(a) profesor(a)	0.4	0.4	0.4	0.5	0.5	0.3
Abuso sexual de parte de algún(a) compañero(a)	0.5	0.6	0.5	0.4	0.5	0.5

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

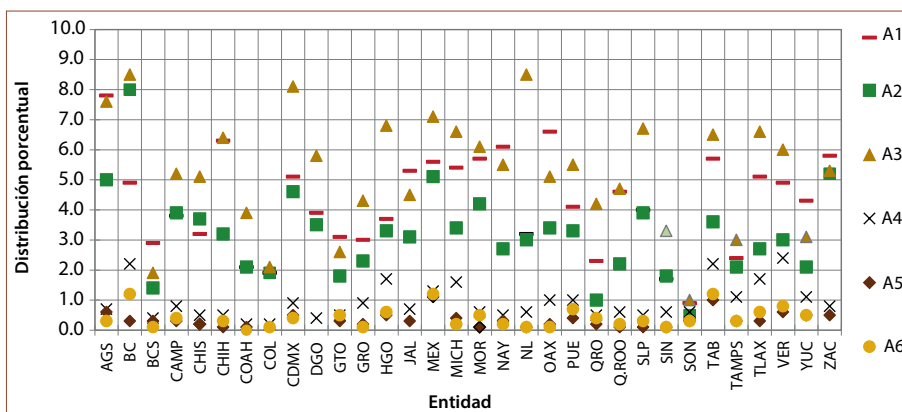
Según contexto de residencia, en las escuelas urbanas se registró una mayor incidencia de violencia física y hostigamiento por parte de los(as) compañeros(as), en tanto que en las escuelas no urbanas el abuso

más recurrente fue la discriminación. El estrato socioeconómico no es una variable diferenciadora entre los jóvenes para sufrir algún tipo de abuso; es decir, sin importar el estrato social de pertenencia, los jóvenes tienen probabilidades similares de vivir alguno de los abusos referidos: discriminación, violencia física, hostigamiento por parte de los(as) compañeros(as) de la escuela, acoso y abuso sexual por parte de algún(a) profesor(a) o compañero(a).

El hostigamiento por parte de los(as) compañeros(as) es el principal tipo de abuso sufrido por los jóvenes residentes en 23 entidades del país: Baja California, Campeche, Chiapas, Chihuahua, Coahuila, Colima, Ciudad de México, Durango, Guerrero, Hidalgo, Estado de México, Michoacán, Morelos, Nuevo León, Puebla, Querétaro, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamaulipas y Tlaxcala (gráfica 3.16).

En tanto que para los jóvenes de nueve entidades, Oaxaca, Veracruz, Yucatán, Baja California Sur, Jalisco, Nayarit, Guanajuato, Zacatecas y Aguascalientes, la discriminación es el principal tipo de abuso sufrido, y el hostigamiento por parte de los(as) compañeros(as) es el segundo.

Gráfica 3.16
México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber sufrido algún abuso durante el último año de estudios, según tipo y entidad de residencia, 2010



A1 Discriminación / A2 Violencia física / A3 Hostigamiento por parte de tus compañeros(as) / A4 Acoso sexual / A5 Abuso sexual por un(a) profesor(a) / A6 Abuso sexual de parte de algún(a) compañero(a).

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En diecisiete de las veintitrés entidades referidas donde los jóvenes han sufrido como abuso principal el hostigamiento por parte de los(as) compañeros(as), el segundo tipo de abuso en ocurrencia es la discriminación. En dos entidades, Coahuila y Colima, los jóvenes han sufrido como segundo tipo de abuso la discriminación y violencia física; mientras que entre los jóvenes residentes en Baja California, Campeche, Chiapas y Sinaloa, el segundo abuso más referido es la violencia física.

El tercer tipo de abuso de mayor importancia que padecen los jóvenes de Baja California, Zacatecas, el Estado de México, Aguascalientes y Ciudad de México es la violencia física. Los jóvenes de Veracruz, Baja California y Tabasco son quienes presentan los niveles más elevados de acoso sexual. Los abusos con menor recurrencia entre los jóvenes son el abuso sexual por parte de un(a) profesor(a) o de algún compañero(a), aunque los casos del Estado de México y Tabasco tienen una incidencia mayor a 1%. En el contexto nacional destaca Sonora por registrar las proporciones más bajas de abusos en la escuela manifestadas por los jóvenes.

Ocurrencia de ilícitos dentro de la escuela

El acto ilícito de mayor ocurrencia dentro de la escuela reportado por los jóvenes es el consumo de drogas, con 13.9%, seguido en orden de importancia por los asaltos o robos, con 12.4%; compra y venta de drogas, con 7.7%; presencia de armas blancas, con 7.4%, y armas de fuego, 2% (cuadro 3.11). La ocurrencia de actos relacionados con drogas en su conjunto, compra, venta y consumo dentro de las escuelas, requiere atención especial.

Según el espacio de residencia, en escuelas urbanas los jóvenes reportan mayor ocurrencia de tres ilícitos: consumo de drogas 17.9%, asalto o robos 15.6%, y compra y venta de drogas 10.0%; en contraparte, los niveles de actividades ilícitas descienden de forma abrumadora en las escuelas no urbanas. Diferenciado por sexo, los hombres declaran haber observado mayor número de ilícitos en los centros educativos que las mujeres, siendo los más mencionados por ambos sexos el consumo de drogas y los asaltos o robos.

Cuadro 3.11

México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber visto la ocurrencia de algún acto ilícito en la escuela donde cursaron el último año, según el tipo y categorías seleccionadas, 2010

Tipo de ilícito	Distribución porcentual					
	TOTAL	HLI	HOMBRE	MUJER	URBANO	NO URBANO
Compra o venta de drogas	7.7	3.4	9.2	6.3	10.0	3.6
Consumo de drogas	13.9	7.4	16.3	11.8	17.9	7.0
Armas de fuego	2.0	1.8	2.8	1.3	2.5	1.3
Armas blancas	7.4	4.4	9.4	5.6	8.8	5.0
Asaltos o robos	12.4	5.9	13.9	11.1	15.6	6.9

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Los niveles de percepción de los jóvenes sobre la ocurrencia de actos ilícitos dentro de la escuela aumentan conforme se incrementan los estratos socioeconómicos, de tal manera que el consumo de drogas en la escuela es un ilícito percibido por 7.2% de los jóvenes de estrato socioeconómico bajo, en relación con 19% de los jóvenes que pertenecen al estrato socioeconómico alto (cuadro 3.12).

Los centros educativos con menor ocurrencia de ilícitos de acuerdo con lo manifestado por los jóvenes son las primarias, después comienza a incrementarse hasta el nivel de bachillerato; así, los jóvenes de secundaria manifiestan haber visto un consumo de drogas que cuadruplica el mencionado en primaria. Los jóvenes de bachillerato son quienes

Cuadro 3.12

México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber visto la ocurrencia de algún acto ilícito en la escuela donde cursaron el último año, según tipo y estrato socioeconómico, 2010

Tipo de ilícito	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	Tendencia
	Compra o venta de drogas	4.0	6.4	8.8	
Consumo de drogas	7.2	11.7	16.1	19.0	
Armas de fuego	0.9	2.3	2.2	2.1	
Armas blancas	4.8	7.5	7.7	8.7	
Asaltos o robos	7.0	11.3	13.4	16.4	

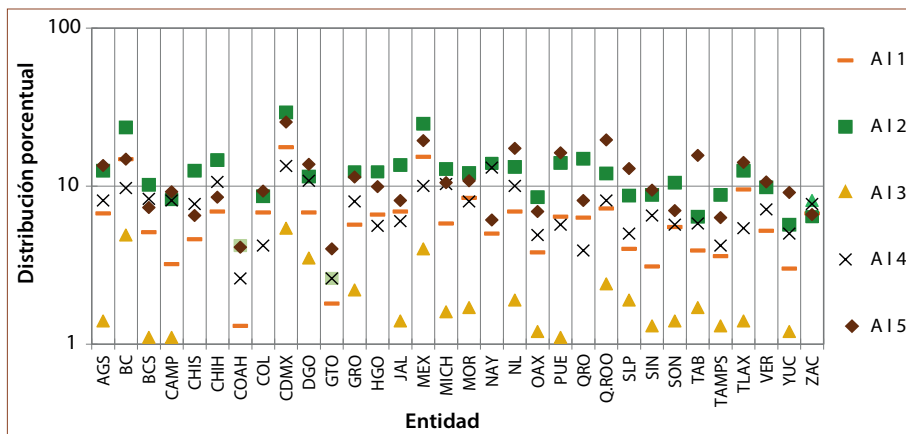
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

mencionaron haber visto en sus centros de estudios mayor proporción de ilícitos en comparación con los otros niveles educativos, 18% reporta consumo de drogas, 15.3% asaltos o robos, 9.9% compra y venta de drogas y 9.4% existencia de armas blancas.

En orden de importancia, el ilícito más observado en las escuelas por los jóvenes, según la entidad federativa de residencia (gráfica 3.17), es el consumo de drogas en 17 entidades (Baja California, Baja California Sur, Chiapas, Chihuahua, Coahuila, Ciudad de México, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Estado de México, Michoacán, Morelos, Nayarit, Oaxaca, Querétaro, Sonora y Tamaulipas), entre las que sobresalen la Ciudad de México, el Estado de México y Baja California, por ser los lugares donde se menciona con mayor frecuencia (29.2%-23.5%) este ilícito.

En segundo lugar, el asalto o robo es el delito más común mencionado por los jóvenes de 14 entidades (Aguascalientes, Campeche, Colima, Durango, Guanajuato, Nuevo León, Puebla, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sinaloa, Tabasco, Tlaxcala, Veracruz y Yucatán). Los jóvenes de Zacatecas, a diferencia de los del resto del país, advierten en sus escuelas

Gráfica 3.17
México: porcentaje de jóvenes que manifestaron haber visto la ocurrencia de algún acto ilícito en la escuela donde cursaron el último año, según tipo y federativa de residencia, 2010



A1 Compra o venta de drogas / A2 Consumo de drogas / A3 Armas de fuego / A4 Armas blancas / A5 Asaltos o robos.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

antes que el consumo de drogas y asaltos o robos, la existencia de armas de fuego o armas blancas.

Destacan en la geografía nacional Guanajuato y Coahuila, por ser las entidades del país donde los jóvenes refieren en sus escuelas la menor presencia de ilícitos; es decir, de acuerdo con su percepción, tienen las escuelas más seguras del país. El caso contrario sucede en la Ciudad de México, el Estado de México, Baja California, Quintana Roo y Puebla.

Efecto del sexo, contexto de residencia, condición étnica, edad y estrato socioeconómico sobre algunas características educativas de los jóvenes. Modelos de regresión logística

Modelo uno: asistencia escolar

En el modelo uno, las mujeres jóvenes presentan una menor probabilidad de asistir a la escuela en comparación con los hombres alrededor; el contexto de residencia tiene un efecto negativo en la asistencia escolar para los que viven en una localidad no urbana, ya que presentan una probabilidad 21.4% menor en comparación con los residentes en espacios urbanos. Los jóvenes hablantes de lengua indígena tienen una probabilidad 11.4% menor de asistir a la escuela que los no hablantes. Como se esperaba, la probabilidad de asistir a la escuela disminuye 30% por cada año que aumenta la edad; de igual forma, respecto al estrato socioeconómico alto, los jóvenes de estrato muy bajo tienen una probabilidad menor de asistir a la escuela de 82.6%, que disminuye a 56.4% en el estrato medio (cuadro 3.13).

Modelo dos: razones por las que los jóvenes eligieron la escuela donde cursaron su último año aprobado

Este modelo destaca que los jóvenes residentes en contextos no urbanos tienen una probabilidad 1.3 veces mayor de no poder elegir escuela, porque era la única opción y 20.7% menor de haber seleccionado la escuela

Cuadro 3.13
México: modelos 1 y 2. Probabilidades de asistencia escolar y razón
por la que los jóvenes eligieron la escuela donde cursaron el último año aprobado, 2010

Variable			Modelo uno: asistencia escolar	Modelo dos Principal razón de los jóvenes para elegir escuela donde cursaron el último año aprobado			
				ME QUEDABA CERCA	PRESTIGIO DE LA INSTITUCIÓN	ME GUSTABA	ERA LA ÚNICA OPCIÓN
			EXP. (b)*				
Sexo (mujer)			0.912	1.0711	0.9119	0.9758	1.0141
Contexto de residencia (No urbano)			0.793	1.1929	0.7928	0.8593	2.2811
Condición de lengua indígena (Sí)			0.896	0.7599	0.8964	0.8315	1.9989
Edad (años)			0.700	0.9895	0.7000	0.9837	1.0435
Estrato socio-económico (4. Alto)	1	Muy bajo	0.174	1.7520	0.1744	0.6398	1.9978
	2	Bajo	0.218	2.0219	0.2181	0.6717	1.3908
	3	Medio	0.436	1.4762	0.4358	0.8361	1.1016

* $p < 0.0001$.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

por el prestigio de la institución, que los jóvenes que viven en localidades urbanas. Los jóvenes hablantes de lengua indígena tienen un comportamiento similar a los residentes no urbanos (cuadro 3.13).

Modelo tres: razones para abandonar los estudios

En el modelo tres, sobresale que abandonar los estudios por matrimonio, unión o maternidad es una razón que afecta cuatro veces más a las mujeres jóvenes que a los hombres; sin embargo, dejar la escuela por tener que trabajar es una razón con una probabilidad 61.1% menor para las mujeres en relación con los hombres (cuadro 3.14).

Los hablantes de lengua indígena tienen una probabilidad 44.6% menor como razón para desertar de la escuela por aburrimiento que los jóvenes no hablantes, y las probabilidades de abandono por aburrimiento son sensiblemente mayores entre los jóvenes de estratos muy bajo, bajo y medio (2.1, 2.3 y 1.4, respectivamente) en relación con el alto.

Cuadro 3.14
México: modelo 3. Probabilidades de las razones
de los jóvenes para abandonar los estudios, 2010

Variable		Terminé mis estudios	Tenía que trabajar	No tenía dinero / No podía pagar la escuela	Me aburría	Por matrimonio, unión, maternidad o paternidad	
		EXP. (B)*					
Sexo (mujer)		0.998	0.389	1.268	0.752	5.001	
Contexto de residencia (no urbano)		1.017	0.859	1.360	1.073	0.650	
Condición de lengua indígena (sí)		0.949	1.114	1.096	0.554	0.705	
Edad (años)		1.065	1.077	1.003	0.933	1.015	
Estrato socioeconómico (4. Alto)	1	Muy bajo	0.175	1.480	2.793	2.118	1.014
	2	Bajo	0.261	1.478	2.204	2.395	1.337
	3	Medio	0.435	1.434	1.483	1.490	1.310

* $p < 0.0001$.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Modelo cuatro: razones por las que seguirían estudiado

En el modelo cuatro, entre las razones para seguir estudiando, los jóvenes hablantes de lengua indígena manifiestan una probabilidad 65.3% mayor para obtener conocimientos y aprender más, en relación con su contraparte de jóvenes no hablantes de lengua indígena; al mismo tiempo, el sexo femenino manifestó una probabilidad 41.5% mayor que los hombres de retomar los estudios para mejorar el nivel de vida, pero 47.9% menor cuando el motivo es tener un mejor trabajo (cuadro 3.15). A menor estrato socioeconómico, mayor probabilidad de considerar el regreso a la escuela como un medio para conseguir un mejor trabajo.

Modelo cinco: razones por las que no seguirían estudiando

En el modelo cinco, las responsabilidades familiares son una razón 2.2 veces mayor entre las mujeres, en relación con los hombres para no retomar los estudios, este motivo tiene una probabilidad 75.7% mayor

Cuadro 3.15
México: modelo 4. Probabilidades de las razones
por las que los jóvenes seguirían estudiando, 2010

Variable			Conseguir trabajo	Tener un mejor trabajo	Mejorar mi nivel de vida	Obtener conocimientos o aprender más
			EXP. (B)*			
Sexo (mujer)			1.013	0.521	1.415	1.283
Contexto de residencia (no urbano)			1.208	0.976	1.011	0.908
Condición de lengua indígena (sí)			0.734	1.011	0.710	1.653
Edad (años)			0.948	1.000	1.000	1.019
Estrato socioeconómico (4. Alto)	1	Muy bajo	1.911	1.085	1.352	0.568
	2	Bajo	1.389	1.218	1.332	0.584
	3	Medio	1.368	1.042	1.296	0.688

* $p < 0.0001$.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 3.16
México: modelo 5. Probabilidades de las razones
por las que los jóvenes no seguirían estudiando, 2010

Variable			No me gusta estudiar	Tengo que trabajar	No tengo tiempo	Por mis responsabilidades familiares o económicas
			EXP. (B)*			
Sexo (mujer)			0.925	0.925	1.124	3.213
Contexto de residencia (no urbano)			0.866	0.866	1.165	1.179
Condición de lengua indígena (sí)			0.564	0.564	1.103	1.757
Edad (años)			0.868	0.868	1.071	1.101
Estrato socioeconómico (4. Alto)	1	Muy bajo	1.722	1.722	0.639	1.232
	2	Bajo	1.634	1.634	1.02	0.78
	3	Medio	1.216	1.216	0.831	0.992

* $p < 0.0001$.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

entre los hablantes de lengua indígena con respecto a los no hablantes de lengua indígena. No obstante, los hablantes de lengua indígena tienen una probabilidad 43.2% menor de manifestar que no les gusta estudiar (cuadro 3.16).

El tener que trabajar es una opción que tiene mayores probabilidades de recurrencia entre los jóvenes que pertenecen a un estrato socioeconómico muy bajo, bajo o medio en comparación con los del estrato alto.

Modelo seis: tipo de abuso sufrido en la escuela

En el modelo seis, los jóvenes hablantes de lengua indígena registran probabilidades mayores que los no hablantes de sufrir cuatro clases de abuso dentro de la escuela: acoso sexual, hostigamiento por parte de compañeros(as), violencia física y abuso sexual de un compañero(a) (30.2, 23.1, 18.6 y 11.7%, respectivamente). Según el contexto de residencia, los jóvenes que viven en localidades no urbanas tienen menores probabilidades de sufrir abuso sexual de algún(a) compañero(a) o profesor(a), hostigamiento por parte de compañeros(as), violencia física y acoso sexual en comparación con los urbanos (cuadro 3.17).

Modelo siete: ocurrencia de ilícitos dentro de la escuela

Las percepciones de ocurrencia de alguno de los ilícitos referido por los jóvenes dentro de las escuelas en el modelo siete muestra que las mujeres

Cuadro 3.17
México: modelo 6. Probabilidades de los jóvenes de sufrir algún tipo de abuso dentro de la escuela, 2010

Variable			Discriminación	Violencia física	Abusos o bullying	Acoso sexual	Abuso sexual	
							compañero	profesor
			EXP. (B)*					
Sexo (mujer)			0.931	0.541	0.991	1.162	0.748	1.073
Contexto de residencia (no urbano)			1.049	0.848	0.754	0.974	0.82	0.539
Condición de lengua indígena (sí)			1.002	1.186	1.231	1.302	1.117	0.778
Edad (años)			0.99	0.989	0.96	1.035	0.991	1.014
Estrato socio-económico (4. Alto)	1	Muy bajo	1.285	1.486	1.151	0.797	2.28	3.231
	2	Bajo	1.462	1.461	1.421	1.179	2.07	2.133
	3	Medio	1.282	1.201	1.22	0.892	1.269	1.267

* $p < 0.0001$.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 3.18
México: modelo 7. Probabilidades de observar la ocurrencia
de algún ilícito dentro de la escuela, 2010

Variable			Compra- venta de droga	Consumo de droga	Armas de fuego	Armas blancas	Robo o asalto
			EXP. (B)*				
Sexo (mujer)			0.671	0.69	0.466	0.57	0.791
Contexto de residencia (no urbano)			0.386	0.403	0.524	0.581	0.459
Condición de lengua indígena (sí)			0.756	0.887	1.343	0.801	0.719
Edad (años)			1.014	1.019	1.022	0.997	0.982
Estrato socioeconómico (4. Alto)	1	Muy bajo	0.585	0.531	0.628	0.729	0.562
	2	Bajo	0.768	0.730	1.435	0.997	0.784
	3	Medio	0.929	0.915	1.186	0.926	0.840

* $p < 0.0001$.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

y los residentes en localidades no urbanas tienen menores probabilidades de ocurrencia de actos ilícitos dentro de la escuela en comparación con los hombres y los residentes en espacios urbanos (cuadro 3.18).

Los jóvenes de estratos socioeconómicos muy bajo, bajo y medio tienen una probabilidad menor en la percepción de ocurrencia de compra, venta y consumo de droga en las escuelas en comparación con los de estrato alto.

Reflexiones finales

Existe un panorama educativo heterogéneo y desigual como consecuencia de una marcada jerarquización que prevalece en la sociedad mexicana. Ser hablante de lengua indígena, residir en una localidad no urbana o tener un nivel de bienestar bajo son factores que determinan de forma negativa y significativa las oportunidades educativas de la juventud.

Cuando los jóvenes enfrentan condiciones adversas, tanto en el ámbito familiar como en el contexto geográfico donde residen, pensar en retomar los estudios de existir alguna oportunidad o plantearse expecta-

tivas de estudio elevadas en un futuro cercano es una posibilidad difícil de imaginar.

Situaciones preocupantes que ocurren a los jóvenes dentro de las escuelas, sobre las cuales debe actuarse de forma inmediata, son el hostigamiento por parte de compañeros(as), la discriminación y violencia física, así como la ocurrencia de actos ilícitos relacionados con la compra, venta y consumo de drogas, asaltos y la portación de armas. No puede permitirse que se conviertan en parte de la cotidianidad de los jóvenes estudiantes.

El asunto de las drogas en las escuelas requiere especial atención, pues es un problema grave que debe de erradicarse, y para ello es necesario que se elaboren acciones diversas que lo ataquen desde diferentes aristas.

El análisis de regresión logística fue de gran utilidad en el plano explicativo de la investigación, ya que posibilitó confirmar los principales hallazgos observados desde el análisis descriptivo. Además, evidencia la robustez de la información sobre aspectos educativos que capta la ENJ 2010.

Eradicar las brechas existentes en materia educativa entre los jóvenes mexicanos es una tarea urgente de resolver, y para ello será necesario atender a los grupos prioritarios en condiciones desfavorables, a quienes deben dirigirse programas y políticas públicas, así como acciones particulares, pues no existen fórmulas mágicas para terminar con los rezagos.

Bibliografía

- Ávila, José Luis, Carlos Fuentes y Rodolfo Tuirán (2001), *Índices de marginación 2000*, México, Conapo.
- Bempechat, Janine (1990), "The Role of Parent Involvement in Children's Academic Achievement: A Review of the Literature", *Trends and Issues*, núm. 14, pp. 1-16.

- Cardarelli, Graciela y Lea Waldman (2009), *Educación formal, no formal e informal y sus parecidos de familia*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social [Coneval] (2008), “Evolución de la pobreza por ingresos en las entidades federativas”, *Medición de la pobreza*, México, Coneval, <<http://www.coneval.gob.mx/>>
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos [1917] (2016), consultado en junio de 2011, <<http://info4.juridicas.unam.mx/>>.
- Giorguli, Silvia e Itzam Serratos López (2004), “El impacto de la migración internacional sobre la asistencia escolar en México: ¿paradojas de la migración?”, en Leite, Paula y Silvia E. Giorguli (comps.), *Las políticas públicas ante los retos de la migración mexicana a Estados Unidos*, México, Conapo.
- Hao, Lingxin y Melissa Bonstead-Bruns, (1998), “Parent Child Differences in Educational Expectations and the Academic Achievement of Immigrant and Native Students”, *Sociology of Education*, vol. 71, núm. 3, pp. 175-198.
- Janssen, Eric y Regina Martínez Casas (2006), “Una propuesta para estimar la población indígena en México a partir de los datos censales”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 21, núm. 2 (62), pp. 457-471.
- Lareau, Annette (1987), “Social Class Differences in Family School Relationships: The Importance of Cultural Capital”, *Sociology of Education*, vol. 60, núm. 2, pp. 73-85.
- Marchesi, Álvaro (2008), *Sobre el bienestar de los docentes. Competencias, emociones y valores*, Madrid, Alianza.
- Ministerio de Educación (2000), “La escuela y las expectativas de las madres y los padres”, boletín *Crecer*, núm. 4, septiembre.

Capítulo 4

El rezago educativo y las razones por las que los jóvenes abandonan los estudios

*Héctor Hernández Bringas**

hernandezbringas@gmail.com

*René Flores Arenales***

arenales@unam.mx

En este capítulo se lleva a cabo un análisis de la información que proporcionan ejercicios estadísticos como el XIII Censo de Población y Vivienda 2010 y la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010. Con ambas fuentes de información se puede obtener una imagen de cuáles son las características sociodemográficas de la población que no concluyó sus estudios y está en rezago educativo. Se parte de la base de que existe una población analfabeta o que no concluyó sus estudios de primaria y/o secundaria y que tiene 15 años o más, por lo que, dada esa situación, se considera que está en rezago educativo. Además, dentro del grupo de 15 a 29 años hay un grupo importante de jóvenes que, por diferentes motivos, en algún momento y por un tiempo, entraron en rezago educativo pero, luego, tratan de continuar sus estudios. Una parte importante de ellos, sobre todo el grupo de 15 a 19 años, logra salir del rezago aunque sea en una edad fuera de la que se considera como normativa. Después de los 20 años cada vez son menos los que, sin haber completado la educación básica, tratan de hacerlo y se convierten en muchos casos, por lo tanto, parte de la población en rezago de forma prácticamente definitiva.

Si bien el XIII Censo de Población y Vivienda 2010 proporciona una gran cantidad de información de tipo sociodemográfico acerca de

* Centro de Investigación en Políticas de Población y Salud. Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

** Posgrado de Urbanismo, Facultad de Arquitectura de la UNAM.

las personas en rezago educativo, la ENJ 2010 proporciona información específica sobre los motivos por los que se prefirió o se tuvo que dejar de estudiar y se entró en rezago educativo. La encuesta presenta la información a partir de los 12 y hasta los 29 años. Se incluye esta información porque una parte importante del rezago comienza a gestarse a los 12 años, cuando los jóvenes entran o deberían entrar a la secundaria. En la primaria, antes de que se cumplan los 12 años, la inmensa mayoría todavía permanece en el sistema escolar. Cabe destacar que entre los 12 y los 14 años, aunque los jóvenes vayan atrasados en sus estudios, todavía no se les considera como parte de la población en rezago.

A partir de las consideraciones anteriores, este capítulo se estructura en tres partes. En la primera, se presenta un análisis de los jóvenes entre 12 y 29 años y su distribución por edad, sexo y tipo de localidad en que habitan. Dentro del mismo apartado, se analiza la distribución de los jóvenes que siguen estudiando y de los que dejaron de hacerlo, por grupo de edad, sexo y tamaño de localidad. Igualmente, las características de edad, sexo y tipo de localidad donde habitan los jóvenes mayores de 15 años de edad que dejaron de estudiar sin haber terminado el ciclo básico y que, por ello, están en rezago educativo.

En el segundo apartado, con datos del XIII Censo de Población y Vivienda 2013, se presenta una revisión de los niveles de rezago educativo dentro de la población de 15 a 29 años, por tamaño de localidad (urbana, no urbana y rural) y por género. Se hace una revisión del rezago educativo en México, su definición y niveles de acuerdo con información de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

En el tercer apartado, a partir de los resultados de la ENJ 2010, se analizan las razones que aducen dichos jóvenes como principales motivos para abandonar la escuela y que no les posibilitan concluir el ciclo básico de estudios establecido en México hasta 2011, que comprendía la primaria y la secundaria.¹ La información se tabuló por grupo de edad

¹ El decreto del cambio legal que hace obligatoria la educación media superior en México se publicó el 9 de febrero de 2012, en el Diario Oficial de la Federación.

(de 12 a 14; 15 a 19; 20 a 24, y de 25 a 29 años), sexo y tipo de localidad (que en el caso de la encuesta se divide en urbano, no urbano y rural).

A partir de la información del XIII Censo de Población 2010, aunque se presenta en forma más desglosada y con un mayor número de tamaños de localidad, los datos obtenidos se reagruparon para hacerlos, en su presentación, semejantes a los de la ENJ 2010.

A través de esa información quizá será factible conocer un poco más sobre qué hay detrás de la decisión de abandonar los estudios, una decisión con tantas implicaciones para el futuro individual de los jóvenes y de sus familias pero también para el país. Adicionalmente, se busca propiciar el desarrollo de políticas que, de acuerdo con las motivaciones de los jóvenes, les sirvan de apoyo para que no abandonen la escuela, o para que, si lo hubieran hecho, en un momento dado puedan regresar a ella para terminar al menos la educación básica y no quedar en situación de rezago educativo, con lo que ello implica en cuanto a falta de preparación mínima deseable.

Como síntesis de los puntos anteriores, se presentan algunos comentarios y conclusiones relativas a la temática aquí desarrollada y a los resultados obtenidos.

Antecedentes

México es un país con una profunda desigualdad y con grandes disparidades que tiene a la vez regiones y sectores de población que alcanzan niveles de vida semejantes a los de los países desarrollados, y también grupos importantes con indicadores similares a los que presentan los países con mayor subdesarrollo del mundo: alta fecundidad, baja esperanza de vida, elevada mortalidad materna e infantil, desnutrición, muy bajo nivel de ingreso y de escolaridad, entre otras variables. Una de las formas en que se presenta el bajo nivel de escolaridad es el rezago escolar. Este rezago está dado por la población que, por alguna razón, no cumplió con los años de escolaridad que, en un momento y edad determinados, se fijaron

como parámetros del país. En el caso de México, hasta 2011, dicho nivel mínimo era la secundaria a una edad normativa de 14 años.²

En relación con este último punto, en los meses finales de 2012, dentro de las actividades académicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) se llevó a cabo la elaboración y publicación del libro *Plan de diez años para desarrollar el Sistema Educativo Nacional* (Narro, Martuscelli y Bárzana, 2012). Dentro de este documento se incluyó un capítulo en el que se desarrolló el tema del rezago escolar en México y algunas de sus principales características sociodemográficas, entre otras, el monto de la población afectada por el rezago, sus características por grupo de edad, sexo, localización por tamaño de localidad, origen étnico, etc. Asimismo, se encontró que una buena parte del rezago lo constituyen personas de sexo femenino, adultas y ancianas que en su momento no tuvieron acceso a la escuela, pero también, y éste es un dato importante, que el rezago está conformado por los habitantes de las localidades más pequeñas y aisladas del país en relación con su población total.

Se ha observado que el rezago educativo es una característica generacional que afecta a todas las edades y que *a posteriori* tiene efectos sobre los hábitos de salud, alimenticios e higiénicos y, por ende, sobre

² El rezago educativo acumulado es la condición de atraso en la que se encuentran las personas que, a los 15 años o más de edad, no han alcanzado el nivel educativo que se considera básico. En México, en 2011 se legisló para que la educación mínima a alcanzar incluyera la educación media superior, o sea, el bachillerato o la preparatoria, pero ello será un proceso de desarrollo paulatino que tendrá pleno cumplimiento hasta el ciclo 2021-2022 (Cruz, 2012; Rodríguez, 2012). En la actualidad, el concepto de rezago educativo acumulado en México considera los siguientes componentes: población de 15 años y más que es analfabeta o sin instrucción, que no concluyó la primaria o que no inició o concluyó los estudios de secundaria. De acuerdo con el XIII Censo de Población y Vivienda 2010 en México, en tal condición se encuentran casi 32 millones de personas, que representan 41% de la población mayor de 15 años. Si bien el rezago educativo como porcentaje de la población de 15 años y más ha ido disminuyendo en los últimos 40 años, en términos de volumen absoluto de personas ha tenido importantes incrementos (Hernández *et al.*, 2012, p. 122).

la calidad de vida individual y de las familias. Asimismo, influye sobre el tipo de inserción laboral y el nivel salarial de las personas, con lo que se reduce el acceso a la salud y a la educación de todos los miembros del hogar y, con ello, el círculo de limitaciones en el consumo y pobreza se cierra y se inicia otra vez con las nuevas generaciones.

A este respecto, al inicio de la segunda década del siglo XXI se estima que hasta 41% de los mexicanos de 15 años y más de edad están en condición de rezago educativo, es decir, que su nivel educativo está por debajo de lo considerado básico, son analfabetas o no han concluido la primaria o la secundaria (Hernández *et al.*, 2012; INEE, 2011).

Con todo, en las nuevas generaciones de jóvenes, el grado de escolaridad que pueden alcanzar es bastante superior al de sus padres y abuelos, y un menor porcentaje de cada generación está entrando en rezago. Sin embargo, cada año, dentro de los jóvenes que en teoría deberían terminar su educación media superior, un número importante no la concluye o tarda más tiempo del establecido. Pese a ello, un porcentaje importante de estos jóvenes sigue estudiando y logra concluir sus estudios de secundaria, aunque sea fuera de la edad normativa. Después de los 20 años, el número de los que siguen estudiando, independientemente de que estén en rezago o no, va disminuyendo rápidamente y para los 29 años ya son relativamente pocos los que permanecen en alguno de los niveles del sistema educativo (generalmente a estas edades, dentro de la educación superior).

Ahora bien, si en el trabajo *Plan de diez años para desarrollar el Sistema Educativo Nacional* se pudieron establecer, a través de la información que proporcionó el XIII Censo de Población y Vivienda 2010, muchas de las características sociodemográficas de la población en rezago educativo, la ENJ 2010 ha permitido un acercamiento a las razones y motivos por los cuales ciertos grupos de jóvenes abandonan la escuela en algún momento de esa etapa de su vida, con lo que se complementa la información antes descrita. En ese sentido, en este trabajo se utiliza la información que proporcionó tanto el Censo de Población como la ENJ 2010 para llegar a una visualización más completa de los jóvenes que están en esa situación.

La población joven y su distribución nacional por tipo de localidad

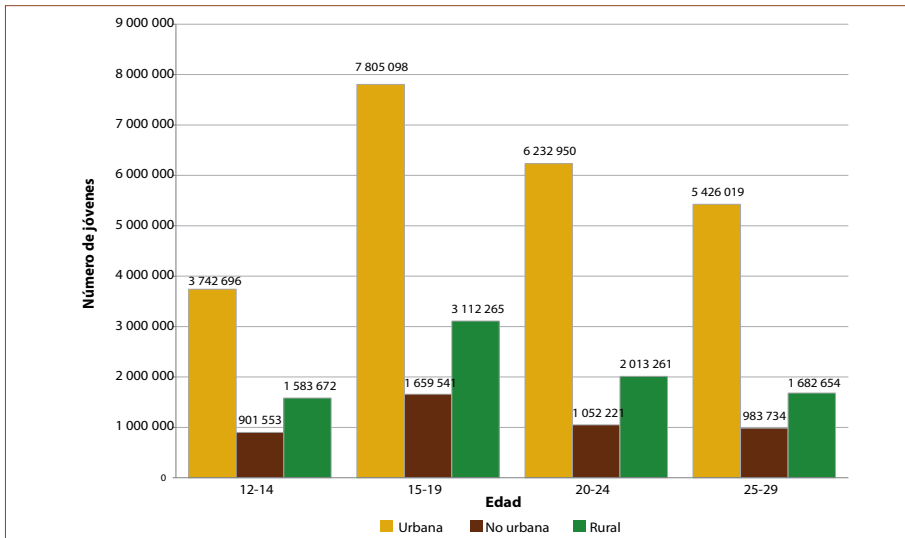
La población joven (entre 12 y 29 años de edad) en México representó casi un tercio de la población total nacional en 2010 y ha iniciado su disminución en números absolutos y relativos debido a la baja de la fecundidad que comenzó en la década 1970, a los jóvenes que han emigrado al extranjero durante épocas recientes, y a que cada año se incorpora un número menor de jóvenes a la población total. Cabe señalar que los porcentajes de hombres y mujeres son muy similares dentro del grupo de 12 a 29 años (gráficas 4.1 y 4.2).

No obstante, al analizar los porcentajes de cada sexo por grupos de edad, en general se puede observar que en los grupos de 12 a 14 y 15 a 19 años, hay mayor número de hombres, mientras que en los grupos de 20 a 24 y 25 a 29 años esa situación se revierte y hay más mujeres que hombres con más de cinco puntos porcentuales de diferencia. Dadas las edades tan jóvenes, es posible atribuir esa disminución del porcentaje de hombres a la emigración³ más que a la mortalidad, cuya tasa es relativamente muy baja en esas edades. Por otro lado, no hay que olvidar que los años de violencia y mortalidad muy alta entre los hombres jóvenes mexicanos, que se iniciaron en 2007, pueden afectar estas cifras de forma importante.⁴

³ Emigración que, sin embargo, ha disminuido en los últimos años. Al respecto, se puede consultar, entre otras fuentes, la información que publica el Consejo Nacional de Población (Conapo) y el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (Inegi). Por ejemplo, Conapo (2012), *Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos 2010*; Conapo (2014), *Índice absoluto de intensidad migratoria México Estados Unidos 2000-2010*; Inegi (s/f), *Migración, México*.

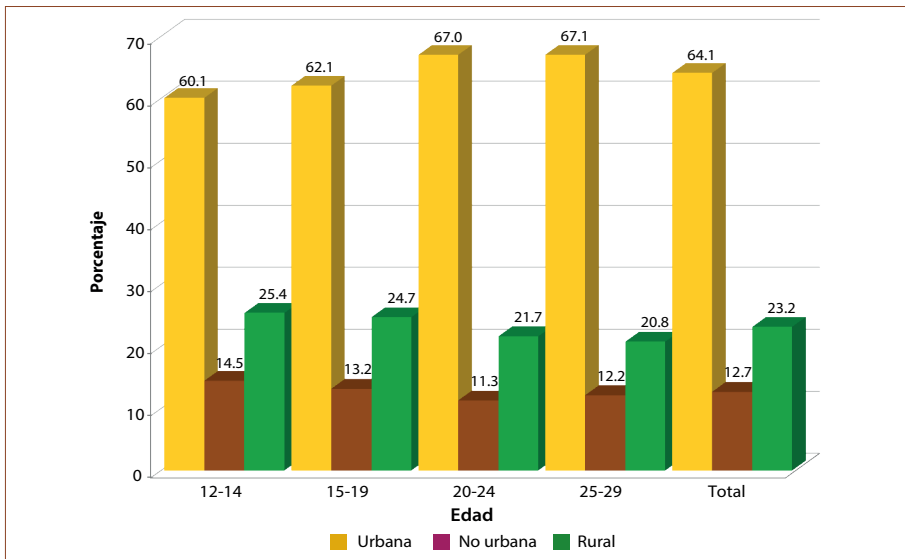
⁴ Estimaciones realizadas por los autores en 2014 señalan que en los años previos, debido a la violencia en México, para los hombres entre 20 y 29 años, los homicidios significan cerca de 35% del total de decesos masculinos (por todas las causas) y 50% de las muertes violentas de ese grupo de edad, mientras que entre las mujeres del mismo intervalo de edad, ascienden a 12% del total de fallecimientos femeninos y 35% de las muertes violentas. Para la población de 15 a 39 años de edad los homicidios han llegado a significar entre una cuarta parte y un tercio de las muertes totales (Hernández *et al.*, 2014, p. 25).

Gráfica 4.1
México: total de jóvenes entre 12 y 29 años de edad por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 4.2
México: jóvenes entre 12 y 29 años, por grupos de edad, según tipo de localidad, 2010
(porcentajes con respecto al total de cada grupo de edad)



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Por tipo de localidad, en la mayoría de los casos, los grupos de 12 a 14 y 15 a 19 años tienen porcentajes mayores de hombres que de mujeres. Sin embargo, en todos los casos, en los grupos de 20 a 24 y 25 a 29 años, son ya mayoría las mujeres, que promedian 52.8% contra 47.2% en el caso de los hombres. No obstante, en el caso particular de la población entre 25 a 29 años que vive en localidades rurales, el número de mujeres excede bastante más al de hombres que en los otros tipos de localidad: hay solamente 93 hombres por cada 100 mujeres.

El rezago educativo

En México, en 2010, de toda la población mayor de 15 años, cuatro de cada diez personas estaban en situación de “rezago educativo”, esto es, que no habían concluido sus estudios de educación básica, eran analfabetas o no habían terminado la primaria o la secundaria. Al tomar en cuenta la situación existente en décadas pasadas, sin duda hubo una mejora en ese aspecto durante todos esos años. Así, en 1970 se reportaba que hasta 87.1% de la población se encontraba en rezago educativo. Cuarenta años después, el porcentaje del rezago se ha reducido en más de la mitad. No obstante, cuando se observan las cifras absolutas de la población total y en rezago, dado que la población mayor de 15 años en 2010 aumentó 200% en relación con la existente en 1970, pese a las mejoras porcentuales de disminución del rezago, en términos absolutos el rezago no ha dejado de aumentar (cuadro 4.1 y gráfica 4.3).

Un aspecto importante a tomar en cuenta es que, en el caso de las personas adultas en rezago, después de una vida sin acceso a los frutos de la educación, la disciplina escolar puede dificultárseles y serles muy complicado tratar de revertir esa situación. Si bien incluso a los jóvenes se les dificulta (como se verá, una razón importante entre los jóvenes para abandonar los estudios es, simplemente, el aburrimiento que les produce asistir a la escuela), en personas adultas en rezago, con otros intereses y preocupaciones de tipo económico y familiar, es comprensible que

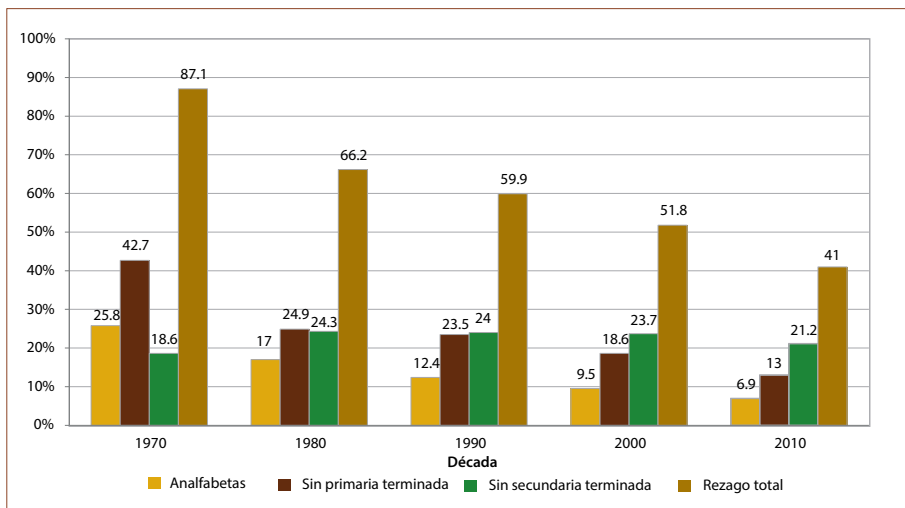
Cuadro 4.1
México: rezago de la población de 15 años y más en educación básica, 1970-2010

Año	Población total de 15 años y más	Población de 15 años o más							
		ANALFABETAS	%	SIN PRIMARIA TERMINADA	%	SIN SECUNDARIA TERMINADA	%	REZAGO TOTAL	%
1970	25 938 558	6 693 706	25.8	11 063 021	42.7	4 822 789	18.6	22 579 516	87.1
1980	37 927 410	6 451 740	17.0	9 442 220	24.9	9 202 459	24.3	25 096 419	66.2
1990	49 610 876	6 161 662	12.4	11 642 527	23.5	11 921 824	24.0	29 726 013	59.9
2000	62 842 638	5 942 091	9.5	11 716 715	18.6	14 898 655	23.7	32 557 461	51.8
2010	77 818 746	5 393 665	6.9	10 099 600	13.0	16 452 148	21.1	31 900 157	41.0

Nota: para conservar los mismos criterios, en 2010 no se incluyeron en este cuadro a los menores de 15 años que no asisten a la escuela, mismos que pasarán a formar parte del rezago cuando superen los 15 años de edad.

Fuente: de 1970 a 2000, INEA con base en Censos de Población y Vivienda, varios años; 2010, estimación propia con base en el Censo de Población y Vivienda 2010 (no se incluyeron los no especificados).

Gráfica 4.3
México: porcentajes de rezago educativo de la población de 15 años y más, 1970-2010



Fuente: de 1970 a 2000, estadísticas del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA), Censos de Población y Vivienda, varios años; 2010, estimación propia con base en el Censo de Población y Vivienda 2010 (no se incluyeron los no especificados).

tengan aun menos razones para encarar el esfuerzo de continuar o concluir su educación y dejar de ser parte del rezago.

Además, en una etapa adulta avanzada es factible suponer que en la mayoría de los casos un mayor logro educativo no hará diferencia, real o percibida, en su situación socioeconómica. A ese respecto, es significativo

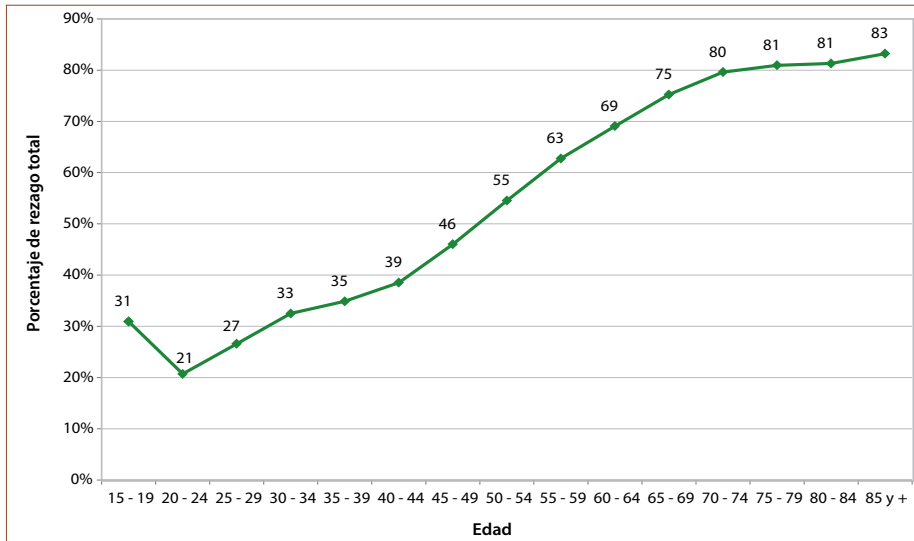
que a mayor edad, más altas son las tasas de rezago educativo, como se puede ver en la gráfica que sigue. Por supuesto, las razones históricas son muy importantes, pero la información con que se cuenta indicaría que, en cualquier caso, el mejor momento para que las personas adquieran una escolarización adecuada en tiempos y contenidos, pese a todas las dificultades, se presenta cuando son jóvenes y que, una vez que se llega a cierta edad, cada vez se hace más difícil lograr esa cualificación. De ahí la importancia de conocer cuáles son los motivos que orillan a los jóvenes a abandonar la escuela sin concluir sus estudios (gráfica 4.4).

Por otro lado, en 2010, la matrícula total en edad normativa en los niveles educativos básicos de la primaria y la secundaria era, en promedio, de 20.8 millones de personas cada año contra una población entre 6 y 14 años de 19.8 millones de personas.⁵ De los 32 millones en rezago, 7.3 millones (22.8%) correspondían a jóvenes entre 15 y 29 años de edad. Entonces, aunque en términos relativos los jóvenes son una minoría dentro del total en rezago, hay montos muy importantes de población joven que no están estudiando o que concluyeron esa etapa de su vida sin recorrer siquiera lo que se consideraba, hasta 2010, el mínimo de escolarización necesario para llevar adelante una vida productiva (cuadro 4.2).

Como se puede ver, la mayor parte de las personas que están en rezago se encuentran entre los que tienen más de 30 años de edad y, entre más avanzada es su edad como grupo de población, presentan también mayores tasas de rezago. Es un hecho que entre la población muy joven actualmente es ya casi universal estudiar al menos la primaria y cada vez más la secundaria, por lo tanto, los que entran en rezago son porcentualmente menos cada año. Sin embargo, dados los montos tan cuantiosos

⁵ La diferencia entre los matriculados y la población de 6 a 14 años de un millón de jóvenes, puede deberse a que entre los que están en la matrícula hay tanto jóvenes de 5 como de 15 años. En el primer caso, que ingresaron cercanos a cumplir los 6 años y, en el segundo, que acaban de cumplir los 15 años cuando todavía están en la secundaria. Además, también hay jóvenes matriculados que están en algún grado educativo fuera de la edad normativa porque reprobaron algún año, abandonaron los estudios temporalmente en algún momento o entraron tarde a estudiar, etc.

Gráfica 4.4
México: tasas de población de 15 años y más en rezago educativo
por grupos de edad, 2010



Fuente: estimación propia con base en los tabuladores básicos del XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

Cuadro 4.2
México: rezago de la población de 15 años y más en educación básica, 2010

Grupos de edad	Población total de 15 años y más	Analfabetas	Porcentaje	Tasas	Sin primaria terminada	Porcentaje	Tasas
Total	78 423 336	5 393 665	100	6.9	10 082 386	100	12.9
15-19	11 026 112	140 293	2.6	1.3	363 337	3.6	3.3
20-24	9 892 271	184 308	3.4	1.9	416 047	4.1	4.2
25 - 29	8 788 177	234 222	4.3	2.67	551 401	5.5	6.3
30 y +	48 716 776	4 834 842	89.6	9.92	8 751 601	86.8	18.0

Grupos de edad	Sin secundaria terminada	Porcentaje	Tasas	Rezago Total	Porcentaje	Tasas
Total	16 424 106	100	20.9	31 900 157	100	40.7
15-19	2 348 731	14.3	21.3	2 852 361	8.9	25.9
20-24	1 471 923	9.0	14.9	2 072 278	6.5	20.9
25 - 29	1 567 037	9.5	17.83	2 352 660	7.4	26.8
30 y +	11 036 415	67.2	22.65	24 622 858	77.2	50.5

Fuente: estimación propia con base en los porcentajes y tasas de los tabuladores básicos del XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

de cada cohorte, cuando una de ellas llega a los 15 años, más de medio millón de los jóvenes que la componen no han terminado la educación básica y, por ello, pasan a formar parte de la población en rezago educativo (gráfica 4.5).

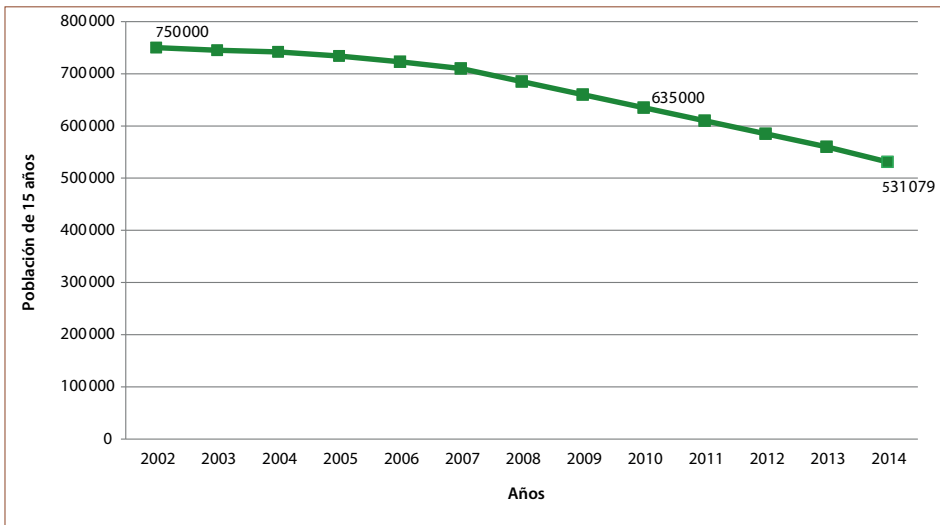
En términos porcentuales con respecto a la población total, no representan un monto demasiado cuantioso (en 2010 eran solamente 0.6% de toda la población y menos de 2% de la población en rezago). Pero si se les compara solamente con el monto de la población de 15 años, grupo con aproximadamente 2.3 millones de efectivos en 2010, ese porcentaje se eleva a más de la cuarta parte de los mismos: poco más de 28%, un monto muy importante en sí mismo.

Cuando se analiza el rezago educativo por sexo, como totalidad las mujeres superan en 6.7% el rezago de los varones. Sólo entre la población más joven, de 15 a 19 y 20 a 24 años, el rezago femenino es menor al masculino independientemente del tamaño de localidad y de otras variables (aunque no de la condición étnica, particularmente en lo que se refiere al analfabetismo). Ello se hace evidente al observar la pirámide de edades y sexo de la población en rezago (gráfica 4.6). En ella se puede observar que prácticamente para todos los grupos de edad, con excepción de los dos más jóvenes, las mujeres son las que presentan mayores porcentajes de rezago.

Esto es muestra del menor acceso que las generaciones de mujeres, actualmente en edades adultas y ancianas, tuvieron a satisfactores como la educación a lo largo de la mayor parte de la historia nacional, y que sería apenas en las últimas tres o cuatro décadas cuando esa situación empezó a revertirse y se les dio mayor oportunidad, entre otras cosas, de estudiar. Por supuesto, las cifras de los hombres en rezago, no solamente las de las mujeres, son un indicador claro de las condiciones de pobreza en que las generaciones de las que formaron parte se desarrollaron. Y no está de más llamar, de nuevo, la atención sobre el hecho de que, independientemente del género, todavía cuatro de cada diez personas mayores de 15 años siguen en rezago.

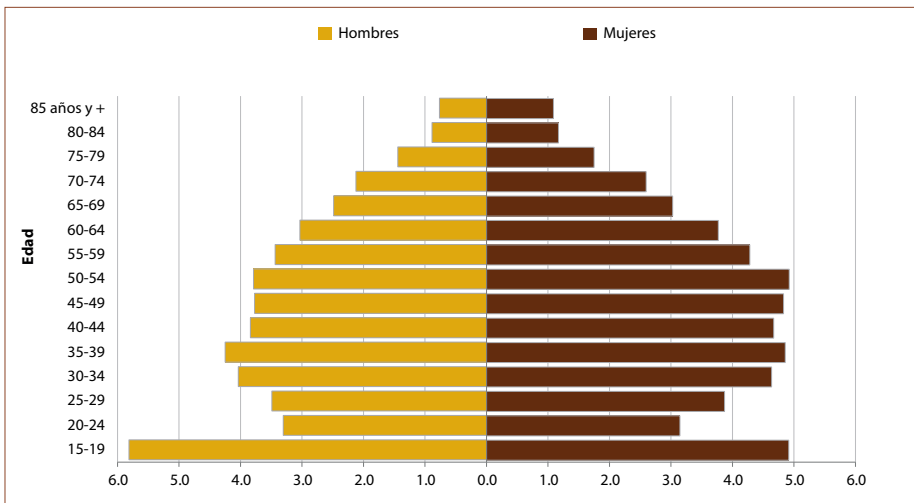
Por otra parte, como se puede ver en la pirámide mencionada, la base donde están los jóvenes de 15 a 19 años es muy ancha. Sin embargo,

Gráfica 4.5
México: población de 15 años que entra en rezago educativo cada año, 2002-2014



Fuente: elaboración propia con base en XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

Gráfica 4.6
México: población de 15 años y más en rezago educativo, por sexo y grupos quinquenales de edad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

en el grupo de 20 a 24 años el porcentaje de cada sexo en rezago se reduce considerablemente. Lo anterior se debe a que una parte importante de los que no terminaron en tiempo sus estudios básicos, continúan en el sistema escolar y muchos de ellos logran concluirlos con éxito.

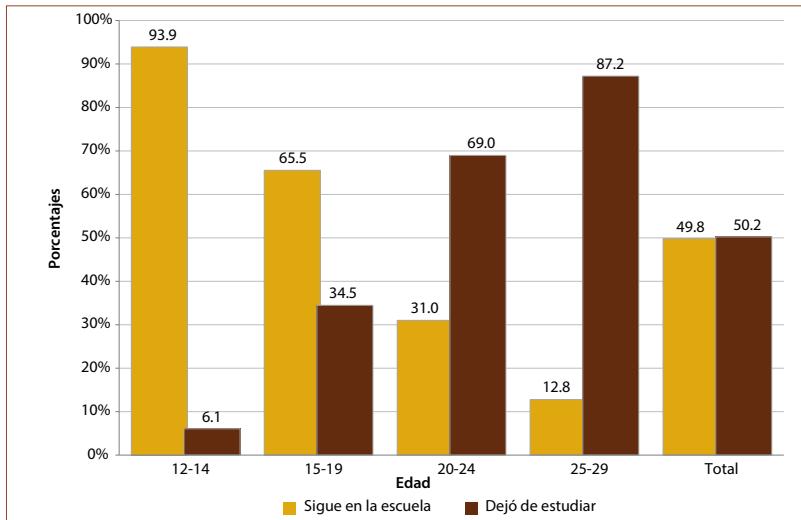
Los jóvenes y la asistencia a la escuela

A nivel nacional, del total de jóvenes entre 12 y 29 años, 50.2% ha dejado de estudiar y, en general, a mayor edad presenta menor asistencia a la escuela. Entre los 12 y los 14 años, 93.9% está en la escuela; entre los 15 y los 19 años, 65.5% aún asiste a la escuela; entre 20 y 24 años, el porcentaje se reduce a 31% solamente, y entre 25 y 29 años, solamente 12.8% permanece en algún nivel del sistema escolar (gráfica 4.7).

Cuando se analiza la información por edad, sexo y tipo de localidad, se puede observar que hay una continuidad respecto a que las localidades urbanas tienen mayores porcentajes de jóvenes que siguen estudiando, en todas las edades y para los dos sexos, que en el caso de las localidades no urbanas y, aún menos permanecen en las de tipo rural. Sin embargo, la diferencia es mayor conforme aumenta la edad; o sea, las diferencias no son tan marcadas en las etapas más jóvenes: entre 12 y 14 años, los porcentajes de quienes asisten a la escuela son en promedio de 94% independientemente del sexo y tipo de localidad. Igualmente, en el grupo de 15 a 19 años todavía los promedios son de 65% aproximadamente. Pero cuando se analizan los grupos de 20 a 24 y 25 a 29 años, aunque en todos los casos hubo un descenso muy pronunciado de quienes todavía asisten a la escuela, las diferencias son pronunciadas para ambos sexos sobre todo entre lo urbano y lo rural (gráfica 4.8).

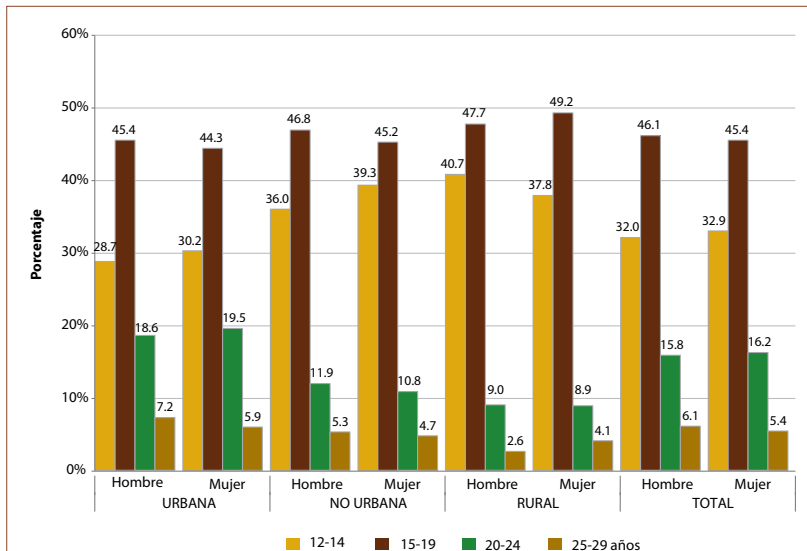
Cuando se comparan los porcentajes de asistencia de hombres y mujeres respecto de su sexo, por edad y tipo de localidad, lo que se puede observar es que, en los primeros niveles de edad, para los ámbitos urbano y no urbano, en el grupo de 12 a 14 años, la asistencia de las mujeres es mayor que la de los hombres en los tres tipos de localidad; aunque habría que recordar que en ciertos grupos de edad, en las localidades rurales hay

Gráfica 4.7
México: población entre 12 y 29 años por grupos de edad que siguen estudiando o que ya no están estudiando respecto del total en cada grupo de edad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 4.8
México: jóvenes que continúan estudiando según grupo de edad, por sexo y tipo de localidad, 2010 (porcentajes con respecto al total de cada sexo y tipo de localidad)



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

más mujeres que hombres. En el siguiente grupo, 15 a 19 años, los porcentajes de participación son muy similares, al igual que en el grupo de 20 a 24 y 25 a 29 años, donde las mujeres logran conservar un porcentaje elevado de participación.

De las personas en rezago que aún estudian, 88% (1.6 millones) tiene entre 15 y 19 años y, particularmente, 67% (1.1 millones) tiene 15 años de edad. Es decir, entre los más jóvenes, de 15 a 19 años (y con un volumen de rezagados de 3.5 millones), más de la mitad sigue asistiendo a la escuela, específicamente a la secundaria, y una gran mayoría tiene 15 y 16 años; de la población de estas edades en rezago, dos tercios acude a la secundaria a los 15 años, y todavía a los 16 años, 42% sigue cursándola; a los 17 años, 20% todavía lo hace (cuadro 4.3).

Es de señalarse que, de la población total de 15 años, que se supondría que, en su mayoría, ya debería haber concluido el ciclo básico a esa edad, 68.1% no lo ha hecho; sin embargo, la inmensa mayoría de esos jóvenes retoma sus estudios uno o dos años después, con lo que la mayoría logra concluirlos y salir del rezago.

Por todo ello, se podría decir que el rezago educativo, particularmente a la edad de 15 años (y en menor medida a los 16 y 17 años), obedece más a un fenómeno de edad extra en la escuela, que al rezago propiamente dicho. Ello explica por qué la tasa de rezago excesiva de 68% a los 15, cae a 19% antes de los 20 y que, de toda la población mexicana que está en rezago en México pero que aún sigue asistiendo a la escuela (dos millones), 80%, tenía de 15 a 17 años en 2010.

No obstante, cuando se desciende a niveles de análisis más específicos esa situación tiene otros matices. Así, uno de los problemas fundamentales con el rezago es que un porcentaje importante del mismo se presenta en las localidades rurales (menores de 2 500 habitantes), y en las semirurales o no urbanas (entre 5 000 y 14 999 habitantes), donde solamente habita 37.5% de la población nacional y 36.0% de las personas de 15 años y más. Ahí se concentra más de la mitad de la población en rezago a nivel nacional: 52.3% (16.7 millones de personas de 15 años

Cuadro 4.3
México: población de 15 a 24 años, según condición de tipo de rezago educativo y asistencia o no a la escuela, 2010

Edad	Condi- ción de asisten- cia a la escuela	Población total de 15 a 19 años	Analfa- betas	Sin primaria completa	Sin secundaria completa	Rezago	Tasa de pobla- ción en rezago que asiste o no asiste a la escuela	Porcen- taje del rezago con respecto al total de cada año de edad
15	Sí asiste	1 779 060	1 557	42 980	1 143 366	1 187 903	66.8	79
	No asiste	471 555	24 759	58 797	261 625	345 181	73.2	21
	Total	2 250 615	26 316	101 777	1 404 991	1 533 084	68.1	100
16	Sí asiste	1 414 451	1 005	14 503	270 649	286 157	20.2	65.4
	No asiste	749 400	24 691	57 439	273 862	355 992	47.5	34.6
	Total	2 163 851	25 696	71 942	544 511	642 149	29.7	100
17	Sí asiste	1 296 892	920	8 112	89 755	98 787	7.6	57
	No asiste	977 363	26 580	67 960	299 106	393 646	40.3	43
	Total	2 274 255	27 500	76 072	388 861	492 433	21.7	100
18	Sí asiste	1 040 023	975	4 610	32 074	37 659	3.6	45.7
	No asiste	1 235 894	31 530	73 968	310 484	415 982	33.7	54.3
	Total	2 275 917	32 505	78 578	342 558	453 641	19.9	100
19	Sí asiste	724 703	469	3 099	20 450	24 018	3.3	36.5
	No asiste	1 261 409	28 019	65 155	259 470	352 644	28	63.5
	Total	1 986 112	28 488	68 254	279 920	376 662	19	100
Total 15-19	Sí asiste	6 255 129	4 926	73 304	1 556 294	1 634 524	26.1	57.1
	No asiste	4 695 621	135 579	323 319	1 404 547	1 863 445	39.7	42.9
	Total	10 950 750	140 505	396 623	2 960 841	3 497 969	31.9	100

Fuente: cuestionario ampliado tomado del XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

Cuadro 4.3 (continuación)
México: población de 15 a 24 años por condición de tipo de rezago educativo y asistencia o no a la escuela, 2010

Edad	Condi- ción de asisten- cia a la escuela	Población total 20-24 años	Analfabe- tas	Sin primaria completa	Sin secundaria completa	Rezago	Tasa de pobla- ción en rezago que asiste o no asiste a la escuela	Porcen- taje del rezago con respecto al total de cada año de edad
20	Sí asiste	662 682	599	2 227	10 695	13 521	2	31.2
	No asiste	1 460 878	36 012	76 766	288 415	401 193	27.5	68.8
	Total	2 123 560	36 611	78 993	299 110	414 714	19.5	100
21	Sí asiste	531 814	548	1 966	6 593	9 107	1.7	29
	No asiste	1 304 157	23 770	62 768	242 450	328 988	25.2	71
	Total	1 835 971	24 318	64 734	249 043	338 095	18.4	100
22	Sí asiste	462 831	545	1 990	6 473	9 008	1.9	23.2
	No asiste	1 534 895	36 140	84 831	283 652	404 623	26.4	76.8
	Total	1 997 726	36 685	86 821	290 125	413 631	20.7	100
23	Sí asiste	325 453	435	1 660	7 155	9 250	2.8	16.9
	No asiste	1 594 875	35 879	92 583	294 291	422 753	26.5	83.1
	Total	1 920 328	36 314	94 243	301 446	432 003	22.5	100
24	Sí asiste	224 769	465	1 783	6 074	8 322	3.7	12
	No asiste	1 643 566	40 359	99 068	294 567	433 994	26.4	88
	Total	1 868 335	40 824	100 851	300 641	442 316	23.7	100
Total 20-24	Sí asiste	2 207 549	2 592	9 626	36 990	49 208	2.2	22.7
	No asiste	7 538 371	172 160	416 016	1 403 375	1 991 551	26.4	77.3
	Total	9 745 920	174 752	425 642	1 440 365	2 040 759	20.9	100

Fuente: cuestionario ampliado tomado del XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

y más).⁶ De esos 16.7 millones de rezagados en los ámbitos rural y no urbano, quienes están entre los 15 y los 29 años ascienden a 4.3 millones (26% del rezago en esas áreas), monto de población mayor que el del total de habitantes de 23 entidades federativas del país (cuadro 4.4).

Más específicamente, en esas localidades muy pequeñas y rurales, 65.6% de quienes tienen 15 años y más están en condición de rezago, y en las no urbanas el nivel es de 48.9%. Mientras tanto, en las localidades mayores de 15000 habitantes, aquí denominadas urbanas en su conjunto (aun cuando puede haber diferencias muy fuertes entre ellas), solamente 30.4% de los mayores de 15 años se encuentran en rezago.

Los motivos de los jóvenes para abandonar sus estudios

Dentro de la encuesta se pregunta sobre una amplia variedad de motivos por los cuales los jóvenes abandonan los estudios. En este primer acercamiento a los motivos de abandono de los estudios los datos se presentan a nivel individual, pero, más adelante, para facilitar el análisis, se hacen varias agrupaciones de los mismos. Para el primer nivel de análisis, como totalidad, para toda la población joven entre 12 y 29 años, las principales causas para dejar los estudios se muestran en el cuadro 4.5.

Cuando se introduce la edad, el orden y peso específico de los factores cambian y ciertos motivos tienen más o menos importancia conforme la edad de los jóvenes aumenta; por ejemplo, *terminé mis estudios* (que se puede interpretar como dar por concluida esa etapa de su vida, cuestión que, como se verá más adelante, tiene mucho que ver con el estrato socioeconómico al que pertenece el joven) tiene porcentajes más elevados, que quintuplican en el grupo de 25 a 29 años a los que lo mani-

⁶ En México, en 2010, existían 188 593 localidades de menos de 2500 habitantes en las que vivía un total de 26.0 millones de personas; 3021 localidades con una población entre 2500 y 14999 habitantes en las que vivían 16.1 millones de personas, y solamente 630 localidades con 15000 y más habitantes en que vivía un total de 70.2 millones de personas. En total, 192 244 localidades.

Cuadro 4.4
México: distribución porcentual de la población mayor de 15 años total
y en rezago educativo según sexo y grupo de edad, por tipo de localidad, 2010

Tamaño de localidad	Grupos de edad	Población de 15 años y más				Población de 15 años y más en rezago educativo			
		SEXO		TOTAL	TOTAL ABSOLUTOS	SEXO		TOTAL	TOTAL ABSOLUTOS
		Hombre	Mujer			Hombre	Mujer		
Rural (menos de 2 500 habitantes)	15-19	50.2	49.8	100	2 851 461	53.2	46.8	100	1 253 366
	20-24	47.2	52.8	100	2 182 669	47.7	52.3	100	812 240
	25-29	46.9	53.1	100	1 792 829	45.9	54.1	100	932 292
	30 y más	49.0	51.0	100	10 651 968	47.4	52.6	100	8 392 048
	Total	48.8	51.2	100	17 478 927	47.9	52.1	100	11 389 946
No urbano (2 500 a 14 999 habitantes)	15-19	49.9	50.1	100	1 651 885	54.2	45.8	100	575 915
	20-24	47.8	52.2	100	1 400 424	49.8	50.2	100	356 394
	25-29	46.7	53.3	100	1 211 691	45.5	54.5	100	407 804
	30 y más	47.5	52.5	100	6 662 809	44.5	55.5	100	3 983 327
	Total	47.8	52.2	100	10 926 809	46	54	100	5 323 440
Urbano (15 000 y más habitantes)	15-19	50.0	50.0	100	6 503 972	54.9	45.1	100	1 672 609
	20-24	48.9	51.1	100	6 280 997	52.9	47.1	100	882 708
	25-29	47.8	52.2	100	5 680 454	48.6	51.4	100	980 531
	30 y más	46.7	53.3	100	32 136 307	42.8	57.2	100	11 806 548
	Total	47.5	52.5	100	50 601 730	45.0	55.0	100	15 342 396
Total	15-19	50.0	50.0	100	11 007 318	54.2	45.8	100	3 501 890
	20-24	48.4	51.6	100	9 864 090	50.3	49.7	100	2 051 342
	25-29	47.5	52.5	100	8 684 974	46.9	53.1	100	2 320 627
	30 y más	47.3	52.7	100	49 451 084	44.7	55.3	100	24 181 923
	Total	47.9	52.1	100	79 007 466	46.2	53.8	100	32 055 782

Cuadro 4.4 (continuación)
México: distribución porcentual de la población mayor de 15 años total
y en rezago educativo según sexo y grupo de edad, por tipo de localidad, 2010

Tamaño de localidad	Grupos de edad	Población de 15 años y más			Población de 15 años y más en rezago educativo		
		SEXO		TOTAL	SEXO		TOTAL
		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer	
Rural (menos de 2 500 habitantes)	15-19	16.8	15.9	16.3	12.2	9.9	11
	20-24	12.1	12.9	12.5	7.1	7.2	7.1
	25-29	9.9	10.6	10.3	7.8	8.5	8.2
	30 y más	61.3	60.6	60.9	72.9	74.4	73.7
	Total	100	100	100	100	100	100
	Abso-lutos	8 526 609	8 952 318	17 478 927	5 460 822	5 929 124	11 389 946
No urbano (2 500 a 14 999 habitantes)	15-19	15.8	14.5	15.1	12.7	9.2	10.8
	20-24	12.8	12.8	12.8	7.3	6.2	6.7
	25-29	10.8	11.3	11.1	7.6	7.7	7.7
	30 y más	60.6	61.3	61	72.4	76.9	74.8
	Total	100	100	100	100	100	100
	Abso-lutos	5 226 738	5 700 071	10 926 809	2 448 673	2 874 767	5 323 440
Urbano (15 000 y más habitantes)	15-19	13.5	12.3	12.9	13.3	8.9	10.9
	20-24	12.8	12.1	12.4	6.8	4.9	5.8
	25-29	11.3	11.2	11.2	6.9	6	6.4
	30 y más	62.4	64.5	63.5	73.1	80.1	77
	Total	100	100	100	100	100	100
	Abso-lutos	24 058 014	26 543 716	50 601 730	6 911 010	8 431 386	15 342 396
Total	15-19	14.6	13.4	13.9	12.8	9.3	10.9
	20-24	12.6	12.4	12.5	7	5.9	6.4
	25-29	10.9	11.1	11	7.4	7.1	7.2
	30 y más	61.9	63.2	62.6	72.9	77.6	75.4
	Total	100	100	100	100	100	100
	Abso-lutos	37 811 361	41 196 105	79 007 466	14 820 505	17 235 277	32 055 782

Fuente: elaboración propia con base en una muestra de 10% tomada del XIII Censo de Población y Vivienda 2010.

Cuadro 4.5
México: principales causas de los jóvenes de 12 a 29 años
para dejar los estudios, 2010

1. Conclusión de los estudios	20.80%
2. Trabajar	16.20%
3. Falta de dinero	14.30%
4. Aburrimiento	10.30%
5. No poder pagar la escuela	7.10%
6. Matrimonio	5.90%
7. Por reprobado materias	4.80%
8. Otros	4.00%
9. Por maternidad/paternidad	3.80%
10. Los padres lo impidieron	2.30%
11. No lo aceptaron en la escuela	2.10%
12. La escuela quedaba muy lejos	2.00%
13. Por indisciplina	2.00%

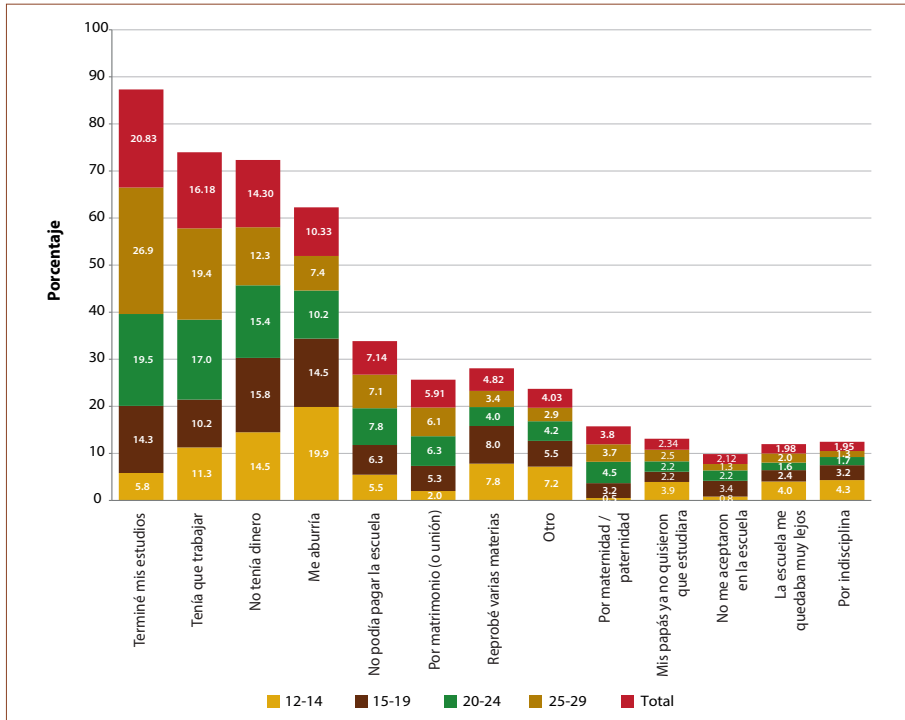
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

fiestan en el grupo de 12 a 14 años (gráfica 4.9). Por el contrario, *me aburría* alcanza el valor más elevado en los más jóvenes y va disminuyendo conforme aumenta la edad. Los otros factores muestran aumentos o disminuciones conforme aumenta la edad de los jóvenes, pero no de forma tan marcada como los dos primeros arriba mencionados.

Cuando se analiza respecto al sexo, entre los jóvenes del sexo masculino, las seis principales razones para abandonar los estudios, con algún pequeño cambio en el orden según el tamaño de su localidad, son:

1. Conclusión de la etapa como estudiante
2. Necesidad de trabajar
3. Falta de dinero
4. Aburrimiento
5. Reprobación de materias y
6. Falta de capacidad económica para pagar la escuela

Gráfica 4.9
México: porcentajes de jóvenes por grupo de edad, según el motivo por el que abandonaron los estudios, 2010



Nota: los totales horizontales son menores a 100% porque no se incluyeron todos los motivos de abandono.
 Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Para las mujeres, en cambio, las seis principales razones son:

1. Conclusión de la etapa como estudiante
2. Falta de dinero
3. Necesidad de trabajar
4. Aburrimiento
5. Matrimonio o unión
6. Falta de capacidad para pagar la escuela (en el caso de las mujeres jóvenes urbanas, el haber quedado embarazadas es la razón número seis)

De la primera razón, en la que ya se había concluido esa etapa, se podría pensar que podría estar motivada por alguna de las otras que le siguen, y que al menos otras tres de las razones que más se señalan como motivo para dejar la escuela están relacionadas con la falta de recursos económicos y, probablemente, con la pobreza: falta de dinero, necesidad de trabajar y falta de capacidad económica para pagar la escuela. Éstas, a su vez, en buena medida, explican la que se presenta como la segunda causa en el caso de los hombres y la tercera en el caso de las mujeres: la necesidad de trabajar. En síntesis, para ambos sexos, entre otras, parece importante como razón para dejar los estudios la falta de recursos económicos y la necesidad de obtenerlos a través de un trabajo remunerado (gráfica 4.10).

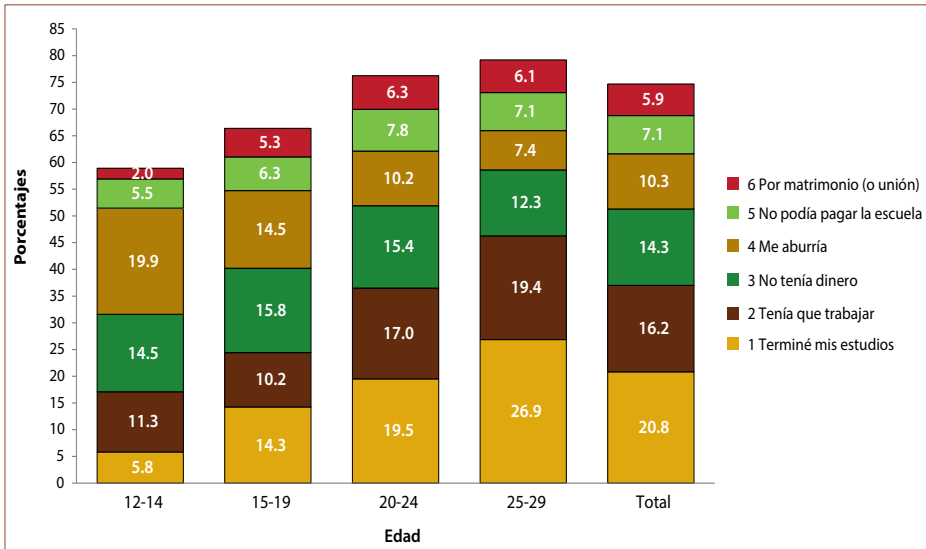
No obstante, es llamativo que, para los dos sexos y para cualquier tamaño de localidad, el aburrimiento como razón para dejar de estudiar estuvo presente en casi todos los casos, como razón número cuatro (en un caso, el de las mujeres urbanas, como número cinco). Ello indicaría lo importante que puede ser motivar a los jóvenes para que continúen sus estudios. Al analizar los datos por grupo de edad, aunque es el grupo entre los 12 y 14 años el que menos abandonos tiene, es también en él y, en menor medida, entre los 15 y 19 años, donde el aburrimiento como factor de abandono de los estudios es más importante.

Razones para dejar los estudios agrupadas por factores

Las razones que los jóvenes señalan para dejar sus estudios son muy variadas y de distinta índole, por lo que en este apartado se analizarán agrupándolas en varias categorías que tratan de captar la raíz de los factores que los llevaron a abandonar la escuela.

1. El primer factor es de orden económico e involucra las respuestas: tenía que trabajar, no tenía dinero, no podía pagar la escuela.
2. El segundo factor tiene que ver con la aseveración “terminé mis estudios”.

Gráfica 4.10
México: distribución porcentual de jóvenes según motivos principales
por los que abandonaron los estudios en cada grupo de edad, 2010



Nota: porcentajes con respecto al total del grupo de edad. La suma de los porcentajes son menores a 100 porque no se incluyeron todos los motivos.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

3. El tercero incluye factores conductuales: se aburría, reprobó, problemas de indisciplina.
4. El cuarto factor relaciona la nupcialidad y la maternidad o paternidad.
5. El quinto se relaciona con las condiciones y ambiente institucional: la escuela le quedaba lejos, el ambiente de la escuela o los alrededores eran inseguros, no lo aceptaron, no había escuela, el acoso escolar.

Factores de índole económica

En la gráfica siguiente (4.11) se puede observar que el mayor peso de las razones para desertar de la educación se relaciona con factores económicos, casi 41% de los individuos la abandonaron por este problema.

Como era de esperarse, más de 60% de los jóvenes que declararon tener este tipo de problemas pertenecen al estrato bajo y muy bajo, aunque esta estimación se debe tomar con cuidado, ya que siempre que se utiliza información a nivel nacional, ésta se ve afectada por la distribución socioeconómica de la población en el país.

Sin embargo, el análisis por estrato socioeconómico muestra que más de 50% de los jóvenes que pertenecen al nivel muy bajo y bajo señalaron la situación económica como el principal problema para seguir estudiando, en contraste con el medio y el alto, donde 38 y 29%, respectivamente, dijeron haber dejado la escuela por este motivo (gráfica 4.12).

En cuanto a la distribución por sexo, una proporción mayor de hombres que de mujeres señaló éste como motivo, la diferencia fue de casi ocho puntos porcentuales entre uno y otro, lo cual quizá se deba a que sobre el hombre recae social y culturalmente la responsabilidad económica en el hogar, aun en el rol de hijo, hermano y aun más en el de padre.

La edad está positivamente correlacionada con el abandono de la escuela por problemas económicos; a mayor edad, mayor porcentaje de jóvenes señalan que tuvieron que dejar la escuela porque tenían que trabajar o por falta de dinero.

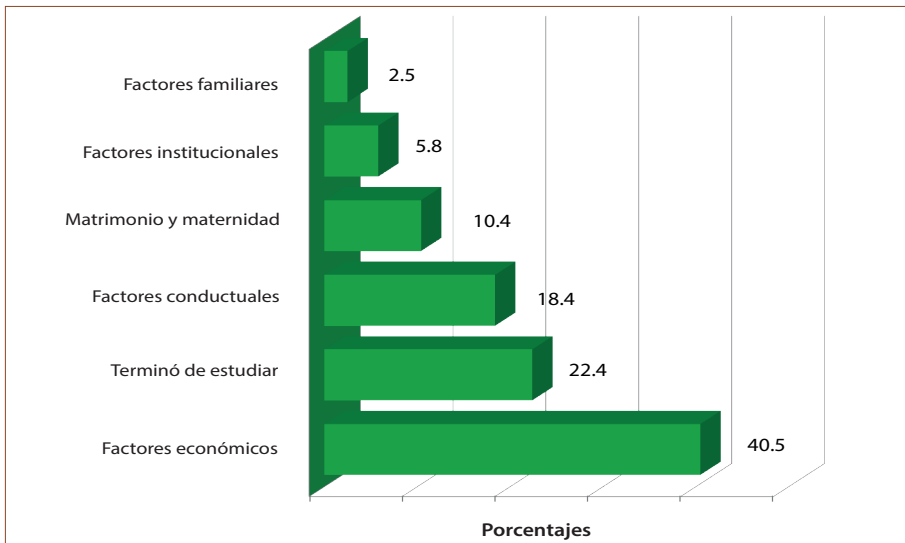
Entre los 12 y los 14 años, solamente 1.7% de los jóvenes había abandonado la escuela, entre los 15 y 19 años este porcentaje se incrementó a 20.5%, en el grupo de 20 a 24 años alcanzó 37.7%, y finalmente llegó a 40% en el de 25 a 29 años.

También el nivel de urbanización se encuentra relacionado con la deserción escolar: entre más urbana es el área, menos abandono hay; son casi 10 puntos porcentuales de diferencia de la zona urbana con la rural y cuatro puntos con la semiurbana, como se aprecia en la gráfica 4.10.

Factor de la terminación de los estudios

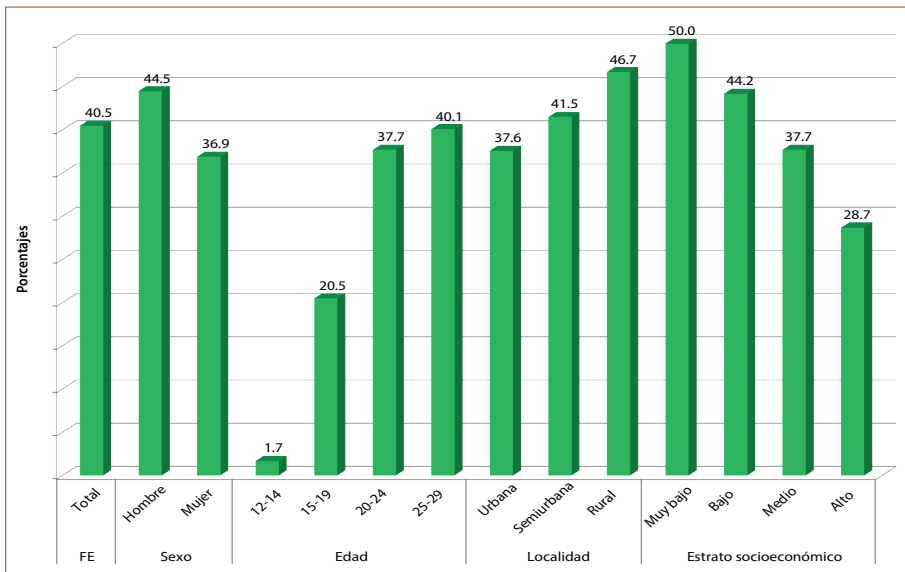
Éste es el segundo factor por el que se argumenta haber dejado la escuela (22.4%); sin embargo, al considerar las respuestas en forma unitaria, es decir, por sí solas, ésta es la que obtiene el mayor valor, con

Gráfica 4.11
México: distribución de los jóvenes según las razones para el abandono de la escuela, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 4.12
México: factores económicos en el abandono de la escuela según diferentes características, 2010



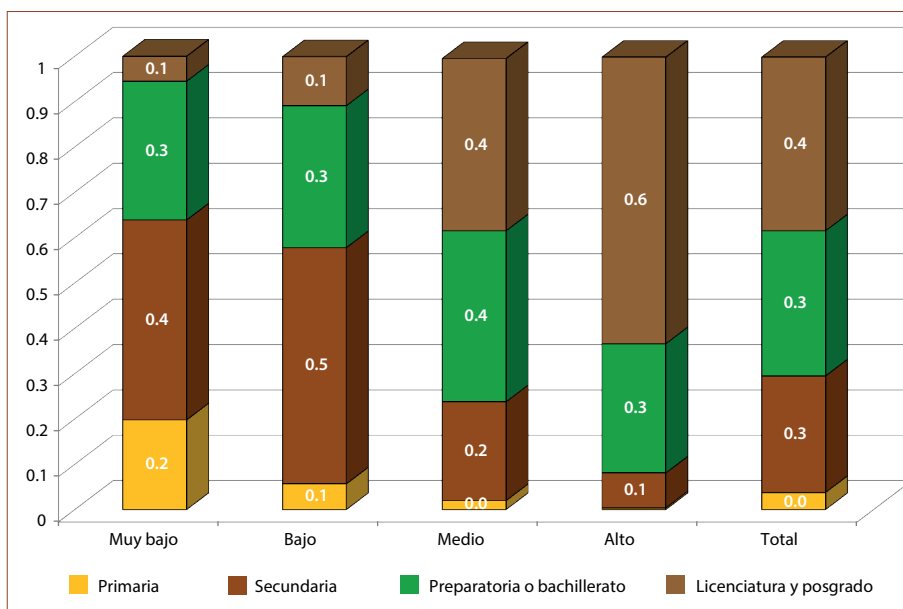
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

cinco puntos porcentuales de diferencia respecto a “tenía que trabajar”, que fue la segunda más mencionada (21 y 16% respectivamente).

En el análisis por factor se ubica como el segundo más importante, como lo muestra la gráfica que sigue (gráfica 4.13). Sin embargo, esta respuesta requiere de un estudio más fino, puesto que involucra la percepción de los jóvenes sobre el nivel escolar que deberían haber alcanzado.

En general, 30% de los jóvenes consideró que había terminado sus estudios al concluir la educación básica o menos, a pesar de que de ellos solamente 3.5% hizo estudios técnicos o normal con secundaria. A ellos se debe agregar 31.9% que llegó a educación media superior, bachillerato o preparatoria, y únicamente 38.3% terminó una carrera o cursó el posgrado.

Gráfica 4.13
México: nivel de estudios de los jóvenes que declararon haber terminado de estudiar como razón para dejar la escuela, según estrato socioeconómico, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud, 2010.

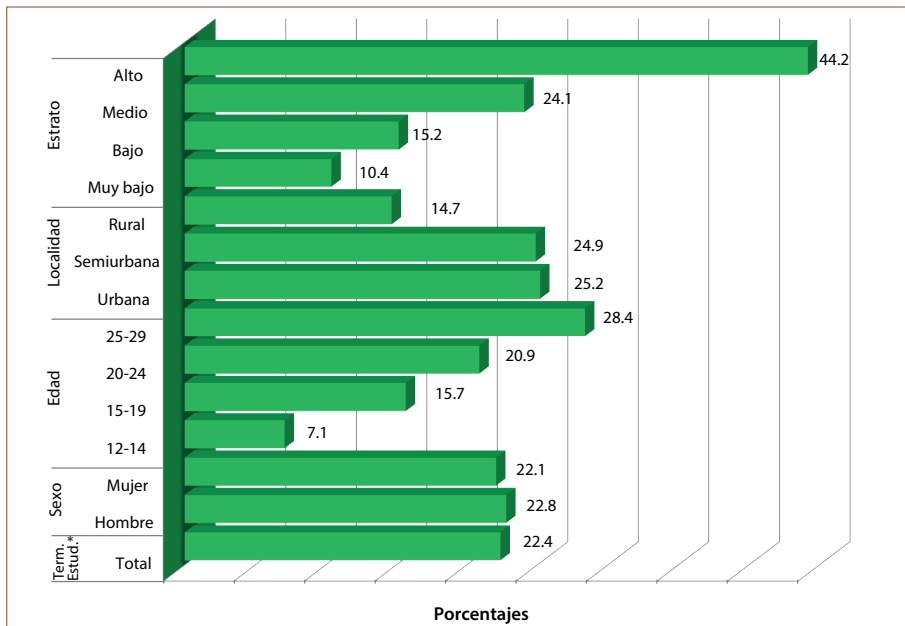
Como se observa, la percepción del nivel de estudios requerido para desarrollarse en el medio laboral y social es distinta y está fuertemente influida por el estrato socioeconómico al cual pertenece el individuo.

El grueso de los entrevistados de estratos bajo y muy bajo declaró haber terminado sus estudios al concluir la secundaria (52 y 44% respectivamente). Aún más grave es que casi 20% de los jóvenes del estrato socioeconómico muy bajo señaló que dejó la escuela porque había terminado de estudiar al terminar la primaria, al igual que 5.7% de los del sector bajo (gráfica 4.14).

Otra gran diferencia se encuentra en la educación superior: 63% de los entrevistados de estrato socioeconómico alto y 38% del estrato medio que declararon como razón haber terminado de estudiar, si acabaron una carrera o un posgrado, frente a 10.8% del estrato bajo y 5.5% del estrato muy bajo.

Gráfica 4.14

México: porcentaje de jóvenes que declararon que dejaron de estudiar porque "terminaron sus estudios", según distintas características, 2010



Term. Estud.: terminó de estudiar.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En cuanto a la distribución por sexo de esta razón se encontró que no existen grandes diferencias y que 22.8% de los hombres y 22.1% de las mujeres señalaron haber terminado de estudiar como factor de deserción.

La buena noticia es que son los jóvenes mayores los que dejaron de estudiar por esta razón, pero según los datos de la ENJ 2010, es a los 15 y 18 años que se registra la más alta proporción de individuos que dejan la escuela porque consideran que terminaron sus estudios, algunos de ellos apenas con la secundaria terminada, ya que casi la mitad de los que dejan de estudiar abandonaron la escuela entre los 12 y 18 años de edad, probablemente cuando no habían terminado la secundaria.

Contrario a lo que pasa con los factores económicos, en la zona rural es donde menos se esgrime esta razón para dejar de estudiar, y solamente 14% de los que dejaron la escuela en esta zona señalaron haber terminado de estudiar contra 25% de las zonas no urbana y urbana.

Por estrato socioeconómico, es claro que a mayor nivel es mayor la proporción de jóvenes que declaran esta razón y, como ya se vio, la gran mayoría del estrato alto termina una carrera en el nivel superior, y más de una tercera parte del estrato medio también pudo alcanzar ese nivel educativo.

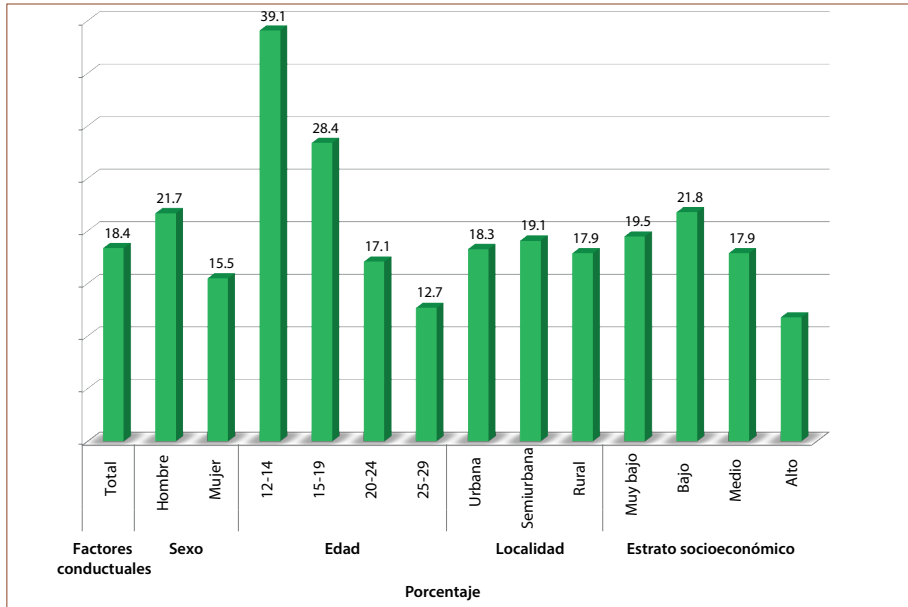
Factores conductuales

De los jóvenes entrevistados, 18.4% señaló que dejó de estudiar por problemas de indisciplina, por aburrimiento o por bajo rendimiento (reprobó varias materias). Éste parece ser un problema más fuerte entre los varones que entre las mujeres, con una diferencia mayor a seis puntos porcentuales a favor de los primeros (21.7 y 15.5% respectivamente).

Por otra parte, son los más jóvenes los que refieren mayor abandono por factores conductuales; de hecho, 39% de los que se encuentran entre 12 y 14 años de edad dijo tener estos problemas y 28% de los jóvenes de 15 a 19 años también hizo referencia a ellos.

Del total de individuos que desertaron a la escuela por este factor, 69% lo había hecho antes de los 15 años y 94% antes de los 20 años. De

Gráfica 4.15
México: distribución porcentual de los jóvenes que dejaron la escuela
por factores conductuales según distintas características, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud, 2010.

los grupos de edad de 20 a 24 y 25 a 29 años, solamente 17 y 13% de sus integrantes señalaron este tipo de razones como motivo para dejar de estudiar (gráfica 4.15).

En cuanto al comportamiento por nivel de urbanización, en realidad, no existen diferencias significativas, y el porcentaje de jóvenes que dan estas razones para abandonar la escuela se encuentra alrededor de 18% en los tres tipos de localidades aquí consideradas.

Respecto al estrato socioeconómico,⁷ sí se pueden observar diferencias significativas, sobre todo respecto al estrato alto; en éste apenas 12% de los jóvenes señala haber dejado la escuela por este factor, frente a 20 y 22% de los estratos muy bajo y bajo, respectivamente. Es muy probable que este comportamiento tenga relación con la atención y

⁷ Indicador estimado con los datos de la ENJ 2010 por Carlos Javier Echarri Cánovas.

valoración que la familia, principalmente los padres, dan a la educación de los jóvenes.

Factores de nupcialidad y maternidad o paternidad

Del total de jóvenes entrevistados que abandonaron la escuela, 10.4% declaró que fue por motivos matrimoniales o porque tuvo hijos. En este caso sí se observa una fuerte diferenciación por sexo: las mujeres declararon cuatro veces más esta razón que los hombres. De hecho, el grueso de los jóvenes que dieron esta respuesta son mujeres: por cada 100 mujeres que dieron como respuesta el matrimonio para dejar la escuela, había 23 hombres que respondían lo mismo, y por cada 100 mujeres que respondieron como causa la maternidad, había 15 hombres que daban como respuesta la paternidad. Como se puede ver, ésta es una problemática relacionada con las concepciones sociales de los roles de género.

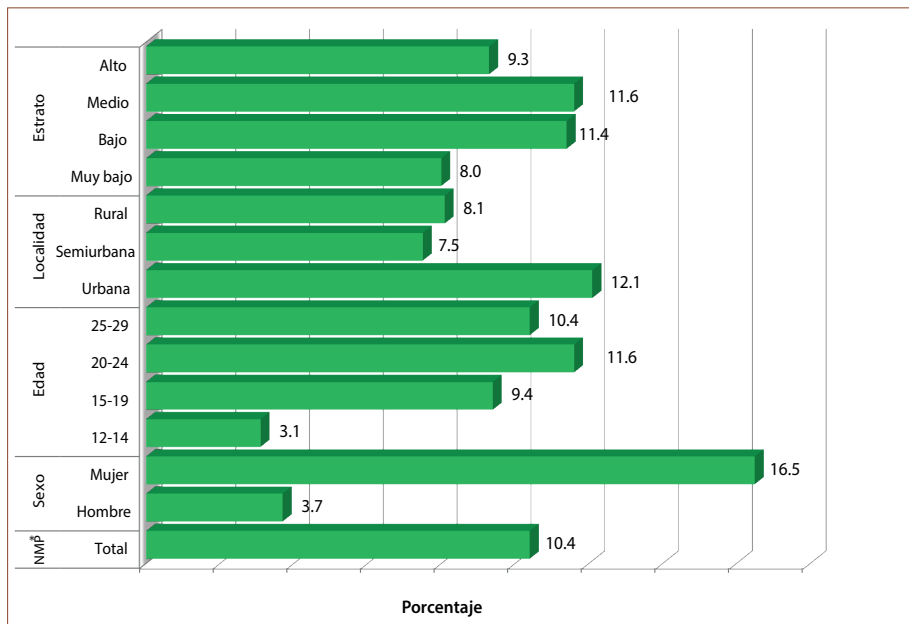
Como es de esperarse, por grupo de edad son los más jóvenes los que en menor medida declararon este motivo para dejar la escuela; sin embargo, 80% de los jóvenes que dieron como respuesta el matrimonio o la maternidad/paternidad dejaron la escuela antes de los 20 años, por lo que es muy probable que el evento de nupcialidad o embarazo se haya dado cuando tenían esas edades. Antes de los 16 años, un cuarto de estos jóvenes ya había dejado la escuela, es decir, los jóvenes entre 12 y 15 años ya habían dejado la escuela por razones de matrimonio o paternidad y esto debió suceder no más atrás de la década de los años noventa del siglo pasado (gráfica 4.16).

Algo extraño o no esperado es que según la información de la ENJ 2010, la zona urbana es la que registró el mayor porcentaje de respuestas referidas a esta razón para dejar la escuela, más que la zona no urbana y el área rural, con una diferencia de cuatro puntos porcentuales; esta información se debe analizar con mayor profundidad, pues se ha señalado que existen algunos problemas tanto con el levantamiento como con el proceso de codificación para la base datos.

En cuanto a los estratos socioeconómicos, son los individuos pertenecientes al nivel bajo y medio los que registraron mayor porcentaje de respuestas afirmativas con respecto a este factor: 12% de los jóvenes entrevistados del estrato medio señaló que abandonó la escuela porque se casó o porque fue padre o madre; casi igual proporción muestra el estrato bajo.

El estrato que menor porcentaje registró fue el muy bajo, y solamente 8% de sus integrantes declaró estas razones, mientras que los integrantes del estrato alto tuvieron un porcentaje de 9%, muy similar. Ello no implica que no se hayan unido o no hayan tenido un embarazo, sino simplemente que ésta no fue la razón principal por la que dejaron de estudiar.

Gráfica 4.16
México: distribución de los jóvenes que dieron como razón de abandono de la escuela el matrimonio o maternidad/paternidad, 2010



*NMP: nupcialidad, matrimonio, paternidad.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Comentarios finales y conclusiones

En la actualidad, más de un tercio de la población mexicana mayor de 15 años se encuentra en rezago educativo. De ellos, una parte importante son jóvenes entre 15 y 29 años de edad.

Además, la cantidad de personas en rezago sigue incrementándose cada año debido a que todavía un gran número de jóvenes que cumple 15 años (alrededor de medio millón cada año) no logra concluir sus estudios básicos, incluso cuando la mayoría de ellos lo logra en los siguientes dos o tres años. Las razones para ello son principalmente económicas, aunque, como se ya señaló, el aburrimiento es una causa importante para que eso suceda, sobre todo en la población más joven.

En cuanto al aspecto económico, es natural que sean las regiones y localidades más pobres las que tengan un mayor número de abandonos de los estudios por esas causas, debido a las pocas oportunidades que esos lugares pueden brindar a sus habitantes; pero el aburrimiento como una causa de abandono implica que no se está poniendo suficiente atención a los jóvenes cuando entran en la adolescencia (etapa en que es mayor la incidencia de ese factor como causa de rezago educativo), cuando se producen cambios importantes en la mente y en el cuerpo de los jóvenes y, también, en sus sistemas de valores.

En cualquier caso, lo anteriormente expuesto representa la síntesis de un problema de naturaleza económica, política y de justicia social que hace patente que no se ha cumplido con el deber de asegurar un nivel mínimo en cuanto a igualdad de oportunidades para todos los integrantes de la población y que, mientras que existan personas en situación de rezago educativo o que no puedan seguir estudiando cuando deberían o desearían hacerlo, la sociedad en su conjunto estará limitada para desarrollarse integralmente.

Referencias bibliográficas

- Bonal, Xavier y Aina Tarabini (2010), *Ser pobre en la escuela. Habitus de pobreza y condiciones de educabilidad*, colección Educación, Globalización y Desarrollo, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Cruz, María (2012), “Educación media superior ya es obligatoria en México”, *International Business Times*, 8 de febrero, <<http://mx.ibtimes.com/articles/21694/20120208/educacion-media-superi-ro-bachillerato-obligatorio-mexico-ley-calderon.htm>>.
- Hernández Bringas, Héctor Hiram (2014), “El homicidio en México entre 2007 y 2013”, México, inédito, documento mimeografiado.
- , René Flores Arenales, Rafael Santoyo y Prócoro Millán (2012), “Situación del rezago acumulado en México 2010”, en José Narro Robles, Jaime Martuscelli Quintana y Eduardo Bárzana García (coords.), *Plan de diez años para desarrollar el Sistema Educativo Nacional*, México, UNAM.
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística [Inegi] (2011), *Tabulados básicos del XIII Censo de Población y Vivienda 2010*, México, Inegi.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación [INEE] (2011), *La educación media superior en México, Informe 2010-2011*, México, INEE, consultado el 16 de septiembre de 2012, <<http://www.inee.edu.mx/index.php/acerca-del-inee/67-publicaciones/informes-anuales/26-la-educacion-media-superior-en-mexico>>.
- Narro Robles, José, Jaime Martuscelli Quintana y Eduardo Bárzana García (coords.) (2012), *Plan de diez años para desarrollar el Sistema Educativo Nacional*, México, UNAM.
- Nuñez Barbosa, Marianela (2006), “El rezago educativo en México: dimensiones de un enemigo silencioso y modelo propuesto para entender las causas de su propagación”, tesis de maestría en Administración Pública y Políticas Públicas, dirigida por Teresa Bracho, Centro de Investigación y Docencia Económicas [CIDE].
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico [OCDE] (2013), *Education at a Glance 2013, OECD Indicators*, OECD Publishing, consultado el 8 de octubre de 2013, doi: 10.1787/eag-2013-en.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico [OECD] (2011), *Divided We Stand. Why Inequality Keeps Rising*, OECD Publishing, consultado el 17 de septiembre de 2012, doi: 10.1787/9789264119536-en.

Rodríguez Gómez, Roberto (2012), “La obligatoriedad de la educación media superior en México”, *Campus Milenio*, núm. 480, 27 de septiembre, en Seminario de Educación Superior, México, UNAM, consultado el 15 de octubre de 2013, <<http://www.ses.unam.mx/publicaciones/articulos.php?proceso=visualiza&idart=1669>>.

Capítulo 5

El trabajo y los jóvenes

Edith Pacheco*

mpacheco@colmex.mx

Introducción

Algunos estudios sobre juventud vinculan la constitución de este grupo a procesos sociales y culturales más allá de la cuestión etaria (Margulis, 1996, citado en Perez Rubio, 2004; Esteinou, 2005). Diversos autores(as) ven a la juventud como un periodo de transición a la vida adulta (Bendit, 1997, citado en Miranda y Salvia, 1998), mientras que otros se oponen a esta aproximación señalando que “el ser joven aparece como un núcleo central de identificación” (Miranda y Salvia, 1998) y que “la juventud es una etapa particular del ciclo de vida de las personas [...] un estado en sí mismo, atravesado por distintas transiciones: salida del sistema educativo, ingreso al trabajo, formación de un hogar independiente, etc.” (Echarri y Pérez Amador, 2003, 2007; Gandini, 2004; Pérez Amador, 2006; Castro y Gandini, 2008; Mora y Oliveira, 2009 y 2012; Meza, 2012; Giorguli y Angoa, 2013).

Por su parte, Reguillo (2013, pp. 138-139) sostiene que “los y las jóvenes no constituyen un universo homogéneo, ni una categoría universal por mucho que compartan la experiencia en un mundo globalizado que amplía las ofertas al tiempo que achica posibilidades de acceso”. Por ello, la autora propone cinco circuitos (los cuales aclara no son estáticos) que se vinculan con la cercanía o lejanía de los procesos de incorporación social: *a)* el circuito de los *invisibles*, por el que transitan jóvenes que carecen de cualquier tipo de inserción social y opción visible de futuro, “una juventud precarizada y desafiada”; *b)* el circuito de los *asimilados* a los llamados mercados flexibles, jóvenes que aceptan las lógicas y los mecanismos a su alcance para incorporarse al mercado de trabajo (la autora dice

* Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA), El Colegio de México.

que aceptan el llamado *3D job* [*dirty, dangerous and demeaning*], “sucio, peligroso y denigrante”); c) el tercer circuito se compone de “aquellos jóvenes que han optado por el narcotráfico, la violencia, el crimen organizado, como forma de acceso y afirmación social”;¹ d) el circuito de los incorporados, que incluye a aquéllos “que gozan —aún— de garantías sociales y formas de inserción laboral y educativa dignas”, y finalmente, e) “un circuito de jóvenes en zonas de privilegio, conectados al mundo con amplio capital social y cultural”.

Al respecto de algunas características de los circuitos propuestos por Reguillo, en un documento que publicó la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2013, p. 1) se sostiene que:

el debilitamiento de la recuperación mundial en 2012 y 2013 ha agravado la crisis del empleo juvenil, dificultando aún más el acceso al empleo para muchos desafortunados jóvenes que buscan trabajo. Y está dificultándolo hasta tal punto, que muchos están renunciando a seguir buscando. La prolongada crisis económica también obliga a la generación actual de jóvenes a ser menos selectivos con los empleos que están dispuestos a aceptar, una tendencia que ya era evidente antes de la crisis. El número de jóvenes que está aceptando trabajos a tiempo parcial o que se encuentra confinado en empleos temporales es cada vez mayor. Los empleos seguros, que en una época eran lo habitual para generaciones anteriores —por lo menos en las economías avanzadas— han pasado a ser más difíciles de conseguir para los jóvenes de hoy.

A inicios del siglo XXI se decía que en América Latina los países mostraban un comportamiento heterogéneo en cuanto a la situación de los jóvenes; así, en algunos países la desaceleración del crecimiento económico de la década de los noventa llevó a que personas no activas ingresaran al mercado laboral, principalmente mujeres y jóvenes, mientras que en otros

¹ Reguillo (2013, p. 139) nos dice que “en México estos jóvenes han incorporado a su vocabulario la palabra *sicariar*, que nombra —sin nombrar— el trabajo de un sicario: matar”. En otra escala de esta problemática, para revisar la relación entre el robo y el tipo de inserción laboral consúltese Bergman (2013).

países era importante la larga duración del desempleo juvenil y la dificultad de una inserción laboral (Diez de Medina, 2001). Poco más de diez años después, la oficina regional para América Latina de la OIT (2013, p. 1) declara:

La generación de más y mejores puestos de trabajo para los jóvenes es un desafío importante en América Latina y el Caribe, donde su ingreso a la vida laboral está marcado por altas tasas de desocupación, informalidad y desaliento.

La tasa de desempleo urbano entre los jóvenes latinoamericanos y caribeños llegó a 14.9% (2012), una proporción que triplica la de los adultos y es más del doble que la tasa general de desempleo promedio en la región, de 6.7%. Por otra parte, 6 de cada 10 jóvenes que sí consiguen ocupación se ven obligados a aceptar empleos en la economía informal, lo que en general implica malas condiciones de trabajo, sin protección ni derechos, y con bajos salarios y baja productividad.

Dada esta situación, este trabajo se plantea dos objetivos: 1) analizar la calidad de la información sobre trabajo que arroja la Encuesta Nacional de Juventud 2010, y 2) abordar el tema de las condiciones de trabajo precarias considerando la diferenciación social. Para lograr esos objetivos, el presente capítulo se conforma de cuatro apartados: en el primero se presentan brevemente algunos antecedentes sobre la investigación en torno a la participación económica de los jóvenes México. Un segundo apartado busca evaluar la información sobre trabajo en la encuesta. De manera central, el tercer apartado recupera la discusión sobre precariedad para dar cuenta de las condiciones de trabajo de los jóvenes. Para cerrar el debate, el cuarto apartado busca analizar algunos vínculos entre las percepciones que tienen los jóvenes en distintos ámbitos de su vida y el tipo de empleo u ocupación que realizan.

Antecedentes de investigación sobre el trabajo de los jóvenes

Un estudio referente al primer lustro de la década de los noventa indicaba que la participación de los hombres y mujeres jóvenes había aumentado

durante ese periodo, con la característica de que eran las áreas con menor nivel de urbanización las que “arrojaban” a la población joven al mercado de trabajo, fundamentalmente varones; en cambio, la participación de mujeres entre 20 y 24 años de edad era menor en las regiones con menor grado de urbanización (Navarrete, 2001). Dicho estudio resaltaba el hecho de que la condición de ser joven menor de 20 años y vivir en zonas de menor urbanización conllevaba condiciones de trabajo precarias y a la vez, quedaba demostrado que gran parte de la población menor de 20 años trabajaba sin remuneración.

Estos resultados, de hecho, nos hablan de lo heterogéneo que es el grupo de jóvenes; en algunos contextos el ser joven casi de manera directa significa comenzar a realizar tareas de adulto, como puede ser el caso de las zonas rurales; en otros, la desigualdad social se expresa en el hecho de que algunos jóvenes no logran el acceso al sistema educativo de niveles medio o superior y la inserción temprana al mercado de trabajo que inicia con una escasa calificación los conduce a aceptar trabajos de tipo “precario”, como sucede en los ámbitos urbanos.

Hallazgos, en este sentido, también se encuentran en el trabajo de Camarena (2005), quien, con datos de la Encuesta Nacional de Educación, Capacitación y Empleo (ENECE) 1997, encontró que al considerar a los jóvenes que trabajaban y a los que habían dejado de hacerlo, resultaba notable el hecho de que dentro del total de niños(as) de 12 a 14 años de edad poco más de la quinta parte había trabajado al menos una vez en su vida. También se observaba una experiencia de trabajo de casi la mitad en los jóvenes de 15 a 17 años de edad, mientras que para los jóvenes de 18 a 19 años la experiencia era de dos terceras partes. Por último, cuatro de cada cinco jóvenes de 20 a 25 años de edad habían trabajado alguna vez.

A la vez, Camarena (2005) señalaba que, en 1997, el tipo de ocupación con que los jóvenes se iniciaban en el mundo laboral variaba significativamente de acuerdo con la edad; así, la mitad de los jóvenes que comenzaban a trabajar antes de los 15 años lo hacía en el campo, en gran parte bajo la forma de trabajo no remunerado. Al intensificarse el ingreso al trabajo, entre los jóvenes de 14 a 17 años se producía una diferenciación de ocupaciones masculinas y femeninas; poco más de la mitad de

los jóvenes iniciaban su trabajo, a partes iguales, en ocupaciones agrícolas o como ayudantes o peones en la industria, mientras que las mujeres ingresaban sobre todo como empleadas en comercio, o bien, como trabajadoras domésticas. Entre los 18 y 20 años de edad las ocupaciones de apoyo administrativo se convertían en la principal puerta de entrada de los jóvenes, y en el caso de los jóvenes tomaba cierta importancia el rubro de las ocupaciones técnicas, pero era a partir de los 20 años de edad que la ocupación de técnico era una de las principales puertas de entrada de los hombres jóvenes.

Por su parte, un estudio realizado por el Conapo (2000) mostraba que poco más de la mitad de la población de 15 a 25 años realizaba alguna actividad económica, proporción sólo ligeramente menor a la registrada por la población total.² También se indicaba en este estudio que la relación laboral predominante entre los jóvenes era el trabajo asalariado (55.2 y 70.3% para hombres y mujeres, respectivamente); en el caso de los varones le seguía el trabajo de jornaleros (16.6%), el trabajo sin pago (13.4%) y el trabajo por cuenta propia (11.2%). Mientras tanto, 15.2% de las mujeres jóvenes que trabajaban lo hacían sin pago y una de cada diez por cuenta propia. Un dato de especial interés fue el referente al desempleo, pues los jóvenes de ambos sexos sufrían el mayor nivel de desempleo en el país.

A partir de la información censal del año 2000, Estrada (2005) realizó un estudio que destacó la participación en el trabajo extradoméstico y doméstico de los niños y adolescentes. En dicho estudio encontró que uno de cada diez niños (de 12 a 14 años de edad) y uno de cada tres adolescentes (de 15 a 17 años) participaban en actividades productivas y reproductivas. Estrada retoma el efecto del contexto señalando que un mercado en el que predomina el trabajo no asalariado propicia mayor participación en actividades económicas por parte de los niños (de los varones en localidades rurales y de ambos sexos en las urbanas); mientras que en los adolescentes la composición del mercado sólo influye

² Cabe mencionar que de la población de 15 a 25 años 24% sólo estudiaba, 47.5% sólo trabajaba, 7.6% estudiaba y trabajaba, 2.5% no estudiaba ni trabajaba y 18.4% se dedicaba a los quehaceres del hogar (Conapo, 2000).

en el trabajo de las mujeres rurales, quienes participan en actividades extradomésticas cuando predomina el trabajo asalariado, y en actividades domésticas cuando impera el no asalariado.

Pacheco (2008) confirma el elevado nivel de desempleo de los jóvenes al señalar que por cada adulto desempleado había casi dos desempleados jóvenes en 2003. En cuanto a la combinación de trabajo extradoméstico y doméstico de los adolescentes de 12 a 14 años y de los jóvenes mayores de 15 años, se plantea el problema de las desigualdades entre hombres y mujeres al reflexionar sobre las dobles o triples jornadas de trabajo o estudio. Finalmente, en cuanto a las condiciones de trabajo, se indica que entre la población ocupada joven y adulta hay un número elevado (cerca de 60%) que no está registrado en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) o en el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE); sin embargo, si se atiende a la población asalariada, se aprecia que los jóvenes tienen una mayor probabilidad de seguridad social frente a los adultos, aunque su salario por hora en 2003 era mucho menor al de los jóvenes que realizaban trabajo por cuenta propia o a destajo.

Por su parte, Meza (2008) busca conocer la heterogeneidad de las condiciones laborales de los jóvenes a partir de información correspondiente al año 2004. La autora encuentra que la condición de actividad de la población de 15 a 29 años se caracterizó por una presencia significativa de jóvenes que no participan en la actividad económica (24.1%) o por ocupados que se encontraban fuera del subempleo (30.9%); además, hay un porcentaje importante de jóvenes que no estudian, no trabajan y no buscan empleo (21.9%). Este último grupo se caracteriza por incluir a un número importante de mujeres, lo que en estudios posteriores ha llevado a la discusión sobre el significado de los *ninis*.³

La situación laboral de los jóvenes no es muy diferente entre el inicio de la primera década del siglo XXI y el final de la misma (el desempleo

³ Este no es el tema central de este trabajo, pero al respecto se recomienda consultar los siguientes trabajos: Arceo y Campos (2011), Pederzini (2011), Vargas y Cruz (2012) y Leyva y Negrete (2014).

es elevado y una parte importante de los que trabajan no tiene seguridad social), de tal suerte que, en años recientes, algunos autores se enfocan en problemáticas específicas. Por ejemplo, Navarrete (2012) documenta la situación laboral de los jóvenes universitarios mexicanos en 2008. La idea principal es analizar si ante mercados tan deprimidos los jóvenes más escolarizados pueden acceder a empleos menos deteriorados que sus pares no escolarizados. Los resultados indican que, gracias a los estudios obtenidos, este grupo de jóvenes pudo acceder a empleos de mejor calidad que sus coetáneos con menor escolaridad. En particular, las mujeres universitarias tienen cierta ventaja que aún no adquieren las jóvenes que han abandonado tempranamente los estudios.

Mora y Oliveira (2012) analizan la situación de los jóvenes profesionistas que tenían entre 23 y 35 años de edad en el año 2008, poniendo de manifiesto una desigualdad al interior de este grupo de jóvenes, ya que algunas carreras adquieren importancia en el contexto actual del modelo económico, mientras que en otras se reducen las posibilidades de una inserción de calidad en el mercado de trabajo. Atendiendo a las condiciones de trabajo, los autores indican que en el ámbito nacional más de una tercera parte de profesionistas está laborando sin un contrato de trabajo, dos décimas partes no cuentan con seguro médico, poco menos de la mitad no tiene vacaciones con goce de sueldo y sólo una cuarta parte recibe reparto de utilidades.

Por su parte, Bautista (2013) se propone analizar la relación entre educación, empleo e ingreso de los jóvenes mexicanos en zonas metropolitanas, considerando los años 1992, 2000 y 2010. Si bien confirma lo indicado por Navarrete al mostrar que conforme va aumentando la escolaridad de los jóvenes, su ganancia en términos de ingresos laborales se incrementa, al profundizar en las diferencias por cohorte y sexo encuentra que el premio por la educación se ha deteriorado durante el periodo de su investigación. Por otro lado, también muestra que el desempleo de los jóvenes más educados aumentó considerablemente entre 2000 y 2010.

Ahora bien, desde una perspectiva diacrónica, y analizando la ENJ 2000, Echarri y Pérez Amador (2003, 2007) estudiaron los procesos de transición de la juventud a la edad adulta; así, señalaron que en términos

de la edad de ocurrencia al inicio de la vida laboral, ésta era la transición más temprana de las cinco posibles que analizaron (salida de la escuela, inicio de la vida laboral, salida del hogar paterno, primera unión y primer hijo nacido vivo), alrededor de uno de cada dos varones y una de cada tres mujeres comenzaban a trabajar antes de los 15 años.⁴ Además, los autores señalaban que, según las edades medianas, los varones y mujeres iniciaban su vida laboral con una diferencia de un año y medio en el contexto urbano, y con casi dos y medio en el rural, mostrando un patrón de mano masculina más joven. Finalmente, al tratar de dar cuenta de los factores que incidían en la primera entrada laboral, resaltaba el hecho del efecto diferencial según estrato socioeconómico: el pertenecer al estrato medio (frente al muy bajo) reducía la velocidad de entrada al mercado de trabajo.

A partir de información correspondiente al año 2003, Solís, Cerruti y Giorguli (2008) realizan un análisis comparativo de dos transiciones, la salida de la escuela y el ingreso al mercado de trabajo, en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México. La idea central fue documentar la heterogeneidad de situaciones que viven los jóvenes durante esta doble transición. Los autores nos dicen que si bien las características sociodemográficas y socioeconómicas de los jóvenes se asocian estrechamente a las diferencias intraciudad, éstas no son suficientes para dar cuenta de las diferencias entre ciudades, lo cual sugiere que los entornos institucionales que regulan el acceso al sistema educativo y al mercado de trabajo contribuyen a explicar las características particulares que asume la transición escuela-trabajo en las tres ciudades.

Castro y Gandini (2005) analizan la información de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (Eder) que se aplicó en México en 1998, la cual incluye la experiencia biográfica de tres cohortes de nacimiento (de 1936 a 1938, de 1951 a 1953 y de 1966 a 1968). Las autoras indican lo prematuro que fue el calendario de las mujeres en cuanto a la salida de la escuela, explicando esta situación a partir de las responsabilidades

⁴ Este patrón parece haber cambiado en los últimos años. Al respecto, puede revisarse el capítulo uno de Echarri Cánovas y Pérez Amador en este libro.

domésticas, pero también planteando la hipótesis de la infravaloración de la educación formal de las mujeres. No obstante, en cuanto a los cambios en el tiempo, encuentran un retraso de la salida de la escuela para la última cohorte. Sobre la primera entrada al mundo laboral, constatan las diferencias entre hombres y mujeres, y resaltan especialmente el calendario temprano que presenta la incorporación de los hombres jóvenes y el hecho de que al analizar su incorporación al primer empleo, el nivel de escolaridad de las mujeres en algunas ocasiones es mayor al de los hombres.

Años después, Meza (2012) analiza la información de la segunda ronda de la Eder, aplicada en México en 2011, la cual incluye la experiencia biográfica urbana de tres cohortes de nacimiento (de 1951 a 1953, de 1966 a 1968, y de 1978 a 1980). La autora confirma que los varones, en relación con las mujeres, siguen presentando un calendario precoz para entrar al mercado laboral, incluso considerando sólo contextos urbanos, mientras que ellas han incrementado su participación en el mercado laboral.

Recientemente, Giorguli y Angoa (2013, p. 42) reflexionan sobre el tránsito a la adultez en tiempos de incertidumbre, utilizando información censal de los años 2000 y 2010. En relación con la transición escuela-trabajo encuentran rutas diferenciadas por sexo desde la adolescencia: en los varones la alternativa a la asistencia escolar es la del trabajo exclusivo,⁵ mientras que cuando una joven no estudia, la opción más frecuente es el trabajo doméstico. Por lo tanto, las autoras concluyen que “evidentemente, en México hay una segregación en cuanto a la participación económica de hombres y mujeres desde la adolescencia”; incluso no se observa un aumento importante de los niveles de participación laboral de las jóvenes entre 2000 y 2010 (el porcentaje de mujeres que trabajaban a los 24 años se incrementó de 36 a 39% solamente).

Hasta este punto se han presentado algunos hallazgos sobre la participación de los jóvenes en el mercado de trabajo, ahora se rescatarán algunos hallazgos en los cuales se vincula la condición de ser niño o joven

⁵ De hecho, las autoras indican que a pesar de la amplia discusión surgida en relación con los ninis, su análisis muestra que la proporción de hombres jóvenes que no estudia ni trabaja permanece prácticamente constante durante la década estudiada.

con los contextos familiares, pues en la mayoría de los casos los jóvenes forman parte de hogares en los que su dinámica posibilita o inhibe un desarrollo adecuado de la vida laboral. A inicios de este siglo, Mier y Terán y Rabell (2001) se plantearon la pregunta sobre si las condiciones de vida de los niños de 12 a 14 años, medidas a partir del estudio y el trabajo, dependían de los patrones de organización familiar. Usando un modelo log-lineal, encontraron que en el sector agrícola el tipo de familia influía en la actividad de los niños cuando éstos combinaban escuela y trabajo, con la característica de que la familia monoparental recurría a esta opción de manera más frecuente que la nuclear y la extensa. Por el contrario, en el sector popular, las actividades de los niños eran independientes del tipo de familia, igual que en el sector medio, aunque había muy pocos niños que trabajaban, y en las familias monoparentales había más niños que sólo trabajaban y menos que trabajaban y estudiaban.

Por otra parte, al referirse a la influencia del sector socioeconómico y de la familia, las autoras indicaban que en el sector popular la opción de trabajar y estudiar era poco frecuente, pero aumentaba cuando había un negocio familiar. Además, encontraron que un número reducido de niños sólo trabajaba, pero la probabilidad de trabajar aumentaba por múltiples factores: cuando había alto hacinamiento, en el caso en que la madre no hubiese estudiado y cuando en el hogar no había adultos no remunerados.⁶ En particular, las autoras indicaban que tanto en el sector popular como en el sector agrícola las familias se esforzaban por lograr que los niños varones no dejaran de estudiar y, de ser necesario, ellos trabajaban y estudiaban; las niñas, en cambio, estudiaban menos (Mier y Terán y Rabell, 2001). García y Pacheco (2000) encontraron hallazgos en el mismo sentido al realizar un estudio sobre la mano de obra familiar: al tratar de dar cuenta de los factores determinantes en la participación de los hijos y las hijas de los hogares de la Ciudad de México, indicaban que

⁶ En el sector agrícola las probabilidades de sólo trabajar se veían incrementadas por los mismos factores que los mencionados para el sector popular; de hecho, la no existencia de adultos no remunerados influía ampliamente en la probabilidad de trabajar (Mier y Terán y Rabell, 2001).

la situación laboral del jefe del hogar aumentaba la propensión al trabajo de los hijos en contextos donde el jefe realiza trabajo independiente.

Por su parte, Navarrete (2001), al ubicar a los jóvenes —desde 12 a 24 años de edad— como parte de una unidad doméstica, argumentó que era indispensable retomar el análisis desde una perspectiva de género, dado que el parentesco con el jefe de la unidad doméstica se convertía en una variable clave para entender cómo el ser hija inhibía la propensión de las mujeres jóvenes al trabajo extradoméstico, más aún que el ser cónyuge. La autora indicaba que este resultado sugería que las hijas tenían que asumir una carga importante de trabajo familiar, mientras los hermanos y las madres eran la mano de obra familiar que primero saldría al mercado de trabajo.

Navarrete (2001) también encontró que la pertenencia a un hogar cuyo jefe es un trabajador manual por cuenta propia aumentaba la propensión al trabajo de todos los jóvenes. Al respecto resaltaba el hecho de que los comercios y establecimientos de diversos servicios incluían de manera importante a los jefes de familia que trabajan por su cuenta; así, las actividades de los jóvenes en estos espacios laborales podían tener un significado más allá de la ayuda estrictamente económica, pues ante la pérdida de opciones laborales, los padres mantienen a sus hijos en sus propios establecimientos y les transmiten sus conocimientos como herencia de oficio de padres a hijos. Por otra parte, si el jefe era asalariado no manual se inhibía la participación de los jóvenes en el mercado de trabajo. La autora asocia este aspecto con el hecho de defender un modo de vida en el cual los hijos tienen como prioridad el estudio. Finalmente, Navarrete encontró que la pertenencia a un hogar con jefatura femenina propició la entrada de los jóvenes al trabajo extradoméstico.

Por su parte, con información de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 1997, Giorguli (2005) encontró que, en los sectores con menores recursos, cuando la madre trabajaba en actividades no asalariadas, los hijos e hijas adolescentes (de 12 a 16 años) presentaban mayores tasas de asistencia escolar en comparación con las familias en las que las madres no trabajaban o eran asalariadas. Además, las hijas presentaban una menor presencia en la actividad laboral que los

hijos; la probabilidad de que las hijas no estudiaran y no trabajaran era mayor en las situaciones en las que la madre desempeñaba actividades asalariadas. En estos casos, la colaboración de las hijas en la realización de las tareas del hogar era fundamental. Por otra parte, la ausencia del padre en el hogar llevaba a una mayor participación económica de los hijos e hijas adolescentes.

Como ya se mencionó, Meza (2012) analiza la información de la Eder que se aplicó en México en 2011, la cual incluye la experiencia biográfica de tres cohortes urbanas nacidas en los años 1951 a 1953, 1966 a 1968 y 1978 a 1980. La autora reflexiona sobre el curso de vida diferenciado entre hombres y mujeres en las tres generaciones seleccionadas, y concluye que la salida de la escuela, el primer empleo y la primera unión se viven de diferente manera entre estas generaciones de jóvenes. Según Meza:

hoy en día los jóvenes tienen mayor oportunidad de permanecer en la escuela; los hombres siguen dirigiendo su camino hacia el trabajo y las mujeres continúan orientándose hacia actividades fuera de la escuela y del trabajo. Para ellas se muestra un ligero retraso al entrar a la primera unión, en tanto que para los varones un rejuvenecimiento en la edad a experimentar este evento.

Acorde con este panorama, en el tercer y cuarto apartado se revisarán las expectativas escuela-trabajo y las condiciones laborales de los jóvenes utilizando la información captada en la ENJ 2010, pero antes, en el segundo apartado, se buscará explorar la calidad de la información de dicha encuesta en relación con el tema “trabajo”.

Evaluación de la información

Estimar la calidad de la información captada sobre la temática laboral implica revisar el cuestionario de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010, además de comparar algunas cifras con otras fuentes de informa-

Cuadro 5.1
México: distribución porcentual de la población joven, según condición de ocupación, 2010

Condición	Absolutos		Relativos	
	ENJ 2010	ENOE 2010	ENJ 2010	ENOE 2010
Ocupados (al menos una hora a la semana)	14 327 674	14 580 349	39.6	39.6
Ocupados rescatados		618 131		
Buscadores de empleo	3 559 443	1 487 694	19.9	9.3
Ocupados y buscadores	17 887 117	16 068 043	49.4	43.7
No ocupados ni buscadores	18 308 546	20 705 488	50.6	56.3
Total	36 195 663	36 773 531		

Notas: a) Jóvenes son la población de 12 a 29 años de edad; b) la PEA comparable no incluye a los rescatados. Fuentes: elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2010 y la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

ción que atiendan la temática sobre ocupación y empleo. Para ello, se tomó como parámetro de “evaluación” la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) correspondiente al cuarto trimestre de 2010, dado que la ENJ 2010 se aplicó entre noviembre y diciembre del mismo año.⁷ Elegir a la ENOE como encuesta de referencia se debe a que en nuestro país es la encuesta especializada para captar a la población económicamente activa (PEA), acudiendo a los hogares de los informantes. El censo de población podría ser un referente, pero la manera de captar a la población frecuentemente subestima el volumen de PEA.

Para conocer la condición de actividad económica de los jóvenes, el cuadro 5.1 cuenta con la información estrictamente comparable entre las dos fuentes de datos. La pregunta referente a haber trabajado la semana pasada al menos una hora es muy similar en ambos instrumentos, por lo que no existe diferencia en el número de jóvenes ocupados, estimados en un poco más de 14 millones. Las diferencias aparecen después, dado que

⁷ “El levantamiento se realizó entre noviembre y diciembre de 2010, lo que permitió evitar los procesos electorales de algunas entidades, el periodo vacacional de verano y el levantamiento del Censo 2010” (Presentación de la encuesta al Instituto Mexicano de la Juventud, junio de 2011).

la ENOE incluye una batería de preguntas para captar a aquéllos que, en un primer momento, pudieron no haber considerado su actividad como trabajo, pero que al preguntarles con más detalle pueden clasificarse en una actividad económica (más de medio millón de jóvenes), mientras que en la ENJ 2010 no se hace ninguna pregunta de rescate para el trabajo actual.

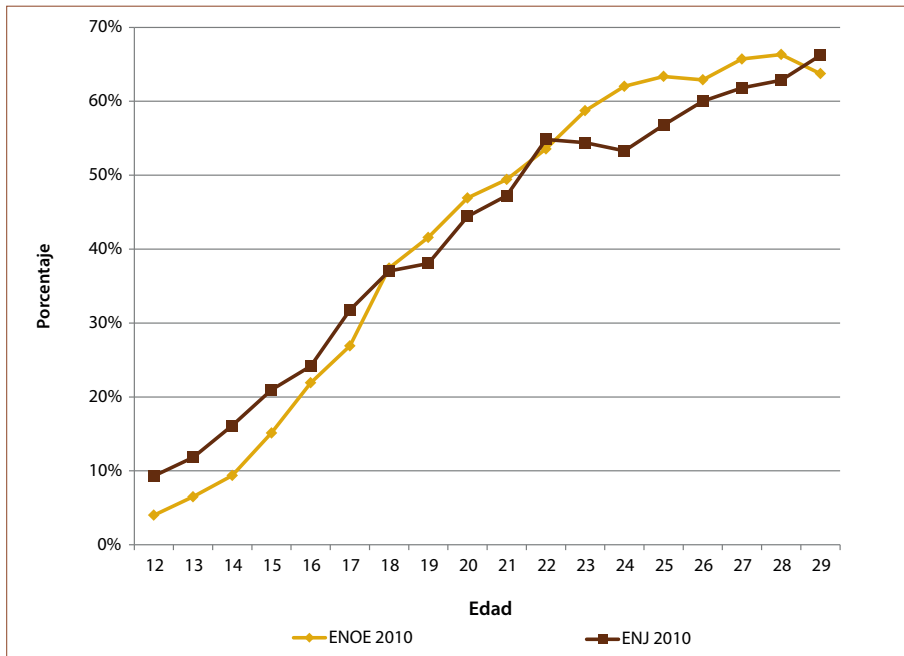
La diferencia mayor se presenta en el rubro de los buscadores de empleo: a partir de la ENJ 2010 se estima que más de 3 millones y medio de jóvenes no habían trabajado ni siquiera una hora durante la semana anterior al levantamiento de la encuesta, pero habían estado buscado empleo, mientras que en la ENOE este rubro está conformado por un estimado de un poco menos de un millón y medio de jóvenes (cuadro 5.1). Una explicación tiene que ver con el hecho de que la ENOE incluye cuatro preguntas sobre empleo antes de llegar a la pregunta de búsqueda; mientras que la ENJ envía directamente a la pregunta de búsqueda a todos aquéllos que contestaron no trabajar ni siquiera una hora a la semana. Esta diferencia en los cuestionarios arroja una tasa de búsqueda cercana a 20% en la ENJ, y de 9.3% en la ENOE.

Cabe aclarar que no se ha mencionado el término desempleo abierto porque éste involucra otra condición sobre los buscadores. La ENOE define al desempleo abierto como aquella situación de búsqueda exclusiva (sin haber trabajado) en algún momento del último mes transcurrido. En este caso los resultados son muy similares: alrededor de 1.3 millones son desempleados abiertos en las dos encuestas.⁸

Otro aspecto que es necesario mencionar en torno a los buscadores es que la ENJ, a diferencia de la ENOE, pregunta a toda la población joven sobre la búsqueda de empleo, así que en total se estima que el número de buscadores es de 6 millones aproximadamente (2.6 millones correspon-

⁸ Al considerar la ocupación de al menos una hora a la semana y el desempleo abierto, la participación económica en las dos encuestas es muy similar: 45.4% y 43.4%, ENJ y ENOE respectivamente. En sentido estricto no se tiene una PEA comparable debido a la falta de preguntas rescate.

Gráfica 5.1
México: porcentaje de jóvenes que trabajaron para el mercado al menos una hora la semana pasada a la entrevista, según edad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

den a aquéllos que no trabajan pero ya habían trabajado alguna vez, 2.3 millones trabajan y 912 000 son buscadores iniciales).⁹

En cuanto a los niveles de ocupación por edad, no existen fuertes diferencias, aunque es interesante observar que la ENJ, dedicada exclusivamente a los jóvenes, captó un poco más de trabajo adolescente (en la población de 12 a 15 años de edad) (gráfica 5.1), mientras que esta situación se invierte después de los 24 años; la ENOE capta mejor la ocupación

⁹ En el caso de la ENOE, para aquellas personas que trabajan, se les pregunta sobre la búsqueda de otro empleo al final del cuestionario y se estima que sólo 1.3 millones (de los 14.5 de ocupados) buscan un empleo o se proponen poner un negocio por su cuenta. Lo cual sí hace una diferencia con la ENJ, que se estima capta 2.3 millones de buscadores de otro trabajo.

de al menos una hora, con la característica de que esa diferencia entre las encuestas es mayor en el caso de las mujeres.¹⁰

Para finalizar este apartado, interesa mostrar la consistencia interna de la información de la ENJ 2010. Para ello, en primer lugar, se considerarán las posibilidades de la encuesta en dos preguntas: *a)* aquella que indaga si los que trabajan tienen otra actividad económica,¹¹ y *b)* aquella que cuestiona a todos los jóvenes si buscan trabajo remunerado, independientemente de si trabajan o no (lo que corresponderá al cuarto o noveno renglón del cuadro 5.2). En segundo lugar, se usará la variable estrato socioeconómico.

La encuesta tiene la posibilidad de mostrar las desigualdades por estrato socioeconómico y de género de manera consistente con las tendencias que ha presentado el mercado de trabajo juvenil. La menor participación de las mujeres en el mercado de trabajo en comparación con la de los hombres se pone de manifiesto en el cuadro 5.2: mientras 60% de las mujeres jóvenes no se encuentra en el mercado, 60% de los hombres está participando en él. Además, los condicionantes de género hacen que las diferencias por estrato en los hombres sean mucho menores, en cambio, en el caso de las mujeres jóvenes se presentan fuertes brechas; las mujeres de estratos bajos tienen una menor posibilidad de participar, incluso en la realización de “chambitas”. Este último resultado en gran parte tiene que ver con las responsabilidades familiares que adquieren muchas mujeres en edades jóvenes.¹²

¹⁰ La ocupación por sexo y edad de al menos una hora a la semana no se presenta en ningún cuadro ni gráfica, pero se cuenta con la base de datos que permite hacer esta exploración.

¹¹ La pregunta concreta es: “Además de este trabajo del que hemos hablado, ¿desarrollas otras actividades o chambitas que te generan ingresos?”

¹² Desafortunadamente, la ENJ no pregunta sobre el trabajo en la esfera doméstica (quehaceres y cuidados), a diferencia de la ENOE. Pedrero (2005) indica que, sobre el tema trabajo, se requiere indagar en torno a lo que se ha denominado trabajo remunerado y no remunerado, particularmente en las edades jóvenes, ya que las desigualdades de género se agudizan al unirse o tener hijos pequeños. También parte de la bibliografía sobre los ninis hace referencia a este aspecto (véase apartado anterior).

Cuadro 5.2
México: distribución porcentual de la población joven,¹ según la condición de actividad por sexo y estrato socioeconómico, 2010

Condición de actividad por sexo	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	Total
No realiza trabajo para el mercado	42.7%	37.7%	41.3%	43.8%	41.0%
Busca trabajo exclusivamente	9.3%	8.4%	8.5%	8.1%	8.5%
Exclusivamente trabaja para el mercado	37.2%	40.6%	36.8%	36.3%	37.9%
Trabaja/busca trabajo/realiza "chambitas"	10.8%	13.4%	13.4%	11.8%	12.6%
Total hombres	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%
No realiza trabajo para el mercado	67.9%	60.2%	57.9%	56.0%	59.8%
Busca trabajo exclusivamente	11.7%	11.3%	12.8%	8.5%	11.1%
Exclusivamente trabaja para el mercado	15.7%	21.2%	23.1%	26.7%	22.1%
Trabaja/busca trabajo/realiza "chambitas"	4.6%	7.2%	6.3%	8.7%	6.9%
Total mujeres	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%

¹ Población joven se refiere a la población de 12 a 29 años de edad.

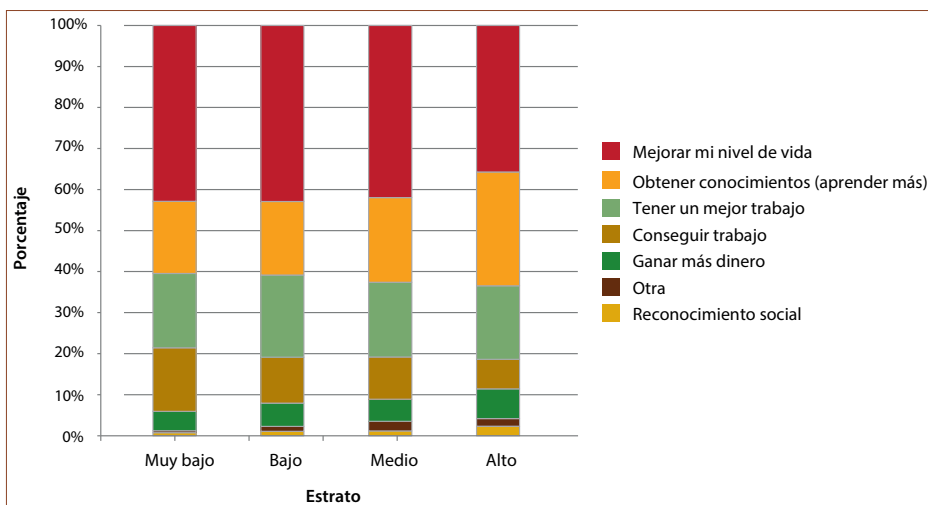
Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Expectativas escuela-trabajo

Antes de dar cuenta de las condiciones laborales de los jóvenes, se considera necesario conocer cuál es su punto de vista en relación con el vínculo escuela-trabajo. Éste es un aspecto novedoso de la ENJ, dado que en otros instrumentos de representatividad nacional no se pueden conocer las opiniones o expectativas de las personas en torno a este vínculo fundamental.

Cuando se indaga sobre las razones para seguir estudiando, la respuesta principal es "mejorar el nivel de vida", en todos los estratos socioeconómicos. Sin embargo, las desigualdades por estrato se manifiestan entre los rubros relacionados con el trabajo y la obtención de conocimiento; para los estratos altos la obtención de conocimiento es más importante, mientras en los estratos bajos el conseguir trabajo o mejorarlo adquiere mayor peso (gráfica 5.2).

Gráfica 5.2
México: distribución porcentual de los jóvenes según
la principal razón por la que les gustaría seguir estudiando, 2010

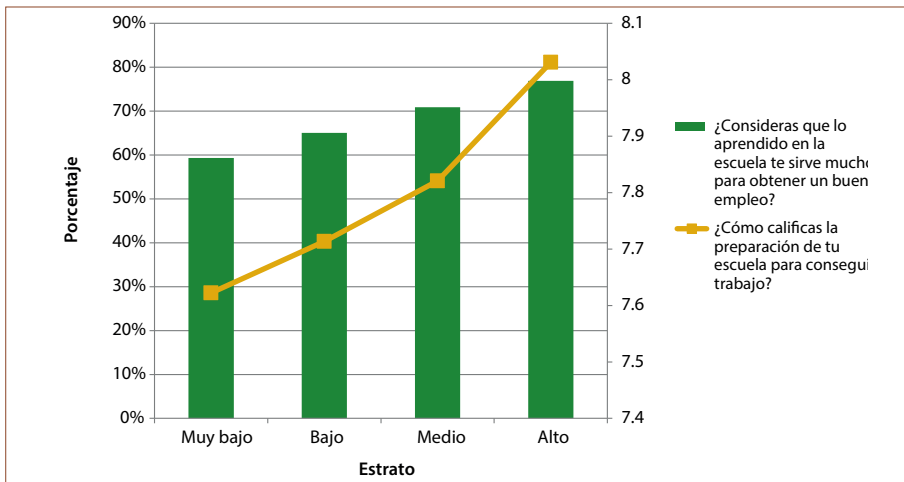


Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En relación con las expectativas que tienen los jóvenes sobre la escolaridad y su efecto en el trabajo, se presenta una clara diferencia por estrato socioeconómico. Si bien los jóvenes en general consideran que lo aprendido en la escuela sirve para el trabajo, en los estratos bajos la respuesta positiva es de 60%, en contraste con los estratos altos, donde el porcentaje es cercano al 80% (gráfica 5.3). Además, al preguntarles sobre ¿cómo calificarían la preparación de la escuela para conseguir trabajo?, la diferencia adquiere magnitud: los estratos bajos califican en promedio ligeramente arriba de 7.5, mientras que los altos, arriba de 8 (gráfica 5.3).

Podemos cerrar este apartado señalando que la dimensión laboral es muy importante para los jóvenes, no obstante, el conseguir un trabajo o mejorarlo no es la razón principal para seguir estudiando, dado que las expectativas van más allá de esta dimensión de la vida (gráfica 5.2); es por ello que al calificar la preparación de la escuela para conseguir trabajo no alcanza valores muy altos (gráfica 5.3), ¿será que los jóvenes están reconociendo que la calidad de la formación escolar tiene limitaciones?

Gráfica 5.3
México: expectativas escolares en torno al trabajo de los jóvenes, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Condiciones laborales (experiencia, “precariedad”, insatisfacción en el trabajo y acoso laboral)

Este apartado pretende enmarcarse en la perspectiva de la precariedad. En un trabajo previo realicé una revisión sobre el mismo tema, y en este apartado rescataré algunos elementos señalados en aquel trabajo (Pacheco, 2014). En particular me interesa recuperar algunas reflexiones realizadas por García (2011); la autora sostiene que, no obstante las diversas acepciones que puedan existir de la precariedad, en un conjunto significativo de estudios se suscribe la idea de que el concepto implica la combinación de tres factores: inestabilidad, inseguridad o falta de protección y vulnerabilidad social y económica (Rodgers, 1989; Guerra, 1998; Bayón, 2005, 2006; Mora Salas, 2006).

Cabe mencionar que un grupo de autores sostiene que la precariedad debe referirse exclusivamente al trabajo asalariado, ya que, en el marco de la restructuración económica y productiva llevada a cabo desde los años ochenta en los países de América Latina, la pérdida de seguridad, certidumbre y estabilidad laboral se manifiesta básicamente en los trabajadores

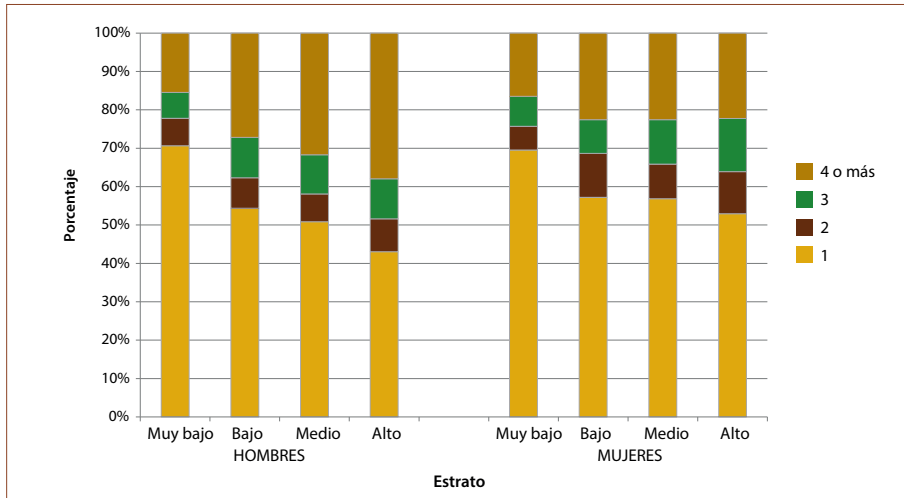
asalariados (Guerra 2006; Mora Salas, 2006). Sin embargo, García (2011) argumenta que la inseguridad y la inestabilidad son, y han sido, rasgos característicos del trabajo no asalariado, por lo que la denominación de precario también se utiliza en referencia a lo que sucede en estas últimas ocupaciones (Rodgers, 1989; Bettio y Villa, 1995; Bayón, 2006).

Como ya se mencionó, el estudio de la precariedad básicamente ha atendido tres factores. Para dar cuenta del primer factor —inestabilidad laboral— frecuentemente se ha usado como indicador el no contar con un contrato permanente. Pero antes de aproximarnos a este aspecto, interesa rescatar, a partir de la información de la ENJ 2010, el tema de la experiencia laboral, con la idea de visibilizar la estabilidad en el empleo que han presentado los jóvenes a lo largo de su vida laboral. En la gráfica 5.4 se puede apreciar que hay un número importante de jóvenes que ha tenido más de un trabajo; en el caso de los hombres, este porcentaje puede llegar a cubrir desde un 30 hasta un 60% de jóvenes, según se ubiquen en distintos estratos socioeconómicos, mientras que los porcentajes fluctúan entre 30 y 50% en el caso de las mujeres.¹³

El hecho de que se presente un número mayor de empleos para los sectores económicos más favorecidos, especialmente en el caso de los hombres, podría parecer paradójico bajo el supuesto de que serían los sectores menos favorecidos los que se enfrentarían a la inestabilidad laboral. No obstante, en la gráfica 5.5 se puede observar que los sectores más favorecidos presentan un mayor número de trabajos con contrato escrito, a diferencia de lo que ocurre en el caso de los estratos bajo y muy bajo; incluso para este último estrato, cerca de 80% de los jóvenes nunca ha tenido un trabajo con contrato escrito. Cabe mencionar que esta fuerte brecha entre los estratos se manifiesta por igual para hombres y mujeres, y es por eso que se decidió presentar la información a nivel agregado en esta gráfica.

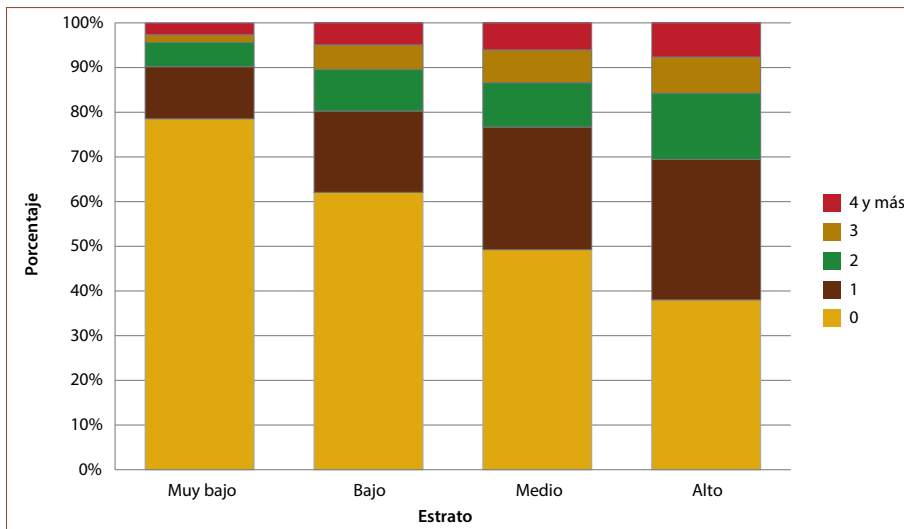
¹³ Es importante mencionar que la experiencia laboral en la ENJ 2010 se pregunta exclusivamente a aquéllos que trabajaron al menos una hora la semana anterior a la encuesta; sin embargo, existe un número importante de jóvenes para los que no es posible conocer su experiencia laboral, estimados en 7 083 434, que han trabajado alguna vez en su vida pero que no se encontraban trabajando la semana anterior al levantamiento de la encuesta (ENJ 2010).

Gráfica 5.4
México: distribución porcentual de los jóvenes según experiencia laboral
(número de trabajos, por sexo y estrato socioeconómico, 2010)



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 5.5
México: distribución porcentual de los jóvenes según número de trabajos
con contrato escrito, por estrato socioeconómico, 2010)



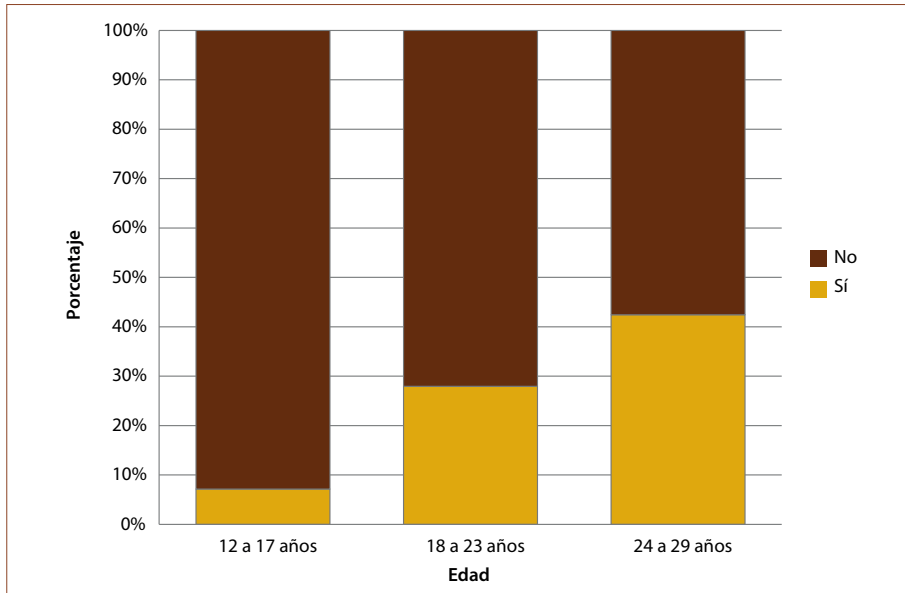
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Contar o no con contrato escrito dependerá de muchos factores, pero es evidente que la edad expone a los jóvenes a distintas situaciones de contratación. En la gráfica 5.6 se muestra la desventaja de trabajar a edades tempranas: los jóvenes de 12 a 17 años básicamente se encontraban laborando en 2010 sin contar con un contrato escrito (92.8%), mientras que para las edades de 24 a 29 años (periodo en que la mayoría de aquéllos que siguieron estudiando ya habrían terminado la licenciatura), 60% no cuenta con contrato escrito. Este resultado nos habla de la vulnerabilidad en general de los jóvenes que trabajan, recordando lo que se mencionó en la introducción de este capítulo: un grupo importante de jóvenes pertenece al *círculo de asimilados* mencionado por Reguillo, cuya característica es vincularse a mercados flexibles (por ejemplo, sin contratos), asumiendo las condiciones de mercado y aceptando las lógicas y mecanismos al alcance para incorporarse a las dimensiones productivas de la sociedad.

Desafortunadamente, el cuestionario de la ENJ no incluyó preguntas en torno al tipo del contrato escrito, por lo tanto, no podemos dar cuenta de la estabilidad laboral medida a partir del contrato permanente. Por otro lado, tampoco se preguntó por el acceso a la seguridad social; en consecuencia, tampoco podemos conocer cómo se comporta otro de los factores atendidos en la temática sobre precariedad: la falta de protección social. El tercer factor mencionado por García (2011) se refiere al tema de la vulnerabilidad social y económica. Frecuentemente, se atiende este aspecto al analizar las remuneraciones de los trabajadores, sin embargo, en la ENJ no existe esta información, sólo se preguntó sobre el ingreso laboral a aquéllos que hacían una segunda actividad. No obstante esta limitación, la posibilidad de utilizar la variable de estrato socioeconómico y algunas de las variables de la encuesta sobre el empleo actual permitirá hacer una aproximación al tema de la vulnerabilidad.

Un primer aspecto al que hay que ponerle atención, a partir del cuadro 5.3, es la gran brecha entre los distintos estratos socioeconómicos. Si bien en los estratos altos cerca de 70% de los jóvenes son asalariados y laboran en un establecimiento u oficina, en el caso de los estratos bajos menos de 50% es asalariado y solamente 27% labora en un local o establecimiento.

Gráfica 5.6
México: porcentaje de jóvenes con contrato escrito en el empleo actual,
por grupos de edad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

El resultado anterior, de nuevo, nos remite a la oposición entre el circuito de los incorporados y el denominado circuito de los asimilados, categorías propuestas por Reguillo (2013, p. 139). Si bien en un sentido estricto, a partir de la ENJ no podemos saber si los trabajadores jóvenes de los estratos altos cuentan con “garantías sociales y formas de inserción laborales dignas”,¹⁴ el saber que más de la mitad utiliza computadora en su trabajo puede ser un indicador útil para contrastar con las condiciones de vulnerabilidad que existen en el estrato social “muy bajo” (más de

¹⁴ El “trabajo digno” (*decent work*) consiste en cinco dimensiones: promoción y fomento de trabajo productivo, protección de derechos laborales y humanos, obtención de ingresos adecuados, acceso a protección social, tripartismo y diálogo social.

Cuadro 5.3
México: porcentajes de jóvenes en distintas condiciones de trabajo,
según estrato socioeconómico, 2010

	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	Total
Condiciones de trabajo					
Principalmente le pagan por sueldo fijo, salario o jornal	49.8%	61.5%	66.5%	72.0%	64.2%
Labora en un local, establecimiento u oficina	27.0%	46.4%	59.2%	67.0%	52.8%
Trabaja en el campo, a cielo abierto, bordo, pozo, mar, río	42.1%	14.2%	8.1%	4.0%	13.3%
No utiliza computadora en su trabajo	91.0%	83.7%	68.8%	47.1%	71.1%
Ha padecido acoso laboral	7.2%	7.6%	7.1%	8.8%	7.7%
Satisfacción y gusto por el trabajo					
Está satisfecho con su trabajo	72.2%	77.5%	81.5%	83.3%	79.4%
Lo que más le gusta de su trabajo es adquirir experiencia	11.7%	14.7%	14.9%	15.9%	14.7%
Lo que menos le gusta de su trabajo es el salario	35.6%	29.2%	28.4%	23.1%	28.2%

Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

90% no utiliza computadora y 42% labora en el campo, a cielo abierto, en bordos, pozos, mar o ríos).¹⁵

Ya habíamos mencionado que en la ENJ existe una serie de variables que son novedosas para entender la percepción de los jóvenes en torno al ámbito laboral. En este apartado se han rescatado tres tipos de preguntas sobre la percepción general del trabajo y el gusto o disgusto por ciertos aspectos laborales (el estar de acuerdo o no con el salario que recibe, el adquirir o no experiencia, el poder o no aprender, el poder o

¹⁵ Reguillo (2013, p. 139) sostiene que en el circuito de los asimilados pueden estar aquellos jóvenes “que aceptan el llamado *3D job* (*dirty, dangerous and demeaning*; sucio, peligroso y denigrante)”. La ENJ no pregunta sobre la ocupación principal de los jóvenes, por lo tanto sería difícil saber qué tipo de actividades realizan, pero el hecho de prácticamente no usen computadora y trabajen en el campo nos remite a aquellas actividades que se ubican en un nivel bajo de la jerarquía ocupacional.

no ascender, el tener o no tiempo para estudiar o para la familia, entre otros).¹⁶

El tema de la satisfacción en el trabajo es interesante, sobre todo si contrastamos las condiciones laborales arriba citadas: más de 70% de los jóvenes indica estar satisfecho con su trabajo actual, aunque para los estratos medios y altos el porcentaje supera 80% (cuadro 5.3). Este resultado nos remite al tema de la subjetividad: es posible que el hecho de que los jóvenes cuenten con trabajo los haga pensar en una mejor situación frente a aquéllos que no encuentran trabajo (recordemos que la encuesta captó a más de 3 millones de jóvenes buscadores de empleo); por otro lado, aunque no podemos conocer en qué tipo de ocupaciones se insertaron en el mercado y cuáles fueron sus ingresos laborales, podría existir la posibilidad que estos jóvenes consideraran que el tipo de ocupación que realizan los está calificando para el futuro.

Ahora bien, al entrar en detalle con los gustos o disgustos sobre distintas condiciones en el trabajo, se matiza la aseveración anterior. Cuando se pregunta qué es lo que más les gusta de su trabajo, sólo 15% de los jóvenes elige la opción que significa adquirir experiencia, y el porcentaje es menor para los estratos muy bajos. Además, cerca de 30% de los jóvenes declara que lo que menos le gusta de su trabajo es su “ingreso, salario o sueldo”, con la característica de que es el estrato socioeconómico muy bajo el que en mayor medida se encuentra a disgusto con sus ingresos laborales (cuadro 5.3).

Tomando en cuenta el análisis hasta aquí expuesto, nos preguntamos, ¿qué tan significativas son las diferencias que hemos encontrado en el análisis descriptivo? y, especialmente, ¿se podría hablar de patrones laborales juveniles con base en el análisis conjunto de las condiciones y opiniones sobre el trabajo? Para responder a estas preguntas, por último, se realiza un análisis de correspondencias.¹⁷

¹⁶ La preguntas concretas son: ¿qué es lo que más le gusta de su trabajo?, y ¿qué es lo que menos le gusta de su trabajo?

¹⁷ En esencia, esta técnica transforma los datos de las variables de modo que puedan ser representados de forma gráfica en un plano cartesiano, donde los puntos o

En la gráfica 5.7, en primer lugar, se observa que la declaración en torno al hecho de que lo que más les gusta a los jóvenes de su trabajo es adquirir experiencia se ubica muy cerca del eje horizontal, al igual que laborar en establecimientos u oficina, recibir un salario y trabajar en aquellos sectores económicos distintos al campo; por lo tanto, a esta dimensión se le denominó “Formalidad y gusto por ganar experiencia”. Por otra parte, el no estar satisfecho con el trabajo, laborar en un lugar distinto a un local, establecimiento u oficina y no ser asalariado se encuentran más cerca del eje vertical; en consecuencia, se decidió denominar a esta dimensión “Informalidad e insatisfacción en el trabajo”.

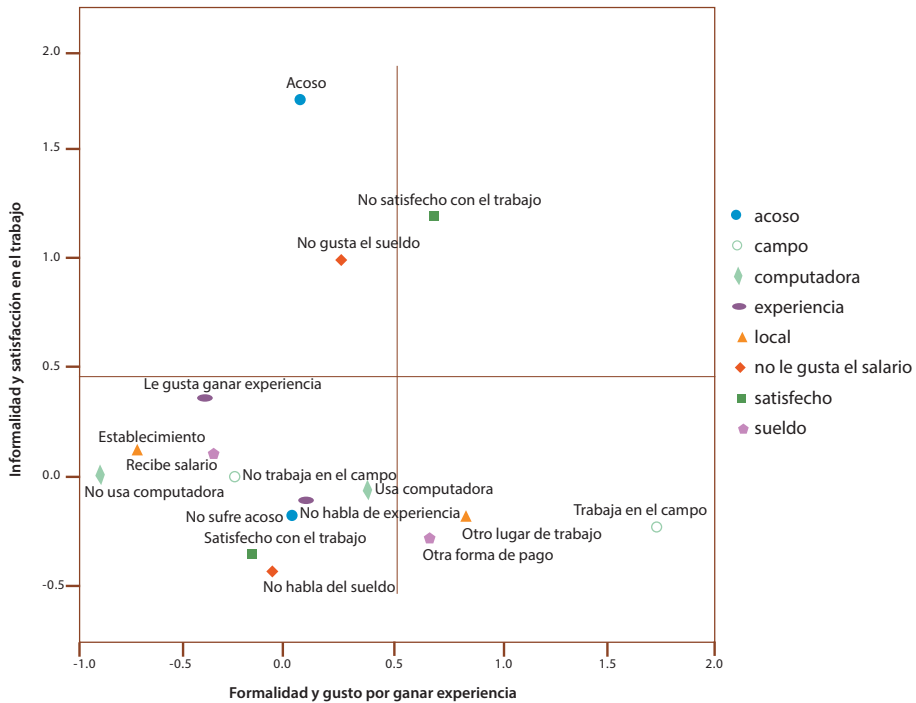
Para finalizar, la gráfica 5.7 muestra básicamente cuatro patrones de comportamiento en torno a la relación entre las condiciones laborales y las opiniones sobre el trabajo. El primer patrón, que denominaremos *insatisfacción*, concentra a aquellos jóvenes que no están satisfechos con su trabajo y que lo que menos les gusta de su trabajo es el sueldo que perciben (cuadrantes superiores de la gráfica). El segundo patrón —*formalidad*— agrupa a aquéllos que laboran en establecimientos, reciben un salario, trabajan en sectores económicos distintos al agrícola y declaran que lo que más les gusta de su trabajo es adquirir experiencia (cuadrante inferior izquierdo distante al eje vertical).¹⁸ Un tercer patrón, que denominaremos *satisfacción*, incluye a aquellos jóvenes que se encuentran satisfechos con su trabajo, usan computadora y no padecen acoso laboral (cuadrante inferior izquierdo cercano al eje vertical).¹⁹ Por último, un cuarto patrón, denominado *informal*, agrupa a aquéllos que realizan sus actividades en el campo, en su domicilio o en el domicilio del cliente, como vendedores ambulantes, en puestos fijos o improvisados y en vehículos, y

marcas similares están localizados cerca unos de otros (Aguirre *et al.*, 2005; Hair *et al.*, 1999, citados en Martínez, 2012).

¹⁸ Es interesante observar que este segundo patrón se vincula de manera más cercana a no utilizar la computadora; es decir, es probable que la formalidad involucre trabajos de todo tipo, pero en buena parte, no calificados.

¹⁹ Es interesante que para este tercer patrón no se declare que lo que más les gusta de su trabajo es la experiencia, y el disgusto con su salario no aparece como el aspecto que menos les gusta de su trabajo.

Gráfica 5.7
México: análisis de correspondencias. Condiciones de trabajo de los jóvenes mexicanos, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

a la vez reciben una remuneración vinculada a comisiones, honorarios, propinas, vales e incluso pago en especie (cuadrante inferior derecho). En suma, la participación de los jóvenes en el mercado de trabajo no es monolítica y las diferencias, o incluso matices, se expresan en estos cuatro patrones.

Reflexiones finales

A modo de conclusión, este último apartado tiene el objetivo de articular la discusión realizada a lo largo de los cinco apartados desarrollados en el capítulo.

En la introducción de este trabajo se mencionó que los estudios sobre juventud vinculan la constitución del grupo de jóvenes a procesos sociales y culturales más allá de la cuestión etaria; algunos lo ven como un periodo de transición, otros lo analizan como una etapa de la vida en sí misma en la cual se presentan distintas transiciones. En este trabajo pudimos obtener información que nos indica que transitar al primer empleo a edades jóvenes significa una vulnerabilidad importante, ya que la mayor parte de los jóvenes de 12 a 17 años de edad laboran sin contar con un contrato escrito (medida proxy de una de las dimensiones estudiadas a partir de la perspectiva de la precariedad: *inestabilidad*).

También en la introducción, como en el apartado de antecedentes de investigación, se hizo la aclaración de que los jóvenes no constituyen un universo homogéneo; para ello se mencionaron los circuitos definidos por Reguillo (2013). Las diferencias encontradas a lo largo del trabajo entre los distintos estratos socioeconómicos aportan evidencia para enriquecer este planteamiento, de tal suerte que se asociaron condiciones menos favorables con un circuito de *asimilados*, adaptados a un mercado flexible o precarizado, pero también se observaron condiciones de trabajo favorables vinculadas al circuito de *incorporados*, o incluso al circuito de jóvenes en zona de privilegio. Otro resultado que aportó en esta línea es el vinculado a los patrones encontrados a partir del análisis de correspondencia múltiple: *insatisfechos, formales, satisfechos e informales*.

Un tercer aspecto por rescatar se relaciona con la experiencia laboral de los jóvenes. En los antecedentes de investigación se mencionaron trabajos que habían señalado, desde los años noventa, la importancia de la experiencia laboral incluso en el grupo de adolescentes. En este capítulo se mostró la importancia de dicha experiencia en el año 2010: haber tenido cuatro o más trabajos puede alcanzar a 40% de un grupo de los jóvenes. Situación que nos permitió seguir discutiendo sobre la *inestabilidad* desde la perspectiva de la *precariedad*.

En el apartado de antecedentes se revisaron algunos trabajos que hablaban de la relación escuela-trabajo que la ENJ 2010 permite abordar. La dimensión laboral fue importante para los jóvenes; no obstante, el conseguir un trabajo o mejorarlo no fue la razón principal para seguir

estudiando, dado que las expectativas van más allá de esta dimensión de la vida; es por ello que la calificación de la preparación de la escuela para conseguir trabajo no alcanza valores muy altos. Por lo tanto, se formuló la pregunta, ¿será que los jóvenes están reconociendo que la calidad de la formación escolar tiene limitaciones?

Finalmente, en este capítulo se planteó, como uno de los objetivos, evaluar la información sobre el trabajo en la ENJ 2010. Al respecto, cabe mencionar que la comparabilidad con otras fuentes resulta difícil de lograr, pero si se tiene cuidado en aproximarse a los conceptos comunes es posible reconocer que la información es confiable para el análisis, y que el preguntar sobre las percepciones permite abordar aspectos que las encuestas de empleo del país no presentan. Para terminar estas reflexiones finales es importante señalar que sería de vital importancia poder contar con las variables que nos permitan comparar con otros trabajos todas las dimensiones de la precariedad laboral: inestabilidad, inseguridad y condiciones económicas.

Referencias bibliográficas

- Arceo, Eva y Raymundo Campos (2011), *¿Quiénes son los NiNis?*, Documento de trabajo, núm. VIII-2011, Serie Documentos de Trabajo, Centro de Estudios Económicos, El Colegio de México, <<http://cee.colmex.mx/documentos/documentos-de-trabajo/2011/dt20118.pdf>>.
- Bayón, María Cristina (2005), “Las huellas de los noventa en la sociedad argentina. Trayectorias, identidades e incertidumbres desde la inestabilidad laboral”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 67, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 729-753.
- (2006), “Precariedad social en México y Argentina: tendencias, expresiones y trayectorias nacionales”, *Revista de la CEPAL*, núm. 88, pp. 133-152.
- Bautista, Andrea (2013), “La relación entre la educación y el ingreso de los jóvenes metropolitanos en México. ¿Qué se ha perdido y qué

- se ha ganado en los últimos veinte años?”, *Coyuntura Demográfica*, núm. 4, pp. 47-53, <<http://www.somede.org/images/dc4/5larela-cion.pdf>>.
- Bergman, Marcelo (2013), “Delito patrimonial e inserción laboral en México”, *Estudios Sociológicos* xxxi, núm. 91, pp. 27-58.
- Bettio, Francesca y Paola Villa (1995), “Non-Wage Work and Disguised Wage Employment in Italy”, en Rodgers, Gerry y Janine Rodgers (coords.), *Precarious Jobs in Labour Market Regulation: The Growth of Atypical Employment in Western Europe*, Ginebra, International Institute for Labour Studies, Free University of Brussels, pp. 149-178.
- Camarena Córdova, Rosa María (2005), “Los jóvenes y el trabajo”, en Navarrete, Emma Liliana (coord.), *Los jóvenes ante el siglo XXI*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, pp. 95-133.
- Castro, Nina y Luciana Gandini (2008), “La salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo de tres cohortes de hombres y mujeres en México”, en Vela Peón, Fortino (coord.), *La dinámica demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, pp. 47-88.
- Consejo Nacional de Población [Conapo] (2000), *Situación actual de las y los jóvenes en México. Diagnóstico sociodemográfico*, México, Conapo.
- Diez de Medina, Rafael (2001), *Jóvenes y empleo en los noventa*, Montevideo, Organización Internacional del Trabajo-Centro Interamericano para el Desarrollo del Conocimiento en la Formación Profesional (OIT-Cinterfor).
- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2003), “En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México”, ponencia presentada en la VII Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Guadalajara, Jalisco.
- (2007), “En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, enero-abril, pp. 43-77.

- Esteinou, Rosario (2005), “La juventud y los jóvenes como construcción social”, en Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico*, México, Cámara de Diputados LIX Legislatura, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México), Miguel Ángel Porrúa, pp. 25-37.
- Estrada Quiroz, Liliana (2005), “Familia y trabajo infantil y adolescente en México”, en Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico*, México, Cámara de Diputados LIX Legislatura, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México), Miguel Ángel Porrúa, pp. 203-247.
- Gandini, Luciana (2004), “La exclusión laboral juvenil en Argentina. Propuesta de una tipología para su análisis”, *Papeles de Población*, vol. 10, núm. 42, octubre-diciembre, pp. 153-198.
- García, Brígida (2011), “Las carencias laborales en México: conceptos e indicadores”, en Pacheco, Edith, Enrique de la Garza y Luis Reygadas (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México, El Colegio de México.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2000), “Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México en 1995”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 13(43), pp. 35-63.
- Giorguli Saucedo, Silvia Elena (2005), “Deserción escolar, trabajo adolescente y trabajo materno en México”, en Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico*, México, Cámara de Diputados LIX Legislatura, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México), Miguel Ángel Porrúa.
- Giorguli Saucedo, Silvia Elena y María Adela Angoa (2013), “El tránsito a la adultez en tiempos de incertidumbre”, *Coyuntura Demográfica*, vol. 4, pp. 39-45, <<http://www.somede.org/coyuntura-demografica/numero4 /#/38/>>.
- Guerra Aragone, Pablo (1998), *Sociología del trabajo*, Montevideo, KOLPING Uruguay, Fundación de Cultura Universitaria.

- Leyva, Gerardo y Rodrigo Negrete (2014), “NiNi: un término Ni pertinente Ni útil”, *Coyuntura Demográfica*, vol. 5, pp. 15-20, <http://www.somede.org/coyuntura-demografica/index.php/numero-5/item/nini-un-termino-ni-pertinente-ni-util>.
- Margulis, Mario (1996), *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Martínez, Julio Cesar (2012), *Los pequeños trabajadores en México*, tesis de maestría en Población y Desarrollo, dirigida por Edith Pacheco, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México).
- Meza, Patricia (2008), “Presencia de los jóvenes en el desempleo, el subempleo y la inactividad. Tres problemáticas de las áreas urbanas de México en 2004”, en Vela Peón, Fortino (coord.), *La dinámica demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, pp. 243-286.
- (2012), “Transiciones a la salida de la escuela: trabajo y/o familia. Caminos diferenciados entre mujeres y varones mexicanos”, ponencia presentada en la XI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Aguascalientes, del 30 mayo al 1 de junio.
- Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (2001), “Condiciones de vida de los niños en México: 1960-1995. El entorno familiar, la escolaridad y el trabajo”, en Gómez de León, José y Cecilia Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, Consejo Nacional de Población, Fondo de Cultura Económica.
- Miranda, Ana y Agustín Salvia (1998), “La exclusión de los jóvenes en la década de los noventa. Factores, alcances y perspectivas”, *Papeles de Población*, núm. 16, abril-junio, pp. 201-214.
- Mora Salas, Minor (2006), *Ajuste estructural y empleo precario: el caso de Costa Rica*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, dirigida por Orlandina de Oliveira, El Colegio de México.
- (2009), “Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades”, *Estudios Sociológicos*, vol. 27, núm. 79, enero-abril, pp. 267-289.

- Mora Salas, Minor y Orlandina de Oliveira (2012) “Las vicisitudes de la inclusión laboral en los albores del siglo XXI: trayectorias ocupacionales y desigualdades sociales entre los jóvenes profesionistas mexicanos”, *Estudios Sociológicos*, vol. 30, núm. 88, pp. 3-43.
- Navarrete, Emma Liliana (2001), *Juventud y trabajo. Un reto para principios de siglo*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense.
- (2012), “Jóvenes universitarios mexicanos ante el trabajo”, *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 6, núm. 10, enero-junio, pp. 119-140.
- Organización Internacional del Trabajo (2013), *Empleo juvenil en América Latina y el Caribe*, apartado sobre América Latina y el Caribe, consultado en octubre de 2014, <<http://www.ilo.org/americas/temas/empleo-juvenil/lang-es/index.htm>>.
- Pacheco, Edith (2008), “Los jóvenes y el trabajo en México: una revisión sobre algunos indicadores”, en Vela Peón, Fortino (coord.), *La dinámica demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, pp. 135-158.
- (2014), “El mercado de trabajo en México a inicios del siglo XXI. Heterogéneo, precario y desigualdad”, en Guadarrama, Rocío, Alfredo Hualde y Silvia López (coords.), *Dimensiones, dinámicas y significados de la precariedad laboral en México. Un estudio comparativo en tres ocupaciones*, México, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 45-100.
- Pederzini, Carla (2011), “De ninis, quehaceres y búsquedas: jóvenes, educación y trabajo en el Censo de Población de 2010”, *Coyuntura Demográfica*, núm. 1, pp. 31-35, <<http://www.somede.org/coyuntura-demografica/numero1/#/32/>>.
- Pedrero, Mercedes (2005), *Trabajo doméstico no remunerado en México. Una estimación de su valor económico a través de la Encuesta Nacional sobre uso del tiempo 2002*, México, Instituto Nacional de las Mujeres.

- Pérez Amador, Julieta (2006), “El inicio de la vida laboral como detonador de la independencia residencial de los jóvenes en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 21, núm. 1(61), pp. 7-47.
- Pérez Rubio, Ana María (2004), “Los jóvenes y el trabajo. Un estudio sobre representaciones sociales”, *Monografías virtuales. Ciudadanía, democracia y valores en sociedades plurales*, número especial Los jóvenes y los valores, núm. 4, junio, consultado en octubre de 2014, <<http://www.oei.es/valores2/monografias/monografia04/reflexion03.htm>>.
- Reguillo, Rossana (2013), “Jóvenes en la encrucijada contemporánea: en busca de un relato de futuro”, *Debate feminista*, año 24, vol. 48, octubre, pp. 137-151.
- Rodgers, Gerry (1989), “Precarious Work in Western Europe: The State of the Debate”, en Rodgers, Gerry y Janine Rodgers (eds.), *Precarious Jobs in Labour Market Regulation: The Growth of Atypical Employment in Western Europe*, Ginebra, International Institute for Labour Studies, Free University of Brussels, pp. 1-16.
- Solís, Patricio, Marcela Cerrutti, Silvia E. Giorguli, Martín Benavides y Georgina Binstock (2008), “Patrones y diferencias en la transición escuela-trabajo en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México”, *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 1, núm. 2, enero-junio, pp. 127-146.
- Vargas, Eunice y Rodolfo Cruz (2012), “Tendencias recientes de los jóvenes ninis del norte de México”, *Coyuntura Demográfica*, núm. 2, pp. 69-73, <<http://www.somede.org/coyuntura-demografica/numero2/#/68/>>.
- Vela Peón, Fortino (2008), “Cambios en la estructura por edad y su efecto en el desempleo de los jóvenes urbanos”, en Vela Peón, Fortino (coord.), *La dinámica demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, pp. 199-242.

Capítulo 6

Los jóvenes que no estudian ni trabajan en México, 1960-2010

Rodolfo Corona Vázquez*

coronaro@gmail.com

Entre los aspectos de mayor relevancia en la vida de los jóvenes se encuentran su formación educativa y su participación en el mercado de trabajo. Por ello, buena parte de la investigación sobre la juventud se dedica a estos aspectos, abordándolos en sus diversas facetas y desde distintas ópticas y metodologías, una de las cuales es la estrictamente cuantitativa. En particular, resulta de importancia determinar la magnitud y características del grupo de jóvenes que no asisten a la escuela y que tampoco participan en la actividad económica, por manifestar, entre otras cosas, los niveles de cobertura del sistema educativo nacional para esas edades, la capacidad del aparato productivo para dar empleo a los nuevos integrantes de la población económicamente activa, así como posibles condiciones adversas para quienes se encuentran en tal situación, usualmente llamados *ninis* porque *ni estudian ni trabajan*.

El presente capítulo se encuentra en esta línea, y tiene como propósito establecer la dimensión de este grupo de jóvenes, los *ninis*, así como determinar algunos de sus rasgos demográficos y socioeconómicos. Estas mediciones se realizan respecto a varios años para observar modificaciones y delinear tendencias en los montos de *ninis* y en sus características básicas.

En el trabajo se utilizan fundamentalmente datos de los censos de población porque constituyen la única fuente que permite la estricta comparación de cifras sobre *ninis* a lo largo de un amplio periodo, en

* Universidad Autónoma de Aguascalientes.

este caso, de 60 años (de 1950 a 2010).¹ Se emplean además estadísticas de varias encuestas sociodemográficas de hogares, pero sólo en relación con el año 2010 para hacer comparaciones con los datos censales. En este sentido, la información de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010 que se incorpora en este trabajo sólo se refiere a cifras agregadas sobre jóvenes que no van a la escuela ni tienen trabajo, y sirven para apreciar sus niveles de coincidencia con los datos censales y corroborar la estimación de la cantidad de ninis en 2010. Estas comparaciones entre información de la ENJ 2010 y los datos censales (y de otras encuestas) también permiten valorar la calidad de las estimaciones de la Encuesta Nacional de Juventud, al menos para los conceptos involucrados.

En este trabajo se identifica a los ninis como aquellos jóvenes de 14 a 29 años de edad que no asisten a la escuela ni tienen trabajo (no desarrollan actividades para generar oferta de bienes y servicios). Esta definición es la más generalizada, de mayor facilidad para su medición y se ha usado con los datos de la ENJ 2010 (Arceo y Campos, 2011; Jardón, 2011; Navarro, 2012), aunque algunos autores no consideran esta definición como la más adecuada (Negrete y Leyva, 2013; Inegi, 2014; Leyva y Negrete, 2014).

Cantidades de ninis de 1950 a 2010

Actualmente, la cantidad de jóvenes que no estudian ni trabajan se encuentra entre los siete y los ocho millones, y representa alrededor de 25% de todos los jóvenes o personas de 14 a 29 años cumplidos. Estas cifras provienen de las fuentes de datos más confiables que existen en nuestro país para la medición de fenómenos sociales, demográficos y económicos.

¹ Existen otros estudios que también han analizado numéricamente la trayectoria temporal de los jóvenes que no trabajan y no estudian, pero se han enfocado al periodo 1990 o 2000 al 2010 (Arceo y Campos, 2011; Conapo, 2011; Jardón, 2011).

La Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 2009 indica que asciende a 21.1% el porcentaje de jóvenes de 14 a 29 años que ni estudian ni trabajan (6.722 millones de ninis frente a 30.385 millones de jóvenes), y la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), en el tercer trimestre de 2010 estimó en 23.3% la frecuencia de ninis (7.129 millones de un total de 30.626 millones de jóvenes). Por su parte, la ENJ 2010 señala que la proporción de jóvenes asciende a 23.9%, de acuerdo con el cuestionario para todos los residentes del hogar (7.665 millones de ninis respecto a 32.077 millones de jóvenes de 12 a 29 años),² mientras que el Censo de Población y Vivienda 2010 establece en 26.1% la proporción de jóvenes que no laboran ni van a la escuela, debido a que se contabilizaron 8.325 millones de ninis entre los 31.858 millones de jóvenes de 14 a 29 años.

Como se aprecia con estas cifras, todas las fuentes establecen aproximadamente la misma magnitud sobre esta situación, no obstante las ligeras variaciones entre ellas para algunos aspectos, como el momento preciso de recabar la información, el esquema de muestreo empleado, el concepto de condición actividad económica que fue aplicado y la eficiencia del trabajo de campo. El número de jóvenes involucrados en estos porcentajes supera los siete millones en todas las fuentes de datos para el año 2010, lo que pone de relieve la importancia de este fenómeno social, entre otras cosas, por su propio número y la cantidad de familias involucradas, y porque en este grupo de jóvenes se encuentran los que desertaron del sistema escolar y los que no han podido obtener un empleo remunerado.

Las mismas fuentes de datos indican que los jóvenes en estas circunstancias no se reparten equitativamente entre uno y otro sexo. La cantidad de mujeres que no asisten a la escuela ni realizan actividades económicas

² La ENJ 2010 se aplicó a una muestra de 28 113 hogares donde al menos uno de sus integrantes era un joven de 12 a 29 años de edad. Después de la ponderación, la ENJ 2010 estimó en 19.739 millones el número de hogares de este tipo. Según la muestra de 10% de viviendas del Censo de Población y Vivienda 2010, la cantidad de hogares con uno o más jóvenes ascendió a 87.681 millones.

supera notoriamente al número de hombres en las mismas condiciones: por cada joven del sexo masculino hay más de tres del femenino. Específicamente, la Enadid 2009 cuantifica en 9% para hombres y 35.2% para mujeres la frecuencia de ninis; con datos de la ENOE (tercer trimestre de 2010), estos porcentajes son de 10.7 y 35.3% respectivamente; la información de la ENJ 2010 ubica los mismos indicadores en 11.7 y 35.3%, y el censo de 2010 establece en 12.1 y 40% las proporciones de jóvenes del sexo masculino y femenino respectivamente que no estudian ni trabajan.

En forma similar, los jóvenes que no asisten a la escuela ni realizan actividades no se distribuyen conforme a su respectiva estructura por edades, sino que muestran una mayor presencia de estas circunstancias entre los tienen más años cumplidos. De esta forma, la información señala que el porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan se ubica entre 15 y 20% para los que tienen de 14 a 19 años de edad, alcanza entre 25 y 30% para los que tienen de 20 a 24 años, y alrededor de 30% entre quienes tienen edades de 25 a 29 años cumplidos.³

Con el propósito de agregar elementos para identificar causas, alcances y efectos del fenómeno social de los jóvenes que no trabajan ni estudian, se considera necesario, entre otras cosas, determinar la dimensión que éste ha tenido con el paso del tiempo, tanto para el universo de jóvenes mexicanos como para algunos subgrupos de jóvenes que ponen de relieve variaciones en aspectos sociales, demográficos y espaciales. Para el efecto, en este trabajo se aprovecha la información de los censos de población, que tienen cobertura nacional y se recaban cada diez años. Además, desde 1950, incluyen preguntas para documentar tanto la asistencia escolar como la participación en actividades económicas, las cuales permiten realizar comparaciones temporales, porque también desde 1950 se han utilizado similares conceptos y procedimientos de captación de información.

³ La frecuencia de jóvenes de ambos sexos que no estudian ni laboran para los tres grupos de edades, 14 a 19 años, 20 a 24 años y 25 a 29 años de edad, tuvieron respectivamente los siguientes valores: 16.6, 25.1 y 27.7% para la Enadid 2009; 16.7, 27.0 y 29.6% según la ENOE en su tercer trimestre de 2010; 16.0, 28.3 y 25.6% conforme la ENJ 2010, y 19.8, 29.9 y 31.5% de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2010.

Los tabulados que se han publicado con datos censales no contienen el cruce de las variables sobre asistencia escolar y participación económica, y por lo tanto, esos cuadros no incluyen el cálculo del grupo de personas que no laboran ni van a la escuela. Sin embargo, existen y se encuentran disponibles, en medios magnéticos, los archivos a escala de registro individual con las muestras de los cuestionarios usados en los censos de los años 1960, 1970, 1990, 2000 y 2010, así como muestras de las boletas empleadas en el Censo de Población y Vivienda 1995.⁴

De esta suerte, los datos e indicadores de los censos de población que se emplean en este trabajo son el resultado de procesar la información a escala de personas contenida en la muestra de cuestionarios seleccionados de cada censo. En el caso de los censos de 1960 y 1970 se trata de muestreos aleatorios simples de 1% de las boletas aplicadas.⁵ Para 1990 la muestra también es de 1% de las boletas censales, mientras que para los censos de los años 2000 y 2010 las muestras aleatorias alcanzaron 10% de cuestionarios.⁶

⁴ En esta serie no se consideran ni el Censo de Población y Vivienda 1980 ni el Censo de Población y Vivienda 2005. En el caso de este último, aunque existe una muestra de boletas, no hay información sobre la actividad económica de las personas porque no se incluyó este tema en los cuestionarios. En el caso del censo de 1980, no se construyó ningún archivo con muestras de la información recabada. Además, los datos de este censo resultan conceptualmente incomparables con los del resto de los procesos censales; por ejemplo, en este levantamiento de 1980 la definición de población residente se construyó a partir de la permanencia continua en el mismo domicilio al menos seis meses, en vez del concepto empleado por los otros censos mexicanos, basado en la identificación que cada persona hace sobre cuál es su residencia habitual (véase Corona, 1986).

⁵ Las bases de datos de las muestras del 1% de viviendas de los Censos de Población 1960 y 1970 se obtuvieron a través del proyecto Integrated Public Use Microdata Series, International (IPUMS-International), de la Universidad de Minnesota, que se dedica a recopilar, preservar, armonizar y distribuir datos censales de varios países, <<https://international.ipums.org/international/>>.

⁶ Las bases de datos de las muestras de los censos de 1990, 2000 y 2010 se encuentran disponibles en la página web del INEGI. Para el XI Censo de Población 1990, consúltese <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/accesomicrodatos/>>

En adición a los datos provenientes de las muestras censales, y con el propósito de facilitar la observación de tendencias con cantidades distanciadas invariablemente diez años en su referencia temporal, se completaron las series decenales de datos e indicadores que cubren el medio siglo que va de 1960 a 2010 mediante la incorporación de cifras estimadas para los años 1950 y 1980.⁷

Con esa información se estructuró el cuadro 6.1, que presenta las cantidades de jóvenes de 14 a 29 años de edad residentes en nuestro país en cada recuento censal desde 1950 hasta 2010, diferenciadas por sexo y por cada una de las cuatro categorías que se forman al cruzar las variables sobre asistencia escolar y condición de actividad económica, siendo una de ellas la que identifica a quienes no acuden a la escuela ni trabajan. Con esta información, se aprecia claramente que el número de ninis aumentó sistemática y considerablemente entre 1950 y 1990, de 4.24 millones a 8.51 millones respectivamente. En 1990 la cifra de jóvenes que no laboran ni estudian alcanzó su máximo histórico, para descender paulatinamente desde entonces, hasta llegar a 8.33 millones en 2010.

En cada fecha de referencia la cantidad de mujeres sin trabajo y sin asistir a la escuela supera en general en poco más del triple a los hombres en las mismas condiciones; sin embargo, las secuencias numéricas temporales asociadas a uno y otro sexo resultan diferentes. Por un lado, para

cpv1990/default.aspx>. Para el caso del XII Censo de Población y Vivienda del año 2000, <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/accesomicrodatos/cpv2000/default.aspx>>. Y para los datos de la muestra de 10% de viviendas del Censo de Población y Vivienda 2010, <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/accesomicrodatos/cpv2010/default.aspx>>.

⁷ Para el año 1980, las cifras de jóvenes se calcularon haciendo un promedio aritmético de las correspondientes cantidades asociadas a 1970 y 1990. Igualmente, para aprovechar los datos tabulados del Censo de Población 1950 sobre las variables asistencia escolar y actividad económica, se estimaron las cantidades asociadas al cruce de las mismas, entre ellas, la correspondiente al grupo de quienes no estudian ni trabajan. Tal estimación simplemente se calculó como valor esperado, de los elementos de la matriz en términos de los datos marginales, pero únicamente para los totales de jóvenes de uno y otro sexo.

las mujeres se observa una tendencia similar a lo indicado para el total, de hecho, ese total refleja la mayoritaria composición femenina de este fenómeno, es decir, primero un gran aumento de 1950 a 1990, rebasando el doble de su número inicial (de 3.21 en 1950 millones a 6.97 millones en 1990), y luego decrementos comparativamente menores, para llegar a 6.44 millones en 2010. Por otro lado, las cifras de jóvenes del sexo masculino que no laboran ni van a la escuela muestran una tendencia al ascenso a lo largo de los 60 años, pero irregular y de mucho menor cuantía que el incremento registrado por las mujeres: de 1.04 millones en 1950, a 1.54 millones en 1990, y a 1.89 millones de jóvenes varones de 14 a 29 años sin trabajo y sin asistencia escolar en 2010.

Si bien las cantidades absolutas de cualquier fenómeno social son irremplazables en todo análisis o diagnóstico, su comprensión debe complementarse con indicadores relativos, es decir, con tasas, índices o proporciones que marquen el nivel de ocurrencia del fenómeno y no se vean afectados por el tamaño del universo bajo estudio, sobre todo si se hacen comparaciones espaciales o temporales, como en este caso. Por ello, el cuadro 6.1 incluye la distribución porcentual de los jóvenes de uno y otro sexo, y de cada año conforme a las cuatro categorías señaladas, ya que la última, asociada al porcentaje de jóvenes que no trabajan ni estudian (respecto a su correspondiente total), muestra el peso relativo de los ninis respecto al total de jóvenes en cada momento y sexo, y puede considerarse una tasa de incidencia del fenómeno (no trabajar ni estudiar) para el universo poblacional y momento de referencia.

La revisión de este indicador determina una trayectoria de incidencia cada vez menor de jóvenes sin estudiar ni laborar, de 59.2% en 1960 a 26.1% en 2010 para el total de jóvenes, así como una acentuación de las anotadas diferencias entre sexos, pues desde 1970 la existencia del fenómeno es aproximadamente cuatro veces mayor entre las mujeres que entre los hombres.

Respecto al sexo femenino, la proporción de ninis pasó de 81.4% en 1960 a 66.6% en 1970, 52.2% en 1990 y 39.5% en 2010. Esto es, una reducción a la mitad de su intensidad durante los anteriores cincuenta años. Entre los varones, en cambio, la contracción del fenómeno fue con-

Cuadro 6.1
México: distribución absoluta y relativa de la población de 14 a 29 años
según la condición de actividad económica y asistencia escolar,
por sexo y año, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2010

Fuente de datos	Jóvenes de 14 a 29 años (en miles)						Jóvenes de 14 a 29 años (porcentajes)					
	Total	Actividad económica y asistencia escolar					Total	Actividad económica y asistencia escolar				
		SÍ ESTUDIAN, NO TRABAJAN	ESTUDIAN Y TRABAJAN	SÍ TRABAJAN, NO ESTUDIAN	NO TRABAJAN, NO ESTUDIAN (NINIS)	NO ESPECIFICADO		SÍ ESTUDIAN, NO TRABAJAN	ESTUDIAN Y TRABAJAN	SÍ TRABAJAN, NO ESTUDIAN	NO TRABAJAN, NO ESTUDIAN (NINIS)	NO ESPECIFICADO
Ambos sexos												
Censo 1950	7 547	585	220	2 500	4 242	-	100	7.7	2.9	33.1	56.2	-
Censo 1960	9 887	816	109	3 114	5 848	-	100	8.3	1.1	31.5	59.2	-
Censo 1970	13 293	2 051	416	5 147	5 678	-	100	15.4	3.1	38.7	42.7	-
Censo 1980	19 516	4 044	608	7 420	7 093	352	100	20.7	3.1	38.0	36.3	1.8
Censo 1990	25 740	6 036	799	9 693	8 508	704	100	23.4	3.1	37.7	33.1	2.7
Censo 2000	29 608	6 823	1 645	12 546	8 366	227	100	23.0	5.6	42.4	28.3	0.8
Censo 2010	31 858	9 530	1 459	12 184	8 325	361	100	29.9	4.6	38.2	26.1	1.1
Hombres												
Censo 1950	3 597	305	188	2 066	1 037	-	100	8.5	5.2	57.5	28.8	-
Censo 1960	4 786	444	76	2 571	1 695	-	100	9.3	1.6	53.7	35.4	-
Censo 1970	6 367	1 132	297	3 871	1 066	-	100	17.8	4.7	60.8	16.7	-
Censo 1980	9 375	2 062	399	5 447	1 302	166	100	22.0	4.3	58.1	13.9	1.8
Censo 1990	12 383	2 991	500	7 022	1 537	332	100	24.2	4.0	56.7	12.4	2.7
Censo 2000	14 214	3 289	986	8 310	1 520	109	100	23.1	6.9	58.5	10.7	0.8
Censo 2010	15 561	4 624	852	8 030	1 885	169	100	29.7	5.5	51.6	12.1	1.1
Mujeres												
Censo 1950	3 950	280	32	433	3 206	-	100	7.1	0.8	11.0	81.2	-
Censo 1960	5 100	361	33	543	4 153	-	100	7.3	0.6	10.6	81.4	-
Censo 1970	6 925	919	119	1 276	4 612	-	100	13.3	1.7	18.4	66.6	-
Censo 1980	10 141	1 982	209	1 973	5 791	186	100	19.5	2.1	19.5	57.1	1.8
Censo 1990	13 358	3 044	299	2 671	6 971	372	100	22.8	2.2	20.0	52.2	2.8
Censo 2000	15 394	3 535	659	4 237	6 846	118	100	23.0	4.3	27.5	44.5	0.8
Censo 2010	16 297	4 906	606	4 153	6 440	192	100	30.1	3.7	25.5	39.5	1.2

Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1960, 1970, 1990, 2000 y 2010 (estimaciones para 1950 y 1980, véase texto).

siderable sólo de 1960 a 1970, donde alcanzó 16.7% de jóvenes del sexo masculino que no laboran ni estudian, mientras que a partir de ese año y hasta el 2000 su ocurrencia relativa disminuye en forma lenta: 13.9% en 1980, 12.4% en 1990 y 10.7% en el 2000. Después se observa un repunte para 2010, cuando la proporción de ninis llegó a 12.1% (véanse líneas negras de las gráficas 6.1 y 6.2, para hombres y mujeres respectivamente).

Para apreciar de mejor forma el comportamiento temporal del fenómeno que nos ocupa, conviene revisar la trayectoria que siguieron los tres aspectos que determinan en forma directa el número y la proporción de jóvenes que no acuden a la escuela ni tienen actividades laborales: *i)* el crecimiento poblacional, *ii)* la cobertura del sistema educativo y *iii)* el empleo.

En cuanto al crecimiento poblacional, y como un reflejo de la dinámica demográfica general del país, el número de jóvenes tuvo un acelerado crecimiento, al punto de que la cantidad de población de 14 a 29 años prácticamente se cuadruplicó desde mediados del siglo pasado, al pasar de 7.55 millones en 1950 a 31.86 millones en 2010. La celeridad de este aumento fue similar en varones y en mujeres, que del año 1950 a 2010 se incrementaron de 3.60 millones a 15.56 millones entre los primeros, y de 3.95 millones a 16.30 millones entre las segundas; es decir, alrededor de 12 millones más de jóvenes para cada sexo.

Tal ampliación en el número de jóvenes impidió que el recién anotado ritmo de disminución de la intensidad con la que ocurre el fenómeno repercutiera en una reducción de la cantidad de ninis. En otros términos, el aumento poblacional superó los descensos de las proporciones de jóvenes que no estudian ni trabajan, de tal forma que su volumen aumentó en el periodo cubierto, sobre todo en el caso de las mujeres.⁸

⁸ Por ejemplo, la población femenina de 14 a 29 años en 1950 ascendió a 3.95 millones, de las cuales 81.2% eran ninis, por lo que había 3.21 millones de mujeres en estas condiciones; mientras que para el año 2010 la cantidad de jóvenes del sexo femenino se elevó a 16.30 millones, pero la proporción de ninis bajó a 39.5%, que al combinarse alcanzan un total de 6.44 millones de mujeres que no van a la escuela ni laboran, que es una cantidad que rebasa en más del doble los 3.21 millones que

En relación con el segundo aspecto, la cobertura del sistema educativo, debe recordarse que, además de elevar la escolaridad promedio de la población, en las últimas décadas el sistema educativo mexicano ha logrado considerables avances en cuanto a la ampliación de la oferta educativa, sobre todo en la formación básica, para la que se ha buscado el ideal de cobertura universal.

La información del cuadro 6.1 da cuenta de la magnitud de este esfuerzo, que se manifiesta por igual en hombres y mujeres: de porcentajes cercanos a 10% de jóvenes que estudiaban en 1950, la cobertura se elevó hasta casi 35% poco más de medio siglo después.⁹ Es decir, se triplicó en términos porcentuales la cobertura del sistema educativo no obstante el intenso crecimiento poblacional, lo que equivale, con el paso del tiempo, a mayores proporciones de quienes estudian respecto a mayores cantidades de jóvenes, y repercute en una notable ampliación de la cobertura educativa en términos absolutos, que avanza de 805 000 en 1950 a 10.989 millones de jóvenes que en 2010 asistían a la escuela.¹⁰

Respecto al tercer y último aspecto, la participación en la actividad económica, la información de los censos pone de manifiesto situaciones distintas para uno y otro sexo. En el caso de los hombres se observa una trayectoria con irregularidades menores, ubicadas alrededor de 60% de jóvenes con trabajo. Este grupo de jóvenes varones que trabajan se conforma por dos elementos: una parte minoritaria, los que laboran y acuden a la escuela, tiene porcentajes que varían pero muestran una propensión a elevarse, de poco más de 4% en los últimos 30 años del

había seis décadas antes. Es decir, el ritmo de aumento poblacional superó al de descenso de la proporción de ninis.

⁹ Sumando los datos del cuadro 6.1 sobre las proporciones de jóvenes que “sí estudian y no trabajan” y de los que “estudian y trabajan”, se obtiene la cantidad total de los que estudian, que para 1950 ascendió a 13.7% para varones y 7.9% para mujeres, y que para 2010 aumentó a 35.2 y 33.8% para las poblaciones masculina y femenina respectivamente.

¹⁰ Para ambos sexos la cifra total de jóvenes que van a la escuela (805 000 en 1950 y 10.989 millones en 2010) corresponde a la suma de los datos asociados a los rubros “sí estudian y no trabajan” y “estudian y trabajan” del cuadro 6.1.

siglo anterior a 6.9% en el 2000 y luego una disminución a 5.5% en 2010; Además, otra parte mayoritaria, los jóvenes que únicamente trabajan (sin asistir a la escuela), mantienen porcentajes cercanos a 60% con variaciones menores hasta el año 2000, y después una reducción para llegar a 51.6% en 2010.

Para la población femenina, en cambio, se observa un claro patrón de aumento en los niveles de empleo, tanto para las jóvenes que sólo trabajan, como para las que además asisten a la escuela, desde 11.2% en 1960 (10.6% más 0.6%) hasta 29.2% en 2010 (25.5% entre las que sólo trabajan más 3.7% de las que van a la escuela).

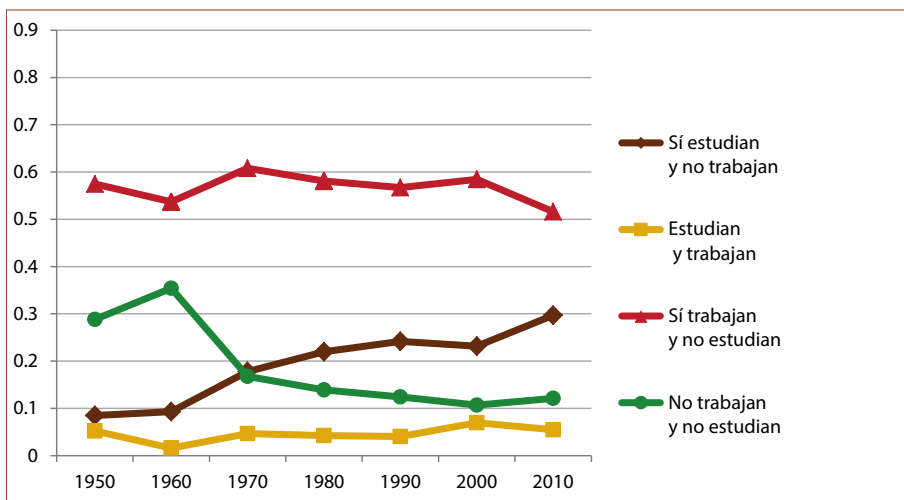
Considerando al mismo tiempo lo ocurrido con la cobertura escolar y con la participación económica, se puede mejorar la comprensión de los cambios en las proporciones de ninis, así como las diferencias de uno a otro sexo (véanse gráficas 6.1, 6.2 y cuadro 6.1).

Entre la población masculina y haciendo a un lado las irregularidades de las cifras asociadas a 1960, se tiene que el pausado descenso de las proporciones de ninis de 1970 a 2000, e inclusive su repunte de 2000 a 2010, se explica porque el aumento de la cobertura escolar es aminorado por la disminución de las proporciones de jóvenes que trabajan (véase gráfica 6.1).

Para la población femenina, en cambio, se puede señalar que la sistemática disminución de las proporciones de ninis en el último medio siglo obedece a la acción combinada de los constantes incrementos de la cobertura educativa y de la participación económica. Es decir, el declive de la frecuencia de ninis entre las mujeres, de más de 40 puntos porcentuales (desde 81.4% en 1960 hasta 39.5% en 2010), es un reflejo de que la asistencia escolar se elevó en más de 25 puntos porcentuales (de 7.9% en 1960 hasta 33.8% en el 2010) y de que la participación laboral aumentó poco menos de 20 puntos porcentuales (de 11.2% en 1960 hasta 29.2% en el 2010).¹¹

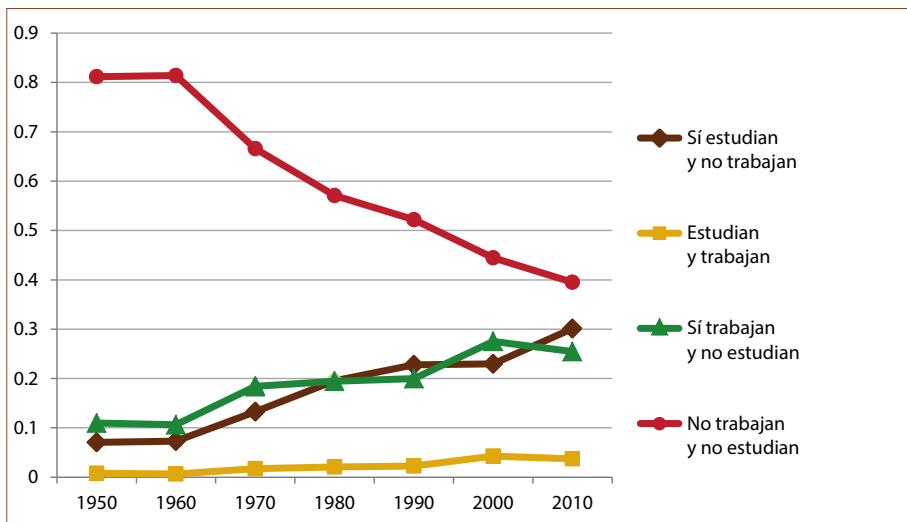
¹¹ Los porcentajes de cobertura escolar corresponden a la suma de las proporciones de quienes “sí estudian y no trabajan” más las jóvenes que “estudian y trabajan”; por ejemplo, para 2010 el anotado 33.8% es la adición de 30.1% más 3.7%. De forma

Gráfica 6.1
México: población masculina de 14 a 29 años de edad según la actividad económica
y asistencia escolar (proporciones), 1950-2010



Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1960, 1970, 1990, 2000 y 2010 (estimaciones para 1950 y 1980, véase texto).

Gráfica 6.2
México: población femenina de 14 a 29 años de edad según actividad económica
y asistencia escolar (proporciones), 1950-2010



Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1960, 1970, 1990, 2000 y 2010 (estimaciones para 1950 y 1980, véase texto).

Las actividades de los jóvenes se modifican a lo largo de su vida como tales. Entre otras cosas, la etapa de aprendizaje está más asociada con su cercanía a la niñez, mientras que la etapa del trabajo remunerado se hace más importante conforme se acercan a la edad adulta. En este sentido, resulta necesario considerar la variable edad para afinar el análisis anterior. Para ello, y en función de las etapas recién mencionadas, se estructuraron dos grupos de jóvenes según sus edades: uno de 14 a 19 años, y otro de 20 a 29 años de edad cumplida, y se calcularon sus correspondientes indicadores censales (véase el cuadro 6.2).

Para los varones en las edades de 20 a 29 años, las proporciones de ninis se mantuvieron desde 1960 en niveles bajos y casi sin variaciones (alrededor de 11%), debido esencialmente a sus elevadas tasas de participación económica (cerca de 75%), también casi constantes, pero con una ligera tendencia a la baja, que compensó el progresivo pero leve aumento de la asistencia escolar.

En contraste, en las edades de 14 a 19 años, los hombres tuvieron una persistente y significativa disminución en la frecuencia de quienes no tenían trabajo ni estudiaban (de 46.3% en 1960 y 21.8% en 1970 a 12.8% en 2010), la cual se comprende por el aumento y cada vez mayor presencia, de los que únicamente se dedicaron a estudiar (de 17.7 a 55.6% en el transcurso del medio siglo abordado), que superó ampliamente la menor disminución de los porcentajes de jóvenes que únicamente tenían trabajo (de 40 a 30% aproximadamente).

En la población femenina y para la primera parte de su juventud (14 a 19 años), el efecto de la ampliación de la cobertura educativa es lo que determina, como en el caso de los varones de las mismas edades, la drástica disminución de la frecuencia de quienes no estudian ni laboran: de 75 y 55.4% en 1960 y 1970 a 31.1 y 26.8% en los años 2000 y 2010. En estas primeras edades la inserción de los jóvenes en el mercado laboral prácticamente no interviene en el decremento de ninis, pues tiene

similar, las proporciones de mujeres que participan en la actividad económica en cada año de referencia equivalen a la suma de “sí trabajan y no estudian” más “estudian y trabajan”.

Cuadro 6.2
México: población de 14 a 29 años (jóvenes), por condición de actividad económica
y asistencia escolar, según sexo, grupo de edad y año,
1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2010

Fuente de datos	Jóvenes de 14 a 29 años						
	Total (cantidad en miles)	Actividad económica y asistencia escolar (porcentajes)					
		TOTAL (%)	SÍ ESTUDIAN, NO TRABAJAN	ESTUDIAN Y TRABAJAN	SÍ TRABAJAN, NO ESTUDIAN	NO TRABAJAN, NO ESTUDIAN (NINIS)	NO ESPECIFICADO
Hombres de 14 a 19 años							
Censo 1960	2 178	100.0	17.7	1.8	34.2	46.3	-
Censo 1970	2 983	100.0	32.4	4.7	41.2	21.8	-
Censo 1980	4 350	100.0	39.4	3.7	37.7	16.8	2.5
Censo 1990	5 717	100.0	43.1	3.1	35.9	14.2	3.7
Censo 2000	6 038	100.0	45.0	8.0	34.0	12.2	0.8
Censo 2010	6 632	100.0	55.6	5.8	25.0	12.8	0.8
de 20 a 29 años							
Censo 1960	2 607	100.0	2.3	1.4	70.0	26.3	-
Censo 1970	3 385	100.0	4.9	4.7	78.1	12.3	-
Censo 1980	5 025	100.0	6.9	4.8	75.8	11.4	1.2
Censo 1990	6 666	100.0	7.9	4.8	74.6	10.9	1.8
Censo 2000	8 176	100.0	7.0	6.2	76.5	9.6	0.7
Censo 2010	8 929	100.0	10.5	5.3	71.4	11.6	1.3
Mujeres de 14 a 19 años							
Censo 1960	2 178	100.0	14.7	0.7	9.5	75.0	-
Censo 1970	2 983	100.0	24.8	2.1	17.7	55.4	-
Censo 1980	4 350	100.0	36.4	1.8	14.8	44.6	2.3
Censo 1990	5 717	100.0	42.5	1.7	13.4	38.9	3.5
Censo 2000	6 038	100.0	46.3	4.6	17.2	31.1	0.7
Censo 2010	6 632	100.0	58.9	3.4	10.2	26.8	0.8
de 20 a 29 años							
Censo 1960	2 607	100.0	1.5	0.6	11.5	86.4	-
Censo 1970	3 385	100.0	3.6	1.4	19.1	75.9	-
Censo 1980	5 025	100.0	5.8	2.2	23.2	67.3	1.5
Censo 1990	6 666	100.0	6.9	2.7	25.3	62.9	2.2
Censo 2000	8 176	100.0	7.2	4.0	34.5	53.5	0.8
Censo 2010	8 929	100.0	10.5	4.0	35.9	48.2	1.5

Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1960, 1970, 1990, 2000 y 2010 (estimaciones para 1950 y 1980, véase texto).

una incidencia comparativamente menor (más o menos 15%) y cambios leves al paso del tiempo que no marcan rumbo alguno.

Para las edades mayores (20 a 29 años), en el caso de las mujeres también se produjo una rápida caída en las proporciones de ninis, desde 96.4% en 1960 hasta 48.2% en 2010, aunque de menor envergadura y siempre a mayores niveles de incidencia que lo observado para cuando las jóvenes tenían menos de 20 años de edad. Este decremento de mujeres ninis es consecuencia directa de la cada vez mayor participación femenina en el mercado laboral (de 11.05% en 1960 se elevó a 35.9% en 2010), aunque también influyó, en el mismo sentido pero en menor medida, el aumento de la asistencia escolar entre las jóvenes mayores de 20 años (de únicamente 1.5% en 1960 a 10.5% en 2010).

En suma, la frecuencia relativa de quienes no trabajan ni van a la escuela, siempre con mayor intensidad entre las mujeres, tuvo una notoria disminución durante las cinco décadas anteriores entre los jóvenes de uno y otro sexo menores de 20 años, como consecuencia de la ampliación de la cobertura educativa. De los 20 a los 29 años, en cambio, la frecuencia de ninis entre los varones permaneció en bajos niveles con pocas variaciones debido a su extensa y estable participación en actividades económicas, mientras que entre las mujeres, la incidencia del fenómeno se redujo sensiblemente por efecto de la creciente incorporación femenina al mercado de trabajo.

El perfil de los ninis de 1970 a 2010

Una vez establecida la dimensión general del fenómeno y sus variaciones temporales, en lo que sigue se presenta una caracterización socioeconómica de los jóvenes que no van a la escuela ni tienen trabajo, así como sus correspondientes modificaciones con el paso de los años. Esto se realiza debido a la posibilidad que brindan los datos censales para establecer perfiles generales de la población, para analizar lo sucedido en amplios periodos, por su periodicidad decenal y comparabilidad en aspectos metodológicos y conceptuales básicos (al menos en los últimos

censos mexicanos), así como por la señalada disponibilidad de archivos con información detallada referida al último medio siglo.

Para tal efecto, se calculó la frecuencia relativa de ninis en subgrupos de población conformados por compartir los rasgos que definen las categorías de algunas variables. Estas variables, que en conjunto y de manera aproximada y general dan cuenta de la situación social y económica de las personas, se ubican en cuatro ámbitos de la vida: la familia, la educación, las condiciones materiales de vida y el lugar de residencia.

La dimensión familiar comprende cinco variables: *i*) relación de parentesco con el jefe del hogar; *ii*) situación conyugal; *iii*) condición de haber tenido hijos nacidos vivos, que aplica sólo a las mujeres; *iv*) existencia o no de tener hijos propios menores de 5 años en el hogar, que es una variable similar a la anterior pero válida para uno y otro sexo, y *v*) condición de dedicarse a los quehaceres domésticos.

El aspecto educativo lo componen dos variables: por una parte, la condición de hablar lengua indígena, como una aproximación práctica a la pertenencia a un grupo indígena y como identificador de quienes tienen mayores dificultades para acceder a la educación formal y para obtener conocimientos asociados a la vida moderna; y por otra parte, el nivel educativo, que entre otras cosas da cuenta de la preparación formal que tienen los jóvenes para acceder con mayor o menor facilidad a empleos estables y bien remunerados.

La dimensión sobre el estado de bienestar de los jóvenes se aborda en forma aproximada mediante tres variables: *i*) el hacinamiento en el hogar, medido por el número de personas por dormitorio; *ii*) la calidad de la vivienda, a través de un índice que combina linealmente diez rasgos de la vivienda, referentes a su propiedad, materiales, servicios y algunos bienes,¹² y *iii*) los ingresos mensuales del hogar, mediante la

¹² El índice se establece para cada hogar mediante la suma de los valores asignados a diez aspectos de la vivienda, a los cuales les corresponde el dígito uno cuando la respuesta fue positiva a la pregunta donde se indagó sobre su existencia, y un cero en caso negativo. Los diez aspectos fueron: *i*) propiedad de la vivienda por parte de algún miembro del hogar; *ii*) cemento u otro recubrimiento como material del piso; *iii*) cuarto para cocinar independiente de los dormitorios; *iv*) gas o electrici-

agrupación de los hogares en cuartiles de forma independiente cada año de referencia, a fin de eliminar los cambios del poder adquisitivo del peso mexicano ocurridos durante las décadas de referencia.

Por último, el lugar de residencia se aborda con cuatro variables, dos de ellas relativas al tamaño de la localidad de residencia en términos del número de sus habitantes¹³ y otras dos variables a través de la agrupación de entidades federativas de acuerdo a la intensidad del fenómeno de los ninis a lo largo de las cuatro décadas.

A diferencia de todas las otras variables sobre lugar de residencia, donde sus categorías responden a la forma en que se manifiesta el aspecto social involucrado, y entonces se observa qué ocurre con los ninis, en el caso de las dos agrupaciones de entidades federativas las categorías se estructuraron en función de la frecuencia relativa de ninis. Así, en la primera de estas variables se formaron tres conjuntos: en el grupo 1 se incluyeron las diez entidades con menores proporciones de ninis durante todo el periodo,¹⁴ en el grupo 3 los diez estados con más intensidad del fenómeno en los 40 años,¹⁵ y en el grupo intermedio se ubicó el resto de

dad como combustible para cocinar; *v*) y *vi*) tenencia de dos bienes (radio y televisión), y *vii*) a *x*) disponibilidad en la vivienda de cuatro servicios (electricidad, agua entubada, sistema de aguas residuales y excusado).

Una vez calculado el índice, se estructuraron cuatro niveles: bajo, para hogares con índice del 0 al 5; regular, índice igual a 6 o 7; medio, índice igual a 8 o 9, y alto, con hogares que alcanzaron el 10 como valor del índice. El valor de este índice se calculó con el mismo procedimiento para los cuatro censos involucrados, con lo que también permite observar el aumento generalizado de las condiciones de la vivienda con el paso de los años.

¹³ Primero la distinción ampliamente utilizada entre rural y urbano de acuerdo con el límite de los 2 500 habitantes, y luego un agrupamiento de localidades en cuatro conjuntos según sus habitantes, que distingue las localidades no urbanas (rurales y de 1 500 a 14 999 habitantes) y las ciudades en medias y grandes (de 15 000 a 99 999 residentes las primeras, y de cien mil habitantes y más las segundas).

¹⁴ El grupo 1 se compone por Aguascalientes, Baja California, Baja California Sur, Colima, Ciudad de México, Jalisco, Morelos, Nuevo León, Querétaro y Sonora.

¹⁵ El grupo 3 incluye a Chiapas, Durango, Guanajuato, Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Tabasco, Veracruz y Zacatecas.

entidades.¹⁶ La segunda agrupación de entidades federativas no abarca las 32 entidades, sino únicamente siete: tres de ellas por estar entre las que tuvieron menores proporciones de jóvenes que no trabajan ni estudian, pero que además tienen alta concentración de su población en zonas urbanas (Baja California, CDMX y Nuevo León), y los otros cuatro estados por ser los de mayor frecuencia de niñas y mayores proporciones de población rural e indígena (Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Puebla).

Las proporciones de jóvenes que no estudian ni laboran asociadas a estas variables se presentan en el cuadro 6.3, para los ámbitos familiar y educativo, y en el cuadro 6.4 para las otras dos dimensiones. Estas proporciones se muestran por separado para uno y otro sexo debido a la frecuencia mucho mayor de niñas entre la población femenina, así como al desigual patrón temporal, de considerable disminución de las proporciones de quienes no estudian ni laboran entre las mujeres, y leve tendencia a la baja en la intensidad del fenómeno para los varones (con incrementos en la última década). Estos cuadros no contienen cifras del Censo de Población 1960 porque en su cuestionario no se incluyeron algunas de las preguntas requeridas para cuantificar las variables recién mencionadas; los cuadros, entonces, se refieren a los censos de 1970, 1990, 2000 y 2010.

Para las mujeres se observan diferencias sistemáticas entre las categorías de las cinco variables consideradas en este ámbito familiar. Los valores más altos corresponden al parentesco de “esposa o compañera” (de 89.9 a 69.8% de mujeres niñas en el lapso bajo observación); a la situación conyugal de “casada o unida” (de 88.5 en 1970 a 70.2% de mujeres niñas en 2010); al grupo de quienes sí han tenido hijos (87.8% a 65.5% de 1970 a 2010); a las jóvenes que conviven con hijos propios en el hogar (89.4% en 1970 a 68.6% sin trabajo y sin estudiar en el año 2010), y a las mujeres dedicadas a los quehaceres domésticos (más de 95% que no trabajaban ni estudiaban en todo el periodo).¹⁷

¹⁶ El grupo 2 lo constituyen Campeche, Coahuila, Chihuahua, Hidalgo, Estado de México, Nayarit, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sinaloa, Tamaulipas, Tlaxcala y Yucatán.

¹⁷ Las elevadas proporciones de niñas entre las jóvenes que declaran dedicarse al hogar son prácticamente el resultado de la forma como se recaba la información

Cuadro 6.3
México: porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan según aspectos demográficos y sociales, por sexo y año, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010

Dimensiones, variables y categorías		Jóvenes que no estudian ni trabajan (porcentaje respecto al total de cada categoría)									
		HOMBRES (14 A 29 AÑOS)					MUJERES (14 A 29 AÑOS)				
		1970	1980	1990	2000	2010	1970	1980	1990	2000	2010
Demográfica	Total	16.7	14.7	12.7	10.8	12.2	66.6	60.2	53.7	44.8	40.0
	Edades										
	14 a 19 años	21.8	18.2	14.6	12.3	12.9	55.4	47.9	40.3	31.3	27.0
	20 a 24 años	14.5	13.4	12.3	10.8	12.8	72.1	66.4	60.6	50.9	46.7
25 a 29 años	9.6	9.6	9.7	8.4	10.6	80.5	74.7	68.9	57.3	51.4	
Familiar	Parentesco con el jefe del hogar										
	Jefe del hogar	5.9	6.4	6.8	5.3	6.3	54.9	50.0	45.2	41.2	34.5
	Esposa(o) o compañera(o)	34.5	22.8	11.0	10.3	14.6	89.9	87.6	85.3	75.0	69.8
	Hijo(a)	21.2	18.1	14.9	12.8	13.7	51.3	44.1	36.9	28.2	25.3
	Otro relación (pariente o no pariente)	15.5	13.7	12.0	10.7	13.2	38.8	42.7	46.7	46.0	49.1
	Situación conyugal										
	Soltero (a)	20.6	17.7	14.7	12.7	14.0	48.3	40.7	33.1	23.8	20.8
	Casado(a) o unido(a)	7.7	7.9	8.1	6.5	8.0	88.5	86.0	83.5	74.6	70.2
	Otro	22.6	18.8	14.9	12.7	13.2	61.6	54.9	48.3	35.4	35.3
	¿Ha tenido hijos nacidos vivos?										
	No						52.2	14.0	36.8	27.8	24.2
	Sí						87.8	19.4	81.5	70.9	65.5
	Niños propios de 0 a 4 años en el hogar										
	No	19.4	16.7	14.0	16.7	12.7	54.3	48.4	42.4	31.9	28.5
	Sí	7.0	13.2	19.4	14.0	12.0	89.4	86.7	83.9	73.7	68.6
	¿Se dedica a los quehaceres del hogar?										
	No	14.5	13.1	11.7	10.4	11.5	11.3	9.8	8.2	15.7	7.9
Sí	89.1	90.5	91.8	89.6	85.6	96.4	96.7	97.0	97.6	97.5	
Educativa	¿Habla lengua indígena?										
	Sí habla lengua indígena	14.6	13.8	13.1	10.2	12.1	79.4	77.6	75.8	56.6	56.7
	No habla lengua indígena	16.9	14.8	12.7	10.8	12.3	65.5	58.9	52.2	44.0	38.8
	Nivel escolar										
	Ninguno	30.8	27.7	24.7	28.7	36.0	84.2	85.4	86.7	76.8	80.1
	Primaria incompleta (1 a 5 años)	13.9	15.1	16.3	15.3	18.3	70.9	75.3	79.7	67.5	67.2
	Primaria completa únicamente (6 años)	16.8	16.7	16.7	15.6	18.1	60.8	66.5	72.3	65.8	67.8
Secundaria (7 a 9 años de estudio)	9.7	10.4	11.2	9.9	12.4	32.8	36.8	40.8	42.6	43.7	
Al menos un año de preparatoria (10 y más)	8.9	7.9	6.9	6.0	8.8	31.9	28.3	24.6	24.7	25.6	

Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1960, 1970, 1990, 2000 y 2010 (estimaciones para 1950 y 1980, véase texto).

El orden que de acuerdo con su correspondiente porcentaje ocupa cada categoría en las cinco variables se mantiene en todo el periodo. También se aprecia una disminución de ninis semejante a la que ocurre para todas las jóvenes a lo largo de los 40 años.

Consideradas simultáneamente, las anteriores indicaciones delimitan el conocido perfil general de los ninis. Se trata mayoritariamente de amas de casa jóvenes, casadas (o unidas), con al menos un hijo, que tienen un hogar propio en donde juegan el papel de esposa y conviven con sus hijos, y que declaran abiertamente dedicarse a los quehaceres domésticos. Por su parte, las muy bajas proporciones de hombres jóvenes que no trabajan ni estudian cuando son jefes de hogar, cuando están casados y (menos acentuado) cuando tienen hijos en su casa, permiten suponer que obedece en gran medida a la necesidad que tienen de trabajar los jóvenes varones que son parejas de las mujeres ninis.

La variable sobre lengua indígena no señala desviaciones del promedio en el caso de los hombres, es decir, los jóvenes indígenas y los no indígenas tienen las mismas proporciones de ninis. En cambio, para la población femenina la frecuencia de quienes no van a la escuela ni laboran resulta invariablemente más elevada entre las que sí hablan alguna lengua indígena (79.4% en 1970 a 56.7% de ninis en 2010), que entre las jóvenes ajenas al mundo indígena (65.5 a 38.8% de ninis entre 1970 y 2010), siguiendo además en ambas categorías la misma trayectoria descendente.

en las boletas censales (y también en los cuestionarios de las encuestas en hogares), una situación del todo anticipada, ya que se hace una pregunta sobre la actividad la semana anterior y se leen sucesivamente las posibles respuestas hasta que el entrevistado conteste afirmativamente, siendo éstas las siguientes (en este orden): ¿La semana pasada... (nombre de la persona)... (1)... *trabajó (por lo menos una hora)?*, (2)... *tenía trabajo pero no trabajó?*, (3)... *buscó trabajo?*, (4)... *es pensionado o jubilado?*, (5)... *es estudiante?*, (6)... *se dedica a los quehaceres del hogar?*, (7)... *tiene alguna limitación física permanente?*, (8)... *estaba en otra situación diferente a las anteriores*. Esto también explica los reducidos números de ninis que encuentran algunos trabajos donde se eliminan los que se dedican a los quehaceres domésticos, los que buscaron trabajo y los que tienen limitaciones físicas.

Cuadro 6.4
México: porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan según
las condiciones socioeconómicas y lugar de residencia, por sexo y año 1970-2010

Variables y categorías	Hombres (14 a 29 años)					Mujeres (14 a 29 años)				
	1970	1980	1990	2000	2010	1970	1980	1990	2000	2010
Total	16.7	14.7	12.7	10.8	12.2	66.6	60.2	53.7	44.8	40.0
Condiciones materiales de vida										
Hacinamiento (personas por dormitorio)										
Menos de 2			10.3	8.9	11.1			37.1	30.9	25.0
2 a 2.99			11.8	10.8	12.3			46.6	40.9	38.6
3 a 3.99			12.8	11.2	12.7			57.4	53.0	51.3
4 y más			14.8	12.7	13.7			66.3	58.3	55.8
Vivienda (nivel de calidad)¹										
Bajo	18.3	17.1	15.9	14.3	15.3	78.3	76.4	74.6	64.3	61.6
Regular	15.4	14.8	14.2	12.5	13.9	65.0	62.8	60.6	55.5	51.8
Medio	14.8	12.9	11.0	9.5	11.6	55.2	50.6	45.9	41.0	38.1
Alto	14.3	11.9	9.5	8.4	10.8	42.0	37.7	33.4	28.1	26.8
Cuartiles de ingresos familiares										
1 ^{er} cuartil (menores ingresos)	22.2	17.7	13.1	12.9	15.6	81.1	75.2	69.3	59.2	50.1
2 ^o cuartil	16.3	13.3	10.4	9.5	12.4	75.7	68.8	61.9	56.2	50.0
3 ^{er} cuartil	13.0	11.0	9.0	7.9	10.2	67.4	55.7	44.0	39.0	38.5
4 ^o cuartil (mayores ingresos)	10.3	8.5	6.7	5.3	7.1	45.0	38.5	31.9	23.2	24.4
Lugar de residencia										
Localidad de residencia										
Rural (menos de 2 500 habitantes)	19.2	18.4	17.5	15.7	14.7	79.2	78.2	77.2	63.5	56.3
Urbano (2 500 y más habitantes)	15.0	13.0	11.0	9.2	11.5	58.7	52.3	45.8	39.0	35.0
Localidad de residencia (número de habitantes)										
1 a 2 499 habitantes			17.5	15.7	14.7			77.2	63.5	56.3
2 500 a 14 999			15.4	12.1	12.9			61.1	50.3	44.4
15 000 a 99 999			12.1	9.7	11.5			49.7	41.9	37.3
100 000 o más			9.4	8.4	11.1			40.4	35.1	31.3
Regiones²										
Grupo 1	12.7	11.7	10.7	9.4	11.9	56.8	50.4	44.1	37.4	33.1
Grupo 2	17.5	15.0	12.4	10.6	12.4	69.2	60.5	51.8	43.9	39.0
Grupo 3	19.8	17.2	14.7	12.1	12.4	73.6	68.6	63.6	51.6	46.1
Grupos de entidades federativas										
BC, CDMX, NL	11.2	10.4	9.5	8.7	11.6	51.3	45.2	39.0	34.4	31.3
Chis, Gro, Oax, Pue	20.0	16.9	13.9	10.6	11.3	73.1	69.1	65.0	52.1	47.8

¹ Se trata de un índice que combina linealmente diez rasgos de la vivienda: propiedad de la vivienda por parte de algún miembro del hogar, material del piso, cuarto para cocinar, combustible para cocinar, tenencia de dos bienes (radio y televisión), y disponibilidad de cuatro servicios (electricidad, agua entubada, sistema de aguas residuales y excusado).

² Grupo 1: Ags, BC, BCS, Col, CDMX, Jal, Mor, NL, Qro y Son; grupo 2: Camp, Coah, Chih, Hgo, Méx, Nay, QR, SLP, Sin, Tamps, Tlax y Yuc; grupo 3: Chis, Dgo, Gto, Gro, Mich, Oax, Pue, Tab, Ver y Zac.

Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1970, 1990, 2000 y 2010. Para 1980 se calcularon como promedio simple de los valores de 1970 y 1990.

En cuanto a la educación, la revisión de las proporciones de jóvenes que no estudian ni trabajan en los distintos niveles escolares dan cuenta de que en todas las categorías se mantiene la mayor frecuencia de ninis entre la población femenina, y al mismo tiempo pone de relieve diferencias notables según la escolaridad: se observa, para uno y otro sexo y para los cuatro años de referencia, que la intensidad del fenómeno aumenta conforme disminuye la escolaridad; por ejemplo, las proporciones de mujeres que no van a la escuela ni laboran para 2010 van de 80.1% entre quienes no han terminado ningún año de escuela, hasta 25.6% entre las jóvenes que al menos han cursado un año de preparatoria o equivalente; en estos mismos niveles y también para 2010 los porcentajes de ninis hombres ascendieron a 36.0 y 8.8% respectivamente.

Las proporciones por nivel educativo de quienes no trabajan ni acuden a la escuela también muestran un comportamiento temporal que sólo ocurre con esta variable. Se trata de que en cada nivel educativo y para uno y otro sexo las frecuencias de ninis se mantienen prácticamente invariables a lo largo de los 40 años; por ejemplo, las mujeres con algún grado de secundaria como máximo tienen porcentajes de ninis que van de 32.8% en 1970 a 40.8% en 1990 y 42.6% en 2000, y a 43.7% en 2010; y las frecuencias de ninis entre que alcanzaron al menos un año de preparatoria (o equivalente) ascendieron a 31.9% en 1970, 24.6% en 2010 y 25.6% en el año 2010.

En cuanto a la dimensión sobre las condiciones materiales de vida, las tres variables consideradas muestran claramente una pauta para la frecuencia de ninis, que consiste en que los mejores niveles de bienestar tienen invariablemente menores porcentajes de jóvenes que no van a la escuela ni laboran.

Así, para la población femenina, las proporciones de ninis más bajas se encuentran asociadas a las que no tienen problemas de hacinamiento en su casa (25% en 2010), a las que habitan viviendas en mejores condiciones (26.8% para el nivel alto del índice en 2010), y a las que tienen mayores ingresos familiares (24.4% asociado al cuartil de mayores ingresos en 2010). Como un reflejo inverso, la mayor intensidad del fenómeno se presenta entre las categorías asociadas a la pobreza, es decir, cuando hay

más hacinamiento (55.8% de niñas del sexo femenino para 2010, por ejemplo), cuando es más bajo el nivel del índice de calidad de la vivienda (61.6% de niñas en 2010, por ejemplo) o cuando en el hogar se tienen menos ingresos (50.1% de mujeres que no trabajan ni estudian en 2010, por ejemplo). Esta pauta se aprecia para uno y otro sexo, pero con superior intensidad entre las mujeres, y ocurre en todos los años de referencia. Asimismo, los porcentajes de todas las categorías de las tres variables exhiben la indicada tendencia general a la baja, que se aprecia más claramente para la población femenina.

En lo referente a la distribución espacial, la información de las variables empleadas refuerza lo recién señalado sobre la relación directa entre la frecuencia de jóvenes niñas y las condiciones adversas de vida. En áreas rurales y localidades pequeñas, donde son más bajos los niveles de vida y más escasos los servicios públicos, la intensidad del fenómeno es mayor, mientras que en las zonas urbanas, y en especial en las ciudades más grandes, donde se tienen más oportunidades de desarrollo personal, las proporciones de jóvenes sin estudiar ni laborar son comparativamente menores. Por ejemplo, para 2010 la frecuencia de población femenina que no va a la escuela ni trabaja ascendió a 56.3% en las áreas rurales, a 44.4% en las pequeñas localidades (de 2500 a 14999 habitantes), a 37.3% en las ciudades menores (entre quince mil y cien mil habitantes) y a 31.3% en las ciudades con cien mil y más habitantes.

El mismo patrón se manifiesta con las proporciones asociadas a los grupos de entidades, ya que en aquéllas con índices de marginación más bajos, como la Ciudad de México, Nuevo León, Baja California, Baja California Sur y Aguascalientes, los porcentajes de jóvenes sin trabajar y sin estudiar son más reducidos. Lo contrario acontece en estados con elevados índices de pobreza. Esto ocurre a lo largo de las cuatro décadas bajo análisis, junto con un descenso, en todos los grupos de entidades, de los porcentajes de jóvenes niñas con el paso de los años semejante al de la totalidad de jóvenes. Como en otras variables, la intensidad del fenómeno es notoriamente más elevada entre la población femenina para todas las áreas geográficas consideradas.

Tomados en conjunto, los indicadores censales empleados permiten delinear los rasgos que distinguen al conjunto de jóvenes que no estudian ni trabajan. Por una parte, se trata principalmente de mujeres amas de casa, casadas, con hijos, esposas de los jefes (que son generalmente jóvenes que trabajan) y que se dedican a los quehaceres del hogar y a la atención de sus propios hijos.

Por otro lado, los indicadores también dieron cuenta de que si bien el fenómeno de los ninis ocurre en toda la sociedad mexicana, se encuentra asociado a la pobreza en el sentido de que la frecuencia de jóvenes que no trabajan ni van a la escuela se acentúa notoriamente en los estratos sociales de menores recursos económicos, donde la población tiene inferiores condiciones materiales de vida y menor escolaridad, y en los lugares de menor desarrollo económico, donde los servicios públicos son menos accesibles.

Además, la revisión de los porcentajes a lo largo de las décadas cubiertas señala la sistemática y notable mayor existencia de jóvenes sin trabajo y que no van a la escuela entre la población femenina que en la masculina: casi cuatro mujeres por un hombre. Esta supremacía femenina en el fenómeno se observa invariablemente en los diferentes estratos sociales, aspectos familiares, niveles educativos y lugares de residencia.

Asimismo, los datos establecen una persistente disminución de la intensidad del fenómeno al paso de los años, lo cual sucede con más celeridad entre las mujeres. La menor frecuencia de ninis con el avance del tiempo se produce en todos los ámbitos revisados, con la excepción del nivel educativo, donde los porcentajes de jóvenes que no trabajan ni van a la escuela de cada nivel se mantienen prácticamente invariables durante las cuatro décadas.¹⁸

Así, para las mujeres, en los cuatro años de referencia la frecuencia de ninis se mantuvo en poco más de 80% entre las jóvenes sin años esco-

¹⁸ Existe otra excepción: los sostenidos porcentajes de ninis, cercanos a 100%, entre las mujeres dedicadas a los quehaceres del hogar; lo anterior es una consecuencia del procedimiento usado en todos los censos para recabar información sobre la participación económica de la población (véase nota 12).

lares cursados, cerca de 70% para las que alcanzaron de uno a seis grados de primaria, en torno a 40% para las que tuvieron de uno a tres años de secundaria, y alrededor de 25% de ninis para las jóvenes que llegaron al menos a un año de preparatoria (véase cuadro 6.3).

El hecho de que las proporciones de jóvenes ninis se mantengan casi con el mismo valor en cada nivel educativo durante las cuatro décadas, es decir, tasas constantes por nivel, y que al mismo tiempo para la totalidad de jóvenes las proporciones de ninis disminuyan sistemáticamente durante el periodo,¹⁹ de 66.6 a 40% entre las mujeres y de 16.7 a 12.2% entre los varones, sólo es posible debido al acelerado aumento de la escolaridad entre los mexicanos, que prácticamente invirtieron su estructura por nivel educativo, al pasar de un aproximado de 60% de jóvenes con quinto de primaria como máximo grado de estudios en el año 1970, a 80% de jóvenes en 2010 con al menos un año cursado de secundaria.

Es decir, el avance del sistema educativo no sólo consistió en mejorar la cobertura escolar para la formación básica, sino en ampliar la oferta educativa en todos los niveles, de forma tal que se elevó notoriamente la escolaridad. Según los datos censales, la escolaridad promedio de los jóvenes de 14 a 29 años se incrementó durante los cuarenta años bajo referencia de 4.49 a 9.53 años de escuela cursados entre los hombres y de 3.90 a 9.75 años de estudio entre las mujeres.²⁰

El cuadro 6.5 contiene las tasas o porcentajes de jóvenes de uno y otro sexo que no estudian ni trabajan respecto al total de jóvenes en cada nivel educativo y año de referencia (que ya se habían presentado en el cuadro 3), junto a las estructuras por nivel educativo de la totalidad de hombres y mujeres jóvenes en los mismos años.

¹⁹ Salvo el repunte de 2000 a 2010 de 4.49 a 9.53 años (de 10.8 a 12.2%) en la población masculina.

²⁰ Una vez terminada la etapa de la juventud más asociada a la formación, se aprecia aún más el rápido aumento de la escolaridad. Por ejemplo, entre la población femenina, la escolaridad promedio de las jóvenes con 20 a 24 años de edad aumentó de 3.95 a 10.52 años de estudio, y entre las jóvenes con 25 a 29 años de edad, la escolaridad pasó de 3.38 a 10.22 años de estudio.

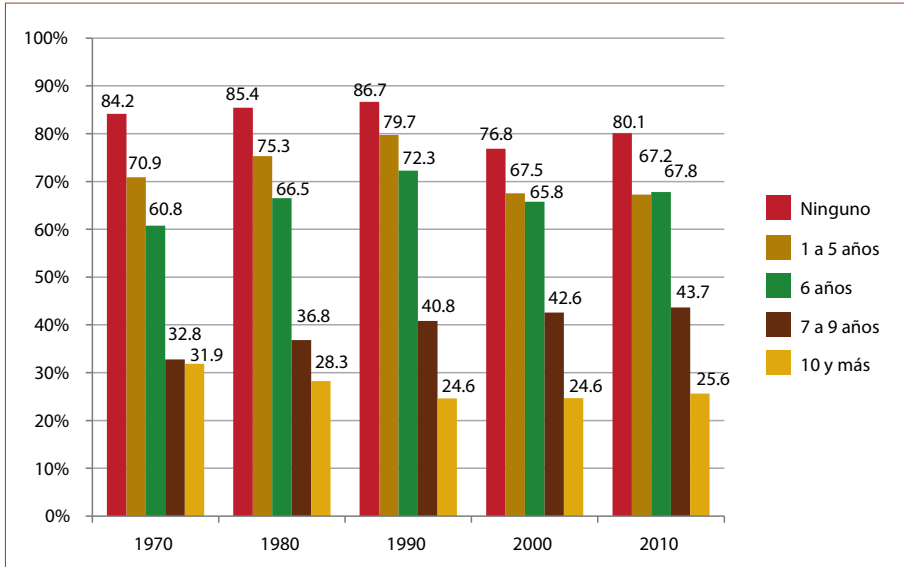
Esta información da cuenta del señalado cambio en la composición por nivel educativo de los jóvenes con el paso de los años junto con la casi invariabilidad de las frecuencias de ninis de cada nivel educativo durante el periodo, lo cual se aprecia con claridad al trasladar estos datos a las gráficas 6.3 y 6.4. Al relacionar estos datos, se advierte cómo ocurrió la disminución general de la frecuencia de jóvenes que no estudian ni trabajan.

Cuadro 6.5
México: porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan y distribución porcentual de jóvenes según nivel educativo, por sexo y año, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010

Sexo	Nivel escolar	Jóvenes que no estudian ni trabajan					Total de jóvenes				
		Porcentaje respecto al total de cada nivel en cada año					Estructura por nivel educativo (en porcentajes)				
		1970	1980	1990	2000	2010	1970	1980	1990	2000	2010
Hombres (14 a 29 años)	Total de hombres de 14 a 29 años	16.7	14.7	12.7	10.8	12.2	100	16	100	100	100
	Ninguno	30.8	27.7	24.7	28.7	36.0	19.4	12.4	5.3	2.8	1.7
	Primaria incompleta (1 a 5 años)	13.9	15.1	16.3	15.3	18.3	39.8	27.1	14.3	10.5	5.3
	Primaria completa únicamente (6 años)	16.8	16.7	16.7	15.6	18.1	19.3	19.9	20.4	17.0	11.2
	Secundaria (7 a 9 años de estudio)	9.7	10.4	11.2	9.9	12.4	12.9	24.9	36.9	38.9	40.7
	Al menos un año de preparatoria (10 y más)	8.9	7.9	6.9	6.0	8.8	8.6	15.8	23.0	30.7	41.1
Mujeres (14 a 29 años)	Total de mujeres de 14 a 29 años	66.6	60.2	53.7	44.8	40.0	100	100	100	100	100
	Ninguno	84.2	85.4	86.7	76.8	80.1	24.0	15.4	6.8	3.3	1.7
	Primaria incompleta (1 a 5 años)	70.9	75.3	79.7	67.5	67.2	39.8	27.6	15.3	10.4	4.6
	Primaria completa únicamente (6 años)	60.8	66.5	72.3	65.8	67.8	22.7	22.6	22.6	18.7	11.0
	Secundaria (7 a 9 años de estudio)	32.8	36.8	40.8	42.6	43.7	7.7	22.6	37.5	35.3	38.8
	Al menos un año de preparatoria (10 y más)	31.9	28.3	24.6	24.7	25.6	5.8	11.9	17.9	32.3	43.8

Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1970, 1990, 2000 y 2010. Para 1980 se calcularon como promedio simple de valores de 1970 y 1990.

Gráfica 6.3
México: mujeres jóvenes que no estudian ni trabajan (porcentaje respecto al total de cada nivel educativo), 1970, 1980, 1990, 2000, 2010

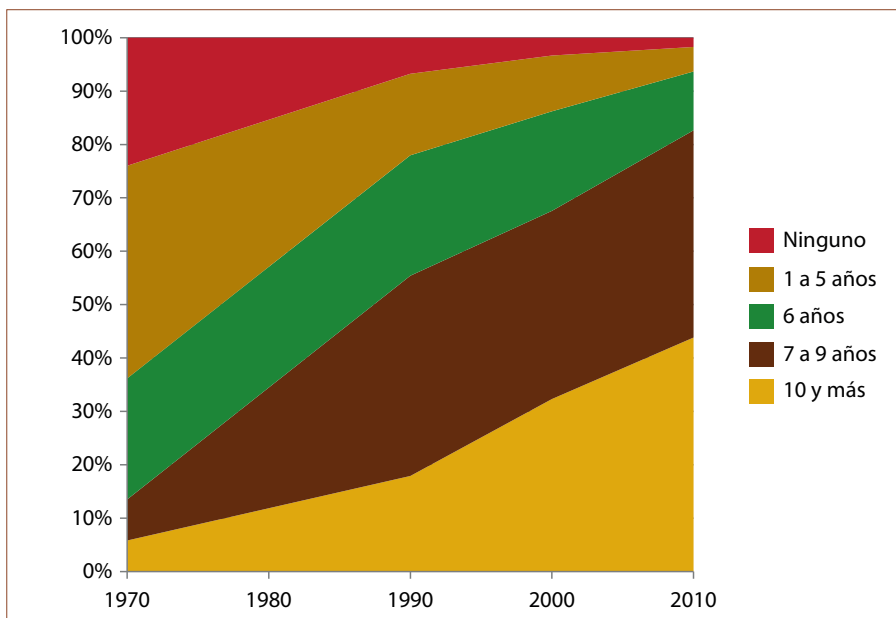


Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1970, 1990, 2000 y 2010. Para 1980 se calcularon como promedios simples de los valores de 1970 y 1990.

Por ejemplo, en el año 1970, a los altos porcentajes de población joven asociados a la escolaridad más reducida les corresponden las más altas frecuencias de ninis, mientras que en 2010 y también para los niveles bajos de escolaridad se tienen menores porcentajes de población joven (por el sensible cambio en la estructura por nivel educativo) pero las mismas frecuencias de ninis (porque no variaron). Es decir, la tasa (o proporción) general de incidencia de ninis disminuye para el año 2010, aunque se mantiene tal proporción en cada nivel educativo, por el aumento relativo de jóvenes con más educación y su consecuente decremento relativo en los niveles educativos más bajos (donde sigue operando una alta e invariable incidencia de ninis).

Así, podemos agregar como elemento final a este trabajo cuantitativo que la anotada disminución con el paso del tiempo de las proporciones de jóvenes que no estudian ni trabajan es únicamente reflejo del

Gráfica 6.4
México: distribución porcentual de las mujeres jóvenes según años de escolaridad, por año, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2010



Fuente: elaboración propia con base en las muestras de los censos de población de 1970, 1990, 2000 y 2010. Para 1980 se calcularon como promedios simples de los valores de 1970 y 1990.

aumento generalizado de la escolaridad entre los mexicanos durante las últimas décadas, pues las mujeres, que constituyen la gran mayoría del fenómeno, mantienen en cada nivel educativo y durante los cuarenta años sus mismos porcentajes de niñas, lo que parece indicar que en cada nivel educativo las mujeres conservan invariables sus formas de proceder frente a las actividades que desarrollan en su juventud y a sus patrones de comportamiento en el cuidado de sus hijos y la atención de sus hogares.

Referencias bibliográficas

Arceo, Eva y Raymundo Campos (2011), *¿Quiénes son los NiNis?*, Documento de trabajo, núm. VIII-2011, Serie Documentos de Trabajo,

- Centro de Estudios Económicos, El Colegio de México, <<http://cee.colmex.mx/documentos/documentos-de-trabajo/2011/dt20118.pdf>>.
- Consejo Nacional de Población [Conapo] (2011), “¿A qué se dedican los jóvenes en México? Análisis de la condición de actividad de la población de 14 a 29 años de edad”, *La situación demográfica de México 2011*, México, Conapo, pp. 26-40.
- Corona, Rodolfo (1986), *Evaluación de los datos censales de 1980. Población residente y migración en Baja California*, Tijuana, Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [Inegi] (2010), *Principales resultados del Censo de Población y Vivienda 2010*, Aguascalientes, Inegi.
- (2010), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 2009. Metodología y tabulados básicos [Enadid]*, Aguascalientes, Inegi.
- (2011), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2010*, Aguascalientes, Inegi.
- (2014), *Panorama de la población joven en México desde la perspectiva de su condición de actividad 2013*, Aguascalientes, Inegi.
- Jardón Hernández, Ana (2011), “Situación laboral de los jóvenes en México”, Monografías en *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, México, Imjuve-CRIM.
- Leyva, Gerardo y Rodrigo Negrete (2014), “NiNi: un término Ni pertinente Ni útil”, *Coyuntura Demográfica*, vol. 5, pp. 15-20, <<http://www.somede.org/coyuntura-demografica/index.php/numero-5/item/nini-un-termino-ni-pertinente-ni-util>>.
- Navarro Arredondo, Alejandro (2012), “Jóvenes, educación y perspectivas profesionales en México”, *Reporte CESOP*, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, Cámara de Diputados LXI Legislatura, núm. 53, abril, pp. 18-26.
- Negrete, Rodrigo y Gerardo Leyva (2013), “Los NiNis en México: una aproximación crítica a su medición”, *Realidad, Datos y Espacio*.

Revista Internacional de Estadística y Geografía, vol. 4, núm. 1, enero-abril, pp. 15-121.

Tuirán, Rodolfo y José Luis Ávila (2012), “Jóvenes que no estudian ni trabajan: ¿Cuántos son?, ¿quiénes son?, ¿qué hacer?”, *Este País*, núm. 251, marzo.

Capítulo 7

Trabajo doméstico e inactividad juvenil: un análisis de las experiencias vividas desde la perspectiva de género

Liliana Huerta Rodríguez*

lily0281@gmail.com

Introducción

Recientemente, diversos autores han señalado que existe un grupo de la población joven denominado *nini* porque *ni* estudia *ni* trabaja, que se encuentra en una situación de mayor vulnerabilidad frente a la falta de oportunidades y por la carencia de mecanismos de inclusión en instituciones de socialización e integración social (Saraví, 2004, 2009; Székely, 2012). En esta etapa de la vida se espera que los jóvenes asistan a la escuela para adquirir conocimientos y habilidades o que ingresen al mercado laboral para acumular experiencia y hábitos de trabajo para la edad adulta (Coloma y Vial, 2003; Tuirán y Ávila, 2012); sin embargo, aunque se ha incrementado la cobertura, el sistema educativo mexicano no ha podido retener a esta población porque para algunos, ante las desigualdades de oportunidades en el acceso a la educación, las diferencias en la calidad de la oferta educativa y la falta de opciones para ingresar a niveles más altos en distintas zonas geográficas, la educación no constituye un mecanismo para ascender en la escala social (Giorguli y Serratos, 2009; Solís, 2010).

Las restricciones del mercado laboral mexicano tampoco han permitido la incorporación de un numeroso grupo de jóvenes más escolarizado que las generaciones pasadas y que cada año busca empleo en el mercado formal. Algunos autores han mencionado que entre las estrategias que

* Universidad Nacional Autónoma de México.

los jóvenes utilizan para conseguir ingresos económicos, se encuentra su inserción al mercado informal de trabajo, pero también están propensos a recurrir a otras vías como la migración o actividades de carácter ilegal o delictivas (Pederzini, 2011; Székely, 2012; Vargas y Cruz, 2012).

Al respecto, Saraví (2009) considera que así como en algún momento para este grupo de personas, que están en plena etapa de formación y desarrollo, el trabajo se vio como una alternativa al sinsentido de la escuela, recientemente también han surgido otras alternativas al sinsentido del trabajo que están acotadas en las fronteras de la legalidad y que forman parte de una situación de exclusión social. Esto se evidencia sobre todo en los sectores económicos menos favorecidos de la sociedad; por lo tanto, hay quienes piensan que este grupo de jóvenes podría representar un riesgo para la cohesión social y la construcción de la ciudadanía (Saraví, 2009; Rodríguez, 2012; Székely, 2012).

Asimismo, en los medios de comunicación se ha sugerido que el estado de inactividad educativa y laboral de los jóvenes¹ mexicanos se debe a la falta de interés por participar de manera activa dentro de la sociedad;² no obstante, otros estudiosos del tema han señalado que estos jóvenes están doblemente excluidos, y mencionan que esta situación no sólo está vinculada con el desinterés en las instituciones de socialización, sino también con el acceso limitado a la educación y con la falta de oportunidades para incorporarse al mercado de trabajo (Tuirán y Ávila, 2012; Tuirán, 2013). Además, estos autores consideran que existen otras motivaciones que limitan a los jóvenes para que continúen sus estudios o para que se incorporen a las actividades económicamente productivas, tales como el entorno familiar en el que se desarrollan y las decisiones de carácter personal que tienen relación con la unión o matrimonio

¹ En este capítulo se utilizan de manera indistinta las categorías no estudia ni trabaja e inactividad educativa y laboral.

² Se considera que en los medios de comunicación es donde en mayor medida se ha mencionado que los jóvenes que no estudian ni trabajan se dedican al ocio o simplemente se muestran pasivos ante las distintas opciones que se les presentan, y en consecuencia se piensa que son vulnerables a incorporarse a sociedades alternativas en las fronteras de la legalidad (Vargas y Cruz, 2012).

y embarazos a temprana edad, mismos que en la mayoría de los casos propician deserción escolar y la dedicación a las actividades domésticas o económicamente improductivas.

El reconocimiento de la existencia de otras causas de tipo familiar e individual que impactan al fenómeno de los jóvenes que ni estudian ni trabajan, de ninguna manera niega el efecto negativo de las debilidades del sistema educativo y de la falta de oportunidades de empleo entre los jóvenes mexicanos, puesto que no son mutuamente excluyentes. Con el acento en las causas del entorno más cercano más bien se pretende enfatizar el análisis desde otra perspectiva, sobre todo porque el volumen de jóvenes ninis está constituido principalmente por población femenina que, de por sí, ha sido socialmente segregada, y por lo tanto, es más vulnerable. Partiendo de esta condición, habría que ver si el contingente de jóvenes que no estudia ni trabaja efectivamente está en riesgo de exclusión social porque simplemente están expuestos a actividades negativas, o si están segregados porque en el fondo esta población asume roles distintos a la escuela y al trabajo, al realizar otras actividades que son económicamente improductivas, pero que permiten la producción y reproducción de otros integrantes del hogar.

Tomando en cuenta estas consideraciones desde una perspectiva de género, en este trabajo se realiza una primera aproximación a las distintas experiencias relacionadas con el matrimonio y la procreación, y la experiencia educativa y laboral que han tenido los jóvenes mexicanos de 14 a 29 años que en 2010 se encuentran en estado de inactividad educativa y laboral. Existen algunos acercamientos inmediatos en relación con esta otra faceta del estudio de los ninis, donde se ha destacado que el grueso de esta población presenta un perfil distinto del que generalmente se ha mostrado, y ha llamado la atención tanto en el sector público como en el académico, debido a que en su mayoría está compuesto por jóvenes que se dedican al trabajo doméstico no remunerado. Sin embargo, aquí se analizan, por grupos de edad, los antecedentes de las mujeres que realizan trabajo doméstico no remunerado, y los de las mujeres y hombres jóvenes que en primera instancia se declaran en completa inactividad (no estudian ni trabajan ni ayudan con el trabajo

doméstico), porque tienen una historia diferente que contar, ya que la gran mayoría en algún momento ha estado dentro del sistema educativo y en algunos casos también en el mercado de trabajo, y porque en ocasiones tienen otras ocupaciones igualmente importantes que les impiden asistir a la escuela o participar de tiempo completo en el trabajo remunerado.

El estudio de los jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral

El avance en el estudio de los jóvenes que no estudian ni trabajan, en general, ha sido reciente y limitado. En las investigaciones que hasta el momento se han realizado y de las que se tiene conocimiento, se ha procurado responder algunas preguntas básicas: ¿a qué se dedican los jóvenes que no estudian ni trabajan? ¿Por qué están en condición de inactividad? ¿Cuáles son sus características? ¿Cuáles son los factores socio-económicos asociados a esta condición? En principio, algunos autores han mencionado que, debido a que esta población se encuentra en estado de inactividad educativa y laboral, es claro que está excluida o se adhiere cada vez menos a las instituciones de educación y del mercado de trabajo, porque éstas tienen escasas capacidades de retención o de absorción y, por lo tanto, los jóvenes están más expuestos a ingresar en sociedades que se hallan al margen de la legalidad (Saraví, 2004; Rodríguez, 2012).

En su trabajo sobre los jóvenes latinoamericanos que no estudian ni trabajan, Székely (2012) considera que este grupo representa un riesgo para la cohesión social en los países de América Latina, entre ellos México. Este autor menciona que en especial la población de 15 a 18 años es más vulnerable porque está constituida por individuos que están en pleno desarrollo mental y emocional, por lo que fácilmente podrían incursionar en casi cualquier tipo de situaciones negativas³ que pondrían en

³ Este autor señala que los jóvenes de 15 a 18 años que no estudian ni trabajan se encuentran en el umbral estratégico de su desarrollo, pero debido a que están desocupados están más propensos a participar en actividades delictivas, en prácticas

riesgo su futura formación y desarrollo dentro de la misma sociedad; mientras que las decisiones sobre la educación y la incorporación al mercado de trabajo de los jóvenes inactivos de 19 a 25 años no sólo pueden darse de manera simultánea, sino que además la ausencia en una o en ambas podría estar justificada por factores culturales o por actividades culturalmente asignadas.

La vulnerabilidad también se explica por los distintos contextos familiares, sociales y económicos en los que esta población se desenvuelve. En los estudios realizados sobre los jóvenes mexicanos se ha señalado que aquéllos que no estudian ni trabajan experimentan mayores niveles de pobreza en comparación con los jóvenes que estudian o trabajan⁴ (Aguila *et al.*, 2013). En este sentido, se considera que el nivel socio-económico o el ingreso del hogar es un factor importante asociado con la inactividad, ya que los jóvenes que pertenecen a familias pobres o con bajos niveles educativos se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad (Arceo y Campos, 2011), por lo que se enfrentan a mayores dificultades tanto para conseguir empleo como para mantenerlo (Vargas y Cruz, 2012). No obstante, Arceo y Campos señalan que el fenómeno de los ninis puede estar relacionado con las crisis económicas;⁵ es decir, que obtener o mantener un empleo, en especial para los varones, tiende a ser más difícil en periodos de crisis.

sexuales de riesgo, en contextos de violencia y están expuestos a adicciones, patrones alimenticios disfuncionales y a situaciones familiares disfuncionales.

⁴ De acuerdo con Aguila *et al.* (2013) 27% de los jóvenes que no estudian ni trabajan se encuentran en pobreza alimentaria, 37.2% en pobreza de capacidades y 65.9% en pobreza patrimonial, en comparación con los jóvenes que estudian o trabajan que representan 13.1, 19.4 y 43.1%, respectivamente.

⁵ Con base en la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (ENIGH) 1992-2010, Arceo y Campos (2011) indican que el incremento en el volumen y porcentaje de los varones que no estudian ni trabajan puede deberse a la crisis económica de 2008; en tanto que en las mujeres este efecto disminuye por el crecimiento constante de su participación en el mercado de trabajo y porque los sectores donde ellas suelen trabajar son los menos afectados por las crisis económicas.

Por otro lado, en la mayoría de estas investigaciones se han encontrado dos características particulares de los jóvenes que no estudian ni trabajan vinculadas entre sí (aunque vale la pena decir que esto se debe a la operacionalización y medición de la variable); la primera es que en gran medida el conjunto general está constituido por población femenina, y la segunda característica es que se dedican, sobre todo, a los quehaceres del hogar.⁶ Tuirán y Ávila (2012) mencionan que la probabilidad de que las jóvenes pertenezcan al grupo de los ninis aumenta con la edad, debido a que aún existe un acceso desigual a las oportunidades educativas y laborales determinadas por el sexo, por lo que para muchas mujeres las actividades domésticas en sus hogares todavía representan la única opción de vida.

Al respecto, se considera que las mujeres que realizan trabajo doméstico no remunerado con familia propia se encuentran desocupadas porque no tienen quién les ayude con el cuidado de sus hijos, ya que la responsabilidad de las actividades domésticas culturalmente se le ha asignado a la población femenina (Arceo y Campos, 2011; Vargas y Cruz, 2012), mientras que a la población masculina se le ha asignado el rol de proveedor económico del hogar. Para Pederzini (2011) precisamente esta división sexual del trabajo, que se origina en la exclusión social de las mujeres al orientarlas a la vida doméstica o al espacio de lo privado, ha permitido que disminuya sobre ellas la sanción social de que son objeto los varones, pues ellos, al abandonar la escuela y no trabajar, tampoco están cumpliendo con su rol tradicional.

⁶ Tuirán y Ávila (2012), con la información de la Encuesta Nacional de Juventud 2010, intentan desmitificar algunas de las principales afirmaciones que se han realizado en torno al fenómeno de los jóvenes que no estudian ni trabajan, al analizar el perfil general de esta población; en su trabajo, estos autores muestran, en primer lugar, que se trata de una problemática de carácter eminentemente femenino; en segundo, que estas jóvenes realizan actividades no económicas donde predominan los quehaceres domésticos. Se han encontrado otros trabajos donde también se hace hincapié en estas dos características, a pesar de que sus objetivos o perspectivas son diferentes (Arceo y Campos, 2011; Conapo, 2011; Pederzini, 2011; Vargas y Cruz, 2012; Aguila *et al.*, 2013).

Desde el punto de vista institucional, también se han realizado algunos acercamientos a la investigación de los jóvenes mexicanos que no estudian ni trabajan. En estos estudios se ha analizado de manera separada a las mujeres que se dedican a los quehaceres del hogar y a los jóvenes en completa inactividad, igualmente denominados otros no activos. La conclusión a la que se ha llegado en relación con este último conjunto poblacional es que en definitiva se trata de individuos con menores niveles de escolaridad que residen en el hogar de origen y dependen económicamente de los recursos familiares (Conapo, 2011). En tanto que el trabajo doméstico que realizan las mujeres en gran medida está relacionado con el ámbito conyugal y reproductivo, ya que son ellas quienes pasan la mayor parte de su tiempo libre con los hijos, con el novio o con la pareja (Imjuve, 2012), por lo que su incorporación al mercado de trabajo se facilitaría si fueran reemplazadas parcial o completamente en las actividades del hogar (Conapo, 2011).

En las diversas investigaciones aquí revisadas se reconoce el esfuerzo que ha habido por analizar a los jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral, aunque en la mayoría de los estudios se ha operacionalizado y medido en una misma categoría a los individuos que se dedican a los quehaceres del hogar y a los que se encuentran en completa inactividad (no estudian ni trabajan),⁷ lo que ha ocasionado que en términos cuantitativos el fenómeno de los ninis sea mayor de lo que en la realidad es. Sin embargo, en este trabajo se considera que la categoría de trabajo doméstico no remunerado (o quehaceres domésticos) y en completa inactividad deben estudiarse por separado, pero con una perspectiva de género, porque al incorporar ambas variables en una misma, una parte de la población eminentemente femenina que sí realiza trabajo, aunque no sea ni valorado socialmente ni remunerado económicamente, también es vulnerable a la estigmatización social de que es objeto el conjunto de jóvenes que por alguna razón no estudia ni trabaja.

⁷ Además, en algunos casos, se suma a los discapacitados, a los jubilados o pensionados y a los que buscan empleo.

Un acercamiento a los ninis desde la perspectiva de género

El concepto de *género* ha sido definido como un sistema de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores en relación con la diferencia sexual entre los individuos mediante un proceso de construcción social y cultural que organiza la interacción entre los sexos, canaliza las necesidades sexuales y asegura la reproducción humana y social (Ariza y Oliveira, 1999 y 2000). Se considera que el género impone un orden jerárquico al asignar responsabilidades y roles a mujeres y hombres, los cuales son recreados continuamente a través de un sistema de estratificación por el acceso desigual a los bienes y valores sociales que han resultado desfavorables para las mujeres (Barbieri, 1993; Ariza y Oliveira, 1999; Silveira, 2001; Pedrero, 2004).

Diversas autoras han señalado que las desigualdades de género se producen en distintas esferas dentro de la sociedad y que algunas instituciones son decisivas en la reproducción de este proceso (Ariza y Oliveira, 2000). De esta manera, se piensa que en las familias las desigualdades de género se expresan a través de distintos aspectos, como la división intrafamiliar del trabajo, los mecanismos de control de la libertad de movimiento de las mujeres y en el ejercicio de la violencia en contra de ellas (Oliveira, 2007); asimismo, en la escuela y en el mercado de trabajo existen normas no escritas que refuerzan las responsabilidades y roles socialmente asignados a las mujeres y hombres que se manifiestan en las diferencias de ingreso, educación, poder, prestigio, protección, etc., y por lo tanto, interactúan con las exigencias productivas y económicas que determinan la división sexual del trabajo y que condicionan y limitan la inserción de la mujer al trabajo extradoméstico (Ariza y Oliveira, 2000; Riquer y Tepichín, 2001; Silveira, 2001; Oliveira, 2007).

La segregación de las mujeres al espacio de lo privado y su mayor dedicación a las actividades domésticas son consideradas como formas de exclusión social, porque, frente a los varones, las mujeres se encuentran en desventaja relativa para acceder a distintos recursos básicos, como acceso al trabajo remunerado en igualdad de condiciones (Ariza y Oliveira, 2000). La segregación en la que viven muchas mujeres no sólo

condiciona y limita sus oportunidades en el mercado laboral, sino que además las conduce a situaciones de sobrecarga de trabajo o doble jornada laboral por el número total⁸ de horas que trabajan (Oliveira y Ariza, 1999). A pesar de que esta situación ha permitido hacer visible la magnitud del trabajo doméstico que deben realizar las mujeres en sus hogares (Oliveira y Ariza, 2000), también se considera que dentro del ámbito familiar, la fuerza de trabajo femenina es explotada para asegurar el bienestar material y familiar de los integrantes del hogar (Oliveira, 2007).

En las investigaciones sobre trabajo doméstico y extradoméstico (Sánchez, 1989; García y Oliveira, 2007; García, 2007; Rojas, 2010; Coneval, 2012), se ha encontrado que a pesar de que recientemente ha habido una creciente incorporación de mujeres al mercado laboral, aún existen claros patrones en la división sexual del trabajo que restringen las oportunidades laborales de la población femenina mexicana. Actualmente, todavía predominan las relaciones de pareja tradicionales, sobre todo en los sectores populares marginados, donde la valoración del papel social de los hombres implica realizar trabajo remunerado, ellos son la autoridad y los proveedores del hogar, mientras que en las mujeres sigue el papel de la procreación, el cuidado y socialización de los hijos, y ellas son las principales responsables del trabajo doméstico (Rojas, 2010).

En el caso de las mujeres, la maternidad termina por constituirse en el eje organizador de sus vidas y, en ocasiones, estas actividades se convierten en necesarias para obtener legitimidad y reconocimiento social (Rojas, 2010). Al respecto, Pedrero (2004) considera que la organización social que asigna a las mujeres la responsabilidad del trabajo doméstico y del cuidado de familiares, de entrada, las ubica fuera del espacio relacionado con el trabajo remunerado o la producción de mercancías para favorecer su dependencia económica y limitar sus oportunidades de

⁸ La sobrecarga de trabajo es más notable entre la población en condición de pobreza, ya que la escasez de recursos impide que adquieran servicios domésticos pagados; en este sentido, las mujeres ocupadas dedican más tiempo, entre 12 a 15 horas, a labores domésticas que los hombres ocupados. Esto indica que las mujeres deben dividir una gran parte de su tiempo entre las labores domésticas y las extradomésticas (Coneval, 2012).

participar en el mercado laboral y en otras esferas de la vida que les permitan su propio crecimiento. De acuerdo con Batthyany (2008), este patrón es más pronunciado en las mujeres cónyuges que viven tanto en hogares pobres como en hogares no pobres, pues su participación en las actividades domésticas las coloca en una posición de mayor dependencia en relación con el responsable masculino del hogar.

Cuando las mujeres participan en el trabajo extradoméstico tienen que buscar distintas estrategias para poder cumplir con sus obligaciones domésticas. En este sentido, las estrategias seguidas por las mujeres que realizan trabajo remunerado y que tienen horarios fijos son: apoyarse en otras mujeres pertenecientes o no al hogar para que realicen algunas actividades del trabajo doméstico, pagar a una empleada doméstica, realizar trabajos por hora o medio tiempo o flexibilizar sus horarios, y realizar algunas actividades domésticas dentro de sus horas de trabajo⁹ (Sánchez, 1989; Ariza y Oliveira, 1999; Rojas, 2010). Las alternativas disponibles para las mujeres están restringidas por la segregación ocupacional por género, que las limita a las ocupaciones de menor prestigio social, con escasa movilidad laboral y alta inestabilidad (Oliveira y Ariza, 1999); así, se ha encontrado que los trabajos de las mujeres que realizan doble jornada laboral suelen ser precarios, no remunerados o se realizan a tiempo parcial, pues las responsabilidades domésticas impiden que las mujeres se comprometan de manera continua con su desempeño en el mercado de trabajo (García, 2007).

Los intentos de compatibilidad entre trabajo doméstico y extradoméstico ocultan los conflictos y tensiones por los que atraviesa la población femenina, y esconden las limitaciones que la estructura de oportunidades atribuye a las posibilidades que ellas tienen de incorporarse al trabajo remunerado. La feminización de la pobreza muestra la manera en que ambos ejes de inequidad tienen consecuencias diferenciales para mujeres y hombres; esta situación también se expresa en la desvalorización del tra-

⁹ Además, las mujeres que no obtienen la autorización del marido para incorporarse al mercado de trabajo, tienen que demostrar que el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos están garantizados para que el esposo les permita trabajar (Rojas, 2010).

bajo doméstico, pues se ha señalado que a pesar de los esfuerzos para contabilizarlo de forma oficial,¹⁰ una parte fundamental de este trabajo, que es realizado principalmente por las mujeres y que es tan necesario para la producción y reproducción de los individuos y de la fuerza de trabajo,¹¹ no ha sido objeto de una adecuada valorización económica ni social, por lo que se refuerza la segregación permanente de las mujeres en la dimensión desvalorizada y no remunerada de esta actividad (Ariza y Oliveira, 1999).

En este contexto, la inclusión de las jóvenes que se dedican al trabajo doméstico no remunerado dentro del conjunto total de jóvenes que no estudian ni trabajan, por un lado, está relacionado con los roles socialmente asignados para mujeres y hombres, y por el otro, precisamente tiene que ver con la desvalorización económica y social de esta actividad, debido a que son jóvenes que no asisten a la escuela ni participan en el mercado de trabajo. De esta manera, se ha constatado que cuando las mujeres, generalmente jóvenes, se unen con sus parejas o se embarazan, aunque estudien o trabajen de manera remunerada, dedican menos tiempo o abandonan cualquiera de esas actividades para poder realizar el trabajo doméstico; Pedrero (2004) menciona que la maternidad hace que las mujeres sean sujetos de incapacidad temporal para realizar actividades económicas (y en algunos casos educativas porque ésta es una de las causas importantes de deserción escolar), y que estas limitaciones suelen extenderse por motivos culturales hasta abarcar varios años de sus vidas, porque el cuidado y la crianza de los hijos, en conjunto con las actividades domésticas, siguen siendo considerados responsabilidad de la madre.

¹⁰ Pedrero (2005) considera que a pesar de la importancia del trabajo doméstico, éste sigue siendo excluido de las estimaciones económicas en las convenciones internacionales, además de que las instituciones gubernamentales tampoco lo consideran para la formulación de políticas públicas ni para la creación de infraestructura periódica para su medición y análisis.

¹¹ Las estudiosas del tema consideran que el trabajo doméstico es una actividad productiva de bienes y servicios necesarios para transformar los productos que se consumen en la vida cotidiana; además, se piensa que los servicios que se proporcionan con la realización de este trabajo son indispensables para el mantenimiento de la vida (Pedrero, 2005; Barbieri, 1984, citada en Ariza y Oliveira, 2000).

Definición y operacionalización de las categorías

La medición de las y los jóvenes en inactividad educativa y laboral requiere de una definición más acotada que permita ver la dimensión precisa de un fenómeno que en su interior se distribuye en distintas categorías, mismas que deberían de atenderse de manera diferenciada. En los censos y encuestas mexicanas existen preguntas para determinar la condición de actividad de la población estudiada; sin embargo, con excepción de las encuestas especializadas sobre ocupación y empleo, únicamente se pregunta por la actividad principal que los individuos realizaron en la semana de referencia con su respectiva verificación, cuya función es saber si en efecto la persona realizó sólo la actividad indicada o si además ayudó en algún negocio, vendió algún producto o realizó otra actividad a cambio de un pago monetario (como lavar, planchar o cuidar niños).

Debido a que en la variable *condición de actividad* se incluye a los individuos que trabajan, buscan trabajo y se dedican a estudiar, por eliminación es posible cuantificar a todos aquéllos que no estudian ni trabajan, como los que se dedican a los quehaceres domésticos, los jubilados o pensionados, los discapacitados y los que en principio no trabajan. No obstante, se piensa que para algunas personas estudiar podría ser una actividad secundaria dentro de su vida cotidiana; por ello, en este trabajo también se toma en cuenta la variable *condición de asistencia escolar actual*; si los individuos en cualquiera de las categorías anteriores mencionan que sí asisten a la escuela, entonces se considera que estudian. Con estas dos variables se obtienen las siguientes categorías: solamente trabaja, estudia y trabaja, busca trabajo, solamente estudia, trabajo doméstico, no estudia ni trabaja y otra situación, que incluye a los jubilados o pensionados¹² y a personas con alguna limitación física o mental.

¹² En la categoría “otra situación”, definida en este trabajo, se incluye a los jubilados(as) o pensionados(as), porque hubo jóvenes que ante la pregunta de condición de actividad en la semana de referencia dijeron estar en esta situación; cabe mencionar que por el tipo de encuesta no se solicita especificar los motivos de tal condición; sin embargo, el Inegi define como pensionada o jubilada a la “persona que en la semana de referencia no realizó alguna actividad económica porque

Aunque de inicio se realiza un breve análisis de las actividades de las y los jóvenes, el trabajo se centra únicamente en dos categorías que en conjunto constituyen la mayor proporción del volumen total de los ninis, como se verá más adelante; la primera se refiere al trabajo doméstico no remunerado, denominado de esta manera porque son las actividades del hogar que realizan sin pago alguno principalmente las mujeres. La segunda categoría es *en completa inactividad*, donde se agrega a las y los jóvenes que mencionan que no estudian ni trabajan ni se dedican a los quehaceres del hogar; vale la pena mencionar que se excluye a las y los jóvenes que dicen ser jubiladas(os) o pensionadas(os) y a quienes tienen alguna limitación física o mental. A partir de frecuencias relativas por grupos de edad, se realiza un análisis descriptivo para conocer las experiencias de matrimonio, procreación, educativa y laboral de las y los jóvenes de 14 a 29 años, debido a que se piensa que tienen distintos motivos para permanecer en condición de inactividad educativa y laboral. La fuente de información principal es la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010.

Actividades que realizan las y los jóvenes mexicanos

La evolución de las actividades principales que realizan las y los jóvenes mexicanos de 14 a 29 años, en términos cuantitativos, ha sufrido algunas modificaciones importantes durante los últimos diez años. En este sentido, en el cuadro 7.1 se observa que aun cuando el volumen de individuos que sólo se dedica a trabajar sigue siendo comparativamente mayor, en 2010 esta proporción ha disminuido ligeramente con respecto al año 2000; sin embargo, en 2010 las y los jóvenes que estudian y trabajan han tenido un pequeño incremento, y el volumen de buscadores de empleo en este último año se ha reducido cerca de tres puntos porcentuales. Las

recibe una cantidad monetaria por parte de alguna institución de seguridad social o empresa pública o privada; ya sea por jubilación laboral o por recibir una pensión por enfermedad, viudez, orfandad o alimenticia” (Glosario del Censo de Población y Vivienda 2010). Esta definición es importante porque el cuestionario de vivienda de la ENJ 2010 se diseñó con base en el cuestionario del censo de 2010.

Cuadro 7.1
México: distribución de la población joven de 14 a 29 años
según la condición de actividad, 2000-2010

Condición de actividad	2000		2010	
	ABS.	Porcentaje	ABS.	Porcentaje
Población de 14 a 29 años	29465 191	100.0	32 002 269	100.0
Trabaja	11 889 546	40.4	11 674 056	36.5
Estudia y trabaja	2 566 309	8.7	2 927 911	9.1
Busca trabajo	1 257 306	4.3	888 778	2.8
Estudia	7 657 191	26.0	10 296 976	32.2
Trabajo doméstico	5 095 150	17.3	4 418 983	13.8
Completa inactividad	790 762	2.7	1 570 569	4.9
Otra situación*	208 927	0.7	224 996	0.7

* Incluye a los jóvenes que declaran estar jubilados o pensionados y a los que tienen alguna limitación física o mental.

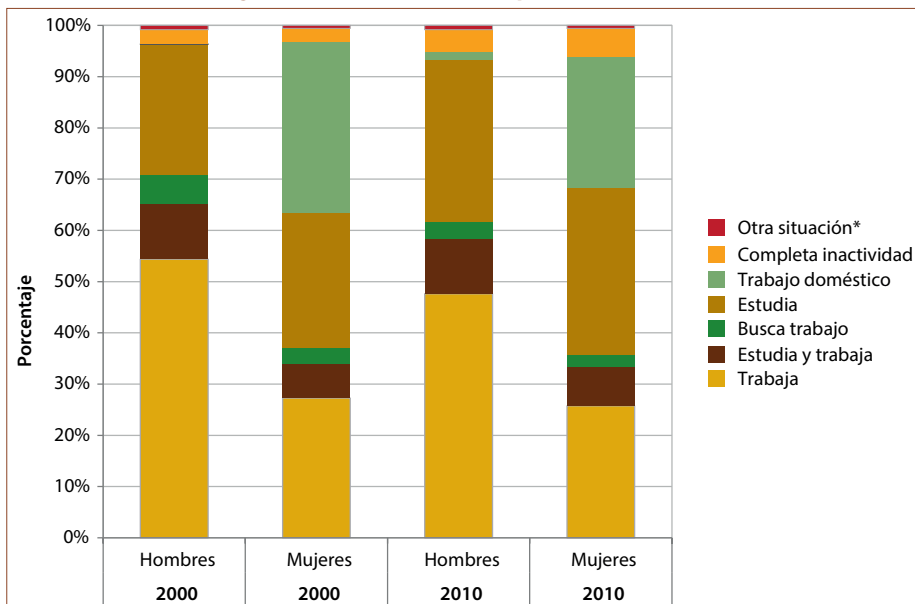
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2000 y 2010.

y los jóvenes que sólo se dedican a estudiar son quienes han tenido el mayor incremento absoluto y relativo, pues en 2010 han mostrado un aumento de 2.6 millones o de seis puntos porcentuales con respecto al año 2000, lo cual indica que ahora las y los jóvenes no sólo tienen mayor acceso, sino que también podrían permanecer más tiempo dentro del sistema educativo mexicano.

Por su parte, el contingente total de jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral, que incluye a quienes realizan trabajo doméstico, están en completa inactividad o en otra situación, muestra un ligero incremento de 6.1 millones en el año 2000 a 6.2 millones en 2010. Este comportamiento se ve reflejado sobre todo en las y los jóvenes en estado de completa inactividad, ya que en 2010 esta proporción aumentó dos puntos porcentuales, así como en las y los que se encuentran en otra situación, como jubiladas(os) o pensionadas(os) o con alguna limitación física o mental, aun cuando su incremento fue mínimo; mientras que el volumen de las y los jóvenes que se dedican al trabajo doméstico no remunerado en 2010 disminuyó en poco menos de cuatro puntos porcentuales en relación con la proporción observada en el año 2000.

El comportamiento de mujeres y hombres que participan en las distintas actividades en 2010, es más o menos similar al observado en el año 2000, aunque con algunos matices. En la gráfica 7.1, en el último año analizado, se observa un mayor volumen de mujeres que se dedica sólo a estudiar (alrededor de 5.3 millones), además de que se mantiene la tendencia de hace diez años al superar al número de hombres que se dedican a esta misma actividad; por otro lado, si bien la proporción de población femenina que realiza trabajo doméstico no remunerado ha disminuido a 4.2 millones con respecto a los 5.1 millones observados en el año 2000, éste sigue siendo una las principales actividades realizadas por ellas, pues la colaboración masculina en el trabajo doméstico básicamente es insignificante en relación con el volumen que representan las mujeres.

Gráfica 7.1
México: distribución porcentual de los jóvenes de 14 a 29 años
según la condición de actividad, por sexo, 2000-2010



* Incluye a los jóvenes que declaran estar jubilados o pensionados y a los que tienen alguna limitación física o mental.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2000 y 2010.

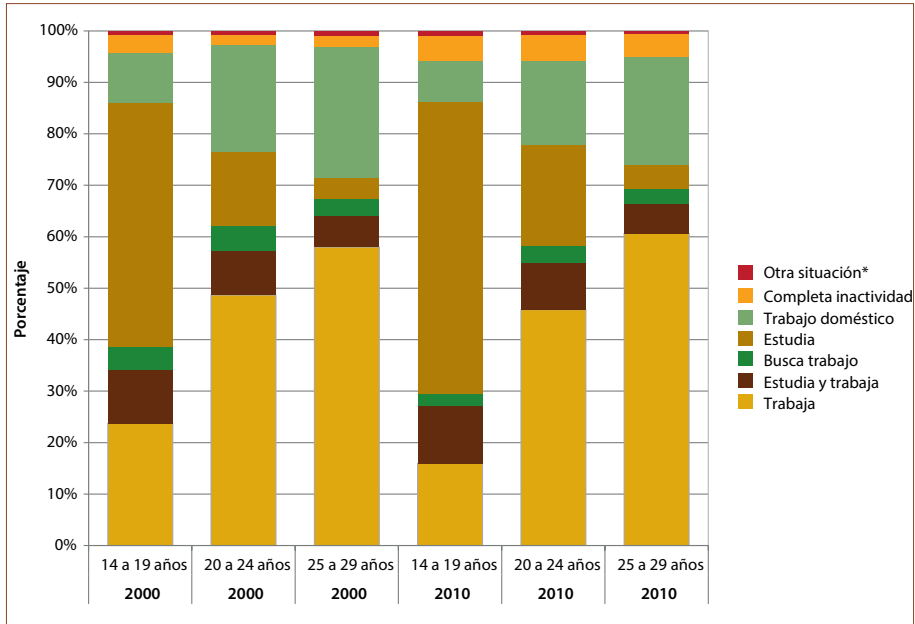
La participación de las mujeres en el mercado laboral se mantiene constante, pues en 2010 las mujeres que se dedican sólo a trabajar y las que estudian y trabajan representan 4.2 y 1.3 millones respectivamente. Asimismo, vale la pena notar que en 2010 el volumen de mujeres que participan en el mercado de trabajo y las que se dedican a las actividades domésticas no remuneradas es de 4.2 millones, para cada una de las actividades; esto es aún más importante al observar las cifras para el año 2000 (4.2 y 5.1 millones, de manera respectiva), porque esta reciente reducción en las actividades domésticas podría indicar que cada vez más las jóvenes eligen incorporarse al trabajo remunerado.

Sin embargo, la cantidad de mujeres que participa en el mercado laboral¹³ es mucho menor (4.1 millones en 2000 y 3.7 millones en 2010) que el volumen de hombres que se encuentran activos en el mercado laboral, ya que tanto en 2000 como en 2010 los hombres que se dedicaron sólo a trabajar y a estudiar y trabajar suman en total 9.3 y 9.1 millones de manera respectiva. Además, son los hombres quienes principalmente buscan empleo, pero en 2010 se observa una ligera disminución de 295 000 individuos con respecto al año 2000; la proporción de mujeres y hombres en completa inactividad es mayor en el último año estudiado, aunque la población femenina (892 000) en esta condición es superior a la masculina (678 000).

Las actividades que realizan las y los jóvenes también están directamente relacionadas con la etapa de vida. De esta manera, en la gráfica 7.2 se observa que, en ambos años, los individuos en el grupo de mayor edad (25 a 29 años) se dedican en gran medida sólo a trabajar; en tanto que la participación en el mercado laboral se reduce conforme disminuye la edad, aunque en 2010 la participación de las y los jóvenes de 14 a 19 años y de 20 a 24 años en el mercado laboral es comparativamente menor con respecto al año 2000. Este mismo comportamiento se observa en aquéllas(os) que realizan trabajo doméstico no remunerado, pues el grupo de mayor edad (25 a 29 años) muestra una mayor colaboración en las actividades del hogar en relación con los grupos de

¹³ Incluye a las que solamente trabajan y a quienes estudian y trabajan.

Gráfica 7.2
México: distribución porcentual de jóvenes de 14 a 29 años
según condición de actividad, por grupos de edad, 2000-2010



* Incluye a los jóvenes que declaran estar jubilados o pensionados y a los que tienen alguna limitación física o mental.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2000 y 2010.

edades anteriores; no obstante, es importante señalar que en términos comparativos, en 2010 las y los jóvenes de 14 a 19 años, 20 a 24 años y 25 a 29 años que participan en las labores domésticas han disminuido a 7.9, 16.3 y 21.0%, respectivamente.

Así, es evidente que las y los más jóvenes (14 a 19 años) se dediquen primordialmente a estudiar y su participación disminuya en los grupos de edades posteriores, pero, tal como se ha mencionado antes, en el año 2010 se presenta un incremento importante de nueve puntos porcentuales de las y los jóvenes de 14 a 19 años y de cinco puntos porcentuales de los de 20 a 24 años que se dedican a estudiar, en comparación con el año 2000. Esta misma tendencia se muestra en aquéllas(os) que estudian y trabajan, ya que son las y los jóvenes de 14 a 19 años quienes representan

un mayor porcentaje, que es ligeramente más alto en 2010. Por otro lado, en este último año analizado, la proporción de jóvenes en los tres grupos de edad que buscan empleo ha disminuido, mientras que aquéllas(os) que se encuentran en completa inactividad se han incrementado en relación con lo observado hace diez años; aunque no hay evidencia suficiente que lo respalde, podría pensarse que las y los jóvenes desencantados han dejado de buscar trabajo para incorporarse a la inactividad.

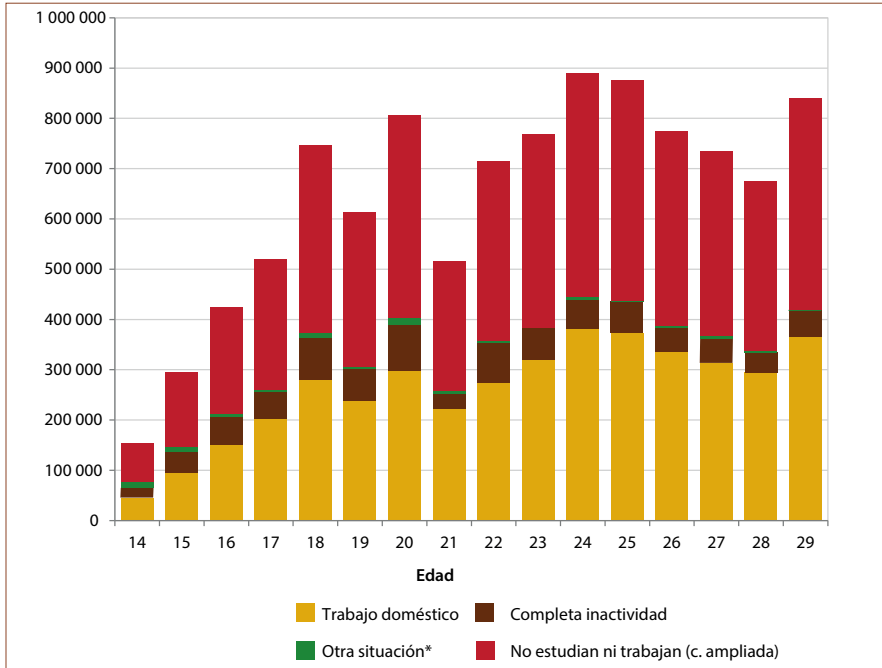
Jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral

Las gráficas 7.3 y 7.4 muestran la distribución absoluta de las y los jóvenes en inactividad educativa y laboral, por edad desplegada para el año 2010. Lo primero que se observa es que existe una clara diferencia según el sexo de los individuos, pues los 6.2 millones que representan el contingente total de jóvenes inactivos están constituidos por 83.3% (5.2 millones) de mujeres de 14 a 29 años; asimismo, se advierte que la categoría ampliada¹⁴ de las y los jóvenes que no estudian ni trabajan (porque agrega a las otras tres categorías representadas en las mismas gráficas) sigue un comportamiento distinto para mujeres y para hombres. En el caso de la población femenina, esta conducta está orientada por las jóvenes que realizan trabajo doméstico no remunerado, cuyo volumen absoluto en todas las edades es notoriamente mayor en comparación con las mujeres que se encuentran en estado de completa inactividad y de quienes están en otra situación.

En términos generales, en la gráfica 7.3 se observa que la tendencia que sigue la línea de las mujeres que realizan trabajo doméstico no remunerado y, por lo tanto, de la categoría ampliada no estudian ni trabajan, aunque con algunas oscilaciones, guarda una estrecha relación con la edad. En los primeros años (de los 14 a los 18 años), en las edades en las que se dan los embarazos adolescentes, hay un incremento constante de la población femenina que se suma a las actividades del hogar;

¹⁴ Esta categoría se retoma de Pederzini (2011).

Gráfica 7.3
México: población joven femenina en inactividad educativa y laboral, por edad, 2010



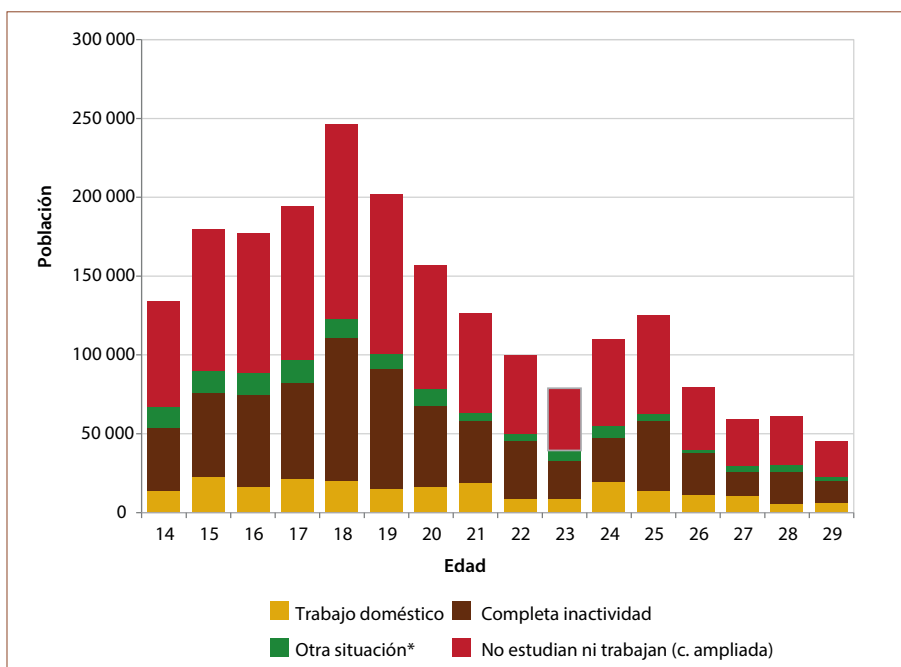
* Incluye a las jóvenes que declaran estar jubiladas o pensionadas y a las que tienen alguna limitación física o mental.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2010.

no obstante, a los 19 y 21 años de edad el volumen de mujeres en estas actividades se reduce; en las siguientes edades (de los 22 a los 24 años) aumenta progresivamente, y de los 25 a los 28 años de nuevo disminuye de manera continua, pero en el último año de edad de la etapa de la juventud, es decir, a los 29 años, inicia otra vez el repunte de las mujeres en la participación en este tipo de trabajos. Al respecto, Pedrero (2004) menciona que es justo a partir de los 20 años, y hasta los 55 años, que las mujeres dedican más tiempo a las actividades domésticas porque en esas edades es cuando tienen un mayor número de hijos que todavía dependen de ellas.

El volumen total de mujeres en estado de completa inactividad es superior al de los hombres, tal como se señaló previamente; no obstante,

Gráfica 7.4
México: población joven masculina en inactividad educativa y laboral, por edad, 2010



* Incluye a los jóvenes que declaran estar jubilados o pensionados y a los que tienen alguna limitación física o mental.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

al interior de los grupos de edad, éste pasa por dos momentos interesantes; en el primero, de los 14 a los 21 años de edad, la proporción de población femenina en cada uno de los años es inferior a la masculina en las mismas edades;¹⁵ en el segundo momento, las mujeres de 22 a 29 años en completa inactividad con un tamaño más o menos constante en cada uno de los años, superan en número a los varones (véanse gráficas 7.3 y 7.4). Es importante mencionar que, como se verá más adelante, esta categoría además alberga a algunas mujeres que participan en el mercado laboral de manera eventual, tienen un negocio, realizan trabajo

¹⁵ Con excepción de las jóvenes de 20 años en completa inactividad, que superan a los varones en esa misma edad.

doméstico no remunerado, están estudiando o realizan algún tipo de actividad educativa.

Por su parte, en la gráfica 7.4 se observa que la población masculina en la categoría ampliada no estudia ni trabaja sigue el mismo comportamiento de la línea de los jóvenes que se declaran en completa inactividad, ya que en el caso de los varones, esta categoría constituye el mayor volumen en términos absolutos y relativos en relación con quienes se dedican al trabajo doméstico no remunerado y a los que se encuentra en otra situación. A pesar de que los jóvenes en completa inactividad tienen su mayor repunte en las edades de los 14 a los 18 años, justo en la etapa en la que deberían de iniciar y terminar la educación media, es precisamente a los 18 años donde se presenta el incremento más grande, por lo tanto, es probable que los jóvenes abandonen la escuela temporalmente en lo que deciden si pueden o quieren seguir estudiando o si se incorporan al mercado laboral.¹⁶

En las siguientes edades, de los 19 a los 23 años, de manera más o menos progresiva disminuye la proporción de población masculina en condición de completa inactividad, en tanto que a los 24 y 25 años se observa un incremento, aunque no en los mismos niveles que en las primeras edades; la disminución de este volumen continúa a partir de los 26 hasta los 27 años de edad, pues a los 28 años nuevamente se presenta un ligero aumento y a los 29 años una reducción de forma mínima. Vale la pena mencionar que, en general, la línea de la población masculina en completa inactividad sigue la tendencia inversa a la de los jóvenes que participan en el mercado laboral, toda vez que la proporción de jóvenes que trabajan es más alta en los grupos de mayor edad (25 a 29 años) pero se reduce a medida que disminuye la edad (véanse gráficas 7.2 y 7.4).

Sin embargo, aun cuando son la minoría, en el caso de los hombres en completa inactividad también ocurre (como en las mujeres) que al interior de esta categoría se incorporan algunos individuos que tienen

¹⁶ Vargas y Cruz (2012) mencionan que los jóvenes presentan mayor riesgo de estar en inactividad justo en los años de transición entre la educación básica y el siguiente nivel, o de la escuela al trabajo.

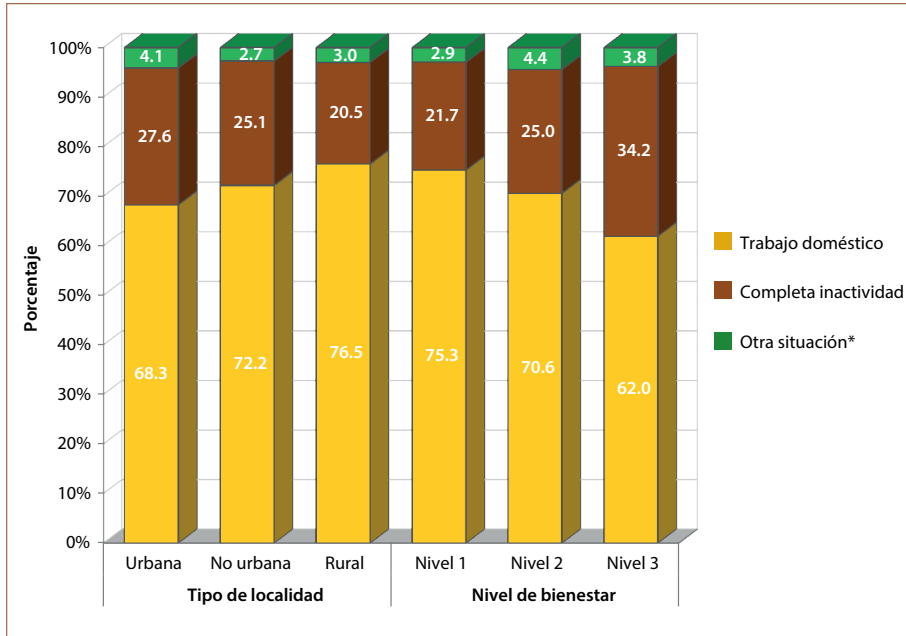
un trabajo eventual o un negocio, estudian o realizan otras actividades educativas, o simplemente tienen otros motivos que les impiden trabajar o buscar trabajo. Por otro lado, la proporción de varones que realizan trabajo doméstico no remunerado es reducida en comparación con las mujeres; no obstante, se debe reconocer que existen hombres que igualmente participan en estas actividades. Con algunas oscilaciones, el mayor volumen se concentra en las edades de los 14 a los 18 años; a partir de los 19 hasta los 23 años la participación masculina tiende a mostrar una disminución variable; los jóvenes de 24 años aumentan nuevamente su colaboración, pero disminuye de manera más o menos paulatina desde los 25 hasta los 29 años.

El tipo de localidad de residencia y el nivel de bienestar¹⁷ de los hogares a los que pertenecen los jóvenes en estado de inactividad educativa y laboral también muestran algunas notables diferencias. En primer lugar, es en las localidades urbanas donde existe una mayor proporción de individuos en la categoría ampliada no estudia ni trabaja,¹⁸ pero al interior se observa que la proporción de individuos que realizan trabajo doméstico es mayor en las localidades rurales y disminuye a medida que se incrementa el tamaño de la localidad de residencia. Es probable que esto se

¹⁷ Este índice se elaboró en el marco del proyecto “Los jóvenes del bicentenario: Encuesta Nacional de Juventud”. Ésta es una medida resumen que permite diferenciar a los hogares con residentes jóvenes de acuerdo con tres dimensiones: *a*) calidad de la vivienda, que combina las características de material de construcción y servicios con los que cuenta la vivienda, como cuarto para cocinar, agua potable, sanitario, drenaje, luz eléctrica y combustible para cocinar; *b*) disponibilidad de bienes, que mide las facilidades y ventajas que tiene la población que dispone y utiliza bienes de consumo duradero (estufa de gas, estufa de leña o carbón, tinaco, calentador de agua o boiler, cisterna o aljibe, regadera, medidor de luz, aire acondicionado y calefacción) o equipamiento moderno (radio, televisión, reproductor de DVD o videocasetera, licuadora, refrigerador, lavadora de ropa, automóvil o camioneta, computadora, línea telefónica fija, teléfono celular e internet), y *c*) ingreso, que es una estratificación de los hogares que se desprende del ingreso conjunto de los miembros de hogar. Véase, por ejemplo, Imjuve-CRIM (2012).

¹⁸ Del total de jóvenes en la categoría ampliada no estudia ni trabaja, 59.1% reside en localidades urbanas, 28.5% en rurales y 12.4% en no urbanas o de tamaño medio.

Gráfica 7.5
México: distribución de la población joven en estado de inactividad educativa y laboral según ocupación, por tipo de localidad y nivel de bienestar, 2010



* Incluye a los jóvenes que declaran estar jubilados o pensionados y a los que tienen alguna limitación física o mental.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

deba a que en las localidades más grandes hay más oportunidades para que las y los jóvenes realicen otras actividades, en tanto que en las zonas urbanas 27.6% está en completa inactividad, lo cual es mayor en relación con las otras dos localidades de menor tamaño (véase gráfica 7.5).

En segundo lugar, es evidente que la mayoría de las y los jóvenes que no estudian ni trabajan residen en hogares con bajo nivel socioeconómico, ya que las y los jóvenes en la categoría ampliada se ubican principalmente en los hogares con un nivel de bienestar bajo (nivel uno) y en los de nivel intermedio¹⁹ (nivel dos). Esta misma tendencia siguen las

¹⁹ Los jóvenes en la categoría ampliada no estudian ni trabajan en el nivel de bienestar uno representan 46.1%, en el nivel dos constituyen 34.7%, y 19.2% en el nivel tres.

y los jóvenes que se dedican al trabajo doméstico no remunerado, quienes residen sobre todo en hogares con un nivel de bienestar bajo, porque su proporción disminuye conforme aumenta el nivel de bienestar (hacia el nivel tres). Esto es importante porque en distintas investigaciones se ha encontrado que las mujeres en condiciones económicas adversas dedican más tiempo al trabajo doméstico (Batthyany, 2008; Coneval, 2012), mientras que el porcentaje de las y los jóvenes en completa inactividad es más alto cuando se tiene una mejor posición socioeconómica y se dispone de mayores recursos materiales (nivel tres), y es menor cuando se carece de estos recursos.

Jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad: distintas experiencias de análisis

Experiencia relacionada con el matrimonio y la procreación

Esta experiencia se refiere al conjunto de situaciones relacionadas con la unión o matrimonio y con la procreación que en algún momento pudieron haber vivido las y los jóvenes, y que podría explicar por qué se dedican al trabajo doméstico no remunerado y por qué están en completa inactividad. En el cuadro 7.2 lo primero que se observa es que existe una evidente diferenciación por sexo en la ocurrencia de cada uno de los eventos del curso de vida. De esta manera, se advierte que el porcentaje de mujeres unidas o casadas se incrementa a mayor edad; sin embargo, en cada uno de los grupos de edad, son las mujeres en trabajo doméstico quienes en mayor medida están en esta situación conyugal. Por su parte, únicamente 28.9% de los varones en completa inactividad del grupo de 25 a 29 años se encuentran unidos o casados, pues a diferencia de las mujeres, en su mayoría, los hombres declaran ser solteros.

Con la variable tipo de hogar utilizada en este trabajo no es posible identificar si las y los jóvenes residen en un hogar nuclear propio o en el de origen; no obstante, se observa que las y los jóvenes en cualquier cate-

Cuadro 7.2
México: características demográficas de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad por grupos de edad, 2010

Indicadores demográficos	Mujeres en trabajo doméstico			Mujeres en completa inactividad			Hombres en completa inactividad		
	14 a 19	20 a 24	25 a 29	14 a 19	20 a 24	25 a 29	14 a 29	20 a 24	25 a 19
VOLUMEN DE JÓVENES DE 14 A 29 AÑOS	1 008 548	1 496 567	1 683 295	322 497	319 863	249 064	378 805	179 097	119 700
Porcentaje según situación conyugal									
Unido o casado	46.3	74.0	83.4	12.7	47.1	55.0	1.5	7.8	28.9
Alguna vez unido	2.1	3.8	3.8	1.8	3.3	7.2	0.8	0.8	5.1
Soltero	51.6	22.2	12.8	85.5	49.6	37.8	97.6	91.3	65.9
Porcentaje según tipo de hogar									
Nuclear	56.9	61.0	71.9	67.6	56.5	73.5	71.7	71.2	56.4
Compuesto	42.1	38.1	27.6	31.6	41.4	24.3	27.1	25.4	35.7
Otro tipo de hogar	1.00	0.91	0.47	0.88	2.08	2.16	1.22	3.45	7.85
Volumen de jóvenes que han tenido un embarazo	236 194	626 443	891 332	34 117	101 640	89 522	4 359	10 736	13 268
Porcentaje de embarazo alguna vez	74.8	87.5	90.5	47.6	78.3	74.8	5.1	17.4	27.2
Porcentaje según edad al primer embarazo*									
Antes de los 18 años	82.5	38.3	19.6	60.7	21.2	21.9	66.8	58.2	4.0
18 a 29 años	17.5	61.7	80.4	39.3	78.8	78.1	33.2	41.8	96.0
Porcentaje según percepción sobre el primer embarazo									
Quería el embarazo	68.0	70.8	75.6	54.3	75.0	74.1	47.3	38.1	71.4
Quería esperar más tiempo	25.8	25.7	21.4	24.6	20.9	23.4	28.0	22.0	16.2
No quería el embarazo	6.2	3.5	3.0	21.1	4.1	2.4	24.7	39.9	12.4
Porcentaje según número de hijos nacidos vivos*									
Ninguno	14.4	4.6	1.8	19.1	2.4	1.0	16.0	8.7	-
Un hijo	72.0	48.0	33.5	70.0	68.4	29.9	60.9	66.5	46.2
Dos hijos y más	13.7	47.4	64.7	10.9	29.2	69.1	23.1	24.8	53.8
Volumen de jóvenes con al menos un hijo nacido vivo	201 058	596 828	875 255	27 590	99 216	88 614	3 662	9 808	13 268
Porcentaje según edad al nacimiento del primer hijo**									
Antes de los 18 años	73.2	29.6	12.1	40.1	15.8	18.8	64.8	20.7	-
18 a 29 años	26.8	70.4	87.9	59.9	84.2	81.2	35.2	79.3	100.0
Tasa específica de fecundidad por edad	199.4	398.8	520.0	85.3	310.2	355.8	9.6	54.8	110.9

* Se refiere a los jóvenes que alguna vez han tenido un embarazo o han embarazado a alguien.

** Porcentaje en relación con los jóvenes que han tenido al menos un hijo nacido vivo.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

goría viven principalmente en un hogar de tipo nuclear, pero se advierte que son los varones en completa inactividad quienes en todas las edades representan una proporción que supera a la de las mujeres, con excepción del grupo de mayor edad (25 a 29 años). Algunas mujeres, sobre todo en los grupos de edades más jóvenes (14 a 19 años y 20 a 24 años), residen en hogares compuestos, que son aquéllos constituidos por un hogar nuclear y al menos un integrante sin lazos de parentesco con el jefe del hogar.

La población femenina total en estado de inactividad que alguna vez ha tenido un embarazo no sólo supera en 1.9 millones a la población masculina, sino que además se incrementa de manera paulatina a medida que aumenta la edad. Esto ocurre primordialmente en las mujeres de todas las edades que realizan trabajo doméstico no remunerado, pues las mujeres en completa inactividad en el grupo de 20 a 24 años son quienes en mayor proporción (78.3%) han estado embarazadas alguna vez.

Alrededor de 82.5% de las mujeres en trabajo doméstico y 60.7% en completa inactividad en edades más jóvenes (14 a 19 años) tuvieron su primer embarazo antes de los 18 años. En general, las y los jóvenes han tenido únicamente un hijo nacido vivo; no obstante, en el grupo de 25 a 29 años se incrementa la proporción de aquéllas(os) que han tenido dos hijos o más; 64.7% son mujeres en trabajo doméstico, 69.1% mujeres en completa inactividad y 53.8% hombres en completa inactividad.

Con base en el número de hijos nacidos vivos de cada una de las poblaciones, incluida la masculina, en cada grupo de edad, se calculó la tasa específica de fecundidad, de donde se obtiene que el número de hijos nacidos vivos por cada mil individuos es menor de acuerdo con el estado de inactividad, pero se incrementa con la edad. Por ejemplo, en el caso de las mujeres en trabajo doméstico, que son quienes en gran medida han tenido al menos un hijo nacido vivo, en el grupo de 14 a 19 años hay 199.4 nacidos vivos por cada mil mujeres, mientras que en el grupo de 25 a 29 años hay 520 nacidos vivos por cada mil mujeres. Como se observa en el cuadro 7.2, en relación con las mujeres en trabajo doméstico, esta tasa disminuye tanto para las mujeres como para los hombres en completa

inactividad, aunque al interior en ambos grupos de población la tasa específica de fecundidad se incrementa con la edad.

El indicador sobre la edad al nacimiento del primer hijo muestra que la mayoría de las mujeres de 14 a 19 años que realizan trabajo doméstico no remunerado (73.2%) tuvieron a su primer hijo durante la adolescencia (antes de los 18 años); este porcentaje supera en treinta y tres puntos porcentuales a las mujeres en completa inactividad en el mismo rango de edad. Asimismo, la mayoría de las mujeres en trabajo doméstico y en completa inactividad en los grupos de edad de 20 a 24 y de 25 a 29 años tuvo un hijo cuando tenía 18 a 29 años.

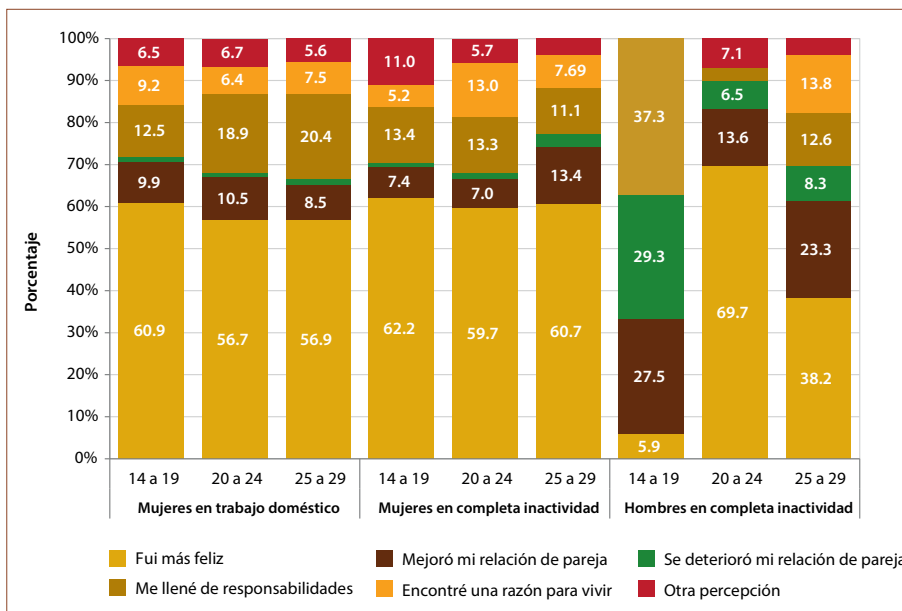
Con respecto a la procreación, en general, la percepción de las y los jóvenes es positiva prácticamente a cualquier edad. En ese sentido, la mayoría de las y los jóvenes han señalado que cuando se embarazaron o embarazaron a alguien por primera vez sí querían el embarazo, aunque esta proporción se incrementa con la edad y en particular para las mujeres que se dedican a las actividades del hogar. De igual forma, se debe mencionar a las y los jóvenes que querían esperar más tiempo, pues, en efecto, esta respuesta indica que el embarazo era no planeado. Por otro lado, en la gráfica 7.6 se observa que la mayoría de las mujeres y hombres en las dos categorías de análisis, en cada uno de los grupos de edad indican que fueron más felices con el nacimiento del primer hijo;²⁰ no obstante, un porcentaje considerable de mujeres en trabajo doméstico y en completa inactividad señala que se llenaron de responsabilidades, en tanto que los hombres indican que mejoró su relación de pareja.

Experiencia educativa

En este subapartado nos proponemos analizar los antecedentes educativos de las y los jóvenes que se dedican al trabajo doméstico no remu-

²⁰ Con excepción de los hombres en completa inactividad del grupo de 14 a 19 años, quienes en mayor medida mencionan que se deterioró su relación de pareja y tienen otras percepciones.

Gráfica 7.6
México: distribución porcentual de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, según percepción después del nacimiento del primer hijo, por grupos de edad y condición de actividad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

nerado y en completa inactividad. Para ello nos limitamos únicamente a las variables relacionadas con los estudios realizados, la interrupción de estudios y la posibilidad de retornar a la escuela, con la finalidad de obtener elementos para entender la inactividad educativa de las y los jóvenes. En el cuadro 7.3 se observa que las y los jóvenes en las dos categorías, de todos los grupos de edad, en mayor medida tienen educación básica, principalmente con estudios de secundaria, pero existe una mayor concentración de las mujeres que realizan actividades del hogar con educación hasta secundaria en los tres grupos de edad (76.1% de 14 a 19 años, 62.7% en el de 20 a 24 años y 61.4% en el de 25 a 29 años), con respecto a las y los jóvenes en completa inactividad. Además, son las mujeres en ambas categorías quienes muestran porcentajes ligeramente más altos con nivel de preparatoria o bachillerato.

Cuadro 7.3
México: características educativas de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado
en completa inactividad por grupos de edad, 2010

Indicadores sobre educación	Mujeres en trabajo doméstico			Mujeres en completa inactividad			Hombres en completa inactividad		
	14 a 19	20 a 24	25 a 29	14 a 19	20 a 24	25 a 29	14 a 19	20 a 24	25 a 29
VOLUMEN DE JÓVENES DE 14 A 29 AÑOS	1 008 489	1 496 514	1 683 295	323 324	319 865	248 826	379 522	179 097	119 699
Porcentaje según nivel de escolaridad									
Primaria	21.3	18.3	19.8	17.5	13.5	18.7	22.1	17.4	13.9
Secundaria	54.7	44.4	41.5	56.3	35.4	35.9	53.9	31.9	30.4
Preparatoria o bachillerato	11.6	15.1	14.4	12.7	17.1	19.2	13.2	14.2	11.9
Estudios técnicos o comerciales con secundaria	9.4	12.0	9.9	8.0	16.1	7.4	4.9	15.5	4.9
Licenciatura o profesional	0.4	5.6	7.8	0.8	11.6	12.4	0.6	16.2	26.4
Otros estudios	2.6	4.6	6.5	4.6	6.3	6.4	5.3	4.9	12.6
Volumen de jóvenes con estudios interrumpidos por más de seis meses	138 200	223 231	285 645	51 433	49 319	45 594	67 406	23 636	13 711
Porcentaje de interrupción de estudios por más de seis meses	26.2	27.5	27.0	28.5	28.5	31.4	33.0	28.8	22.9
Porcentaje de edad de interrupción de estudios*	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Antes de los 15 años	28.4	22.3	22.9	26.3	10.8	19.6	31.5	13.1	13.4
15 a 17 años	62.4	44.9	39.8	63.4	42.3	37.7	56.5	32.9	29.5
18 a 29 años	9.2	32.8	37.3	10.4	46.9	42.6	12.0	53.9	57.2
Porcentaje según motivos de interrupción de estudios									
Por matrimonio o maternidad (paternidad)	23.1	23.3	17.0	9.7	17.9	15.8	0.1	3.7	1.3
Terminé mis estudios	15.6	17.4	18.3	13.0	21.2	18.5	16.2	28.7	33.4
No tenía dinero	16.2	15.3	17.0	10.8	21.7	15.3	16.6	17.7	12.6
No podía pagar la escuela	5.6	10.1	12.2	7.1	5.0	3.9	5.9	5.4	3.8
Me aburría	12.9	9.5	8.4	19.4	8.1	6.8	17.2	15.1	14.2
Tenía que trabajar	3.1	7.3	9.2	4.0	4.7	12.4	3.9	6.3	13.9
Otro motivo	23.5	17.1	18.0	36.0	21.5	27.2	40.1	23.1	20.8
Porcentaje de reincorporación a los estudios después de la interrupción*	19.5	24.4	27.1	11.1	17.4	10.7	17.0	31.1	52.5
Volumen de jóvenes que no estudian actualmente	488 331	772 248	1 025 313	180 709	171 719	145 377	202 311	82 195	59 939
Porcentaje de jóvenes que no estudian actualmente	92.5	95.2	96.9	100.0	99.3	100.0	99.1	100.0	100.0
Porcentaje de no reincorporación a los estudios aunque tuviera oportunidad**	18.9	26.2	31.1	27.0	37.0	37.0	30.1	33.7	50.1

* Porcentaje en relación con los jóvenes que sí interrumpieron sus estudios por más de seis meses.

** Se refiere a los jóvenes que sí interrumpieron sus estudios por más de seis meses y que al momento del levantamiento de la encuesta no se encontraban estudiando.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Alrededor de una cuarta parte de las y los jóvenes en trabajo doméstico y en completa inactividad, en cada grupo de edad, alguna vez interrumpieron sus estudios por más de seis meses. La edad media a la que estas(os) jóvenes interrumpieron sus estudios es a los 16 años, para cada una de las poblaciones analizadas; en este sentido, se advierte que las mujeres en trabajo doméstico, en todos los grupos de edad, dejaron la escuela esencialmente cuanto tenían 15 a 17 años, que de acuerdo con Székely (2012), es cuando esta población se encuentra en mayor vulnerabilidad. Por su parte, las y los jóvenes en completa inactividad, en los grupos de 20 a 24 años y de 25 a 29 años, en mayor proporción interrumpieron sus estudios en el rango de edad de 18 a 29 años (en el caso de las mujeres 46.9 y 42.6%, para cada uno de los grupos de edad, y para los hombres, 53.9 y 57.2%, respectivamente).

En general, la situación económica es uno de los principales motivos por los que las y los jóvenes interrumpen sus estudios; esto es particularmente para aquéllos que se encuentran en las edades de 20 a 24 años y de 25 a 29 años, pues aun cuando la proporción de las y los jóvenes, en las dos categorías, que salieron de la escuela porque no podían pagarla o porque tenían que trabajar es comparativamente menor, otro número importante menciona que salió de la escuela porque no tenía dinero. Por otro lado, primordialmente las mujeres que se dedican a las actividades del hogar han señalado que interrumpieron sus estudios por matrimonio o maternidad y porque terminaron sus estudios; mientras que las mujeres y hombres en completa inactividad indican que el motivo fue la terminación de los estudios y porque se aburrían; este último motivo se menciona de manera más recurrente entre las y los más jóvenes (14 a 19 años), pero también en una ligera mayor proporción entre los varones de todas las edades.

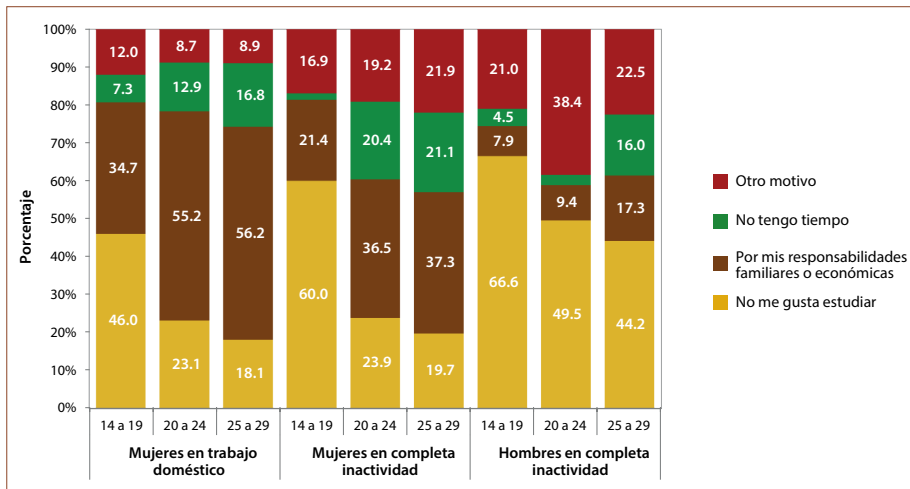
Las y los jóvenes de todas las edades que interrumpieron sus estudios por más de seis meses y se reincorporaron a la escuela es significativamente menor en ambas categorías. Asimismo, con excepción del porcentaje de mujeres que realizan trabajo doméstico no remunerado en los tres grupos de edad y que al momento de la aplicación de la encuesta mencionaron que sí estaban estudiando, prácticamente la totalidad de

mujeres y hombres en completa inactividad declararon no estar estudiando, mientras que se observa que del volumen de las y los jóvenes que no asisten a la escuela, una menor proporción en todas las edades y categorías de análisis no se reincorporaría aunque se les presentara la oportunidad.

El motivo principal para no seguir estudiando difiere según la edad y el sexo de los individuos, ya que las mujeres de 14 a 19 años en trabajo doméstico no remunerado (46%) y en completa inactividad (60%) y los varones en todas las edad en mayor proporción mencionan que no les gusta estudiar. Por su parte, las mujeres en los grupos de 20 a 24 años y 25 a 29 años, pero en particular aquéllas que se dedican a las actividades del hogar, señalan que no seguirían estudiando porque tienen responsabilidades familiares o económicas (55.2 y 56.2%, para cada grupo de edad) y porque no tienen tiempo para hacerlo (12.9 y 16.8%, respectivamente, véase gráfica 7.7).

Gráfica 7.7

México: distribución porcentual de los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad según motivos para no seguir estudiando, por grupos de edad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Experiencia laboral

La experiencia laboral hace referencia a los antecedentes sobre la participación en el mercado de trabajo de las y los jóvenes que realizan trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, además de que se indagan los motivos que tienen estos individuos para estar económicamente inactivos. En este sentido, en el cuadro 7.4 se observa que la mayoría de las y los jóvenes en casi todas las edades alguna vez se han incorporado al mercado de trabajo; es decir, que no siempre han estado inactivos. Esta afirmación aplica sobre todo a las mujeres que se dedican al trabajo doméstico de 20 a 24 años (61.1%) y de 25 a 29 años (64.8%), y los varones en completa inactividad de 14 a 19 años (50.8%) y de 20 a 24 años (60.9%); mientras que las mujeres en completa inactividad en todas las edades han tenido una menor participación en el mercado laboral.

Sin embargo, el volumen de jóvenes que nunca ha trabajado, aunque en algunos casos es menor, también es importante porque indica que esta población no tiene experiencia alguna en la realización de trabajo remunerado. Las mujeres en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad en el grupo de 14 a 19 años que nunca han trabajado, en gran medida dependen económicamente de sus familias, esto es 61.4 y 89.4% respectivamente; en tanto que los varones en todos los grupos de edad en mayor proporción mencionan que el dinero para sus gastos y necesidades se los da su familia; es decir, en el caso de estos individuos, existe una mayor dependencia de los ingresos familiares. La población femenina en ambas categorías en las edades de 20 a 24 años y de 25 a 29 años y que nunca ha trabajado, en particular, menciona que el dinero se lo da su pareja, aunque las mujeres que se dedican al trabajo doméstico no remunerado son más dependientes del ingreso de la pareja, ya que para ellas es comparativamente más importante con respecto a las mujeres en completa inactividad.

La edad media a la que las mujeres en ambas categorías de análisis se incorporaron por primera vez al trabajo remunerado es a los 17 años, mientras que los hombres empezaron a trabajar en promedio a los 16

Cuadro 7.4
México: características laborales de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, por grupos de edad, 2010

Indicadores laborales	Mujeres en trabajo doméstico			Mujeres en completa inactividad			Hombres en completa inactividad		
	14 a 19	20 a 24	25 a 29	14 a 19	20 a 24	25 a 29	14 a 19	20 a 24	25 a 29
Volumen de jóvenes de 14 a 29 años	528 889	818 483	1 063 913	182 635	174 498	149 840	207 956	84 219	62 860
Porcentaje que sí ha trabajado alguna vez	42.2	61.1	64.8	30.5	44.4	47.3	50.8	60.9	46.6
Porcentaje que no ha trabajado alguna vez	57.8	38.9	35.2	69.5	55.6	52.7	49.2	39.1	53.4
Porcentaje según sostenimiento económico*									
La familia	61.4	29.9	25.9	89.4	47.9	47.8	95.2	82.2	78.4
La pareja	36.1	67.8	71.6	9.8	48.3	43.5	-	6.1	14.2
Otro tipo de sostenimiento	2.5	2.3	2.6	0.9	3.7	8.7	4.8	11.7	7.5
Porcentaje según edad al primer trabajo**									
Antes de los 14 años	17.6	13.1	11.1	22.4	5.9	9.6	22.9	9.1	9.1
14 a 17 años	71.1	47.4	47.3	69.7	36.1	30.2	71.2	39.3	56.8
18 a 29 años	11.3	39.5	41.7	7.8	58.0	60.2	5.9	51.6	34.1
Porcentaje según motivo del primer trabajo									
No tenía dinero	36.3	30.1	38.2	34.5	40.7	28.1	44.6	44.6	42.2
Se necesitaba dinero en mi casa	25.4	30.9	28.2	24.0	31.2	21.2	14.7	18.4	7.3
Para obtener experiencia laboral	11.3	10.1	8.5	9.4	5.5	9.1	15.1	8.1	12.9
No me gustaba estudiar	5.3	2.5	3.6	6.2	2.5	6.2	8.4	5.2	9.1
Terminé mis estudios	2.8	6.2	7.0	4.1	3.3	8.3	4.0	9.5	2.6
Otra razón	18.8	20.1	14.6	21.8	16.8	27.1	13.3	14.3	26.0
Porcentaje que trabajó y estudió simultáneamente***	39.7	29.1	27.8	31.9	39.6	20.8	41.4	30.2	40.7
Porcentaje en inactividad económica en la semana de referencia**	99.0	99.5	99.8	100.0	100.0	100.0	98.6	100.0	100.0
Volumen de buscadores de trabajo	103 857	166 181	164 845	43 262	33 737	28 451	63 869	28 897	19 703
Porcentaje que busca trabajo o intenta poner un negocio***	19.6	20.3	15.5	23.7	19.3	19.0	30.7	34.3	31.3

* Únicamente se refiere a los jóvenes que no tienen antecedentes laborales o que no han trabajado alguna vez.

** Sólo en relación con los jóvenes que sí han trabajado alguna vez.

*** Aplica al volumen total de jóvenes de 14 a 29 años.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

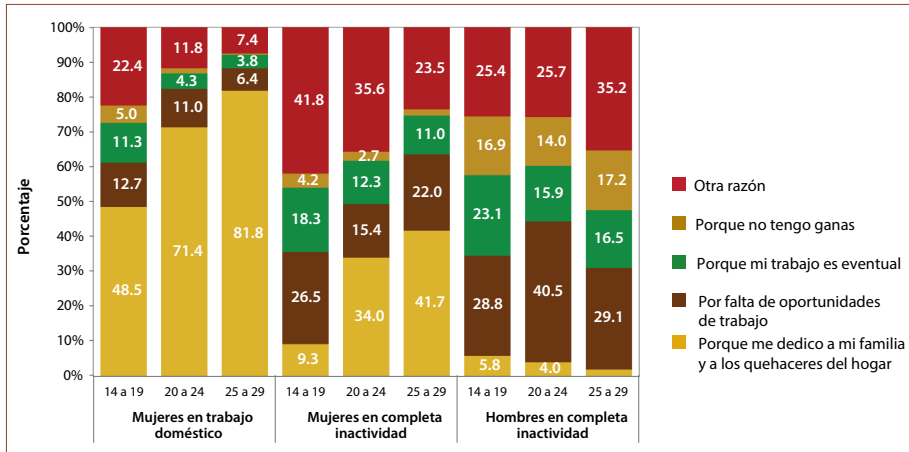
años. En el cuadro 7.4 se advierte que la mayoría de las mujeres y hombres de 14 a 19 años tuvieron su primer empleo cuando tenían 14 a 17 años; además, se observa que en los grupos de edades posteriores (20 a 24 años y 25 a 29 años) también iniciaron su participación en el mercado laboral cuando eran menores de edad, es decir, cuando tenían 14 a 17 años. Esto es particularmente importante en el caso de la población femenina que realiza actividades del hogar y de la población masculina en el último grupo de edad, pues las mujeres inactivas en esos mismos rangos de edad tuvieron su primer empleo cuando tenían de 18 a 29 años.

El motivo principal que tuvieron las y los jóvenes para incorporarse por primera vez al trabajo remunerado es de tipo económico, ya que en mayor medida las mujeres en trabajo doméstico y las mujeres y hombres en completa inactividad mencionan que empezaron a trabajar porque no tenían dinero y porque se necesitaba dinero en la casa; aunque existe una mayor concentración de las mujeres que realizan actividades del hogar en todas las edades, y en las mujeres y hombres inactivos en los grupos de 14 a 19 años y 20 a 24 años. Además, estos resultados muestran alguna similitud con los encontrados en relación con el motivo principal de la interrupción de los estudios, donde predomina (aunque en menor proporción) la situación económica de los individuos, que incluye a los que mencionan que no tenían dinero, no podían pagar la escuela y a los que tenían que trabajar (véanse cuadros 7.3 y 7.4).

La proporción de las y los jóvenes que en algún momento estuvieron activos educativa y laboralmente de manera simultánea, adquiere mucha importancia porque no es menor el número de individuos en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, en todos los grupos de edad, que han tenido la necesidad de realizar las dos actividades al mismo tiempo. Así, el indicador sobre la condición de actividad en la semana de referencia al momento de la aplicación de la encuesta muestra que, en efecto, prácticamente la totalidad de las tres poblaciones analizadas en todos los grupos de edad estuvo en inactividad económica.

El motivo de la inactividad difiere por sexo: las mujeres en trabajo doméstico y en completa inactividad en mayor medida mencionan que no trabajaron porque se dedican a la familia y a las actividades del hogar

Gráfica 7.8
México: distribución porcentual de los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, según motivos de inactividad económica en la semana de referencia, por grupos de edad, 2010

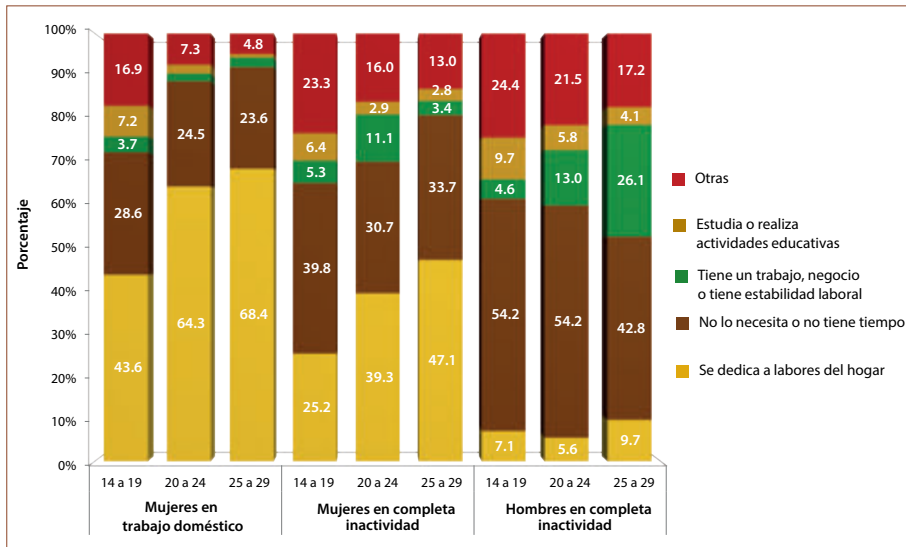


Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

(con excepción de las mujeres inactivas de 14 a 19 años), cuya proporción se incrementa conforme aumenta la edad. Por su parte, hombres y mujeres en completa inactividad también indican no haber trabajado por falta de oportunidades y porque el trabajo es eventual, en tanto que otra proporción de varones señala que no trabajó simplemente porque no tuvieron ganas; esto es preocupante porque indica la pasividad y la vulnerabilidad de estos jóvenes, además de su desencanto del sistema económico mexicano (véase gráfica 7.8).

Del total de jóvenes de 14 a 29 años en cada categoría de análisis y grupo de edad, una menor proporción al momento de la aplicación de la encuesta está buscando trabajo o intentando poner un negocio, aunque la proporción de varones en todas las edades supera a la de las mujeres en ambas categorías (véase cuadro 7.4); esto no deja de ser importante porque muestra el interés que tienen los individuos por participar de alguna manera en el mercado laboral, por lo que no piensan permanecer mucho tiempo en inactividad. Las y los jóvenes que no están buscando trabajo o intentando poner algún negocio no lo hacen porque, en el caso de las

Gráfica 7.9
México: distribución porcentual de jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad según motivos para no buscar trabajo o intentar poner un negocio, por grupos de edad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

mujeres en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, efectivamente, a la mayoría de ellas se les complica por las actividades que realizan en el hogar, o porque no necesitan trabajar o no tienen tiempo para hacerlo (véase gráfica 7.9).

En el caso de los varones en completa inactividad, en mayor medida también indican que no buscan trabajo porque no lo necesitan o no tienen tiempo para trabajar. No obstante, se debe mencionar que se observa la existencia de una proporción más o menos considerable de jóvenes en ambas categorías y en todos los grupos de edad que no buscan trabajo porque señalan que tienen trabajo, negocio o estabilidad laboral, y estudia o realiza actividades educativas. Este resultado es fundamental porque significa que, si bien las tres poblaciones analizadas se declaran en condición de inactividad educativa y laboral, sí realizan otras actividades que en algunas ocasiones los mismos individuos no manifiestan porque no las consideran principales, probablemente porque les dedican cortos

periodos, son eventuales, se realizan en el mismo domicilio o porque se encuentran en el sistema educativo abierto o a distancia.

Conclusiones

En este trabajo se ha constatado que en México el trabajo doméstico no remunerado sigue siendo una de las actividades realizadas principalmente por mujeres, quienes desde la juventud, en la mayoría de los casos por unión o matrimonio y por embarazo, abandonan las actividades educativas y laborales para incorporarse a los quehaceres del hogar. Esto no sólo es evidente entre las jóvenes que indican que se ocupan en estas actividades, sino también entre las jóvenes en completa inactividad, en cuyos intersticios albergan a mujeres que no estudian ni trabajan porque tienen otras ocupaciones en el hogar y responsabilidades económicas y familiares que realizar; en este sentido, es preciso mencionar que existen mujeres jóvenes solteras y sin familia propia que, por su condición de género, se ven en la necesidad de ayudar de manera complementaria o en su totalidad en las actividades domésticas, mientras que la madre realiza trabajo remunerado para satisfacer las necesidades económicas de los integrantes del hogar.

El trabajo doméstico y el cuidado de la familia son actividades básicas y necesarias para la producción y reproducción de los individuos y de la fuerza de trabajo; sin embargo, su invisibilidad y desvalorización económica y social resultan aún más adversas para las mujeres jóvenes que para la población femenina en general. Esto se debe a que estas jóvenes no sólo forman parte de la segregación y desigualdad tradicional de que han sido objeto las mujeres y que han evitado que se involucren y se comprometan en el mercado de trabajo y en su propia formación personal y profesional, sino que además han sido incluidas en un grupo de jóvenes socialmente estigmatizados por su aparente pasividad ante su condición de inactividad educativa y laboral. Asimismo, la mayor dedicación al trabajo doméstico no remunerado hace que las jóvenes sean más dependientes del ingreso de la pareja o de otras personas porque no cuentan

con recursos monetarios propios, esto provoca que al mismo tiempo sean más vulnerables porque tienen una menor capacidad y libertad de acción, de decisión y de negociación dentro de sus hogares.

Finalmente, en este trabajo se ha verificado que la inactividad en los jóvenes mexicanos es relativa y transitoria, ya que tanto mujeres como hombres en algún momento han estado activos educativa y laboralmente. Aunque se debe reconocer que hay jóvenes en mayores riesgos sociales, principalmente varones, que parecen mostrar desinterés en estudiar o en trabajar porque se aburren, no les gusta o porque no tienen ganas y otros desencantados por la falta de oportunidades de trabajo, también existen jóvenes que en condición de inactividad declarada continúan realizando otras actividades relacionadas con el mercado de trabajo o con la escuela, pero cuya ejecución probablemente requiere de cortos periodos porque son eventuales, se realizan en el mismo domicilio (lo que facilita la realización de más de una actividad de manera simultánea), o porque dentro de las modalidades educativas pueden estudiar en el sistema abierto o a distancia.

Referencias bibliográficas

- Aguila, Emma, Nelly Mejía, Francisco Pérez-Arce, Alfonso Rivera (2013), “Pobreza y vulnerabilidad en México: el caso de los jóvenes que no estudian ni trabajan”, *RAND Working Paper*, núm. WR-991, consultado el 18 de octubre de 2013, <http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/working_papers/WR900/WR991/RAND_WR991.pdf>.
- Arceo, Eva y Raymundo Campos (2011), *¿Quiénes son los NiNis?*, Documento de trabajo, núm. VIII-2011, Serie Documentos de Trabajo, agosto, Centro de Estudios Económicos, El Colegio de México, consultado el 18 de octubre de 2013, <<http://cee.colmex.mx/documentos/documentos-de-trabajo/2011/dt20118.pdf>>.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (1999), “Inequidades de género y clase: algunas consideraciones analíticas”, *Nueva Sociedad*, núm. 164, noviembre-diciembre, pp. 70-81.

- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2000), “Género, trabajo y familia: consideraciones teórico-metodológicas”, *La población de México: situación actual y desafíos futuros*, México, Conapo, pp. 201-227.
- Barbieri, Teresita de (1984), *Mujeres y vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto de Investigaciones Sociales IIS-UNAM.
- (1993), “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”, *Debates en Sociología*, núm. 18, pp. 1-19.
- Batthyany, Karina (2008), “Pobreza y desigualdades sociales. Una visión desde el género”, *Papeles de Población*, vol. 14, núm. 57, julio-septiembre, pp. 193-207.
- Coloma, Fernanda y Bernardita Vial (2003), “Desempleo e inactividad juvenil en Chile”, *Cuadernos de Economía*, vol. 40, núm. 119, abril, pp. 149-171.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social [Coneval] (2012), *Pobreza y género en México. Hacia un sistema de indicadores*, México, Coneval.
- Consejo Nacional de Población [Conapo] (2011), “¿A qué se dedican los jóvenes en México? Análisis de la condición de actividad de la población de 14 a 29 años de edad”, *La situación demográfica de México 2011*, México, Conapo.
- García Guzmán, Brígida (2007), “Cambios en la división del trabajo familiar en México”, *Papeles de Población*, núm. 53, julio-septiembre, pp. 23-45.
- y Orlandina de Oliveira (2007), “Trabajo extradoméstico y relaciones de género: una nueva mirada”, en Gutiérrez, María Alicia (coord.), *Género, familia y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 49-87.
- Giorguli, Silvia Elena e Itzam Serratos (2009), “El impacto de la migración internacional sobre la asistencia escolar en México: ¿paradojas de la migración?”, en Leite, Paula y Silvia Elena Giorguli (coords.), *Las políticas públicas ante los retos de la migración mexicana a Estados Unidos*, México, Conapo, pp. 313-344.

- Instituto Mexicano de la Juventud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias [Imjuve-CRIM] (2012), “Mujeres que se dedican a los quehaceres del hogar”, *Encuesta Nacional de Juventud 2010. Resultados de empleo*, marzo, México, Imjuve, CRIM, pp. 63-72.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [Inegi] (2010), *Censo de Población y Vivienda 2010*, Aguascalientes, Inegi.
- Oliveira, Orlandina de (2007), “Reflexiones acerca de las desigualdades sociales y el género”, *Estudios Sociológicos*, vol. xxv, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 805-812.
- y Marina Ariza (1999), “Género, trabajo y exclusión social en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 11-33.
- (2000), “Trabajo femenino en América Latina: un recuento de los principales enfoques analíticos”, en Garza, Enrique T. de la (coord), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México, El Colegio de México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México, Universidad Autónoma Metropolitana, Fondo de Cultura Económica, pp. 644-663.
- Pederzini Villarreal, Carla (2011), “De ninis, quehaceres y búsquedas: jóvenes, educación y trabajo en el censo de población de 2010”, *Coyuntura Demográfica*, núm. 1, noviembre, pp. 31-34, <<http://www.somede.org/coyuntura-demografica/numero1/>>.
- Pedrero Nieto, Mercedes (2004), “Género, trabajo doméstico y extradoméstico en México. Una estimación del valor económico del trabajo doméstico”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 56, mayo-agosto, pp. 413-446.
- Pedrero, Mercedes (2005), *El trabajo doméstico no remunerado en México. Una estimación de su valor económico a través de la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo 2002*, México, Instituto Nacional de las Mujeres.
- Riquer, Florinda y Ana María Tepichín (2001), “Mujeres jóvenes en México. De la casa a la escuela del trabajo a los quehaceres del hogar”, en Pieck, Enrique (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, México, Instituto Mexicano de la

- Juventud, Red Latinoamericana de Educación y Trabajo, Conalep, UNICEF, Universidad Iberoamericana, pp. 493-526.
- Rodríguez, Ernesto (2012), “Jóvenes que ni estudian ni trabajan en América Latina: entre la estigmatización y la ausencia de políticas públicas”, *Revista Pensamiento Penal*, núm. 138, consultado el 16 de diciembre de 2013, <www.pensamientopenal.com.ar>.
- Rojas, Olga Lorena (2010), “Género, organización familiar y trabajo extradoméstico femenino asalariado por cuenta propia”, *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, vol. 2, enero-diciembre, pp. 31-50.
- Sánchez Gómez, Martha Judith (1989), “Consideraciones teórico-metodológicas en el estudio del trabajo doméstico en México”, en Oliveira, Orlandina de (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 59-79.
- Saraví, Gonzalo A. (2004), “Entre la evasión y la exclusión social: jóvenes que no estudian ni trabajan. Una exploración del caso argentino”, *Nueva Sociedad*, núm. 189, enero-febrero, pp. 69-84.
- (2009), “Juventud y sentido de pertenencia en América Latina: causas y riesgos de la fragmentación social”, *Revista de la CEPAL*, núm. 98, pp.47-65.
- Silveira, Sara (2001), “La dimensión de género y sus implicaciones en la relación entre juventud, trabajo y formación”, en Pieck, Enrique (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, Red Latinoamericana de Educación y Trabajo, Conalep, UNICEF, Universidad Iberoamericana, pp. 457-492.
- Solís, Patricio (2010), “La desigualdad de oportunidades y las brechas de escolaridad”, en Arnaut, Alberto y Silvia Giorguli (coords.), *Los grandes problemas de México*, vol. VII, Educación, México, El Colegio de México, pp. 599-621.
- Székely Pardo, Miguel (2012), “Jóvenes que ni estudian ni trabajan: un riesgo para la cohesión social en América Latina”, en Díaz, Francisco Javier y Patricio Meller (eds.), *Violencia y cohesión social en*

América Latina, Serie Cohesión Social, Santiago, Corporación de Estudios para Latinoamérica, pp. 163-208.

Tuirán, Rodolfo (2013), “Los jóvenes y la educación”, *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, Subsecretaría de Educación Superior, Secretaría de Educación Pública [SEP], consultado el 20 de octubre de 2013, <<http://www.sep.gob.mx/work/models/sep1/Resource/2249/1/images/vf-jovenes-educacion-ninis.pdf>>.

Tuirán, Rodolfo y José Luis Ávila (2012), “Jóvenes que no estudian ni trabajan: ¿Cuántos son?, ¿quiénes son?, ¿qué hacer?”, *Este País*, núm. 251, marzo, consultado el 5 de octubre 2012, <http://estepais.com/site/?p=37606>.

Vargas Valle, Eunice D. y Rodolfo Cruz Piñeiro (2012), “Los jóvenes del norte y sur de México en inactividad laboral y educativa: niveles y factores asociados”, *Papeles de Población*, vol. 18, núm. 73, julio-septiembre, pp. 1-43.

Capítulo 8

Inserción laboral de los jóvenes migrantes de retorno de Estados Unidos a México

Ana Elizabeth Jardón Hernández*

ileana.14@hotmail.com

Zoraida Ronzón Hernández*

zoraronzon@gmail.com

Introducción

En las últimas dos décadas, los estudios sobre las problemáticas económicas, educativas, laborales, políticas y sociales de los jóvenes mexicanos han sido ampliamente analizadas desde diferentes disciplinas y acercamientos teóricos. En este andamiaje teórico-conceptual, los estudios dedicados al análisis de la migración de retorno de los jóvenes mexicanos sugieren que los jóvenes que retornan no lo hacen por decisión propia, sino que en su mayoría son obligados por diversas circunstancias económicas, políticas, sociales e incluso culturales (Zavala y Sánchez, 2011).

Articulado a este debate, la reciente crisis económica y laboral que experimentó Estados Unidos propició un incremento en el número de migrantes retornados, entre los que, una mayoría tiene de 25 a 29 años de edad; es decir, son jóvenes que retornan y se enfrentan a un México sin empleo (Masferrer *et al.*, 2013), donde las condiciones económicas y laborales no favorecen sus procesos de inserción laboral en los mercados de trabajo, dada la creciente situación de precariedad laboral que en el contexto de la crisis económica global se agudiza a causa del aumento del desempleo, la informalidad y ausencia de seguridad social (Mora y Oliveira, 2012, p. 2).

En este contexto, en la discusión desarrollada a lo largo del capítulo buscamos responder: ¿cómo se están insertando los jóvenes migrantes

* Centro de Investigación y Estudios en Movilidades y Migraciones Internacionales, Universidad Autónoma del Estado de México.

de retorno en los mercados de trabajo locales? Para ello, en un primer momento se exponen algunas interpretaciones sobre la inserción laboral de los migrantes retornados, y posteriormente se analizan las condiciones y situación laboral de esta población en México.

Fuente y universos de población

La fuente de información utilizada en este trabajo es la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010. Para ubicar a la población migrante de retorno se utilizó la pregunta que identifica el estado o país de residencia en 2009 de los integrantes de los hogares.¹ De acuerdo con los resultados de la ENJ 2010, se estima que alrededor de 235 962 individuos² son migrantes de retorno.

En un primer momento, el análisis descriptivo del capítulo corresponde a un estimado de 105 474 individuos (de las 235 962 personas) que integran el universo de jóvenes de 12 a 29 años de edad, que en 2009 vivían en Estados Unidos. En un segundo momento, el análisis sobre el primer empleo, el empleo actual y los procesos de búsqueda de trabajo de los jóvenes migrantes de retorno incluyen únicamente a los jóvenes que, por un lado, fueron seleccionados para la aplicación del cuestionario individual de la ENJ 2010 y, por otro, cumplen la condición de haber sido migrantes de retorno. Bajo estos supuestos, el universo de población corresponde a un estimado de 55 403 jóvenes.

Interpretaciones sobre la inserción laboral de los jóvenes

En los últimos años, los estudios sobre los jóvenes y el empleo muestran que la situación laboral de esta población ha desmejorado junto con el

¹ La pregunta utilizada del módulo de hogares de la ENJ 2010 fue: ¿en dónde vivía (en 2009)?

² Incluye únicamente a la población migrante de retorno nacida en México.

deterioro de los mercados laborales (Mendoza, 2011). De acuerdo con el Instituto Mexicano de la Juventud (2006), las condiciones y prácticas de acceso laboral entre los jóvenes en México se conciben en un marco de relaciones de informalidad, caracterizado por una deficiente condición de inserción o una particular (des)vinculación con las diferentes instituciones sociales.

Al respecto, Mora y Oliveira (2012) advierten que, en la historia reciente del país, la gran parte de la mano de obra juvenil ha ocupado los puestos de trabajo más precarios; esto es, empleos sin estabilidad, seguridad social, prestaciones laborales y remuneraciones deprimidas. Además de que han identificado que cuanto más precoz ocurre la inserción laboral de los hombres y mujeres jóvenes, mayor es la vulnerabilidad laboral que experimentan. Así, se advierte que este patrón de absorción de la mano de obra juvenil es resultado de la falta de oportunidades laborales, la pérdida de calidad de los nuevos empleos, los bajos niveles de escolaridad, la menor experiencia laboral y el menor poder de negociación de quienes se integran precozmente al mundo del trabajo.

De acuerdo con Weller (2007), el hecho de que los indicadores laborales registren niveles poco prometedores para los jóvenes trasciende en un problema social, en la medida en que el desempleo juvenil sea alto y prolongado y la inserción ocurra en empleos que demandan niveles de educación y habilidades inferiores a las adquiridas, pues ello provocaría efectos negativos tanto económicos como sociales, dado que:

- El mal aprovechamiento del capital humano generado mediante el apoyo de la inversión social limita el crecimiento económico y, por consiguiente, el bienestar de las sociedades en su conjunto.
- Una débil acumulación de experiencia laboral incide negativamente en los ingresos laborales futuros de los jóvenes, así como en su jubilación, sobre todo en sistemas de capitalización individual.
- Una precaria inserción laboral dificulta y posterga la formación de hogares propios de los jóvenes, lo que prolonga su dependencia respecto de los padres y la carga financiera que esto implica. Por lo tanto, también se reducen los ingresos netos presentes y, debido al

impacto negativo en su capacidad de ahorro, los ingresos futuros de los padres.

- La inserción laboral precaria, temprana o tardía, relacionada frecuentemente con altos niveles de deserción o expulsión del sistema escolar, afecta especialmente a los jóvenes procedentes de hogares pobres, por lo que no se aprovecha el potencial aporte de una actividad laboral para que estos jóvenes salgan de esa situación. De esta manera, se refuerza la transmisión intergeneracional de la pobreza.
- Un desfase entre las características de la educación y de la demanda laboral tiende a obstaculizar la movilidad social, con lo que se agravan los problemas estructurales de mala distribución del ingreso y se perpetúa la inequidad de la distribución de los ingresos en la región.
- La precariedad de la inserción laboral obstaculiza la integración social de los jóvenes, quienes no se ven reconocidos en sus derechos ciudadanos; esto desalienta su participación en otros ámbitos de la institucionalidad vigente y tiende a fomentar en ellos actitudes de confrontación.
- Los jóvenes con inserción laboral precaria representan una parte importante de la población en riesgo y enfrentan problemas de adaptación y marginación social.

En otros términos, la precariedad laboral de los jóvenes se constituye en un problema con impactos en la vida económica, social, política y cultural de esta población. En tal sentido, la migración laboral de los jóvenes se ha configurado como otro campo de estudio, siendo los aspectos económicos los principales factores explicativos en sus procesos de movilidad. La migración de los jóvenes, como en la mayor parte de los estudios, se explica como un proceso en el que intervienen fuerzas económicas, como el desequilibrio en la oferta y demanda de trabajo y la diferencia salarial entre México y Estados Unidos.

No obstante, como parte del proceso migratorio, ¿qué factores explican el retorno de los jóvenes mexicanos? De acuerdo con Zavala y Sánchez (2011), aunque el retorno de la población joven responde a diversas causas, entre las principales se encuentran las relacionadas con

el término de la temporada de trabajo o del periodo de contratación, así como las situaciones de deportación que asumen la modalidad del retorno forzado.

Esta última situación ha tendido a acentuarse en los últimos años, dado que el clima de crisis económica y endurecida política migratoria trastoca el contexto de las decisiones migratorias y del retorno, de manera que hoy en día observamos que los migrantes retornan a sus comunidades de origen en condiciones que no facilitan sus procesos de integración socioeconómica (Jardón, 2013).

De acuerdo con Pederzini (2012, citada en Pérez Silva, 2012), el hecho de que en los últimos años la mayor parte de los retornados sean jóvenes de entre 25 y 29 años se constituye en un reto en materia de generación de empleo, pues de lo contrario, es posible que esta población se ubique entre aquéllos que no estudian ni trabajan, o en el peor de los casos, sean partícipes de las filas del crimen organizado (Pérez, 2012).

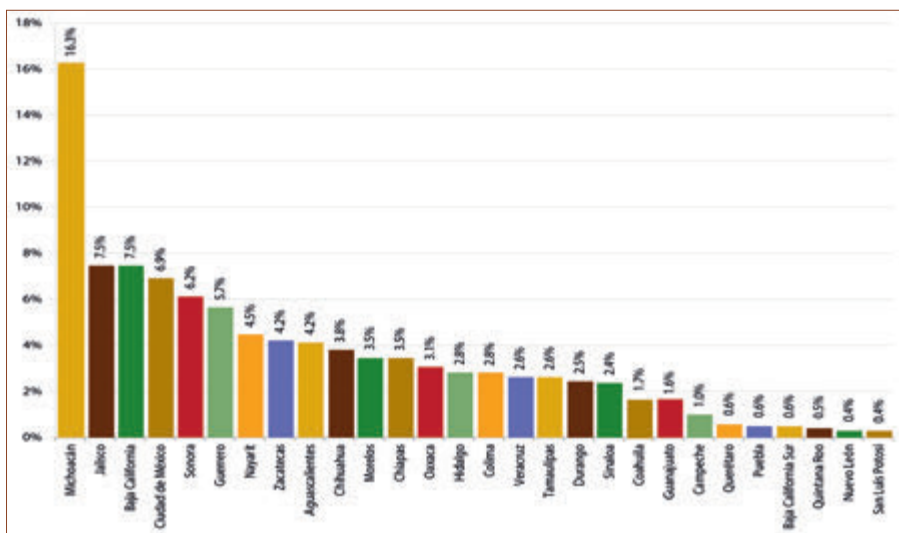
Por tal motivo, este estudio pone el acento en la caracterización sociodemográfica de los jóvenes migrantes de retorno y el análisis de sus procesos de integración al mercado de trabajo en México.

Dinámica de la migración de retorno de los jóvenes mexicanos

En relación con la magnitud del flujo de migrantes retornados, según la ENJ 2010, se estima que de los 235 962 migrantes de retorno, aproximadamente 105 474 (44.7%) son jóvenes de 12 a 29 años de edad, lo que significa que alrededor de dos de cada cinco retornados son jóvenes en edades plenamente productivas, que en la búsqueda de su reincorporación socioeconómica ejercerán demandas específicas, particularmente en materia de educación y empleo.

La distribución por entidad federativa observa una mayor proporción de jóvenes retornados en el estado de Michoacán, con alrededor de 16.3% del flujo; esta entidad, por su dinámica migratoria, registró una presencia de población joven de retorno muy por encima de la observada

Gráfica 8.1
México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según entidad federativa, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

en entidades como Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes, no obstante que el retorno cobró presencia en la gran parte del territorio nacional (véase gráfica 8.1).

Por tipo de localidad, la ENJ 2010 sugiere que las migraciones de retorno de los jóvenes mexicanos están ocurriendo en una mayor medida hacia localidades urbanas (56.6%), situación que posiblemente tiene que ver con la antigüedad del proceso migratorio y la misma madurez de las redes sociales, que hacen que los migrantes rurales dispongan de los capitales y recursos socioeconómicos para asegurar la continuidad de sus migraciones y la prolongación de sus estancias en Estados Unidos, particularmente en el contexto actual de crisis económica y hostilidad política hacia la población migrante.

La relación entre región y tipo de localidad indica que la población de retorno en zonas urbanas corresponde mayoritariamente a las regiones norte (39.7%) y tradicional del país (34.5%); mientras que los retornados en zonas no urbanas (56.2%) se concentran en esta última región. Así, la dinámica de la migración de retorno se instituye en un reto para el

Gobierno mexicano, en virtud de la presencia adquirida en los diferentes estados y regiones del país, donde habrán de implementarse medidas de atención en materia de empleo, salud y educación en aras de promover una inserción integral.

Perfil sociodemográfico de los jóvenes migrantes de retorno

De acuerdo con la ENJ 2010, el flujo de jóvenes migrantes de retorno registró una composición mayoritariamente masculina, puesto que 66.8% son hombres y 33.2%, mujeres (véase cuadro 8.1). Por tipo de localidad, observamos que las zonas no urbanas registraron una presencia mayoritaria de hombres jóvenes retornados, de 73.6%, en comparación con 61.6% de las zonas urbanas.

La distribución por edad muestra que la mayor parte de los jóvenes migrantes de retorno se concentra en los grupos de 25 a 29 y 20 a 24 años de edad, con 39.6 y 33.8% respectivamente; en menor proporción se encuentran los que se ubican entre los 12 y 19 años. Aunque con variaciones porcentuales, la composición por edades se mantiene por tipo de localidad. De ahí la necesidad de remarcar que en materia laboral, los jóvenes migrantes de retorno ejercerán una mayor demanda en cuestión de empleo, particularmente en las áreas no urbanas, donde alrededor de la mitad tiene entre 25 y 29 años de edad (véase cuadro 8.1).

La relación de parentesco si bien advierte que en su mayor proporción los jóvenes migrantes de retorno son hijos del jefe de hogar (47.3%), llama la atención que alrededor de tres de cada diez son jefes y posibles proveedores económicos de sus hogares, particularmente entre aquéllos que son casados o unidos. Este resultado es importante por sí mismo, pues se trata de un grupo poblacional con necesidades y demandas concentradas en la incorporación a los mercados de trabajo de las localidades y regiones a las que están retornando en México.

La asistencia escolar de esta población es baja (28.1%), particularmente entre los jóvenes en áreas no urbanas, donde 23.1% actualmente acude a la escuela. El nivel de escolaridad señala una baja presencia de

Cuadro 8.1
México: caracterización sociodemográfica de los jóvenes migrantes de retorno,
según tipo de localidad, 2010

Concepto	Tipo de localidad		Total (%)
	URBANA (%)	NO URBANA (%)	
Sexo			
Hombre	61.6	73.6	66.8
Mujer	38.4	26.4	32.2
Grupos de edad			
12 a 14 años	15.6	10.2	13.3
15 a 19 años	15.4	10.7	13.4
20 a 24 años	36.8	29.8	33.8
25 a 29 años	32.1	49.2	39.6
Parentesco			
Jefe de hogar	24.3	26.1	25.1
Cónyuge	15.5	7.2	11.9
Hijo	43.7	51.9	47.3
Otro parentesco	16.5	14.8	15.8
Estado civil			
Soltero	57.4	59	58.1
Casado/Unido	38.1	36.9	37.6
Divorciado/Viudo	4.5	4.1	4.3
Asistencia escolar	32	23.1	28.1
Nivel de escolaridad			
Sin escolaridad	-	2.6	1.1
Educación básica	59	76.5	66.6
Educación media	29.3	19.8	25.2
Educación superior	11.7	1.1	7.1
Población total	59 707	45 767	105 474

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

jóvenes sin escolaridad, aunque se advierten importantes diferencias a nivel de localidad, pues los jóvenes no urbanos muestran una fuerte concentración entre los que cuentan con educación básica, en comparación con los jóvenes en localidades urbanas, en la medida en que éstos registran una mayor participación en los niveles de educación media y superior. Sin duda, este comportamiento pone de manifiesto la fuerte presencia de brechas sociales y económicas entre la población residente en zonas urbanas y rurales (véase cuadro 8.1).

Hasta aquí puede decirse que los jóvenes migrantes de retorno son mayoritariamente hombres, hijos y jefes de hogar, en edades plenamente

productivas y reproductivas. Aunque la ENJ 2010 no permite conocer los motivos relacionados con el retorno de esta población, posiblemente se trata de jóvenes que están regresando por diversos motivos, entre ellos, el término de la temporada de trabajo y la inestabilidad laboral cada vez más fuerte en el mercado laboral de Estados Unidos.

Por otro lado, en la condición de actividad de los jóvenes migrantes de retorno se observa que la mayor parte son económicamente activos (63.2%), con proporciones muy semejantes según tipo de localidad. En términos generales, se estima que alrededor de tres de cada cinco jóvenes en edad de trabajar cuentan con empleo o se encuentran buscando trabajo (véase gráfica 8.2). Cabe mencionar que el porcentaje de ocupación de la población económicamente activa (PEA) es alto, con aproximadamente 92% en localidades urbanas y no urbanas.

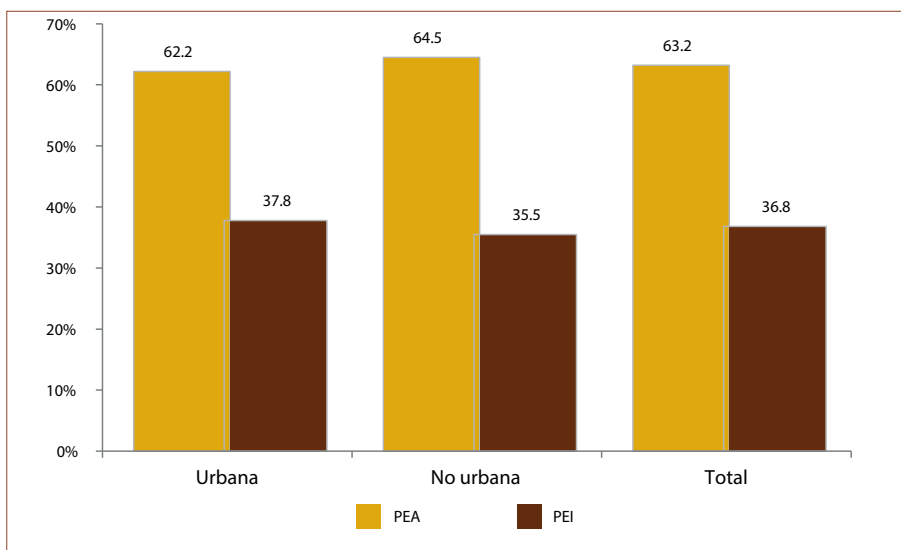
En la participación económica por sector de actividad de los migrantes de retorno, según la ENJ 2010, se estima que 53.3% de los jóvenes se inserta en ocupaciones comerciales y de servicios, seguido por quienes se encuentran en los sectores de la industria-construcción y actividades agrícola-pecuarias, con 26.5 y 20.2%, respectivamente (véase cuadro 8.2).

A nivel de localidad, se registran importantes diferencias porcentuales en la participación de los retornados según sector de actividad; no obstante, es de llamar la atención que incluso en las localidades no urbanas, los jóvenes migrantes se insertan mayoritariamente en actividades relacionadas con el comercio y servicios (véase cuadro 8.2). En este sentido, advertimos que el sector servicios parece fortalecerse como una alternativa para la generación de ingresos, especialmente en las zonas rurales, donde los ciclos agrícolas obligan a que las familias se apoyen en diversas estrategias para la generación de ingresos monetarios.

De acuerdo con Arias (2009), este proceso revela una profunda resignificación del espacio rural, donde los grupos domésticos y las comunidades han puesto en marcha medidas novedosas, ingeniosas e incluso conflictivas para hacer frente a los cambios demográficos, económicos e institucionales que los han afectado.

En la población urbana, la mayor participación en actividades correspondientes a los sectores terciario y secundario explica las diferencias

Gráfica 8.2
México: distribución porcentual de jóvenes migrantes temporales de 12 a 29 años, según condición de actividad, por tipo de localidad, 2010



PEA = Población económicamente activa.

PEI = Población económicamente inactiva.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 8.2
México: características ocupacionales de los jóvenes migrantes de retorno, según tipo de localidad, 2010

Concepto	Tipo de localidad		Total (%)
	URBANA (%)	NO URBANA (%)	
Sector de actividad			
Primario	4.7	38.2	20.2
Secundario	31.6	20.6	26.5
Terciario	63.7	41.2	53.3
Situación en el trabajo			
Empleado u obrero	82.4	54.6	70.2
Jornalero o peón	2.6	8.8	5.3
Patrón o empleador	1.8	6.6	3.9
Trabajador por cuenta propia	12.5	23.6	17.3
Trabajador familiar sin pago	0.8	6.4	3.2

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

registradas en la situación en el trabajo de la PEA ocupada, pues mientras que la mayor parte de los jóvenes urbanos son empleados u obreros (82.4%), entre los jóvenes no urbanos este concepto es menor (54.6%); por el contrario, en las características propias de las actividades laborales en áreas no urbanas aumenta la presencia de trabajadores que se emplean por cuenta propia y que son jornaleros o peones (véase cuadro 8.2).

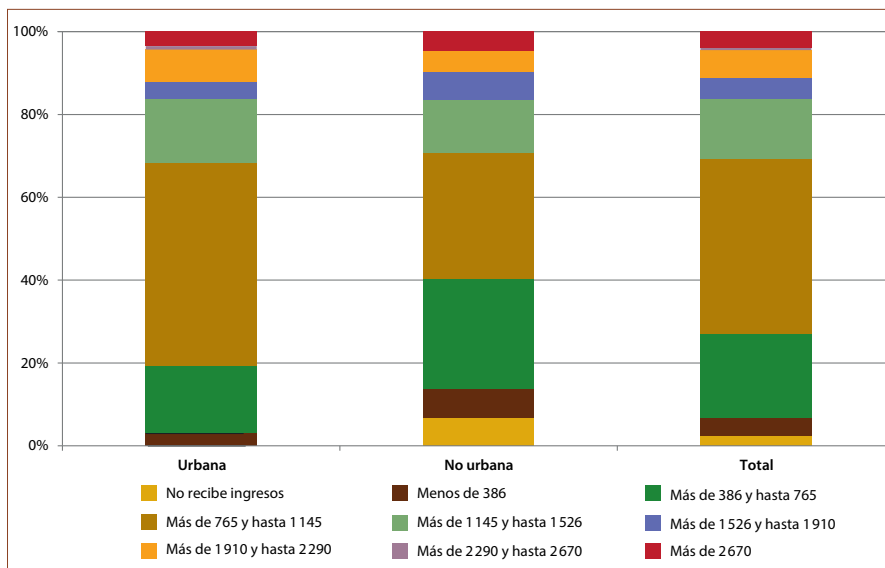
En la percepción de ingresos por trabajo de los jóvenes que son parte de la PEA ocupada, de acuerdo con la ENJ 2010 se estima que aproximadamente dos de cada cinco migrantes de retorno perciben entre 765 y 1 145 pesos semanales; esto es, un ingreso mensual que oscila entre 3 060 y 4 580 pesos mensuales. En segundo y tercer orden se encuentran los que perciben ingresos semanales de 386 a 765 pesos y de 1 145 a 1 526, con 20.1 y 14.5% de los jóvenes migrantes de retorno. En proporciones muy bajas están los que reciben ingresos por trabajo superiores a 1 526 pesos a la semana (véase gráfica 8.3).

A nivel de localidad, esta distribución observa una tendencia semejante entre los jóvenes migrantes de retorno urbanos; sin embargo, las percepciones por trabajo de la población no urbana ponen de manifiesto la mayor precariedad de los salarios en zonas rurales, debido a que la proporción de los que perciben de 386 a 765 y menos de 386 pesos semanales es mayor (véase gráfica 8.3).

En lo relativo a la captación de otro tipo de ingresos, la ENJ 2010 señala que durante los últimos seis meses previos al levantamiento de la encuesta, la proporción de jóvenes migrantes de retorno que recibió ingresos por concepto de ayuda de programas de gobierno es baja (2.8%), en comparación con el porcentaje de los que recibieron apoyo económico de familiares que se encuentran en otra parte del país (7.8%), y particularmente en comparación con los que captaron recursos bajo el rubro de remesas externas (20.5%, véase gráfica 8.4).

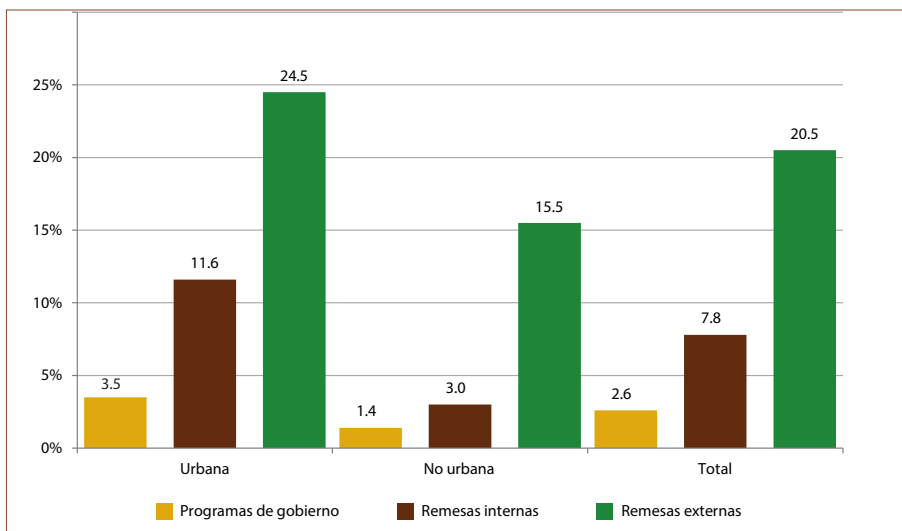
A nivel de localidad, se observan diferencias importantes, pues el porcentaje de jóvenes no urbanos que recibe remesas internas y externas no sólo es menor respecto al total, sino que también se encuentra muy por debajo del de los que habitan en localidades urbanas, donde 11.6%

Gráfica 8.3
México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno de 12 a 29 años según rangos de ingreso, por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 8.4
México: porcentaje de jóvenes migrantes de retorno que en los últimos seis meses recibió otro tipo de ingresos, por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

recibió ayuda económica de algún familiar dentro del país, y 24.5% de sus familiares en Estados Unidos (véase gráfica 8.4).

Así pues, con base en el perfil sociodemográfico aquí expuesto puede decirse que los jóvenes migrantes de retorno componen un flujo mayoritariamente masculino (hijos y jefes de hogar), con bajo nivel de escolaridad (educación básica). Según su participación económica, se advierte que la mayor parte de ellos se está incorporando en actividades del sector terciario (localidades urbanas y no urbanas) y primario (localidades no urbanas), como empleados, trabajadores por cuenta propia y jornaleros, donde el nivel de ingresos por trabajo y la percepción de otros ingresos es menor entre los jóvenes migrantes en zonas no urbanas.

Procesos de inserción laboral de los jóvenes migrantes de retorno

El módulo de individuos de la ENJ 2010 permite identificar diversas características sociales, económicas y culturales de los jóvenes mexicanos. Con base en los objetivos del capítulo, en esta parte del texto analizamos la experiencia laboral de los jóvenes migrantes de retorno en relación con las características de su primer empleo, el empleo actual y los procesos de búsqueda e inserción en el mercado de trabajo.

Primer empleo

En relación con los antecedentes laborales, la ENJ 2010 muestra que 79% de los jóvenes migrantes de retorno ha trabajado por lo menos en una ocasión, de los cuales, los pertenecientes a localidades no urbanas registran una mayor participación económica que los jóvenes urbanos, con 87.7 y 72.7% respectivamente.

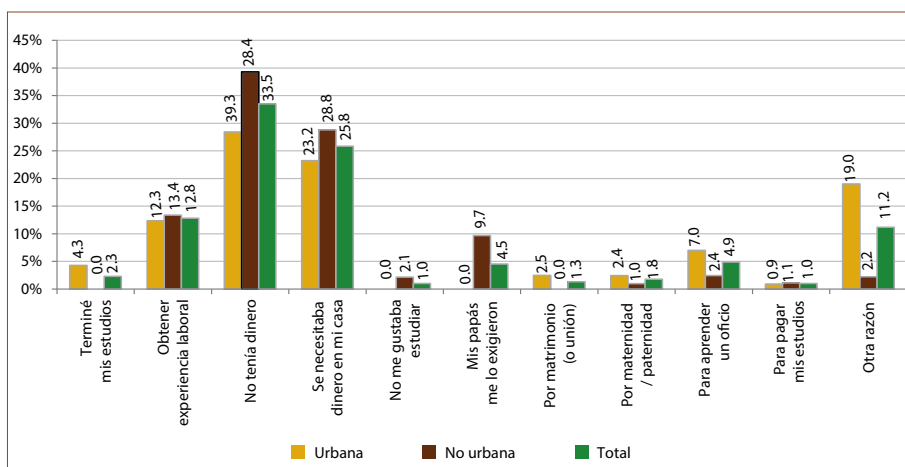
La edad media en la que los migrantes de retorno iniciaron sus procesos de participación económica se estima que ocurre aproximadamente a los 15 años: 16 años en localidades urbanas y 14 en localidades

no urbanas; así, los jóvenes en zonas rurales muestran una tendencia hacia la incorporación laboral en edades más tempranas.

Respecto a los jóvenes con experiencia laboral, entre los motivos que explican la inserción laboral de los migrantes de retorno están los vinculados con cuestiones económicas: 33.5% declaró que empezó a trabajar porque no tenía dinero y 25.8% porque se necesitaba dinero en su casa. En segundo orden se encuentran los jóvenes cuya inserción al mercado de trabajo ocurrió por el interés de obtener experiencia laboral (12.8%). En proporciones más bajas se encuentran aspectos relacionados con obligaciones y responsabilidades personales, como la necesidad de trabajar por motivos de unión, maternidad o paternidad y solvencia para cubrir sus estudios (véase gráfica 8.5).

A nivel de localidad se registran variaciones porcentuales, sin embargo, sobresalen en una mayor medida los conceptos de índole económica entre los jóvenes en localidades no urbanas, en tanto que 68.1% de los retornados en zonas rurales inició a trabajar porque no tenía dinero y porque se necesitaba dinero en su casa (véase gráfica 8.5).

Gráfica 8.5
México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según los motivos que participaron en su incorporación laboral, por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En este contexto de participación laboral, ¿cómo consiguen emplearse los jóvenes por primera vez? De acuerdo con la ENJ 2010 los amigos y familiares juegan un papel importante como recurso para acceder a un empleo, dado que 36.7 y 34.4% de los retornados obtuvieron su primer empleo con ayuda de un amigo y de un familiar. Enseguida se encuentran los jóvenes cuyo primer empleo responde al autoempleo, en virtud de que 10.2% puso su propio negocio. Otros mecanismos son los relativos a la contratación directa de un familiar, recomendación, escuela y anuncios en el lugar de trabajo.

Por tipo de localidad, se observan marcadas diferencias, pues mientras 48.1% de los jóvenes urbanos obtuvo su primer empleo por medio de un amigo, en los pertenecientes a localidades no urbanas sobresale el apoyo de los familiares, con 43.8%. En este sentido, vemos que en ambos casos las personas inmediatas al entorno social de los jóvenes son las que participan directamente como facilitadores para el acceso al empleo de esta población (véase gráfica 8.6).

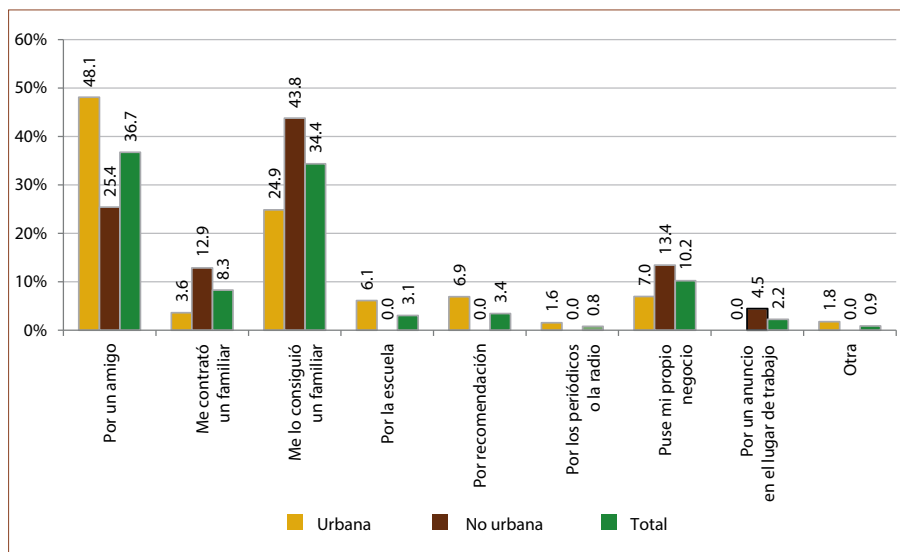
Finalmente, la alternancia entre actividades laborales y educativas se registró en 54.7% de estos jóvenes; en otros términos, según la ENJ 2010 se estima que alrededor de dos de cuatro retornados se encontraba estudiando al tiempo que inició su participación laboral. En este caso, llama la atención que entre los jóvenes urbanos se registró una mayor participación en este concepto (63.3%) en comparación con los no urbanos (44.9%), posiblemente como consecuencia de la menor asistencia escolar generalmente observada en zonas rurales.

Empleo actual

Actualmente, ¿cómo se están insertando los jóvenes migrantes en retorno de Estados Unidos en los mercados de trabajo?, y ¿cuál es la percepción sobre sus empleos? Con base en la ENJ 2010, entre la población joven que trabajó por lo menos una hora durante la semana anterior al levantamiento de la encuesta, se registró un alto nivel de inseguridad laboral, en la medida en que 85.2% no cuenta con un contrato laboral escrito que

Gráfica 8.6

México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según los mecanismos de apoyo en la obtención del primer empleo, por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

establezca las condiciones de su empleo. En las localidades no urbanas este concepto se presenta en 91.2% de los jóvenes retornados.

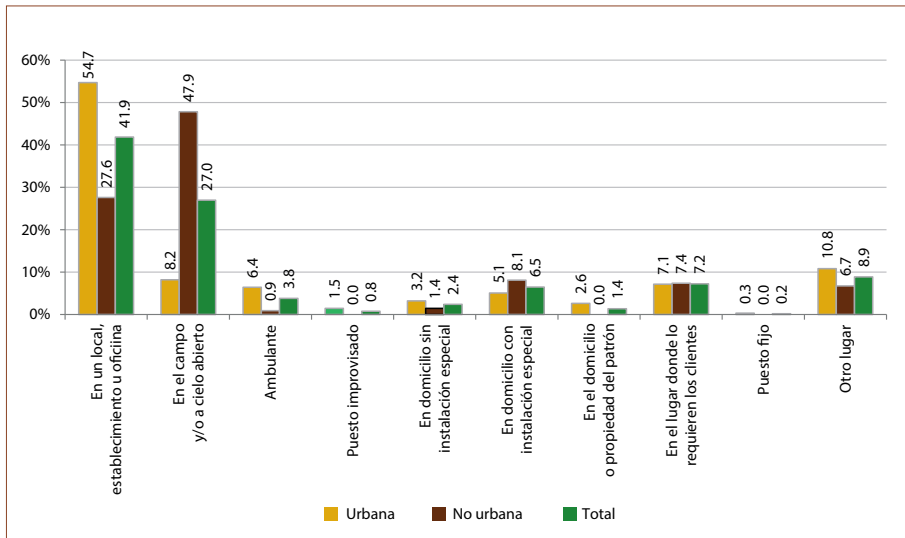
En su mayor parte (63.2%), los jóvenes migrantes de retorno que perciben ingresos los reciben como sueldo fijo, salario o jornal. Destacan también las modalidades de sueldo a destajo (17%) y por concepto de ganancias por negocio (12.1%). En menor proporción se encuentran los jóvenes que reciben ingresos por comisión (6.4%) y honorarios (1.2%). Por tipo de localidad, observamos que en los jóvenes urbanos es mayor la proporción de los que reciben ingresos a destajo (21.1%), mientras que en los no urbanos (12.1%) tiene mayor presencia el rubro de ingresos como ganancia de negocios propios.

El lugar de trabajo de los jóvenes retornados corresponde en su mayor parte a un local, establecimiento u oficina (41.9%), seguido por los que trabajan en el campo o a cielo abierto (27.0%). Por tipo de localidad, ambas categorías se mantienen, sin embargo, entre los jóvenes no

urbanos es mayor el porcentaje de los que trabajan en el campo (47.9%). En términos generales, se registra la presencia de conceptos que precisan condiciones de precariedad en los sitios de trabajo de esta población (véase gráfica 8.7).

En relación con el lugar de trabajo, el uso de herramientas de tecnología y comunicación es muy bajo entre los jóvenes migrantes de retorno, en la medida en que 80.2% mencionó que en su trabajo no utiliza la computadora y 81.2% no utiliza internet. Según tipo de localidad, la ausencia en el uso de ambas herramientas se intensifica entre los jóvenes no urbanos, con 90.3% y 92.1%, respectivamente. Asimismo, la ENJ 2010 muestra que el uso de teléfono fijo y celular como herramienta de trabajo es muy bajo entre esta población, pues tres de cada cinco jóvenes mencionó que no los necesita para realizar su trabajo.

Gráfica 8.7
México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno
según lugar de trabajo, por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Los mecanismos para acceder al actual empleo varían respecto del primer empleo, en tanto la proporción de jóvenes autoempleados en negocios propios fue de aproximadamente 21.5%. En ese sentido, llama la atención que los jóvenes migrantes en retorno tienden a promover la instalación de establecimientos para la generación de ingresos. Iniciativa que es más notoria (27.4%) entre los jóvenes en localidades no urbanas.

No obstante esta distribución, el papel de los familiares y amigos como facilitadores para el acceso al empleo entre los jóvenes migrantes de retorno continúa siendo importante: 26.1% consiguió empleo por medio de un amigo, 19.9% lo consiguió a través de un familiar y 18.3% fue contratado por un familiar. Por tipo de localidad, se observa que en los jóvenes urbanos (30.4%) cobra mayor importancia el apoyo de las amistades para acceder a un empleo.

La diversificación de ingresos entre los jóvenes migrantes de retorno es baja, puesto que únicamente 13.6% de la población joven que trabaja lleva a cabo otro tipo de actividades o “chambitas” que le permitan generar ingresos adicionales: 14.4% en localidades urbanas y 12.8% en localidades no urbanas.

Por otro lado, la proporción de jóvenes migrantes de retorno que declaró estar satisfecha con su empleo actual fue de 78.6%. Por tipo de localidad, observamos que los jóvenes urbanos (83.9%) mencionaron estar más satisfechos con su empleo que los jóvenes no urbanos (72.7%), lo que posiblemente tiene que ver con las condiciones de empleo, particularmente en lo relativo al nivel de ingresos y el lugar de trabajo.

Entre los aspectos que más les gustan a estos jóvenes sobre sus trabajos destacan el ingreso (29.2%), la disponibilidad de tiempo para estar en familia (17.3%), el aprendizaje (16.8%) y la adquisición de experiencia (12.4%). En proporciones más bajas se encuentran los jóvenes que de su trabajo les agrada el hecho de hacer lo que les gusta (9.7%), el ambiente laboral (8.4%) y la posibilidad de tener tiempo para estudiar (2.2%). Entre los jóvenes urbanos, además del ingreso (23.9%), destacan los aspectos de experiencia (23.2%) y aprendizaje (14.1%); mientras que en los jóvenes no urbanos después del ingreso (35.3%) se encuentra (con 24.2%) la disponibilidad de tiempo para la familia.

En un extremo opuesto, resulta contradictorio que cuando se cuestionó a esta población sobre el aspecto que menos les gusta de su trabajo, 30.1% mencionó el ingreso o sueldo: 31.5% en localidades urbanas y 28.2% en zonas no urbanas. En segundo orden se encuentran los jóvenes que de su trabajo no les gusta el hecho de no poder ascender (18.6%), con 22.9% de la población joven no urbana y 15.3% de los jóvenes urbanos. Entre otros aspectos, se encuentran el descontento por no tener tiempo para estar en familia, no aplicar los conocimientos adquiridos en sus estudios, el ambiente de trabajo y la no adquisición de experiencia.

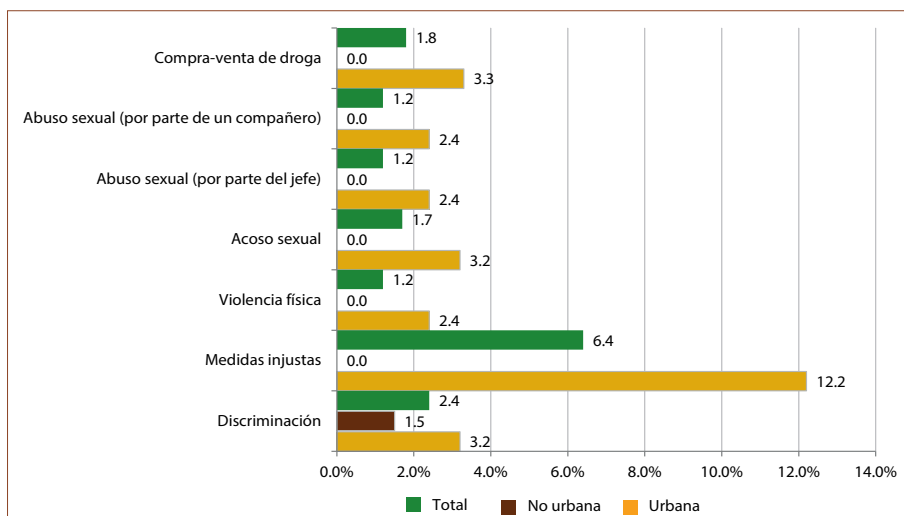
Finalmente, los hechos de violencia laboral, aunque en apariencia parecen no ser altos, han cobrado presencia en los empleos actuales de los jóvenes migrantes de retorno, particularmente de los que habitan en zonas urbanas. En tal sentido, se estima que en los últimos doce meses alrededor de 12.2% de esta población ha sido víctima de medidas injustas en sus trabajos, mientras que en porcentajes de 2 a 4% se encuentran los jóvenes que han experimentado discriminación o han sido violentados física o sexualmente en el trabajo (véase gráfica 8.8).

Entre la población joven migrante de retorno que trabaja, se estima que uno de cada tres (32.1%) aporta más de la mitad de sus ingresos para cubrir parte de los gastos del hogar. A este concepto le siguen los que aportan sus ingresos totales (22.5%), así como los jóvenes que apoyan con la mitad y menos de la mitad de sus ingresos, con aproximadamente 20.3% cada uno. Por tipo de localidad, se estima que los jóvenes en localidades rurales apoyan en una mayor proporción para la manutención de sus hogares, en tanto que 43.7% destina más de la mitad de su sueldo, y 25% asigna todo su ingreso para solventar los gastos de consumo diario del núcleo familiar.

Según la ENJ 2010, la proporción de ingresos que estos jóvenes no destinan para los gastos de su casa son en su mayor parte asignados al concepto de ahorro (51.7%), seguido por aquéllos que lo utilizan para salir a divertirse (20.3%) y comprar ropa o zapatos (15.6%). En una proporción muy baja (6.3%) se encuentran los que asignan esta proporción de sus ingresos para pagarse sus estudios.

Gráfica 8.8

México: porcentaje de jóvenes migrantes de retorno que en los últimos doce meses han sido víctimas de algún tipo de abuso en su trabajo actual, por tipo de localidad, 2010



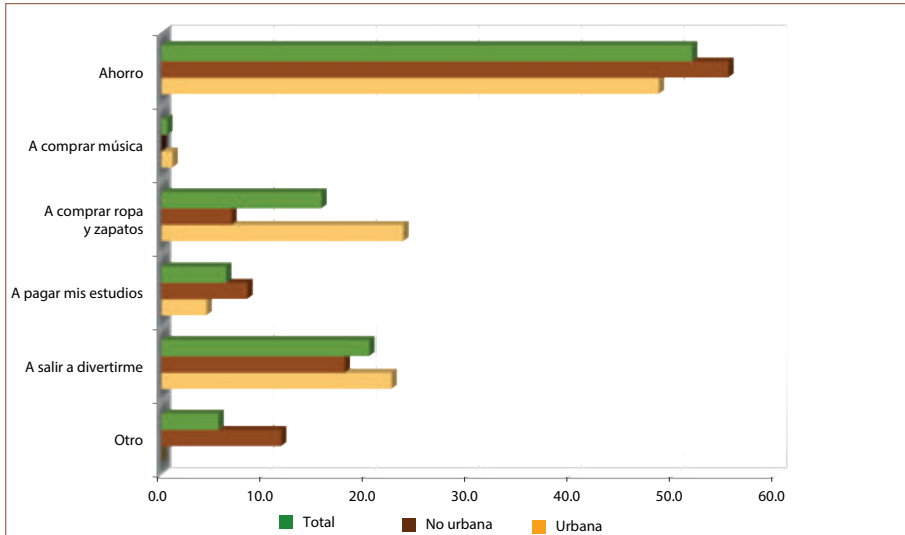
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Entre localidades, se observa que mientras en los jóvenes no urbanos es mayor el concepto de ahorro (55.3%) y menor el relativo a la diversión (17.9%) y adquisición de ropa y zapatos (6.8%), entre los jóvenes urbanos es mayor la proporción de los que gastan en ambos conceptos, con 22.4 y 23.6% respectivamente. En términos generales, esta distribución precisa diferencias en los patrones de consumo de la población joven migrante de retorno en zonas urbanas y rurales (véase gráfica 8.9).

Búsqueda de empleo

Para terminar con el análisis sobre los procesos de inserción laboral de los jóvenes migrantes de retorno, aquí centramos nuestra atención en los aspectos relacionados con la búsqueda de empleo e instalación de negocios propios. De acuerdo con la ENJ 2010, casi 23.8% de los migrantes de retorno están buscando trabajo o tratando de poner su propio negocio: 24.4% de los jóvenes urbanos y 23% de los no urbanos.

Gráfica 8.9
México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según el uso de los ingresos que no aportan para el gasto del hogar, por tipo de localidad, 2010



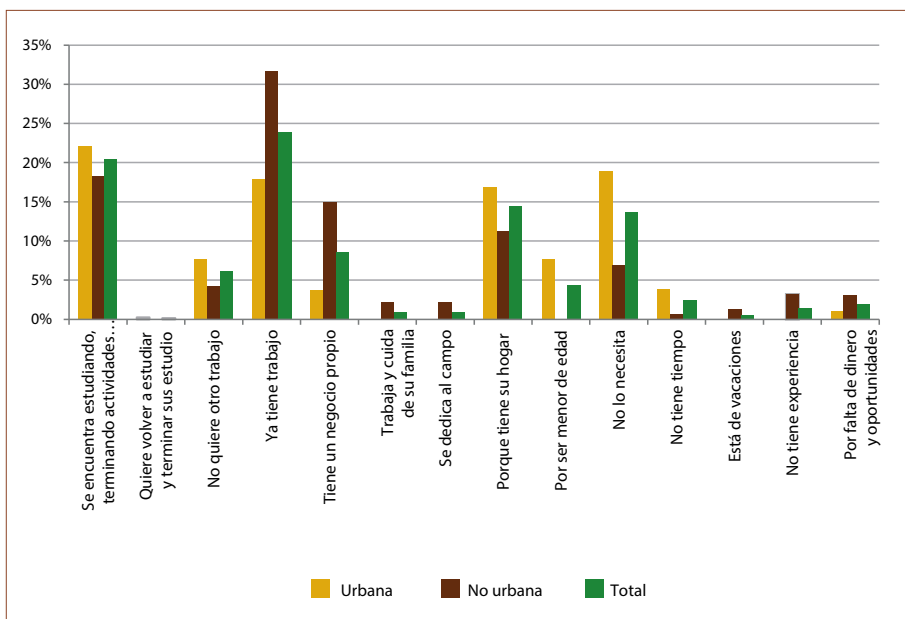
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Del 76.2% de los jóvenes que no buscan empleo o intentan poner su propio negocio, la ENJ 2010 arroja que 23.2% no lo está haciendo porque ya cuenta con un trabajo, mientras que 20.4% no está interesado debido a que se encuentra estudiando, 14.5% porque es responsable del cuidado de sus hijos y del hogar, y 13.7% porque no le interesa o no le hace falta. Por tipo de localidad, aunque en porcentajes diferentes, los motivos que explican los procesos de no búsqueda de empleo son semejantes entre los jóvenes migrantes de retorno (véase gráfica 8.10).

Ahora bien, entre los jóvenes buscadores de empleo se estima que 46.3% ha utilizado el periódico como medio para buscar trabajo, en tanto que 41.4% lo ha hecho a través de sus amigos, 10.6% por medio de algún familiar y 1.7% de manera directa en fábricas, talleres o negocios. A nivel de localidad se registran diferencias importantes, puesto que 68.3% de los jóvenes urbanos busca empleo en los periódicos y 55.7% de los no urbanos recurre a sus amigos y conocidos, además de que 26.1% de éstos últimos se apoya en sus familiares para buscar empleo.

Gráfica 8.10

México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según motivos por los que no buscan empleo o intentan poner su propio negocio, por tipo de localidad, 2010

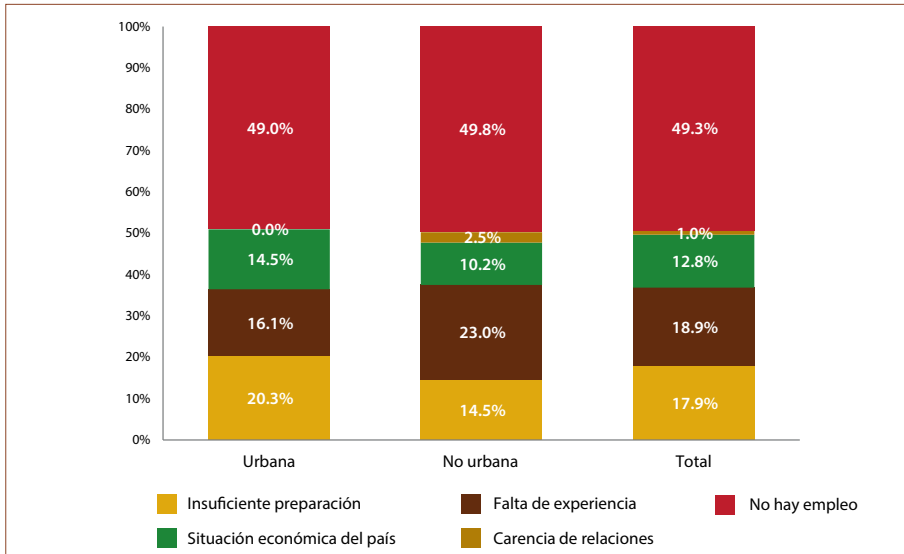


Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Según la percepción de los jóvenes buscadores de empleo, los principales motivos que explican el hecho de no conseguir trabajo tienen que ver con la falta de empleo en México (49.3%), así como con la falta de experiencia (18.9%), la insuficiente preparación con que cuentan (17.9%) y la debilitada situación económica del país (12.8%). No se aprecian diferencias importantes según el tipo de localidad; sin embargo, cabe decir que una mayor parte de los jóvenes rurales encuentran en la falta de experiencia una limitante para encontrar empleo (23.0%) (gráfica 8.11).

Por otro lado, en la opinión de los jóvenes migrantes de retorno, los aspectos más importantes para conseguir trabajo tienen que ver con la educación (44.1%), la experiencia laboral (34.1%), la presencia de contactos personales (11.9%) y el esfuerzo o la actitud de servicio (8.6%). En proporciones muy bajas se encuentran quienes consideran relevante la capacitación y la disposición de una actitud emprendedora y creativa.

Gráfica 8.11
México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes buscadores de empleo, según motivos por los que no consiguen trabajo, por tipo de localidad, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Entre los jóvenes urbanos y no urbanos, esta distribución tiene un comportamiento muy similar; por ello, es posible establecer que la alterancia entre disponer con oportunidades de estudio y la oportunidad de adquirir experiencia laboral se conjugan como los factores de mayor peso al momento de buscar y competir por determinados empleos.

Finalmente, entre los jóvenes migrantes de retorno se encuentra que la principal característica deseada de un empleo es que esté bien pagado (75.7%): 80% en localidades no urbanas y 72.6% en zonas urbanas. La estabilidad laboral se encuentra en segundo término para esta población, en tanto que 12.7% la considera como un aspecto relevante del empleo. Algunos otros aspectos señalados por los jóvenes, aunque en proporciones muy bajas, son los relacionados con las prestaciones laborales, accesibilidad, vinculación con los estudios realizados y asignación de tiempo para estudiar. Por tipo de localidad, se obtuvo una distribución semejante en la opinión de los jóvenes urbanos y rurales.

Conclusiones

A manera de conclusión, los principales hallazgos sobre la migración de retorno según la ENJ 2010, muestran que aproximadamente dos de cada cinco retornados son jóvenes en edades plenamente productivas. La dinámica de la migración de retorno pone de manifiesto que la mayor parte de esta población está regresando a los estados que integran la región de tradición migratoria en México, particularmente hacia las localidades urbanas.

De acuerdo con el perfil sociodemográfico de esta población se advierte una composición del flujo mayoritariamente masculina. La edad de los jóvenes migrantes de retorno tiende a concentrarse en los grupos de 25 a 29 y 20 a 24 años, lo que en materia de empleo se emplaza en una de las principales problemáticas y retos que demandan la formulación de políticas de atención para esta población, que en los últimos años está retornando en condiciones que dificultan sus procesos de integración y adaptación socioeconómica.

En relación con la participación económica se estima que aproximadamente tres de cada cinco jóvenes en edad de trabajar cuentan con empleo o se encuentran buscando trabajo, siendo las actividades del sector comercio y servicios las que registran una mayor participación de los jóvenes retornados económicamente activos, tanto en localidades urbanas como no urbanas, situación que precisa el fortalecimiento del sector servicios como recurso para la generación de ingresos.

El nivel de ingresos por trabajo de los jóvenes migrantes de retorno se sitúa entre 3 060 y 4 580 pesos mensuales, sin embargo, la distribución de los ingresos por tipo de localidad revela la mayor precariedad de los salarios en zonas rurales, así como una menor percepción de otro tipo de ingresos que participen como complemento de los ingresos por trabajo. No así entre la población joven urbana, donde, por ejemplo, alrededor de 24.5% mencionó que en los últimos seis meses ha recibido ingresos por concepto de remesas externas.

Por otro lado, se advierte que la edad media en la que los jóvenes retornados obtuvieron su primer empleo fue a los 15 años: 16 años

en localidades urbanas y 14 en localidades no urbanas. Así, según los factores que explican la inserción laboral de esta población, se observa que la situación económica familiar, en su mayor parte, determina los procesos de integración en el mercado de trabajo, en la medida que la necesidad de contar con dinero y la falta de dinero en el hogar se sitúan entre los principales elementos que explican la integración laboral de los jóvenes migrantes de retorno.

En relación con el empleo actual de los jóvenes retornados, la ENJ 2010 expone los altos niveles de inseguridad, precariedad e incertidumbre laboral entre esta población, en tanto que 85.2% no cuenta con un contrato laboral escrito que establezca las condiciones mínimas de su empleo, además de que el uso de herramientas de tecnología y comunicación que faciliten el desarrollo de sus actividades es poco frecuente.

No obstante, se percibe un alto nivel de satisfacción laboral entre los jóvenes migrantes de retorno, dado que 78.6% de ellos declaró estar satisfecho con su empleo actual. Aunque algunos de los factores que generan descontento son los relativos al nivel del ingresos, así como las escasas oportunidades de obtener ascensos y la reducida disponibilidad de tiempo para estar y convivir en familia.

Para terminar, se estima que alrededor de 23.8% de los migrantes de retorno están buscando trabajo o tratando de poner su propio negocio, debido a que han enfrentado dificultades para conseguir empleo, entre otros factores, por la falta de oportunidades en México, la falta de experiencia laboral, la insuficiente preparación y la debilitada situación económica del país.

Referencias bibliográficas

Arias, Patricia (2009), *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*, México, H. Cámara de Diputados LX Legislatura, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Miguel Ángel Porrúa.

- Instituto Mexicano de la Juventud, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud [Imjuve] (2006), *Encuesta Nacional de Juventud 2005. Resultados Preliminares*, México, Imjuve, CIEJ.
- Jardón, Ana (2013), “Nuevos escenarios en los procesos de organización social de la migración internacional en Las Vueltas, Estado de México”, tesis de doctorado tutorial en Ciencias Sociales, dirigida por Ofelia Becerril Quintana, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Masferrer, Claudia, Jeffrey Passel, Carla Pederzini y Gretchen Livingston (2013), “Selección en tiempos de crisis: explorando la selectividad de los migrantes de retorno en México durante 2005-2010”, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Georgetown University, consultado el 18 de enero de 2014, <http://www.cisan.unam.mx/migracionRetorno/Seleccion%20en%20tiempos%20de%20crisis_5abril.pdf>.
- Mendoza, Hipólito (2011), “Los estudios sobre la juventud en México”, *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. XVIII, núm. 52, septiembre-diciembre, pp. 193-224.
- Mora, Minor y Orlandina de Oliveira (2012), “El deterioro de la situación laboral de los jóvenes en tiempos de crisis”, consultado el 10 de diciembre de 2013, <<http://www.izt.uam.mx/sotraem/FundacionEbert/orlandina.pdf>>.
- Pérez Silva, Ciro (2012), “Reto del próximo gobierno, dar empleo a los que retornan de EU”, *La Jornada*, 16 de julio, consultado el 16 de enero de 2014, <<http://www.jornada.unam.mx/2012/07/16/politica/018n1pol>>.
- Weller, Jürgen (2007), “La inserción laboral de los jóvenes: características, tensiones y desafíos”, *Revista de la CEPAL*, núm. 92, agosto, pp. 61-82.
- Zavala, Aurora y Martín Sánchez (2011), “El retorno migratorio de jóvenes al oriente de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México: posibilidades de estudio y acción para trabajo social”, *Margen, Revista de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, núm. 60, pp. 1-17. <<http://www.margen.org/suscri/margen60/12zavala.pdf>>.

Capítulo 9

Patrones de salud en la población joven de México, 2010

*Giovanni Macías Suárez**

suarezgam@hotmail.com

Introducción

El Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve) se planteó como tarea central actualizar y ahondar en el conocimiento sobre las características sociales, demográficas, económicas y culturales de los(as) jóvenes mexicanos(as), como parte fundamental para la construcción de políticas públicas para la atención de este sector en específico. Para cumplir con este propósito, fue fundamental dar continuidad al proceso emprendido en el año 2000, con la aplicación de la primera encuesta sobre juventud realizada en México, que estableció las bases para la generación de series estadísticas históricas específicas sobre juventud, orientadas hacia el conocimiento de las situaciones y condiciones de vida de los(as) jóvenes en todo el territorio nacional.

En este sentido, la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010 y la difusión de sus resultados tiene como fin generar la corresponsabilidad de los diversos actores sociales en la construcción de acciones en beneficio de los(as) jóvenes, un sector estratégico para el desarrollo del país. Para ello, el objetivo en este documento es analizar los datos de la ENJ 2010 sobre el módulo de salud, de tal manera que se dé una visión general sobre los aspectos de salud que enfrenta la juventud mexicana, enriqueciendo el análisis al compararlo con ciertas variables sociodemográficas (sexo, grupos de edad, entidad, tipo de localidad, asistencia a la escuela, etc.). Se espera que los resultados sirvan para la definición de políticas públicas que vayan en mejora de la situación de los(as) jóvenes mexicanos(as).

* Investigación en Salud y Demografía (Insad).

El documento se divide en cinco apartados: en la primera parte se hace una breve descripción de las características sociodemográficas de los(as) jóvenes; posteriormente se analizan los problemas de salud de los(as) jóvenes y el acceso a los servicios de salud; el tercer apartado se refiere a la conformidad que tienen los(as) jóvenes con su peso actual, los hábitos alimenticios que poseen y la actividad física; subsiguientemente, se analiza la información correspondiente a las adicciones, especialmente el consumo de tabaco, bebidas alcohólicas y drogas, y por último, se describen las conclusiones.

Características sociodemográficas de los(as) jóvenes

Dentro de este apartado se hace una breve descripción de las características sociodemográficas de los(as) jóvenes, especialmente en lo que concierne a la distribución por sexo y grupos de edad, entidad federativa, tipo de localidad, nivel de escolaridad y condición de actividad.

De acuerdo con la ENJ 2010, la distribución geográfica de los(as) jóvenes en México indicó que el Estado de México tenía la mayor proporción, con 14.0%, seguido de la Ciudad de México y Jalisco con 7.2 y 6.7% respectivamente. Posteriormente, se encuentran las entidades de Veracruz, con 6.4%, y Puebla, con 5.2%. Por el contrario, los estados con las proporciones más bajas de jóvenes fueron Baja California Sur y Colima, con 0.5 y 0.6% comparativamente. Asimismo, del total de entidades, once se caracterizan por tener una mayor proporción de hombres con respecto a las mujeres: Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Colima, Chihuahua, Morelos, Nayarit, Nuevo León, Quintana Roo, Sinaloa y Tamaulipas (véase cuadro 9.1).¹

¹ Cabe mencionar que existen leves diferencias con respecto a los resultados obtenidos en el Censo General de Población y Vivienda 2010, las cuales se originaron por los factores de expansión que se utilizaron en la Encuesta.

Cuadro 9.1
México: distribución de los(as) jóvenes por entidad federativa y sexo, 2010

Entidad federativa	Frecuencia			Porcentaje		
	HOMBRE	MUJER	TOTAL	HOMBRE	MUJER	TOTAL
Aguascalientes	192 569	204 508	397 077	48.5	51.5	100.0
Baja California	529 939	508 818	1 038 757	51.0	49.0	100.0
Baja California Sur	98 035	94 756	192 791	50.9	49.1	100.0
Campeche	134 373	139 231	273 604	49.1	50.9	100.0
Coahuila	425 930	421 807	847 737	50.2	49.8	100.0
Colima	109 423	101 276	210 699	51.9	48.1	100.0
Chiapas	799 343	841 173	1 640 516	48.7	51.3	100.0
Chihuahua	528 347	525 625	1 053 972	50.1	49.9	100.0
Ciudad de México	1 281 661	1 337 927	2 619 588	48.9	51.1	100.0
Durango	254 863	272 934	527 797	48.3	51.7	100.0
Guanajuato	867 155	980 455	1 847 610	46.9	53.1	100.0
Guerrero	538 178	560 666	1 098 844	49.0	51.0	100.0
Hidalgo	392 036	422 972	815 008	48.1	51.9	100.0
Jalisco	1 196 218	1 240 663	2 436 881	49.1	50.9	100.0
México	2 512 199	2 572 133	5 084 332	49.4	50.6	100.0
Michoacán	711 637	723 807	1 435 444	49.6	50.4	100.0
Morelos	293 118	282 005	575 123	51.0	49.0	100.0
Nayarit	177 756	165 924	343 680	51.7	48.3	100.0
Nuevo León	725 897	700 761	1 426 658	50.9	49.1	100.0
Oaxaca	586 125	626 678	1 212 803	48.3	51.7	100.0
Puebla	884 879	1 008 010	1 892 889	46.7	53.3	100.0
Querétaro	294 470	306 606	601 076	49.0	51.0	100.0
Quintana Roo	237 636	228 868	466 504	50.9	49.1	100.0
San Luis Potosí	413 428	422 514	835 942	49.5	50.5	100.0
Sinaloa	461 542	436 928	898 470	51.4	48.6	100.0
Sonora	410 323	412 444	822 767	49.9	50.1	100.0
Tabasco	358 530	396 511	755 041	47.5	52.5	100.0
Tamaulipas	518 223	504 479	1 022 702	50.7	49.3	100.0
Tlaxcala	177 379	195 677	373 056	47.5	52.5	100.0
Veracruz	1 095 034	1 226 045	2 321 079	47.2	52.8	100.0
Yucatán	320 407	328 690	649 097	49.4	50.6	100.0
Zacatecas	234 385	243 734	478 119	49.0	51.0	100.0
Total	17 761 038	18 434 625	36 195 663	49.1	50.9	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

El porcentaje de los(as) jóvenes que reside en el ámbito urbano es de 64.1%, en tanto que es de 35.9% en el área no urbana.² La distribución por sexo en ambas localidades registró que fue ligeramente mayor la proporción de mujeres, con 50.6 y 51.5% de manera respectiva; 37.4% de los(as) jóvenes tiene una edad entre 12 y 17 años, 34.2% entre 18 y 23 años, y 28.4% tienen edades que oscilan entre 24 y 29 años. Sólo en el primer grupo de edad (12 a 17 años) es mayor la proporción de hombres, en tanto que en los demás sobresale una más alta proporción de mujeres (véase cuadro 9.2).

Por otro lado, poco más de una cuarta parte de los(as) jóvenes (26.2%) tenía la secundaria o equivalente completa, proporción que fue mayor en las mujeres, en tanto que 17.4% tenía la preparatoria o equivalente completa, proporciones que fueron muy similares en ambos sexos. La proporción de los(as) jóvenes que realizaron o estaban cursando la licenciatura fue mayor en los hombres, 14.0%, mientras que tan sólo 0.5% de los(as) jóvenes habían terminado o estaban realizando una maestría o doctorado (véase gráfica 9.1).

Al momento de la aplicación de la encuesta, 50.0% de los(as) jóvenes señaló que estudiaban, siendo mayor la proporción de hombres que acudían a la escuela (52.2%) con respecto a las mujeres (47.8%).

De los(as) jóvenes entrevistados(as), 42.3% mencionó que trabajó o tenía trabajo al momento de la aplicación de la encuesta, en tanto que 57.7% realizaba otras actividades. Entre quienes trabajaron, 61.9% eran hombres y 38.1% mujeres, y 62.3% pertenecía al área urbana y 37.7% a la no urbana. De igual manera, 18.9% de los(as) jóvenes que trabajaron tenía una edad de 12 a 17 años, 38.8% de 18 a 23 años y 42.3% tenía de 24 a 29 años de edad.³

² El ámbito urbano comprende las localidades de 15 000 habitantes y más, mientras que el no urbano incluye las de menos de 15 000 habitantes.

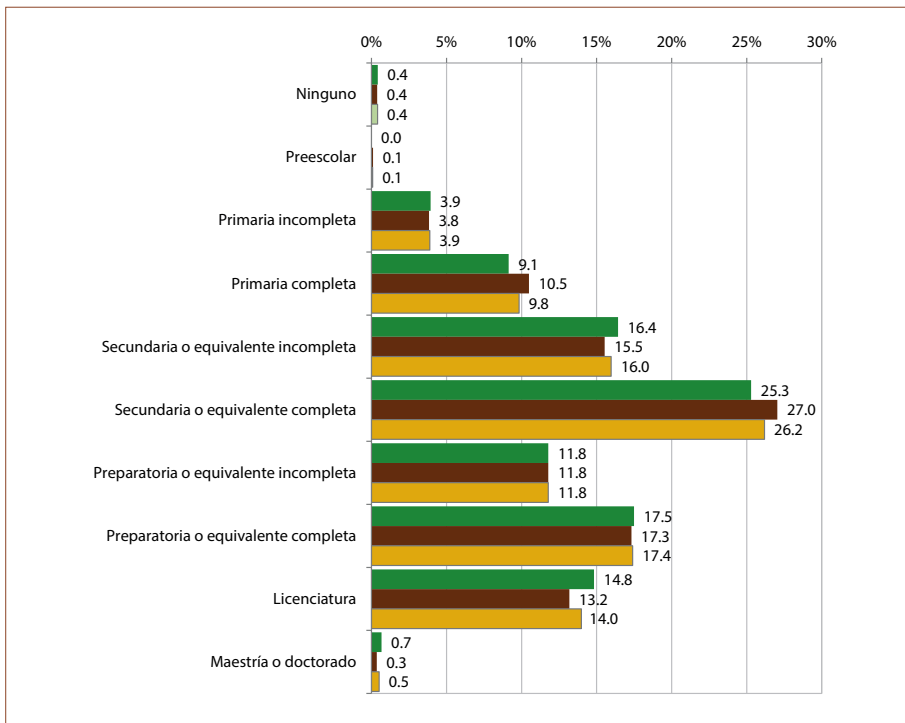
³ Para la selección de los(as) jóvenes que trabajaron o tenían trabajo, se tuvo en cuenta dos variables: la primera de ellas identifica la condición de actividad (hp6_3), mientras que la segunda permite recuperar información sobre el trabajo en aquellos(as) jóvenes que indicaron en primera instancia que no trabajaban (hp6_4).

Cuadro 9.2
México: distribución de los(as) jóvenes por grupos de edad y sexo, 2010

Grupos de edad	Hombre	Mujer	Total
12 a 17 años	6 809 568	6 727 106	13 536 674
18 a 23 años	6 109 143	6 275 963	12 385 106
24 a 29 años	4 842 327	5 431 556	10 273 883
Total	17 761 038	18 434 625	36 195 663
12 a 17 años	50.3	49.7	100.0
18 a 23 años	49.3	50.7	100.0
24 a 29 años	47.1	52.9	100.0
Total	49.1	50.9	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Gráfica 9.1
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según nivel de escolaridad, por sexo, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Problemas de salud y acceso a servicios médicos

Hacer énfasis en la salud de los(as) jóvenes es un tema fundamental para el crecimiento y desarrollo de la nación, pues del bienestar que ellos(as) tengan depende en gran parte la prosperidad de nuestro país. De ahí la importancia de conocer si los(as) jóvenes mexicanos(as) han padecido algún problema de salud y el lugar donde se atienden, como una forma de establecer si los mecanismos de atención sanitaria están cumpliendo con la obligación de prestar dichos servicios de manera universal, con calidad y garantizando la confidencialidad y privacidad.

En esta sección del capítulo se busca describir la presencia de algún problema de salud en los(as) jóvenes durante los últimos 12 meses, así como el tipo de servicio médico con que cuentan, la institución que otorga los servicios y si ésta es privada o pública, todo ello diferenciado por determinadas características sociodemográficas.

Problemas de salud

El porcentaje de los(as) jóvenes que mencionaron que durante los últimos 12 meses presentaron algún problema de salud fue de 30.5%, proporción que se registró mayormente en las mujeres en comparación con los varones, con 32.2 y 28.7% respectivamente. Asimismo, en el grupo de edad de 12 a 17 años se presentó la mayor proporción de jóvenes que tuvieron algún problema de salud durante el último año, con 35.0%, en tanto que en los(as) de 24 a 29 años se obtuvo la menor, con 26.3% (véase cuadro 9.3).

Por otro lado, en las localidades no urbanas hubo una ligera mayor proporción de jóvenes con algún problema de salud, en comparación con los(as) de localidades urbanas, con 31.2 y 30.1% respectivamente. De la misma manera, para aquellos(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, se pudo identificar que 33.9% registró dichos problemas en los últimos 12 meses, en tanto que en los(as) que no acudían a la escuela fue de 27.2%. Para quienes se encontraban trabajando, esta situación se exhibió en 29.1%, mientras que para quienes no

Cuadro 9.3
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según presencia
de algún problema de salud, por algunas variables sociodemográficas, 2010

Variables	Categorías	Presencia de algún problema de salud		Total
		SÍ	NO	
Sexo	Hombre	28.7	71.3	100.0
	Mujer	32.2	67.8	100.0
Grupos de edad	12 a 17 años	35.0	65.0	100.0
	18 a 23 años	29.0	71.0	100.0
	24 a 29 años	26.3	73.7	100.0
Tipo de localidad	Urbana	30.1	69.9	100.0
	No urbana	31.2	68.8	100.0
Estudia actualmente	Sí	33.9	66.1	100.0
	No	27.2	72.8	100.0
Trabaja actualmente	Sí	29.1	70.9	100.0
	No	31.5	68.5	100.0
Total		30.5	69.5	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

tenían trabajo o no trabajaban por realizar otras actividades fue mayor, con 31.5% (véase cuadro 9.3).

En este sentido, vale la pena mencionar que de los(as) jóvenes que presentaron algún problema de salud durante los últimos 12 meses, 41.9% sólo estudiaba al momento de la aplicación de la encuesta, 26.7% sólo trabajaba, 13.6% estudiaba y trabaja, y 17.9% no realizaba ninguna de estas dos actividades. Por último, en dieciocho entidades federativas se registraron problemas de salud por encima de la media (30.5%), entre las cuales destacan Tabasco, Aguascalientes y Nayarit, con 49.5, 41.3 y 38.0%, respectivamente. Por el contrario, Chihuahua (13.8%), Sonora (23.6%) y Querétaro (23.7%) fueron los estados con mejores condiciones de salud.

Condición de acceso a servicios médicos

En cuanto al acceso a los servicios de salud en los(as) jóvenes entrevistados(as), se pudo observar que 73.3% tenía algún tipo de servicio médico,

mismo que se presentó con mayor frecuencia en las mujeres, con 75.1%, mientras que en los hombres fue de 71.5%. Por grupos de edad, se pudo identificar que la mayor proporción se registró entre los(as) jóvenes que tenían de 12 a 17 años, con 77.0%, en tanto que la menor se ostentó en los(as) de 18 a 23 años, con 70.4% (véase cuadro 9.4).

Por entidad federativa, se pudo identificar que veinte estados registraron una proporción de acceso a servicios de salud por encima de la media nacional (73.3%), entre los que sobresalen Chihuahua, Nayarit y Colima, con los porcentajes más altos; mientras que doce entidades tienen proporciones por debajo de ésta, donde destacan Hidalgo, Jalisco y Guerrero con los indicadores más bajos. Por tipo de localidad, no se observan diferencias; sin embargo, en lo que respecta al acceso a los servicios de salud se pudo determinar que los(as) jóvenes que iban a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta, tenían la mayor proporción, con 78.3%, mientras que en los(as) que no acudían a la escuela fue de 68.6% (véase cuadro 9.4).

Por otro lado, los(as) jóvenes que tenían o estaban cursando una maestría o doctorado fueron quienes mayormente tenían acceso a algún

Cuadro 9.4
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según acceso a servicios médicos,
por algunas variables sociodemográficas, 2010

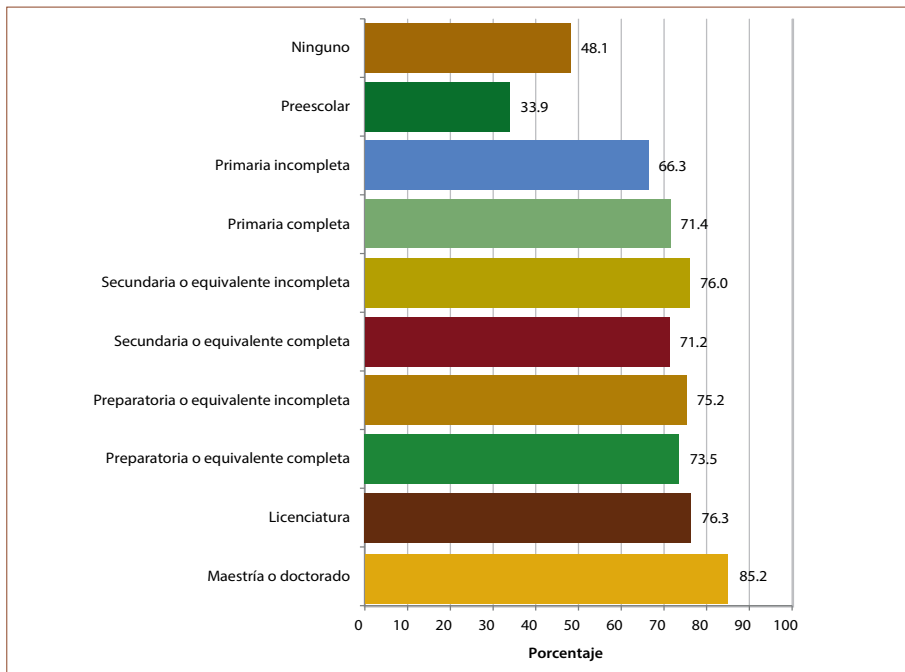
Variables	Categorías	Acceso a servicios de salud		Total
		SÍ	NO	
Sexo	Hombre	71.5	28.5	100.0
	Mujer	75.1	24.9	100.0
Grupos de edad	12 a 17 años	77.0	23.0	100.0
	18 a 23 años	70.4	29.6	100.0
	24 a 29 años	72.1	27.9	100.0
Tipo de localidad	Urbana	73.4	26.6	100.0
	No urbana	73.3	26.7	100.0
Estudia actualmente	Sí	78.3	21.7	100.0
	No	68.6	31.4	100.0
Trabaja actualmente	Sí	70.1	29.9	100.0
	No	75.7	24.3	100.0
Total		73.3	26.7	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

tipo de servicio de salud, con 85.2%, mientras que, por el contrario, los(as) que sólo contaban con preescolar presentaron la menor proporción, con 33.9%. En términos generales, se puede identificar que a medida que aumenta el grado de estudios, se incrementa la proporción de jóvenes con acceso a servicios médicos (véase gráfica 9.2).

De los(as) jóvenes que tienen acceso a los servicios médicos (26 543 751), 9.5% cuenta con un servicio privado, 88.9% público y 1.6% ambos tipos de servicios, sin que se presenten diferencias al compararlo por sexo y grupos de edad. No obstante, llama la atención que seis entidades de la República cuentan con la mayor proporción de servicio privado, comparado con la media nacional, entre las que destacan el Estado de México y la Ciudad de México con 18.2 y 15.8% respectivamente,

Gráfica 9.2
México: porcentaje de jóvenes que tienen acceso a servicios médicos,
según nivel de escolaridad, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

seguidos de Baja California con 14.9% y Tlaxcala con 13.0%. Por el contrario, Zacatecas y Nayarit obtuvieron las proporciones más bajas de servicios de salud privados, con 2.6 y 3.2% respectivamente.

Como era de esperarse, en las localidades urbanas hubo una mayor proporción de jóvenes que contaban con servicios médicos privados en comparación con las localidades rurales, con 11.7 y 5.5% correspondientemente. Asimismo, 11.2% de los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta contaban con servicio médico privado, en tanto que esto ocurrió en el 7.5% de quienes no acudían a la escuela. En este sentido, se pudo determinar que a medida que se incrementa el nivel de escolaridad, aumenta la proporción de jóvenes que tiene un servicio médico privado, y que quienes no tienen ningún grado escolar o sólo alcanzan el nivel de preescolar, carecen de éste, a diferencia de lo que ocurre con los(as) jóvenes que tienen maestría o doctorado, proporción que alcanza 24.9%. Al comparar dicha información con los(as) jóvenes que trabajaban o no al momento de la aplicación de la encuesta, se puede observar que no existen grandes diferencias.

De los(as) jóvenes que tenían servicio médico público, 44.7% contaba con el servicio del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y 39.1%, con el Seguro Popular. Por sexo, en los hombres predominó el IMSS, mientras que en las mujeres el Seguro Popular. En los(as) jóvenes de 18 a 23 y de 24 a 29 años se registró la mayor proporción de quienes tienen como servicio médico público el IMSS, con 46.4 y 48.0% respectivamente, mientras que en los(as) jóvenes de 12 a 17 años fue el Seguro Popular, con 42.3% (véase cuadro 9.5). Por entidad federativa, se pudo observar que en diecisiete estados la proporción de los(as) jóvenes que tienen como servicio médico público el IMSS es mayor a la del nivel nacional, entre las que sobresalen Nuevo León (75.1%), Jalisco (67.6%) y Coahuila (66.1%); mientras tanto, en las restantes quince entidades los porcentajes son menores a la media, donde destacan Chiapas (11.7%), Guerrero (17.3%) y Oaxaca (23.3%), con los valores más bajos. En estas últimas entidades predomina el Seguro Popular.

Se puede observar que en las localidades urbanas predomina como servicio médico público el IMSS, con 57.9%, mientras que en las no urbanas prevalece el Seguro Popular, con 58.7%. Asimismo, de los(as) jóvenes que acudían a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta, en mayor medida tenían como servicio de salud público el IMSS, con 47.8%, en tanto que el Seguro Popular aporta 34.1%, proporciones que fueron en los(as) jóvenes que no acudían a la escuela de 41.5 y 44.3% respectivamente. De los(as) jóvenes que trabajaban (47.6%), sobresalía el IMSS, 11 puntos porcentuales por encima de lo registrado en los(as) jóvenes que contaban con Seguro Popular, con 36.8%, tendencia que fue similar en quienes no se encontraban trabajando, aunque por una diferencia más reducida (42.7 y 40.7% comparativamente, véase cuadro 9.5).

Cuadro 9.5

México: distribución porcentual de los(as) jóvenes con acceso a servicios médicos públicos, según el tipo de servicios, por algunas variables sociodemográficas, 2010

Variables	Categorías	Tipo de servicio público								Total
		IMSS	ISSSTE	PEMEX	SEGURO POPULAR	SSA	EJÉRCITO, MARINA	IMSS OPOR-TUNIDADES	OTRO	
Sexo	Hombre	49.0	7.1	0.7	34.7	4.6	0.6	2.6	0.8	100
	Mujer	40.8	7.2	0.5	43.1	4.6	0.5	2.6	0.7	100
Grupos de edad	12 a 17 años	40.8	6.7	0.6	42.3	4.9	0.5	3.5	0.7	100
	18 a 23 años	46.4	7.4	0.4	37.3	4.4	0.6	2.5	1.0	100
	24 a 29 años	48.0	7.5	0.9	36.6	4.5	0.5	1.5	0.5	100
Tipo de localidad	Urbana	57.9	9.3	0.6	27.4	2.4	0.7	0.9	0.9	100
	No urbana	22.5	3.6	0.6	58.7	8.3	0.2	5.6	0.5	100
Estudia actualmente	Sí	47.8	9.4	0.7	34.1	3.7	0.6	2.9	0.9	100
	No	41.5	4.8	0.4	44.3	5.6	0.5	2.3	0.6	100
Trabaja actualmente	Sí	47.6	6.3	0.6	36.8	4.8	0.4	2.8	0.6	100
	No	42.7	7.7	0.6	40.7	4.4	0.6	2.5	0.8	100
Total		44.7	7.2	0.6	39.1	4.6	0.5	2.6	0.7	100

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Conformidad con el peso, hábitos alimenticios y actividad física

Una de las grandes problemáticas causada por los actuales estilos de vida está relacionada con el sobrepeso y la obesidad. De acuerdo con el Consejo Nacional de Población (Conapo, 2010), aproximadamente tres de cada diez jóvenes registran sobrepeso y dos de cada diez, obesidad. Asimismo, de acuerdo con un estudio realizado por la UNAM, los factores de riesgo asociados con la imagen corporal y la conducta alimentaria, pueden conducir a trastornos como la anorexia y bulimia, lo que contribuye a la desnutrición (Romero, 2001). En este sentido, y a manera de acercamiento a esta problemática, en el presente apartado se hará una breve descripción de la forma en la que los(as) jóvenes consideran su peso, su preocupación sobre el mismo, el tipo de alimentos que comúnmente consumen, la utilización de dietas, pastillas, medicamentos o bebidas para adelgazar, así como la presencia de bulimia, y por último, la frecuencia con la que practican algún deporte.

Autopercepción del peso

De acuerdo con los resultados de la ENJ 2010, se pudo determinar que 30.1% de los(as) jóvenes entrevistados(as) considera que su peso actual no es el adecuado (véase cuadro 9.6), de los(as) cuales 76.7% expresó que se encuentra por encima del que quisiera tener, y el restante 23.3%, por debajo. Según el sexo, las mujeres opinan en mayor medida que su peso no es el apropiado (35.5%), en comparación con los hombres (24.6%) (véase cuadro 9.6). Asimismo, fueron también más las mujeres, en comparación con los varones, las que señalaron que su peso está por encima del que quisieran tener, con 78.9 y 73.3% respectivamente.

Por edad, se puede observar cómo a medida que ésta aumenta, se incrementa la proporción de jóvenes que considera que su peso actual no es el adecuado, siendo de 25.9% en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 30.2% de 18 a 23 años, y de 35.6% de 24 a 29 años (véase cuadro 9.6). Cabe

destacar que a medida que se incrementa la edad, aumenta la proporción de los(as) jóvenes que considera que su peso actual está por encima de lo que quisieran tener.

Asimismo, hubo catorce entidades donde la proporción de los(as) jóvenes que expresaron mayormente que su peso no era el adecuado fue superior a la media nacional (30.1%); sobresalen Tabasco (42.3%), Aguascalientes y Coahuila (39.8% cada uno); en tanto que hubo dieciseis estados con porcentajes por debajo de la media, entre los que destacan Chihuahua (13.6%), Sonora (17.1%) y Tlaxcala (17.3%). De igual forma, en veintidós entidades los(as) jóvenes señalaron que su peso estaba por encima del que querían tener, en comparación con la media nacional (76.7%), mientras que en las restantes diez, por debajo.

Los(as) jóvenes que residen en localidades urbanas consideran en mayor medida en comparación con los(as) jóvenes de áreas no urbanas, que su peso actual no es el adecuado, con 31.9 y 26.9% de manera respectiva (véase cuadro 9.6), siendo también los(as) primeros en señalar que su peso actual se encuentra por encima de lo que quisieran tener, con

Cuadro 9.6
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes de acuerdo a cómo consideran su peso actual, adecuado o no, por algunas variables sociodemográficas, 2010

Variables	Categorías	Consideran adecuado su peso actual		Total
		SÍ	NO	
Sexo	Hombre	75.4	24.6	100
	Mujer	64.5	35.5	100
Grupos de edad	12 a 17 años	74.1	25.9	100
	18 a 23 años	69.8	30.2	100
	24 a 29 años	64.4	35.6	100
Tipo de localidad	Urbana	68.1	31.9	100
	No urbana	73.1	26.9	100
Estudia actualmente	Sí	73.2	26.8	100
	No	66.6	33.4	100
Trabaja actualmente	Sí	68.4	31.6	100
	No	71.0	29.0	100
Total		69.9	30.1	100

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

78.4 y 73.1% correspondientemente. De igual manera, en los(as) jóvenes que acudían a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta, en comparación con los(as) que no lo hacían, fue menor la proporción de quienes mencionaron que su peso no era el adecuado, con 26.8 y 33.4% respectivamente (véase cuadro 9.6). Los últimos fueron los(as) que mayormente indicaron que su peso actual está por encima de lo que quisieran tener, con 80.2%; en tanto que fue de 72.4% entre quienes sí asistían a la escuela.

En el mismo orden, 31.6% de los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la encuesta indicó que consideraban que su peso actual no era el adecuado, proporción que fue de 29.0% en los(as) jóvenes que no trabajaban (véase cuadro 9.6), de los cuales 80.8 y 73.2% respectivamente señaló que éste se encontraba por encima del que quisieran tener.

Ahora bien, de los(as) jóvenes que consideran que su peso actual no es el adecuado, solamente uno de cada diez (9.7%) tiene como principal actividad realizar deporte para divertirse en su tiempo libre, en tanto que 4.5% prefiere bailar. Dicho de otra manera, la mayoría de los(as) jóvenes que manifestaron inconformidad con su peso actual, realiza actividades en su tiempo libre que en ningún momento ayudan a mejorar las condiciones físicas de acuerdo con lo que desean.

Asimismo, de los(as) jóvenes que consideran que su peso actual no es el adecuado, solamente 6.3% señaló que en la actualidad participa en alguna organización, asociación o grupo deportivo, cifra bastante baja, lo que puede explicar en parte el descontento que tienen los(as) jóvenes con su peso, dado que recurren muy poco a la actividad física.

Tipo de alimentos consumidos

De acuerdo con los resultados obtenidos en la ENJ 2010, fueron los lácteos los alimentos consumidos diariamente con mayor frecuencia por los(as) jóvenes, alcanzando casi la mitad (49.9%), proporción que fue ligeramente superior en las mujeres en comparación con los varones (véase gráfica 9.3).

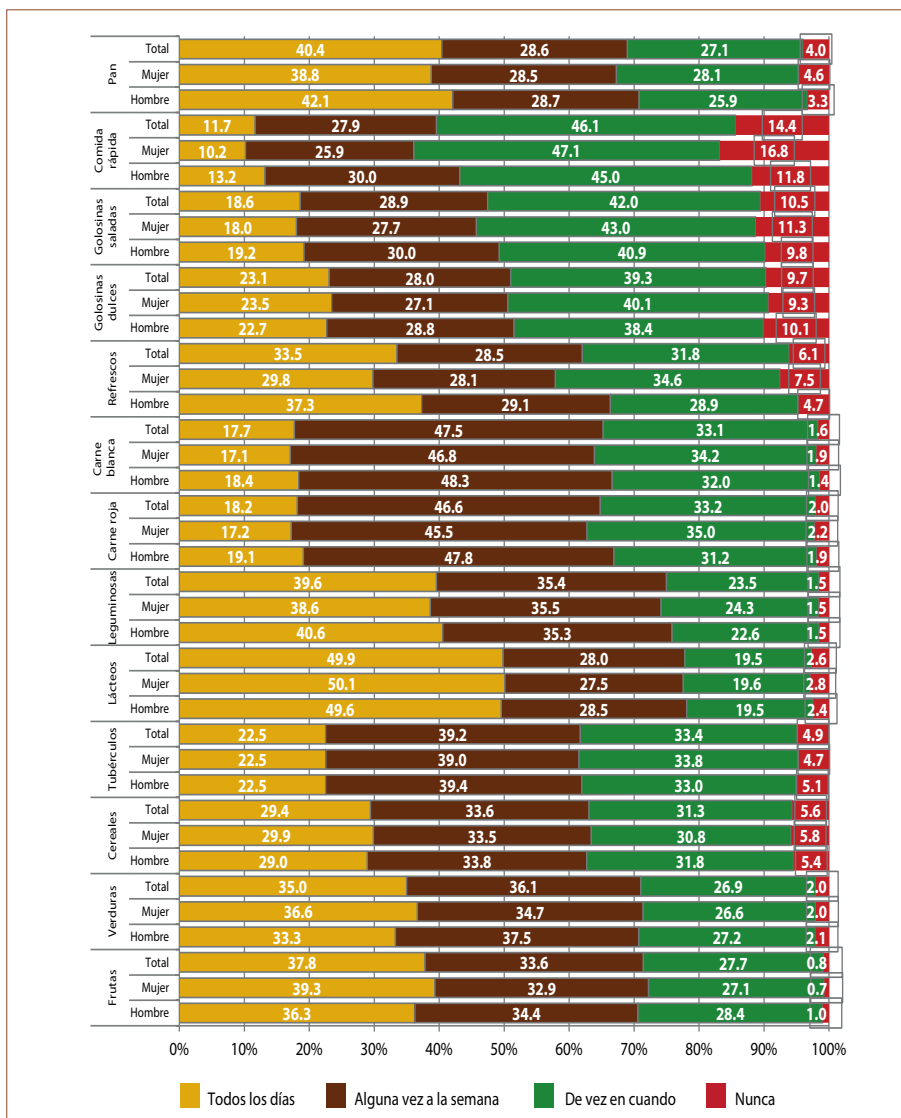
Posteriormente, la mayoría de los(as) jóvenes consumía diariamente pan, leguminosas, frutas, verduras y refrescos, proporción que fue mayor en los hombres en las dos primeras categorías, así como para el consumo de refrescos, mientras que el consumo de frutas y verduras fue mayor en las mujeres. Asimismo, la mayor proporción de los(as) jóvenes consume al menos una vez por semana carne blanca y carne roja; en tanto que alimentos como la comida rápida, golosinas saladas y dulces se consumían de vez en cuando, siendo superior en las mujeres (véase gráfica 9.3).

Los(as) jóvenes de 12 a 17 años consumen diariamente lácteos, pan, cereales, tubérculos y comida rápida en mayor medida que quienes están en el rango de 18 a 23 y 24 a 29 años, contrario a lo que sucede con las frutas, verduras, carne roja y blanca, donde es este grupo el que menos consume diariamente. También los menores de edad consumen diariamente golosinas dulces en mayor medida en comparación con los(as) jóvenes de 18 a 23 y 24 a 29 años, con 29.2, 22.1 y 16.1% respectivamente; situación que se presentó de manera similar respecto a las golosinas saladas, con 23.5, 17.6 y 13.4% comparativamente.

En diecinueve entidades federativas se registró una proporción de consumo diario de refresco mayor que la media nacional (33.5%), y sobresalen Nuevo León y Coahuila con 58.1 y 53.6% respectivamente. Por el contrario, trece entidades se encuentran por debajo de la media, donde destacan Hidalgo, con 16.0%, y Oaxaca, con 18.8%. Por otro lado, en quince estados se registraron proporciones de consumo diario de frutas por encima de la media nacional (37.8%), donde las mayores proporciones están en el Estado de México, con 51.8%, y la Ciudad de México, con 49.5%; mientras que diecisiete entidades presentaron porcentajes inferiores a la media obtenida a nivel nacional, donde Campeche obtuvo la menor proporción, con 17.5%, seguido de 19.8% en Tabasco.

En cuanto al consumo de verduras, doce entidades obtuvieron un consumo diario superior a la media nacional (35.0%), siendo Baja California Sur y el Estado de México donde se presentaron las mayores proporciones, con 48.3 y 47.1% comparativamente. Por el contrario, los

Gráfica 9.3
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes
según la frecuencia en el consumo de algunos alimentos, por sexo, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

demás estados registraron valores inferiores a la media, con 22.1% para Tabasco y 22.4% para Chiapas.

Por tipo de localidad, se observa que, como en todos los alimentos mencionados, la frecuencia con la que los consumen diariamente los(as) jóvenes entrevistados(as) es mayor en las localidades urbanas en comparación con las no urbanas, a excepción de las leguminosas, cuyo consumo es ligeramente superior. A pesar de ello, en estas localidades no urbanas es donde los(as) jóvenes únicamente de vez en cuando o nunca consumen refrescos, golosinas dulces o saladas y comidas rápidas.

Excluyendo a las leguminosas y los refrescos, los(as) jóvenes que acudían a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta consumían diariamente en mayor medida los alimentos mencionados, en comparación con los(as) que no iban a la escuela, diferencias que alcanzan a superar 5.0% en las frutas, cereales, lácteos y golosinas dulces o saladas.

La distribución por nivel de escolaridad de los(as) jóvenes sugiere que a medida que éste aumenta, se incrementa la proporción de quienes consumían todos los días frutas, verduras, tubérculos, lácteos y carne blanca; en tanto que en todos los niveles se observaba de manera muy similar el consumo diario de leguminosas. Igualmente, no existe una tendencia clara en los niveles de escolaridad en cuanto al consumo diario de los cereales, carne roja, refrescos y la comida rápida; mientras que el de las golosinas (dulces y saladas) y el pan describe un aumento en su consumo hasta los niveles medios, para luego bajar gradualmente en los niveles escolares más altos.

Por otro lado, los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta consumieron, en menor medida todos los días con respecto a los(as) que no trabajaron, los siguientes alimentos: frutas, verduras, cereales, tubérculos, lácteos, golosinas dulces o saladas y pan; en tanto que en una misma proporción consumieron carne blanca y comida rápida. Por el contrario, los(as) jóvenes que no trabajaban consumieron en menor proporción carne roja y refrescos que los(as) que trabajaban.

Dado que el consumo de refrescos y comida rápida no son hábitos saludables, a continuación se hace una relación de los(as) entrevistados(as) que consumen estos productos todos los días con la práctica de un

deporte. Se pudo identificar que de los(as) jóvenes que consumen ambos alimentos todos los días, sólo 11.5 y 11.6% respectivamente realizan deporte para divertirse, en cambio, realizan principalmente actividades como reunirse con amigos y ver televisión. Ahora bien, de los(as) que hacen deporte exclusivamente para divertirse, una tercera parte (33.2%) consume todos los días refresco, mientras que 24.3%, alguna vez a la semana; 34.8%, de vez en cuando, y 7.7%, nunca. En cuanto a la comida rápida, el escenario es un poco más alentador, pues 11.6% come este tipo de alimentos todos los días; 24.0%, alguna vez a la semana; 45.7%, de vez en cuando, y 18.7%, nunca.

Uso de dietas y consumo de productos para adelgazar

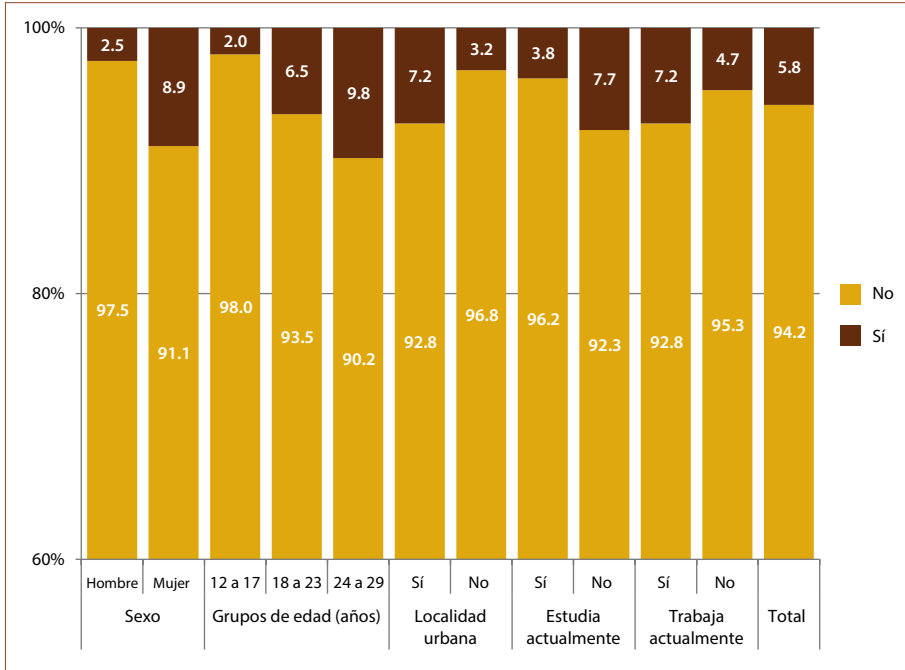
Alrededor de 5.8% de los(as) jóvenes entrevistados(as) señalaron que alguna vez tomaron pastillas, medicamentos o bebidas para adelgazar o bajar de peso, proporción que se dio mayormente en las mujeres, con 8.9%, mientras que en los varones fue de 2.5%. Por edad, se pudo identificar que a medida que ésta aumenta, se incrementa la proporción de los(as) jóvenes que han consumido productos para adelgazar o bajar de peso, que es de 2.0% en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 6.5% en los(as) de 18 a 23 años y de 9.8% en el grupo de 24 a 29 años (véase gráfica 9.4).

En quince entidades se registró una proporción de jóvenes que tomaban pastillas, medicamentos o bebidas para adelgazar o bajar de peso por encima de la media nacional (5.8%), entre las que destacan Baja California y Jalisco, con 11.7 y 9.9% de manera respectiva. Por el contrario, diecisiete estados estuvieron por debajo de la media, siendo Chiapas la que tenía la menor proporción, con 1.7%, seguido de Puebla, con 2.6%. Por tipo de localidad, se pudo observar que en los(as) jóvenes pertenecientes a las áreas urbanas hubo una mayor cantidad de quienes tomaron esta serie de productos para adelgazar o bajar de peso, con 7.2%, en tanto que en las áreas no urbanas fue de 3.2% (véase gráfica 9.4).

Fueron los(as) jóvenes que no acudían a la escuela al momento de aplicación de la encuesta los(as) que mayormente tomaban pasti-

Gráfica 9.4

México: distribución porcentual de los(as) jóvenes, según consumo de pastillas, medicamentos o bebidas para adelgazar o bajar de peso, por algunas variables sociodemográficas, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

llas, medicamentos y bebidas para adelgazar y bajar de peso, con 7.7%; mientras que para quienes sí asistían fue de 3.8% (véase gráfica 9.4). Por nivel de escolaridad, los(as) jóvenes que cursaban o tenían la licenciatura fueron quienes mayormente adoptaron estas conductas, con 10.0%, seguidos de los(as) que estaban cursando o tenían la maestría o doctorado, con 7.5%, y quienes tenían la preparatoria o equivalente completa, con 7.3%. Asimismo, quienes tenían trabajo al momento de la encuesta obtuvieron también las mayores proporciones en la adopción de estas prácticas, con 7.2%, en tanto que entre quienes no trabajaban fue de 4.7% (véase gráfica 9.4).

Así, 12.1% de los(as) jóvenes entrevistados(as) indicó que han realizado dietas para adelgazar, situación que, como era de esperarse, fue mayor en las mujeres, con 17.7%, mientras que en los hombres fue de

6.3%. A medida que aumenta la edad, también se incrementa la proporción de jóvenes que han realizado dietas para adelgazar, con un porcentaje de 7.3% en la población de 12 a 17 años, 13.6% en la de 18 a 23 años y 16.9% en la de 24 a 29 años.

En diecisiete entidades la proporción de jóvenes que hicieron dietas para adelgazar estuvo por encima de la media nacional (12.1%); sobresale Baja California con 23.9%, seguida de Campeche y Colima, cada una con 20.1%. Las demás entidades presentan proporciones inferiores a la media; Guanajuato es la que registró la menor proporción, con 4.7%, seguida de 4.9% en Chiapas.

Por tipo de localidad, se observa que en las zonas urbanas existe una mayor proporción de jóvenes que ha realizado dietas para adelgazar, con 14.5%, mientras que en las no urbanas fue de 7.9%. Por otro lado, este escenario se presentó en 10.2% de los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, cifra que fue inferior a la obtenida por quienes no iban a la escuela, la cual fue de 14.1%. Por nivel de escolaridad, claramente se observa que a medida que éste aumenta, se incrementa el número de jóvenes que ha realizado alguna dieta para adelgazar: 2.9% en los(as) jóvenes que no tenían ningún grado de escolaridad, mientras que fue de 22.5% entre los(as) jóvenes que estudiaron o se encontraban estudiando una maestría o doctorado.

Asimismo, 13.7% de los(as) entrevistados(as) que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta hizo alguna dieta para adelgazar, proporción que fue inferior (11.0%) para los(as) jóvenes que no trabajaban.

Jóvenes que se provocan el vómito

El porcentaje de los(as) jóvenes que expresó haber tenido la experiencia de comer a escondidas de los demás fue de 2.9%, proporción que fue mayor en las mujeres en comparación con los varones, con 3.5 y 2.3% respectivamente. Por grupos de edad, no se registraron grandes diferencias, en tanto que por entidad federativa se observa que en trece de ellas se tiene

una proporción por encima de la media, donde sobresalen Veracruz, con 5.5% y Tabasco, con 4.9%. Por el contrario, en diecinueve estados hubo una proporción de jóvenes que mencionaron que han tenido la experiencia de comer a escondidas de los demás, por debajo de la media nacional, registrándose la mínima en Chihuahua, con 1.1%, y 1.3% en Chiapas.

Por localidad, 3.3% mencionó esta situación en las áreas urbanas, mientras que en las no urbanas fue de 2.2%. Por otro lado, no se registraron grandes diferencias entre los(as) jóvenes que estudiaban o no al momento de la aplicación de la encuesta, al igual que con quienes trabajaban y los que no laboraban.

De los(as) jóvenes que expresaron que cuando sienten que han comido mucho se han provocado el vómito para sentirse mejor, el porcentaje es de 1.9%, proporción que fue de 2.5% en las mujeres y 1.2% en los hombres. Por grupos de edad, la mayor proporción se registró en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, con 2.3%, en tanto que en los(as) jóvenes de 18 a 23 años fue de 1.7%, y en los(as) de 24 a 29 años, de 1.5%. En diez entidades federativas esta situación se dio por encima de la media nacional, presentándose la mayor proporción en Baja California, con 4.0%, seguido de Campeche, con 3.8%; mientras que en veintiún estados estuvo por debajo de la media, siendo Tlaxcala el que obtuvo la menor proporción, con 0.7%, seguido de 0.8% en Sonora.

En las localidades urbanas la proporción de jóvenes que se han provocado vómito para sentirse mejor fue de 2.1%, mientras que en las no urbanas fue de 1.4%. De igual manera, al analizar este escenario entre los(as) jóvenes que estudiaban o no al momento de la aplicación de la encuesta, así como los(as) que trabajaban o no, se pudo determinar que no hay grandes diferencias.

De los(as) jóvenes que se han provocado vómito para sentirse mejor después de que sienten que han comido mucho, casi la mitad (47.6%) señaló que esta situación ocurrió por última vez el mes pasado, proporción que fue mayor en las mujeres en comparación con los varones, con 51.3 y 39.4% respectivamente. Asimismo, en el grupo de 18 a 23 años se presentó la mayor proporción, con 61.7%, mientras que en los(as) jóvenes de 12 a 17 años fue de 43.1% y en los(as) de 24 a 29 años,

de 37.0%. Los estados donde este escenario se registró mayormente fueron Jalisco y Chiapas, con 79.1 y 76.7% comparativamente.

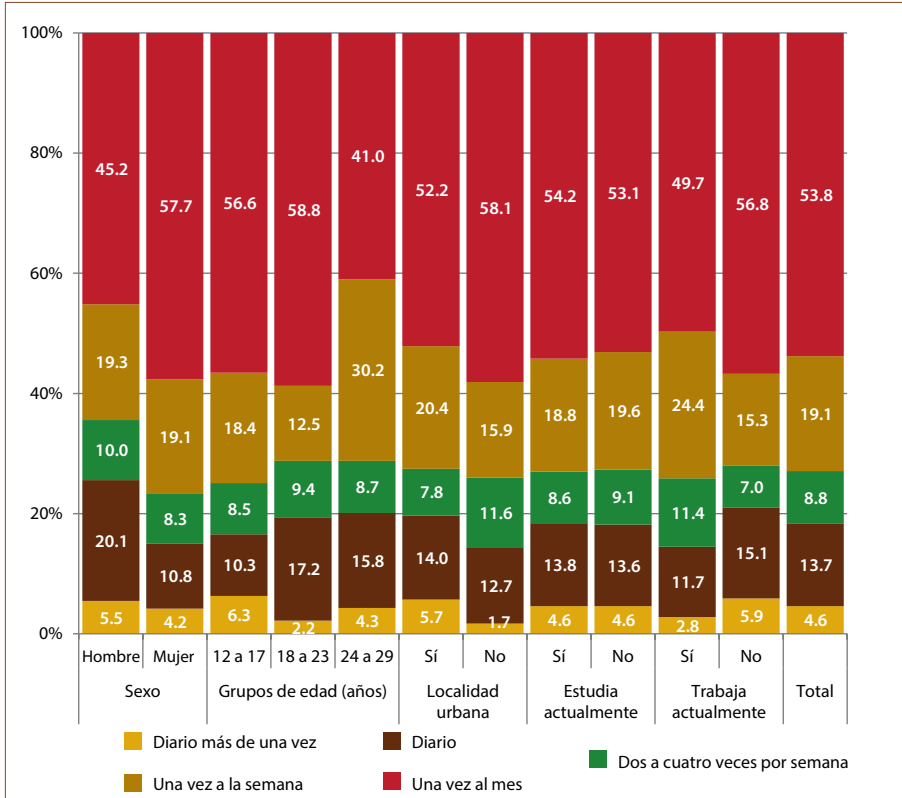
Fue en las localidades no urbanas donde la mayor proporción de jóvenes se provocó el vómito por última vez el mes previo a la aplicación de la encuesta, con 50.8%, en tanto que en las localidades urbanas fue de 46.4%. Asimismo, esta situación se registró en 50.3% de los(as) jóvenes que acudían a la escuela, y 44.6% en quienes no acudían, mientras que 44.0% ocurrió en quienes trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta, en tanto que fue de 50.3% entre los(as) jóvenes que no trabajaban.

De los(as) jóvenes entrevistados(as), 53.8% expresó que una vez al mes se provocaba el vómito; 19.1%, una vez a la semana, y 13.7%, diariamente. En menor medida se encuentran los(as) jóvenes que indicaron que lo hacían de dos a cuatro veces por semana, con 8.8%, y más de una vez al día, 4.6%. Por sexo, las diferencias más notables se observaron entre quienes se provocaban el vómito diariamente, dado que en los varones fue de 20.1% y en las mujeres de 10.8%, en tanto que en los(as) que se lo provocaban una vez al mes, fue de 45.2 y 57.7% comparativamente (véase gráfica 9.5).

Por grupos de edad se registraron diferencias importantes: en los(as) jóvenes que se provocaron el vómito una vez al mes, 56.6% fue para los(as) jóvenes de 12 a 17 años; 58.8%, para la población de 18 a 23 años, y de 41.0% para la de 24 a 29 años. Igualmente, en los(as) jóvenes que se provocaban el vómito diariamente y una vez a la semana también hubo variaciones por grupos de edad, sin que se pudiera identificar una tendencia definida (véase gráfica 9.5).

Por tipo de localidad, la diferencia más pronunciada se dio entre los(as) jóvenes que se provocaron el vómito una vez al mes, siendo de 5.9% en las localidades no urbanas, seguido de quienes mencionaron que lo hacían una vez a la semana, diferencia que alcanzó 4.5% en las localidades urbanas. Con respecto a si se encontraban estudiando o no al momento de la aplicación de la encuesta, no se registraron grandes diferencias; no así para quienes trabajaban, pues de los(as) jóvenes que se provocaban el vómito una vez al mes, 49.7% trabajaba al momento de la

Gráfica 9.5
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según la frecuencia con la que se provocan el vómito, por algunas variables sociodemográficas, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

aplicación de la encuesta, mientras que 56.8% no lo hacía, proporciones que fueron de 24.4 y 15.3% respectivamente en los(as) que se provocaron el vómito una vez a la semana (véase gráfica 9.5).

Poco más de una cuarta parte (27.2%) de los(as) jóvenes indicó que han buscado ayuda para dejar de provocarse el vómito para sentirse mejor, proporción que fue superior en los hombres en comparación con las mujeres, con 30.5 y 25.7% de manera respectiva. Por grupos de edad, la mayor proporción se registró en los(as) jóvenes de 18 a 23 años, con 34.9%, seguido de la población de 24 a 29 años con 30.6% y de la de 12 a 17 años, con 20.2%. En trece entidades la propor-

ción de jóvenes que han buscado ayuda para este problema fue superior a la media nacional, sobresaliendo Michoacán y la Ciudad de México con 45.4 y 45.1% correspondientemente. Por el contrario, las demás entidades presentaron proporciones por debajo de la media, siendo Tamaulipas la que registró la menor proporción, con 4.4%, seguida de 6.2% en Baja California.

En las localidades no urbanas se presentó la mayor proporción de jóvenes que han buscado ayuda para dejar de provocarse el vómito, con 33.4%, mientras que en las urbanas fue de 24.8%. En cuanto a los(as) jóvenes que estudiaban o no al momento de aplicación de la encuesta, las diferencias fueron mínimas; en tanto que por nivel de escolaridad, la mayor proporción se registró en los(as) jóvenes que tenían la preparatoria o equivalente completa, con 42.8%, seguido de quienes tenían o estaban estudiando maestría o doctorado, con 32.5%. La menor proporción se presentó en quienes tenían la primaria incompleta, con 12.5%. Por último, fue ligeramente inferior la proporción de jóvenes que han buscado ayuda para dejar de provocarse el vómito y que tenían trabajo al momento de la aplicación de la encuesta, en comparación con los(as) jóvenes que no tenían, misma que fue de 26.1 y 28.0% respectivamente.

Actividad física

De acuerdo con los resultados obtenidos en la Encuesta Nacional de Juventud 2010, preocupa el hecho de que 44.9% de los(as) jóvenes nunca hace ejercicio o practica algún deporte (16 243 851), mientras que 28.0% sólo de una a dos veces por semana realiza estas actividades. Tal situación resulta más preocupante al analizarla según sexo, pues 54.2% de las mujeres nunca hace ejercicio o practica algún deporte, escenario que en los varones fue de 35.2% (véase cuadro 9.7).

En la mitad de las entidades federativas existen porcentajes por encima de la media nacional de jóvenes que nunca hacen ejercicio o practican algún deporte, entre las que sobresalen Sinaloa y Sonora con 62.0 y 60.6% correspondientemente, en tanto que en las demás entidades

Cuadro 9.7

México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según la frecuencia con la que hacen ejercicio o practican algún deporte, por algunas variables sociodemográficas, 2010

Variables	Categorías	Frecuencia con la que hacen ejercicio o practican algún deporte						Total
		NUNCA	DE 1 VEZ A 2 VECES A LA SEMANA	MÁS DE 2 VECES Y HASTA 4 VECES A LA SEMANA	MÁS DE 4 VECES Y HASTA 5 VECES A LA SEMANA	MÁS DE 5 VECES Y HASTA 7 DÍAS A LA SEMANA	MENOS DE 3 VECES AL MES	
Sexo	Hombre	35.2	30.4	14.4	6.0	12.0	2.0	100.0
	Mujer	54.2	25.6	8.8	3.2	5.6	2.6	100.0
Grupos de edad	12 a 17 años	33.4	33.7	14.1	5.6	11.6	1.7	100.0
	18 a 23 años	47.1	26.9	10.9	4.4	8.1	2.6	100.0
	24 a 29 años	57.3	21.7	8.9	3.6	5.8	2.7	100.0
Tipo de localidad	Urbana	43.7	27.9	11.9	4.9	9.0	2.6	100.0
	No Urbana	47.0	28.1	10.8	4.1	8.2	1.7	100.0
Estudia actualmente	Sí	32.1	33.7	15.0	6.1	10.9	2.1	100.0
	No	57.4	22.2	8.2	3.1	6.6	2.5	100.0
Trabaja actualmente	Sí	44.8	26.4	11.1	5.0	9.9	2.8	100.0
	No	45.0	29.1	11.8	4.3	7.9	1.9	100.0
Total		44.9	28.0	11.5	4.6	8.7	2.3	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

dicha situación estuvo por debajo de la media, siendo Aguascalientes la que registró la menor proporción, con 29.4%, seguida de Colima, con 31.6%. Por otro lado, fue en las localidades no urbanas donde la mayor proporción de jóvenes nunca hacía ejercicio o practicaba algún deporte, o lo realizaba de una a dos veces por semana, con 47.0 y 28.1% respectivamente, mientras que en quienes residen en localidades urbanas, en dicho contexto, fue de 43.7 y 27.9% comparativamente (véase cuadro 9.7).

Así, 57.4% de los(as) jóvenes que no acudía a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta nunca hacía ejercicio o practicaba algún deporte, proporción que fue de 32.1% en los(as) que sí acudían a la misma. Dichas proporciones fueron de 22.2 y 33.7% de manera respectiva

entre los(as) jóvenes que realizan estas actividades de una a dos veces a la semana (véase cuadro 9.7). Por nivel de escolaridad, se observa que a medida que éste se incrementa, se reduce la proporción de jóvenes que nunca hacía ejercicio o practicaba algún deporte.

En cuanto a los(as) jóvenes que trabajaban o no al momento de la aplicación de la encuesta, de acuerdo a los resultados obtenidos, no se registraron grandes diferencias en ambas categorías (véase cuadro 9.7).

Ahora bien, de los(as) entrevistados(as) que sí llegaron a hacer ejercicio o practicar algún deporte, el promedio de días en el que practicaron una actividad física durante treinta minutos o más en los siete días previos a la aplicación de la encuesta fue de 2.77, que fue superior en los varones, con 2.95, mientras que en las mujeres fue de 2.53. Por edad, a medida que ésta se incrementa, se reduce el promedio: 2.82 días en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 2.75 en los(as) de 18 a 23 años y 2.69 en los(as) de 24 a 29 años.

Por entidad federativa, los mayores promedios se ubicaron en Tabasco y la Ciudad de México, con 3.25 y 3.24 correspondientemente, en tanto que los menores se dieron en Chiapas con 2.30, y en Chihuahua con 2.33 días. Asimismo, por tipo de localidad no se registraron diferencias, mismo escenario para los(as) jóvenes que estudiaban y los(as) que no lo hacían al momento de la aplicación de la encuesta. Por nivel de escolaridad no se identificó una tendencia; no obstante, el mayor promedio de días en que los(as) jóvenes practicaron una actividad física, por treinta minutos o más durante la semana previa a la aplicación de la encuesta, se presentó en los(as) que cursaron o estaban cursando la maestría o doctorado, con 3.01; mientras que el menor promedio se ubicó en los que sólo alcanzaron el nivel de preescolar.

Por último, fue mayor el promedio de jóvenes que practicaron una actividad física y que no se encontraban trabajando al momento de aplicación de la encuesta, en comparación con los(as) que sí trabajaban, con 2.91 y 2.67 respectivamente. Vale la pena señalar que de aquellos(as) jóvenes que mencionaron que no consideraban adecuado su peso actual, 46.6% nunca hacía ejercicio o practicaba algún deporte, lo que puede favorecer el aumento de peso, que es básicamente lo que más reportaron los(as) jóvenes.

Adicciones

Otro de los grandes problemas por el que están pasando los(as) jóvenes de nuestro país está relacionado con el consumo de tabaco y alcohol; de acuerdo con el Conapo (2010), uno de cada diez jóvenes señaló haber consumido tabaco (especialmente los hombres y adultos jóvenes), y aproximadamente dos de cada diez jóvenes declararon consumir alcohol (particularmente hombres y adultos jóvenes), prácticas que aumentan con la edad. Aunado a esto, el consumo de drogas ilícitas también va en aumento; de acuerdo con la información originada por la Encuesta Nacional de Adicciones 2008, se ha incrementado el consumo de drogas ilegales, como la marihuana, cocaína y sus derivados, heroína, metanfetaminas, alucinógenos, inhalables y otras drogas. De igual manera, alrededor de una cuarta parte (25.4%) de los varones de 12 a 25 años de edad ya han sido expuestos a drogas ilegales, proporción que en las mujeres ha alcanzado 10.7% (INSP, 2008).

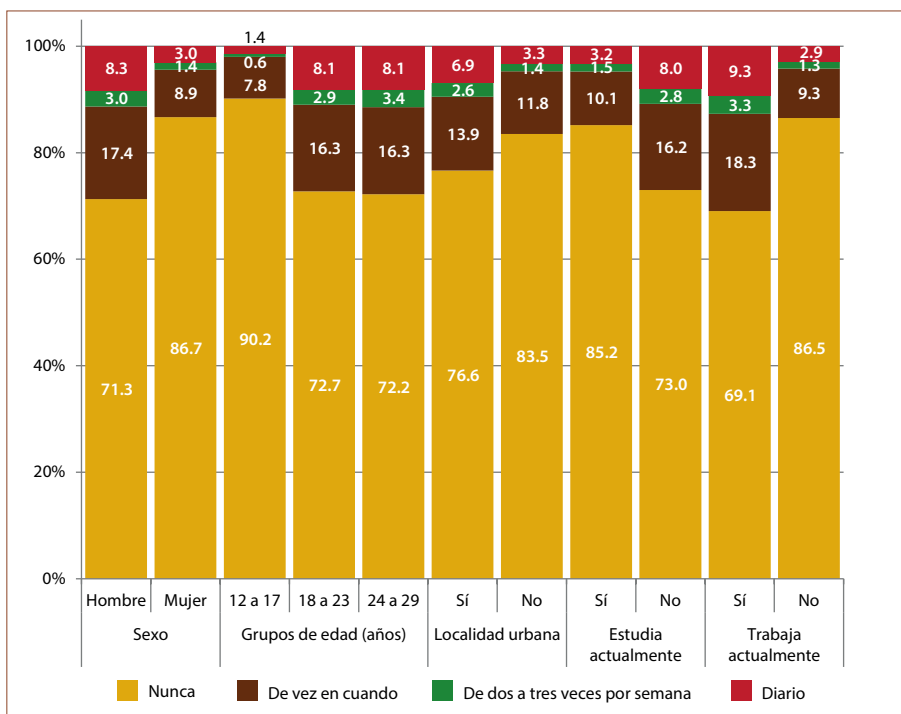
En este sentido, y como una manera de ahondar y obtener mayor información sobre esta problemática, dentro de este apartado se describe la frecuencia con la que los(as) jóvenes entrevistados(as) consumen tabaco o toman bebidas alcohólicas, así como si han consumido alguna droga y el tipo de la misma.

Consumo de tabaco

De acuerdo con los resultados obtenidos por la Encuesta Nacional de Juventud 2010, alrededor de una quinta parte de los(as) jóvenes (20.9%) mencionó que con alguna frecuencia fuma tabaco, proporción que fue superior en los varones, con 28.7%, mientras que en las mujeres fue de 13.3% (véase gráfica 9.6).

Preocupa el hecho de que 8.3% de los varones fuma tabaco diariamente, escenario que se presentó solamente en 3.0% de las mujeres. En los(as) jóvenes de 12 a 17 años, como era de esperarse, se registró la menor proporción de quienes fuman con alguna frecuencia, que fue de

Gráfica 9.6
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según la frecuencia con la que fuman tabaco, por algunas variables sociodemográficas, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

9.8%, mientras que en los(as) jóvenes de 18 a 23 años y de 24 a 29 años fue muy similar, con 27.3 y 27.8% respectivamente (véase gráfica 9.6). En doce entidades se registró una proporción de jóvenes que con alguna frecuencia han consumido tabaco por encima de la media nacional (20.9%); sobresalen la Ciudad de México y Nuevo León con las mayores proporciones, con 33.0 y 30.9% de manera respectiva. Por el contrario, veinte estados tienen porcentajes por debajo de la media, siendo Chiapas el que obtuvo la menor proporción, con 9.3%, seguido de San Luis Potosí, con 11.7%. Fue en Aguascalientes, la Ciudad de México y Nuevo León donde se presentó la mayor proporción de jóvenes que consumen tabaco diariamente, con 12.1, 11.7 y 11.2% comparativamente.

Por tipo de localidad, se observa que en las áreas urbanas existe una mayor proporción de jóvenes que con alguna frecuencia fuman, con 23.4%, en tanto que en las localidades no urbanas fue de 16.5%. Vale la pena destacar que de los(as) jóvenes que fuman diariamente, la proporción de los primeros duplica a los(as) residentes de las áreas no urbanas. Por otro lado, 14.8% de los(as) que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta fumaban con alguna frecuencia, proporción que fue inferior a la obtenida en quienes no estudiaban, la cual fue de 27.0%. En este último grupo, los(as) que fumaban diariamente alcanzaron 8.0%, a diferencia de los(as) jóvenes que sí estudiaban, entre quienes la proporción fue de 3.2% (véase gráfica 9.6).

Fueron los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban cursando una licenciatura quienes mayormente fumaban con alguna frecuencia, cifra que alcanzó 29.6%, seguidos de aquéllos(as) que habían realizado o se encontraban realizando la maestría o doctorado, con 25.1%. Las menores proporciones se registraron en quienes sólo alcanzaron el nivel de preescolar y la primaria completa, con 9.2 y 12.7% comparativamente. Es importante mencionar que los(as) que habían cursado o se encontraban cursando la maestría o doctorado fueron los(as) que en mayor medida, con 11.2%, fumaban diariamente.

Los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta fueron quienes mayormente fumaban con alguna frecuencia, con 30.9%; mientras que la proporción en quienes no laboraban fue de 13.5%. Asimismo, fue entre los primeros donde se registró una proporción superior de jóvenes que fumaban diariamente, que fue de 9.3 y 2.9% de manera respectiva (véase gráfica 9.6).

Ahora bien, de los(as) jóvenes que fuman, cuatro quintas partes (80.0%) fumaron al menos un cigarrillo durante los siete días previos a la aplicación de la encuesta, proporción que fue superior en los varones, con 83.2%, mientras que en las mujeres fue de 73.1%. Por grupos de edad, dicho escenario se registró en dos terceras partes (66.6%) de los(as) jóvenes de 12 a 17 años; 83.6%, de 18 a 23 años, y 81.7%, de 24 a 29 años. En Chihuahua y Jalisco fue donde se presentó la mayor proporción de jóvenes que al menos fumaron un cigarrillo una semana previa

a la aplicación de la encuesta, con 94.6 y 92.1% correspondientemente. Por el contrario, en Oaxaca y San Luis Potosí se obtuvieron las menores proporciones, con 59.9 y 65.5% respectivamente.

Por tipo de localidad, fueron los(as) jóvenes pertenecientes a las áreas urbanas quienes mayormente fumaron al menos un cigarrillo durante los siete días previos a la aplicación de la encuesta, con 81.7%, mientras que en los(as) jóvenes pertenecientes a las áreas no urbanas fue de 75.6%. Asimismo, de los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, alrededor de tres cuartas partes (74.9%) fumaron al menos un cigarrillo en los siete días previos, proporción que fue inferior a la obtenida en los(as) jóvenes que no estudiaban, la cual fue de 82.8%. Por nivel de escolaridad, no se pudo identificar una tendencia, no obstante, las mayores proporciones de jóvenes que fumaron al menos un cigarrillo durante los últimos siete días se registraron en quienes tenían la preparatoria, secundaria o equivalente completa, con 82.6 y 81.1% respectivamente; en tanto que la menor proporción se obtuvo en quienes tenían o estaban cursando la maestría o doctorado, con 71.4%, seguido de 73.3% de quienes tenían la primaria incompleta.

Por otro lado, la proporción de jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta y que fumaron al menos un cigarrillo durante los últimos siete días fue mayor en comparación con los(as) que no trabajaban, proporciones que fueron de 82.9 y 74.9% de manera respectiva.

Así, de los(as) jóvenes que durante los últimos siete días fumaron al menos un cigarrillo, en promedio fumaron 2.9 cigarrillos el día previo a la aplicación de la encuesta, cifra que fue superior en los varones, con 3.1, mientras que en las mujeres fue de 2.3 cigarrillos. A medida que se incrementa la edad, aumenta el promedio de cigarros fumados el día previo, siendo de 2.0 en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 2.9 en los(as) jóvenes de 18 a 23 años y de 3.2 en los(as) jóvenes de 24 a 29 años. En los estados de Aguascalientes y Sinaloa se registró el mayor promedio de cigarrillos fumados por parte de los(as) jóvenes entrevistados(as), con 5.4 y 5.2 respectivamente; en tanto que el menor promedio se obtuvo en Yucatán, con 1.5, seguido de Campeche y Chiapas, con 1.6 cada uno. Por tipo de localidad, el mayor promedio se registró en los(as) jóvenes

pertenecientes a áreas urbanas, con 3.1, mientras que fue de 2.3 en los(as) de áreas no urbanas.

Para aquellos(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, el promedio de cigarrillos que fumaron el día previo fue de 2.3, escenario que fue superior para quienes no estudiaban, con un promedio de 3.2. Por nivel de escolaridad, llama la atención cómo en los(as) jóvenes que tenían o estaban cursando la maestría o doctorado, se registró el mayor promedio de cigarrillos fumados el día previo a la aplicación de la entrevista, con 3.7, a pesar de que fueron ellas y ellos quienes en menor proporción fumaron al menos un cigarrillo en los últimos siete días. Igualmente, en los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta se obtuvo un mayor promedio, con 3.2, mientras que fue de 2.3 en los(as) que no trabajaban.

Por último, es importante mencionar que el promedio de edad en la que comenzaron a fumar los(as) jóvenes entrevistados(as) fue de 16.2 años, ligeramente superior en las mujeres con respecto a los hombres. Por edad, a medida que ésta aumenta, se incrementa la edad promedio en la que los(as) jóvenes comenzaron a fumar, siendo de 14.2 años en

Cuadro 9.8
México: promedio de edad en la que los(as) jóvenes entrevistados(as) comenzaron a fumar, según algunas variables sociodemográficas, 2010

Variables	Categorías	Promedio
Sexo	Hombre	16.1
	Mujer	16.3
Grupos de edad	12 a 17 años	14.2
	18 a 23 años	16.1
	24 a 29 años	17.1
Tipo de localidad	Urbana	16.2
	No urbana	16.1
Estudia actualmente	Sí	15.7
	No	16.4
Trabaja actualmente	Sí	16.4
	No	15.7
Total		16.2

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 16.1 en los(as) de 18 a 23 años y de 17.1 en los(as) de 24 a 29 años (véase cuadro 9.8). El estado donde se registró la edad promedio más baja en la que los(as) jóvenes comenzaron a fumar fue Tlaxcala, con 15.7 años, en tanto que la mayor se presentó en Chiapas, con 17.3 años.

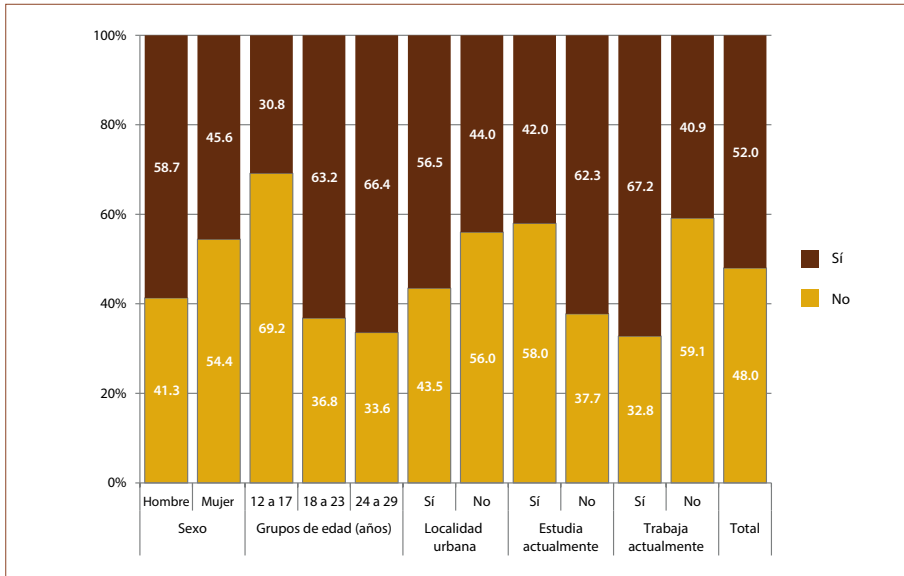
Por tipo de localidad, no se registraron grandes diferencias; mientras que para aquellos(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, el promedio de edad en la que comenzaron a fumar fue ligeramente inferior con respecto a los(as) que no estudiaban, con 15.7 y 16.4 respectivamente (véase cuadro 9.8). Fueron los(as) jóvenes que tenían la secundaria o equivalente incompleta los(as) que con menor promedio de edad comenzaron a fumar, con 15.0 años, en tanto que el mayor promedio se presentó en los(as) que estudiaron o se encontraban estudiando la maestría o doctorado, con 17.0 años. Igualmente, fue ligeramente mayor el promedio de edad en la que los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta comenzaron a fumar, en comparación con quienes no trabajaban, siendo de 16.4 y 15.7 años de manera respectiva (véase cuadro 9.8).

Consumo de bebidas alcohólicas

Tomando en cuenta las estimaciones de la ENJ 2010, se pudo observar que del total de los(as) jóvenes entrevistados(as), 52.0% había tomado alguna vez bebidas alcohólicas, proporción que fue superior en los varones, con 58.7%, mientras que en las mujeres fue de 45.6% (véase gráfica 9.7).

A medida que se incrementa la edad, aumenta la proporción de jóvenes que alguna vez han tomado bebidas alcohólicas, siendo de 30.8% en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 63.2% en el grupo de 18 a 23 años y de 66.4% en el grupo de 24 a 29 años (véase gráfica 9.7). La mitad de los estados registró proporciones por encima de la media nacional (52%), donde destacan la Ciudad de México y Aguascalientes con las proporciones más altas, con 68.7 y 65.2% comparativamente; en tanto

Gráfica 9.7
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según consumo de bebidas alcohólicas, por algunas variables sociodemográficas, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

que las proporciones más bajas se obtuvieron en Chiapas y Sonora, con 22.9 y 35.9% respectivamente.

Por otro lado, fue en las localidades urbanas donde se registró la mayor proporción de jóvenes que han tomado alguna vez bebidas alcohólicas, con 56.5%, en tanto que en las no urbanas fue de 44.0%. Este escenario se reflejó en 42.0% de los(as) jóvenes que acudían a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta, mientras que en los(as) que no lo hacían fue de 62.3% (véase gráfica 9.7). Asimismo, pareciera que a medida que se incrementa la escolaridad de los(as) jóvenes, aumenta la proporción de quienes han tomado alguna vez bebidas alcohólicas, aunque disminuye en aquéllos(as) que cursaron o se encontraban cursando una maestría o doctorado, alcanzando 60.1%, alrededor de 13 puntos porcentuales menos que lo registrado en quienes estudiaron o se encontraban estudiando una licenciatura, misma que fue de 73.6%. En cuanto a los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta, poco más de dos terceras partes (67.2%) han consumido

alguna vez bebidas alcohólicas, proporción que fue superior a la registrada en los(as) que no trabajaban, la cual fue de 40.9% (véase gráfica 9.7).

Entre las bebidas más consumidas por los(as) jóvenes, se encuentra la cerveza, con casi tres cuartas partes (74.7%), seguida del tequila o mezcal, con 9.3%, y de los licores (ron, whisky, brandy, vodka, entre otros) con 8.9%. Si bien esta distribución se registra de manera muy similar entre cada una de las variables estudiadas, es importante mencionar que en los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban cursando una maestría o doctorado, 28.7% acostumbraban a beber licor, 15.9%, tequila o mezcal y 38.3%, cerveza.

De los(as) jóvenes que han tomado alguna vez una bebida alcohólica, 52.1% lo hizo durante los treinta días previos a la aplicación de la encuesta, proporción que fue superior en los hombres en comparación con las mujeres, con 61.6 y 40.2% correspondientemente. Por grupos de edad, la menor proporción se obtuvo en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, con 39.3%; en tanto que en los(as) de 18 a 23 años fue de 55.9% y en los(as) de 24 a 29 años de 55.5%. En dieciseis estados la proporción de quienes consumieron bebidas alcohólicas durante los últimos 30 días estuvo por encima de la media nacional (52.1%), donde destaca Chihuahua con la mayor proporción, con 82.5%, seguido de Nuevo León, con 68.8%. Por el contrario, las entidades con menor proporción fueron Quintana Roo y Oaxaca, con 38.5 y 39.6% de manera respectiva.

Por tipo de localidad, la mayor proporción se registró en la urbana, con 53.4%, en tanto que en área no urbana fue de 49.1%. En cuanto a los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, dicho escenario se registró en 48.0%, mientras que en los(as) que no acudían fue de 54.9%. Por nivel de escolaridad, las mayores proporciones se obtuvieron entre los(as) jóvenes que cursaron o estaban cursando una maestría o doctorado y una licenciatura, con 62.0 y 60.0% comparativamente. Asimismo, 59.7% de los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta tomaron bebidas alcohólicas durante los últimos treinta días, proporción que fue de 42.8% en los(as) jóvenes que no se encontraban trabajando.

En promedio, el número de días en que los(as) jóvenes tomaron al menos una bebida alcohólica durante los últimos treinta días fue de 2.9, cifra que fue en las mujeres de 2.5 y en los varones de 3.2. Por grupos de edad se observó que el promedio más bajo se dio en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, con 2.5, mientras que en los otros dos grupos fue de 3.0 días. Baja California Sur y Tlaxcala fueron las entidades con los promedios más altos, con 3.8 y 3.7 respectivamente, mientras que los más bajos se ostentaron en Oaxaca y el Estado de México, con 2.1 y 2.3 correspondientemente.

Dicho contexto fue ligeramente superior en las localidades urbanas, con 3.0 días como promedio, en tanto que en las no urbanas fue de 2.8. Para los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta y quienes no lo hacían, las diferencias fueron poco significativas; no obstante, al comparar esta información por nivel de escolaridad, se observó que el mayor promedio se registró en los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban cursando la maestría o doctorado, con 3.2 días, en tanto que la menor se presentó en aquellos(as) jóvenes que no tenían ningún nivel de escolaridad, con 2.2. En cuanto a los(as) jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta, el promedio de días en que al menos tomaron una bebida alcohólica durante los últimos treinta días fue de 3.1, mientras que en los(as) que no trabajaban fue de 2.6 días.

Por último, en cuanto al promedio de bebidas que han tomado los(as) jóvenes durante los últimos treinta días, la distribución estuvo bastante equilibrada, siendo de 22.9% para los que tomaron de una a dos bebidas, 28.3% entre tres y cuatro bebidas, 22.1% entre cuatro y seis bebidas, y 26.6% con más de seis bebidas. La mayor proporción de mujeres consumió entre una y dos bebidas, con 33.0%, mientras que en los varones fue de más de seis bebidas, con 32.2%. Por grupos de edad, entre los(as) más jóvenes, la mayor proporción tomó en promedio de una a dos bebidas, con 33.0%, mientras que en los(as) de 18 a 23 años fue de tres a cuatro bebidas, con 29.0% y en los(as) de 24 a 29 años, más de seis bebidas, con 28.4%. Asimismo, en el estado de Sinaloa se registró la mayor proporción de jóvenes que tomaron más de seis bebidas en promedio, con 55.8%, seguido de 46.6% en Baja California Sur.

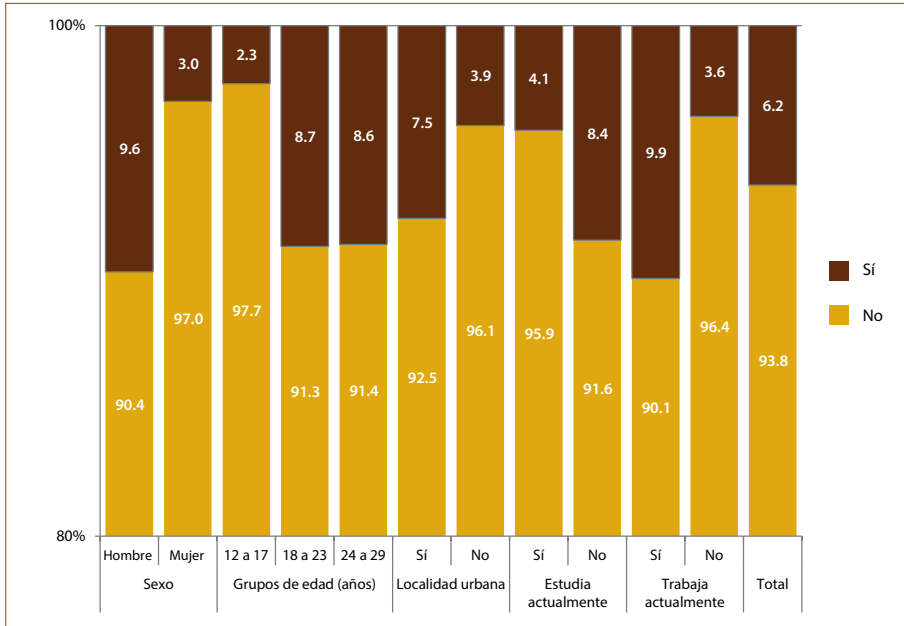
Por tipo de localidad, se observa que la mayor proporción de jóvenes de las áreas urbanas tomaron en promedio entre tres y cuatro bebidas, con 29.3%, mientras que en las áreas no urbanas fue de más de seis bebidas, con 28.4%. Entre los(as) jóvenes que estudiaban y los(as) que no lo hacían al momento de la aplicación de la encuesta, las diferencias más notables se registraron en los(as) jóvenes que tomaban de una a dos bebidas y en quienes tomaban más de seis bebidas, pues en los primeros fue de 28.1 y 19.9% respectivamente, mientras que en los(as) que consumieron más de seis bebidas fue de 20.2 y 30.3% correspondientemente.

Llama la atención que entre los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban cursando la maestría o doctorado, 45.5% tomó durante los últimos 30 días, en promedio, de una a dos bebidas; en este sentido, si bien es uno de los grupos que con mayor frecuencia consume alcohol, no necesariamente significa que son quienes más beben en cuanto a cantidad. Por otro lado, la mayor proporción de jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta toman en promedio más de seis bebidas, con 30.0%, mientras que en los(as) jóvenes que no trabajaban, la mayor proporción, con 30.8%, se registró en los(as) que tomaban de tres a cuatro bebidas.

Consumo de drogas ilícitas

De acuerdo con los resultados obtenidos, 6.2% de los(as) jóvenes entrevistados(as) ha consumido alguna vez algún tipo de droga ilícita, proporción que fue mayor en los varones, con 9.6%, mientras que en las mujeres fue de 3.0%. En los(as) jóvenes de 12 a 17 años se registró la menor proporción, con 2.3%, mientras que en los demás grupos fue muy similar, poco más de 8 puntos porcentuales (véase gráfica 9.8). En once entidades se registraron proporciones por encima de la media nacional, donde sobresalen Baja California y la Ciudad de México con las más altas, 13.2 y 12.3% de manera respectiva; en tanto que en veinte entidades las proporciones estuvieron por debajo de la media, y en Chiapas y Guanajuato fue donde se observaron las más bajas, con 1.1 y 1.5% correspondientemente.

Gráfica 9.8
México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según consumo de algún tipo de drogas, por algunas variables sociodemográficas, 2010



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En las localidades urbanas hubo una mayor proporción de jóvenes que han consumido alguna vez algún tipo de droga ilícita, con 7.5%, mientras que en las no urbanas fue de 3.9%. Asimismo, este escenario se presentó en 4.1% de los(as) jóvenes que acudían a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta, en tanto que en quienes no asistían fue el doble de los primeros, con 8.4% (véase gráfica 9.8). Por nivel de escolaridad, en los(as) jóvenes que estudiaron o se encontraban estudiando una maestría o doctorado se presentó la mayor proporción que ha consumido alguna vez algún tipo de droga ilícita, con 12.5%, mientras que los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban realizando una licenciatura fue de 9.2%. Llama la atención que de los(as) jóvenes que sólo alcanzaron a realizar el nivel de preescolar, ninguno ha consumido algún tipo de droga, no obstante, es importante mencionar que en términos absolutos esta población es bastante baja (26 243). Por otro lado, 9.9% de los(as)

jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta ha consumido alguna vez algún tipo de droga, proporción que fue de 3.6% en los(as) que no trabajaban (véase gráfica 9.8).

En cuanto a las drogas ilícitas que principalmente han consumido los(as) jóvenes, sobresalen la marihuana, hachís, mota y churro con 80.1%; seguida de la cocaína, con 8.6%, y de las tachas, éxtasis y cristal con 4.9%. Según el sexo, se observaron algunas diferencias: el consumo de marihuana, hachís, mota y churro fue mayor en los varones, con 82.4%, mientras que en las mujeres fue de 73.0%. Por el contrario, las mujeres consumieron mayormente tachas, éxtasis y cristal, así como cocaína, con 8.4 y 11.2% respectivamente, situación que en los hombres fue de 3.8 y 7.7% correspondientemente. La marihuana, hachís, mota y churro fue consumida mayormente por los(as) jóvenes de 18 a 23 años, con 81.6% [79.0% en los(as) jóvenes de 12 a 17 años y 78.7% en los(as) de 24 a 29 años], mientras que el consumo de tachas, éxtasis y cristal fue superior en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, con 9.0%, que en los demás grupos fue de 4.1 y 4.5% comparativamente. De igual manera, el consumo de cocaína fue mayor en los(as) jóvenes de 24 a 29 años, con 10.8%, mientras que en los(as) jóvenes de 12 a 17 años y de 18 a 23 años fue de 2.6 y 8.5% respectivamente.

Llama la atención que veinte entidades tienen una proporción de consumo de cocaína por encima de la media nacional (8.6%), donde entidades como Nayarit tienen la mayor proporción, con 33.4%, seguida de Coahuila, con 29.2% y de Tabasco, con 29.0%. Por el contrario, Colima y Chihuahua registraron las menores proporciones en el consumo de cocaína, pero se encuentran dentro de las de mayor consumo de marihuana, hachís, mota y churro, así como de tachas, éxtasis y cristal. Por tipo de localidad, la diferencia más notable se observa en el consumo de cocaína, siendo mayor en las localidades no urbanas, con 12.3%, mientras que en las urbanas fue de 7.5%. En cuanto a los(as) jóvenes que acudían a la escuela al momento de la aplicación de la encuesta, se observa que hubo una mayor proporción de éstos en comparación con quienes no acudían, en cuanto al consumo de marihuana, hachís, mota y churro, y de tachas, éxtasis y cristal, diferencia que no superó los 3.5 puntos porcentuales. No

obstante, en los(as) jóvenes que no acudían a la escuela se registró una mayor proporción de consumo de cocaína con respecto a los(as) que sí iban a estudiar, con 10.3 y 4.9% de manera respectiva.

Por nivel de escolaridad, llama la atención cómo de los(as) jóvenes que sólo alcanzaron a terminar la primaria, 12.6% consumían tachas, éxtasis y cristal, y 15.2%, cocaína; siendo este grupo donde se presentó mayor consumo de este tipo de drogas. Por otro lado, sin superar tres puntos porcentuales, hubo una mayor proporción de jóvenes que trabajaban al momento de la aplicación de la encuesta en comparación con los(as) que no lo hacían, y que consumían marihuana, hachís, mota y churro, así como cocaína; sin embargo, fue en estos últimos donde hubo una mayor cantidad de jóvenes que consumían tachas, éxtasis y cristal, con 8.1%, en tanto que fue de 3.4% en los(as) jóvenes que trabajaban.

El promedio de días en el que los(as) jóvenes consumieron o utilizaron al menos una droga durante los últimos treinta días fue de 1.5, siendo en los varones de 1.7 y en las mujeres de 0.7. Por edad, se pudo identificar que a medida que ésta se incrementa, disminuye el promedio de días, estando en 1.7 en los(as) jóvenes de 12 a 17 años, 1.5 en los(as) de 18 a 23 años y 1.4 en los(as) de 24 a 29 años. En los estados de Chihuahua y Sonora fue donde se registró el mayor promedio de días en el que los(as) jóvenes consumieron o utilizaron al menos una droga, con 3.9 en ambos casos, mientras que el promedio más bajo se dio en Yucatán y Quintana Roo, con 0.3 cada estado.

Por tipo de localidad no se registraron diferencias; sin embargo, en los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta, dicho promedio fue de 1.0, mientras que en los(as) que no iban a la escuela fue de 1.6. Por nivel de escolaridad, llama la atención que en los(as) jóvenes que no tenían ningún tipo de escolaridad, el promedio de días en el que consumieron o utilizaron al menos una droga alcanzó 9.1; no obstante, esta cifra hay que tomarla con precaución, dado que el número de jóvenes de este grupo es bastante bajo (8078) y la desviación estándar es bastante alta (13.26). Posteriormente, se encuentran los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban cursando la maestría o doctorado, con un promedio de 4.7 días. En cuanto a los(as) jóvenes

que se encontraban trabajando y los(as) que no al momento de la aplicación de la encuesta, se tiene que en estos últimos se registró el mayor promedio, con 1.7, en tanto que fue de 1.3 en los(as) que se encontraban trabajando.

Durante el mes anterior, entre las drogas más consumidas por los(as) jóvenes sobresale la marihuana, hachís, mota y churro, con 82.5%, el thinner, resistol y solvente activo, con 5.3% y la cocaína, con 5.1%. Según el sexo, los hombres consumieron mayormente, en comparación con las mujeres, marihuana, hachís, mota y churro, con 85.2 y 71.7% de manera respectiva; por el contrario, las mujeres utilizaron en mayor medida el thinner, resistol y solvente activo, así como las tachas, éxtasis y cristal, con 8.1 y 7.2% correspondientemente, mientras que en los hombres fue de 4.6 y 1.7% comparativamente. En los(as) jóvenes de 12 a 17 años se presentó la mayor proporción de quienes consumieron marihuana, hachís, mota y churro, con 87.3%, mientras que en los demás grupos fue de alrededor de 81.0%. Asimismo, el consumo de cocaína aumentó conforme se incrementaba la edad de los(as) jóvenes, siendo de 2.9% en los(as) jóvenes de 12 a 17 años; 4.5% en los de 18 a 23 años y 7.3%, de 24 a 29 años.

Es importante mencionar que en Baja California Sur, 55.5% de los(as) jóvenes consumió cocaína durante los últimos 30 días, seguido de Tamaulipas, con 37.9%. De igual forma, en Tlaxcala hasta 26.2% de los(as) jóvenes consumían thinner, resistol y solvente activo, seguido de Chiapas, con 20.3%. Por tipo de localidad, en las áreas urbanas fue mayor el consumo de marihuana, hachís, mota y churro, con respecto a las áreas no urbanas, con 85.1 y 74.1% respectivamente; contrario a lo que sucedió con la cocaína, donde fue de 3.6 y 10.2% correspondientemente. En los(as) jóvenes que estudiaban al momento de la aplicación de la encuesta fue mayor el consumo de marihuana, hachís, mota y churro, con respecto a los que no estudiaban, con 86.4 y 80.5% de manera respectiva; sin embargo, fue menor el consumo de thinner, resistol y solvente activo y de cocaína, con 1.9 y 1.7% comparativamente, mientras que en los(as) jóvenes que no estudiaban fue de 6.8 y 6.9% respectivamente.

Llama la atención que en los(as) jóvenes que cursaron o se encontraban cursando la maestría o doctorado, 67.6% consumió durante el

último mes anfetaminas, mientras que en aquéllos(as) que no tenían ningún nivel de escolaridad y quienes tenían la primaria incompleta, el consumo de thinner, resistol y solvente activo alcanzó 18.4 y 19.4% respectivamente. En cuanto a los(as) jóvenes que se encontraban trabajando al momento de la aplicación de la encuesta, no se observaron grandes diferencias en comparación con quienes no trabajaban.

Es importante mencionar que de los(as) jóvenes que alguna vez han consumido algún tipo de droga, 42.7% nunca hace ejercicio o practica algún deporte, mientras que 27.0% sólo realiza estas actividades de una a dos veces a la semana, y 12.3% más de dos veces y hasta cuatro veces a la semana. No obstante, 10.1% de los(as) jóvenes que alguna vez han consumido algún tipo de droga hacen ejercicio o practican algún deporte más de cinco veces y hasta siete veces a la semana.

Así, 7.4% de los(as) jóvenes entrevistados(as) que se encontraban estudiando señaló que en la escuela donde acudían había compra o venta de drogas, y 13.6%, que había consumo de las mismas. Por grupos de edad, se pudo observar que los(as) jóvenes de 18 a 23 años declararon mayormente que en sus escuelas había compra y venta de drogas, con 10.2%, mientras que en el grupo de 12 a 17 años fue de 6.1% y en los(as) jóvenes de 24 a 29 años, de 7.9%. También fueron los(as) jóvenes de 18 a 23 años quienes mayormente declararon que en sus escuelas había consumo de drogas, con 18.3%; en tanto que en los(as) más jóvenes fue de 11.1%, y de 16.1% en los(as) de 24 a 29 años.

De los(as) jóvenes que han consumido alguna vez algún tipo de droga, 34.4% señaló que con sus amigos(as) han aprendido lo más importante que saben sobre éstas, 20.1% por sí mismo y 18.6% de los padres; diferencias que son notables en comparación con aquellos(as) jóvenes que nunca han consumido drogas, siendo de 12.3, 10.0 y 32.3% de manera respectiva. Asimismo, entre los(as) jóvenes que han consumido algún tipo de droga, 42.2% han aprendido lo que saben de ellas en la calle; 25.9%, en la escuela y 13.7%, en su casa o la de algún pariente, escenario que también varió notablemente en los(as) jóvenes que nunca han consumido alguna droga, donde fue de 11.8, 50.1 y 19.9% respectivamente.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo se ha presentado una descripción detallada de cada uno de los reactivos que comprenden el módulo de salud de la Encuesta Nacional de Juventud 2010, comparado por algunas variables sociodemográficas, con lo cual se busca que este insumo sea un aporte a la discusión sobre el tema, más aun cuando las cifras en algunos casos alcanzan valores bastante preocupantes en la actualidad. En este sentido, se observa que tres de cada diez jóvenes señalaron haber padecido algún problema de salud durante los doce meses previos a la aplicación de la encuesta, situación que ha sido solventada en parte por los avances en cuanto al acceso a los servicios de salud, dado que en 2005 solamente 49.9% de los(as) jóvenes expresaron tener acceso al sistema de salud, que aumentó en 2010 a 73.3% (Imjuve-CRIM, 2011), destacándose dentro de las instituciones de salud públicas el IMSS y el Seguro Popular. Este último ha tenido una gran aceptación por parte de la población, pues se ha convertido en una oportunidad inmejorable para todas y todos aquellos que no tienen acceso a servicios de salud como prestación laboral.

Si bien la salud de los(as) jóvenes ha tenido grandes mejoras debido a las acciones que en este aspecto ha tomado el Estado, se han originado otra serie de padecimientos que van muy de la mano con los estilos de vida poco saludables que la juventud adopta, en especial en lo relacionado con el sobrepeso y la obesidad, los cuales tienen sus orígenes en edades tempranas (Conapo, 2010). A través del análisis realizado a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010, y de acuerdo con la percepción que tienen los(as) jóvenes de su peso, alrededor de tres de cada diez considera que éste no es el adecuado, y más de tres cuartas partes señalaron que su peso se encuentra por encima del que quisieran tener. Este escenario puede relacionarse, en primera instancia, con la baja proporción de jóvenes que realizan deporte o alguna actividad física para divertirse, pues prefieren estar con los(as) amigos(as) o ver televisión; y en segunda, con el consumo de alimentos que brindan muy poca o nula carga nutritiva, como los refrescos, la comida rápida y las golosinas, entre otras.

Datos de la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (Ensanut, 2012) reflejan de igual manera cómo en los(as) adolescentes de 12 a 19 años también se ha incrementado el sobrepeso y la obesidad entre 1999 y 2005, convirtiéndose en un problema de salud pública por las consecuencias que éstos pueden ocasionar en relación con su evolución; desde alteraciones ortopédicas en columna, pies y caderas, hasta problemas como diabetes mellitus tipo 2, hipertensión arterial, enfermedad renal, accidentes cardiovasculares, entre otras (Rodríguez *et al.*, 2010).

Aunado a lo anterior, este problema también se relaciona con la práctica de dietas inadecuadas, así como con el consumo de pastillas y medicamentos para adelgazar, situación que se agudiza cuando hay provocación del vómito, lo que puede llevar a problemas graves de anorexia y de bulimia en la población joven (Imjuve-CRIM, 2012a); más aún cuando los(as) jóvenes se encuentran influenciados por una cultura ajena a la suya, donde los medios de comunicación masivos, en especial la televisión, se suman para crear actitudes completamente negativas hacia la obesidad (Romero, 2001). Afortunadamente, los resultados de la encuesta son alentadores en el sentido de que una baja proporción (5.8%) de jóvenes ha tomado pastillas, medicamentos o bebidas para adelgazar o bajar de peso, no así en cuanto a aquéllos(as) que han realizado dietas para adelgazar, donde 12.1 es la proporción que se alcanzó.

Por otro lado, otra de las preocupaciones en la actualidad tiene que ver con el constante aumento del consumo de tabaco y alcohol en los(as) jóvenes. La Organización Mundial de la Salud (OMS) reportó en 2010 que en México existe un sector de la población adolescente que aunque no debería de consumir alcohol, sí lo está haciendo, a pesar de las restricciones que se tienen en la venta y consumo de éste para menores de 18 años. Asimismo, datos del Centro de Ayuda al Alcohólico y sus Familiares (CAAF), unidad especializada del Instituto Nacional de Psiquiatría “Ramón de la Fuente Muñiz”, de la Secretaría de Salud, reporta que en un estudio elaborado en 933 personas, 37.1% de la población consumidora tenía entre 15 y 19 años de edad; 17.4%, entre 20 y 24 años; 12.2%, entre 25 y 29 años, y 8.5%, entre 12 y 14 años de edad; información que sugiere que no sólo existe una cantidad mayor de adolescentes y jóvenes

que ingieren alcohol, sino que ésta puede ser una de las primeras problemáticas que se presenten en relación con el uso y abuso de sustancias (Fuentes, 2016).

Los resultados de la ENJ 2010 señalan que 52.0% de los(as) jóvenes de 12 a 29 años ha tomado alguna vez bebidas alcohólicas, con un promedio de edad de 16.2 años; mientras que en lo que respecta al consumo del tabaco, fue de 20.9%, donde 8.3% de los hombres expresaron fumar diariamente; situación que preocupa, más aun si éste se combina con la ingesta de alcohol. Dicho consumo de tabaco y alcohol mostró diferencias bastante notables al compararlo por sexo, donde los varones registraron las mayores proporciones. Desafortunadamente, este mayor consumo se debe, en parte, a la oferta del producto para los(as) jóvenes menores de edad, pues si bien se han hecho bastantes intentos para prohibir la venta, respaldados por la ley, no se ha logrado controlar dicha situación (UNFPA *et al.*, 2012).

Por otro lado, el consumo de drogas ilícitas también va en aumento, con una cada vez más variada gama de las mismas, donde algunas de ellas repercuten de una manera más agresiva en la salud de los(as) jóvenes, siendo Baja California y la Ciudad de México las entidades en las que se registró la mayor proporción de consumo de drogas ilícitas. Ahora bien, en términos generales, la droga principalmente consumida por los(as) jóvenes es la marihuana; sin embargo, existen estados en donde el consumo de cocaína es bastante significativo, lo que indica entonces una variabilidad por estados en el tipo de droga que consumen los(as) jóvenes. Para finalizar, el propósito de esta investigación es identificar las características y problemáticas de la población joven de México; en este sentido, se espera que la misma sirva para la formulación de políticas públicas que vayan encaminadas a mejorar las condiciones de salud de los(as) jóvenes, pues de ellas y ellos depende el futuro del país.

Se conoce, además, que alrededor de una tercera parte de la población de México son jóvenes de 12 a 29 años de edad, lo que convierte a este grupo en un punto de referencia donde hay que centrar los esfuerzos para reducir la pobreza en que viven muchos de ellas y ellos, brindarles educación de calidad, trabajos bien remunerados y un sistema de salud

acorde a las necesidades que por su edad requieren. Es decir, es necesario que la nación invierta en los(as) jóvenes porque son ellas y ellos quienes van a llevar las riendas del país en los años venideros, los(as) que por medio de su trabajo y conocimiento conducirán al progreso y crecimiento a la nación.

Referencias bibliográficas

- Consejo Nacional de Población [Conapo] (2010), *Situación actual de los(as) jóvenes en México*, Serie de Documentos Técnicos, México, Conapo.
- Fondo de Naciones Unidas para la Población e Instituto Mexicano de la Juventud [UNFPA, Imjuve] (2012), *Evaluación transversal: políticas y programas para el desarrollo de la juventud. Anexo 2: Diagnóstico de la situación de la juventud en México*, UNFPA, Imjuve, http://www.unfpa.org.mx/ET/Anexo_2-Diagnostico.pdf.
- Fuentes, Mario Luis (2014), “México social: alcoholismo un peligro creciente”, *Excélsior*, 1 de julio, <<http://www.excelsior.com.mx/nacional/2014/07/01/968321>>.
- Instituto Mexicano de la Juventud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (2012a), *Encuesta Nacional de Juventud 2010, Situación de los jóvenes en Baja California*, México, Imjuve-CRIM.
- (2012b), *Encuesta Nacional de Juventud 2010, Situación de los jóvenes. Salud*, México, Imjuve.
- (2011), *Encuesta Nacional de Juventud. Resultados generales 2010*, México, Imjuve, <http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/Encuesta_Nacional_de_Juventud_2010_-_Resultados_Generales_18nov11.pdf>.
- Instituto Nacional de Salud Pública [INSP] (2008), *Encuesta Nacional de Adicciones 2008*, Cuernavaca, INSP, <https://www.insp.mx/images/stories/Produccion/pdf/100722_cp8.pdf>.
- (2012), *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2012*, Cuernavaca, INSP, <<http://www.insp.mx/ensanut/>>.

- Rodríguez Contreras, Verónica, Maribel Orozco López, Sergio Santamaría Suárez, Antonia Iglesias Hermenegildo y Alfredo Tolentino Ruiz (2010), “Salud y obesidad en adolescentes”, *Revista Científica Electrónica de Psicología*, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Secretaría de Salud.
- Romero, Laura (2001), “Problemas de conducta alimentaria en niñas y adolescentes mexicanas”, *Gaceta UNAM*, núm. 3, pp. 4-5.

Capítulo 10

Prácticas sexuales y uso de métodos anticonceptivos de los jóvenes mexicanos desde la perspectiva de género

*Catherine Menkes**

shajor57@gmail.com

*David de Jesús Reyes***

jesusreyes@unam.mx

Introducción

El comportamiento sexual y reproductivo de los jóvenes mexicanos, y en particular el de los adolescentes, representa un tema de profundo y amplio interés tanto para el ámbito académico como para la construcción de políticas demográficas y de salud. En países en vías de desarrollo como México, el tema cobra mayor relevancia debido que este sector de la población se ha visto rezagado en el descenso de sus niveles de embarazo y de fecundidad, en comparación con otros grupos de edad, y la ocurrencia de un hijo en edades tempranas podría limitar en determinados contextos socioculturales las opciones de desarrollo personal de los adolescentes (Romero, 2006, p. 12). La sexualidad adolescente también ha adquirido mayor visibilidad por el incremento reciente de las infecciones de transmisión sexual en esta población.

Los datos recientes de México muestran que las gestaciones de las adolescentes de 15 a 19 años, constituyeron 15.2% de la tasa de embarazo del total de mujeres de 15 a 49 años en 2008; mientras que en 1991 este porcentaje fue de 12.1%; además se ha observado un ligero aumento en los últimos años, ya que la tasa específica de 15 a 19 años pasó de 68 a 77 embarazos por cada mil mujeres, entre 2005 y 2008 (Menkes y Serrano, 2010). Asimismo, se ha demostrado que la maternidad en edades tempranas representa un riesgo biopsicosocial para la madre y el recién

* Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.

** Universidad Autónoma de Nuevo León.

nacido, y una mayor mortalidad materno-infantil. En particular, cuando se trata de un embarazo no deseado, los trabajos muestran que existe un riesgo social mayor para el binomio madre-hijo, que está asociado con la elección del aborto, el escaso cuidado de la salud durante el embarazo, las complicaciones perinatales, el abuso infantil y algunos problemas en el desarrollo de los niños (Brown y Eisenberg, 1995).

Por otro lado, también las enfermedades de transmisión sexual han provocado la necesidad de conocer y profundizar en la salud reproductiva de esta población. Desde los años noventa, las estadísticas sobre sida han mostrado que un porcentaje significativo de los nuevos casos ocurre en personas que habían sido infectadas durante la adolescencia (Cáceres, 1999).

Los estudios demográficos han subrayado el hecho de que el uso de anticonceptivos en los adolescentes es reducido y que la demanda insatisfecha de estos métodos por parte de los jóvenes permanece elevada (Juárez *et al.*, 2010; Mendoza *et al.*, 2009). Según los datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 2009, mientras que 77% de las mujeres de 15 a 49 años sexualmente activas utilizaba algún método anticonceptivo en 2009, únicamente 55% de las adolescentes de 15 a 19 años se protegió con algún un método de protección natal (Inegi, 2010).

Se ha encontrado que la inestabilidad en las parejas de adolescentes y las dificultades de negociación de uso de métodos anticonceptivos determina que esta población joven tenga alto riesgo de contraer enfermedades de transmisión sexual y embarazos no planeados. El uso del condón, por ejemplo, puede asociarse con relaciones sexuales ocasionales y con el tipo de mujer poco comprometida y expresiva de sus deseos que el “ideal femenino” debe evitar; mujeres con las que muchos varones creen que no se debe de formar parejas estables ni procrear. Al respecto, Ivonne Szasz afirma que, en contextos tradicionales, el erotismo y la sexualidad se atribuyen al hombre, mientras que la identidad de las mujeres se define en torno al afecto, al matrimonio y a la familia. Por lo tanto, existen tabúes y presiones sociales y de género que limitan a las jovencitas en el uso de un método anticonceptivo o que impiden la negociación del uso de un preservativo con el compañero (Szasz, 1998b).

Ciertamente, se ha señalado en varias ocasiones la existencia de una brecha entre la información que tienen las personas sobre las medidas para prevenir y espaciar el embarazo y protegerse del contagio de enfermedades de transmisión sexual, frente a las actitudes y prácticas de esas personas (en los adolescentes esta brecha es particularmente importante). Estas diferencias han despertado muchas interrogantes sobre las desigualdades sociales y las relaciones de poder que permean estas prácticas (Szasz, 1998a, p. 15). La mayoría de los estudios que buscan dar respuesta a estas interrogantes desde las ciencias sociales parten de que este problema se relaciona con los aspectos de la sexualidad y que ésta es una construcción sociocultural e histórica que cambia según la época, la región del mundo, la cultura, el género, la etnia, la clase social y la generación de pertenencia; aunque las relaciones de género han sido quizás uno de los ejes más importantes en las investigaciones sociales de las últimas décadas sobre los temas de la sexualidad y de la salud reproductiva en general. “La incipiente investigación sobre la sexualidad contemporánea de los adolescentes en México orientada desde las ciencias sociales se enfoca principalmente a las relaciones entre la construcción de identidad genérica y los valores y comportamientos sexuales” (Szasz, 1998b, p. 14).

Así, existe una variedad muy rica de estudios en torno a cómo se han ido construyendo históricamente las identidades de género, y hay un consenso más o menos generalizado en cuanto a que se debe ubicar en el contexto sociocultural. Sin embargo, algunos autores como Norma Fuller (1998) señalan que las características de los sistemas de género mediterráneos guardan similitudes con el caso latinoamericano: la doble moral sexual, la importancia del control de la sexualidad femenina, de la virginidad y de la maternidad, en contraste con el énfasis en la virilidad, la fuerza y el desinterés respecto a los asuntos domésticos que caracterizarían a los varones (Fuller, 1998). Según la autora, a pesar de sus variaciones, las relaciones entre los géneros en las sociedades mediterráneas tradicionales le asignan roles diferenciados al género masculino y al femenino. Los hombres actúan en virtud de su relación con el mundo exterior a la familia y la comunidad, mientras que las mujeres reciben su poder del mundo interior; es decir, del interior de la casa e incluso de

sus cuerpos. Sin embargo, reconoce que estos sistemas son cambiantes y se encuentran en proceso de transformación. Según afirma la misma autora, las prácticas que reproducen las jerarquías tradicionales siguen vigentes en ciertos espacios como la familia y la religión, mientras que la racionalidad moderna, que concibe a los seres humanos como individuos y como ciudadanos libres e iguales, rige en ciertos aspectos de la vida económica política y pública, y es difundida por la educación formal. El desfase entre un orden legítimo igualitario y prácticas discriminatorias tiñe la subjetividad de los actores sociales (Fuller, 1998).

En cuanto a las prácticas sexuales de los adolescentes, el inicio sexual suele darse en condiciones de riesgo debido al bajo uso de métodos anticonceptivos tanto en la primera como en posteriores relaciones sexuales. Los roles de género y las actitudes normativas intergeneracionales hacia la sexualidad han servido de ejes conceptuales para entender las distintas conductas, creencias, prejuicios y tabúes en torno a prácticas sexuales y uso del condón, así como la deficiente educación sexual de los adolescentes y las sanciones psicológicas y físicas, el abuso sexual y la mala comunicación con padres y amigos.

En un estudio a profundidad, Amuchástegui y Aggleton (2007) encontraron que “los hombres se adherirían a dos diversos códigos éticos: el primero se relacionaba con las nociones católicas del sexo como pecado de la carne; el segundo se acercaba más al género y sus implicaciones para las experiencias sexuales de los hombres y de las mujeres” (p. 69).

Según los autores, las expectativas en torno a la masculinidad imponen dilemas importantes a muchos varones, ya que se enfrentan a tener que desear lo que se espera de ellos, por ejemplo, tener relaciones sexuales cada vez que esto sea posible, lo que no necesariamente coincide con sus más profundas emociones. Según el mismo estudio, los varones se enfrentan a presiones para tener múltiples parejas, a tener éxito con las mujeres para afirmar su virilidad, a no ser pasivos en las relaciones sexuales, y la sexualidad de las mujeres la miran desde la creencia en la monogamia como un contexto normal dentro de sus nociones católicas (Amuchástegui y Aggleton, 2007, p. 70).

El nivel de instrucción es otro factor que se ha vinculado al inicio de la actividad sexual del adolescente. Oliva, Serra y Vallejo (1997) encuentran que el nivel cultural propio y el de los padres influyen en los comportamientos sexuales de chicas y chicos. Un mayor nivel cultural se relaciona con un inicio más tardío de la sexualidad, con mayor vinculación de la afectividad en la sexualidad y con compartir con más frecuencia la iniciativa con la pareja en las relaciones coitales; así, el nivel cultural puede tender a igualar los comportamientos sexuales en ambos sexos.

Datos derivados de encuestas sociodemográficas y de salud indican que algunas de las prácticas sexuales de los adolescentes los ponen en riesgo de adquirir una infección de transmisión sexual (ITS) o un embarazo no deseado, y éstas prácticas tienen que ver con los roles y expectativas que se tienen de cada uno de los sexos. Así, los varones inician la actividad coital heterosexual a edad más temprana que las mujeres, muchas veces presionados por sus pares (al margen de su deseo) en tanto la primera relación sexual es considerada como un rito de pasaje e iniciación en el mundo de los varones, lo que lleva a percibir la práctica sexual como una obligación que se debe cumplir socialmente (Gayet *et al.*, 2003).

Se ha documentado que en algunos contextos tradicionales las mujeres, por miedo a parecer expertas en el tema de la sexualidad, no siempre se atreven a pedir al compañero que utilicen el preservativo masculino, y además sólo justifican las relaciones sexuales en un contexto de amor romántico y de confianza en el compañero, por lo que en su imaginario, su pareja sexual no puede representar ningún riesgo. Protegerse de un posible contagio sería traicionar su idea de amor y confianza. De hecho, la mayoría de las mujeres reporta que usa métodos anticonceptivos para protegerse de un embarazo no deseado, y no para evitar el contagio de una infección de transmisión sexual (Sosa y Menkes, 2008).

Hay que señalar, sin embargo, que existe un comportamiento sexual heterogéneo según los distintos contextos o regiones. América Latina se caracteriza por un inicio sexual en edades más tempranas que otras regiones en desarrollo, como Asia, pero mucho más tardío que África. Dentro de América Latina, los datos para México muestran que se encuentra

entre los de menor proporción de sexualmente activos, sobre todo por el comportamiento de las mujeres (Gayet *et al.*, 2003).

En México, a pesar de que se plantea que por la influencia de la revolución sexual estadounidense los jóvenes inician su vida sexual a edades cada vez más tempranas, varios autores han encontrado que la edad de inicio sexual se ha pospuesto; para ello utilizan indicadores robustos tal como la proporción de las sexualmente activas a una edad exacta, tablas de vida y modelos de regresión de Cox (Gayet y Solís, 2007; Welti, 2005; Palma y González, 2010).

En cuanto a la protección sexual, si bien ha habido grandes avances en el uso de métodos anticonceptivos en la primera relación sexual, ya que según la información que proporcionan las encuestas, la proporción de mujeres adolescentes de 12 a 19 años que no se protegieron, de 2000 a 2012 se redujo de 79.1% a 33.1%, según la Encuesta Nacional de Salud (Ensa) 2000 y la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (Ensanut) 2012; de todas formas, una proporción importante de jovencitas todavía están expuestas a un embarazo no planeado y a las infecciones de transmisión sexual.

En suma, podemos decir que la relación entre la salud sexual y reproductiva y las identidades de género es muy compleja, y una encuesta cuantitativa únicamente puede reflejar algunas tendencias generales.

Es indudable que la salud sexual y reproductiva se relaciona con la diversidad de situaciones de la población: contextos, coyunturas, eventos de vida, valores, moral sexual y preferencias personales de los jóvenes, porque es muy peligroso buscar generalidades (Stern y Menkes, 2012); pero no se puede soslayar tampoco el hecho de que se necesitan más estudios que revisen la relación entre la reproducción, la sexualidad, los roles de género, la moral sexual y las prácticas de riesgo.

Siguiendo las líneas de investigación señaladas, el objetivo de este trabajo consiste en estudiar las características del inicio sexual de los jóvenes mexicanos de 12 a 29 años de edad, así como los factores que se relacionan con mayor protección sexual, teniendo como eje conceptual la perspectiva de género.

Para ello, se analizan, en primer lugar, las prácticas sexuales de los jóvenes en distintos contextos, comparando entre hombres y mujeres. En la segunda parte del trabajo se estudia el uso de métodos anticonceptivos de los jóvenes en la primera relación sexual. Con el fin de conocer los factores sociodemográficos que se relacionan con una mejor protección sexual, se establece un modelo de regresión logística. La variable dependiente mide el uso o no uso de un preservativo en la primera relación sexual, y las variables explicativas son la edad, el estrato socioeconómico¹ la condición de indigenismo, el tamaño de localidad, la generación de pertenencia, la edad de inicio sexual y la de la pareja sexual, y un índice de estereotipos de género; este último se detalla en el anexo metodológico.² Toda la información presentada proviene de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010.³

Resultados

Iniciación sexual

Se observa que prácticamente uno de cada dos jóvenes de 12 a 29 años se ha iniciado sexualmente. Como tradicionalmente ha sucedido en México, un número mayor de varones que de mujeres reporta haber tenido al

¹ El cálculo del índice del estrato socioeconómico del hogar se basó en la construcción propuesta por Carlos Javier Echarri, de El Colegio de México, la cual consideró la combinación de las características de los hogares: la escolaridad de todos los miembros del hogar, la escolaridad que correspondiera al mayor ingreso y las características de la vivienda (Echarri, 2008). Cabe mencionar que el autor mencionado también calculó el índice socioeconómico para esta encuesta.

² En la medida en que las variables incluidas en este índice no se han utilizado en ninguna investigación anterior, en el anexo metodológico se muestran todas las variables incluidas y se explica la construcción del índice, véase p. 375.

³ Encuesta Nacional de Juventud 2010, realizada por el Instituto Mexicano de la Juventud y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM (Imjuve, CRIM, 2011).

menos una relación sexual (54 contra 49% respectivamente). Además, es muy claro, según los datos, que los varones se inician sexualmente a una edad menor que las mujeres: mientras que 38.3% de los hombres de la generación 1991-1995 (que en el momento de la encuesta tenían entre 15 a 19 años) ya se había iniciado sexualmente, únicamente 28.8% de las mujeres de esa misma generación ya había tenido relaciones sexuales (véase cuadro 10.1).

En cuanto a la distribución por edad, se constata que la edad de inicio sexual se concentra en el grupo de 15 a 19 años, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres (55.1 y 45.2%, respectivamente). La edad de la pareja sexual también se concentra en el grupo de 15 a 19 años (51.9%) en el caso de los varones, mientras que para el sexo femenino se concentra en el grupo de 25 a 29 años (48.3%) (véase cuadro 10.2).

Como se puede observar, los resultados de la encuesta refuerzan los hallazgos de la literatura sobre el tema, donde se postula que, por los mandatos de género, los hombres inician su vida sexual antes que las mujeres, y éstas se inician con parejas de mayor edad.

Ante la pregunta de cuál fue la razón principal del inicio sexual, vemos en el cuadro 10.3 que 46.7% respondió que por amor, 22.5%, por curiosidad, 17.5% porque lo quisieron, y 6.1% porque no pudieron controlarse. Únicamente 3.7% de todos los jóvenes lo hizo porque se casó.

Si comparamos por sexo, vemos importantes diferencias en las razones que dieron los jóvenes con respecto a su inicio sexual: 62.2% de las

Cuadro 10.1
México: porcentaje de jóvenes de 12 a 29 años que ha tenido relaciones sexuales según generación y sexo, 2010

Grupo de edad	Sexo (porcentaje)		Total (porcentaje)
	HOMBRE	MUJER	
1996-1998	2.1	2.5	2.3
1991-1995	38.3	28.8	33.6
1990-1986	80.9	71.1	75.7
1981-1985	91.7	86.5	89.0
Total	54.0	49.0	51.4

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 10.2
México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años,
según edad de inicio sexual y edad de la pareja sexual, por sexo, 2010

Edad de inicio sexual	Hombre (porcentaje)		Mujer (porcentaje)	
	EDAD A LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL	EDAD DE LA PAREJA SEXUAL	EDAD A LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL	EDAD DE LA PAREJA SEXUAL
12 a 14 años	14.5	11.3	8.0	1.7
15 a 19 años	55.1	51.9	45.2	21.2
20 a 24 años	21.2	22.4	28.3	28.8
25 a 29 años	9.1	14.4	18.6	48.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0
Media	16.6	17.4	17.5	20.5
Mediana	17.0	17.0	17.0	20.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 10.3
México: distribución porcentual de los jóvenes, según las razones
por las que tuvieron su primera relación sexual, por sexo, 2010

Razón para tener su primera relación sexual	Sexo (porcentaje)		Total (porcentaje)
	HOMBRE	MUJER	
Por amor	32.1	62.2	46.7
Por curiosidad	33.8	10.5	22.5
Porque quise (voluntad propia)	20.9	13.9	17.5
Porque no pude controlarme	8.9	3.1	6.1
Porque mi pareja (novio (a)) me convenció	2.0	2.9	2.4
Porque me casé o uní	1.2	6.5	3.7
Porque me obligaron	0.3	0.6	0.4
Otra	0.9	0.3	0.6
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

mujeres considera que se inició sexualmente por amor frente a únicamente 32.1% de los hombres. De hecho, la principal razón en los varones es que se iniciaron por curiosidad y en las mujeres, por amor. Sin duda alguna, el amor romántico sigue siendo una justificación válida para el inicio sexual en el sexo femenino, mientras que para los varones no es necesario acudir a este discurso. Asimismo, un mayor número de varones declaró que se inició porque quiso (20.9%) y (8.9%) porque no pudo controlarse.

Estos datos muestran claramente que el inicio sexual cobra significados distintos en los jóvenes según el género; al parecer, los hombres afirman su virilidad y las mujeres muestran su amor al tener relaciones sexuales.

Estos resultados se confirman cuando analizamos la relación con la persona con la que tuvieron su primera relación sexual, en el cuadro 10.4. Si bien la mayoría de los jóvenes se inició con el novio o la novia, casi 30% de los varones se inició con una amiga, mientras que fue así únicamente para cerca de 7% de las mujeres. Por el contrario, 7.8% de los varones se inició con la esposa y 35.4% de las mujeres tuvieron su primera relación sexual con su marido.

Al preguntar a los jóvenes no iniciados sexualmente por qué no han tenido relaciones sexuales, el mayor porcentaje contestó que no consideran tener edad suficiente (34.4%); sin embargo, las diferencias de género se manifiestan sobre todo porque un porcentaje mayor de mujeres que de hombres declaró querer llegar virgen al matrimonio (6.7 contra 2%) y, por el contrario, un mayor número de varones que no han tenido relaciones sexuales declara que es porque no ha tenido la oportunidad, lo que puede significar que lo viven como un evento que, si se presenta, se debe aprovechar (11.6 contra 2.6%) (véase cuadro 10.5).

Si observamos el cuadro 10.6, la distribución por edad en la primera relación sexual de acuerdo con el estrato socioeconómico del hogar, vemos que en el caso de los varones no se observa una relación clara en el inicio sexual según esta variable. Únicamente se aprecia un porcentaje mayor de inicio sexual entre los 20 y 29 años en el estrato muy bajo, tanto del iniciado como de la pareja sexual. Por otro lado, llama la atención el elevado porcentaje de jóvenes varones iniciados sexualmente entre los 12 y los 14 años (14.5%); este porcentaje disminuye en el caso de la pareja sexual (11.2%). Con respecto al sexo femenino, se observa claramente una disminución del porcentaje de iniciadas sexualmente entre 12 y 14 años a medida que crece el estrato socioeconómico. En cuanto a la pareja sexual de las mujeres, llama la atención que, en todos los estratos socioeconómicos, cerca de la mitad de las mujeres se inició con una pareja de 20 años o más.

Cuadro 10.4
México: distribución porcentual de los jóvenes iniciados sexualmente según persona con quien tuvieron su primera relación sexual, por sexo, 2010

Tipo de pareja en la primera relación sexual	Sexo (porcentaje)		Total (porcentaje)
	HOMBRE	MUJER	
Amigo(a)	29.9	6.9	18.7
Novio(a)	57.3	57.1	57.2
Esposo(a)	7.8	35.4	21.2
Sexo servidor(a)	3.6	0.1	1.9
Un familiar	1.0	0.2	0.6
Otra	0.4	0.4	0.4
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 10.5
México: distribución porcentual de los jóvenes según las razones por las cuales no han tenido relaciones sexuales, por sexo, 2010

Razón por la cual no han tenido relaciones sexuales	Sexo (porcentaje)		Total (porcentaje)
	HOMBRE	MUJER	
Por miedo al sida o a infecciones de transmisión sexual	6.9	4.2	5.5
Por miedo al embarazo	7.4	9.2	8.3
Porque no he tenido oportunidad	11.6	2.6	6.8
Porque quiero llegar virgen al matrimonio	2.0	10.7	6.7
Espero a la pareja ideal	9.7	10.1	9.9
Porque no tengo edad suficiente	37.0	32.2	34.4
No quiero	21.9	27.6	25.0
Mi religión no me lo permite	1.0	0.9	1.0
Otra	2.4	2.5	2.5

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En lo que concierne a los indígenas, se constata, en el caso de los varones, un mayor porcentaje de iniciados sexualmente después de los 20 años con respecto a los no indígenas; mientras que, en el caso de las mujeres indígenas frente a las mujeres no indígenas, la diferencia más sobresaliente consiste en el porcentaje tan elevado de iniciadas sexualmente entre los 12 a 14 años de edad (14.9%), mientras que, entre las mujeres

jóvenes no indígenas, únicamente 7.7% se iniciaron sexualmente a edades tan tempranas.

En cuanto al tamaño de localidad, se puede ver que el mayor porcentaje de varones iniciados sexualmente entre los 12 y los 14 años corresponde a las zonas urbanas y, por el contrario, se observa un menor porcentaje de varones que se iniciaron después de los 20 años en comparación con las zonas rurales. En el caso de las mujeres se observan las mismas tendencias. Con respecto a la pareja sexual, en ambos sexos existe un mayor porcentaje de parejas mayores de 19 años en las zonas rurales.

Si se analiza la relación entre el inicio sexual y los estereotipos de género, llama la atención que los que expresaron estereotipos de género más tradicionales presentan un mayor porcentaje de inicio sexual de 12 a 14 años que los que mostraron tener opiniones menos tradicionales respecto a los roles de género. Un ejemplo de ello es que 10.1% de las mujeres con opiniones tradicionales se iniciaron sexualmente entre los 12 y 14 años, mientras que para las no tradicionales este porcentaje corresponde a 6.9%. La misma tendencia se observa en la edad de la pareja sexual en ambos sexos.

Finalmente, en lo que respecta a la generación de pertenencia, en el mismo cuadro hay evidencia de que en todas las generaciones existe un mayor porcentaje de varones iniciados sexualmente de 12 a 14 años que de mujeres; en cambio, existe un mayor porcentaje de mujeres iniciadas de los 20 a 29 años. Lo mismo sucede con la pareja sexual.

A modo de resumen, en lo que concierne a las características del inicio sexual, podemos decir que las diferencias entre hombres y mujeres son muy claras: los varones se inician antes que las mujeres y éstas se inician con parejas de mayor edad. La única excepción se encuentra entre los indígenas, donde un porcentaje ligeramente mayor de niñas que de niños se inició de 12 a 14 años; aunque al igual que en el resto de todas las mujeres, tienden a iniciarse con parejas mucho mayores que ellas.

Otro dato que vale la pena subrayar se refiere a que el estrato socioeconómico del hogar sí muestra una relación con la edad de inicio sexual en las mujeres, ya que, en la medida en que mejora el estrato

Cuadro 10.6
México: distribución porcentual de los jóvenes según edad de inicio sexual,
por sexo y diversas características, 2010

Edad de la primera relación sexual	Sexo masculino					Pareja del sexo masculino				
	Estratos socioeconómicos									
	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	TOTAL	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	TOTAL
12 a 14 años	15.2	16.1	14.0	13.3	14.5	13.1	13.4	10.2	9.2	11.2
15 a 19 años	72.8	75.5	76.7	78.3	76.3	66.4	71.3	76.0	75.8	73.4
20 a 29 años	12.0	8.4	9.3	8.5	9.1	20.5	15.3	13.8	15.0	15.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Hablante de lengua indígena										
	INDÍGENA		NO INDÍGENA		TOTAL	INDÍGENA		NO INDÍGENA		TOTAL
12 a 14 años	13.8		14.6		14.5	9.6		11.2		11.2
15 a 19 años	72.6		76.5		76.4	71.2		73.6		73.5
20 a 29 años	13.6		8.9		9.1	19.2		15.2		15.4
Total	100.0		100.0		100.0	100.0		100.0		100.0
Tipo de localidad										
	URBANA	NO URBANA	RURAL	TOTAL	URBANA	NO URBANA	RURAL	TOTAL		
12 a 14 años	15.4	13.9	11.8	14.5	11.4	10.7	10.6	11.2		
15 a 19 años	76.6	74.8	76.4	76.4	73.8	72.0	73.2	73.5		
20 a 29 años	8.0	11.3	11.8	9.1	14.8	17.3	16.2	15.4		
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0		
Generación de pertenencia										
	1996-1998	1991-1995	1990-1986	1981-1985	TOTAL	1996-1998	1991-1995	1990-1986	1981-1985	TOTAL
12 a 14 años	100.0	24.3	11.5	9.4	14.5	62.3	18.7	8.7	7.6	11.2
15 a 19 años		75.7	80.9	73.5	76.4	34.4	75.5	75.9	70.2	73.5
20 a 29 años			7.6	17.1	9.1	3.3	5.9	15.4	22.2	15.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

socioeconómico, se retrasa la edad de inicio; en cambio, no se observa una relación clara en el caso de los varones.

También resulta importante recalcar que las características de la pareja sexual son diferentes según el sexo: con mayor frecuencia las mujeres se inician sexualmente con el novio y por amor, mientras que un porcen-

Cuadro 10.6 (continuación)
México: distribución porcentual de los jóvenes según edad de inicio sexual,
por sexo y diversas características, 2010

Edad de la primera relación sexual	Sexo femenino					Pareja del sexo femenino				
	Estratos socioeconómicos									
	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	TOTAL	MUY BAJO	BAJO	MEDIO	ALTO	TOTAL
12 a 14 años	12.1	9.0	7.3	4.8	8.0	2.1	2.2	1.2	1.0	1.6
15 a 19 años	71.9	77.2	71.1	71.7	73.4	46.5	50.0	49.6	45.5	48.3
20 a 29 años	16.0	13.8	21.7	23.5	18.6	51.5	47.8	49.1	53.5	50.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Índice de género										
	TRADICIONAL	NO TRADICIONAL	TOTAL		TRADICIONAL	NO TRADICIONAL	TOTAL			
12 a 14 años	10.1	6.9	8.2		2.0	1.5	1.7			
15 a 19 años	74.4	77.5	73.2		46.1	49.6	48.3			
20 a 29 años	15.4	20.6	18.6		51.8	48.9	50.0			
Hablante de lengua indígena										
	INDÍGENA	NO INDÍGENA	TOTAL		INDÍGENA	NO INDÍGENA	TOTAL			
12 a 14 años	14.5	7.7	8.0		2.5	1.6	1.6			
15 a 19 años	71.3	73.5	73.5		45.5	48.4	48.3			
20 a 29 años	14.2	18.8	18.6		50.2	50.0	50.0			
Total	100.0	100.0	100.0		100.0	100.0	100.0			
Tipo de localidad										
	URBANA	NO URBANA	RURAL	TOTAL	URBANA	NO URBANA	RURAL	TOTAL		
12 a 14 años	8.3	6.6	7.8	8.0	1.8	9.0	1.4	1.6		
15 a 19 años	74.1	72.9	71.5	73.4	49.9	47.2	43.9	48.3		
20 a 29 años	17.6	20.5	20.7	18.6	48.3	51.9	54.7	50.0		
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0		
Generación de pertenencia										
	1996-1998	1991-1995	1990-1986	1981-1985	Total	1996-1998	1991-1995	1990-1986	1981-1985	Total
12 a 14 años	100.0	15.5	6.8	3.8	8.0	31.4	2.4	1.7	0.6	1.6
15 a 19 años		84.5	78.6	64.7	73.4	50.7	68.4	49.2	37.6	48.3
20 a 29 años			14.7	31.5	18.6	17.9	29.2	49.1	61.8	50.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

taje más elevado de hombres que de mujeres se inicia con una amiga, por curiosidad. Asimismo, las mujeres se inician, en general, con parejas mayores que ellas.

Uso de métodos anticonceptivos en la primera relación sexual

Las políticas de salud y de población han buscado combatir tanto el embarazo no planeado como las infecciones de transmisión sexual. Es por ello que en los últimos años se han intensificado las campañas del uso del preservativo, dado que es el único método que prevé ambos problemas. Como se mencionó anteriormente, el condón femenino es poco usado, pero decidimos de todas formas incluirlo en el análisis del uso del preservativo, ya que junto con el masculino, son los únicos métodos que protegen tanto de las infecciones de transmisión sexual como de los embarazos no planeados.

Como podemos observar en el cuadro 10.7, un poco más de la mitad de los jóvenes mexicanos utiliza un método anticonceptivo en la primera relación sexual (55.6%), lo que implica que todavía cerca de 45% de los jóvenes no se protege de ninguna manera durante su inicio sexual. El riesgo es aún mayor en el sexo femenino, pues 55.5% de las jóvenes no utilizó ningún método en su primera relación sexual.

El método que utilizan fundamentalmente es el condón masculino: ocho de cada diez jóvenes que se protegieron lo hicieron de esta manera; el segundo lugar lo ocupa la píldora anticonceptiva. El condón femenino

Cuadro 10.7
México: distribución porcentual de los jóvenes según uso del condón masculino en la primera relación sexual, por sexo, 2010

Utilización de algún método de protección o anticonceptivo en la primera relación sexual	Sexo (porcentaje)		Total (porcentaje)
	HOMBRE	MUJER	
Sí	62.3	48.5	55.6
No	37.7	51.5	44.4
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

y la píldora anticonceptiva son utilizados de manera muy poco frecuente (véase cuadro 10.8).

Cuando se les preguntó a los jóvenes que no usaron ningún método anticonceptivo en su primera relación sexual por qué no lo hicieron, la razón más frecuente que reportaron fue que no esperaban tener relaciones sexuales (46.9%); la segunda razón fue porque la pareja no quiso (11.2%), y la tercera, porque no conocían los métodos anticonceptivos (10.4%, cuadro 10.9).

Vale la pena recalcar que también se observan diferencias en este sentido de acuerdo con el sexo de los jóvenes. Existe un mayor porcentaje de hombres que de mujeres que no se protegió porque no esperaba tener relaciones sexuales (56.9 contra 39.9%), mientras que un mayor porcentaje de mujeres que de hombres no usó protección porque quería embarazarse (13.3% contra 5.7%). Igualmente, más mujeres que hombres (19.9 contra 6.4%) declaran que su pareja no quiso usarlo.

No cabe duda de que, sobre todo en los varones, se debe de reforzar la idea de que la planeación anticipada para protegerse sexualmente, o el no estar siempre disponible cuando se presenta la oportunidad de tener relaciones sexuales, no significa falta de pasión ni falta de virilidad.

Cuadro 10.8
México: distribución porcentual de los jóvenes
según método usado en la primera relación sexual, por sexo, 2010

Tipo de método	Hombres	Mujeres
Ritmo (calendario, temperatura, Billings)	2.8	2.9
Retiro (coito interrumpido)	2.5	2.6
Condón o preservativo	78.5	77.4
Condón femenino	4.6	3.8
Píldoras	6.3	7.6
Anticoncepción de emergencia (píldora del día siguiente)	3.4	3.4
Óvulos, jaleas, espumas o diafragma	0.2	0.3
Dispositivo intrauterino (DIU) o aparato	0.3	0.5
Inyecciones	1.3	1.4
Otro	0.1	0.1
Total	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 10.9
México: distribución porcentual de los jóvenes según razones por las cuales no usaron un método anticonceptivo en la primera relación sexual, por sexo, 2010

Razones por las cuales no se utilizó algún método anticonceptivo en la primera relación sexual	Sexo del entrevistado		Total
	HOMBRE	MUJER	
Mi pareja no quiso	6.4	14.9	11.2
No esperaba tener relaciones sexuales	56.0	39.9	46.9
Yo no quería	8.7	9.9	9.4
No conocía los métodos	11.0	9.9	10.4
Me daba vergüenza conseguir los métodos	5.7	4.5	5.0
Quería un embarazo	3.8	13.3	9.2
No se siente igual	5.4	3.0	4.1
Otro	3.0	4.5	3.8
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Tomando en cuenta una de las recomendaciones de la conferencia sobre población que se realizó en El Cairo en 1994, los jóvenes deben estar conscientes de que la libertad de acción y de decisión conlleva también a la responsabilidad, en este caso particular, de cuidar de sí mismos y de su pareja. Además, creemos que, si bien la sexualidad es compleja y puede asociarse con el deseo impulsivo, también los tabúes asociados con este tema obstaculizan la posibilidad de hablar abiertamente de él y, por lo tanto, se dificulta el planear por adelantado las estrategias de protección sexual.

El hecho de que un número mayor de hombres que de mujeres no se protegiera sexualmente porque no esperaba tener relaciones sexuales, nos hace suponer que quizá los mandatos de género refuerzan estas actitudes en los varones, ya que deben jugar el rol de ser impulsivos y valientes en los temas relacionados con la sexualidad, y estar dispuestos a tener relaciones sexuales siempre que sea posible, por lo tanto, se incrementan las prácticas de riesgo.

Al analizar la relación sexual según distintas características socio-demográficas, se constata en el cuadro 10.10 que a menor edad de inicio sexual, menor utilización del condón, salvo en el caso de los jóvenes que se iniciaron después de los 19 años. En efecto, resulta bastante alarmante que

Cuadro 10.10
México: distribución porcentual de los jóvenes, según uso del condón
en la primera relación sexual, por sexo y características sociodemográficas, 2010

	Hombres			Mujeres		
	USÓ CONDÓN	USÓ OTRO METODO	NO USÓ NINGÚN MÉTODO	USÓ CONDÓN	USÓ OTRO MÉTODO	NO USÓ NINGÚN MÉTODO
Edad de la primera relación sexual						
12 a 14 años	47.8	4.9	47.3	32.3	2.8	64.9
15 a 17 años	57.9	5.9	36.2	42.8	4.5	52.7
18 a 19 años	64.2	5.3	30.5	55.7	5.0	39.3
20 a 29 años	49.4	5.6	45.0	46.4	5.3	48.2
Estrato socioeconómico						
Muy Bajo	43.8	3.8	52.4	24.6	4.5	70.9
Bajo	50.7	5.2	44.1	34.7	4.3	61.0
Medio	57.2	4.4	38.4	46.8	5.6	47.6
Alto	63.9	5.0	31.1	57.8	5.4	36.8
Condición de indigenismo						
Sí	42.5	5.8	51.7	25.9	2.8	71.4
No	57.3	5.6	37.1	44.7	4.6	50.7
Índice de género						
Tradicional	51.1	5.1	43.9	31.1	4.1	64.8
No tradicional	60.4	6.0	33.7	55.5	5.2	44.3
Grupo de edad actual						
12 a 14 años	65.7	2.9	31.4	47.8	3.2	49.0
15 a 19 años	62.5	6.5	31.0	53.7	4.1	42.2
20 a 24 años	57.6	5.6	36.8	46.3	4.2	49.5
25 a 29 años	51.6	5.0	43.4	36.9	5.2	57.9

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

de los varones que se iniciaron sexualmente entre los 12 y 14 años, únicamente 47.8% usó preservativo en la primera relación sexual, y sólo 32.3% de las niñas que se iniciaron en este rango de edad. De hecho, 64.9% de las mujeres iniciadas sexualmente entre 12 y 14 años no usó ningún método anticonceptivo en su primera relación sexual.

Por otro lado, hay que señalar también que se observa un elevado porcentaje de jóvenes que no usaron protección y se iniciaron entre 20 y 29 años, seguramente porque están menos expuestos a un embarazo no planeado. Con respecto al uso del condón según la generación de

pertenencia, se observa en general una mayor utilización, tanto en hombres como en mujeres, en las generaciones más jóvenes.

Si se analiza por condición de indigenismo, son sorprendentes las diferencias en el uso del condón en la primera relación sexual, sobre todo en el caso del sexo femenino: 44.7% de las mujeres no indígenas se protegió en la primera relación sexual y únicamente lo hizo 25.9% de las no indígenas.

Finalmente, con respecto al índice de estereotipos de género, también se observan diferencias muy importantes en el uso del condón: los jóvenes con opiniones más tradicionales se protegieron en menor medida que los jóvenes con opiniones menos tradicionales. Las diferencias más importantes se dan en las mujeres, ya que las que mostraron tener opiniones más tradicionales con respecto a los roles de género son las que menos se protegieron: únicamente 31.1% de las que expresaron opiniones más tradicionales, contra 55.5% de las mujeres que expresaron conceptos menos tradicionales, se protegieron en la primera relación sexual.

Uso de condón en el inicio sexual

Con el fin de estudiar los factores sociodemográficos que se relacionan con la protección sexual, se estableció un modelo de regresión logística (cuadro 10.11). La variable dependiente se construyó tomando en cuenta si ellos o su pareja usaron o no un preservativo masculino o femenino en la primera relación sexual; las variables explicativas son el estrato socioeconómico del hogar, la condición de indigenismo, el tamaño de localidad, el sexo del entrevistado, la generación de pertenencia y el índice de género; se introducen también la edad de inicio sexual y la edad de la pareja sexual. El universo de estudio lo conforman los jóvenes de 12 a 29 años sexualmente activos.

Los resultados muestran que estos factores sociodemográficos se relacionan de manera importante con el uso del preservativo en la primera relación sexual. El hecho de que el estrato socioeconómico tenga una razón de momios mayor a uno, y que aumenta conforme se incrementa el

Cuadro 10.11
México: factores asociados al uso de condón en el inicio sexual de los jóvenes, 2010

Modelo de regresión logística		
CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS	SIGNIFICANCIA	RAZÓN DE MOMIOS
Estrato socioeconómico		
Muy bajo	1	
Bajo	.000	1.289
Medio	.000	1.793
Alto	.000	2.331
Condición de indigenismo		
Indígena	1	
No indígena	.049	1.220
Tamaño de localidad		
Rural	1	
Urbana	.000	1.420
No urbana	.680	1.028
Índice de género		
Tradicional	1	
No tradicional	.000	1.470
Generación de pertenencia		
Generación 1981-1985	1	
Generación 1996-1998	.019	.551
Generación 1991-1995	.000	.366
Generación 1990-1986	.000	.262
Sexo		
Hombres	1	
Mujeres	.000	.562
Edad a la primera relación sexual		
12 a 14 años	1	
15 a 19 años	.000	1.650
20 a 29 años	.000	1.760
Edad de la pareja sexual		
12 a 14 años	1	
15 a 19 años	.000	1.375
20 a 29 años	.007	1.300
Constante	.998	.999

Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

estrato socioeconómico, muestra que a medida que mejoran las condiciones socioeconómicas de los miembros del hogar aumenta considerablemente la probabilidad de que los jóvenes usen condón en la primera relación sexual. Así, la probabilidad de que en los estratos bajo y medio usen condón es de 28.9 y 79.3% mayor que en el estrato muy bajo. La posibilidad aumenta todavía más en el estrato alto, ya que la probabilidad de que usen condón los jóvenes de este sector es 133.1% mayor que la del estrato muy bajo. El ser no indígena también aumenta la probabilidad de usar condón en 22% respecto a los indígenas, y vivir en zonas urbanas en 42% respecto a las zonas rurales.

Respecto al índice de estereotipos de género, los jóvenes que expresaron opiniones no tradicionales en torno a los roles de género tienen 47% mayor probabilidad de protegerse con un preservativo en su primera relación sexual que los que expresaron opiniones tradicionales. En cuanto a la generación de pertenencia, el hecho de que la razón de momios sea menor a uno muestra que las generaciones más viejas tienen menor probabilidad de usar condón en su inicio sexual que las más jóvenes. También queda claro, según el modelo, que las mujeres tienen menor probabilidad de protegerse que los varones en su primera relación sexual. Finalmente, el modelo muestra que crece considerablemente la protección sexual cuando los jóvenes se inician más tardíamente y con parejas sexuales de mayor edad.

Así, se puede concluir, según el modelo, que la protección sexual tanto de un embarazo no deseado como de las infecciones de transmisión sexual en los jóvenes mexicanos es menor en las mujeres, en los estratos socioeconómicos más desfavorecidos, en las zonas rurales, en los indígenas, en las generaciones más viejas, en los que se inician a edades muy tempranas y en los que presentan estereotipos de género tradicionales.

A manera de conclusión

Este trabajo refuerza los hallazgos de la literatura sobre el tema de la sexualidad. Nuestros datos refrendan que los varones se iniciaron sexual-

mente a edades más tempranas que las mujeres. Las prácticas sexuales fueron diferentes según el sexo, no sólo por lo anterior, sino también porque las mujeres declararon haberse iniciado principalmente con el novio y por amor, mientras que una buena parte de los varones se inició con amigas y, no pocas veces, por curiosidad. El compañero sexual de las mujeres siempre fue mayor que la pareja sexual de los hombres en cualquier contexto.

Probablemente, la mayoría de las mujeres solteras declaró haberse iniciado con su novio debido a que el amor romántico resulta una buena vía para justificar las relaciones sexuales que, si acaso cuestionan el esquema tradicional del matrimonio, siguen ciñéndose a la idea de que la mujer jamás tendría estas relaciones sin amor. En el polo opuesto, los varones reafirman su virilidad y dominancia al declarar, sea cierto o no, que a edad temprana tuvieron relaciones sexuales con novias o amigas. Esto se relaciona directamente con la protección sexual, ya que las jovencitas suelen asociar el amor romántico con la confianza y, a su vez, la confianza con el amor; por lo tanto, con la imposibilidad de creer o expresar la idea de que la pareja signifique un riesgo, de manera que la posibilidad de hablar de la protección sexual puede obstaculizarse. Sobra decir que los mandatos de género también presionan a los jóvenes varones para tener relaciones sexuales siempre que sea posible, aunque no estén preparados para protegerse sexualmente.

Convendría que las políticas de población y de salud tomaran en cuenta que persisten diferencias muy marcadas, según el sexo, tanto en la edad de inicio sexual, como en las características de la pareja y en los significados que le dan los jóvenes a su inicio sexual.

Además de lo dicho anteriormente, cabe añadir que el principal método de protección sexual utilizado fue el preservativo masculino y que los varones se protegieron con mayor frecuencia que las mujeres en su primera relación sexual. La principal razón por la cual los jóvenes no usaron un método de protección en su inicio fue por no haber planeado un encuentro sexual, lo que refuerza la necesidad de eliminar tabúes en torno a la sexualidad de los jóvenes, con el fin de que por iniciativa propia

adquieran un preservativo. Es vital concientizar a los adolescentes de la importancia de estar preparados para una mejor protección sexual.

El modelo estadístico muestra que la protección sexual en los jóvenes mexicanos es menor en las mujeres, en los estratos socioeconómicos más desfavorecidos, en las zonas rurales, en la población indígena, en las generaciones más viejas, en los que se inician a edades muy tempranas y en quienes presentan estereotipos de género tradicionales.

Uno de los hallazgos más importantes en este estudio es haber demostrado que los jóvenes con estereotipos de género menos tradicionales no incrementan la probabilidad de iniciarse sexualmente a edad más temprana, pero tienen, en cambio, mayor probabilidad de protegerse de un embarazo no planeado, así como de evitar contraer una infección sexual.

Sin duda, en las políticas de educación sexual de los jóvenes deben intensificarse los cuestionamientos de los roles tradicionales masculinos y femeninos, además de alentar la reflexión en torno a la equidad de género. Estos hallazgos cuestionan las creencias más conservadoras que argumentan que la equidad de género lleva a los adolescentes a una mayor permisividad sexual, pues, cabe subrayarlo una vez más, no se encontró un aumento en la probabilidad de inicio sexual, pero sí se mostró que se incrementa la probabilidad de usar un preservativo; es decir, de que los jóvenes practiquen una sexualidad más protegida.

Si bien se ha dado un avance en el conocimiento y uso del condón en nuestro país, y ha habido una mayor apertura en el comportamiento sexual de los adolescentes, aún persisten fuertes obstáculos que limitan a los jóvenes para gozar de una sexualidad protegida, sobre todo en los contextos socioeconómicos más desfavorecidos de nuestro país.

Limitaciones metodológicas del estudio

Una limitación de los estudios cuantitativos sobre la sexualidad se refiere a que lo que declaran los jóvenes sobre este tema no siempre es verdadero; se especula que las mujeres solteras suelen ocultar sus prácticas sexuales

por presiones sociales y los varones a exagerar el número de encuentros sexuales. Sin embargo, la información de las encuestas nacionales ha sido bastante consistente, por lo que pensamos que sí es útil el análisis de esta información.

Otra limitación se refiere a que los estudios sobre sexualidad consideran que ésta no sólo se expresa cuando ocurre el coito, sino que se manifiesta desde la infancia de múltiples maneras, lo que es difícil de aprehender en las encuestas cuantitativas. Además, en la mayoría de las encuestas nacionales, incluidas la Encuesta Nacional de Juventud, no se especifica a qué tipo de relación sexual se está aludiendo, y por lo tanto, no se conocen con precisión los riesgos de embarazo y de transmisión sexual.

Por otro lado, asumimos que varias de las características sociodemográficas presentadas en este estudio, como el estrato socioeconómico, la condición de indigenismo, el tamaño de localidad, o las mismas opiniones respecto a los roles de género, son las mismas que cuando los jóvenes tuvieron su primera relación sexual. Esto se debe a que no tenemos una historia de estas características y únicamente contamos con la información del momento en que se hizo la encuesta.

Otra limitación se refiere a que no contamos con una historia de las relaciones sexuales de los jóvenes. Decidimos centrarnos en la primera relación sexual, ya que varios estudios han mostrado que una vez que los jóvenes se protegen durante el primer encuentro sexual, la probabilidad de que se protejan posteriormente aumenta de manera considerable, pues significa que ya rompieron con muchos de los obstáculos y tabúes que conlleva la protección sexual.

Finalmente, hay que aclarar que en la ENJ 2010 no se cuenta con el mes en el que los jóvenes tuvieron su primer encuentro sexual, únicamente se cuenta con la edad cumplida. Por esta razón no realizamos un modelo de regresión de Cox que nos hubiera permitido eliminar el efecto de truncamiento, por ejemplo, para ver la asociación entre el inicio sexual y las características sociodemográficas, ya que este modelo requiere de variables continuas y de la edad exacta. Sin embargo, nos parece que la ENJ 2010 no fue realizada con fines de mediciones directamente demográficas, pero sí constituye una de las pocas encuestas nacionales que aborda temáticas

relacionadas con la sexualidad, y además nos permite contar con las opiniones de los jóvenes respecto a distintas temáticas, en nuestro caso particular, respecto a los roles de género, por lo que nos pareció importante explotar dicha información y relacionarla con las prácticas y la protección sexual.

Anexo metodológico: índice de género

El índice de estereotipos de género se construyó tomando en cuenta las siguientes veinte preguntas de la ENJ 2010, presentadas en el cuadro 10.12.

Cuando los estudiantes estuvieron de acuerdo o totalmente de acuerdo en las respuestas 1 a 3 y de la 6 a la 20 se consideraron tradicionales, y los que contestaron ni de acuerdo ni en desacuerdo, no estoy de acuerdo, o totalmente en desacuerdo, como no tradicionales.

En cambio, en los rubros cuatro y cinco, cuando los estudiantes contestaron estar de acuerdo o totalmente de acuerdo, se consideraron como respuestas no tradicionales, y el resto como tradicionales.

Vale la pena señalar que en la medida en que este índice no ha sido probado en otras investigaciones, se consideró importante calcular el alpha de Cronbach⁴ para probar su consistencia estadística. El resultado del valor del alpha de Cronbach fue de .87, valor que hace del índice de género un índice estadísticamente altamente consistente.

El valor de cada variable fue cero cuando se mostró una actitud tradicional, y uno respecto a una actitud más moderna. A cada adolescente se le asignó un valor sumando el resultado de los rubros; si el valor resultó de cero a doce se consideró tradicional, y de doce a veinte, no tradicional. Para esto se tomó en cuenta el porcentaje más cercano a 50% de los casos con el fin de poder dividir la variable en dos categorías y el grado de correlación entre las variables.

⁴ El alpha de Cronbach es una medida de consistencia interna del índice que expresa el grado en que los ítems miden el mismo fenómeno.

Cuadro 10.12
México: preguntas introducidas en el índice de género

Te voy a leer algunas preguntas, dime ¿qué tan de acuerdo estás con ellas?, 1 = Totalmente de acuerdo, 2 = De acuerdo, 3 = Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4 = En desacuerdo, 5 = Totalmente en desacuerdo. Respuestas T = tradicional, NT = no tradicional.		
PREGUNTAS	RESPUESTAS	ESTEREOTIPOS DE GÉNERO
1. ¿Estás de acuerdo en que la función más importante de la mujer es ser madre?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
	3, 4 y 5	NT
2. ¿Estás de acuerdo en que cuando una mujer hace algo indebido el hombre tiene derecho a pegarle?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
3. ¿Estás de acuerdo en que el hombre siempre tiene la obligación de mantener a su familia?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
4. ¿Estás de acuerdo en que una mujer tiene derecho a decidir cuántos hijos tener y cuándo tenerlos?	3, 4 y 5	T
	3, 4 y 5	T
	1 y 2	NT
5. ¿Estás de acuerdo en que está bien que una pareja decida no tener hijos?	3, 4 y 5	T
	1 y 2	NT
6. ¿Estás de acuerdo que aunque las mujeres no quieran, es su obligación tener relaciones sexuales con sus parejas?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
7. ¿Estás de acuerdo en que el hombre es más agresivo que la mujer?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
8. ¿Estás de acuerdo en que las mujeres no pueden desempeñar las mismas actividades que los hombres?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
9. ¿Estás de acuerdo en que el hombre piensa más las cosas que la mujer?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
10. ¿Estás de acuerdo en que un hombre, a diferencia de una mujer, necesita varias parejas sexuales?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
11. ¿Estás de acuerdo en que un verdadero hombre no debe mostrar sus debilidades y sentimientos?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
12. ¿Estás de acuerdo en que la mujer debe llegar virgen al matrimonio?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
13. ¿Estás de acuerdo en que el hombre es infiel por naturaleza?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
14. ¿Estás de acuerdo en que la vida es más dura para el hombre que para la mujer?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
15. ¿Estás de acuerdo en que la mujer tiene mayor capacidad para cuidar a los hijos enfermos?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
16. ¿Estás de acuerdo en que una buena esposa debe dedicarse exclusivamente al hogar y al cuidado del marido?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
17. ¿Estás de acuerdo en que los hijos son mejor educados por una madre que por un padre?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT

Cuadro 10.12 (continuación)
Preguntas introducidas en el índice de género

18. ¿Estás de acuerdo en que aunque las mujeres trabajen fuera de la casa, es el hombre el que debe hacerse responsable del sostén de la familia?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
19. ¿Estás de acuerdo en que los hijos hacen más caso cuando les llama la atención el padre, que la madre?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT
20. ¿Estás de acuerdo en que un buen hombre es el que provee económicamente a su familia?	1 y 2	T
	3, 4 y 5	NT

Las respuestas del índice de género se agruparon de la siguiente forma:

Cuadro 10.13
México: valores posibles de la suma de los ítems de la variable género

Valores	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
.00	.0	.0
1.00	.1	.1
2.00	.5	.6
3.00	.7	1.2
4.00	1.5	2.8
5.00	1.6	4.3
6.00	2.2	6.5
7.00	3.4	9.9
8.00	4.6	14.5
9.00	5.4	19.9
10.00	6.7	26.6
11.00	8.5	35.1
12.00	8.9	44.0
13.00	9.1	53.1
14.00	8.7	61.8
15.00	8.0	69.8
16.00	8.1	77.9
17.00	7.9	85.7
18.00	7.8	93.5
19.00	4.3	97.8
20.00	2.2	100.0
Total	100.0	

Referencias bibliográficas

- Amuchástegui, Ana y Peter Aggleton (2007), "I Had a Guilty Conscience Because I Wasn't Going to Marry Her': Ethical Dilemmas for Mexican Men in their Sexual Relationships with Women", *Sexualities*, vol. 10, núm. 1, pp. 61-81.
- Brown Sarah S. y Leon Eisenberg (eds.) (1995), *The Best Intentions: Unintended Pregnancy and the Well-Being of Children and Families*, Washington D.C., National Academy Press.
- Cáceres, F. Carlos (1999), *La (re)configuración del universo sexual: cultura(s) sexual(es) y salud sexual entre los jóvenes de Lima a vuelta de Milenio*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia, REDESS Jóvenes.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier (2008), "Desigualdad socioeconómica y salud reproductiva: una propuesta de estratificación social aplicable a las encuestas", en Lerner, Susana e Ivonne Szasz (eds.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, tomo I, México, El Colegio de México, pp. 59-113.
- Fuller, Norma (1998), "Reflexiones sobre el machismo en el Perú", documento presentado en la conferencia regional La equidad de género en Latinoamérica y el Caribe: desafíos desde las identidades masculinas, Santiago de Chile, del 8 al 10 de junio.
- Gayet, Cecilia, Fátima Juárez, Laura A. Pedrosa y Carlos Magis (2003), "Uso del condón entre adolescentes mexicanos para la prevención de las infecciones de transmisión sexual", *Salud Pública de México*, vol. 45, núm. 5, pp. 632-640.
- Gayet, Cecilia y Patricio Solís (2007), "Sexualidad saludable de los adolescentes: la necesidad de políticas basadas en evidencias", *Salud Pública de México*, vol. 49, edición especial, pp. 47-51.
- Instituto Mexicano de la Juventud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias [Imjuve-CRIM] (2011), *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, México, Imjuve, CRIM.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [Inegi] (2010), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 2009*, Aguascalientes, Inegi.

- Instituto Nacional de Salud Pública [INSP] (2003), *Encuesta Nacional de Salud 2000*, Cuernavaca, INSP <http://ensanut.insp.mx/informes/ENSA_tomo1.pdf>.
- Juárez, Fátima, José Luis Palma, Susheela Singh y Akinrinola Bankole (2010), *Las necesidades de salud sexual y reproductiva de las adolescentes en México: retos y oportunidades*, Nueva York, Guttmacher Institute.
- Mendoza, Doroteo, Miguel Sánchez Castillo, María Felipa Hernández López y Ma. Eulalia Mendoza García (2009), “35 años de planificación familiar en México”, *La situación demográfica en México 2009*, México, Conapo, pp. 39-52.
- Menkes, Catherine y Olga Serrano (2010), “Embarazo adolescente en México: niveles y condicionantes sociodemográficos”, en Chávez, Ana María y Catherine Menkes (eds.), *Procesos y tendencias poblacionales en el México contemporáneo. Una mirada desde la Enadid 2006*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, Secretaría de Salud, pp. 283-326.
- Oliva, Ana, Leo Serra y Vallejo Rodolfo (1997), “Patrones de comportamiento sexual y contraceptivo durante la adolescencia”, *Infancia Aprendida*, núm. 77, pp. 19-34.
- Palma, Yolanda y Eduardo González (2010), “Iniciación sexual. Análisis de la Enadid 2006”, en Chávez, Ana María y Catherine Menkes (eds.), *Procesos y tendencias poblacionales en el México contemporáneo. Una mirada desde la Enadid 2006*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, Secretaría de Salud, pp. 50-74.
- Romero, María Elena (2006), “El comportamiento sexual y reproductivo de los adolescentes y jóvenes mexicanos asociados a nuevas variables educativas, 2000”, tesis de maestría, Colegio de la Frontera Norte.
- Sosa, Itzel y Catherine Menkes (2008), “Algunas reflexiones acerca de los obstáculos en el uso del condón. Un estudio en Morelos”, ponencia presentada en la VII Reunión de Investigación Demográfica en México, Ciudad de México, del 2 al 5 de diciembre.
- Stern, Claudio y Catherine Menkes (2012), “Embarazo adolescente y estratificación social”, en Stern, Claudio (coord.), *El “problema” del*

embarazo en la adolescencia. Contribuciones a un debate, México, El Colegio de México, pp. 227-274.

Szasz, Ivonne (1998a), "Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México", en Szasz, Ivonne y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, pp. 11-30.

Szasz, Ivonne (1998b), "Sexualidad y género: algunas experiencias de investigación en México", *Debate Feminista*, vol. 18, año 9, octubre, pp. 77-104.

Welti, Carlos (2005), "Inicio de la vida sexual y reproductiva", *Papeles de Población*, vol. 11, núm. 45, pp. 143-176.

Capítulo 11

Iniciación sexual, unión en pareja y nacimiento del primer hijo de las y los jóvenes en Chiapas, 2010

*María de Jesús Ávila Sánchez**

mjavila@corre.uaa.mx

*José Alfredo Jáuregui Díaz***

alfjadi@yahoo.com

El objetivo de este estudio es examinar los patrones dominantes de la edad de iniciación sexual, la unión en pareja¹ y el nacimiento del primer hijo a partir de un análisis comparativo entre diferentes zonas de residencia y grupos sociales en Chiapas. En primer lugar, se describe la forma en que la edad de estos tres acontecimientos vitales varía según la cohorte de nacimiento, el contexto de residencia y la condición étnica de los jóvenes. En segundo lugar, se examina la relación entre la iniciación sexual y la primera unión en pareja, y entre esta unión y el nacimiento del primer hijo, mediante el análisis de la secuencia de los eventos. Por último, se emplean modelos de riesgos proporcionales de Cox para analizar el modo en que los eventos de interés varían de acuerdo con la cohorte, el sexo, el contexto de residencia, la condición étnica, la religión que se profesa y el nivel educativo alcanzado.

Se parte del supuesto que la transición a la vida en pareja, que incluye la iniciación sexual y reproductiva, tiene efectos en las etapas posteriores del curso de vida, y que depende de las características sociales y culturales de los jóvenes, así como de la estructura de oportunidades en la que se desenvuelven.

* Universidad Autónoma de Aguascalientes.

** Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

¹ A lo largo del texto se utilizarán indistintamente las expresiones matrimonio o unión en pareja.

En Chiapas, pocos estudios han examinado la temporalidad, la secuenciación y los factores asociados a la iniciación sexual, la unión en pareja y el nacimiento del primer hijo; además, existe un conocimiento limitado de los cambios que se han producido dentro de esta entidad federativa entre diferentes zonas de residencia y grupos sociales (Evangelista y Kauffer, 2007, 2009; Reartes, 2011), en gran medida, como resultado de la escasez de datos. Por otra parte, no hay estudios en Chiapas sobre la iniciación sexual que utilicen el análisis de supervivencia, que es el método más apropiado para el estudio del grupo de 15 a 29 años de edad, debido a la censura de los datos (Echarri y Pérez Amador, 2004), pese a que prevalece una iniciación sexual temprana y en condiciones inseguras entre los jóvenes chiapanecos.

Este estudio se basa en un enfoque comparativo entre distintos grupos de jóvenes, definidos por sus características sociales y culturales, así como por el contexto de residencia —urbano o no urbano— y por su condición étnica —indígena y no indígena—. Estos grupos no son homogéneos, pero han seguido trayectorias similares y se enfrentan a los mismos desafíos, aunque en distintos grados, ya que muestran diferentes intensidades en el nivel de la fecundidad.

El análisis se basa en datos sobre mujeres y varones nacidos entre 1981 y 1998, residentes en Chiapas, y se limita a observar la transición a la primera relación sexual, el matrimonio o unión y el primer hijo hasta los 29 años de edad, teniendo como fuente primaria de información la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010.

El capítulo está estructurado en cuatro apartados: en el primero se aborda un marco de referencia para el estudio de la transición sexual, matrimonial y reproductiva; en el segundo se hace hincapié en el modelo para el análisis de la temporalidad y la secuencia del calendario de los eventos; el tercero trata en la primera parte sobre dicho calendario, y después examina su secuenciación y el efecto de las características socio-demográficas y culturales sobre el riesgo de que ocurran los eventos de iniciación sexual, matrimonio y nacimiento del primer hijo; y en el cuarto apartado se sintetizan los principales hallazgos de la investigación.

Marco de referencia para el estudio de la transición sexual, matrimonial y reproductiva

La iniciación sexual es un evento crucial en la transición a la edad adulta y una preocupación para los programas de salud reproductiva en todo el mundo. Las evidencias sugieren que el momento en que ocurre este evento tiene enormes consecuencias para la salud y el bienestar de los jóvenes, por su relación con comportamientos poco saludables a lo largo de su vida.

Los jóvenes que se inician sexualmente antes de los 14 años presentan un mayor riesgo de embarazo no deseado, así como de experimentar una maternidad o paternidad precoz² (Van Roode *et al.*, 2012). La iniciación sexual a edad temprana se ha relacionado con un aumento de los comportamientos de riesgo sexual (Sandfordt *et al.*, 2008); en este caso, los adolescentes tienen un riesgo mayor de contraer VIH-sida y otras infecciones de transmisión sexual (Juárez *et al.*, 2010), además de una mayor probabilidad de mantener relaciones sexuales sin protección (Blanc y Way, 1998).

En Chiapas, las tasas de fecundidad adolescente y de embarazos no deseados son altas entre los jóvenes (Jáuregui y Ávila, 2002; Villers, 2003; Tuñón y Nazar, 2004; Villagómez, Mendoza y Valencia, 2011; Ávila, 2012), como consecuencia de una iniciación sexual temprana, que en muchos casos ocurre en condiciones inseguras. Evangelista y Kauffer (2007) señalan que entre la mayoría de los hombres indígenas que residen en contextos tanto urbanos como no urbanos la iniciación sexual continúa haciéndose con una trabajadora del sexo comercial, lo que incrementa el riesgo de adquirir una infección de transmisión sexual, práctica que es consentida por familiares y amigos.

Entre los jóvenes chiapanecos existe una heterogeneidad de trayectorias sexuales y reproductivas, asociadas a la imposibilidad a la que se enfrentan para ejercer la sexualidad con sus pares, antes y fuera del matri-

² Suponiendo que vivir con una pareja expone a las personas a la actividad sexual regular, la formación de parejas aumentará la probabilidad de concepción.

monio, debido a las normas de género impuestas a hombres y mujeres para ese ejercicio. También contribuye a esta heterogeneidad la diversidad cultural: 27.3% de la población de 10 a 29 años residente en Chiapas es hablante de una lengua indígena y, dentro de este grupo, 38.5% son mujeres monolingües.³ A ello se suma el elevado grado de marginación, pobreza y desigualdad social en el que viven los jóvenes en las comunidades en las que se desenvuelven (Coneval, 2010).

En los últimos años se ha experimentado en Chiapas una serie de cambios en el campo económico, como la implementación de un modelo maquilador de exportación en algunas comunidades no urbanas e indígenas, además de la migración internacional hacia Estados Unidos (Jáuregui y Ávila, 2007). Esto ha generado nuevos patrones culturales y una reestructuración de la vida comunitaria, junto a la secularización y al mayor acceso a la información, que podrían estar promoviendo una serie de cambios en la temporalidad de las relaciones sexuales y de las uniones conyugales de los jóvenes pertenecientes a diferentes grupos sociales. Estos procesos han sido documentados por Evangelista y Kauffer (2007, 2009) y Reartes (2011) a partir de sus investigaciones cualitativas entre los jóvenes que habitan espacios no urbanos y que hablan una lengua indígena.

Estos procesos tienen una especial importancia, ya que los comportamientos sexuales y reproductivos de los jóvenes adquieren distintos significados a través del tiempo y según el espacio social de convivencia (Menkes y Suárez, 2004). En este sentido, la forma en que las y los jóvenes actúan frente a la unión conyugal y las prácticas sexuales y reproductivas mantiene una estrecha relación con el contexto social y cultural.

³ Es decir, hablan sólo su lengua materna y no el español. El monolingüismo es más frecuente entre las mujeres, con una relación de inequidad de dos a uno; es decir, por cada hombre hay dos mujeres monolingües, producto de las desigualdades de género, el confinamiento doméstico y la escasa interacción con los hablantes de castellano (Jáuregui y Ávila, 2002).

Relación entre iniciación sexual, matrimonio y primer hijo

Debido a que en la sociedad chiapaneca continúa vigente la norma moral del matrimonio católico,⁴ que prohíbe la iniciación sexual antes y fuera de él, se espera que esa transición de los jóvenes siga una secuencia normalizada de acontecimientos en la que primero debe suceder el matrimonio.⁵

Entre los jóvenes chiapanecos la fuerza de la relación entre iniciación sexual y matrimonio o unión en pareja continúa siendo fuerte, principalmente para las mujeres. De acuerdo con la ENJ 2010, 72.4% de los hombres y 97.1% de las mujeres de 15 a 24 años sexualmente activos están casados o viven en una unión conyugal.

La diferencia entre mujeres y hombres se explica por la normatividad de género imperante, que marca diferencias en el significado que la iniciación sexual tiene para unos y otras, atravesadas por el grupo social de pertenencia (Evangelista y Kaufer, 2007; Ayús *et al.*, 2005). Esta normatividad establece que las mujeres solteras no deben ejercer la sexualidad antes del matrimonio para cumplir con la exigencia de la virginidad para su pareja sexual, pues en no pocos casos la pérdida de la virginidad se vive como un drama sociopersonal (Ayús *et al.*, 2005). Para los hombres, en tanto, la iniciación sexual fuera del matrimonio se considera como una prueba de ingreso a la masculinidad (Evangelista, Tinoco y Tuñón, 2010).

Estos valores continúan vigentes entre los jóvenes chiapanecos, ya que 49.1% de las mujeres y 44.7% de los hombres estaban totalmente de acuerdo con que la mujer debería llegar virgen al matrimonio. De acuerdo con la ENJ 2010, esta cifra fue de 42.5% entre los jóvenes residentes en el ámbito urbano y ascendió a 49.4% en los que viven en contextos no urbanos.

⁴ El modelo de matrimonio católico se caracteriza por la libre elección del cónyuge, la ausencia de obligación del pago de la dote, la monogamia, la indisolubilidad, la prohibición de las relaciones sexuales premaritales y el carácter reproductivo.

⁵ Aunque existen comunidades indígenas que, aun pudiendo ser católicas, mantienen tradiciones propias donde pueden no cumplir con los preceptos católicos.

A la secuencia normativa debe agregarse el nacimiento del primer hijo, que debería ocurrir después de la iniciación sexual y el matrimonio. Para el caso de México, Echarri y Pérez Amador (2004) han encontrado que entre los jóvenes ambos eventos muestran una estrecha temporalidad, ya que continúa predominando un compromiso explícito entre matrimonio e inicio de la vida reproductiva.

Sin embargo, la evidencia en México y otras partes del mundo muestra que los jóvenes están experimentando una iniciación sexual temprana desvinculada del matrimonio (Menkes y Suárez, 2004), comportamiento que no se acopla a la secuencia normativa. En este sentido, Bozon, Gayet y Barrientos (2009) sugieren que, a medida que los países experimentan diferentes grados de modernización, puede haber un desacoplamiento entre la iniciación sexual, el matrimonio y la reproducción. Se ha documentado que las normas tradicionales del matrimonio precoz o tabúes contra el sexo prematrimonial tienden a debilitarse con el tiempo debido al aumento de la modernización, la urbanización y la migración (Evangelista y Kauffer, 2007; Reartes, 2011).

Dado que en Chiapas se está atravesando por estos procesos, junto a un mayor acceso a los anticonceptivos, podrían estar propiciándose variaciones en el lapso y la secuencia del calendario entre los eventos analizados en los diferentes contextos y grupos sociales a los que pertenecen los jóvenes. Se podría estar produciendo un mayor alejamiento de la secuencia normativa en algunos grupos sociales más susceptibles a la modernización y la libertad sexual, como los jóvenes urbanos y no indígenas, que además presentan una baja fecundidad; mientras que en el caso de las mujeres no urbanas e indígenas la tendencia podría apuntar a ajustar su comportamiento a “la norma”.

Características sociales y culturales

Algunos estudios se han centrado en las relaciones entre la iniciación sexual, el matrimonio y el nacimiento del primer hijo, mientras que otros han analizado una serie de factores sociales y culturales por su influencia

en la ocurrencia de estos eventos, y asocian varias características de las personas y sus comunidades con los cambios en el comportamiento sexual y reproductivo, relación señalada en la teoría de la transición de la fecundidad (Mier y Terán, 2011). En este trabajo se examina la influencia de algunas características sociales y culturales, tales como la cohorte de nacimiento, el sexo, el nivel de escolaridad, la religión, la condición étnica, el contexto de residencia y el estrato social de pertenencia de los jóvenes en la ocurrencia de la iniciación sexual, la unión en pareja y el primer hijo.

La diferenciación del contexto de residencia urbano y no urbano es importante debido a la desigualdad en el acceso a los servicios de salud, las creencias culturales y las condiciones de vida imperantes en uno y otro. En México, la edad al momento de la primera relación sexual ha sido menor en ámbitos no urbanos e indígenas en comparación con las áreas urbanas.⁶ Sin embargo, Rojas y Castrejón (2008) encontraron que los jóvenes de estratos socioeconómicos muy bajos de áreas urbanas marginadas fueron más propensos a tener una actividad sexual temprana que los jóvenes no urbanos, lo que muestra que el contexto urbano o no urbano, en combinación con el estrato social, podría influir en la edad de la iniciación sexual.

Se ha demostrado la existencia de una fuerte correlación entre el nivel de educación formal, la reducción de la fecundidad y el retraso de la unión en pareja (Schkolnik y Chackiel, 2004). En México, el incremento de los niveles de escolaridad de las mujeres es la variable que más impacto ha tenido en la transformación de sus trayectorias de vida (Tuirán, 1999). Entre los jóvenes chiapanecos se espera que la asistencia escolar se asocie a una menor probabilidad de unión en pareja y nacimiento del primer hijo en esta etapa del ciclo vital, ya que pueden decidir postergar la unión y la maternidad o paternidad a fin de completar su educación formal o encontrar una mejor pareja sexual.

⁶ Además no se cuenta con evidencia sobre México para sostener que las generaciones más jóvenes tengan su primera relación sexual a edades más tempranas, más bien se observa una tendencia contraria: posponer la edad al momento de la primera relación sexual (Welti, 2000).

También se ha mostrado que el contexto cultural influye en las condiciones de iniciación sexual y reproductiva (Rojas y Castrejón, 2008). En Chiapas, las mujeres indígenas presentan elevados niveles de fecundidad, mortalidad materna y una baja prevalencia de uso y conocimiento de anticonceptivos —de hecho, en 2009 sólo 50.6% de las mujeres indígenas manifestó conocer algún método—. Además las desventajas asociadas a las condiciones de pobreza y acceso a satisfactores sociales en las que viven han recrudecido las diferencias de género y limitado el ejercicio de sus derechos (Tinoco, 2009). Sobre esta base, se esperaría que existiera una marcada diferencia entre los jóvenes indígenas y los no indígenas, en el sentido de que los primeros presentarían una menor edad al momento de la iniciación sexual, el matrimonio y el primer hijo, y que su secuencia de eventos siguiera la norma instituida, debido a la estricta vigilancia de las reglas culturales que deben seguir en sus comunidades.

En cuanto a la religión, los líderes más conservadores de ciertas religiones promueven la adhesión a normas morales y familiares estrictas. En el caso de los evangélicos, los feligreses son motivados a llevar una vida ejemplar que sirva de modelo a la gente que los rodea, mientras que diferentes encíclicas de la iglesia católica censuran las relaciones sexuales prematrimoniales y el uso de anticonceptivos. Acerca del efecto de esta relación en la iniciación sexual, Vargas, Martínez y Potter (2010) señalan que los jóvenes mexicanos católicos practicantes y los protestantes tenían menos riesgo de iniciar su vida sexual de manera temprana que los católicos nominales y los indiferentes o no creyentes.

Aunque Chiapas tiene un menor porcentaje de católicos (72.2%) que México en su conjunto, tiene una mayor proporción de protestantes evangélicos, por lo que se esperaría que los católicos y los protestantes tuvieran un comportamiento más conservador que los jóvenes sin afiliación religiosa. Este comportamiento conservador estaría más asociado con algunos eventos, por ejemplo, la postergación del inicio sexual y la unión en pareja a edades tempranas, ya que el matrimonio es la única opción que tienen los jóvenes para ejercer su sexualidad sin censura religiosa.

La revisión de estos antecedentes conduce a las siguientes preguntas: ¿cuáles son las relaciones entre la iniciación sexual, el matrimonio y

el primer hijo? ¿Estas relaciones se han modificado entre los contextos y grupos sociales? ¿Cómo es el calendario de estos eventos en relación con la cohorte de nacimiento, el contexto de residencia, la religión, la condición étnica, la educación y el estrato social? Las respuestas a estas preguntas pueden aportar datos sobre el contexto de la transición de la fecundidad en Chiapas, además de proporcionar información sobre las necesidades para mejorar la salud sexual y reproductiva de las y los jóvenes.

Modelo para el análisis de la transición a la iniciación sexual, el matrimonio y el nacimiento del primer hijo

Los datos utilizados para el análisis que se desarrolla en este trabajo provienen, como se dijo, de la ENJ 2010 para el estado de Chiapas, encuesta que incluye una batería de preguntas sobre la actividad sexual, el matrimonio y la fecundidad, a partir de la cual se puede determinar la edad al momento de la iniciación sexual, el primer matrimonio o unión en pareja y el nacimiento del primer hijo. Una limitación de la ENJ 2010 es que sólo captura información transversal sobre el estado actual de los jóvenes; por lo tanto, los datos están limitados en cuanto al calendario de los eventos.

Para realizar la comparación entre los grupos sociales, los datos fueron agrupados por cohorte de nacimiento. Por el número de casos de la muestra se decidió crear dos cohortes: los jóvenes que componen la primera cohorte son los que nacieron entre 1987 y 1998, y tenían al momento de la encuesta entre 18 y 23 años; los de la segunda nacieron entre 1981 y 1986, y tenían entre 24 y 29 años de edad.

Para analizar la forma en que la iniciación sexual, la entrada al matrimonio y el nacimiento del primer hijo varían según las características sociales y culturales de los jóvenes, con la edad como tiempo de análisis, se emplearon los modelos de regresión de riesgos proporcionales de Cox.

Se estimaron modelos de historia de evento de tiempo continuo —*event history analysis*—, estrategia que no requiere de supuestos de proporcionalidad y permite el uso de variables fijas y variables en el tiempo

(Allison, 1982). La unidad de análisis considerada fue el año/persona, dado que las respuestas a la duración de los eventos suelen estar expresadas en años. Esta aproximación asegura los estimadores apropiados de los errores estándar y las pruebas de significatividad (Petersen, 1991).

Después de eliminar los casos sobre los que no se disponía de información válida, la muestra quedó conformada por 1 612 individuos, de los cuales 864 eran mujeres y 748 hombres. Se decidió usar los datos sin ponderar para evitar sesgos.

Para el análisis de la transición a la primera relación sexual, la base de datos se construyó con cada persona que ha estado residiendo en Chiapas desde que tenía 12 años hasta la edad a la que inició su primera relación sexual. Aquellos casos que al momento de la encuesta no habían tenido su primera relación sexual fueron truncados a la edad a la que fueron encuestados. El análisis se realizó a partir de regresiones logísticas binomiales, con la variable dependiente con valor uno si la persona tuvo su primera relación sexual a cada edad determinada, y cero si no había experimentado el evento. El modelo permite estimar a partir de la siguiente ecuación:

$$\ln\{\pi_j|1\pi_j\} = f(\text{duración}) + (\beta_k \cdot X_k)$$

Donde π es la probabilidad de ocurrencia de j ; j denota el evento; $\{\pi_j|1\pi_j\}$ son el *ratio anual* de ocurrencia del evento j , ocurrencia contra no ocurrencia del evento; X_k representa un vector de variables explicativas; β_k representa un vector de efecto asociado con las variables explicativas, y $f(\text{duración})$ es una función de tiempo.

Para el análisis de la transición a la primera unión en pareja y al nacimiento del primer hijo se utilizó la misma estrategia, pero en el caso de la primera unión, la base de datos se construyó con cada persona que tenía 12 años hasta la edad en la que contrajo su primer matrimonio, sin distinguir si se trataba de una unión matrimonial o consensual.

Para analizar el calendario fueron calculadas las curvas de supervivencia con el método de estimación de Kaplan-Meier. También se aplicaron las pruebas de Log-Rank y Wilcoxon (Breslow) para examinar

la igualdad de las funciones de supervivencia y determinar si hay una diferencia significativa ($p < 0.05$) entre las curvas de supervivencia (Hosmer, Lemeshow y May, 1999). Para examinar el momento de la iniciación sexual, el primer matrimonio y el nacimiento del primer hijo se presentaron las edades en las que el 5, 25, 50 y 75% de los jóvenes pertenecientes a cada uno de los grupos sociales y culturales han experimentado este evento en particular.

Se construyó un modelo con el objetivo de determinar la forma en que el riesgo de sufrir el evento —primera relación sexual, unión o primer nacimiento— varía según la cohorte, el sexo, el contexto de residencia y la condición étnica. Para cada periodo y evento se estimaron tres modelos: el modelo 1 incluyó la cohorte de nacimiento, el sexo, el contexto de residencia y la condición étnica; en el modelo 2, además de las variables anteriores, se incluyó la asistencia escolar y la religión, y en el modelo 3 se añadió el estrato social. Este ajuste permite determinar si otros factores son modificados de manera significativa por el hecho de que el encuestado pertenezca a un grupo socioeconómico en particular.

La ENJ 2010 captura información directa sobre las variables dependientes: la edad de iniciación sexual,⁷ a la primera unión y al nacimiento del primer hijo.⁸ Las variables independientes se transformaron en variables *dummy*. A la cohorte de nacimiento de 1981 a 1986 se le asignó el valor uno, y cero a la de 1987 a 1998. El sexo adquirió el valor uno si el encuestado era mujer y cero si era hombre. La asistencia escolar es una variable que puede variar en el tiempo, por lo tanto, tomó el valor de uno si a cada edad se estaba asistiendo a un establecimiento educativo y cero en el caso negativo. El contexto de residencia, en tanto, tomó el valor cero cuando se trataba de una localidad urbana y uno para una localidad no urbana.⁹ La religión fue codificada en tres categorías: católica, protestante y

⁷ Cabe señalar que la iniciación sexual se define en la ENJ 2010 como el contacto físico con coito o penetración entre las personas.

⁸ Véase el cuestionario de la ENJ 2010.

⁹ Las localidades urbanas son las que tienen más de 15 000 habitantes, mientras que las no urbanas se definieron como aquellas con menos de 15 000 personas.

ninguna, y transformada en *dummy*, con la religión católica como categoría omitida. La condición étnica adquirió el valor de uno si se hablaba una lengua indígena y cero en caso negativo. La variable de estrato socioeconómico fue construida agrupando tres índices: el primero sobre calidad de la vivienda, el segundo relacionado con el tipo de actividad económica y el tercero sobre la escolaridad de los miembros del hogar;¹⁰ después fue codificada en cuatro categorías (muy bajo, bajo, medio y alto), utilizando “muy bajo” como la categoría de referencia.

Resultados

Tablas de vida de la primera relación sexual, el matrimonio y el primer nacimiento

El análisis del calendario permite apreciar la temporalidad de la iniciación sexual, el matrimonio y el nacimiento del primer hijo de los jóvenes de Chiapas (véase la gráfica 11.4). Las edades corresponden a los valores de 5, 25, 50 y 75% de la distribución por edades de los eventos de acuerdo

¹⁰ La variable estrato social está referida al momento de la encuesta, ya que, por las características del instrumento, se carece de información al momento de ocurrencia del evento. La variable fue elaborada por el doctor Carlos Javier Echarri sobre la base de tres índices: *a*) calidad de la vivienda; *b*) escolaridad media relativa a todos los miembros del hogar; y *c*) ocupación mejor remunerada de los miembros del hogar. De manera específica, el índice de calidad de la vivienda se construyó a partir de las variables de tamaño del hogar, materiales de los pisos, cuarto exclusivo para cocinar, agua entubada, excusado dentro de la vivienda, drenaje, luz eléctrica y hacinamiento (2.5 personas por dormitorio). Para elaborar el índice de actividad económica se seleccionó la actividad de mayor remuneración por hogar, después se agruparon las actividades económicas en doce categorías: estudiante, trabajador sin pago, buscador de empleo, quehaceres del hogar, incapacitado, no trabaja, jornalero o peón, trabajador a destajo, cuenta propia, jubilado o pensionado, empleado u obrero y patrón o empresario. El índice de escolaridad se elaboró a partir de un indicador compuesto por la escolaridad acumulada, según sexo y edad y por la escolaridad relativa, por edad y sexo.

con la cohorte de nacimiento, el sexo, el contexto de residencia y la condición étnica.

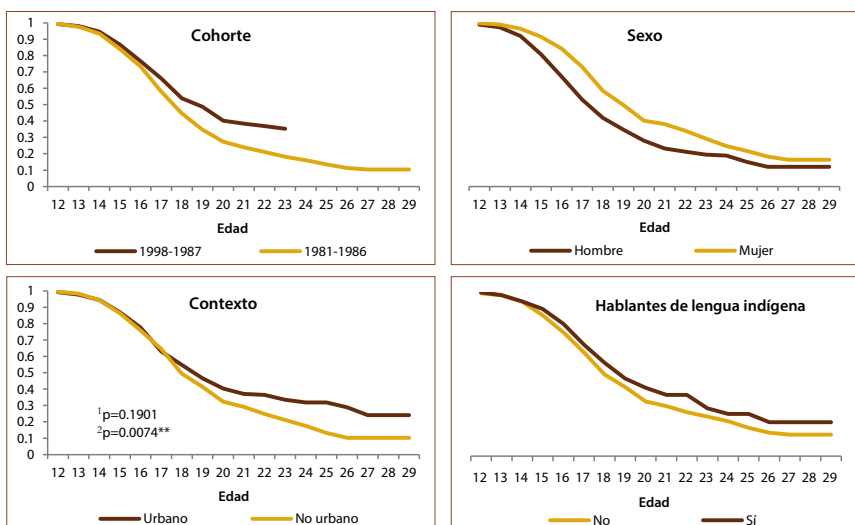
Del total de los jóvenes chiapanecos, 5% había tenido su primera relación sexual a los 14 años, la cuarta parte (25%) lo había hecho a los 16 años, la mitad (50%) a los 19 años y tres cuartas partes (75%) tuvieron esa relación sexual al cumplir los 23 años.

Aplicando las pruebas de Log-Rank y Wilcoxon se rechaza la hipótesis de la equidad para las funciones de supervivencia por cohorte, sexo y condición étnica para el caso de la iniciación sexual; mientras que se acepta la hipótesis para el contexto de residencia, por lo que las diferencias en el calendario (con una probabilidad menor de 5%) no fueron significativas en una de las pruebas realizadas.

Sobre esta base, se puede decir que el calendario de la iniciación sexual varía significativamente por cohorte, como se observa en la gráfica 11.1. Así, la edad en la que la mitad de los jóvenes tuvo su primera relación sexual parece haber aumentado un año entre los más jóvenes; es decir, los que pertenecen a la cohorte 1987-1998, para quienes este evento se produjo a los 19 años, frente a los 18 años para la mitad de los jóvenes de la cohorte 1981-1986. Además, tres cuartas partes de los jóvenes de la cohorte 1987-1998 no habían tenido su primera relación sexual a los 29 años, mientras que 75% de la cohorte más antigua la había tenido a los 21 años. Es decir, los resultados permiten observar un calendario más tardío para la cohorte más joven.

En el análisis del calendario de la iniciación sexual, por sexo sobresale un patrón claramente distinto y significativo entre hombres y mujeres (véase la gráfica 11.1). La mitad de los hombres se inició sexualmente dos años antes que las mujeres, 17 y 19 años, respectivamente. A los 20 años de edad, tres cuartas partes de los hombres ya se habían iniciado sexualmente, mientras que la misma proporción de mujeres lo hizo recién a los 24 años. En el extremo menor (5% después de haber experimentado el evento), los hombres lo hicieron a los 14 años, a diferencia de las mujeres, para quienes el evento se produjo un año más tarde. Las tendencias corroboran la mayor vigilancia familiar y social que existe sobre el comportamiento sexual de las mujeres jóvenes chiapanecas.

Gráfica 11.1
Chiapas: edad a la que 5, 25, 50 y 75% de los jóvenes se iniciaron sexualmente
según la cohorte, sexo, contexto y condición étnica, 2010



1p = Test Log-Rank; 2p = Test Wilcoxon (Breslow). * $p < 0.05$; ** $p < 0.01$; *** $p < 0.001$.

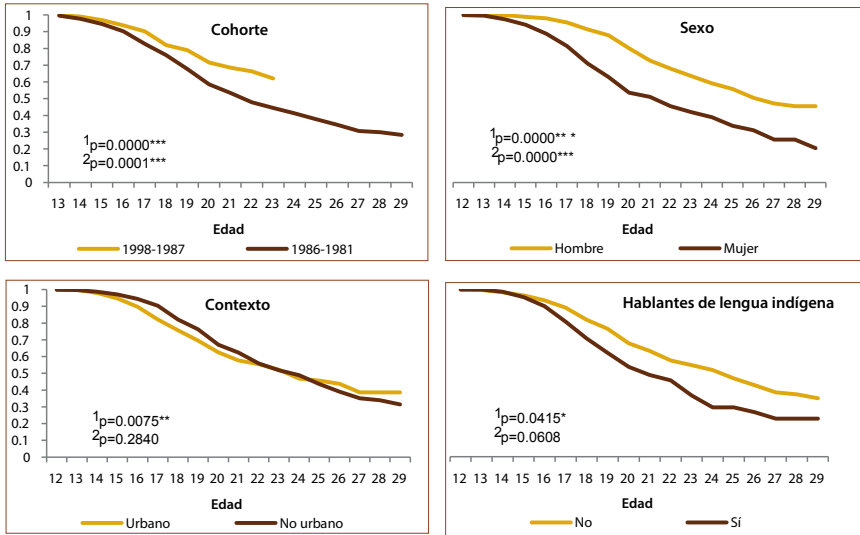
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Respecto al calendario del primer matrimonio o unión de los jóvenes de Chiapas, 5% de ellos se encontraban unidos en pareja a los 15 años de edad, 25% lo estaba a los 19 años, y 50% a los 23 años. En tanto que 75% de los jóvenes no había experimentado el evento del matrimonio o la unión a los 29 años.

Las diferencias en las pruebas Log-Rank y Wilcoxon muestran que se rechaza la hipótesis de la equidad para las curvas de supervivencia por cohorte y sexo en el caso del ingreso a la primera unión o matrimonio, mientras que se acepta la hipótesis para el contexto de residencia y la condición étnica, ya que la diferencia en el calendario de los jóvenes urbanos y no urbanos no fue significativa: $p < 0.05$ en la prueba Log-Rank.

En la gráfica 11.2 se aprecia una pequeña progresión a edades más avanzadas para el momento de ingresar al primer matrimonio. Los jóvenes de la cohorte 1987-1998 tienen un retraso de un año en la formación de la unión en comparación con la cohorte 1981-1986. Mientras tanto, la cuarta parte de los miembros de la cohorte más joven presentan un

Gráfica 11.2
Chiapas: edad a la que 5, 25, 50 y 75% de los jóvenes tuvieron su primer matrimonio o unión en pareja según la cohorte, sexo, contexto y condición étnica, 2010



¹p = Test Log-Rank; ²p = Test Wilcoxon (Breslow). *p<.05; **p<.01; ***p<.001.
 Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

retraso de dos años en relación con la cohorte más antigua: mientras la mitad de los miembros de esta última cohorte habían experimentado el matrimonio o la unión a los 21 años de edad, 50% de los de la cohorte más joven todavía no habían vivido ese evento a los 29 años.

También se aprecia un calendario de la formación de la unión significativamente diferente según el sexo, más precoz para las mujeres que para los hombres: 25% de ellas habían formado una unión a los 18 años, dos años antes que los hombres; mientras que 75% reportó su primer matrimonio a los 28 años, antes que las tres cuartas partes de los hombres, que a los 29 años aún no habían experimentado el evento. Lo anterior demuestra que, a pesar del incremento de la escolaridad y de la incorporación de las mujeres jóvenes al trabajo, en la sociedad chiapaneca continúa dominando una clara diferenciación sexual del trabajo y un fuerte control familiar y social, en el que las mujeres tienen una mayor inclinación a casarse en etapas tempranas del ciclo de vida.

La condición étnica marca una diferencia significativa en el calendario del matrimonio. Los hablantes de una lengua indígena forman una unión de manera más temprana que aquéllos que no lo hacen. La mitad se unió en pareja por primera vez a los 20 años, cuatro años antes que los no indígenas. Este resultado está asociado a una forma de organización social basada en usos y costumbres en las que la sexualidad está intrínsecamente vinculada a la unión conyugal.

La curva de sobrevivencia al momento de tener el primer hijo muestra un inicio temprano de la fecundidad de los jóvenes chiapanecos, ya que 5% de ellos tuvo su primer hijo a los 16 años, una cuarta parte vivió este evento a los 20 años, y la mitad, a los 24 años. Además, 75% de estos jóvenes no había ingresado a la maternidad o paternidad a los 29 años.

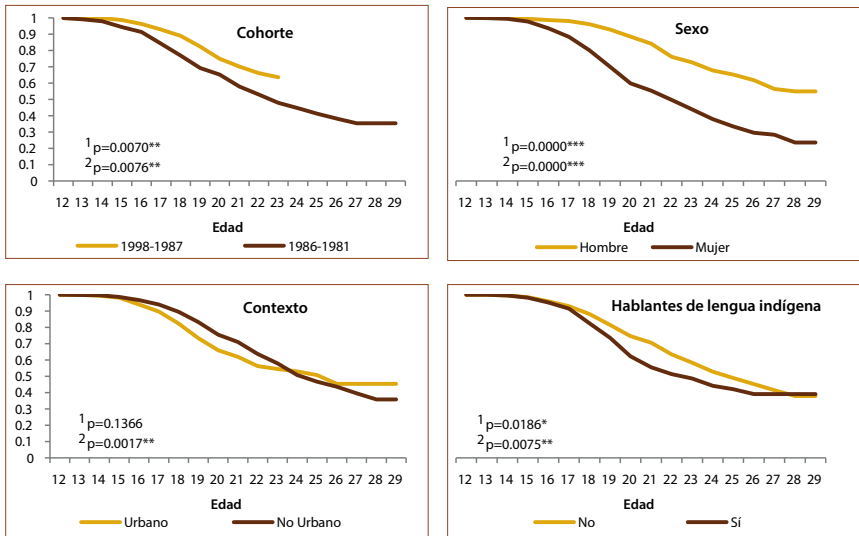
Los resultados obtenidos de las pruebas Log-Rank y Wilcoxon rechazan la hipótesis de la equidad para las curvas de supervivencia por cohorte, sexo y condición étnica en lo relativo al inicio de la maternidad o paternidad; mientras que se acepta la hipótesis para el contexto de residencia, por lo que la diferencia en el calendario al momento de tener el primer hijo para los jóvenes urbanos y no urbanos no fue significativa en la prueba Wilcoxon ($p < 0.05$, véase la gráfica 11.3).

Se observa un retraso de la fecundidad en la cohorte más joven y un adelanto en el calendario al momento de tener el primer hijo a medida que los jóvenes avanzan en su ciclo de vida (véase la gráfica 11.3). Por una parte, 5% de los jóvenes de las dos cohortes tuvo su primer hijo a los 16 años, y por la otra, una cuarta parte de los miembros de la cohorte más joven presentó un retraso de un año en la edad al momento de tener el primer hijo en comparación con los de la cohorte más antigua: 19 y 20 años respectivamente.

Las mujeres tienen una entrada a la vida reproductiva más precoz que los hombres. En la gráfica 11.3 se aprecia una brecha de tres años de adelanto de las mujeres en comparación con los hombres en este evento; 5% de ellas habían tenido su primer hijo a los 15 años, la mitad a los 22 años y tres cuartas partes a los 28 años, mientras que 5% de los varones lo tuvo a los 18 años, la mitad a los 22 años y 75% todavía no había experimentado aún el evento a los 29 años.

Gráfica 11.3

Chiapas: edad a la que 5, 25, 50 y 75% de los jóvenes tuvieron su primer hijo(a) en pareja según la cohorte, sexo, contexto y condición étnica, 2010



¹p = Test Log-Rank; ²p = Test Wilcoxon. *p<.05; **p<.01; ***p<.001.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Los jóvenes hablantes de lengua indígena muestran una entrada a la vida reproductiva más temprana que los no indígenas, con una diferencia de un año. Una cuarta parte de los jóvenes indígenas había tenido su primer hijo a los 19 años, mientras que la misma proporción de no indígenas lo había tenido un año después. Por su parte, la mitad de los jóvenes hablantes de lengua indígena tuvo su primer hijo a los 23 años, mientras que los no indígenas lo hicieron a los 24 años.

Los cambios más importantes vividos por los jóvenes chiapanecos analizados en este estudio estuvieron relacionados con un ligero retraso en la edad de entrada a la primera relación sexual, el primer matrimonio o unión en pareja y el primer hijo entre los miembros de la cohorte más joven (1987-1998). Además, se observa una clara diferenciación en los calendarios de entrada en los tres eventos examinados, por sexo y condición étnica, que se reflejó en una entrada más precoz a la sexualidad, al matrimonio y a la reproducción de las mujeres y de los jóvenes

hablantes de lengua indígena. Un hecho destacable es que no se encontraron evidencias de una diferencia en los calendarios entre los contextos de residencia urbano y no urbano.

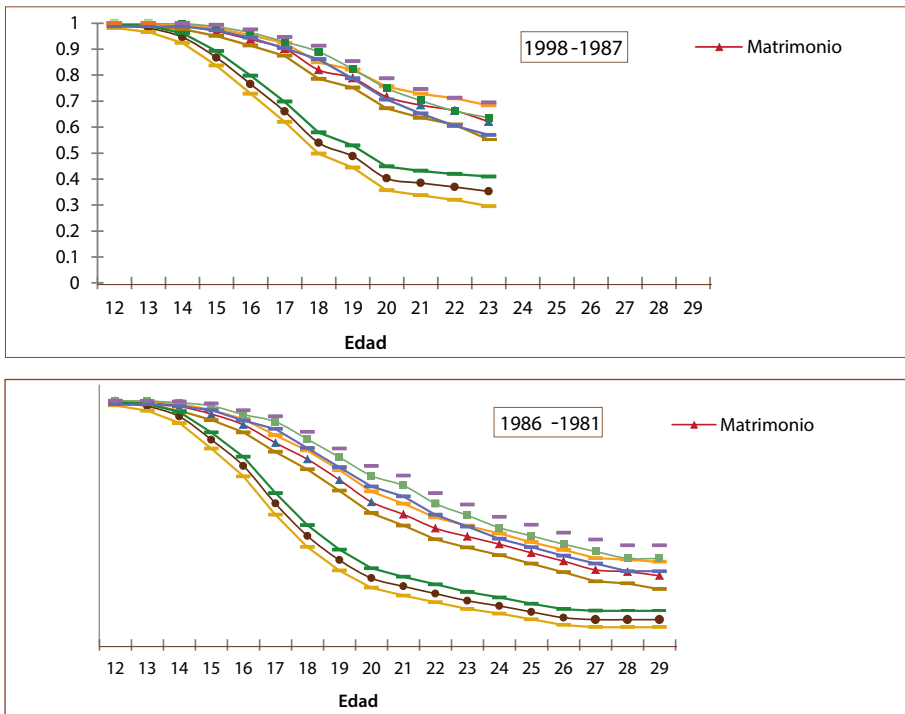
Secuencia de calendarios de los eventos

Además de determinar el calendario de los jóvenes que experimentaron cada evento a edades particulares, es importante considerar las relaciones entre estos eventos. En las gráficas 11.4 a 11.6 se muestra la secuencia de eventos por cohorte, sexo y condición étnica. No se consideró el contexto de residencia porque no resultó significativo en ninguna de las pruebas de diferencias de edad a la primera relación sexual, la unión en pareja y el nacimiento del primer hijo. También se grafica el intervalo de confianza de la función de supervivencia.

En la gráfica 11.4 se observan las curvas de sobrevivencia suavizadas para las dos cohortes de nacimiento de los jóvenes chiapanecos: una más joven, que agrupa a los nacidos entre 1987 y 1998, y otra más antigua, cuyos años de nacimiento oscilan entre 1981 y 1986. En ambas cohortes la curva de la iniciación sexual y la del matrimonio o la unión se alejan en las edades más avanzadas, en tanto que las curvas del matrimonio y el primer hijo están más estrechamente relacionadas en el caso de la cohorte más joven que en el de la más antigua. Por la cercanía del calendario entre la primera unión en pareja y el primer hijo en ambas cohortes, es posible que ocurriese antes el nacimiento del primer hijo que el matrimonio o unión en pareja, patrón vigente en todas las edades.

Las curvas muestran además una clara diferencia por sexo en la secuencia del calendario entre el inicio de la actividad sexual, el matrimonio y el primer hijo (véase la gráfica 11.5). Mientras que para los hombres la primera relación sexual está desconectada del matrimonio y del inicio de la paternidad, para las mujeres se observa que los tres eventos ocurren en un menor lapso. Esta secuencia responde a un patrón normalizado en el que existe una mayor permisividad, e incluso obligatoriedad, hacia la sexualidad temprana para los hombres que para las mujeres.

Gráfica 11.4
Chiapas: secuencia del calendario de los eventos por cohorte de nacimiento, 2010

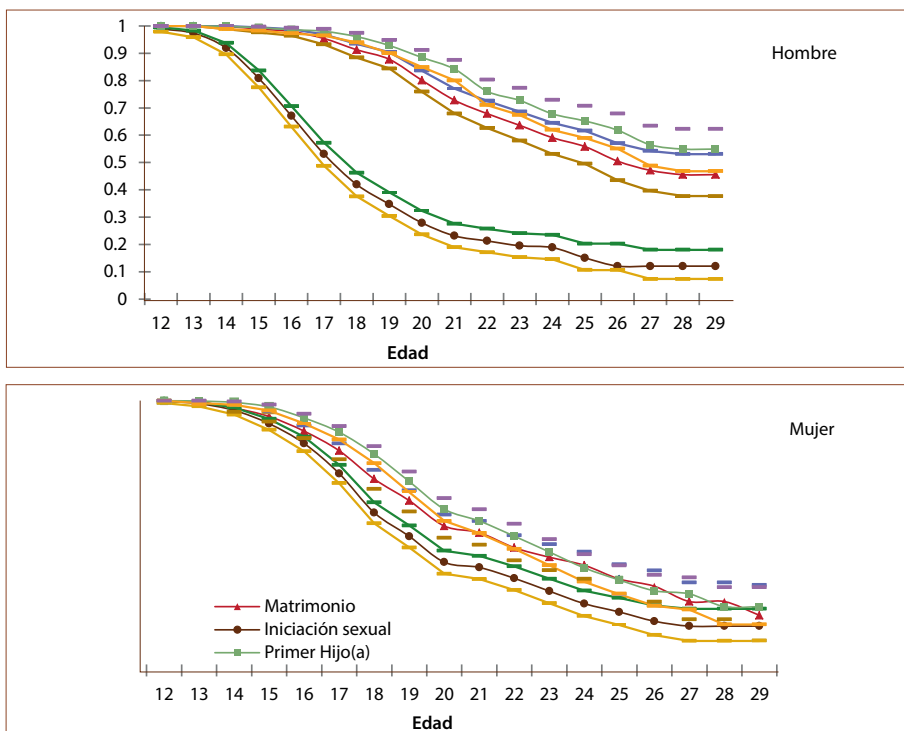


Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En el caso de las mujeres, la curva del matrimonio y la del nacimiento del primer hijo están más estrechamente vinculadas que la secuencia seguida por los hombres. Incluso en algunas mujeres que pospusieron estos eventos hasta entre los 24 y los 26 años se observa una alteración de la secuencia del calendario, ya que ocurrió el nacimiento del primer hijo antes que el matrimonio o la unión en pareja.

Para los no hablantes de lengua indígena, el ingreso al matrimonio o la unión y el nacimiento del primer hijo están más relacionados, sobre todo en las edades más avanzadas dentro de la etapa de la juventud, en contraste con las curvas de la iniciación sexual. Esto muestra que el evento de la unión en pareja y el primer hijo están desconectados del comienzo de la actividad sexual. Además, las curvas de estos tres eventos muestran

Gráfica 11.5
Chiapas: secuencia de calendarios de los eventos por sexo, 2010



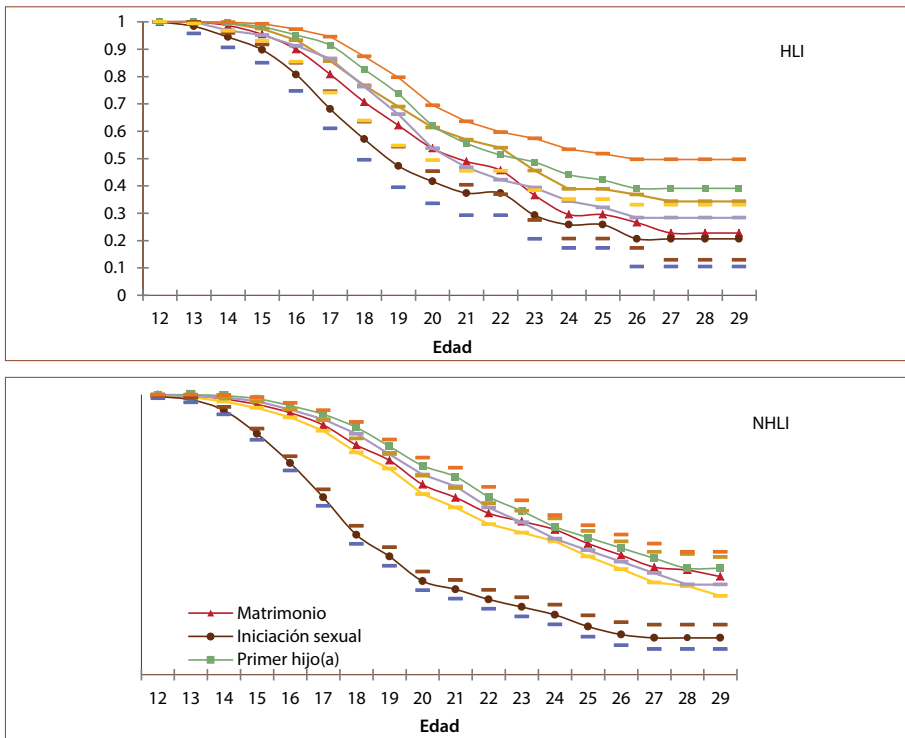
Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

un patrón diferente en su caso (véase la gráfica 11.6). Entre los jóvenes indígenas no se puede definir ningún patrón, debido al cruce de la secuencia del calendario de los tres eventos a lo largo de todas las edades.

Riesgos proporcionales con el modelo de Cox

Con el fin de profundizar en el análisis y determinar cómo los acontecimientos varían según los factores identificados por estudios previos en otros contextos geográficos, empleamos modelos de riesgos proporcionales de Cox para determinar el riesgo de sufrir un evento en cada edad; se construyen tres modelos que corresponden a los tres eventos analizados

Gráfica 11.6
Chiapas: secuencia de los calendarios de eventos por condición étnica, 2010



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

e incluyen a todos los jóvenes, se hayan iniciado sexualmente o no, y se incluyeron cohorte de nacimiento, sexo, contexto, la condición étnica, así como las variables de religión, asistencia escolar y estrato socioeconómico. En el cuadro 11.1 se muestran las estadísticas descriptivas.

Tanto la cohorte más joven como la de mayor edad se encuentran ligeramente desequilibradas en cuanto a la proporción de mujeres y hombres; en ambas existe una mayor presencia de mujeres que hombres. Casi un tercio de los jóvenes residen en localidades no urbanas en ambas cohortes. La proporción de jóvenes hablantes de lengua indígena es ligeramente mayor en la cohorte de mayor edad en comparación con la cohorte más joven, 15.8 y 17.3% respectivamente.

Cuadro 11.1
Chiapas: estadísticas descriptivas por cohorte de nacimiento
y variables analizadas (porcentajes), 2010

	Cohorte de nacimiento	
	1998-1987 (N =571)	1986-1981 (N =475)
Sexo		
Mujer	55.9	55.6
Hombre	44.1	44.4
Contexto		
No urbano	29.2	32.0
Urbano	70.8	68.0
Condición étnica		
Sí	15.8	17.3
No	84.2	82.7
Religión		
Católica	69.5	68.0
Protestante	19.6	23.6
Ninguna	10.9	7.8
Asistencia escolar		
Sí	43.6	9.3
No	56.4	90.7
Estrato socioeconómico		
Muy bajo	27.0	29.1
Bajo	33.3	32.8
Medio	21.8	21.1
Alto	17.9	17.1
Eventos (edad media)		
Iniciación sexual	18.1	18.9
Matrimonio	19.4	20.9
Primer nacimiento	19.6	22.8

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

El porcentaje de jóvenes chiapanecos protestantes es más alto en la cohorte de mayor edad, mientras que el porcentaje de los jóvenes que no se adscriben a ninguna religión es mayor en la cohorte más joven. Casi siete de cada diez jóvenes de ambas cohortes de nacimiento se identificaron como católicos. La cohorte más joven registra la mayor proporción de miembros que asiste a la escuela, que asciende a 43.6%; ambas cohortes

presentan una distribución similar respecto de los estratos socioeconómicos: seis de cada diez jóvenes se ubicaron en el estrato muy bajo y bajo, dos de cada diez en el estrato medio y menos de dos de cada diez en el estrato alto.

En el caso de la cohorte 1981-1986, la edad promedio de la iniciación sexual, la primera unión y el matrimonio registra una brecha de casi dos años entre cada uno de los eventos; mientras que en la cohorte más joven (1987-1998) la brecha es más estrecha, de casi un año.

En el cuadro 11.2 se muestran los resultados de las regresiones de los riesgos proporcionales de Cox para los eventos de la iniciación sexual, el matrimonio y el nacimiento del primer hijo. Todos los modelos se controlaron por la cohorte de nacimiento. La cohorte de mayor edad incluye a los jóvenes de 24 a 29 años nacidos entre 1981 y 1986, por lo que tiene una distribución más adelantada de los eventos. La cohorte de menor edad, que incluye a los jóvenes de 18 a 23 años nacidos entre 1987 y 1998 al momento de la entrevista, tiene, en consecuencia, una distribución posterior de los acontecimientos, debido a un mayor grado de censura.

La cohorte de 1981-1986 tiene un riesgo mayor de experimentar cada uno de los tres eventos en comparación con la cohorte más joven, riesgo que aumenta en el caso del primer nacimiento y disminuye para el matrimonio y la iniciación sexual. De manera general, se observa un retraso del primer nacimiento y del matrimonio o la unión en la cohorte 1987-1998, que es la más joven.

El impacto del sexo es fuerte y significativo en todos los modelos, aunque el riesgo muestra un efecto diferente para cada evento, ya que para las mujeres el riesgo de experimentar la iniciación sexual es menor que para los hombres; mientras que el de matrimonio y de tener el primer hijo antes de los 29 años de edad es mayor que el de ellos.

El efecto de la residencia no urbana está mediado por la inclusión de la variable de asistencia escolar, ya que al considerar la escolaridad se incrementa el impacto del contexto de residencia en la iniciación sexual, el matrimonio y el primer nacimiento. Los jóvenes que residen en espacios no urbanos tienen un riesgo que oscila entre 17 y 41% más alto que los jóvenes urbanos en el modelo 3, para cada evento.

Cuadro 11.2

Chiapas: modelos de riesgos proporcionales Cox (riesgo relativo) para la iniciación sexual, primer matrimonio o unión en pareja y primer nacimiento, según distintas variables, 2010

	Iniciación sexual			Primer matrimonio			Primer nacimiento		
	1	2	3	1	2	3	1	2	3
Cohorte 1998-1987 1986-1981	1.52*** (0.072)	1.29*** (0.063)	1.27*** (0.063)	6.08*** (1.978)	3.70*** (1.195)	3.85*** (1.250)	5.95*** (2.037)	3.62*** (1.240)	3.81*** (1.299)
Sexo									
Hombre	0.791*** (0.036)	0.758*** (0.033)	0.761*** (0.033)	1.78*** (0.140)	1.63*** (0.121)	1.67*** (0.124)	2.21*** (0.202)	2.03*** (0.178)	2.08*** (0.182)
Mujer									
Contexto									
Urbano	1.19** (0.077)	1.24*** (0.078)	1.21** (0.078)	1.11 (0.108)	1.24** (0.113)	1.35*** (0.122)	1.005 (0.101)	1.11 (0.106)	1.24** (0.119)
No urbano									
Condición étnica									
Sí	0.977 (0.078)	0.930 (0.072)	0.947 (0.077)	1.52*** (0.152)	1.38*** (0.128)	1.21** (0.117)	1.21 (0.139)	1.10 (0.119)	0.962 (0.107)
No									
Religión									
Católica		1.02 (0.053)	1.03 (0.055)		1.05 (0.078)	1.02 (0.076)		1.02 (0.084)	0.981 (0.080)
Protestante		1.12 (0.072)	1.12 (0.072)		1.09 (0.116)	1.06 (0.110)		1.12 (0.125)	1.07 (0.117)
Ninguna									
Asistencia escolar									
Sí		0.593*** (0.044)	0.580*** (0.044)		0.164*** (0.033)	0.175*** (0.035)		0.176*** (0.037)	0.191*** (0.040)
No									
Estrato									
Muy Bajo			1.03 (0.062)			0.828** (0.066)			0.829** (0.071)
Bajo			1.00 (0.072)			0.632*** (0.071)			0.598*** (0.071)
Medio			1.18** (0.081)			0.682*** (0.081)			0.583*** (0.082)
Alto									
Log pseudo likelihood	-3086.872	-3072.7355	-3071.1583	-2184.6332	-2124.3142	-2118.8616	-2002.3739	-1952.6426	-1945.3024
Wald chi ² (10)	113.56	181.35	194.1	110.79	173.09	189.52	117.36	174.7	204.49
Prob > chi ²	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000

*p<.05; **p<.01; ***p<.001.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

La condición étnica se asocia con un alto riesgo de experimentar la primera unión en pareja tempranamente, aunque esta variable se hace insignificante en los eventos de la iniciación sexual y el primer nacimiento.

La religión, sin embargo, no muestra un efecto significativo en ninguno de los eventos observados ni en los modelos aplicados. El impacto de la educación en la disminución del riesgo de experimentar un evento es altamente significativo y es mayor para el primer matrimonio y el nacimiento del primer hijo que para la iniciación sexual.

Estar en la escuela está asociado con un muy bajo riesgo de experimentar alguno de los tres eventos. La magnitud del riesgo aumenta a través de los acontecimientos (de 0.580 a 0.175 y 0.191), desde la iniciación sexual a la primera unión en pareja y al primer hijo.

El estrato socioeconómico se asocia con un bajo riesgo de experimentar una primera unión en pareja o un primer nacimiento, aunque no muestra un efecto significativo sobre la iniciación sexual. Los jóvenes de los estratos bajo, medio y alto experimentan una progresión significativa de retraso temporal del matrimonio y del primer hijo en comparación con los del estrato socioeconómico muy bajo.

Conclusión

El calendario de la iniciación sexual, la primera unión en pareja y el primer hijo parecen estar cambiando en Chiapas durante los últimos años. El riesgo de experimentar estos tres eventos vitales parece haberse retrasado de manera significativa en las cohortes más jóvenes. Además, sobresale un calendario claramente distinto según el género, con una iniciación sexual más tardía en el caso de las mujeres, pero con una unión en pareja más precoz y una edad menor al momento de tener el primer hijo que los hombres. No se apreciaron diferencias significativas en el calendario del matrimonio y el primer hijo según el contexto de residencia, urbano o no urbano. También se observó que los jóvenes indígenas se inician sexualmente más tarde, pero forman una unión en pareja y experimentan la maternidad o la paternidad antes que los no indígenas,

los jóvenes que residen en contextos urbanos y los que viven en zonas no urbanas.

Este estudio corrobora la existencia de cambios en la secuenciación del calendario de relaciones entre los eventos de la iniciación sexual, el matrimonio y la tenencia del primer hijo según el género y la condición étnica. De tal manera, y al contrario de lo que se esperaba, se observa una secuencia del calendario en la que la iniciación sexual precede al matrimonio y al nacimiento del primer hijo, lo que muestra un rompimiento de la secuencia normativa, particularmente entre los hombres y los jóvenes no hablantes de alguna lengua indígena.

Pareciera que la iniciación sexual es un requisito previo al matrimonio o la unión en pareja; sin embargo, en algunos casos, después de esta iniciación puede ocurrir un embarazo antes de la formación de la unión, sobre todo si la práctica sexual se realizó sin adoptar algún método anti-conceptivo.

Se comprobó la hipótesis según la cual la educación tiene un efecto en la postergación de los eventos analizados para los jóvenes que aún asisten a la escuela. De acuerdo con los resultados, la asistencia escolar redujo significativamente el riesgo de experimentar los tres eventos. La magnitud de la disminución del riesgo fue mayor en la iniciación sexual, seguida por el primer parto y la primera unión en pareja.

La adición de la asistencia escolar en el modelo 2 modificó el riesgo de la cohorte de nacimiento, aunque la variable de escolaridad es relativamente simple, por lo que un análisis más detallado del nivel de escolaridad alcanzado mediante el uso de datos longitudinales permitiría un mejor examen del efecto de esta variable. Pese a lo anterior, la asistencia escolar apunta a una fuerte relación negativa con el experimentar la iniciación sexual, el primer matrimonio y el primer nacimiento en cada edad en los jóvenes chiapanecos.

Además, el análisis apoyó parcialmente la hipótesis sobre la relación entre el lugar de residencia y la condición étnica con la ocurrencia de los eventos estudiados. La residencia no urbana resultó significativa y consistente con un mayor riesgo de experimentar la iniciación sexual, el matrimonio y el nacimiento del primer hijo sólo al introducir las variables de

escolaridad y estrato social en el modelo. Los cocientes de riesgo aumentaron cuando se añadió el control de la asistencia escolar, y se volvieron a incrementar al agregar la variable estrato socioeconómico.

La condición étnica sólo resultó significativa para el evento del matrimonio, es decir, los jóvenes hablantes de alguna lengua indígena presentan un mayor riesgo de experimentar la primera unión en pareja en comparación con los no indígenas. Al contrario de lo esperado, la condición étnica no fue significativa para la iniciación sexual ni para la primera maternidad o paternidad.

La hipótesis planteada sobre la religión, respecto a que los jóvenes más conservadores socialmente retrasan los eventos considerados, resultó rechazada mediante el ejercicio realizado. Los modelos no mostraron un efecto sobre el riesgo de experimentar los eventos entre los jóvenes católicos, los protestantes y los que no tienen filiación religiosa.

Asimismo, se corroboró parcialmente la hipótesis sobre el estrato socioeconómico, ya que esta variable no resultó significativa para la iniciación sexual, pero fue altamente significativa para el matrimonio y el primer nacimiento. Los jóvenes que se ubican en los estratos socioeconómicos más altos presentaron una mayor propensión a retrasar el matrimonio o la unión y el nacimiento del primer hijo en comparación con los pertenecientes a los estratos medio, bajo y muy bajo, en ese orden de importancia.

Referencias bibliográficas

- Allison, Paul D. (1982), "Discrete-Time Methods for the Analysis of Event Histories", *Sociological Methodology*, vol. 13, pp. 61-98.
- Ávila, María de Jesús (2012), "Situación de los jóvenes en Chiapas", *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, México, Imjuve, CRIM.
- Ayús, Ramfís, Adriana García, Armando Hernández y Esperanza Tuñón (2005), "El género implicado. Análisis de narraciones sobre sexualidad coital entre jóvenes de la frontera sur México", en Ángeles, Hugo, Laura Huicochea, Antonio Saldívar y Esperanza Tuñón,

- (comps.), *Actores y realidades en la frontera sur de México*, San Cristobal de las Casas, El Colegio de la Frontera Sur, Consejo Estatal de Población, pp. 14-49.
- Blanc, Ann y Ann Way (1998), "Sexual Behavior and Contraceptive Knowledge and Use among Adolescents in Developing Countries", *Studies in Family Planning*, vol. 29, núm. 2, pp. 106-116.
- Bozon, Michel, Cecilia Gayet y Jaime Barrientos (2009), "A Life Course Approach to Patterns and Trends in Modern Latin American Sexual Behavior", *Journal of AIDS*, vol. 51, núm. 1, pp. 4-12.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social [Coneval] (2010), *La pobreza en los municipios*, México, Coneval.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Julieta Pérez Amador (2004), "El tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, pp. 43-77.
- Evangelista, Angélica y Edith Kauffer (2007), "Jóvenes y VIH/sida: contextos de vulnerabilidad en comunidades de la región fronteriza de Chiapas", en Tinoco, Rolando, María Martínez y Angélica Evangelista (comps.), *Compartiendo saberes sobre el VIH/sida en Chiapas*, México, CISC-ISECH-COESPO-UNFPA-ECOSUR.
- y Edith Kauffer (2009), "Iniciación sexual y conyugal entre los jóvenes de tres municipios de la región fronteriza de Chiapas", *La Ventana*, vol. 4, núm. 30, pp. 181-221.
- , Rolando Tinoco y Esperanza Tuñón (2010), "Investigación social sobre la juventud en el sureste de México", *Revista Diario de Campo*, vol. 56, pp. 69-79.
- Hosmer, David, Stanley Lemeshow y Susanne May (1999), *Applied Survival Analysis: Regression Modeling of Time to Event Data*, Nueva York, John Wiley and Sons.
- Jáuregui, José Alfredo y María de Jesús Ávila (2002), *Las y los jóvenes en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Consejo Estatal de Población.
- (2007), "Estados Unidos, lugar de destino para los migrantes chiapanecos", *Migraciones Internacionales*, vol. 4, núm. 1, pp. 5-38.

- Juárez, Fátima, José Luis Palma, Susheela Singh y Akinrinola Bankole (2010), *Las necesidades de salud sexual y reproductiva de las adolescentes en México: reto y oportunidades*, México, Guttmacher Institute, El Colegio de México.
- Menkes, Catherine y Leticia Suárez (2004), “Prácticas sexuales y reproductivas de los jóvenes mexicanos”, en Navarrete, Emma (comp.), *Los jóvenes ante el siglo XXI*, Toluca, El Colegio Mexiquense.
- Mier y Terán, Marta (2011), “La fecundidad en México en las últimas dos décadas: un análisis de la información censal”, *Coyuntura Demográfica*, vol. 1, pp.57-61, <http://www.somede.org/coyuntura-demografica/numero1/#/58/>.
- Parrado, Emilio y René Zenteno (2005), “Entrada en unión de hombres y mujeres en México: perspectiva de los mercados matrimoniales”, en Coubès, Marie Laure, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno (comps.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Petersen, Trond (1991), “The Statistical Analysis of Event. Histories”, *Sociological Methods and Research*, núm. 19, pp. 270-323.
- Reartes, Diana (2011), “Género, etnia y generación en la prevención e interrupción de embarazos en jóvenes estudiantes hablantes de lenguas mayas migrantes a San Cristóbal de las Casas, Chiapas (México)”, *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 33, enero-julio, pp. 71-92.
- Rojas, Olga y Castrejón, José Luis (2008), “Género e iniciación sexual en México”, trabajo presentado en la IX Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Mérida, del 8 al 11 de octubre.
- Sandfordt, Theo, Mark Orr, Jennifer Hirsch y John Santelli (2008), “Long-Term Health Correlates of Timing of Sexual Debut: Results from a National US Study”, *American Journal of Public Health*, vol. 98, núm. 1, pp. 155-161.
- Schkolnik, Susana y Juan Chackiel (2004), “Los sectores rezagados en la transición de la fecundidad en América Latina”, *Revista de la CEPAL*, vol. 83, pp. 13-31.
- Tinoco, Rolando (2009), “Sexualidad y salud reproductiva en los progra-

- mas de educación y comunicación con pueblos indígenas”, Foro nacional Las políticas de población en México, Programa Nacional de Población 2008–2012. Debates y propuestas, Centro de Investigaciones en Salud de Comitán.
- Tuirán, Rodolfo (1999), “Dominio institucional y trayectoria de vida en México”, *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos*, México, El Colegio de México.
- Tuñón, Esperanza y Austreberta Nazar (2004), “Pobreza y embarazo adolescente en Chiapas”, en Lozano Ascencio, Fernando (comp.), *El amanecer del siglo y la población mexicana. VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, Cuernavaca, CRIM-UNAM.
- Van Roode, Thea, Nigel Dickson, Katrina Sharples y Paul Charlotte (2012), “Patterns of Sexual Partnering and Reproductive History: Associations with Timing of First Birth in a Birth Cohort”, *Perspectives on Sexual and Reproductive Health*, vol. 44, núm. 1, pp. 48-56.
- Vargas, Eunice, Georgina Martínez y Joseph Potter (2010), “Religión e iniciación sexual premarital en México”, *Revista Latinoamericana de Población*, enero-diciembre, pp. 7-30.
- Villagómez, Paloma, Doroteo Mendoza y Jorge Valencia (2011), *Perfiles de salud reproductiva. Chiapas*, México, Conapo.
- Villers, Roberto (2003), *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000. Chiapas*, México, Imjuve.
- Welti, Carlos (2000), “Análisis demográfico de la fecundidad adolescente en México”, *Papeles de Población*, vol. 6, núm. 26, pp. 43-87.

Capítulo 12

¿Qué tan diferentes son los jóvenes urbanos de los no urbanos en el trabajo y en la vida sexual?

Ana María Chávez Galindo*

amcg@unam.mx

Teresita Ruiz Pantoja*

teruizp@correo.crim.unam.mx

Introducción

La palabra *jóvenes* nos remite a distintas realidades históricas, sociales, culturales y políticas, e igualmente describe la trascendencia demográfica de esta población, cuyo peso relativo en la estructura por edades en México es importante.¹

Sin embargo, los expertos en juventud reiteran la necesidad de comprender que cuando se habla de jóvenes, no debe hacerse como si se tratara de un grupo homogéneo de personas que comparten el rasgo de la edad, ya que “ser joven” puede significar algo distinto en cada contexto sociocultural e histórico, y cada juventud vive una realidad distinta en su contexto específico (Lechner, 2004, p. 13). Bourdieu (1990) advertía la necesidad de trascender la visión biologicista de la juventud para entenderla en sus complejas y variadas dimensiones socioculturales.

La categoría *juventud* al igual que las de *género*, *clase* y *etnia* no son neutras, porque determinan ciertas dimensiones de desigualdad y han

* Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.

¹ En México, en el año 2000, de los más de 97 millones de habitantes, 61.4% tenía menos de 30 años, y los jóvenes de 12 a 29 años de edad representaron 34.5% de la población total del país. El Censo de Población y Vivienda 2010, por su parte, reveló que la proporción de menores de 30 años pasó a 55.4% y constituyó 32.2% en el grupo de 12 a 29 años.

sido utilizadas para normar relaciones jerárquicas (Urteaga, 2010, citado en Chávez y Lemus, 2013, p. 53). Estas categorías, en tanto construcciones socioculturales, permiten convertir las diferencias de edad, sexo, ingreso o grupo étnico en desigualdades a través de sistemas de diferenciación y subordinación. La palabra juventud es un término vacío si no se entiende el contexto histórico-cultural de cada “juventud” y asumimos que los cortes etarios² para estudiar a la juventud son “operaciones clasificatorias” que permiten concretizar los datos y no quedarse en un lugar de especulaciones abstractas sin contenido (Reguillo, citada en Suárez, 2005, p. 10).

En general, la juventud se ha identificado como una fase de la vida de cada persona, que se encuentra comprendida entre la pubertad y la llegada a la etapa adulta; corresponde a una etapa en la vida de los individuos llamada “la etapa formativa para la vida adulta”; constituye la etapa intermedia entre la niñez y la mayoría de edad. Es cuando se presentan los principales cambios físicos y psicosociales del futuro adulto. Comprende cambios tan importantes como la culminación de estudios, el inicio de la vida laboral, la salida del hogar paterno para la formación de su propio hogar solo o en pareja, y tener el primer hijo (Aparicio, Mattei y Tuirán, 1998, p. 96).

² Los rangos de edad para determinar a la población joven varían según la institución u organismo. Por ejemplo, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en sus estudios, define como jóvenes a quienes tienen entre 14 y 25 años; la Organización de las Naciones Unidas (ONU), por su parte, determinó que aquéllos cuya edad oscila entre los 15 y 24 años constituyen a la juventud, aunque para las Asambleas Generales de la organización convoca a delegados juveniles de 18 a 24 años; en México, el Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve) considera a las personas de 12 a 29 años como su población de estudio; para el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), son jóvenes quienes tienen entre 15 y 29 años de edad. En este estudio utilizaremos el rango de edad establecido por el Imjuve, y en lo referente a las características económicas, utilizaremos el rango de 14 a 29 años de edad, tal como se presenta la información en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) realizada por el Inegi.

Durante esta etapa cobra gran importancia el núcleo familiar que rodea a los jóvenes, ya que en él están las bases, valores y conductas sociales que los acompañarán en el futuro, al igual que el patrimonio material de subsistencia y de capital humano, así como redes de contactos y grupos de pertenencia. No obstante, existen estructuras y dinámicas familiares con distintos grados de conflicto y enfrentamiento, lo que significa que no todas las familias conviven armónicamente y que, en algunos casos, surgen nuevos arreglos familiares que pueden llegar a afectar la estabilidad emocional y económica de los jóvenes (Rodríguez, 2001).

Aunado a las distintas situaciones por las que transitan, los jóvenes en la actualidad enfrentan un panorama incierto por la persistencia de las crisis económica, política y social y la creciente precariedad que produce una ausencia de respuesta a sus aspiraciones, anhelos o perspectivas educativas, laborales o culturales; situación que los lleva a mostrar apatía, desilusión, frustración y los vuelve cada vez más vulnerables (Chávez y Lemus, 2013). Aunque cabe mencionar que lo que ocurre en el mundo juvenil no es homogéneo. No sucede lo mismo entre los jóvenes de las ciudades que los del medio rural, entre los indígenas o los no indígenas, entre los hombres o las mujeres, en los jóvenes de estratos socioeconómicos altos o en los de estratos bajos; de ahí la necesidad de analizar la especificidad de cada subgrupo de jóvenes para poder comprender su situación, sus posturas, sus expectativas y poder formular propuestas de políticas públicas particulares.

Decíamos que de los 12 a los 29 años ocurren los hechos más importantes en los jóvenes por la transición que experimentan hacia la vida adulta. Se establecen las bases de lo que será su proyecto de vida: el desarrollo sexual y con éste, la capacidad reproductiva, el inicio de la vida sexual y el riesgo de la llegada del primer hijo o de adquirir enfermedades de transmisión sexual; la salida de la escuela y el inicio de la vida laboral, la emancipación de los padres o la formación de una nueva familia.

En lo que se refiere a la iniciación de la vida sexual, los trabajos de Espinosa y Anzures (2001) y García *et al.* (2010) han detectado que la edad promedio del inicio sexual sucede alrededor de los 15 años. García, por su parte, comenta que los varones inician esta actividad antes que

las mujeres, tienen más parejas ocasionales y corren más riesgos que las chicas. Por otra parte, Espinosa y Anzures señalan como razones de una actividad sexual precoz, entre otras, el inicio temprano de la pubertad, el abuso sexual, la carencia de soporte o afecto paterno, un bajo desempeño escolar, pobreza, participación en actividades de alto riesgo o enfermedades mentales; en cambio, la iniciación tardía puede explicarse por el énfasis en la abstinencia, la constancia y firmeza en la disciplina paterna, el alto desempeño académico, la asistencia regular a sitios de creencia religiosa o la aspiración de metas superiores en la vida. Ballinas *et al.* (2015, p. 254) argumentan que:

mientras para las mujeres el inicio de las relaciones sexuales se asocia a un proyecto de vida vinculado al matrimonio y a la maternidad, en el caso de los varones la iniciación sexual responde más bien a un necesario reconocimiento de la masculinidad por sus pares y a una muestra de la propia virilidad que no se relaciona directamente con el proyecto de vida a futuro.

Las autoras, a partir de un estudio entre jóvenes chiapanecos de 15 a 24 años, encontraron que a mayor grado de marginación, mayor proporción de jóvenes sexualmente activos; y respecto a la relación sexualidad-educación, señalan que las mujeres que han tenido relaciones sexuales tienen casi tres veces más probabilidad que los hombres de no asistir a la escuela; en cuanto al uso de métodos anticonceptivos en la primera relación sexual, destacan el incremento del uso de pastillas anticonceptivas (hormonales orales) conforme disminuye el grado de marginación y observan una tendencia descendente en la ocurrencia de embarazos a temprana edad a menor grado de marginación.

Tuñón y Nazar (2004), en un estudio realizado en adolescentes solteros del sureste de México, encontraron que la escolaridad tiene un mayor efecto en la edad de inicio de las relaciones sexuales entre las mujeres que entre los varones, y que, para ambos sexos, la escolaridad resulta significativa en las uniones tempranas y el uso de métodos anticonceptivos.

En lo relativo al uso de métodos anticonceptivos, los más usados durante la adolescencia son el preservativo masculino, la anticoncepción

hormonal y la anticoncepción de emergencia; sin embargo, no todos los jóvenes se declaran como usuarios. Algunos investigadores (García *et al.*, 2006; Fétis *et al.* 2008; Vilchis, Lucio y Olivos, 2014; Torruco, Domínguez y Aguilar, 2000) identifican que la ausencia de prácticas contraceptivas se ha explicado por su reivindicación de libertad y espontaneidad en las relaciones sexuales, mala percepción del riesgo e ilusión de omnipotencia, miedo a que el uso de métodos anticonceptivos pueda tener efectos negativos sobre la relación afectiva, miedo a decepcionar al compañero o a que disminuya el placer (Maceiras, Barrios y Andorrá, 1992). Estos autores indican que los jóvenes constituyen un sector vulnerable debido a la utilización tardía de los métodos anticonceptivos una vez iniciada la actividad sexual coital; hecho explicado porque las relaciones sexuales en la adolescencia, al principio, suelen ser inestables, no frecuentes e imprevisibles. Los jóvenes han de superar toda una serie de obstáculos internos y externos a ellos para enfrentarse de forma positiva a la sexualidad y a la anticoncepción.

Respecto a la situación laboral de los jóvenes, el estrato económico de pertenencia y la vulnerabilidad social de su entorno familiar son elementos importantes que pueden llevarlos a tener que trabajar, aun en edades muy tempranas.

Las pautas de crianza y socialización al interior de las familias, así como el rol y lugar que ocupan los hombres y mujeres en las distintas sociedades y grupos étnicos, son aspectos culturales e identitarios que afectan el tipo de tareas y responsabilidades que asumen, estableciendo muchas veces delgados límites entre aquello que es propio de la colaboración al interior de las familias o de la transmisión cultural de roles y funciones, y lo que es propiamente trabajo y que por tanto, afecta negativamente el pleno desarrollo o el ejercicio pleno y libre de su derecho a la educación, a jugar y a recrearse (Román y Murillo, 2013, p. 2).

Es ampliamente conocido que el trabajo fuera del hogar que desarrollan niños y adolescentes es un factor que incide negativamente en su acceso a la educación, en el rendimiento escolar y en su calidad de

vida al tener que efectuar simultáneamente diversas tareas, algunas de las cuales los dejan expuestos a situaciones de riesgo y los privan de actividades propias de su edad. Frente a tal panorama, no es de extrañar el alto índice de reprobación y deserción escolar en estos niños y jóvenes, con resultados desfavorables en sus ingresos ante los empleos precarios a los cuales pueden acceder. El estudio que realizan Román y Murillo (2013) sobre trabajo de jóvenes, con base en datos del Segundo Estudio Regional Comparativo y Explicativo de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) de 2008, muestra que es mayor la probabilidad de trabajo cuando se ubican en un nivel socioeconómico bajo, habitan en contextos rurales y sus madres tienen bajos niveles de escolaridad. También encuentran que la actividad laboral de las niñas es sobre todo en labores domésticas, mientras que los niños lo hacen fuera de casa. Esto pone en evidencia la dimensión histórica, cultural y de género del trabajo de niños y jóvenes.

Por todo ello se considera que la juventud se vive de distintas maneras en función del género, el lugar donde se vive —urbano o no urbano—, estrato socioeconómico y tipo de sociedades: tradicionales o modernas, agrarias o industrializadas, laicas o religiosas. Por lo tanto, el estudio y análisis del comportamiento de los jóvenes debe incluir distintos aspectos que resuman o reflejen esas diferencias.

El objetivo de este trabajo es mostrar las principales características sociales y demográficas asociadas a la vida sexual e inserción laboral de los jóvenes que viven en las tres grandes zonas metropolitanas de nuestro país: la Ciudad de México (ZMCM), la de Guadalajara (ZMG) y la de Monterrey (ZMM); en localidades urbanas y en localidades no urbanas;³

³ Las localidades urbanas son todas aquéllas que cuentan con 15 000 habitantes o más, también llamadas ciudades. Las localidades no urbanas son todas aquéllas que cuentan con menos de 15 000 habitantes; se incluyen así a las localidades rurales de menos de 2 500 habitantes que agrupan 23% del total de jóvenes y las propiamente no urbanas, de 2 500 a menos de 15 000 habitantes, con 13% de jóvenes. Dentro de las zonas metropolitanas están incluidas todas las localidades que conforman su división municipal, sin distinción de tamaño poblacional.

así como el efecto que tiene cada uno de estos ámbitos geográficos en dichos comportamientos. El análisis de la situación de los jóvenes tiene como eje las siguientes preguntas: ¿los jóvenes de las metrópolis o los urbanos salen más temprano del hogar familiar? ¿Tienen una mayor escolaridad? ¿Acceden más fácilmente a un empleo? ¿Inician su vida sexual a edades más tempranas? ¿Registan un mayor uso de anticonceptivos? ¿Sus características y comportamientos son diferentes aun entre los estratos sociales bajos?

Partimos del supuesto de que vivir en una metrópoli o en un medio urbano proporciona a los jóvenes una visión distinta de la vida y mejores opciones de estudio y trabajo, pero también propicia comportamientos diferentes en su curso de vida respecto a la permanencia en el hogar paterno/materno, la sexualidad o la anticoncepción, por mencionar sólo los temas que analizaremos en este capítulo. Cabe indicar que, desde hace varias décadas, las brechas en los indicadores de desarrollo entre el campo y las ciudades se han ido ampliando, lo cual ha dado como resultado un medio rural cada vez más empobrecido, donde la disponibilidad de oportunidades educativas y laborales es menor que en las localidades urbanas. Para los jóvenes rurales esas diferencias significan un futuro precario en términos laborales y de expectativas de elevar sus condiciones de vida.

Para alcanzar los objetivos de la investigación se aplicaron cuatro modelos de regresión logística explicativos distinguiendo por lugar de residencia. Las variables dependientes fueron relacionadas con las variables independientes que cumplieron con el criterio de Hosmer Lemeshow ($p < 0.25$) en el análisis bivariado. Se buscó ajustar los factores asociados a la iniciación de la vida sexual entre los 12 y los 29 años de edad, uso de algún método anticonceptivo en la primera relación sexual y uso de algún método anticonceptivo en la última relación sexual; así como a la condición laboral, calculando las razones de prevalencia de las variables independientes.

Se consideraron como factores asociados a la iniciación de la vida sexual: el sexo, la edad, la residencia con los padres, la escolaridad y el estrato de pertenencia. Como factores asociados al uso de algún método

anticonceptivo en la primera relación sexual: el sexo, la edad, la escolaridad, el estrato de pertenencia y si ésta ocurrió antes de los 16 años de edad. En el caso de uso de algún método anticonceptivo en la última relación sexual, se incluyó: el sexo, el estrato de pertenencia, tener hijos y ocurrencia de embarazo alguna vez. Finalmente, como características asociadas a la condición laboral: el sexo, la edad, la residencia con los padres, el estrato de pertenencia, asistencia a la escuela, vivir con la pareja y tener hijos.

La fuente de información que utilizamos fue la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010, que capta información sobre las características sociales y demográficas de los jóvenes mexicanos de 12 a 29 años de edad residentes en el país. Esta encuesta tiene representatividad nacional, estatal, para algunas zonas metropolitanas del país y dos ciudades fronterizas importantes, así como para los ámbitos geográficos urbano, no urbano y rural.

Algunas características generales

De acuerdo con los resultados de la ENJ 2010, en el país había un total de 36 195 663 jóvenes, de los cuales 49.7% eran mujeres. De ese total, 25% residía en las tres metrópolis consideradas; 40%, en localidades urbanas, y 34%, en no urbanas (cuadro 12.1).

El análisis de las tablas bivariadas nos permite ver que, en su mayoría, se trata de jóvenes que no han salido del seno familiar, condición estrechamente relacionada con la edad del individuo. En las localidades no urbanas, 60% residía con ambos padres; 36%, con alguno, y 4% ya no vive con ellos. En el medio urbano, las proporciones son 54, 40 y 7% respectivamente. En las tres metrópolis consideradas, 55% vive con ambos padres, 39% con alguno y 6% vive aparte de sus padres. Se aprecia así que en las metrópolis o en localidades urbanas es menor el porcentaje de jóvenes que vive con ambos padres y mayor el que vive con alguno de ellos o vive aparte, a diferencia de lo que ocurre en el medio no urbano. Esto nos muestra una mayor independencia de los jóvenes en el medio urbano y,

posiblemente, la mayor separación de parejas, por lo que una alta proporción de jóvenes vive solamente con alguno de ellos.

Por la obligatoriedad de la asistencia a la escuela, en la actualidad es muy reducido el porcentaje de jóvenes sin escolaridad, particularmente en las metrópolis (0.1%) o en localidades urbanas (0.3%). No obstante, en el medio no urbano todavía encontramos que casi 10% de los jóvenes no cuenta con escolaridad.

Según el nivel educativo, en las localidades no urbanas hay un menor porcentaje de jóvenes con estudios de preparatoria o más: 37% frente a 53% en el medio urbano o en las metrópolis. Según grupos de edad, hay diferencias significativas para los jóvenes de 24 a 29 años. En las metrópolis, 66% de los jóvenes tiene estudios de preparatoria o más, en tanto que en el resto del país, 55% se encuentra en la misma situación; es decir la distancia entre ambos grupos es de once puntos porcentuales.

En lo que toca a la condición laboral, es conocida la asociación directa que se establece entre la edad y el sexo de las personas: los hombres siempre tienen una mayor participación que las mujeres en la actividad económica. De acuerdo con la ENJ 2010, dos terceras partes de los varones de 12 a 29 años (63.9%) y un poco más de la mitad de las mujeres (54.3%) que viven en las metrópolis declararon haber trabajado alguna vez, comportamiento muy similar entre los varones en cualquier ámbito geográfico, pero no ocurre lo mismo con las mujeres, ya que en el medio no urbano tienen una menor participación económica: 42.2% frente a 54.3% en las metrópolis (cuadro 12.1).

Respecto al trabajo actual, hay variaciones según sexo y lugar de residencia: es mayor el porcentaje de varones de localidades no urbanas que labora en el momento de la entrevista que el de las metrópolis o las urbes (54 contra 50.7%); en cambio, entre las mujeres sucede lo contrario, pues el porcentaje de ocupadas al momento de la entrevista que viven en las metrópolis, es más alto que en el medio no urbano o en el urbano (31 contra 28%). Esta situación puede estar relacionada con la amplia oferta educativa y laboral del medio urbano que permite a los varones continuar sus estudios, y a las mujeres, igualmente el estudio, pero también el trabajo.

Cuadro 12.1
México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad,
según características seleccionadas, por lugar de residencia y sexo, 2010

Lugar de residencia		Total (miles)	Relativos	Sexo del entrevistado			
				HOMBRE (MILES)	RELATIVOS	MUJER (MILES)	RELATIVOS
Total		36 196	100.0	17 761	100.0	18 435	100.0
ZMCM, ZMG y ZMM 1_/		9 161	25.3	4 562	25.7	4 599	24.9
Urbano		14 640	40.4	7 192	40.5	7 448	40.4
No urbano		12 395	34.2	6 007	33.8	6 388	34.6
Escolaridad							
ZMCM, ZMG y ZMM	Ninguno	13	0.1	7	0.2	6	0.1
	Primaria	818	8.9	381	8.4	436	9.5
	Secundaria	3 485	38.0	1 715	37.6	1 769	38.5
	Preparatoria o más	4 846	52.9	2 458	53.9	2 388	51.9
Urbano	Ninguno	50	0.3	23	0.3	27	0.4
	Primaria	1 657	11.3	772	10.7	885	11.9
	Secundaria	5 110	34.9	2 432	33.8	2 678	36.0
	Preparatoria o más	7 823	53.4	3 965	55.1	3 858	51.8
No urbano	Ninguno	106	0.9	51	0.9	55	0.9
	Primaria	2 484	20.0	1 167	19.4	1 317	20.6
	Secundaria	5 217	42.1	2 547	42.4	2 670	41.8
	Preparatoria o más	4 588	37.0	2 243	37.3	2 345	36.7
Alguna vez ha trabajado							
ZMCM, ZMG y ZMM	Sí	5 409	59.0	2 913	63.9	2 495	54.3
	No	3 752	41.0	1 648	36.1	2 104	45.7
Urbano	Sí	8 191	55.9	4 446	61.8	3 745	50.3
	No	6 449	44.1	2 746	38.2	3 703	49.7
No urbano	Sí	6 503	52.5	3 809	63.4	2 694	42.2
	No	5 892	47.5	2 198	36.6	3 693	57.8
Trabaja actualmente							
ZMCM, ZMG y ZMM	No trabaja	5 431	59.3	2 249	49.3	3 183	69.2
	Sí trabaja	3 730	40.7	2 313	50.7	1 417	30.8

Cuadro 12.1 (continuación)
México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad,
según características seleccionadas, por lugar de residencia y sexo, 2010

Lugar de residencia		Total (miles)	Relativos	Sexo del entrevistado			
				HOMBRE (MILES)	RELATIVOS	MUJER (MILES)	RELATIVOS
Trabaja actualmente							
Urbano	No trabaja	9075	62.0	3 768	52.4	5 307	71.3
	Si trabaja	5565	38.0	3 424	47.6	2 141	28.7
No urbano	No trabaja	7362	59.4	2 766	46.0	4 595	71.9
	Si trabaja	5033	40.6	3 241	54.0	1 792	28.1
Alguna vez ha vivido solo							
ZMCM, ZMG y ZMM	Sí	1 263	13.8	650	14.3	613	13.3
	No	7 898	86.2	3 912	85.7	3 987	86.7
Urbano	Sí	2 510	17.1	1 355	18.8	1 155	15.5
	No	12 130	82.9	5 838	81.2	6 293	84.5
No urbano	Sí	1 718	13.9	930	15.5	788	12.3
	No	10 677	86.1	5 077	84.5	5 599	87.7
Residencia con los padres							
ZMCM, ZMG y ZMM	Con ninguno	524	5.7	284	6.2	240	5.2
	Con alguno	3 601	39.3	1 497	32.8	2 104	45.7
	Con ambos	5 036	55.0	2 781	61.0	2 255	49.0
Urbano	Con ninguno	966	6.6	524	7.3	442	5.9
	Con alguno	5 790	39.5	2 501	34.8	3 289	44.2
	Con ambos	7,885	53.9	4 168	57.9	3 717	49.9
No urbano	Con ninguno	537	4.3	291	4.9	246	3.9
	Con alguno	4 444	35.9	1 875	31.2	2 569	40.2
	Con ambos	7 413	59.8	3 841	63.9	3 572	55.9
Alguna vez ha tenido relaciones sexuales							
ZMCM, ZMG y ZMM	No	3 713	40.5	1 728	37.9	1 985	43.2
	Si	5 448	59.5	2 833	62.1	2 615	56.8

Cuadro 12.1 (continuación)
México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad
según características seleccionadas, por lugar de residencia y sexo, 2010

Lugar de residencia		Total (miles)	Relativos	Sexo del entrevistado			
				HOMBRE (MILES)	RELATIVOS	MUJER (MILES)	RELATIVOS
Alguna vez ha tenido relaciones sexuales							
Urbano	No	6 908	47.2	3 196	44.4	3 712	49.8
	Si	7 732	52.8	3 996	55.6	3 736	50.2
No urbano	No	6 962	56.2	3 254	54.2	3 707	58.0
	Si	5 433	43.8	2 753	45.8	2 680	42.0
Alguna vez ha vivido con su pareja (esposa[o] o compañera[o])							
ZMCM, ZMG y ZMM*	Si	2 478	27.1	861	18.9	1 618	35.2
	No	6 683	72.9	3 701	81.1	2 982	64.8
Urbano	Si	3 890	26.6	1 412	19.6	2 478	33.3
	No	10 750	73.4	5 781	80.4	4 970	66.7
No urbano	Si	3 226	26.0	1 206	20.1	2 020	31.6
	No	9 169	74.0	4 801	79.9	4 368	68.4
Estrato socioeconómico							
ZMCM, ZMG y ZMM	Muy bajo	528	5.8	213	4.7	316	6.9
	Bajo	2 663	29.1	1 209	26.5	1 453	31.6
	Medio o Alto	5 970	65.2	3 139	68.8	2 830	61.5
Urbano	Muy bajo	1 302	8.9	621	8.6	681	9.1
	Bajo	4 317	29.5	2 010	28.0	2 306	31.0
	Medio o Alto	9 014	61.6	4 555	63.3	4 458	59.9
No urbano	Muy bajo	3 560	28.7	1 645	27.4	1 915	30.0
	Bajo	4 988	40.2	2 443	40.7	2 546	39.9
	Medio o Alto	3 846	31.0	1 920	32.0	1 927	30.2

* Zona Metropolitana de la Ciudad de México, ZM de Guadalajara y ZM de Monterrey.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

En lo relativo a la actividad sexual de los jóvenes mexicanos, un poco más de la mitad de los entrevistados que viven en las metrópolis (59.5%) declaró haber tenido relaciones sexuales al menos una vez en su vida; en cambio, esto ocurrió en 43.8% de los que viven en el medio no urbano. Hay variaciones según sexo: los hombres registran mayor actividad sexual que las mujeres. En las metrópolis, 62.1% de los varones han tenido experiencias sexuales, contra 56.8% de las mujeres. En localidades

no urbanas los porcentajes se sitúan en 45.8 y 42% respectivamente. La edad promedio de la primera relación fue a los 16 años para los hombres que viven en las metrópolis y en localidades urbanas, en tanto que para las mujeres de estos ámbitos geográficos fue a los 17 años. En el resto del país o en el medio no urbano, la edad promedio a la primera relación fue un año más elevada.

A la pregunta de si ha vivido en pareja, cuatro quintas partes de los hombres no han vivido con su pareja, mientras que dos terceras partes de las mujeres han pasado por tal situación. Es conocido que la mujer se incorpora más frecuentemente a la vida en pareja, independientemente del ámbito geográfico donde viva, aunque tal situación es más pronunciada entre las mujeres del medio no urbano. El cambio de vida en las metrópolis se refleja en los porcentajes más elevados de mujeres que han vivido con su pareja.

Destaca la diferencia en la ubicación de los jóvenes por estrato socioeconómico, según localidad de residencia. Una tercera parte de los varones y de las mujeres que viven en metrópolis o en localidades urbanas se ubican en el estrato muy bajo o bajo. En cambio, dos terceras partes de los jóvenes que viven en localidades no urbanas se ubican en tales estratos. Es muy clara la situación desfavorable en la que se encuentran los jóvenes del medio no urbano, lo que sin duda se reflejará en comportamientos diferentes tanto sexuales como reproductivos, por mencionar los que atañen a este trabajo (cuadro 12.1).

Por ejemplo, cuando se les preguntó a los jóvenes si alguna vez habían estado embarazadas o habían embarazado a su pareja, 71% de las mujeres del medio no urbano declaró afirmativamente, mientras que 58% de las que viven en las metrópolis indicó haber estado embarazada. Entre los hombres es reducido el porcentaje que declaró haber embarazado a su pareja, respuesta que puede ocultar la realidad que viven los jóvenes (cuadro 12.3).

Cuando se les preguntó a los jóvenes si estudiaban en el momento de la entrevista, los que viven en el medio no urbano exhiben una menor participación en los estudios que los de las metrópolis, independientemente de su edad.

Cuadro 12.2
México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad
según características seleccionadas y lugar de residencia, por sexo, 2010

Características seleccionadas		Total	Lugar de residencia		
			ZMCM, ZMG y ZMM 1_/	URBANO	NO URBANO
Total (miles)		36 196	9 161	14 640	12 395
	Hombre	49.1	49.8	49.1	48.5
	Mujer	50.9	50.2	50.9	51.5
Alguna vez ha estado embarazada o ha embarazado a su pareja					
Hombre	No	71.9	76.4	72.6	66.2
	Sí	28.1	23.6	27.4	33.8
Mujer	No	35.0	42.1	34.2	29.1
	Sí	65.0	57.9	65.8	70.9
Actualmente estudia					
12 a 17 años	No	16.0	12.0	14.5	19.8
	Sí	84.0	88.0	85.5	80.2
18 a 23 años	No	59.0	55.3	52.8	70.0
	Sí	41.0	44.7	47.2	30.0
24 a 29 años	No	84.8	81.2	83.6	89.6
	Sí	15.2	18.8	16.4	10.4
Escolaridad					
12 a 17 años	Ninguno	0.2	0.0	0.1	0.4
	Primaria	20.2	16.7	18.5	24.0
	Secundaria	55.3	58.6	54.9	53.6
	Preparatoria o más	24.3	24.7	26.5	22.0
18 a 23 años	Ninguno	0.4	0.1	0.3	0.9
	Primaria	8.1	5.0	5.5	14.1
	Secundaria	27.2	26.6	23.2	32.9
	Preparatoria o más	64.3	68.4	71.0	52.2
24 a 29 años	Ninguno	0.9	0.3	0.7	1.5
	Primaria	11.9	4.9	9.5	21.0
	Secundaria	28.8	28.6	24.4	34.9
	Preparatoria o más	58.4	66.2	65.4	42.5
Alguna vez ha trabajado					
12 a 17 años	Sí	28.2	30.1	26.4	28.8
	No	71.8	69.9	73.6	71.2
18 a 23 años	Sí	64.5	65.8	63.4	65.0
	No	35.5	34.2	36.6	35.0
24 a 29 años	Sí	80.7	83.5	83.2	75.1
	No	19.3	16.5	16.8	24.9

1_/ Zona Metropolitana de la Ciudad de México, ZM de Guadalajara y ZM de Monterrey.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Las diferencias en la escolaridad según lugar de residencia muestran las desigualdades que privan en el medio no urbano, sobre todo para los jóvenes de mayor edad. Así, por ejemplo, entre los jóvenes de 24 a 29 años de edad, 66% de los que viven en las metrópolis tiene estudios de preparatoria o más, mientras que 42% de los que viven en el medio no urbano cuenta con tales estudios.

Otra es la situación respecto al trabajo, pues los jóvenes que viven en localidades no urbanas siempre tienen porcentajes más elevados de participación en el trabajo. Así, 25% de los jóvenes de 24 a 29 años de edad que viven en localidades no urbanas ha trabajado alguna vez, contra 16% de los residentes en las metrópolis. Muy posiblemente, un alto porcentaje de jóvenes de las metrópolis sigue en la escuela a esas edades, lo que no ocurre entre los jóvenes del medio no urbano.

Efecto de las condiciones sociales y demográficas de los jóvenes en el inicio de su vida sexual, uso de anticonceptivos y condición de trabajo actual

En este capítulo, proponemos como hipótesis que las variables asociadas al comportamiento sexual de los jóvenes de nuestro país están determinadas por el lugar donde viven. Las *grandes metrópolis*: Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey ofrecen ambientes más libres de prejuicios y, en general, se trata de sociedades más abiertas, donde hay mayor información al alcance de los jóvenes, ya sea en las escuelas o a través de los medios de comunicación y por las redes sociales; el *medio urbano*, también con información al alcance de todos, pero donde aún pueden existir sociedades tradicionales o conservadoras que impongan tabúes sobre la sexualidad en edades muy tempranas; y el *medio no urbano*, caracterizado por sociedades tradicionales, sistemas patriarcales y sin mucha información en temas de sexualidad. Por lo tanto, el análisis se presenta contrastando los modelos explicativos para los tres ámbitos de referencia.

Efecto en el inicio de la vida sexual de los jóvenes

Se comentó previamente el elevado porcentaje de jóvenes con actividad sexual, sobre todo en las metrópolis, así como la mayor frecuencia de ésta entre los varones. El análisis de la regresión entre inicio de la actividad sexual con el sexo, edad, residencia con los padres, escolaridad y estrato socioeconómico según lugar de residencia de los jóvenes mostró que, en las zonas metropolitanas, es casi dos veces más común encontrar varones con actividad sexual que mujeres en esas condiciones. En localidades urbanas la posibilidad es 80% más alta, mientras que en ambientes no urbanos, es de 67%. La edad es un factor asociado positivamente a esa conducta. A medida que los jóvenes crecen, aumenta la posibilidad de que sean sexualmente activos, con efectos más altos en las metrópolis (cuadro 12.3).

Permanecer con los padres o lejos de ellos está fuertemente asociado con la iniciación sexual y de manera diferente entre quienes residen en las metrópolis o fuera de éstas. Vivir con ambos padres reduce la posibilidad de haber tenido una relación sexual entre los 12 y 29 años de edad, comparado con quienes viven sólo con alguno de ellos. La reducción es de alrededor de 75% en las ciudades y en las metrópolis, y hasta de 80% en localidades de menor tamaño. En cambio, entre los que ya no viven en el hogar paterno, será hasta siete veces más común encontrar jóvenes que han iniciado la vida sexual en las metrópolis, casi tres veces más si residen en ciudades y cerca del doble si viven en localidades no urbanas.

El nivel de escolaridad no resulta relevante en los jóvenes metropolitanos. En cambio, en los medios urbanos, esta variable está asociada positivamente a la conducta sexual, pues la posibilidad de haberse iniciado sexualmente se duplica si cuentan con algún nivel de instrucción en comparación con los que no lo tienen (variable relacionada fuertemente con la edad). En ámbitos no urbanos, la escolaridad también tiene un efecto positivo, aunque sólo haber cursado la secundaria tiene relevancia estadística en el modelo.

El estrato socioeconómico de pertenencia no es significativo en las ciudades y metrópolis, pero está asociado positivamente con la iniciación

Cuadro 12.3
México: características asociadas con la iniciación sexual de los jóvenes
de 12 a 29 años de edad según lugar de residencia, 2010

Variables asociadas	Y = 1, inició su vida sexual		Y = 0, no inició su vida sexual			
	ZONAS METROPOLITANAS CIUDAD DE MÉXICO, GUADALAJARA Y MONTERREY		URBANO		NO URBANO	
	O.R.	Sig.	O.R.	Sig.	O.R.	Sig.
Sexo						
Mujer	1.00		1.00		1.00	
Hombre	1.98	0.00	1.80	0.00	1.67	0.00
Edad						
12 a 17 años	1.00		1.00		1.00	
18 a 23 años	14.40	0.00	11.80	0.00	11.63	0.00
24 a 29 años	57.02	0.00	37.82	0.00	37.24	0.00
Reside con los padres						
Con alguno	1.00		1.00		1.00	
Con ambos	0.25	0.00	0.26	0.00	0.18	0.00
Con ninguno	7.22	0.00	2.95	0.00	1.93	0.00
Escolaridad						
Sin escolaridad	1.00		1.00		1.00	
Primaria	1.18*	0.90	2.44	0.01	1.60*	0.11
Secundaria	2.58*	0.46	2.99	0.00	1.83	0.04
Preparatoria o más	2.45*	0.48	2.55	0.01	1.43*	0.23
Estrato						
Muy bajo	1.00		1.00		1.00	
Bajo	1.46*	0.13	1.14*	0.12	1.21	0.01
Medio o alto	1.19*	0.49	0.89*	0.17	1.27	0.00

* No significativa con alfa = 0.05.

O.R. = Razón de momios. Es el tamaño del efecto de que ocurra una condición x en una determinada población frente al riesgo de que ocurra en otra población de referencia.

Sig. = Significancia de los coeficientes de regresión basada en el estadístico de Wald. Corresponde a contrastar la hipótesis nula de que el coeficiente bi del modelo de regresión es igual a cero. Es decir, que la variable xi no es factor de riesgo y, por lo tanto, puede omitirse.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

sexual de los jóvenes no urbanos: es 21% más común encontrar chicos o chicas que han iniciado su vida sexual en los estratos bajos que en los muy bajos, 27% más frecuente si pertenecen al medio o alto.

*Efecto en el uso de algún método anticonceptivo
en su primera relación sexual*

El objetivo de este apartado consiste en analizar el efecto de diversas variables sociodemográficas con el uso de métodos anticonceptivos entre los jóvenes (cuadro 12.10, en anexo). De este modo, apreciamos que dos terceras partes de los varones han usado algún método anticonceptivo en su primera relación sexual, sobre todo en el medio urbano (cuadro 12.4). Las mujeres lo han usado con menos frecuencia, particularmente las que viven en localidades no urbanas (55% en metrópolis y 35% en el medio no urbano). Al comparar lo que se registra según edad de los jóvenes, observamos que el uso de anticonceptivos es más elevado entre los usuarios de menor edad. Así, 71% de los jóvenes de 12 a 17 años que viven en metrópolis manifestó haber usado anticonceptivos, en tanto que 56% de los de 24 a 29 años respondió afirmativamente. En localidades no urbanas, los porcentajes fueron menores (56 y 38% respectivamente), pero superando el uso los de menor edad (cuadro 12.5). Tal comportamiento muy posiblemente está asociado al hecho de que a medida que avanza la edad, aumenta el deseo de buscar la paternidad o de tener relaciones de pareja más estables.

El modelo explicativo contribuye a determinar el uso más frecuente entre los varones que en las mujeres, pero también nos indica que existen diferencias significativas entre ámbitos geográficos. En las zonas metropolitanas, es 46% más común que los varones hayan usado anticonceptivos que las jóvenes, porcentaje que aumenta a 51% en las ciudades; en el medio no urbano, la proporción de chicos usuarios duplica a la de las chicas (cuadro 12.6).

La edad constituye un factor inhibitor en el uso de anticonceptivos y es mayor en las metrópolis y en las localidades urbanas. Entre

Cuadro 12.4
México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia
y condición de uso de algún método anticonceptivo
en su primera relación sexual, según sexo del entrevistado, 2010

Lugar de residencia	Usó método anticonceptivo en la primera relación sexual	Sexo del entrevistado (distribución porcentual)		Total
		HOMBRE	MUJER	
ZMCM, ZMG y ZMM	No	34.5	45.0	39.6
	Sí	65.5	55.0	60.4
Localidades urbanas	No	36.6	47.7	42.2
	Sí	63.4	52.3	57.8
Localidades no urbanas	No	47.0	65.2	56.5
	Sí	53.0	34.8	43.5
Total	No	39.8	53.5	46.8
	Sí	60.2	46.5	53.2

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 12.5
México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia
y grupos de edad, según uso de método anticonceptivo
en su primera relación sexual, 2010

Lugar de residencia	Grupos de edad	Usó método anticonceptivo en la primera relación sexual (distribución porcentual)	
		NO	SÍ
ZMCM, ZMG y ZMM	12 a 17 años	28.7	71.3
	18 a 23 años	36.8	63.2
	24 a 29 años	44.0	56.0
Localidades urbanas	12 a 17 años	31.9	68.1
	18 a 23 años	38.8	61.2
	24 a 29 años	47.1	52.9
Localidades no urbanas	12 a 17 años	44.3	55.7
	18 a 23 años	53.0	47.0
	24 a 29 años	61.6	38.4

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 12.6**México: características asociadas al uso de anticoncepción en la primera relación sexual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según sexo y lugar de residencia, 2010**

Variables asociadas	Y = 1, usó anticonceptivo en la primera relación sexual		Y = 0, no usó anticonceptivo en la primera relación sexual			
	ZMCM, ZMG y ZMM		LOCALIDADES URBANAS		LOCALIDADES NO URBANAS	
	OR	Sig.	OR	Sig.	OR	Sig.
Sexo						
Mujer	1.00		1.00		1.00	
Hombre	1.46	0.00	1.51	0.00	2.06	0.00
Edad						
12 a 17 años	1.00		1.00		1.00	
18 a 23 años	0.47	0.00	0.48	0.00	0.56	0.00
24 a 29 años	0.32	0.00	0.32	0.00	0.42	0.00
Escolaridad						
Sin escolaridad	1.00		1.00		1.00	
Primaria	0.25*	0.27	1.35*	0.47	1.80*	0.17
Secundaria	0.47*	0.54	1.80*	0.15	3.13	0.01
Preparatoria o más	0.93*	0.95	3.12	0.01	5.90	0.00
Estrato						
Muy bajo	1.00		1.00		1.00	
Bajo	1.72	0.03	1.17*	0.09	1.02*	0.81
Medio o alto	2.05	0.00	1.65	0.00	1.23	0.02
Primera relación sexual antes de los 16 años						
Sí	1.00		1.00		1.00	
No	1.65	0.00	1.73	0.00	1.53	0.00

* No significativa con alfa = 0.05.

O.R. = Razón de momios. Es el tamaño del efecto de que ocurra una condición x en una determinada población frente al riesgo de que ocurra en otra población de referencia.

Sig. = Significancia de los coeficientes de regresión basada en el estadístico de Wald. Corresponde a contrastar la hipótesis nula de que el coeficiente b_i del modelo de regresión es igual a cero. Es decir, que la variable x_i no es factor de riesgo y, por lo tanto, puede omitirse.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

los jóvenes que residen en esos ámbitos, tener de 18 a 23 años reduce en 50% la posibilidad de usar anticonceptivos respecto a los de menor edad, y hasta 68% en los de 24 años y más. En localidades no urbanas, en contraste, es 44% menos común el uso entre los jóvenes de 18 a 23 años y 59% menos en los de mayor edad.

El nivel de escolaridad tiene efectos distintos según sea el ámbito de residencia. En las zonas metropolitanas no tiene relevancia alguna. En las

localidades urbanas, alcanzar la preparatoria o más triplica la posibilidad de ser usuarios de métodos anticonceptivos, frente a los que no tienen escolaridad, sin que sea significativo contar con primaria o secundaria; mientras que en las localidades no urbanas el nivel de escolaridad cobra importancia a medida que este uso aumenta. Si bien haber cursado sólo hasta la primaria no tiene importancia estadística (aunque sí está asociado positivamente), es tres veces más común encontrar jóvenes usuarios que sí cuentan con secundaria que los que no tienen escolaridad, y casi seis veces más si al menos cuentan con preparatoria.

La pertenencia a un estrato socioeconómico superior es un factor que favorece las prácticas anticonceptivas, sobre todo en las metrópolis. Pertenecer a estratos bajos aumenta en 72% el uso en zonas metropolitanas frente a los jóvenes de estratos muy bajos, y resulta no significativo en el resto de localidades; en tanto que pertenecer a estratos medios o altos duplica el uso de anticoncepción en las zonas metropolitanas, y lo aumenta en 65% en las ciudades y en 23% en medios no urbanos.

De igual manera, la edad a la primera relación sexual es un factor muy importante en las prácticas preventivas. Haberse iniciado sexualmente después del cumpleaños 16 aumenta en 65% el uso de anticonceptivos en zonas metropolitanas, 73% en localidades urbanas y hasta 53% en localidades no urbanas.

*Efecto en el uso de algún método anticonceptivo
en su última relación sexual*

Producto de una mayor experiencia en la vida sexual y sus implicaciones en términos de paternidad o contagio de enfermedades de transmisión sexual, el uso de anticonceptivos en la última relación sexual es mayor que en la primera, sobre todo en el medio no urbano (cuadro 12.11, en anexo). De acuerdo con los datos obtenidos, 63.3% de los jóvenes metropolitanos fueron usuarios (3% más que los que declararon haber usado algún método en la primera vez); 59.4% de los residentes en ciudades (1.6% más) y 52.3% de los del resto del país (casi 9% más). Los hombres usan más que

Cuadro 12.7
México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia
y condición de uso de algún método anticonceptivo
en su última relación sexual, según sexo del entrevistado, 2010

Lugar de residencia	Usó método anticonceptivo en la última relación sexual	Sexo del entrevistado (distribución porcentual)		Total
		HOMBRE	MUJER	
ZMCM, ZMG y ZMM	No	32.0	41.6	36.7
	Sí	68.0	58.4	63.3
Localidades urbanas	No	34.2	47.0	40.6
	Sí	65.8	53.0	59.4
Localidades no urbanas	No	41.7	53.2	47.7
	Sí	58.3	46.8	52.3
Total	No	57.3	94.5	74.3
	Sí	63.6	51.4	57.4

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

las mujeres, y la brecha entre sexos se abre más en las localidades urbanas y en el medio no urbano, donde la diferencia entre hombres y mujeres es de 12.8 y 11.5 puntos porcentuales respectivamente (cuadro 12.7).

El modelo de regresión testifica el efecto que tiene el sexo en el uso de anticonceptivos en la última relación sexual. En localidades no urbanas y en las metrópolis, es hasta 33% más común que ellos sean usuarios en comparación con las mujeres; y 28% más en ciudades (cuadro 12.8).

Se afirma también que pertenecer a los estratos medio y alto aumenta la posibilidad de tener prácticas anticonceptivas no sólo la primera vez, sino a lo largo de su vida, según los intereses de los jóvenes. Cuando los chicos y chicas de las metrópolis pertenecen a estratos medios o altos, es hasta 58% más frecuente que usen anticonceptivos que los de estratos muy bajos; 49% más común si residen en localidades urbanas, y hasta 66% más si se encuentran en localidades no urbanas. El estrato bajo sólo fue significativo para las localidades pequeñas, donde aumenta 31% el uso de anticonceptivos.

Tener hijos y haber estado embarazada (en el caso de las mujeres) o haber embarazado a su pareja (para los hombres), está fuertemente asociado al uso de anticonceptivos, ya sea por mantener el tamaño de la familia o prevenir un siguiente embarazo. Tener hijos no parece relevante para el modelo en zonas metropolitanas; pero en localidades urbanas es 67%

Cuadro 12.8
México: características asociadas al uso de anticoncepción en la última relación sexual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según sexo y lugar de residencia, 2010

Características asociadas	Y = 1, usó anticonceptivo en la última relación sexual		Y = 0, no usó anticonceptivo en la última relación sexual			
	ZONAS METROPOLITANAS CIUDAD DE MÉXICO, GUADALAJARA Y MONTERREY		LOCALIDADES URBANAS		LOCALIDADES NO URBANAS	
	O.R.	Sig.	O.R.	Sig.	O.R.	Sig.
Sexo						
Mujer	1.00		1.00		1.00	
Hombre	1.33	0.01	1.28	0.00	1.34	0.00
Estrato						
Muy bajo	1.00		1.00		1.00	
Bajo	1.25*	0.33	1.11*	0.26	1.31	0.00
Medio o alto	1.58	0.04	1.49	0.00	1.66	0.00
Tiene hijos						
Hombres						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	1.90*	0.13	1.67	0.01	1.87	0.03
Mujeres						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	0.85*	0.66	1.82	0.00	2.85	0.00
Alguna vez ha estado embarazada o embarazado a su pareja						
Hombres						
Sí	1.00		1.00		1.00	
No	2.27	0.04	3.08	0.00	3.32	0.00
Mujeres						
Sí	1.00		1.00		1.00	
No	1.31	0.48	4.21	0.00	4.15	0.00

* No significativa con alfa = 0.05.

O.R. = Razón de momios. Es el tamaño del efecto de que ocurra una condición x en una determinada población frente al riesgo de que ocurra en otra población de referencia.

Sig. = Significancia de los coeficientes de regresión basada en el estadístico de Wald. Corresponde a contrastar la hipótesis nula de que el coeficiente bi del modelo de regresión es igual a cero. Es decir, que la variable xi no es factor de riesgo y, por lo tanto, puede omitirse.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

más común encontrar hombres usuarios cuando ya han sido padres y 82% más en usuarias cuando han alcanzado la maternidad. En localidades no urbanas, el efecto es el mismo, pero entre las mujeres es más frecuente el uso de anticonceptivos: la proporción de usuarias casi triplica a las que aún no son madres.

La situación de haber estado alguna vez embarazada o haber embarazado a la pareja resultó significativa en los tres ámbitos de residencia, con efectos diferentes para hombres y mujeres, y se relaciona con el deseo de postergar la paternidad o maternidad. En zonas metropolitanas, la frecuencia del uso de anticonceptivos en los varones es más del doble cuando no han embarazado a su pareja, pero sólo 31% más alta en las mujeres que nunca se han embarazado. En ciudades y localidades no urbanas, la proporción de varones usuarios que no han embarazado a su pareja triplica a los que sí lo han hecho; en tanto que, en las mujeres, la frecuencia del uso es cuatro veces mayor cuando no se han embarazado. De acuerdo con esta información, pareciera que vivir en una metrópoli crea más incentivos a la procreación que en las urbes o en localidades no urbanas.

Efecto en la condición de trabajo actual

Cerca de la mitad de los varones declaró trabajar al momento de la entrevista, así como una de cada tres mujeres, y se observan diferencias importantes según el lugar de residencia. La proporción de hombres ocupados es mayor en localidades no urbanas que en metrópolis y ocurre lo inverso en el caso de las mujeres.

Las variables asociadas a la condición de ocupación empleadas en el modelo son: sexo, edad, residencia con los padres, estrato socioeconómico de pertenencia, continuar los estudios, tener hijos y residir con la pareja.

El modelo permite reafirmar la mayor participación laboral de los hombres. En zonas metropolitanas es casi tres veces más frecuente encontrar a un varón trabajando que a una chica; en las ciudades, esa posibilidad es de tres a uno; en tanto que localidades no urbanas, la relación aumenta, y es de más de cuatro hombres por cada mujer (cuadro 12.9).

Cuadro 12.9
México: características asociadas a la condición laboral de los jóvenes
de 12 a 29 años de edad, según sexo y lugar de residencia, 2010

Variables asociadas	Y = 1, trabaja		Y = 0, no trabaja			
	ZONAS METROPOLITANAS CIUDAD DE MÉXICO, GUADALAJARA Y MONTERREY		LOCALIDADES URBANAS		LOCALIDADES NO URBANAS	
	O.R.	Sig.	O.R.	Sig.	O.R.	Sig.
Sexo						
Mujer	1.00		1.00		1.00	
Hombre	2.80	0.00	3.13	0.00	4.47	0.00
Edad						
12 a 17 años	1.00		1.00		1.00	
18 a 23 años	2.22	0.00	2.31	0.00	1.94	0.00
24 a 29 años	3.45	0.00	3.56	0.00	2.53	0.00
Residencia con los padres						
Con alguno de los padres	1.00		1.00		1.00	
Con ambos padres	1.03*	0.75	0.93*	0.11	1.16	0.01
Con ninguno de los padres	2.01	0.00	1.76	0.00	1.70	0.00
Estrato						
Muy bajo	1.00		1.00		1.00	
Bajo	1.58	0.02	1.89	0.00	1.49	0.00
Medio o alto	1.63	0.01	2.19	0.00	1.72	0.00
Estudia actualmente						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	0.28	0.00	0.29	0.00	0.27	0.00
Vive con su pareja						
HOMBRES						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	5.31	0.00	2.58	0.00	2.55	0.00
MUJERES						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	0.28	0.00	0.36	0.00	0.34	0.00
Tiene hijos						
HOMBRES						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	1.98	0.04	1.56	0.00	2.17	0.00
MUJERES						
No	1.00		1.00		1.00	
Sí	1.28*	0.19	1.02*	0.82	0.97*	0.73

* No significativa con $\alpha = 0.05$.

O.R. = Razón de momios. Es el tamaño del efecto de que ocurra una condición x en una determinada población frente al riesgo de que ocurra en otra población de referencia.

Sig. = Significancia de los coeficientes de regresión basada en el estadístico de Wald. Corresponde a contrastar la hipótesis nula de que el coeficiente β_i del modelo de regresión es igual a cero. Es decir, que la variable x_i no es factor de riesgo y , por lo tanto, puede omitirse.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

La variable edad multiplica la posibilidad de que los jóvenes estén ocupados. Por ejemplo, en medios urbanos (ciudades o metrópolis), la posibilidad de encontrar jóvenes de 18 a 23 años con empleo supera en más de dos veces a la de los de 12 a 17. Mientras que en los de 24 a 29, esa posibilidad se multiplica más de tres veces. En localidades no urbanas, los efectos de la edad son menores: se estima que es 94% más frecuente encontrar jóvenes que trabajan si tienen entre 18 y 23 años, en relación con los más pequeños, y que la proporción de los de mayor edad supera en más de dos veces a la de 12 a 17 años de edad.

El vivir con ambos padres afecta de manera distinta la participación económica de los jóvenes según el medio donde se desenvuelven. En el caso de las ciudades y metrópolis, ésta no tiene efecto sobre su condición laboral en relación con los que viven sólo con alguno de los dos. Mientras que en localidades no urbanas, el efecto es positivo y aumenta en 16% la posibilidad de estar ocupados. Por otro lado, para el caso de los jóvenes que han dejado el núcleo familiar y viven en metrópolis se duplica la posibilidad de tener un empleo, y aumenta alrededor de 70% en ciudades y localidades pequeñas.

Los jóvenes que pertenecen a un mayor estrato socioeconómico aumentan su posibilidad de estar ocupados, sobre todo en las ciudades. La relación entre estrato socioeconómico y condición laboral pone de manifiesto que los jóvenes que cuentan con mayores estudios o mejores condiciones sociales están en mejor posición para conseguir empleo. Tomando como referencia a los jóvenes ubicados en el estrato muy bajo, la posibilidad de que un joven de la ciudad esté ocupado es 89% más alta si pertenece a estratos bajos y se duplica cuando pertenece al estrato medio o alto. En localidades no urbanas, la posibilidad de que un joven de estrato bajo esté empleado es 49% más alta que en los estratos muy bajos y 72% mayor si pertenece a mejores niveles socioeconómicos. En zonas metropolitanas, la posibilidad de estar ocupado es de alrededor de 60% mayor si no se pertenece a estratos muy bajos.

La permanencia en la escuela reduce significativamente la posibilidad de tener un empleo, indistintamente del lugar donde vivan los jóvenes.

Según el modelo, se estima que es 70% menos frecuente encontrar jóvenes estudiantes que tengan empleo que entre los que ya no estudian.

La residencia con la pareja es un factor determinante en la condición laboral tanto para los hombres como para las mujeres, con efectos contrarios. En los hombres que viven en las metrópolis, la posibilidad de estar ocupados es de cinco veces más, y si viven en cualquier otro lugar, la posibilidad es de dos veces más. En las mujeres, el vivir con su pareja reduce la posibilidad de estar ocupadas, con mayor efecto en zonas metropolitanas.

Del mismo modo, la paternidad o maternidad afectan de distinta manera la condición de ocupación. En el caso de los varones, ser padre es determinante y los alienta u obliga a tener un empleo. La posibilidad de estar ocupados casi se duplica en zonas metropolitanas es 56% más alta en ciudades, y en localidades pequeñas puede encontrarse a dos chicos que trabajan cuando ya son padres por cada uno que no lo es. En el caso de las mujeres, la maternidad no resulta significativa para su inserción laboral, aunque parece alentarla en zonas metropolitanas.

A manera de conclusiones

Este trabajo tuvo como objetivo analizar las diferencias o similitudes en algunas características sociodemográficas que comparten los jóvenes de las grandes zonas metropolitanas del país con los que residen en localidades urbanas y en medios no urbanos, así como la asociación entre éstas, su inserción laboral y su vida sexual.

Destaca que la desigualdad en los niveles de escolaridad se mantiene entre los medios urbanos y no urbanos, a pesar de los avances en la inclusión de los jóvenes a la escuela. Las diferencias se aprecian particularmente en la mayor escolaridad. En relación con la experiencia laboral, la proporción de varones que han trabajado es mayor en las metrópolis y localidades no urbanas (con valores similares); mientras que, en el caso de las mujeres, el porcentaje disminuye conforme decrece el ámbito de residencia.

Otro hecho a destacar es que en localidades urbanas los jóvenes abandonan más rápidamente el hogar paterno, independientemente del sexo, y optan por vivir solos —mayor proporción de jóvenes que alguna vez han vivido solos y mayor proporción de jóvenes que no residen con los padres—. Sin embargo, en las metrópolis se identifica mayor frecuencia de jóvenes iniciados sexualmente, sobre todo en el caso de los varones, desde edades tempranas.

Encontramos que más de dos terceras partes de los jóvenes no urbanos se ubican en los estratos socioeconómicos muy bajo y bajo, contra un tercio en las metrópolis y poco más de una tercera parte en el medio urbano, lo que es indicio de la desigualdad social que priva en el país.

La amplia oferta educativa que existe en las metrópolis se expresa en niveles de escolaridad mayores entre los jóvenes residentes en estos ámbitos, comparados con los del resto del país. También una mayor proporción de ellos ha participado en el mercado laboral y ha tenido experiencias sexuales.

El uso de los modelos de regresión para el inicio de la vida sexual permite notar que el sexo, la edad y el no residir con los padres tienen mayor efecto en las zonas metropolitanas. La escolaridad y el estrato socioeconómico no tienen influencia sobre la población que reside en las grandes metrópolis. En medios urbanos, además de la edad, el sexo y la residencia con los padres, la escolaridad está asociada positivamente con ese evento, mas no el estrato; mientras que, en las localidades de menor tamaño, el estrato de pertenencia tiene un efecto positivo.

Entre las características asociadas al uso de métodos anticonceptivos en la primera relación sexual, ser hombre o mujer es un factor determinante: los varones hacen un mayor uso de anticonceptivos que las mujeres, particularmente en localidades no urbanas. La escolaridad no es relevante en zonas metropolitanas y tiene efectos diferentes según se trate de localidades urbanas o no urbanas. Pertenecer a estratos medios o altos aumenta la frecuencia de usuarios, sobre todo en zonas metropolitanas, y la edad a la primera relación sexual cobra importancia en cualquier ámbito de residencia.

En lo que se refiere al uso de anticonceptivos en la última relación sexual, el sexo sigue siendo un discriminante; es mayor la frecuencia de usuarios que de usuarias, con efecto parecido entre el ámbito metropolitano y las localidades pequeñas. Los estratos medios y altos tienen un efecto alentador para las prácticas anticonceptivas, especialmente en localidades pequeñas, en tanto que la paternidad o maternidad alienta el uso de anticoncepción, así como eventos de embarazos previos.

Las características sociodemográficas que afectan o están asociadas a la condición laboral de los jóvenes tienen variantes significativas según el ámbito de residencia. Las variables comunes, además del sexo y la edad, son el estrato socioeconómico, la asistencia a la escuela y la residencia con la pareja, con efectos positivos o negativos en los tres espacios: urbano, metropolitano y no urbano. En zonas metropolitanas y ciudades, residir con ambos padres no tiene efecto alguno, y ocurre lo contrario en localidades pequeñas. En cambio, el no residir con los padres tiene un efecto importante en los tres ámbitos. Asimismo, la paternidad es significativa para la inserción de los hombres al trabajo, pero la maternidad no es significativa para las mujeres en los modelos aplicados.

Con estos resultados confirmamos la situación desfavorable en términos de acceso a la escuela o a la información sobre sexualidad en la que se encuentran los jóvenes que viven en el medio no urbano, que tienen bajos niveles de escolaridad y que viven en condiciones de pobreza. Si pensamos que con la globalización de la comunicación se ha modificado la cultura reproductiva, los resultados muestran que aún falta mucho por avanzar, pero un cambio mayor sólo será posible si hay una mejora en las condiciones de vida de la población no urbana y, en general, de toda la población, independientemente del lugar de residencia.

Anexo estadístico

Cuadro 12.10

México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y condición de uso de algún método anticonceptivo en su primera relación sexual, según sexo, 2010

Lugar de residencia	Usó método anticonceptivo en la primera relación sexual	Sexo del entrevistado		Total
		HOMBRE	MUJER	
Zonas Metropolitanas Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey	No	285	354	639
	Sí	540	433	973
	Total	825	787	1 612
Localidades urbanas	No	1 445	1 922	3 367
	Sí	2 503	2 108	4 611
	Total	3 948	4 030	7 978
Localidades no urbanas	No	1 110	1 700	2 810
	Sí	1 252	908	2 160
	Total	2 362	2 608	4 970

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Cuadro 12.11

México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y condición de uso de algún método anticonceptivo en la última relación sexual, según sexo, 2010

Lugar de residencia	Usó método anticonceptivo en la última relación sexual	Sexo del entrevistado		Total
		HOMBRE	MUJER	
Zonas Metropolitanas Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey	No	264	327	591
	Sí	561	460	1 021
	Total	825	787	1 612
Localidades urbanas	No	1 350	1 893	3 243
	Sí	2 598	2 137	4 735
	Total	3 948	4 030	7 978
Localidades no urbanas	No	985	1 387	2 372
	Sí	1 377	1 221	2 598
	Total	2 362	2 608	4 970

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Referencias bibliográficas

- Aparicio, Ricardo, Hernando Mattei y Rodolfo Tuirán (1998), “Los jóvenes de México”, en Tuirán, Rodolfo (coord.), *La situación demográfica de México 1997*, México, Consejo Nacional de Población.
- Ballinas Urbina, Yuridiana, Angélica Evangelista García, Austreberta Nazar Beutelspacher y Benito Salvatierra Izabal (2015), “Condiciones sociales y comportamientos sexuales de jóvenes en Chiapas”, *Papeles de Población*, núm. 83, pp. 253-286.
- Bourdieu, Pierre (1990), “La juventud no es más que una palabra”, *Sociología y Cultura*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo (colección Los Noventa), pp. 163-173.
- Campero Cuenca, Lourdes, Erika E. Atienzo, Leticia Suárez López, Bernardo Hernández Prado y Aremis Villalobos Hernández (2013), “Salud sexual y reproductiva de los adolescentes en México: evidencias y propuestas”, *Gaceta Médica de México*, núm. 49, pp. 299-307.
- Chávez, Ana María y Carlos Lemus (2013), “Los jóvenes y el trabajo: un análisis de largo plazo”, en Calva, José Luis (coord.), *Los jóvenes de hoy: presente y futuro*, México, Juan Pablos Editor, Consejo Nacional de Universitarios para una Nueva Estrategia de Desarrollo, UAG, UAN, UAZ, El Colegio de Chihuahua, pp. 53-75.
- Espinosa Morett, Alfredo y Beatriz Anzures López (2001), “Adolescentes”, *Revista Médica del Hospital General de México*, vol. 64, núm. 3, pp. 167-174.
- Fétis N., Giselle, Luis Bustos M., Fernando Lanás Z., Bernardita Baeza W., Juan Contreras R., Esteban Hebel N., Constance Marucich B. (2008), “Factores asociados al uso de anticonceptivos en estudiantes de enseñanza media de la comuna de Temuco”, *Revista Chilena de Obstetricia y Ginecología*, vol. 73, núm. 6, pp. 362-369.
- García Roche, René G., Alba Cortés Alfaro, Luis Enrique Vila Aguilera, Mariela Hernández Sánchez y Alina Mesquia Valera (2006), “Comportamiento sexual y uso del preservativo en adolescentes y jóvenes de un área de salud”, *Revista Cubana de Medicina General Integral*, vol. 22, núm. 1.

- García Vega, Elena, Elena Menéndez Robledo, Paula García Fernández y Rosana Rico Fernández (2010), "Influencia del sexo y del género en el comportamiento sexual de una población adolescente", *Psicothema*, vol. 22, núm. 4, pp. 606-612.
- González A., Electra, Temístocles Molina G., Adela Montero V. y Vania Martínez N. (2013), "Factores asociados al inicio sexual en adolescentes de ambos sexos de nivel socioeconómico medio-bajo de la Región Metropolitana", *Revista Chilena de Obstetricia y Ginecología*, vol. 78, núm. 1, pp. 4-13.
- Lechner, Norberto (2004), "Cultura juvenil y desarrollo humano. Sociedad de la información y nuevas Identidades", *Jóvenes. Revista de Estudios sobre Juventud*, vol. 8, núm. 20, enero-junio, pp. 12-27.
- Maceiras García, L., A. Matesanz Barrios y E. Ruiz Andorrá (1992), "Los centros jóvenes de anticoncepción y sexualidad", *Ginecología y Contracepción*, vol. 1, núm. 3, pp. 5-7.
- Mier y Terán, Martha (2003), "Transición a la vida adulta. Experiencias de las jóvenes rurales y urbanas", en Chávez Galindo, Ana María, Patricia Uribe Zúñiga y Yolanda Palma Cabrera (coords.), *La salud reproductiva en México. Análisis de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003*, México, Secretaría de Salud, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, pp. 85-106.
- Rodríguez Vignoli, Jorge (2001), "Vulnerabilidad y grupos vulnerables: un marco de referencia conceptual mirando a los jóvenes", *Serie Población y Desarrollo*, núm. 17, agosto.
- Román C., Marcela y Francisco Javier Murillo T. (2013), "Trabajo infantil entre los estudiantes de educación primaria en América Latina. Características y factores asociados", *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, vol. 15, núm. 2.
- Suárez, Herlinda (2005), *Jóvenes mexicanos en la "feria" del trabajo. Conveniencias e inconveniencias de tener educación superior*, México, Porrúa.
- Tuñón, Esperanza y Austreberta Nazar (2004), "Género, escolaridad y sexualidad en adolescentes solteros del sureste de México", *Papeles de Población*, vol. 10, núm. 39, enero-marzo, pp. 159-175.

- Torruco S., Mario, Guadalupe Domínguez y Cristóbal A. Aguilar (2000), “Factores asociados al uso de métodos anticonceptivos durante la primera experiencia sexual”, *Salud en Tabasco*, vol. 6, núm. 1, junio, 2000, pp. 294-298.
- Urteaga Castro-Pozo, Maritza (2010), “Género, clase y etnia. Los modos de ser joven”, en Reguillo, Rossana (coord.), *Los jóvenes en México*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 15-51.
- Vilchis Dávila, Erika, Mayra de Lucio-Alvarado y Micaela Olivos-Rubio (2014), “Factores que influyen en el uso de métodos anticonceptivos en adolescentes de una comunidad mexiquense”, consultado el 29 de abril de 2016, <http://www.uaemex.mx/revistahorizontes/docs/revistas/Vol5/4_FACTORES.pdf>.

Anexo metodológico

Carlos Javier Echarri Cánovas

I. Diseño metodológico de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010

La Encuesta Nacional de Juventud (ENJ) 2010 tiene como antecedentes la ENJ 2000 y la ENJ 2005.

La primera encuesta contempló un tamaño de muestra de 54 500 viviendas y tuvo representatividad nacional y estatal. Fue levantada por el INEGI y cubrió datos generales de los padres de familia, educación, consumo cultural y tiempo libre, religión, trabajo, hogar propio, noviazgo y sexualidad.

La encuesta de 2005 tuvo un tamaño de muestra de 12 796 cuestionarios; fue una muestra probabilística, estratificada y por conglomerados y su representatividad fue nacional. Fue levantada por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Cubrió información sobre educación, trabajo, salud, sexualidad, procreación, vida privada, vida pública, valores, acceso a la justicia y derechos humanos.

La ENJ 2010 tuvo como objetivos específicos los siguientes:

1. Generar información estadística, precisa y confiable sobre las características sociales, demográficas, económicas y culturales de aquellas personas jóvenes entre 12 y 29 años que habitan en la República Mexicana.
2. Conocer las modificaciones o conservación de tendencias del comportamiento juvenil respecto a la información obtenida en los años 2000 y 2005.
3. Ser un marco de referencia en la construcción del Sistema Nacional de Información de Juventud (SNIJ).

4. Coadyuvar a la generación de programas y acciones transversales de juventud con base en la información proporcionada.

La ENJ 2010 se basó en una muestra probabilística, polietápica, estratificada y por conglomerados. La unidad de selección fue la vivienda con jóvenes entre 12 y 29 años de edad, y la unidad de observación fue la vivienda: dentro de ella, el hogar, los residentes en el mismo y los jóvenes entre 12 y 29 años, residentes permanentes o habituales de la vivienda. Fue levantada por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.

Su tamaño fue de 29787 viviendas y tiene representatividad nacional, cobertura para el medio urbano y el rural a nivel nacional, cobertura estatal, cobertura para la Zona Metropolitana del Valle de México, la Zona Metropolitana de Guadalajara, la Zona Metropolitana de Monterrey y las ciudades de Puebla, Tijuana y Tapachula. El marco muestral se estableció a partir del II Censo de Población y Vivienda 2005.

Así, se levantó información de la vivienda y de los individuos. El cuestionario de vivienda aplicado a los residentes en viviendas con jóvenes entre 12 y 29 años consideró los siguientes temas: características de la vivienda, relaciones de parentesco entre los residentes, acceso a servicios de salud, educación, religión, migración, actividad laboral e ingresos. El cuestionario individual, aplicado a jóvenes entre 12 y 29 años, captó información sobre educación, trabajo, salud, sexualidad, violencia, esfera de la vida privada, esfera de la vida cívica, valores, justicia y derechos humanos, uso de tecnologías, migración y redes sociales.

La información completa de la ENJ 2010, así como las bases de datos pueden consultarse en <http://www.imjuventud.gob.mx/pagina.php?pag_id=1065>.

II. Construcción del indicador de estratos socioeconómicos

La propuesta de un indicador de estratificación socioeconómica se basa en el ejercicio que se ha realizado con otras encuestas, en el que los estratos socioeconómicos están definidos por la combinación de tres características de los hogares: la escolaridad, la actividad de sus miembros y la infraestructura de la vivienda. De esta manera, no se trata de establecer líneas de pobreza, sino de identificar grupos homogéneos en su interior y suficientemente diferenciados entre sí, de tal forma que se puedan establecer comparaciones diacrónicas con otras fuentes, ya que esta metodología es una adaptación de la diseñada para el proyecto “Diagnóstico de la salud reproductiva en el México de los noventa”, llevado a cabo por el Programa Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México. Esto permite aprovechar la experiencia obtenida en su aplicación a las encuestas nacionales de salud reproductiva y los censos de población, lo que facilita la comparabilidad de los estratos socioeconómicos obtenidos con los de otras fuentes, dándole validez y contextualización a los resultados.

La primera dimensión, la escolaridad, fue aproximada mediante el promedio de escolaridad relativa de los integrantes del hogar. Este indicador señala tanto la posesión de habilidades brindadas por el sistema educativo formal para quienes ya han terminado sus estudios, como las inversiones que hacen los hogares para sus integrantes que permanecen estudiando.

Para poder tomar en cuenta las experiencias de todos los miembros del hogar, en el contexto de la expansión de la oferta educativa que ha existido en el país, para cada individuo se consideró el número de años aprobados en la escuela en relación con un estándar. Para la construcción de este estándar se recurrió a la información del Censo de Población y Vivienda 1995, la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 1992 y 1997 y los Censos de Población 1990 y 2000, todos levantados por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Se calculó el promedio de años de escolaridad que se esperaba por sexo y generación. La escolaridad relativa se obtuvo restando el número de años estudiados por cada persona a la escolaridad estándar o esperada según

su sexo y edad, y dividiendo el resultado entre ese mismo estándar. Posteriormente, se calculó el promedio para todos los miembros del hogar y se dividió en cuatro categorías:

- a) muy baja: cuando el valor obtenido en el promedio es hasta -0.25 (hasta 3/4 del estándar),
- b) baja: para los valores entre -0.26 y 0.1 (hasta 9/10 del estándar),
- c) media: incluye los valores comprendido de 0.11 hasta 0.5 (hasta 1.5 veces el estándar), y
- d) alta: para valores por arriba de 0.5 (más de 1.5 veces el estándar)

La segunda dimensión que integra el índice es la ocupación. Para medirla, se ordenaron las diferentes ocupaciones según su remuneración, de acuerdo con los datos de la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (ENIGH) 1996, y para cada hogar se eligió la ocupación del miembro del hogar asociada a un mayor ingreso. Este indicador da un acercamiento a las capacidades de generación de ingresos de los hogares mediante su inserción en el mercado laboral. El ordenamiento de las actividades es el siguiente:

1. Estudiante
2. Trabajador sin pago
3. Busca trabajo
4. Quehaceres del hogar
5. Incapacitado
6. No trabaja
7. Jornalero o peón
8. Trabajador a destajo
9. Cuenta propia
10. Jubilado o pensionado
11. Empleado u obrero
12. Patrón o empresario

La tercera dimensión se refiere al entorno inmediato que caracteriza las condiciones de vida. Para su cálculo, se utilizaron los siguientes siete indicadores: excusado dentro de la vivienda, disponibilidad de agua entubada en la vivienda, existencia de drenaje en el domicilio, luz eléctrica, material de los pisos (tierra u otro material), hacinamiento (medido como una tasa de ocupación superior a 2.5 habitantes por dormitorio) y disponibilidad de un cuarto exclusivamente para cocinar, es decir, que no se duerma en él. Se combinaron estos siete indicadores para formar las cuatro categorías siguientes:

1. Piso de tierra
2. Piso no de tierra sin agua
3. Piso no de tierra con agua
4. Todos los servicios

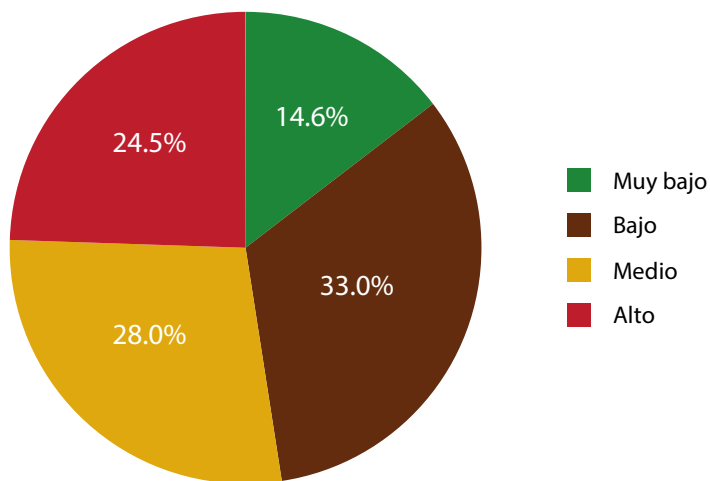
Finalmente, se calculó una combinación lineal de estas tres dimensiones; las 192 categorías resultantes se ordenaron de acuerdo con el ingreso per cápita del hogar obtenido en la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 1997 y se dividieron en cuatro categorías, las cuales conforman los estratos. En el cuadro de la siguiente página se muestran los resultados de tal aplicación, tanto para hogares como para sus miembros.

**México: distribución porcentual de los hogares
y de los miembros de los hogares según estratos socioeconómicos, 2010**

Estratos socioeconómicos	Hogares	Miembros de los hogares
Muy bajo	14.6	14.9
Bajo	33.0	34.9
Medio	28.0	27.6
Alto	24.5	22.5
Total	100.0	100.0

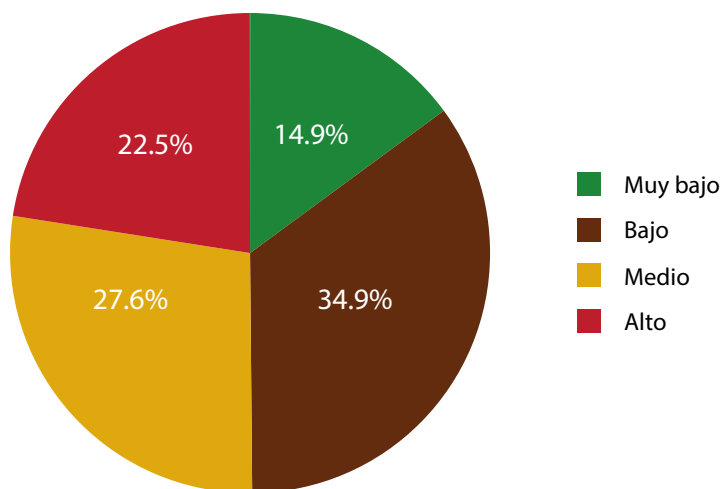
Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Hogares según estratos socioeconómicos, 2010



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Miembros de los hogares según estratos socioeconómicos, 2010



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2010.

Índices

Índice de cuadros

1.1	México: características sociodemográficas de las y los jóvenes según sexo y ámbito de residencia, 2010	40
1.2	México: distribución porcentual de los jóvenes según el número de eventos experimentados en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010	44
1.3	México: estimaciones de tabla de vida de los cuartiles y rango intercuartil de edad a la ocurrencia de los eventos en la transición a la adultez por sexo ámbito de residencia, 2010	49
1.4	México: efectos estimados de las características sociodemográficas seleccionadas en la ocurrencia de los eventos en la transición a la adultez, resultantes del modelo 1 de análisis de historias de eventos en tiempo discreto, 2010	55
1.5	México: efectos estimados de las características sociodemográficas seleccionadas en la ocurrencia de los eventos en la transición a la adultez, resultantes del modelo 2 de análisis de historias de eventos en tiempo discreto, 2010	56
2.1	México: estados posibles durante cada año de edad, 2010	75
2.2	México: secuencia <i>medoid</i> de los conglomerados de trayectorias de los hombres jóvenes, 2010	81
2.3	México: secuencia <i>medoid</i> de los conglomerados de las mujeres jóvenes, 2010	83
3.1	México: distribución porcentual del nivel de estudios de los jóvenes, según estrato socioeconómico, 2010	109
3.2	México: promedio de años estudiados de la población joven y residentes de 30 años más de edad en hogares con jóvenes, según algunas categorías seleccionadas, 2010	110
3.3	México: promedio de años estudiados de la población joven, según estrato socioeconómico, 2010	110
3.4	México: distribución porcentual de la población joven, según tipo de escuela donde realizaron estudios, 2010	112
3.5	México: proporción de jóvenes que estudiaron en escuelas privadas, según estrato socioeconómico, 2010	112

3.6	México: distribución porcentual de los principales motivos que tiene la población joven para dejar la escuela, según algunas categorías seleccionadas, 2010	115
3.7	México: distribución porcentual de los jóvenes que no asisten a la escuela con intenciones de retomar los estudios, según algunas categorías seleccionadas, 2010	117
3.8	México: distribución porcentual de la población joven, según nivel de estudios que le gustaría alcanzar y estrato socioeconómico, 2010	120
3.9	México: distribución porcentual de los jóvenes, según el nivel de estudios alcanzado y que les gustaría alcanzar, por nivel de escolaridad, 2010	122
3.10	México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber sufrido algún abuso durante el último año de estudios, según el tipo y categorías seleccionadas, 2010	123
3.11	México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber visto la ocurrencia de algún acto ilícito en la escuela donde cursaron el último año, según el tipo y categorías seleccionadas, 2010	126
3.12	México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber visto la ocurrencia de algún acto ilícito en la escuela donde cursaron el último año, según tipo y estrato socioeconómico, 2010	126
3.13	México: modelos 1 y 2. Probabilidades de asistencia escolar y razón por la que los jóvenes eligieron la escuela donde cursaron el último año aprobado, 2010	129
3.14	México: modelo 3. Probabilidades de las razones de los jóvenes para abandonar los estudios, 2010	130
3.15	México: modelo 4. Probabilidades de las razones por las que los jóvenes seguirían estudiando, 2010	131
3.16	México: modelo 5. Probabilidades de las razones por las que los jóvenes no seguirían estudiando, 2010	131
3.17	México: modelo 6. Probabilidades de los jóvenes de sufrir algún tipo de abuso dentro de la escuela, 2010	132
3.18	México: modelo 7. Probabilidades de observar la ocurrencia de algún ilícito dentro de la escuela, 2010	133
4.1	México: rezago de la población de 15 años y más en educación básica, 1970-2010	145
4.2	México: rezago de la población de 15 años y más en educación básica, 2010	147
4.3	México: población de 15 a 24 años, según condición de tipo de rezago educativo y asistencia o no a la escuela, 2010	153

4.4	México: distribución porcentual de la población mayor de 15 años total y en rezago educativo según sexo y grupo de edad, por tipo de localidad, 2010	156
4.5	México: principales causas de los jóvenes de 12 a 29 años para dejar los estudios, 2010	158
5.1	México: distribución porcentual de la población joven, según condición de ocupación, 2010	185
5.2	México: distribución porcentual de la población joven, según la condición de actividad por sexo y estrato socioeconómico, 2010	189
5.3	México: porcentajes de jóvenes en distintas condiciones de trabajo, según estrato socioeconómico, 2010	196
6.1	México: distribución absoluta y relativa de la población de 14 a 29 años según la condición de actividad económica y asistencia escolar, por sexo y año, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2010	214
6.2	México: población de 14 a 29 años (jóvenes), por condición de actividad económica y asistencia escolar, según sexo, grupo de edad y año, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2010	220
6.3	México: porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan según aspectos demográficos y sociales, por sexo y año, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010	225
6.4	México: porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan según las condiciones socioeconómicas y lugar de residencia, por sexo y año, 1970-2010	227
6.5	México: porcentaje de jóvenes que no estudian ni trabajan y distribución porcentual de jóvenes según nivel educativo, por sexo y año, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010	232
7.1	México: distribución de la población joven de 14 a 29 años según la condición de actividad, 2000-2010	250
7.2	México: características demográficas de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad por grupos de edad, 2010	261
7.3	México: características educativas de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad por grupos de edad, 2010	265
7.4	México: características laborales de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, por grupos de edad, 2010	269
8.1	México: caracterización sociodemográfica de los jóvenes migrantes de retorno, según tipo de localidad, 2010	286

8.2	México: características ocupacionales de los jóvenes migrantes de retorno, según tipo de localidad, 2010	288
9.1	México: distribución de los(as) jóvenes por entidad federativa y sexo, 2010	307
9.2	México: distribución de los(as) jóvenes por grupos de edad y sexo, 2010	309
9.3	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según presencia de algún problema de salud, por algunas variables sociodemográficas, 2010	311
9.4	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según acceso a servicios médicos, por algunas variables sociodemográficas, 2010	312
9.5	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes con acceso a servicios médicos públicos, según el tipo de servicios, por algunas variables sociodemográficas, 2010	315
9.6	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes de acuerdo a cómo considera su peso actual, adecuado o no, por algunas variables sociodemográficas, 2010	317
9.7	México: distribución porcentual de lo(a)s jóvenes según la frecuencia con la que hacen ejercicio o practican algún deporte, por algunas variables sociodemográficas, 2010	329
9.8	México: promedio de edad en la que los(as) jóvenes entrevistados(as) comenzaron a fumar, según algunas variables sociodemográficas, 2010	335
10.1	México: porcentaje de jóvenes de 12 a 29 años que ha tenido relaciones sexuales según generación y sexo, 2010	358
10.2	México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años, según edad de inicio sexual y edad de la pareja sexual, por sexo, 2010	359
10.3	México: distribución porcentual de los jóvenes, según las razones por las que tuvieron su primera relación sexual, por sexo, 2010	359
10.4	México: distribución porcentual de los jóvenes iniciados sexualmente según persona con quien tuvieron su primera relación sexual, por sexo, 2010	361
10.5	México: distribución porcentual de los jóvenes según las razones por las cuales no han tenido relaciones sexuales, por sexo, 2010	361
10.6	México: distribución de los jóvenes según edad de inicio sexual, por sexo y diversas características, 2010	364
10.7	México: distribución porcentual de los jóvenes según uso del condón masculino en la primera relación sexual, por sexo, 2010	365

10.8	México: distribución porcentual de los jóvenes según método usado en la primera relación sexual, por sexo, 2010	366
10.9	México: distribución porcentual de los jóvenes según razones por las cuales no usaron un método anticonceptivo en la primera relación sexual, por sexo, 2010	367
10.10	México: distribución porcentual de los jóvenes, según uso del condón en la primera relación sexual, por sexo y características sociodemográficas, 2010	368
10.11	México: factores asociados al uso de condón en el inicio sexual de los jóvenes, 2010	370
10.12	México: preguntas introducidas en el índice de género	376
10.13	México: valores posibles de la suma de los ítems de la variable género	377
11.1	Chiapas: estadísticas descriptivas por cohorte de nacimiento y variables analizadas (porcentajes), 2010	402
11.2	Chiapas: modelos de riesgos proporcionales Cox (riesgo relativo) para la iniciación sexual, primer matrimonio o unión en pareja y primer nacimiento, según distintas variables, 2010	404
12.1	México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según características seleccionadas, por lugar de residencia y sexo, 2010	422
12.2	México: distribución porcentual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad según características seleccionadas y lugar de residencia, por sexo, 2010	424
12.3	México: características asociadas con la iniciación sexual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según lugar de residencia, 2010	427
12.4	México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y condición de uso de algún método anticonceptivo en su primera relación sexual, según sexo del entrevistado, 2010	429
12.5	México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y grupos de edad, según uso de método anticonceptivo en su primera relación sexual, 2010	429
12.6	México: características asociadas al uso de anticoncepción en la primera relación sexual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según sexo y lugar de residencia, 2010	430
12.7	México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y condición de uso de algún método anticonceptivo en su última relación sexual, según sexo del entrevistado, 2010	432

12.8	México: características asociadas al uso de anticoncepción en la última relación sexual de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según sexo y lugar de residencia, 2010	433
12.9	México: características asociadas a la condición laboral de los jóvenes de 12 a 29 años de edad, según sexo y lugar de residencia, 2010	435
12.10	México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y condición de uso de algún método anticonceptivo en su primera relación sexual, según sexo, 2010	440
12.11	México: jóvenes de 12 a 29 años de edad por lugar de residencia y condición de uso de algún método anticonceptivo en la última relación sexual, según sexo, 2010	440
Anexo I	México: distribución porcentual de los hogares y de los miembros de los hogares, según estratos socioeconómicos, 2010	449

Índice de gráficas

1.1	México: porcentaje de jóvenes que han experimentado los eventos en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010	42
1.2	México: distribución porcentual de los jóvenes según número de eventos experimentados en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010	43
1.3	México: distribución porcentual de los jóvenes según el primer evento experimentado en la transición a la adultez, por sexo y ámbito de residencia, 2010	45
1.4	México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de mujeres jóvenes rurales que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010	47
1.5	México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de mujeres jóvenes urbanas que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010	47
1.6	México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de varones jóvenes rurales que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010	48
1.7	México: estimaciones de tabla de vida de las proporciones acumuladas de varones jóvenes urbanos que han experimentado los eventos de transición a la adultez, 2010	48
1.8	México: efectos de variables seleccionadas sobre la ocurrencia de cuatro de los eventos en la transición a la adultez, 2010	54
1.9	México: efectos de variables seleccionadas sobre la ocurrencia de tres de los eventos en la transición a la adultez, 2010	57
2.1	México: prevalencia de conglomerados por zona de residencia, hombres jóvenes de la cohorte 1980-1984, 2010	85
2.2	México: prevalencia de conglomerados por zona de residencia, mujeres jóvenes de la cohorte 1980-1984, 2010	85
3.1	México: tasa de asistencia escolar por edad y algunas categorías seleccionadas, 2010	101
3.2	México: tasa de asistencia escolar por edad y estratos socioeconómicos, 2010	102
3.3	México: tasa de asistencia escolar por edad y entidad de residencia, 2010	103
3.4	México: distribución porcentual de las principales razones que manifestaron los jóvenes para elegir la escuela donde cursaron el último año, según categorías seleccionadas, 2010	105

3.5	México: principal razón que motivó a los jóvenes a elegir la escuela donde cursaron el último año aprobado, según entidad de residencia, 2010	105
3.6	México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios alcanzado por la población joven, según algunas categorías seleccionadas, 2010	107
3.7	México: distribución porcentual del nivel de estudios máximo alcanzado por la población joven, según entidad federativa de residencia, 2010	109
3.8	México: distribución porcentual de jóvenes con algún grado de estudios universitarios, según sistema escolar y entidad de residencia, 2010	113
3.9	México: distribución porcentual de los principales motivos que tiene la población joven para dejar la escuela, según las categorías seleccionadas, 2010	114
3.10	México: distribución porcentual de los principales motivos que tiene la población joven para dejar la escuela, según la entidad federativa de residencia, 2010	116
3.11	México: distribución porcentual de jóvenes que no asisten a la escuela, según la intención de retomar los estudios y la entidad federativa de residencia, 2010	117
3.12	México: distribución porcentual de las principales razones que manifiestan los jóvenes para no seguir estudiando o continuar los estudios, según categorías seleccionadas, 2010	118
3.13	México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios que le gustaría alcanzar a la población joven, según categorías seleccionadas, 2010	120
3.14	México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios que le gustaría alcanzar a la población joven, según entidad federativa de residencia, 2010	121
3.15	México: distribución porcentual del nivel máximo de estudios que le gustaría alcanzar a la población joven, según grupos de edad, 2010	123
3.16	México: porcentaje de jóvenes que manifestó haber sufrido algún abuso, durante el último año de estudios, según tipo y entidad de residencia, 2010	124
3.17	México: porcentaje de jóvenes que manifestaron haber visto la ocurrencia de algún acto ilícito en la escuela donde cursaron el último año, según tipo y federativa de residencia, 2010	127

4.1	México: total de jóvenes entre 12 y 29 años de edad por tipo de localidad, 2010	143
4.2	México: jóvenes entre 12 y 29 años, por grupos de edad, según tipo de localidad, 2010 (porcentajes con respecto al total de cada grupo de edad)	143
4.3	México: porcentajes de rezago educativo de la población de 15 años y más, 1970-2010	145
4.4	México: tasas de población de 15 años y más en rezago educativo por grupos de edad, 2010	147
4.5	México: población de 15 años que entra en rezago educativo cada año, 2002-2014	149
4.6	México: población de 15 años y más en rezago educativo, por sexo y grupos quinquenales de edad, 2010	149
4.7	México: población entre 12 y 29 años por grupos de edad que siguen estudiando o que ya no están estudiando respecto del total en cada grupo de edad, 2010	151
4.8	México: jóvenes que continúan estudiando según grupo de edad, por sexo y tipo de localidad, 2010 (porcentajes con respecto al total de cada sexo y tipo de localidad)	151
4.9	México: porcentajes de jóvenes por grupo de edad, según el motivo por el que abandonaron los estudios, 2010	159
4.10	México: distribución porcentual de jóvenes según motivos principales por los que abandonaron los estudios en cada grupo de edad, 2010	161
4.11	México: distribución de los jóvenes según las razones para el abandono de la escuela, 2010	163
4.12	México: factores económicos de abandono de la escuela, según diferentes características, 2010	163
4.13	México: nivel de estudios de los jóvenes que declararon haber terminado de estudiar como razón para dejar la escuela, según estrato socioeconómico, 2010	164
4.14	México: porcentaje de jóvenes que declararon que dejaron de estudiar porque “terminaron sus estudios”, según distintas características, 2010	165
4.15	México: distribución porcentual de los jóvenes que dejaron la escuela por factores conductuales según distintas características, 2010	167

4.16	México: distribución de los jóvenes que dieron como razón de abandono de la escuela el matrimonio o maternidad/paternidad, 2010	169
5.1	México: porcentaje de jóvenes que trabajaron para el mercado al menos una hora la semana pasada a la entrevista, según edad, 2010	187
5.2	México: distribución porcentual de los jóvenes según la principal razón por la que les gustaría seguir estudiando, 2010	190
5.3	México: expectativas escolares en torno al trabajo de los jóvenes, 2010	191
5.4	México: distribución porcentual de los jóvenes según experiencia laboral (número de trabajos), por sexo y estrato socioeconómico, 2010	193
5.5	México: distribución porcentual de los jóvenes según número de trabajos con contrato escrito, por estrato socioeconómico, 2010	193
5.6	México: porcentaje de jóvenes con contrato escrito en el empleo actual, por grupos de edad, 2010	195
5.7	México: análisis de correspondencias. Condiciones de trabajo de los jóvenes mexicanos, 2010	199
6.1	México: población masculina de 14 a 29 años de edad según la actividad económica y asistencia escolar (porcentajes), 1950-2010	218
6.2	México: población femenina de 14 a 29 años de edad según actividad económica y asistencia escolar (porcentajes), 1950-2010	218
6.3	México: mujeres jóvenes que no estudian ni trabajan (porcentaje respecto al total de cada nivel educativo), 1970, 1980, 1990, 2000, 2010	233
6.4	México: distribución porcentual de las mujeres jóvenes según años de escolaridad, por año, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2010	234
7.1	México: distribución porcentual de los jóvenes de 14 a 29 años según la condición de actividad, por sexo, 2000-2010	251
7.2	México: distribución porcentual de jóvenes de 14 a 29 años según condición de actividad, por grupos de edad, 2000-2010	253
7.3	México: población joven femenina en inactividad educativa y laboral, por edad, 2010	254
7.4	México: población joven masculina en inactividad educativa y laboral, por edad, 2010	256
7.5	México: distribución de la población joven en estado de inactividad educativa y laboral según ocupación, por tipo de localidad y nivel de bienestar, 2010	259

7.6	México: distribución porcentual de las y los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, según percepción después del nacimiento del primer hijo, por grupos de edad y condición de actividad, 2010	263
7.7	México: distribución porcentual de los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad según motivos para no seguir estudiando, por grupos de edad, 2010	267
7.8	México: distribución porcentual de los jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad, según motivos de inactividad económica en la semana de referencia, por grupos de edad, 2010	271
7.9	México: distribución porcentual de jóvenes en trabajo doméstico no remunerado y en completa inactividad según motivos para no buscar trabajo o intentar poner un negocio, por grupos de edad, 2010	272
8.1	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según entidad federativa, 2010	284
8.2	México: distribución porcentual de jóvenes migrantes temporales de 12 a 29 años, según condición de actividad, por tipo de localidad, 2010	288
8.3	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno de 12 a 29 años según rangos de ingreso, por tipo de localidad, 2010	290
8.4	México: porcentaje de jóvenes migrantes de retorno que en los últimos seis meses recibió otro tipo de ingresos, por tipo de localidad, 2010	290
8.5	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según los motivos que participaron en su incorporación laboral, por tipo de localidad, 2010	292
8.6	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según los mecanismos de apoyo en la obtención del primer empleo, por tipo de localidad, 2010	294
8.7	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno según lugar de trabajo, por tipo de localidad, 2010	295
8.8	México: porcentaje de jóvenes migrantes de retorno que en los últimos doce meses han sido víctimas de algún tipo de abuso en su trabajo actual, por tipo de localidad, 2010	298

8.9	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según el uso de los ingresos que no aportan para el gasto del hogar, por tipo de localidad, 2010	299
8.10	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes de retorno, según motivos por los que no buscan empleo o intentan poner su propio negocio, por tipo de localidad, 2010	300
8.11	México: distribución porcentual de los jóvenes migrantes buscadores de empleo, según motivos por los que no consiguen trabajo, por tipo de localidad, 2010	301
9.1	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según nivel de escolaridad, por sexo, 2010	309
9.2	México: porcentaje de jóvenes que tienen acceso a servicios médicos, según nivel de escolaridad, 2010	313
9.3	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según la frecuencia en el consumo de algunos alimentos, por sexo, 2010	320
9.4	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes, según consumo de pastillas, medicamentos o bebidas para adelgazar o bajar de peso, por algunas variables sociodemográficas, 2010	323
9.5	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según la frecuencia con la que se provocan el vómito, por algunas variables sociodemográficas, 2010	327
9.6	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según la frecuencia con la que fuman tabaco, por algunas variables sociodemográficas, 2010	332
9.7	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según consumo de bebidas alcohólicas, por algunas variables sociodemográficas, 2010	337
9.8	México: distribución porcentual de los(as) jóvenes según consumo de algún tipo de drogas, por algunas variables sociodemográficas, 2010	341
Anexo II	Hogares según estratos socioeconómicos, 2010	450
	Miembros de los hogares según estratos socioeconómicos, 2010	450

Índice de mapas

3.1	México: distribución porcentual de jóvenes según entidad federativa de residencia, 2010	98
3.2	México: promedio de años de estudio de la población joven, según entidad federativa, 2010	111

La primera edición de *Los jóvenes mexicanos en la encrucijada de 2010*, editada por Ana María Chávez Galindo, Rodolfo Corona Vázquez y Carlos Javier Echarri Cánovas y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México se terminó de imprimir el 13 de diciembre de 2016 en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V., ubicados en Naranjo 96 bis, colonia Santa María La Ribera, delegación Cuauhtémoc, 06400, Ciudad de México.

El tiraje consta de 200 ejemplares en papel cultural ahuesado de 90 g los interiores, y en cartulina sulfatada de 14 pts. los forros; tipo de impresión: offset; encuadernación en rústica, cosida y pegada.

En la composición se utilizó la familia tipográfica Minion Pro de 9, 10 y 11 pts. y Myriad Pro de 10, 12, 16 y 24 pts.

Corrección de originales y lectura de pruebas: Perla Alicia Martín Laguerenne;

lectura de primeras pruebas: Mario Alberto Islas Flores;

diseño tipográfico, diagramación y formación: Irma G. González Béjar.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Perla Alicia Martín Laguerenne.

✿ Esta obra fue impresa empleando criterios amigables con el ambiente, utilizando materiales con fibras recicladas, naturales no derivadas de madera, libres de cloro, barnices y laminados plásticos, y con ahorro de tintas ✿



Con una mirada sociodemográfica, este libro colectivo reúne en doce capítulos los trabajos de diversos investigadores y, a través de sus páginas, explora, analiza y discute la información recabada en la Encuesta Nacional de Juventud 2010, proyecto asignado al Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias por el Instituto Mexicano de la Juventud. Los temas tratados se enfocan en la transición y trayectorias que siguen los jóvenes en su paso hacia la adultez; el panorama educativo y el problema del rezago; las condiciones laborales de los jóvenes; el



problema de los jóvenes que no trabajan y no estudian, o ninis; las características del trabajo doméstico y la inactividad juvenil; la situación laboral que enfrentan los jóvenes migrantes a su retorno de Estados Unidos; los patrones de salud en general, y en particular las prácticas sexuales, anticonceptivas y la formación de pareja que los jóvenes adoptan.

Los distintos trabajos presentados, que abarcan lo que ocurre en México a nivel nacional, por entidad federativa, según el tamaño de las localidades (urbanas, no urbanas o rurales) o en las tres principales metrópolis de México, ponen de manifiesto las desigualdades de género y por lugar de residencia, así como la persistencia de la discriminación de la población de bajos recursos y de la indígena, por lo que se trata de una obra de referencia para los investigadores, estudiantes, instituciones del sector público y lectores de todos los rubros interesados en conocer aspectos relevantes de la vida de los jóvenes en México y, posiblemente, hacer una aportación para el cambio.